# El Atlético Invisible

Terry Pratchett

Traducción: Gabriel Dols Gallardo

Este libro está dedicado a Rob Wilkins, que lo mecanografió en su mayor parte y tuvo el buen criterio de reírse de vez en cuando. Y a Colin Smythe por sus palabras de ánimo.

El cántico de la diosa Pedestria es una parodia del maravilloso poema «Brahma» de Ralph Waldo Emerson, pero claro, eso ya lo sabíais.

Era medianoche en el Real Museo de Arte de Ankh-Morpork.[[1]](#footnote-1)

Al nuevo empleado Rudolph Disperso se le ocurría más o menos una vez por minuto que, bien pensado, quizá habría sido buena idea informar al conservador de su nictofobia, de su miedo a los ruidos extraños y de su recién descubierto temor a absolutamente todo lo que pudiera ver (y, ya puestos, no ver), oír, oler y notar trepando por su espalda durante las interminables horas de vigilancia nocturna. No servía de nada decirse a sí mismo que todo cuanto había allí estaba muerto. No era ningún consuelo porque significaba, si acaso, que él destacaba.

Y entonces oyó el sollozo. Un grito tal vez habría sido mejor. Por lo menos cuando se oye un grito no quedan dudas. Un tenue sollozo obliga a quedarse esperando a que se repita para estar seguro.

Alzó la linterna con una mano temblorosa. No tendría que haber nadie en el edificio. Estaba cerrado a cal y canto y nadie podía entrar. Ni, ahora que lo pensaba, salir. Ojalá no hubiera caído en eso.

Estaba en el sótano, que no se contaba entre los puntos más temibles de su ronda. Contenía sobre todo estanterías y cajoneras viejas, llenas de trastos que estaban casi, pero sin duda no del todo, para tirar. A los museos no les gusta tirar trastos, por si más adelante resultan ser muy importantes.

Otro sollozo, y un sonido como un roce de… ¿cerámica?

¿Una rata, entonces, en algún lugar de las estanterías del fondo? Las ratas no sollozaban, ¿verdad?

—¡Mira, no quiero tener que ir a sacarte! —dijo Disperso con sentida veracidad.

Y los estantes explotaron. Le pareció que sucedía a cámara lenta; los fragmentos de cerámica y de estatua se dispersaron mientras volaban hacia él. Se tiró hacia atrás y la nube en expansión pasó por encima de él para estrellarse contra las estanterías del otro lado de la sala, que acabaron demolidas.

Disperso se quedó tumbado en el suelo, a oscuras, incapaz de moverse, esperando que en cualquier momento lo hicieran pedazos los fantasmas que brotaban de su imaginación…

El personal diurno lo encontró allí por la mañana, dormido como un tronco y cubierto de polvo. Escucharon su confusa explicación, lo trataron con amabilidad y coincidieron en que una carrera distinta quizá se aviniera más con su temperamento. Se preguntaron durante un tiempo qué habría estado haciendo allí, porque los vigilantes nocturnos son personas más bien desconcertantes en el mejor de los casos, pero se lo quitaron de la cabeza… a causa del hallazgo.

Más adelante, el señor Disperso encontró trabajo en una tienda de mascotas de la escalera del Flim, pero lo dejó al cabo de tres días porque la manera en que lo miraban los gatitos le daba pesadillas. El mundo puede ser muy cruel con algunas personas. Pero él nunca habló a nadie de la dama gloriosa y centelleante que sostenía una gran bola por encima de su cabeza y le sonrió antes de desaparecer. No quería que la gente lo tomara por raro.

Pero quizá sea hora de hablar de camas.

La lectrología, el estudio de la cama y el entorno asociado a ella, puede resultar de extrema utilidad y decir mucho del propietario, aunque solo sea que es un experto y espabilado maestro de la instalación artística.

La cama del archicanciller Ridcully de la Universidad Invisible, por ejemplo, es como mínimo una cama y media, pues tiene un dosel de ocho columnas. Incluye una pequeña biblioteca, un bar y un ingenioso retrete empotrado, en caoba y dorados, para evitarle esas largas y frías excursiones nocturnas, con su riesgo inherente de tropezar con pantuflas, botellas vacías, zapatos y demás obstáculos que afronta a oscuras un hombre mientras reza por que lo siguiente con lo que tope su dedo gordo del pie sea de porcelana, o por lo menos fácil de limpiar.

La cama de Trevor Probable es cualquier sitio: el suelo de un amigo, el pajar del primer establo que se hayan dejado abierto (que suele ser una opción mucho más fragante) o la habitación de una casa vacía (aunque de esas quedan muy pocas de un tiempo a esta parte); también duerme en el trabajo (aunque siempre con cuidado, porque se diría que el viejo Smeems no duerme jamás y podría pillarle en cualquier momento). Trev puede dormir en cualquier parte, y eso hace.

Glenda duerme en una antigua cama de hierro, c[[2]](#footnote-2)uyos muelles y colchón se han ido moldeando con dulzura y amabilidad en torno a ella con el paso de los años hasta dejar una generosa depresión. El somier se mantiene por encima del suelo gracias a un mantillo de novelas románticas amarillentas y muy baratas, de esas que utilizan la palabra «corpiño» con naturalidad. Glenda moriría si alguien lo descubriese, o es posible que muriera ese alguien si ella se enteraba de que lo había descubierto. Por lo general hay, sobre la almohada, un oso de peluche muy anciano llamado señor Temblón.

Por tradición, las normas del pathos exigirían que un osito como ese tuviera un solo ojo pero, a resultas de un error infantil de costura de Glenda, tiene tres, por lo que está más iluminado que el común de los osos.

La cama de Juliet Stollop se la vendieron a su madre como digna de una princesa, y es más o menos como el lecho del archicanciller, aunque más menos que más, dado que la forman unas cortinas de gasa que rodean un somier muy estrecho y barato. Su madre ya ha muerto. Eso puede deducirse del hecho de que, cuando la cama se hundió bajo el peso de la chica ya crecida, alguien la elevó sobre unas cajas de cerveza. Una madre se habría asegurado de que, por lo menos, como todos los demás objetos de la habitación, las pintaran de rosa con coronitas.

El señor Huebo tenía siete años cuando descubrió que dormir, para algunas personas, conllevaba un mueble especial.

Eran las dos de la madrugada. Un silencio empalagoso reinaba en los antiguos pasillos y claustros de la Universidad Invisible. Imperaba el silencio en la Biblioteca; imperaba el silencio en los salones. Había tanto silencio que casi se oía. Allá donde fuera, rellenaba las orejas con una pelusa invisible.

¡Gloing!

El leve sonido pasó volando, un momento de oro líquido en el silencio estigio.

El silencio se impuso de nuevo sobre las escaleras, hasta que lo interrumpió el roce de las pantuflas oficiales de felpa y suela gruesa de Smeems, el paje de velas, que efectuaba su ronda de principio a fin de la larga noche, de un candelabro a otro, rellenándolos con el contenido de su cesta oficial. Esa noche le ayudaba (aunque, a juzgar por sus ocasionales rezongos, no lo suficiente) un goteador.

Lo llamaban paje de velas porque así se hizo constar el cargo en los registros de la universidad cuando se creó, hacía casi dos mil años. Mantener surtidos los candeleros, las palmatorias y, sobre todo, los candelabros de la universidad era un trabajo interminable. Era, a decir verdad, el trabajo más importante del lugar, en opinión del paje de velas. Sí, bajo presión Smeems admitiría que pululaban por ahí unos tipos con sombreros puntiagudos, pero esos iban y venían y hacían poco más que estorbar. La Universidad Invisible no era rica en ventanas, y sin el paje de velas se quedaría a oscuras de un día para el otro. A Smeems nunca se le había pasado por la cabeza que, dado el caso, los magos se limitarían a salir fuera y contratar al primer hombre de la multitud que fuera capaz de subir escaleras con los bolsillos llenos de velas. Él era irreemplazable, igual que todos los pajes de velas que lo habían precedido.

Y ahora, a su lado, se oyó un estrépito cuando la escalera de tijera oficial se desplegó. Giró sobre sus talones.

—¡Sujeta bien ese maldito trasto! —dijo entre dientes.

—¡Perdón, maestro! —dijo su aprendiz temporal, que intentaba controlar el deslizante monstruo atrapadedos en que se convierte cualquier escalera de tijera a la menor oportunidad, y a menudo sin oportunidad alguna.

—¡Y no hagas tanto ruido! —vociferó Smeems—. ¿Quieres ser goteador durante el resto de tu vida?

—En realidad, me gusta bastante ser goteador, señor…

—¡Ja! ¡La falta de ambición es la lacra de la clase trabajadora! ¡Venga, dame eso!

El paje de velas estiró el brazo hacia la escalera en el preciso instante en que su desdichado ayudante la cerraba.

—Lo siento, señor…

—Siempre hay trabajo para uno más en la cuba de mojar las mechas, ¿sabes? —dijo Smeems mientras se soplaba en los nudillos.

—Tiene toda la razón, señor.

El paje de velas contempló el rostro gris, redondo y cándido. Tenía una expresión de imperturbable afabilidad que resultaba muy desconcertante, sobre todo cuando uno sabía lo que estaba mirando. Y él lo sabía, vaya si lo sabía, aunque no el nombre que se le daba.

—¿Cómo has dicho que te llamabas? Sois tantos que no hay forma de acordarse.

—Huebo, señor Smeems. Con be.

—¿Crees que la be lo arregla, Huebo?

—La verdad es que no, señor.

—¿Dónde está Trev? Esta noche tenía turno él.

—Ha estado muy malito, señor. Me ha pedido que le cubra.

El paje de velas gruñó.

—¡Tienes que arreglarte bien para trabajar aquí arriba, Huebos!

—Es Huebo, señor. Lo siento, señor. Nací desarreglado, señor.

—Bueno, por lo menos ahora no te ve nadie —reconoció Smeems—. Vale, va, sígueme e intenta parecer menos… en fin, intenta no parecer y punto.

—Sí, maestro, pero pienso…

—No te pagan para pensar… hombre.

—Intentaré no hacerlo, señor.

Dos minutos más tarde Smeems se encontraba delante del Emperador, observado por un Huebo debidamente sobrecogido.

Una montaña de sebo gris plateado casi llenaba el aislado cruce de pasillos de piedra. La llama de aquella vela, que esforzando la mirada podía distinguirse como una megavela formada por los cabos agregados de muchos, muchos miles de velas que la habían precedido y que con sus goteos y regueros habían formado un único y enorme conjunto, era un resplandor cercano al techo, demasiado alto para iluminar gran cosa.

Smeems sacó pecho. Se hallaba en presencia de la Historia.

—¡Admírate, Huebos!

—Sí, señor. Admirándome, señor. Es Huebo, señor.

—Dos mil años nos contemplan desde lo alto de esta vela, Huebos. Por supuesto, a ti te miran desde más alto que a mí.

—Desde luego, señor. Muy bien, señor.

Smeems miró con ira la cara redonda y afable y solo vio una lisa docilidad que casi daba miedo.

Gruñó y después desplegó su escalera sin mayor incidente que un pulgar pellizcado, y subió por ella con cuidado hasta que no pudo llegar más arriba. A partir de ese campamento base, generaciones de pajes de vela habían tallado y mantenido escalones en la ladera Eje del gigante.

—Recréate la vista con esto, muchacho —dijo a voces hacia abajo, porque el contacto con la grandeza atemperaba un poco su estado natural de mal humor—. ¡Algún día podrías ser el… hombre que escale este sebo venerable!

Por un momento, Huebo pareció alguien que se esfuerza por disimular la expresión de quien espera muy en serio que su futuro contenga algo más que una vela grande. Era joven y, por lo tanto, carecía de esa reverencia por la edad que tienen, ante todo, las personas de edad. Pero la alegre sonrisa que no acababa de serlo regresó. Nunca desaparecía mucho tiempo.

—Síseñor —dijo; eso solía funcionar.

Algunas personas afirmaban que el Emperador había sido encendido la mismísima noche en que se inauguró la UI y que nunca se había apagado desde entonces. Desde luego el Emperador era enorme: lo que se obtenía cuando, todas las noches durante quizá dos mil años, se encendía una vela gruesa nueva con los restos parpadeantes de la anterior y se pegaba con firmeza a la cera caliente. Ya no había candelero a la vista, claro. Se encontraba en algún punto de la inmensa acumulación de regueros cerosos del piso de abajo.

Alrededor de mil años atrás, la universidad había encargado la apertura de un gran agujero en el techo del pasillo inferior, y allí arriba el Emperador ya alcanzaba los cinco metros de altura. Había un total de once metros y medio de pura vela natural y churretosa. Smeems se sentía orgulloso. Era custodio de la vela que no se apagaba nunca. Se trataba de un ejemplo para todos, una luz que nunca fallaba, una llama en la oscuridad, un faro de tradición. Y la Universidad Invisible se tomaba muy en serio la tradición, por lo menos cuando se acordaba.

Como ahora, precisamente…

De algún punto a lo lejos llegó un sonido como si alguien pisara a un pato muy grande, seguido de un grito de «¡Va, el Megápodo!». Y entonces se formó un escándalo de mil demonios.

Una… criatura surgió de la penumbra.

Existe la expresión «ni carne ni pescado». Aquello era las dos cosas, más otros pedacitos de bestias desconocidas para la ciencia, las pesadillas e incluso el kebab. Sin duda había algo de músculo y muchas escamas, y Huebo estaba seguro de haber vislumbrado una enorme sandalia, pero también estaban los ojos locos, saltones e inquietos y el enorme pico amarillo y rojo; después aquella cosa desapareció por otro pasillo oscuro, sin dejar de emitir un átono bocinazo parecido al que usan los cazadores de patos justo antes de que les disparen otros cazadores de patos.

—¡Vavá! ¡El Megápodo! —No estaba claro de dónde salía el grito. Parecía proceder de todas partes—. ¡Por ahí brinca! ¡Va, el Megápodo!

El grito sonó repetido en todas partes, y de las oscuras sombras de cada pasillo, menos aquel por el que había huido la bestia, salieron al galope curiosas formas, que resultaron ser, a la trémula luz del Emperador, los miembros más destacados del profesorado. Cada mago iba a caballito sobre un recio bedel universitario con bombín, al que animaba a avanzar por medio de una botella de cerveza atada a un cordel y sujeta, como mandaba la tradición, justo por delante del alcance de la montura por medio de un largo palo.

Sonó de nuevo el quejumbroso graznido, a cierta distancia, y un mago blandió su bastón en el aire y chilló:

—¡El pájaro ha volado! ¡Va, el Megápodo!

El embotellamiento de magos, que ya había aplastado la destartalada escalera de Smeems bajo las botas con tachuelas de sus monturas, partió de golpe, entre empujones y embestidas para ganar posiciones.

Durante un rato, los ecos de «¡Vavá! ¡El Megápodo!» resonaron en la distancia. Cuando estuvo seguro de que no volverían, Huebo salió a rastras de su refugio detrás del Emperador, recogió los restos de la escalera y miró a su alrededor.

—¿Maestro? —probó a decir.

Oyó un gruñido en las alturas y alzó la vista.

—¿Se encuentra bien, maestro?

—He estado mejor, Huebos. ¿Me ves los pies?

Huebo alzó la linterna.

—Sí, maestro. Siento decir que la escalera se ha roto.

—Bueno, pues haz algo al respecto. Yo estoy concentrado en agarrarme.

—Creía que no me pagaban para pensar, maestro.

—¡No seas listo!

—¿Puedo intentar ser lo bastante listo para bajarlo sin que caiga, maestro?

La ausencia de respuesta fue la severa réplica. Huebo suspiró y abrió la gran bolsa de lona de las herramientas.

Smeems se aferraba a la vertiginosa vela mientras oía, muy abajo, misteriosos frotes y tintineos. Después, con un silencio y brusquedad que lo sobresaltaron, una forma puntiaguda se elevó junto a él, con un ligero bamboleo.

—He atornillado tres de los apagavelas largos, maestro —explicó Huebo desde abajo—. Y verá que hay un candelabro clavado arriba a modo de garfio, ¿verdad? Y hay una cuerda. ¿La ve? Creo que, si puede rodear con ella el Emperador, no resbalará mucho y podrá ir bajando poco a poco. Ah, sí, también hay una caja de cerillas.

—¿Para qué? —preguntó Smeems, estirando el brazo hacia el garfio.

—No he podido evitar fijarme en que el Emperador se ha apagado, señor —dijo la voz de abajo con tono jovial.

—¡No es verdad!

—Creo que descubrirá que sí, señor, porque no veo la…

—¡En el departamento más importante de esta universidad no hay sitio para los cortos de vista, Huebos!

—Le ruego que me disculpe, maestro. No sé qué me ha pasado. ¡De repente veo la llama!

Desde las alturas sonó el raspado de una cerilla al prender, y un círculo de luz amarilla se extendió por el techo al encenderse la vela que no se había apagado. Al cabo de poco, Smeems descendió con mucha cautela hasta el suelo.

—Bien hecho, señor —dijo Huebo.

El paje de velas se sacudió un pegote de cera coagulada de su camisa no menos grasienta.

—Muy bien —dijo—. De todas formas, tendrás que volver por la mañana para recoger los…

Pero Huebo ya trepaba por la cuerda como una araña. Se oyó un estrépito metálico al otro lado de la gran vela cuando los apagavelas cayeron al suelo, y el chico bajó haciendo rapel hasta su maestro con el candelabro bajo el brazo. Y se quedó allí plantado, todo brío y eficacia bien lavada (por bien que algo mal vestida). Tenía algo casi ofensivo, y el paje de velas no estaba acostumbrado a eso. Se sintió obligado a bajarle los humos un poco al chaval, por su propio bien.

—Todas las velas de esta universidad deben encenderse usando una candela fina, para pasar la llama de otra vela que ya arda, muchacho —le explicó con severidad—. ¿De dónde has sacado esas cerillas?

—No me gustaría decirlo, maestro.

—¡Ya me imagino que no! ¡Y ahora dímelo!

—No quiero meter a nadie en problemas, maestro.

—Tu resistencia te honra, pero insisto —dijo el paje de velas.

—Ejem, se le han caído de la chaqueta cuando trepaba, maestro.

A lo lejos se oyó un último grito:

—¡El Megápodo ha sido atrapado!

Sin embargo, alrededor del Emperador el silencio escuchaba con la boca abierta.

—Te equivocas, Huebos —dijo Smeems lentamente—. Creo que descubrirás que deben de habérsele caído a uno de esos caballeros.

—Ah, sí, sin duda eso es lo que debe de haber sucedido, señor. Tengo que aprender a no sacar conclusiones precipitadas.

Una vez más, el paje de velas sintió que lo pillaban a pie cambiado.

—Bueno, pues no se hable más —fue todo lo que logró decir.

—¿Qué es lo que ha pasado hace un momento, señor? —preguntó Huebo.

—Ah, ¿eso? Formaba parte de una de las actividades mágicas mágicamente esenciales de los caballeros, muchacho. Era vital para el buen funcionamiento del mundo, estoy convencido, sí, sí. A lo mejor estaban colocando las estrellas en sus trayectorias, incluso. Es una de las cosas que hacemos aquí, por si no lo sabías —añadió, insinuando con cautela que menudeaba la compañía de los magos.

—Es que parecía un tipo flacucho con un gran pato de madera amarrado a la cabeza.

—Ya, bueno, a lo mejor parecía eso, bien pensado, pero es porque así lo ve la gente como nosotros, los que no tenemos el don de la vista ocular.

—¿Quiere decir que era una especie de metáfora?

Smeems reaccionó bastante bien dadas las circunstancias, que incluían haber naufragado tanto en el fondo de la cuestión que su ropa interior atraería percebes.

—Eso es —dijo—. Podría haber una meta fuera de algo que no parezca una chorrada tan grande.

—Exacto, maestro.

Smeems miró al chico de arriba abajo. No es culpa suya, pensó, no puede evitar ser lo que es. Sucumbió a un impropio acceso de afecto.

—Eres un muchacho brillante —dijo—. No hay motivo por el que no puedas llegar algún día a goteador jefe.

—Gracias, señor —replicó Huebo—, pero si no le importa confiaba en algo un poco más al aire libre, por así decirlo.

—Ah —dijo Smeems—, eso podría ser un poco… peliagudo, que dirían algunos.

—Sí, señor. Lo sé.

—Es solo que hay un montón de… bueno, mira, no es cosa mía, es… es… bueno, ya sabes. Es la gente. Ya sabes cómo es la gente.

—Sí. Sé cómo es la gente.

Parece un espantapájaros y habla a lo finolis igual que los caballeros, pensó Smeems. Listo como una centella, rijoso como un cerdo. Sintió el impulso de dar una palmadita al pequeño… sujeto en su curiosa cabeza esférica, pero se contuvo.

—Te vale más quedarte en las cubas —dijo—. Es un sitio agradable y calentito, tienes una estera para ti solo, estás la mar de a gusto y a salvo, ¿no?

Para su alivio el chico guardó silencio mientras recorrían los pasadizos, pero luego dijo, con tono meditabundo:

—Me estaba preguntando, señor… La vela que nunca se apaga, ¿cuántas veces… no se ha apagado?

Smeems se tragó la réplica hiriente. Por algún motivo, supo que no haría sino crear problemas a largo plazo.

—La vela que nunca se apaga ha dejado de apagarse tres veces desde que soy paje de velas, muchacho —respondió—. ¡Es un récord!

—Una hazaña envidiable, señor.

—¡Y que lo digas! Y eso con todas las cosas raras que están pasando últimamente.

—¿De verdad, señor? —dijo Huebo—. ¿Han estado pasando cosas más raras de lo normal?

—Joven, las cosas más raras de lo normal suceden a todas horas.

—Un friegaplatos me contó que ayer todos los retretes de la planta teseráctica se convirtieron en ovejas —dijo Huebo—. Eso me gustaría verlo.

—Yo no pasaría del fregadero, si fuera tú —se apresuró a replicar Smeems—. Y no te preocupes por lo que hacen los caballeros. Son las mejores mentes del mundo, así como te lo digo. Si les preguntases… —Hizo una pausa para pensar algo difícil de verdad, como—: cuánto es 864 por 316…

—273.024 —respondió Huebo, no del todo para sus adentros.

—¿Qué? —exclamó Smeems, desconcertado.

—Solo pensaba en voz alta, maestro —dijo Huebo.

—Ah. Vale. Ejem… Bueno, pues eso, ¿sabes? Te lo contestarían en un periquete. Las mejores mentes del mundo —prosiguió Smeems, que creía en la verdad por repetición—. Las mejores mentes. Enfrascadas en los asuntos del universo. ¡Las mejores mentes!

—Bueno, ha sido divertido —dijo Mustrum Ridcully, archicanciller de la universidad, tras desplomarse en un enorme sillón de la Sala No-Común con tanta fuerza que casi salió rebotado—. Tenemos que repetir algún día.

—Sí, señor. Lo haremos. Dentro de cien años —aseveró con suficiencia el nuevo maestro de las Tradiciones, mientras pasaba las páginas de su enorme libro. Llegó a la quebradiza hoja titulada «La caza del Megápodo», anotó en ella la fecha y el tiempo que habían tardado en encontrar al susodicho Megápodo y firmó con su nombre y rúbrica: Ponder Stibbons.

—¿Qué es un Megápodo, por cierto? —preguntó el catedrático de Estudios Indefinidos, mientras echaba mano al oporto.

—Una especie de pájaro, creo —respondió el archicanciller, que hizo un gesto con la mano hacia el carrito de las bebidas—. Ponme uno.

—El Megápodo original fue hallado en la segunda antecocina —explicó el maestro de las Tradiciones—. Huyó de allí en mitad de la cena y provocó lo que mi predecesor de hace mil cien años denominó… —Consultó su libro—: «Un verdadero pifostio de padre y muy señor mío cuando todos los profesores se echaron a perseguirlo por los edificios de la universidad con ánimo espirituoso y de jarana».

—¿Por qué? —preguntó el director del Departamento de Comunicaciones Post Mórtem, que aferró con ánimo el decantador de bebida espirituosa cuando le pasó por delante.

—Bueno, no puede consentirse que un Megápodo ande suelto, doctor Hix —dijo Ridcully—. Eso lo sabe cualquiera.

—No, quería decir que por qué lo repetimos cada cien años —dijo el director del Departamento de Comunicaciones Post Mórtem.

El [[3]](#footnote-3)prefecto mayor apartó la cara y murmuró:

—Oh, dioses…

—Es una tradición —explicó el catedrático de Estudios Indefinidos, mientras se liaba un cigarrillo—. Hay que tener tradiciones.

—Son tradicionales —dijo Ridcully. Le hizo una seña a un sirviente—. Y no me importa decir que esta me ha abierto un poco el apetito. ¿Puedes traer las tablas de queso de la uno a la cinco, por favor? Y, a ver, un poco de ese rosbif frío, unas lonchas de jamón, unas galletas y, por supuesto, los carros de encurtidos. —Alzó la vista—. ¿Alguien quiere añadir algo?

—Yo podría juguetear caprichosamente con una fruta —dijo el profesor de Fenómenos Recónditos—. ¿Qué dice usted, Bibliotecario?

—Ook —gruñó la figura que acaparaba el fuego.

—Sí, por supuesto —dijo el archicanciller. Hizo un gesto con la mano al camarero, que esperaba—. También el carro de la fruta. Encárgate, por favor, Cuerpabajo. Y… ¿a lo mejor podría subirlo esa chica nueva? Tendría que acostumbrarse a la Sala No-Común.

Fue como si acabara de pronunciar un conjuro mágico. La sala, cuyo techo se entreveía a través del humo azul, se vio inundada de repente por una especie de silencio pesado y curiosamente absorto, fruto en su mayor parte de una soñadora especulación, pero en algún caso excepcional motivado por un recuerdo lejano.

La chica nueva… Con solo pensarlo, los corazones ancianos latieron peligrosamente.

La belleza muy rara vez penetraba en la vida diaria de la UI, que era tan masculina como el olor a calcetín viejo y humo de pipa y, dada la lasitud general del profesorado en lo relativo a vaciar sus pipas, también el olor a calcetín humeante. La señora Panadizo, el ama de llaves, la del cinturón tintineante y el enorme corsé cuyos chirridos provocaban desmayos al catedrático de Estudios Indefinidos, por lo general se tomaba muy en serio contratar a personal que, sin dejar de ser femenino, no lo fuese en demasía: personas que tendían a ser industriosas, de hábitos limpios, mejillas sonrosadas y, en pocas palabras, la clase de señoras que nunca andan demasiado lejos de una tela de algodón a cuadros y una tarta de manzana. A los magos les iba de maravilla, porque a ellos tampoco les gustaba estar muy lejos de una tarta de manzana, aunque las telas a cuadros les daban bastante igual.

¿Por qué, entonces, había contratado a Juliet el ama de llaves? ¿En qué estaba pensando? La chica había entrado en la universidad como un mundo nuevo en un sistema solar, y el equilibrio del firmamento se bamboleaba sutilmente. Y ciertamente, mientras avanzaba por los pasillos, lo mismo hacía Juliet.

Por costumbre y práctica, los magos eran célibes, en teoría porque las mujeres distraían y eran perjudiciales para los órganos mágicos, pero a la semana de la presencia de Juliet muchos miembros del claustro se vieron sujetos a anhelos (en su mayor parte) desconocidos y a sueños extraños, y el día a día empezaba a hacérseles difícil de sobrellevar, aunque en realidad era algo que no podía identificarse: lo que ella tenía iba más allá de la belleza. Era una especie de destilación de la belleza lo que viajaba a su alrededor y se extendía por el éter circundante. Cuando pasaba junto a ellos, los magos sentían el impulso de escribir poesía y comprar flores.

—Tal vez les interese saber, caballeros —dijo el nuevo maestro de las Tradiciones— que la de esta noche ha sido la cacería más larga de la que se tenga constancia en la historia de la tradición. Sugiero que debemos un agradecimiento al Megápodo de esta noche…

Se dio cuenta de que la frase había caído en oídos sordos.

—Ejem, ¿caballeros? —dijo.

Alzó la vista. Los magos contemplaban con miradas tiernas lo que fuese que sucedía dentro de sus cabezas.

—¿Caballeros? —repitió, y esa vez obtuvo un suspiro colectivo cuando sus compañeros salieron de su repentino ataque de ensoñación.

—¿Qué hay? —dijo el archicanciller.

—Tan solo comentaba que el Megápodo de esta noche sin duda ha sido el mejor que se recuerde, archicanciller. Era Rincewind. El tocado oficial de Megápodo le quedaba muy bien, dadas las circunstancias. Creo que ha ido a echarse un ratito.

—¿Qué? Ah, eso. Bueno, sí. Cierto. Estaba muy conseguido —dijo Ridcully, y los magos iniciaron las lentas palmadas y golpes en la mesa que actúan de muestras de aprecio entre los hombres de cierta edad, clase y talle, que acompañaron con exclamaciones de «¡Muy, muy bien hecho, sí señor!» y «¡Estupendo!». Pero los ojos permanecieron clavados en la puerta y los oídos aguzados para captar el traqueteo del carrito, que anunciaría la llegada de la chica nueva y, por supuesto, de ciento siete tipos de queso y más de setenta variedades de hortalizas en vinagre, chutneys y demás guarniciones. La chica nueva bien podía ser el paradigma mismo de la belleza, pero la UI no era sitio para un hombre capaz de olvidar su queso.

Bueno, por lo menos ella ofrecía una distracción, pensó Ponder mientras cerraba el libro de golpe, y la universidad necesitaba unas cuantas en esos momentos. Desde la partida del decano la situación había sido complicada, muy complicada. ¿Dónde se había visto nunca que un hombre de la UI dimitiera? ¡Era algo pura y llanamente inaudito! A veces alguien se marchaba tras un escándalo, en una caja o, en unos pocos casos, en pedazos, pero no había ninguna tradición de dimitir. La titularidad en la Universidad Invisible era de por vida, y a menudo mucho más allá.

El cargo de maestro de las Tradiciones había ido a parar de manera inevitable a Ponder Stibbons, que tendía a llevarse todos los trabajos que requerían opinar que las cosas debían suceder a su hora y que las cifras tenían que cuadrar.

Por desgracia, cuando había acudido a ver qué pasaba con el anterior maestro de las Tradiciones, al cual, todos coincidían, hacía un tiempo que no se le veía el pelo, había descubierto que el hombre llevaba muerto doscientos años. No era una circunstancia del todo inusual. Ponder, tras años en la universidad, aún desconocía el tamaño exacto del profesorado. ¿Cómo llevar la cuenta en un lugar como aquel, donde cientos de cuartos compartían una única ventana, pero solo por fuera, o las habitaciones se alejaban de sus puertas por la noche, para viajar de forma intangible por los pasillos dormidos y acabar recalando en alguna otra parte?

Un mago podía hacer lo que le apeteciese en su propio estudio, y en los viejos tiempos eso había significado más que nada fumar lo que quisiera y tirarse unos pedos enormes sin pedir perdón. Hoy en día significaba construir una ampliación en un conjunto congruente de dimensiones. Lo hacía hasta el archicanciller, lo que impedía que Ponder protestase: Ridcully tenía ochocientos metros de río truchero en su cuarto de baño, y afirmaba que trastear en su estudio era lo que evitaba que un mago hiciera travesuras. Y, como todo el mundo sabía, así era. En lugar de eso lo que hacía en general era crear problemas.

Ponder lo había dejado correr, porque ahora veía como su misión en la vida atizar los fuegos que mantenían a Mustrum Ridcully en ebullición y hacían de la universidad un lugar feliz. Del mismo modo en que un perro refleja el estado de ánimo de su dueño, una universidad refleja el de su archicanciller. Lo más que podía hacer ahora, en su autoconfesada condición de única persona sensata del centro, era llevar las cosas por unos cauces aceptables, mantenerse alejado de los chubascos relacionados con la persona anteriormente conocida como el decano y encontrar modos de mantener al archicanciller demasiado ocupado para inmiscuirse en los asuntos de Ponder.

Estaba a punto de guardar el Libro de las Tradiciones cuando las gruesas páginas se abrieron solas.

—Qué raro.

—Bah, esas encuadernaciones de los libros viejos se ponen muy rígidas —dijo Ridcully—. Tienen vida propia, a veces.

—¿Alguien ha oído hablar del profesor H. F. Sehúnde o el doctor Erratamus?

Los profesores dejaron de vigilar la puerta para mirarse unos a otros.

—¿A nadie le suenan? —dijo Ridcully.

—Ni de lejos —respondió el catedrático de Runas Recientes con alborozo.

El archicanciller se volvió hacia su izquierda.

—¿Y tú qué dices, decano? Conoces a todos los viejos…

Ponder gimió. El resto de los magos cerraron los ojos y se prepararon. Aquello podía ponerse feo.

Ridcully contempló dos sillas vacías, con la huella de una nalga en cada una. Uno o dos de los profesores se calaron el sombrero sobre la cara. Ya habían pasado dos semanas, y la situación no había mejorado.

El archicanciller respiró hondo y rugió:

—¡Traidor! —Era un insulto terrible para dedicárselo a dos hoyuelos en un tapizado de cuero.

El catedrático de Estudios Indefinidos dio un discreto codazo a Ponder Stibbons, para indicarle que seguía siendo la víctima sacrificial del día.

Como cada día.

—¡Nos ha dejado por un mísero puñado de plata! —dijo Ridcully al universo en general.

Ponder carraspeó. Había albergado la sincera esperanza de que la caza del Megápodo le quitara el tema de la cabeza al archicanciller, pero la mente de Ridcully no paraba de regresar al decano ausente de la misma manera en que una lengua hurga sin tregua en el hueco de un diente caído.

—Ejem, a decir verdad, creo que su remuneración es como mínimo… —empezó, pero Ridcully estaba de un humor tal que ninguna respuesta sería la correcta.

—¿Remuneración? ¿Desde cuándo trabaja un mago por un salario? ¡Somos académicos puros, señor Stibbons! ¡No nos importa el vulgar dinero!

Por desgracia, Ponder era un pensador lógico que, en momentos de confusión mental, se refugiaba en la razón y la honestidad, las cuales, cuando uno se las veía con un archicanciller furioso, resultaban, por emplear el término académico preciso, baladíes. Además, descuidaba la perspectiva estratégica, lo que siempre es un error cuando se habla con compañeros del claustro, y a resultas de ello cometía la torpeza de emplear, como en ese momento, el sentido común.

—Eso es porque en realidad nunca pagamos gran cosa por nada —observó—, y si alguien necesita algo de dinero suelto no tiene más que echar mano del frasco grande…

—¡Somos parte del tejido mismo de la universidad, señor Stibbons! ¡Solo tomamos lo que precisamos! ¡No buscamos la riqueza! ¡Y desde luego no aceptamos «un puesto de vital importancia que incluye un atractivo paquete salarial», sea eso lo que demonios sea, «y otros beneficios, entre ellos una generosa pensión»! ¡Una pensión, nada menos! ¿Cuándo se ha jubilado nunca un mago?

—Bueno, el doctor Carcoma… —empezó Ponder, incapaz de contenerse.

—¡Se fue para casarse! —replicó Ridcully—. Eso no es jubilarse, es lo mismo que morir.

—¿Qué me dice del doctor Golondrina? —siguió Ponder. El catedrático de Runas Recientes le propinó una patada en el tobillo, pero Ponder se limitó a quejarse y proseguir—: ¡Se fue aquejado de un caso grave de ranas laborales, señor!

—Quien no quiera polvo, que no vaya a la era —musitó Ridcully.

La tormenta empezaba a amainar un poco, y los sombreros puntiagudos se alzaron con cierta reserva. Los ataques del archicanciller solo duraban unos minutos. El dato habría resultado más reconfortante si cada cinco minutos aproximadamente no hubiera algo que le recordase de improviso lo que él consideraba una redomada traición del decano, a saber: solicitar y conseguir un empleo en otra universidad a través de un anuncio corriente en un periódico. No era así como se comportaba un príncipe de la magia. No se sentaba delante de una junta de merceros, verduleros y zapateros (que seguro que eran unas bellísimas personas, la sal de la tierra, sin duda, pero aun así…) para ser juzgado y evaluado como un terrier de competición (¡seguro que le contaron los dientes!). Había dejado en mal lugar a la fraternidad entera de la magia, eso había hecho…

Se oyó un chirrido de ruedas en el pasillo, y todos los magos se pusieron rígidos y expectantes. La puerta se abrió y entró por ella el primer carrito sobrecargado.

Sonó una serie de suspiros cuando todos los ojos se centraron en la doncella que lo empujaba, y después varios suspiros bastante más sonoros cuando se dieron cuenta de que no era, por así decirlo, la deseada.

No era una chica espantosa. Podría decirse que era del montón, pero se trataba de un montón bastante agradable, limpio, ordenado, con los ingredientes bien dispuestos y el horno ya precalentado para preparar una tarta de manzana. Pero los pensamientos de los magos, asombrosamente, no estaban puestos en la comida en esos momentos, aunque algunos de ellos aún no parecían tener muy claro por qué.

Era, en realidad, una chica de bastante buen ver, aunque su pecho estuviera diseñado a todas luces para una mujer medio metro más alta; pero ella no era la Ella.

El cu[[4]](#footnote-4)adro académico estaba abatido, pero se animó considerablemente al ver la caravana de carritos que entraba en la sala. No había nada como un tentempié a las tres de la mañana para levantar el ánimo.

Bueno, pensó Ponder, por lo menos hemos superado la noche sin romper nada. Mejor que el martes, como mínimo.

Es un hecho contrastado en cualquier organización que, si se quiere ver hecho un trabajo, conviene asignárselo a alguien que ya esté muy ocupado. La idea ha provocado cierta cantidad de homicidios y, en un caso, la muerte de un director general por encierro repetido de la cabeza en un archivador tirando a pequeño.

En la UI, Ponder Stibbons era ese hombre ocupado. Había llegado a gustarle. Para empezar, la mayoría de los trabajos que le pedían que hiciera no necesitaban hacerse, y a la mayor parte de los magos del claustro no le importaba que no se hicieran, siempre que no fueran ellos quienes no los hiciesen. Además, a Ponder se le daba muy bien idear pequeños y eficientes sistemas para ahorrar tiempo, y estaba especialmente orgulloso de su sistema para redactar las actas de las reuniones, que había diseñado con la ayuda de Hex, la cada vez más útil máquina pensante de la universidad. Un análisis detallado de las actas anteriores, sumado a las enormes capacidades predictivas de Hex, significaba que, dada una gama sencilla de datos previos de fácil acceso como el orden del día (que estaba en manos de Ponder, de todas formas), los miembros del comité, el tiempo transcurrido desde el desayuno, el que faltaba para la comida, etcétera, las actas podían escribirse casi siempre de antemano.

En general, consideraba que estaba aportando su granito de arena al mantenimiento de la UI en el rumbo de estancamiento afable y dinámico que había escogido para sí misma. Mantener las cosas como estaban siempre suponía un esfuerzo satisfactorio, para quien conociera la alternativa.

Pero una página que se volvía sola constituía, para Ponder, una anomalía. En ese momento, mientras los sonidos del predesayuno cobraban intensidad a su alrededor, alisó la página y leyó, con atención.

Glenda habría roto de mil amores un plato en la dulce y vacía cabeza de Juliet cuando la chica apareció por fin en la cocina nocturna. Por lo menos, habría pensado en ello de mil amores, con toda la intención, pero no servía de nada perder los nervios porque al blanco de sus iras no se le daba muy bien fijarse en lo que pensaban los demás. Juliet no tenía un pelo de maldad en su cuerpo; simplemente le costaba mucho concebir la idea de que alguien intentara ser desagradable con ella.

De manera que Glenda se conformó con:

—¿Dónde estabas? Le he dicho a la señora Panadizo que estabas enferma y te habías ido a casa. ¡Tu padre se habrá subido por las paredes! Y a las demás chicas no les hará gracia.

Juliet se dejó caer en una silla, con un movimiento tan grácil que parecía cantar.

—He ido al fútbol, sabes. Hoy jugábamos contra esos cabrones de Dimwell.

—¿Hasta las tres de la mañana?

—Son las reglas, sabes. Jugar hasta que se acabe el tiempo, caiga el primer muerto o haya un gol.

—¿Quién ha ganado?

—Nosé.

—¿No lo sabes?

—Cuando nos hemos ido lo estaban decidiendo por heridas en la cabeza. Bueno, el caso es que he ido con Johnny Podrido, sabes.

—Pensaba que lo habías dejado con él.

—Me ha invitado a cenar, sabes.

—No tendrías que haber ido. No deberías hacer esa clase de cosas.

—¿Como si tú lo supieras? —dijo Juliet, que a veces creía que las preguntas eran respuestas.

—Friega y calla, ¿vale? —replicó Glenda. Y yo tendré que rehacerlo después, pensó mientras su mejor amiga arrastraba los pies hasta la hilera de grandes pilas de piedra. Lo que Juliet hacía no era exactamente fregar la vajilla, sino darle un ligero bautismo. Los magos no eran la clase de personas que reparasen en el huevo seco de ayer en el plato, pero la señora Panadizo podía detectarlo a dos habitaciones de distancia.

A Glenda le caía bien Juliet, de verdad que sí, aunque a veces se preguntase por qué. Por supuesto, habían crecido juntas, pero siempre le había asombrado que Juliet, tan guapa que los chicos se ponían nerviosos y a veces se desmayaban a su paso, pudiera ser tan, bueno, burra para todo. A decir verdad, era Glenda la que había crecido. De Juliet no estaba tan segura; a veces le parecía que ella había crecido por las dos.

—Mira, solo tienes que frotar un poco, nada más —le espetó al cabo de unos segundos de verla mojar los platos con desgana como si fueran galletas, y le quitó el cepillo de la mano perfecta y luego, mientras la grasa bajaba por el desagüe, pensó: He vuelto a hacerlo. En realidad, he vuelto a volver a hacerlo. ¿Cuántas veces es eso? ¡Hasta jugaba con sus muñecas por ella!

Plato tras plato centelleó bajo las manos de Glenda. Nada limpia las manchas rebeldes como la ira contenida.

Johnny Podrido, pensó. ¡Por los dioses, si huele a pipí de gato! Es el único chico lo bastante tonto para creerse que tiene alguna posibilidad. ¡Es la repera, con el tipo que tiene y solo sale con auténticos descerebrados! ¿Qué haría sin mí?

Tras ese breve episodio de emoción, la cocina nocturna recayó en su rutina y aquellas a las que se había aludido como «las otras chicas» siguieron con sus tareas de costumbre. Hay que decir que la infancia, para ellas, había terminado con mucha anterioridad, pero eran buenas trabajadoras y Glenda estaba orgullosa de ellas. La señora Setos montaba las tablas de quesos como una campeona. Mildred y Rachel, que figuraban de forma oficial en plantilla como «mujeres vegetales», eran buenas y fiables, y en verdad fue Mildred quien ideó la célebre receta de los sándwiches de remolacha y queso para untar.

Todas conocían su trabajo. Todas cumplían con su trabajo. La cocina nocturna era fiable y a Glenda le gustaba lo fiable.

Tenía un hogar al que volver y se aseguraba de volver a él por lo menos una vez al día, pero la cocina nocturna era donde vivía. Era su fortaleza.

Ponder Stibbons contempló la página que tenía delante. Su cabeza bullía de preguntas desagradables, la mayor y más fea de las cuales era, sencillamente: ¿Existe la menor posibilidad de que la gente pueda interpretar que esto es culpa mía? No. ¡Bien!

—Ejem, aquí sale una tradición que, por desgracia, no parecemos haber cumplido durante un tiempo considerable, archicanciller —dijo, logrando no sonar preocupado.

—Bueno, ¿acaso importa? —preguntó Ridcully mientras se estiraba.

—Es tradicional, archicanciller —le reprochó Ponder—. Aunque me atrevería a decir que no observarla, por desgracia, se ha convertido ya en la tradición.

—Bueno, pues no se hable más, ¿no? —dijo Ridcully—. Si podemos hacer una tradición de no observar otra tradición, pues doblemente tradicional, ¿verdad? ¿Qué problema hay?

—Es el Legado del archicanciller Conservado Mayor —dijo el maestro de las Tradiciones—. La universidad saca mucho partido a los terrenos de los Mayor. Eran una familia muy rica.

—Hum, sí. El nombre me suena vagamente. Todo un detalle por su parte. ¿Y?

—Esto… ojalá mi predecesor hubiera prestado un poco más de atención a algunas de las tradiciones —dijo Ponder, que creía en dar las malas noticias con cuentagotas.

—Bueno, es que estaba muerto.

—Sí, por supuesto. Quizá, señor, deberíamos, ejem, iniciar una tradición consistente en comprobar la salud del maestro de las Tradiciones.

—Ah, estaba la mar de sano —dijo el archicanciller—. Solo que muerto. Muy sano para estar muerto.

—¡Era un montón de polvo, archicanciller!

—No es lo mismo que estar enfermo, exactamente —dijo Ridcully, que creía en no ceder nunca—. Se consideraría como estable, a grandes rasgos.

Ponder dijo:

—El legado lleva consigo una condición. Figura en la letra pequeña, señor.

—¡Bah, yo nunca me molesto en leer la letra pequeña, Stibbons!

—Yo sí, señor. Dice: «… y aquesto seguirá mientras la Universidad presente un equipo en el juego del balón-de-pie o Soule de Pauperes».

—¿Suelo de paperas? —dijo el catedrático de Estudios Indefinidos.

—¡Eso es ridículo! —protestó Ridcully.

—Ridículo o no, archicanciller, esa es la condición del legado.

—Pero dejamos de participar en eso hace años —dijo Ridcully—. Turbas en las calles, repartiendo patadas, puñetazos y gritos… ¡y esos eran los jugadores! ¡Ojo, los espectadores eran casi igual de malos! ¡Había centenares de hombres por equipo! ¡Un partido podía durar días! Por eso se le puso fin.

—En realidad, nunca ha dejado de practicarse del todo, archicanciller —dijo el prefecto mayor—. Nosotros lo dejamos, sí, y también los gremios. Ya no era un juego para caballeros.

—Pese a todo —insistió el maestro de las Tradiciones, deslizando un dedo por la página—, esos son los términos. Hay toda clase de condiciones más. Oh, cielos. Oh, calamidad. Oh, no me digas…

Movió los labios en silencio mientras seguía leyendo. La sala se inclinó como un solo cuello.

—¡Bueno, desembuche, hombre! —rugió Ridcully.

—Creo que me gustaría comprobar unas cuantas cosas —dijo el maestro de las Tradiciones—. No quisiera inquietarles en balde. —Echó otro vistazo al libro—. ¡Venga ya, será broma!

—¿Qué pasa, hombre?

—Bueno, parece que… No, sería injusto arruinarles la velada, archicanciller —afirmó Ponder—. Debo de estar leyendo mal. Sin duda no puede querer decir… Oh, por todos los cielos…

—En pocas palabras, por favor, Stibbons —gruñó Ridcully—. Juraría que soy el archicanciller de esta universidad. Lo pone en mi puerta.

—Por supuesto, archicanciller, pero sería del todo incorrecto por mi parte…

—Agradezco que no desee echar a perder mi velada, señor mío —dijo Ridcully—. Pero yo no dudaré en echarle a perder a usted el día de mañana. Con eso presente, ¿de qué infiernos está hablando?

—Esto, se diría, archicanciller, que… ¿Saben cuándo fue el último partido en el que participamos?

—¿Alguien? —preguntó Ridcully a la habitación en general. Un debate de murmullos alcanzó un consenso en la dirección de «Hará unos veinte años, año arriba, año abajo».

—¿Cuántos arriba o abajo, exactamente? —preguntó Ponder, que odiaba esa clase de cosas.

—Bueno, ya sabe, alrededor de esa fecha. En ese período general, por así decirlo. Por aquel entonces. Ya sabe.

—¿Alrededor? —dijo Ponder—. ¿No pueden ser más precisos?

—¿Por qué?

—Porque si la universidad deja de jugar al Soule de Pobres durante un período de veinte años o más, el legado regresa a cualquier familiar superviviente del archicanciller Mayor.

—Pero ¡si está prohibido! —insistió el archicanciller.

—Ejem, no en sí. Es del dominio público que a lord Vetinari no le gusta, pero tengo entendido que, si los partidos se juegan fuera del centro de la ciudad y se confinan a los callejones, la Guardia deja que el que venga detrás arree. Dado que supongo que el número de aficionados y jugadores supera con creces a la plantilla entera de la Guardia, lo verán preferible a dejar que arreen al que les vaya detrás.

—Ingeniosa manera de expresarlo, señor Stibbons —observó Ridcully—. Me sorprende usted.

—Gracias, archicanciller —dijo Ponder. En realidad la había sacado de un editorial del Times, que a los magos no les gustaba mucho porque o no publicaba lo que decían, o publicaba lo que decían con embarazosa fidelidad. Envalentonado, añadió:

—Además, debo señalar que, según los estatutos de la UI, archicanciller, una prohibición tampoco importaría. Se supone que los magos no deben darse por aludidos por un veto semejante. No estamos sometidos al derecho mundano.

—Por supuesto. Pero aun así, suele resultar práctico reconocer la existencia del poder civil —dijo Ridcully, hablando como un hombre que escogía sus palabras con tanto cuidado que metafóricamente sacaba algunas de ellas afuera para examinarlas mejor a la luz del sol.

Los magos asintieron. Lo que habían oído era: «Puede que Vetinari tenga sus pequeñas manías, pero es el hombre más cuerdo que hemos tenido en el trono desde hace siglos, nos deja en paz y nunca se sabe qué ases guarda en la manga». No había réplica para eso.

—De acuerdo, Stibbons, ¿qué sugiere? —dijo Ridcully—. Hoy en día solo me informa de un problema cuando ya ha pensado una solución. Respeto ese método, aunque lo encuentro un tanto siniestro. Ya ha maquinado una manera de sacarnos de esta, ¿eh?

—Supongo que sí, señor. He pensado que podríamos, en fin, montar un equipo. No dice nada de ganar, señor. Solo tendríamos que jugar, nada más.

Siempre hacía un calorcito muy agradable en las cubas de las velas. Por desgracia, también había una humedad tremenda y bastantes ruidos erráticos e inesperados. El motivo era que las gigantescas tuberías de los sistemas de calefacción central y agua caliente de la Universidad Invisible pasaban por encima, sujetas al techo por una serie de bandas metálicas con un mayor o menor coeficiente de expansión lineal. Eso era solo el principio, sin embargo. También estaban las enormes cañerías que equilibraban el diferencial de slood en toda la universidad, el conducto del supresor de flujo de partículas antrópicas, que no funcionaba bien de un tiempo a esa parte, las tuberías de ventilación, que no funcionaban desde que el mulo se puso enfermo, y los vetustos tubos que eran todo lo que quedaba del malhadado intento de un archicanciller anterior de instalar un sistema de comunicación mediante titíes amaestrados. A ciertas horas del día, toda esa red de conductos se arrancaba con una sinfonía subterránea de borboteos, tañidos, inquietantes sonidos orgánicos de goteo y, de vez en cuando, un inexplicable ruido de muelle que reverberaba por todos los niveles subterráneos.

La naturaleza en general improvisada del sistema de construcción se veía reforzada por el hecho de que, para economizar, el aislante que revestía las grandes tuberías de agua caliente era ropa vieja atada con cordeles. Dado que varias de las prendas habían vestido en algún momento a un mago y, por fuerte que se frotase, nunca salían todos los conjuros, se producían ocasionales lluvias de chispas multicolores y alguna que otra pelota de ping-pong.

A pesar de todo, Huebo se sentía en casa entre las cubas. Era preocupante; en las tierras altas la gente de la calle, para reírse de él, le decía que lo habían hecho en una cuba. Aunque el hermano Avena le había dicho que eso era una tontería, el apacible bullir del sebo lo atraía. Allí se sentía en paz.

Ahora él dirigía las cubas. Smeems no lo sabía, porque apenas se tomaba la molestia de bajar allí. Trev estaba al tanto, por supuesto, pero que Huebo hiciera su trabajo significaba que él podía pasar más tiempo pateando su lata de un lado a otro en algún descampado, de modo que estaba feliz. La opinión de los demás goteadores y mojadores en realidad no contaba; un empleo en las cubas significaba, en lo relativo al mercado de trabajo, que uno había seguido acelerando después de tocar fondo y ya había perforado el lecho de roca. Significaba que ya no tenía el suficiente carisma para ser mendigo. Significaba que huía de algo, posiblemente de los mismísimos dioses, o los demonios de su interior. Significaba que, si uno osaba levantar la vista, vería, muy por encima, la hez de la sociedad. Mejor, pues, permanecer allí abajo en la cálida penumbra, con comida suficiente, lejos de cualquier encuentro desafortunado y, añadió Huebo en su cabeza, cualquier paliza.

No, los mojadores no suponían ningún problema. Les ayudaba siempre que podía. La vida misma les había dado tantos golpes que no les quedaban fuerzas para dárselos ellos a otros. Eso convenía a Huebo porque, cuando la gente descubría que era un trasgo, lo único que podía esperar eran problemas.

Recordaba lo que le gritaba la gente de las aldeas cuando era pequeño, y la palabra siempre iba seguida por una piedra.

Trasgo. Era una palabra con una caravana de bueyes de equipaje. Daba igual lo que uno dijera o hiciese, o fabricase, las carretas le pasaban por encima. Les había enseñado las cosas que había construido, y las piedras las habían destrozado mientras los aldeanos vociferaban como halcones de caza y le gritaban más palabras.

Eso había terminado el día en que el pastor Avena llegó al trote al pueblo, si un grupo de casuchas en una calle de barro apisonado podía llamarse pueblo, y trajo consigo… el perdón. Pero aquel día nadie había querido ser perdonado.

En la oscuridad, Hormigón el troll, que iba hasta arriba de tocho, tajada, taco y terrón y hasta esnifaría limaduras de hierro si Huebo no se lo impidiera, gimoteaba en su colchón.

Huebo encendió una vela nueva y dio cuerda a su dispositivo casero para gotear velas. El aparato se puso en marcha con un alegre zumbido e hizo que la llama se pusiera horizontal. Huebo prestó atención a su trabajo. Un buen goteador nunca giraba la vela al derretir la cera; las velas en estado salvaje, por así decirlo, casi nunca goteaban en más de una dirección, que era la de la corriente. No era de extrañar que a los magos les gustaran las que hacía él: había algo desconcertante en una vela que parecía haber goteado en todas las direcciones a la vez. Podía descolocar a un hombre.

Trabajó[[5]](#footnote-5) deprisa, y estaba metiendo la decimonovena vela bien goteada en la cesta del reparto cuando oyó el tintineo de una lata metálica chutada a lo largo del suelo de piedra del pasillo.

—Buenos días, señor Trev —dijo sin levantar la vista. Al cabo de un momento una lata vacía aterrizó delante de él, vertical, sin más ceremonia que una pieza de rompecabezas al ocupar su sitio.

—¿Cómo has sabido que era yo, Gobbo?

—Por su leitmotiv, señor Trev. Y prefiero Huebo, gracias.

—¿Qué es eso del limotif? —preguntó la voz a su espalda.

—Es un tema o acorde repetido que se asocia a una persona o lugar en concreto, señor Trev —explicó Huebo, mientras colocaba con cuidado dos velas más en la cesta—. Me refería a su pasión por patear una lata de un lado a otro. Parece de buen humor, señor. ¿Cómo ha ido la jornada?

—¿Lo qué?

—¿Sonrió la Fortuna a Dimwell anoche?

—¿De qué hablas?

Huebo se echó un poco más atrás. Podía ser peligroso no encajar, no ser útil, no ir con cuidado.

—¿Ganaron, señor?

—Qué va. Otro empate a cero. Una pérdida de tiempo, la verdad. Pero solo era un amistoso. No murió nadie. —Trev contempló las cestas llenas de velas con su goteo realista—. Es para cagarse la de velas que has hecho, chaval —observó con amabilidad.

Huebo vaciló de nuevo y después dijo, con mucha cautela:

—A pesar de la referencia escatológica, ¿aprueba el gran, si bien no especificado, número de velas que he goteado para usted?

—¿Se puede saber de qué hablas, Gobbo?

Frenético, Huebo buscó una traducción aceptable.

—¿Voy bien o qué? —probó.

Trev le dio una palmada en la espalda.

—¡Sí! ¡Buen trabajo! ¡De coña! Pero tienes que aprender a largar normal, sabes. En la calle que vivo yo no durarías ni cinco minutos. Te tirarían un cacho ladrillo a la cabeza, lo más seguro.

—Pues, quiero decir, «pos» sí, antes me pasaba de… tanto en cuanto —dijo Huebo, concentrado.

—A mí nunca me ha entrado en la cocorota a qué viene tanto jaleo —dijo Trev con generosidad—. Vale, hubo un montón de batallas enormes. Ya ves. Fue hace un montón de tiempo y muy lejos, ¿no?, y yo para mí que los trolls y los enanos fueron igual de malos que tu gente, ¿o no? Va, hombre, ¿los trasgos? ¿A qué viene tanta historia? Solo rajabais gargantas y chorizabais cosas, ¿no? Eso es prácticamente civilizado en algunas calles de por aquí.

Probablemente, pensó Huebo. Nadie pudo mantenerse neutral cuando el Lejano Uberwald se sumió en la Guerra Oscura. Quizá allí hubiera auténtica maldad, pero al parecer la maldad estaba, curiosamente, siempre en el otro bando. Tal vez fuera contagioso. De alguna manera, en todas las confusas historias que se habían cantado o escrito, los trasgos aparecían como cabroncetes cobardes y desagradables que guardaban la cera de sus propias orejas y siempre estaban en el otro bando. Por desgracia, cuando llegó el momento de poner por escrito su versión de la historia, la gente de Huebo ni siquiera tenía un lápiz.

Sonríe a la gente. Intenta que te caigan bien. Sé amable. Acumula valía. Trev le caía bien. Le resultaba fácil que la gente le cayese bien. Cuando se notaba que a uno le caía bien la gente, era más fácil caerles bien a ellos. Todo ayudaba.

Trev, sin embargo, parecía sincero al concederle tan poca importancia a la historia, y había reconocido que tener en las cubas a alguien que no solo no intentaba comerse el sebo sino que además hacía por él la mayor parte del trabajo y, ya puestos, lo hacía mejor de lo que él estaba dispuesto a molestarse en hacerlo, era un activo digno de protegerse. Aparte, Trev era vago de nacimiento, salvo por lo tocante al balón-de-pie, y la intolerancia requería demasiado esfuerzo. Trev nunca se esforzaba de más. Trev recorría la vida por senderos de plumas.

—Maese Smeems ha preguntado por usted —informó Huebo—. Me he ocupado de todo.

—Gracias —dijo Trev, y eso fue todo. Ni una pregunta. Trev le caía bien.

Pero el chico estaba allí plantado, mirándolo fijamente, como si intentase entender cómo funcionaba.

—Tengo una idea —dijo Trev—. Sube conmigo a la cocina nocturna y rapiñaremos el desayuno, ¿vale?

—Oh, no, señor Trev —replicó Huebo, casi dejando caer una vela—. No creo que, perdón, no creo de que sea buena idea.

—Venga, ¿quién va a enterarse? Y ahí arriba hay una chica gorda que cocina que te mueres. La mejor comida que hayas probado.

Huebo vaciló. Muéstrate siempre de acuerdo, sé siempre de utilidad, declárate siempre presto, nunca asustes a nadie.

—Creo de que iré con usted —dijo.

Fregar una sartén hasta verte reflejada en ella tiene muchas ventajas, sobre todo cuando se ha acariciado la idea de zumbarle suavemente con ella en la cabeza a alguien. Glenda no estaba de humor para Trev cuando este asomó por la escalera de piedra, la besó en la nuca y dijo con alegría:

—A las buenas, guapísima, ¿qué se cuece hoy?

—Nada para los de tu calaña, Trevor Probable —dijo, ahuyentándolo con la sartén—, y las manos quietecitas, ¡gracias!

—¿No has guardado nada calentito para tu chico preferido?

Glenda suspiró.

—Hay repollo con patatas en el horno, y no digas ni una palabra si alguien te pilla —dijo.

—¡Ni que pintado para un hombre que lleva toda la noche trabajando como un esclavo! —exclamó Trev mientras le daba una palmadita con demasiada familiaridad y se dirigía hacia los hornos.

—¡Has estado en el fútbol! —le espetó Glenda—. ¡Siempre estás en el fútbol! ¿A eso lo llamas tú trabajar?

El chico se rió y Glenda fulminó con la mirada a su compañero, que retrocedió con tanta rapidez como si fuera a perforarle.

—Además, tendrías que lavaros antes de subir aquí —prosiguió ella, contenta de tener un blanco que no sonriera ni le lanzase besos—. ¡Es una zona de preparar alimentos!

Huebo tragó saliva. Era la conversación más larga que había mantenido con una hembra aparte de la señora y de la señorita Curacepo, y ni siquiera había dicho nada.

—Le aseguro que me baño regularmente —protestó.

—Pero ¡si estás gris!

—Bueno, hay gente que es negra y gente que es blanca —dijo Huebo, casi llorando. ¿Por qué, por qué habría salido de las cubas? Allí abajo se vivía bien, sin complicaciones, y además en calma, cuando Hormigón no iba pasado de óxido ferroso.

—No funciona así. No eres un zombi, ¿verdad? Sé que hacen grandes esfuerzos, y nadie podemos elegir cómo morimos, pero no pienso dejar que se repita todo aquello. Cualquiera puede meter el dedo en la sopa, pero ¿dejarlo rodando por el fondo de la sopera? Eso no está bien.

—Soy un ser vivo, señorita —dijo Huebo con impotencia.

—Sí, pero qué ser, es lo que me gustaría saber.

—Soy un trasgo, señorita. —Vaciló al decirlo. Sonaba a mentira.

—Pensaba que los trasgos tenían cuernos —dijo Glenda.

—Solo los adultos, señorita. —Bueno, era cierto, para algunos trasgos.

—Vosotros no haréis cosas feas, ¿verdad? —preguntó Glenda, mirando a Huebo con cara de pocos amigos.

Pero Huebo la reconoció como una especie de cara de pocos amigos residual; había dicho lo que tenía que decir y ahora solo hacía un poco de teatro, para demostrar que allí mandaba ella. Y los que mandan pueden permitirse ser generosos, sobre todo cuando el mandado parece un poco temeroso y debidamente impresionado. Funcionó. Glenda dijo:

—Trev, ponle al señor…

—Huebo —dijo Huebo.

—Ponle al señor Huebo un poco de repollo con patatas, haz el favor. Parece medio muerto de hambre.

—Tengo un metabolismo muy rápido —explicó Huebo.

—Eso no me importa —dijo Glenda—, mientras no vayas por ahí enseñándoselo a la gente. Ya me basta…

Se oyó un estrépito a su espalda.

A Trev se le había caído la bandeja del repollo con patatas. Estaba petrificado, con la vista clavada en Juliet, que le correspondía con una mirada de honda repugnancia. Al final, la chica dijo, con una voz que parecía hecha de perlas:

—¿Qué, no está bien ya con las putas miraditas? ¡Hay que tener morro para pasearte por aquí con ese trapo al cuello! Todo el mundo sabe que Dimwell es lo peor. Bestio no sabría llevar la pelota ni en un saco.

—¿Ah, no? Pues dicen que los Presión os dieron una buena la semana pasada. ¡Grupo de Presión! Pero ¡si son una panda de abuelitas!

—¿Ah, sí? ¡Porque tú lo digas! ¡El día antes soltaron del Rapapolvo a Grapa Virtical! ¡Ya me gustaría ver qué habríais hecho los dimeros con él pisoteándoos los higadillos!

—¿El viejo Grapa? ¡Ja! ¡Sabe dar candela, sí, pero no corre ni que lo maten! No sabrían ni por dónde les…

La sartén de Glenda resonó contra la cocina de hierro.

—¡Basta ya, los dos! Tengo que recoger, y no quiero que el dichoso fútbol acabe pringándome las superficies, ¿me oís? Tú espera aquí, niña, y tú, Trevor Probable, vuelve a tu sótano, y quiero ese plato limpio y de vuelta mañana por la noche o ya puedes ir mendigándole tus comidas a otra, ¿vale? Llévate a tu amiguito. Ha sido un placer conocerle, señor Huebo, pero ojalá encontrase usted mejores compañías.

Hizo una pausa. Huebo parecía perdido y desconcertado. Que los dioses me ayuden, pensó Glenda, ya vuelvo a comportarme como mi madre.

—No, espere. —Bajó el brazo, abrió uno de los hornos y sacó otro plato grande. El aroma a manzanas asadas llenó la cocina—. Esto es para usted, señor Huebo, de mi parte. Tiene que engordar un poquito, que le va a dar algo. No se moleste en compartirlo con este sinvergüenza, porque es un mendigo y un rata, pregúntele a cualquiera. Y ahora, tengo que limpiar y, si no vais a ayudar, ¡fuera de mi cocina! ¡Ah, y ese plato lo quiero de vuelta también!

Trev agarró a Huebo del hombro.

—Vamos, ya la has oído.

—Sí, y no me importa ayudar…

—¡Vamos!

—Muchas gracias, señorita —logró decir Huebo, mientras lo arrastraban escaleras abajo.

Glenda dobló con pulcritud su trapo del horno mientras los veía marcharse.

—Trasgos —dijo, pensativa—. ¿Habías visto alguna vez un trasgo, Jul?

—¿Qué?

—¿Has visto alguna vez un trasgo?

—No sé.

—¿Crees que es un trasgo?

—¿Qué?

—El señor Huebo. ¿Te parece que es un trasgo? —preguntó Glenda, con toda la paciencia posible.

—Si lo es, es un trasgo finolis. O sea, por cómo habla debe de leer libros y tal.

Se trataba de una observación que, en opinión de Glenda, era de calidad prácticamente quirúrgica viniendo de Juliet. Giró sobre sus talones y descubrió, para su sorpresa, que Juliet se había puesto a leer algo, o por lo menos a mirar con intensidad las palabras.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó.

—Se llama Po-pompa. Va de lo que hace la gente importante.

Glenda miró por encima del hombro de su amiga mientras esta pasaba las páginas. A primera vista, toda la gente importante compartía una sola sonrisa y llevaba ropa inapropiada para esa época del año.

—¿Y qué es lo que los hace importantes? —preguntó—. ¿Salir en una revista y ya está?

—También hay consejos de moda —dijo Juliet a la defensiva—. Mira, aquí pone que el cromo y la micromalla de cobre son lo último esta temporada.

—Esa es la página para enanas —suspiró Glenda—. Venga, recoge tus trastos y te acompaño a casa.

Juliet siguió leyendo mientras esperaban la góndola de caballos. Esa repentina devoción a la letra impresa preocupaba a Glenda. Lo último que quería era que a su amiga se le metieran ideas raras en la cabeza. La de sitio que tendrían ahí dentro para rebotar y hacer daño. Glenda, por su parte, estaba leyendo una de sus novelas baratas envuelta en una página del Times. Leía como comen los gatos: de manera furtiva, desafiando a cualquiera a darse cuenta.

Mientras los caballos avanzaban con paso cansino hacia Hermanas Dolly, sacó su bufanda de la bolsa y la enrolló a su muñeca sin prestar atención. Personalmente, odiaba la violencia del fútbol, pero era importante pertenecer a una comunidad. No pertenecer, sobre todo después de un gran partido, podía ser peligroso para la salud. Era importante mostrar los colores correctos en tu barrio. Era importante encajar.

Por algún motivo, ese pensamiento la llevó de inmediato a pensar en Huebo. Qué raro era. Feúcho, pero muy limpio. Apestaba a jabón, y qué nervioso parecía. Tenía algo…

El aire de la Sala No-Común se había enfriado como agua de deshielo.

—¿Nos está diciendo, señor Stibbons, que debería vérsenos participando en un juego para matones, patanes y brutos? —preguntó el catedrático de Estudios Indefinidos—. ¡Eso sería imposible!

—Improbable, sí. ¿Imposible? No —dijo Ponder con tono cansino.

—¡Imposible de todo punto! —exclamó el prefecto mayor, asintiendo con la cabeza en dirección al catedrático—. ¡Sería intercambiar patadas con gentuza!

—Mi abuelo marcó dos goles en un partido contra Dimwell —dijo Ridcully con voz tranquila y desapasionada—. La mayoría no consigue meter ni uno en toda la vida, hoy en día. Creo que el máximo de goles anotado por un solo hombre en toda su vida es cuatro. Fue Dave Probable, por supuesto.

Se produjo una marea de rectificaciones y reposicionamientos apresurados.

—Ah, bueno, claro, esos eran otros tiempos —dijo el prefecto mayor, que de repente era todo jarabe—. Estoy seguro de que hasta los trabajadores cualificados participaban de vez en cuando por diversión.

—No había mucha diversión si topaban con mi abuelo —dijo Ridcully, con una vaga sonrisilla—. Era luchador profesional. Tumbaba a la gente por dinero y los pubs mandaban por él si se armaba una pelea peligrosa de verdad. Por supuesto, en cierto sentido, eso la volvía incluso más peligrosa, pero para entonces ya sucedía básicamente en la calle.

—¿Tiraba a la gente de los edificios?

—Y tanto. Para ser justos, solía ser desde la planta baja y siempre abría antes la ventana. Era un hombre muy considerado, tengo entendido. Se ganaba la vida fabricando cajas de música, muy delicadas, ganó premios por ellas. Abstemio, ojo, y bastante religioso, además. Lo de los puñetazos solo eran trabajillos eventuales. Me consta que nunca arrancó nada que no pudiera coserse otra vez. Un tipo decente, se mire como se mire. No llegué a conocerlo, por desgracia. Siempre he deseado tener algo por lo que recordar al abuelo.

Como un solo mago, los miembros del claustro miraron las enormes manos de Ridcully. Eran del tamaño de dos sartenes. Hizo crujir sus nudillos. Se oyó eco.

—Señor Stibbons, ¿lo único que tenemos que hacer es enfrentarnos al otro equipo y perder? —preguntó.

—Exacto, archicanciller —dijo Ponder—. Basta con regalar el partido.

—Pero perder significa que nos vean no ganar, ¿tengo razón?

—Eso parece, sí.

—Entonces creo que, más bien, deberíamos ganar, ¿no le parece?

—En serio, Mustrum, esto está pasando de castaño oscuro —dijo el prefecto mayor.

—¿Perdón? —exclamó Ridcully, alzando las cejas—. ¿Puedo recordaros que el archicanciller de esta universidad es, según los estatutos del centro, el primero entre pares?

—Por supuesto.

—Vale. Pues bien, ese soy yo. Creo que la palabra «primero» es relevante en este caso. Veo que garabatea en su cuadernillo, señor Stibbons.

—Sí, archicanciller. Intento calcular si podemos salir adelante sin el legado.

—Así me gusta —dijo el prefecto mayor, mirando a Ridcully con cara de pocos amigos—. Sabía que no había motivo para montar en pánico.

—En realidad, me complace decir que creo que podríamos ir tirando bastante bien con tan solo un mínimo recorte en los gastos —prosiguió Ponder.

—Ahí —dijo el prefecto mayor, con una mirada triunfal al primero entre pares—, ya ve lo que pasa cuando no se monta en pánico a las primeras de cambio.

—Cierto —replicó Ridcully con calma. Con la mirada todavía fija en el prefecto mayor, añadió—: Señor Stibbons, ¿sería tan amable de ilustrarnos? ¿A qué equivale, en la práctica, «un mínimo recorte en los gastos»?

—El legado es un fondo —dijo Ponder, que seguía escribiendo—. Disponemos del usufructo de la cuantiosa renta procedente de las muy sabias inversiones de los fideicomisarios de Mayor, pero no podemos tocar el capital. Pese a todo, la renta es suficiente para cubrir, y lamento ser impreciso, alrededor del ochenta y siete por ciento de los gastos en comida de la universidad.

Esperó con paciencia a que amainase el rugido de indignación. Era asombroso, pensó, cómo discutía la gente contra las cifras sin otro argumento que «tienen que estar equivocadas».

—Estoy seguro de que el tesorero discreparía de esas cifras —protestó con amargura el prefecto mayor.

—Así es —dijo Ponder—, pero me temo que se debe a que considera un incordio la coma decimal.

Los miembros del claustro se miraron unos a otros.

—Entonces, ¿quién se ocupa de nuestros asuntos financieros? —preguntó Ridcully.

—¿Desde el mes pasado? Yo —respondió Ponder—, pero cedería encantado la responsabilidad al primer voluntario.

Funcionó. Por desgracia, siempre funcionaba.

—En ese caso —prosiguió, en el repentino silencio—, he elaborado, en referencia a las tablas caloríficas, un régimen que proporcionará a todos los presentes tres comidas nutritivas al día…

El prefecto mayor arrugó la frente.

—¿Tres comidas? ¿Tres comidas? ¿Qué clase de persona toma tres comidas al día?

—Alguien que no puede permitirse nueve —respondió Ponder tajante—. Podríamos estirar el dinero si nos concentramos en una saludable dieta de cereales y verduras frescas. Eso nos permitiría mantener la tabla de quesos con un surtido de, pongamos, tres variedades.

—¡Tres quesos no es un surtido, es una penitencia! —protestó el catedrático de Runas Recientes.

—O podríamos jugar un partido de fútbol, caballeros —dijo Ridcully, con una alegre palmada—. Un partido. Eso es todo. ¿Tan duro sería?

—¿Tan duro como una cara llena de clavos de bota, a lo mejor? —dijo el catedrático de Estudios Indefinidos—. ¡A la gente la pisotean contra los adoquines!

—Si no queda más remedio, siempre podemos encontrar voluntarios en el cuerpo estudiantil —dijo Ridcully.

—«Cadáveres» sería una palabra más apropiada.

El archicanciller se recostó en su sillón.

—¿Qué define a un mago, caballeros? ¿Cierta afinidad con la magia? Sí, por supuesto, pero quienes estamos a esta mesa sabemos que, para el tipo adecuado de mente, eso no resulta difícil de obtener. No sucede, por así decirlo, por arte de magia. Vamos, si hasta las brujas lo consiguen. No, lo que define a un usuario de la magia es cierta disposición mental a mirar un poco más a fondo el mundo y su manera de funcionar, el modo en que sus corrientes tuercen las fortunas de la humanidad, etcétera, etcétera. En pocas palabras, un mago debería ser la clase de persona capaz de comprender que un título garantizado con doble matrícula de honor merece la molestia ocasional de deslizarse por la calle con los dientes por delante.

—¿Sugiere en serio que regalemos títulos a cambio de la mera capacidad física? —preguntó el catedrático de Estudios Indefinidos.

—No, claro que no. Sugiero en serio que regalemos títulos a cambio de la extrema capacidad física. ¿Debo recordarle que yo remé para esta universidad durante cinco años y gané un Marrón?

—¿Y para qué le sirvió, exactamente?

—Bueno, en mi puerta pone «Archicanciller». ¿Recuerda por qué? El Consejo Universitario, en su momento, adoptó la muy decente opinión de que quizá había llegado la hora de contar con un líder que no estuviera tonto, loco o muerto. Hay que reconocer que esas no son exactamente cualificaciones en el sentido habitual, pero me gusta pensar que las dotes de liderazgo, táctica y creatividad tramposa que aprendí en el río también me pusieron en el buen camino. Y así, por mis pecados, que en realidad no recuerdo haber cometido pero deben de haber sido de aúpa, yo ocupaba el primer puesto de una lista de uno. ¿Ha dicho un surtido de tres quesos, señor Stibbons?

—Sí, archicanciller.

—Solo quería asegurarme. —Ridcully se inclinó hacia delante—. Caballeros, por la mañana, me corrijo, dentro de un rato, me propongo informar a Vetinari sin medias tintas de que esta universidad pretende jugar al fútbol una vez más. Y la tarea recae sobre mí porque soy el primero entre pares. Si alguno de vosotros desea probar suerte en el Despacho Oblongo, solo tiene que decirlo.

—Sospechará algo, no le quepa duda —dijo el catedrático de Estudios Indefinidos.

—Él sospecha de todo. Por eso sigue siendo patricio. —Ridcully se levantó—. Doy esta reu… este aperitivo muy alargado por concluido. ¡Señor Stibbons, acompáñeme!

Ponder salió al trote detrás de su superior, con los libros pegados al pecho, contento de tener una excusa para salir de allí antes de que se volvieran contra él. El portador de malas noticias nunca es popular, sobre todo cuando las trae en una bandeja vacía.

—Archicanciller, yo… —empezó, pero Ridcully se llevó un dedo a los labios.

Tras un momento de cargado silencio, se produjo un repentino festival de choques sordos, como de hombres luchando en silencio.

—Así me gusta —dijo Ridcully, que emprendió de nuevo la marcha pasillo abajo—. Me preguntaba cuánto tardarían en darse cuenta de que podrían estar viendo el último carrito sobrecargado de aperitivos en una temporada. Casi me tienta quedarme a verlos salir dando tumbos con las túnicas caídas.

Ponder lo miró fijamente.

—¿Está disfrutando con esto, archicanciller?

—Por los cielos, no —dijo Ridcully con los ojos centelleantes—. ¿Cómo puede sugerir semejante cosa? Además, dentro de unas horas tengo que comunicar a Havelock Vetinari que pretendemos convertirnos en una afrenta personal. Una cosa es que el populacho inculto se muela a patadas, pero no creo que le ilusione la perspectiva de que nos apuntemos.

—Por supuesto, señor. Esto… hay un asunto secundario, señor, un pequeño dilema, por así decirlo. ¿Quién es Huebo?

A Ponder le pareció que se producía una pausa algo más larga de lo necesario antes de que Ridcully dijera:

—¿Y Huebo es…?

—Trabaja en las cubas de las velas, señor.

—¿Cómo sabe eso, Stibbons?

—Llevo los salarios, señor. El paje de velas dice que Huebo se presentó sin más una noche con una nota que decía que había que contratarle y pagarle el salario mínimo.

—¿Y bien?

—Es todo lo que sé, señor, y solo lo he descubierto porque pregunté a Smeems. Smeems dice que es buen chaval pero algo rarito.

—Entonces debería encajar, ¿no le parece, Stibbons? A decir verdad, estamos viendo lo bien que encaja.

—Bueno, sí, señor, por ahí no hay problema, pero es un trasgo, al parecer, y en términos generales, ya sabe, es una especie de tradición extraña, pero cuando los primeros representantes de otras especies llegan a la ciudad, empiezan en la Guardia…

Ridcully carraspeó, sonoramente.

—El problema de la Guardia, Stibbons, es que hacen demasiadas preguntas. Sugiero que no deberíamos emularles. —Miró a Ponder y en apariencia tomó una decisión—. Ya sabe que tiene un futuro resplandeciente aquí en la UI, Stibbons.

—Sí, señor —dijo Ponder con tono lúgubre.

—Le aconsejaría, con eso presente, que olvidase todo lo relativo al señor Huebo.

—¡Disculpe, archicanciller, pero eso es inaceptable!

Ridcully echó el cuerpo atrás, como un hombre sometido al ataque de una oveja a la que tomaba por comatosa.

Ponder siguió adelante, porque cuando uno se ha tirado por un precipicio, su única esperanza es propugnar la abolición de la gravedad.

—Tengo doce trabajos en esta universidad —dijo—. Llevo todo el papeleo. Llevo todas las cuentas. ¡A decir verdad, llevo todo lo que exige el más mínimo esfuerzo y responsabilidad! ¡Y lo hago a pesar de que Durafacies me ha ofrecido el cargo de tesorero! ¡Con personal a mi mando! Y hablo de personas de verdad, no un palo con un nudo en la punta. Ahora… ¿Quiere… Confiar… En… Mí? ¿Por qué es tan importante ese Huebo?

—¿El muy cabrón trató de tentarle? —preguntó Ridcully—. ¡El diente ponzoñoso de la sierpe es menos desgarrador, menos cruel que el dolor de tener un decano ingrato! ¿Acaso no hay extremo al que no esté dispuesto a rebajarse? ¿Cuánto le…?

—No lo pregunté —respondió Ponder con voz tranquila.

Hubo un momento de silencio y luego Ridcully le dio un par de palmaditas en el hombro.

—El problema del señor Huebo es que hay gente que quiere matarlo.

—¿Qué gente?

Ridcully miró a Ponder a los ojos. Sus labios se movieron. Entrecerró los ojos como un hombre enfrascado en un cálculo complejo. Se encogió de hombros.

—Probablemente todo el mundo —dijo.

—Por favor, coja un poco más de mi deliciosa tarta de manzana —dijo Huebo.

—Te la ha dado a ti —respondió Trev con una sonrisa—. Como me coma tu tarta, se me cae el pelo.

—Pero usted es mi amigo, señor Trev —dijo Huebo—. Y, como es mi tarta, puedo hacer lo que me plazca con ella.

—Na —replicó Trev con un gesto de la mano—. Pero hay un recadillo que sí podrías hacerme, ya que soy un jefe amable y comprensivo que te deja trabajar todas las horas que quieres.

—¿Sí, señor Trev?

—Glenda entrará a trabajar alrededor de mediodía. La verdad, esa chica apenas sale de aquí. Me gustaría que fueras y le preguntases el nombre de esa chica que estaba arriba anoche.

—¿La que le gritó, señor Trev?

—Esa misma.

—Lo haré encantado —dijo Huebo—. Pero ¿por qué no se lo pregunta a Glenda usted mismo? Ella le conoce.

Trev volvió a sonreír.

—Sí, me conoce y por eso sé que no me lo dirá. Me da en la nariz, y en estas cosas no suelo fallar, que le gustaría conocerte mejor. Nunca he visto a una señorita con tanta afición a sentir pena por la gente.

—No hay mucho que conocer —dijo Huebo.

Trev le dedicó una mirada larga y meditabunda. Huebo no había apartado la mirada de su trabajo. Trev no había visto nunca a nadie que se concentrase con tanta facilidad. Otras personas que acababan trabajando en las cubas eran un poco raras, era casi un requisito, pero el pequeñín gris oscuro era, en cierto sentido, raro en la dirección opuesta.

—¿Sabe? Tendría que salir usted más, señor Huebos —dijo.

—Oh, no creo que eso me gustase nada —replicó Huebo—, y si no le importa le recordaré que mi apellido no es plural, gracias.

—¿Has ido alguna vez a un partido de fútbol?

—No, señor Trev.

—Entonces mañana te llevo al partido. Yo no juego, claro, pero nunca me pierdo un partido si se puede ir —dijo Trev—. No habrá armas de filo, supongo. La temporada empieza pronto, todo el mundo está calentando.

—Bueno, es muy amable por su parte, pero yo…

—Te diré lo que vamos a hacer: te recojo aquí a la una en punto.

—Pero ¡la gente me mirará! —dijo Huebo. Y en su cabeza oyó la voz de la señora, tranquila y serena como siempre: No destaques. Intégrate en la multitud.

—No, no te mirarán, hazme caso —aseguró Trev—. De eso me ocupo yo. Disfruta de tu tarta. Me largo.

Se sacó una lata del bolsillo del abrigo, la dejó caer sobre su pie, la elevó por el aire, dio unos cuantos toques con la punta de tal manera que la hizo girar y centellear como un astro y después la chutó con tanta fuerza que cruzó volando la sala enorme y oscura varios palmos por encima de las cubas, con un ligero repique. Contra toda probabilidad, se detuvo a medio vuelo cuando se hallaba a un metro de la pared del fondo, rotó durante un momento y después empezó a regresar con lo que al pasmado Huebo le pareció más velocidad que antes.

Trev la atrapó sin esfuerzo y se la guardó de nuevo en el bolsillo.

—¿Cómo puede hacer eso, señor Trev? —preguntó Huebo, asombrado.

—Nunca lo había pensado —dijo Trev—. Pero siempre me pregunto por qué no pueden los demás. Es solo cosa de darle efecto. No cuesta tanto. Hasta mañana, ¿vale? Y no olvides ese nombre.

Las góndolas de caballos no eran mucho más rápidas que caminar, pero el que caminaba no eras tú, y había asientos, techo y un vigilante con un hacha de batalla, de manera que en general, y en las húmedas horas grises previas al amanecer, valía mucho la pena por dos peniques. Glenda y Juliet estaban sentadas una al lado de la otra, meciéndose suavemente con el bamboleo, perdidas en sus pensamientos. Por lo menos Glenda lo estaba; Juliet podía perderse en medio pensamiento, si llegaba.

Pero Glenda se había convertido en una experta en saber cuándo Juliet iba a hablar. Tenía cierto parecido con la manera en que un marinero intuye que va a cambiar el viento. Había pequeños indicios, como si un pensamiento tuviera que calentar y dar cuerda a ese bello cerebro antes de que pudiera pasar nada.

—¿Quién era ese chico que ha subido a por el repollo con patatas? —preguntó con displicencia, o lo que ella probablemente tomaba por displicencia o, más bien, lo que podría haber tomado por displicencia si supiera que existe la palabra.

—Ese es Trevor Probable —respondió Glenda—. Y más te vale no saber nada de él.

—¿Por qué?

—¡Es dimero! Y va por la vida como si fuera una Cara. ¡Y su padre era Dave Probable el Grande! A tu padre le daría un patatús si se enterase de que habías hablado siquiera con él.

—Tiene una sonrisa encantadora —dijo Juliet, con una nostalgia que encendió toda clase de alarmas para Glenda.

—Es un sinvergüenza —sentenció—. Es capaz de todo. Además tiene las manos muy largas.

—¿Y tú de cómo te has enterado? —preguntó Juliet.

Esa era otra característica inquietante de Juliet. Entre aquellas orejas perfectas podían pasar horas sin que pareciera que sucediese gran cosa, y de repente salía disparada una pregunta como esa con pinchos en los bordes.

—Mira, tendrías que intentar hablar mejor —dijo Glenda, para cambiar de tema—. Con lo guapa que eres, podrías pescar a un hombre que piense en algo más que cerveza y fútbol. Prueba a hablar con un poco más de clase, ¿vale? Tampoco hace falta que suenes como…

—¿Mi bella dama?

Alzaron la vista hacia el guardia, que sostenía su hacha de un modo que casi, casi no era amenazador. En cuanto a lo de alzar la vista, no hizo falta mucho. El propietario del hacha era muy bajito.

Glenda se apartó el arma de la cara con suavidad.

—No la enseñes tanto, Roger —suspiró—. No impresiona.

—Oh, lo siento, señorita Glenda —dijo el enano, mientras la parte de su cara visible tras la barba se ruborizaba de vergüenza—. Ha sido un turno largo. Serán cuatro peniques, mis damas. Siento lo del hacha, pero hemos tenido casos de gente que se bajaba en marcha sin pagar.

—Tendrían que mandarlo de vuelta a donde vino —murmuró Juliet, mientras el guardia seguía su recorrido por la góndola.

Glenda prefirió no entrar al trapo. Por lo que había podido observar, hasta la fecha, por lo menos, su amiga carecía de opiniones propias, y se limitaba a repetir cualquier cosa que otros le dijeran. Pero luego no pudo resistirse.

—Te refieres a la calle de la Mina de Melaza, entonces. Nació en la ciudad.

—¿Es hincha de los Mineros, entonces? Supongo que podría ser peor.

—No creo que los enanos se preocupen mucho por el fútbol —dijo Glenda.

—Me da a mí que no se puede ser morporkiano de verdad y no animar a tu equipo —fue la siguiente muestra de sabiduría popular añeja de Juliet. Glenda la dejó correr. A veces, discutir con su amiga era como dar puñetazos a la niebla. Aparte, los lentos caballos pasaban por fin por delante de su calle. Bajaron sin desequilibrarse lo más mínimo.

La puerta de la casa de Juliet estaba cubierta de antiguos vestigios de múltiples capas de pintura o, más bien, múltiples capas de pintura que se habían inflado hasta formar pequeñas montañas con el paso de los años. Siempre era la pintura más barata posible. Al fin y al cabo, uno podía permitirse comprar cerveza o comprar pintura, y la pintura no se bebía a menos que fueras el señor Johnson, del número catorce, que al parecer la bebía todo el tiempo.

—Bueno, no voy a contarle a tu padre que has llegado tarde —dijo Glenda mientras le abría la puerta—, pero mañana te quiero temprano, ¿de acuerdo?

—Sí, Glenda —respondió Juliet con docilidad.

—Y nada de pensar en ese Trevor Probable.

—Sí, Glenda. —Fue una respuesta dócil, pero Glenda reconoció la chispa. La había visto una vez en el espejo.

Sin embargo, lo que hizo fue cocinar un desayuno tempranero para la viuda Gentío, que vivía en la casa de enfrente y no podía moverse mucho últimamente, la puso cómoda, hizo las faenas de la casa con la primera luz del día y por fin se fue a la cama.

Su último pensamiento mientras se precipitaba en barrena hacia el sueño fue: ¿Los trasgos no robaban pollos? Qué curioso, no da esa impresión…

A las ocho y media, un vecino la despertó tirando gravilla a su ventana. Quería que fuese a echar un vistazo a su padre, descrito como «pachucho», y así empezó la jornada. Nunca había necesitado comprarse un despertador.

¿Por qué necesitaban dormir tanto los demás? Para Huebo era un acertijo permanente. Estar solo acababa siendo aburrido.

Allá en el castillo en Uberwald siempre había alguien con quien hablar. A la señora le gustaba la noche y no salía nunca si hacía mucho sol, de modo que a esas horas iban a verla muchas visitas. Él tenía que mantenerse oculto, por supuesto, pero conocía todos los pasadizos en los muros y todas las mirillas secretas. Veía a los elegantes caballeros, siempre de negro, y a los enanos con su armadura de hierro que brillaba como el oro (más adelante, en su sótano que olía a sal y tormentas, Igor le enseñó cómo se hacía). También había trolls, de aspecto algo más pulido que el de aquellos de los que había aprendido a huir en los bosques. Recordaba en especial al troll que brillaba como una joya (Igor dijo que su piel estaba hecha de diamante vivo). Solo eso ya habría bastado para grabarlo en la memoria de Huebo, pero hubo una ocasión, un día en que el troll de diamante había alzado la vista y había visto a Huebo, que miraba por una minúscula mirilla oculta en la otra punta de la habitación. Huebo estaba convencido. Se había apartado del agujero tan deprisa que se había dado con la cabeza en la pared de atrás.

Había llegado a conocerse todos los sótanos y talleres del castillo de la señora. Ve a donde te plazca, habla con todo el mundo. Haz cualquier pregunta; obtendrás respuestas. Cuando quieras aprender, se te enseñará. Usa la biblioteca. Abre cualquier libro.

Habían sido buenos tiempos. Allá adonde iba, los hombres paraban de trabajar para enseñarle a cepillar, labrar, moldear, enrojar, fundir hierro y forjar herraduras… pero no a ponerlas, porque todos los caballos enloquecían cuando entraba en las cuadras. Una vez uno desmontó los tablones de la pared de atrás de una coz.

Aquella tarde en concreto subió a la biblioteca, donde la señorita Curacepo le encontró un libro sobre los aromas. Lo leyó tan deprisa que sus ojos deberían haber dejado un rastro en el papel. En la biblioteca, desde luego, lo dejó: los veintidós volúmenes del Compendio de los olores de Desalluno pronto estuvieron apilados en el largo atril, seguidos por la Trompeta de la hípica de Pitorro y después, tomando un desvío por la sección de historia, Huebo se lanzó sobre la parte de folclore, con la señorita Curacepo pedaleando tras él sobre la escalera móvil de la biblioteca.

Ella lo observaba con una especie de sobrecogimiento gratificado. Apenas sabía leer cuando llegó, pero el joven trasgo se había enfrascado en la mejora de su lectura como un boxeador entrena para un combate. Y estaba combatiendo algo, pero la señorita Curacepo no tenía del todo claro de qué se trataba y, por supuesto, la señora no se lo explicó nunca. Huebo pasaba noche tras noche bajo la lámpara, con el libro del momento ante él, con un diccionario y un tesauro a cada lado, exprimiendo el significado de cada palabra, lanzando incesantes puñetazos a su propia ignorancia.

Cuando ella entró la mañana siguiente, había, además, un diccionario de enano y una copia de El habla de los trolls de Postalume sobre el atril.

Aprender así no puede estar bien, se decía a sí misma. No puede calar como es debido. No puedes echarlo a paladas sin más en tu cabeza. Lo que se aprende debe digerirse. No basta saber, hay que comprender.

Se lo comentó a Fassel, el herrero, quien le dijo:

—Mire, señorita, el otro día vino a verme y me dijo que una vez había visto a un herrero y que si podía probar. En fin, ya conoce las órdenes de la señora, de modo que le di un poco de metal y le enseñé el martillo y las tenazas, y en un santiamén se puso a batir el hierro con una voluntad de… bueno, ¡de hierro! Fabricó un cuchillito la mar de apañado, muy bien hecho. Piensa en las cosas. Se le nota en ese jetillo feo que está dándole al coco. ¿Había conocido a un trasgo antes?

—Qué curioso que lo pregunte —le dijo ella—. Nuestro catálogo dice que tenemos uno de los muy escasos ejemplares del Cinco horas y dieciséis minutos entre los trasgos del Lejano Uberwald de J. P. Trabucampana, pero no lo encuentro por ninguna parte. Tiene un valor incalculable.

—Cinco horas y dieciséis minutos no parece mucho tiempo —observó el herrero.

—Eso se diría, ¿verdad? Sin embargo, según una conferencia que dio el señor Trabucampana para la Sociedad de Intrusos de Ankh-Morpork —dijo la [[6]](#footnote-6)señorita Curacepo—, le sobraron unas cinco horas. Dijo que su tamaño iba desde el desagradablemente grande hasta el asquerosamente pequeño, que tenían el nivel cultural aproximado del yogur y que pasaban el rato intentando meterse el dedo en la nariz y fallando. Un completo derroche de espacio, dijo. Provocó mucho revuelo. Se supone que los antropólogos no deben escribir esa clase de cosas.

—¿Y el joven Huebo es uno de ellos?

—Sí, a mí también me desconcertó. ¿Vio lo de ayer? Tiene algo que asusta a los caballos, o sea que fue a la biblioteca y encontró un libro antiguo sobre la Palabra del Jinete. Eran una especie de sociedad secreta, que sabía elaborar unos aceites especiales que hacían que los caballos les obedeciesen. Después se pasó la tarde abajo, en la cripta de Igor, destilando vaya usted a saber qué, ¡y esta mañana se paseaba a caballo por el patio! El bicho no estaba contento, ojo, pero él se estaba saliendo con la suya.

—Me sorprende que no le explote esa fea cabecita —dijo Fassel.

—¡Ja! —El tono de la señorita Curacepo era amargo—. Espere, entonces, porque ha descubierto la Escuela de Jdienda.

—¿Eso qué es?

—No eso, sino ellos. Filósofos. Bueno, digo filósofos, pero, en fin…

—Ah, los marranetes —dijo Fassel con jovialidad.

—Yo no diría «marranetes» —matizó la señorita Curacepo, y era cierto. Una bibliotecaria que se consideraba una señorita no emplearía esa palabra en presencia de un herrero, sobre todo uno que estaba sonriendo—. Digamos «indelicados», si le parece.

No hay mucha necesidad de delicadeza ante un yunque, de forma que el herrero continuó tan tranquilo:

—Son los que hablan de lo que pasa si las señoritas no se dan una alegría de vez en cuando, y dicen que los cigarros puros son…

—¡Falacias!

—Exacto, eso es lo que leí. —El herrero a todas luces disfrutaba con aquello—. ¿Y la señora le deja leer todo eso?

—En efecto, poco le falta para insistir. No sé en qué estará pensando. —O en qué pensará él, dicho sea de paso, concluyó para sus adentros.

No podía hacer todas las velas que quisiera, le había dicho Trev a Huebo. Daba una mala impresión si hacía demasiadas, le había explicado. Los sombreros puntiagudos podrían decidir que ya no necesitaban tanta gente. Eso tenía sentido para Huebo. ¿Qué harían Sin Cara, Hormigón y Mukko el Lloroso? No tendrían a donde ir. Debían vivir en un mundo simple; en el de verdad, la vida les hundía con demasiada facilidad.

Había intentado deambular por los otros sótanos, pero de noche no sucedía gran cosa, y la gente lo miraba raro. Allí no mandaba la señora. De todas formas, los magos son gente descuidada y nadie ordenaba mucho y vivía para contarlo, de manera que toda clase de viejos almacenes y talleres llenos de trastos se convirtieron en su dominio exclusivo. Y cuántas cosas podía encontrar en ellos un muchacho con buena visión nocturna. Ya había visto unas hormigas cuchara luminosas transportando un tenedor, y, para su sorpresa, los olvidados laberintos eran hogar para ese rarísimo interioróvoro, el comecalcetines singular. En las tuberías también vivía algo que murmuraba periódicamente: «¡Clo! ¡Clo!». ¿Quién sabía qué extraños monstruos anidaban allí?

Limpió los platos del pastel con sumo cuidado. Glenda había sido amable con él. Debía mostrarle que él también lo era. Era importante ser amable. Y sabía dónde encontrar un poco de ácido.

El secretario personal de lord Vetinari entró en el Despacho Oblongo sin apenas alterar el aire. Su señoría alzó la vista.

—Ah, Drumknott. Creo que tendré que escribir una vez más al Times. Estoy seguro de que el uno vertical, el seis horizontal y el nueve vertical aparecieron en esa misma combinación hace tres meses. Un viernes, creo. —Dejó caer la página del crucigrama sobre el escritorio con expresión desdeñosa—. Tener Prensa Libre para esto.

—Bien hecho, milord. El archicanciller acaba de entrar en el palacio.

Vetinari sonrió.

—Debe de haber mirado por fin el calendario. Menos mal que tienen a Ponder Stibbons. Que pase directamente tras la espera de costumbre.

A los cinco minutos, hicieron pasar a Mustrum Ridcully.

—¡Archicanciller! ¿A qué urgente asunto debo esta visita? Nuestro encuentro ordinario no toca hasta pasado mañana, creo.

—Esto, sí —dijo Ridcully. En cuanto se sentó, le pusieron delante un jerez muy grande—. Bueno, Have[[7]](#footnote-7)lock, lo que pasa en pocas palabras…

—Aunque en realidad es de lo más providencial que haya llegado ahora mismo —prosiguió Vetinari, sin hacerle caso—, porque ha surgido un problema sobre el que me gustaría oír su consejo.

—Anda. ¿De verdad?

—Sí, ciertamente. Tiene que ver con ese malhadado juego llamado balón-de-pie…

—¿Ah, sí?

La copa, que ya estaba en la mano de Ridcully, no tembló ni un poquito. Había conservado su cargo durante mucho tiempo, desde la época en la que un mago que parpadeaba moría.

—Hay que adaptarse a los tiempos, claro —dijo el patricio, negando con la cabeza.

—Nosotros intentamos no hacerlo si puede evitarse —dijo Ridcully—. Solo sirve para envalentonarlos.

—La gente no entiende los límites de la tiranía —prosiguió Vetinari, como si hablara solo—. Creen que, como puedo hacer lo que me plazca, puedo hacer lo que me plazca. Basta pensarlo un instante, por supuesto, para ver que no es así.

—Ya, con la magia pasa lo mismo —respondió el archicanciller—. Si uno va por ahí tirando conjuros como si no hubiera un mañana, lo más probable es que no lo haya.

—En resumen —continuó Vetinari, todavía hablando para el aire—, pretendo conceder mi bendición al juego del fútbol, con la esperanza de que sus excesos puedan controlarse con mayor cuidado.

—Bueno, con el Gremio de Ladrones funcionó —observó Ridcully, asombrado por su propia calma—. Si va a haber crimen, al menos que sea crimen organizado, creo que dijo usted mismo.

—Exacto. Debo reconocer que opino que todo ejercicio con un fin distinto de la salud corporal, la defensa del reino y un tránsito intestinal correcto es propio de bárbaros.

—¿En serio? ¿Qué me dice de la agricultura?

—Defensa del reino contra el hambre. Pero no le veo la gracia a un montón de gente que solo… corre de un lado a otro. ¿Atraparon a su Megápodo, por cierto?

¿Cómo demonios lo hace?, se preguntó Ridcully. De verdad, ¿cómo? En voz alta, respondió:

—Lo atrapamos, en efecto, pero sin duda no estará sugiriendo que simplemente «corríamos de un lado a otro».

—Por supuesto que no. Se aplican las tres excepciones. La tradición es, por lo menos, tan importante como los intestinos, aunque no acabe de ser tan útil. Y en verdad, el Soule de Pobres tiene sus propias y sorprendentes tradiciones, que algunos podrían encontrar dignas de exploración. Le seré sincero, Mustrum. No puedo imponer un mero desagrado personal contra la presión pública. Bueno, estrictamente hablando, sí puedo, pero no sin llegar a extremos ridículos y en verdad tiránicos. ¿Por un juego? No lo creo. Así pues… tal y como están las cosas, tenemos equipos de hombres fornidos que empujan, dan codazos, patean y muerden con la vaga esperanza, me parece, de propulsar un desdichado objeto hacia una meta lejana. No tengo ningún problema con que intenten matarse entre ellos, que es algo a lo que no puede encontrarse muchas pegas, pero ha vuelto a hacerse tan popular que se están produciendo daños a la propiedad, y eso no puede tolerarse. Han aparecido comentarios en el Times. No, lo que el sabio no puede cambiar, debe canalizarlo.

—¿Y cómo pretende conseguirlo?

—Encargándoselo a usted. La Universidad Invisible siempre ha tenido una ilustre tradición deportiva.

—«Tuvo» es la palabra correcta —suspiró Ridcully—. En mis tiempos éramos todos tan… tan implacablemente físicos. Pero si hoy en día sugiriese una mera carrera de huevo y cuchara, usarían la cuchara para comerse el huevo.

—Qué desgracia, no sabía que sus tiempos hubieran pasado, Mustrum —dijo lord Vetinari, con una sonrisa.

La sala, ya de habitual tranquila, se sumió en un silencio más profundo.

—Vamos a ver… —empezó Ridcully.

—Esta tarde hablaré con el director del Times —dijo Vetinari, que encaballó limpiamente su voz sobre la del mago con toda la habilidad de un manipulador de comités nato—, que es, como bien sabemos, una persona con mucha conciencia cívica. Estoy seguro de que verá con buenos ojos que haya pedido a la universidad que dome al demonio del balón-de-pie, y que ustedes hayan, tras una concienzuda deliberación, accedido a ocuparse de la tarea.

No tengo por qué hacer esto, pensó Ridcully con cautela. Por otro lado, dado que es lo que quiero, y por tanto no tengo que pedirlo, negarme podría ser una tontería. ¡Maldición! ¡Qué propio de él!

—¿No se opondría a que creáramos nuestro propio equipo? —logró preguntar.

—De ningún modo, más bien les exijo que lo hagan. Pero nada de magia, Mustrum. Eso debo dejarlo claro. La magia no es deportiva, a menos que se juegue contra otros magos, se entiende.

—Ah, yo soy un hombre muy deportivo, Havelock.

—¡Estupendo! ¿Cómo le va al decano en Durafacies, por cierto?

Si lo dijera cualquier otro, pensó Ridcully, no sería más que una pregunta de cortesía. Pero estamos hablando de Vetinari, claro…

—He estado demasiado ocupado para enterarme —dijo con altivez—, pero supongo que le irá bien en cuanto haya asentado los pies. —O cuando logre vérselos sin la ayuda de un espejo, añadió para sus adentros.

—Estoy seguro de que debe complacerle ver que su viejo amigo y colega se abre paso en el mundo —prosiguió Vetinari con voz inocente—. Como complace a la propia Pseudópolis, por supuesto. Debo decir que admiro a los recios burgueses de esa ciudad por embarcarse en su noble experimento con esa… esa democracia —añadió—. Siempre es bueno ver que alguien vuelve a intentarlo. A veces también divertido.

—Tiene sus argumentos a favor, ¿sabe? —gruñó Ridcully.

—Sí, creo que ustedes la practican en la universidad —dijo el patricio, con una sonrisilla—. Sin embargo, en lo relativo al fútbol estamos de acuerdo. Estupendo. Hablaré al señor de Worde de lo que están haciendo. Estoy seguro de que los entregados jugadores del balón-de-pie estarán interesados, cuando alguien les explique las palabras más largas. Muy bien. Pruebe el jerez, pruebe. Me cuentan que tiene muy buen paladar.

Vetinari se puso en pie, señal de que, por lo menos en teoría, el asunto que había motivado la reunión estaba resuelto, y caminó hasta una losa de piedra pulida, situada sobre una mesa cuadrada de madera.

—Cambiando de tema, Mustrum… ¿Cómo está su joven visitante?

—Mi visi… Ah, se refiere al… ejem…

—Exacto. —Vetinari sonrió a la losa como si compartiese una broma con ella—. El, como dice usted, ejem.

—Veo el sarcasmo. Como mago, debo decirle que las palabras tienen poder.

—Como político, debo decirle que ya lo sé. ¿Cómo le va? Algunas personas preocupadas querrían saberlo.

Ridcully echó un vistazo a los hombrecillos labrados sobre la losa de juego como si le estuvieran escuchando. En un sentido indirecto, probablemente era así. Ciertamente, era bien sabido que las manos que guiaban la mitad de las piezas vivían en un gran castillo de Uberwald, eran femeninas y pertenecían a una dama que era en su mayor parte rumor.

—Smeems dice que es reservado. Cree que el chico es habilidoso.

—Ah, bien —dijo Vetinari, que aún encontraba algo totalmente fascinante en la disposición de las piezas del juego.

—¿Bien?

—Necesitamos gente habilidosa en Ankh-Morpork. Tenemos una calle de los Artesanos Habilidosos, ¿o no?

—Bueno, sí, pero…

—Ah, entonces es el contexto el que tiene poder —dijo Vetinari, que se volvió con una expresión de manifiesta alegría—. ¿He dicho que soy político? Habilidoso: ingenioso, diplomático, mañoso, listo, persona de recursos y, también, aprovechado. Una palabra para cada halago y cada prejuicio. «Habilidoso»… es una palabra habilidosa.

—¿No le parece que a lo mejor con este… experimento suyo ha ido demasiado lejos? —dijo Ridcully.

—La gente decía eso de los vampiros, ¿no es así? Se les acusa de no tener un idioma propiamente dicho, pero me cuentan que él habla varias lenguas con fluidez.

—Según Smeems, sabe hablar repipi, eso sin duda —reconoció Ridcully.

—Mustrum, en comparación con Natchbull Smeems, los trolls hablan repipi.

—El… chico fue criado por un sacerdote de alguna clase, eso lo sé —dijo Ridcully—. Pero ¿qué será cuando crezca?

—Por lo que parece, profesor de Lingüística.

—Ya sabe a qué me refiero, Havelock.

—Es posible, aunque me pregunto si usted lo sabe. En cualquier caso, sugeriría que es improbable que se convierta él solo en una horda voraz.

Ridcully suspiró. Echó otro vistazo al juego, y Vetinari se dio cuenta.

—Mírelas. Filas, columnas —dijo, pasando una mano por encima de las pequeñas figuras de piedra—, enzarzadas en un eterno conflicto al arbitrio del jugador. Luchan, caen, y no pueden dar vuelta atrás porque los látigos las espolean, y lo único que conocen son los látigos, matar o morir. Oscuridad por delante, oscuridad por detrás, oscuridad y látigos en sus cabezas. Pero ¿y si pudiéramos sacar una de esta partida, llegar a ella antes que los látigos y llevarla a un lugar sin látigos? ¿En qué podría convertirse? En una criatura. Un ente singular. ¿Le negaría esa oportunidad?

—La semana pasada ordenó ahorcar a tres hombres —señaló Ridcully, sin acabar de entender por qué.

—Tuvieron sus oportunidades. Las usaron para matar y cosas peores. Solo recibimos una oportunidad. No se nos otorga una bendición. Él pasó siete años encadenado a un yunque. Se merece su oportunidad, ¿no le parece?

De repente Vetinari volvía a sonreír.

—No nos pongamos lúgubres, de todas formas. No veo el momento de que nos traiga usted una nueva era de actividad saludable y animada, fiel a las mejores tradiciones deportivas. En verdad, la tradición será su amiga en este caso, estoy seguro. Por favor, no deje que me entrometa más en su tiempo.

Ridcully apuró el jerez. Al menos eso tenía buen paladar.

El palacio está a cuatro pasos de la Universidad Invisible; a las posiciones de poder les gusta no perderse de vista.

Ridcully volvió a pie entre la multitud, saludando de vez en cuando con la cabeza a sus conocidos, que, en aquella parte de la ciudad, eran prácticamente todo el mundo.

Trolls, pensó. Nos entendemos con los trolls, ahora que se acuerdan de mirar dónde ponen los pies. Los tenemos en la Guardia y todo. Unos tipos la mar de decentes, salvo un puñado de ovejas negras, y los dioses saben que nosotros de eso tampoco andamos escasos. ¿Los enanos? Llevan aquí la tira de tiempo. Pueden ser un poco difíciles, pueden ser más agarrados que una pelea de monos… Llegado a ese punto hizo una pausa para recapacitar y corrigió ese pensamiento por «Son duros negociadores». Siempre sabes a lo que van, en cualquier caso, y por supuesto son bajitos, lo que siempre es un consuelo mientras sepas lo que están haciendo allí abajo. ¿Los vampiros? Bueno, la Liga de la Templanza de Uberwald parecía estar funcionando. Se decía en la calle —o en la cripta, o donde fuera— que se mantenían a raya entre ellos. Cualquier chupasangre sin reformar que intentase matar en la ciudad era cazado por una gente que conocía al dedillo su manera de pensar y sus lugares preferidos.

Lady Margolotta estaba detrás de todo aquello. Era la persona que, mediante diplomacia y probablemente por medios más directos, volvía a tener Uberwald en marcha, y mantenía alguna especie de… relación con Vetinari. Todo el mundo lo sabía, y eso era todo lo que sabía todo el mundo. Una puntos suspensivos relación. Una de esas. Y nadie había sido capaz de unir los puntos.

Ella había pasado por la ciudad en visitas diplomáticas, y ni siquiera las viudas de la alta sociedad, con toda su práctica, habían sido capaces de detectar un atisbo de algo que no fuera formal cortesía y cooperación internacional entre los dos.

Y jugaba a interminables y complejos juegos con ella, mediante el sistema de clacs, y aparte de eso, allí se acababa la cosa… hasta ahora.

Y le había enviado a ese tal Huebo para que lo mantuviera a salvo. ¿Quién sabía por qué, aparte de ellos? Cuestión de política, probablemente.

Ridcully suspiró. Uno de los monstruos, solo. Costaba concebirlo. Llegaban a millares, como los piojos, mataban todo lo que se encontraban y se comían a los muertos, los suyos incluidos. El Imperio del Mal los había criado en sótanos enormes, unos demonios grises sin infierno.

Solo los dioses sabían qué había sido de ellos cuando el Imperio se derrumbó. Pero habían aparecido pruebas convincentes de que algunos vivían aún en los montes lejanos. ¿Qué podían hacer? Y uno de ellos, ahora mismo, fabricaba velas en los sótanos de Ridcully. ¿En qué podría convertirse?

—En un puto incordio —dijo Ridcully en voz alta.

—Oiga, ¿a quién llama incordio, señor? ¡Que la calle no es suya!

El mago bajó la vista y topó con un joven que parecía haber robado su ropa exclusivamente de los mejores hilos de tender, aunque la raída bufanda roja y negra que llevaba al cuello probablemente era suya. Emanaba cierta tensión, un cambio continuo de postura, como si en cualquier momento pudiera salir corriendo en una dirección inopinada. Y lanzaba al aire una lata metálica que luego recogía. Despertó en Ridcully unos recuerdos tan vívidos que escocían, pero recobró la compostura.

—Soy Mustrum Ridcully, archicanciller y señor de la Universidad Invisible, joven, y veo que luces unos colores. ¿Para algún partido? ¿Un partido de fútbol, me atrevería a decir?

—Pues sí. ¿Y qué? —dijo el golfillo, que entonces se dio cuenta de que su mano estaba vacía cuando a esas alturas, bajo las reglas normales de la gravedad, debería estar llena de nuevo. La lata no había caído tras su último ascenso, y en realidad estaba girando tranquilamente a seis metros de altura.

—Ha sido infantil por mi parte, lo sé —dijo Ridcully—, pero quería que me prestaras toda tu atención. Deseo ser testigo de un partido de fútbol.

—¿Testigo? Mire, yo no vi nada…

Ridcully suspiró.

—Me refiero a que quiero ver un partido, ¿vale? Hoy, a ser posible.

—¿Usted? ¿Seguro? Bueno, ya sabrá lo que hace. ¿Tiene un chelín?

Sonó un tintineo en las alturas.

—La lata bajará con una moneda de seis peniques dentro. Hora y lugar, por favor.

—¿Cómo sé que puedo fiarme? —preguntó el golfo.

—No lo sé —dijo Ridcully—. Los sutiles mecanismos del cerebro son también un misterio para mí. Pero me alegro de que así lo creas.

—¿Qué? —Con un encogimiento de hombros, el chico decidió jugársela, por lo de que no había desayunado y tal.

—El callejón del Bucle, travesía de Los Frotes, una y mierda, y yo no le había visto en mi vida, ¿estamos?

—Eso es muy probable —dijo Ridcully, y chasqueó los dedos.

La lata cayó en la mano expectante del golfillo, que sacó con una sacudida la moneda de plata y sonrió.

—Mucha suerte, jefe.

—¿Dan de comer en estos saraos? —preguntó Ridcully, para quien la hora del almuerzo era un sacramento.

—Hay empanadillas, jefe, puré de guisantes, empanadillas de gelatina de anguila, empanada y puré de patatas, langosta… empanada, pero más que nada son solo empanadas. Empanadas, señor. Hechas de empanada.

—¿De qué clase?

Su informador parecía sorprendido.

—Son empanadillas, jefe. No se pregunta.

Ridcully asintió.

—Y, como transacción final, te pago un penique por dar yo una patada a tu lata.

—Dos —regateó el chico sin pensarlo.

—Trato hecho, so bribón.

Ridcully dejó caer la lata sobre la puntera de su bota, la sostuvo en equilibrio durante un momento, luego la elevó en el aire y, cuando caía, la chutó con una patada en arco que la mandó dando vueltas sobre la multitud.

—No está mal, abuelo —comentó el chico, con una sonrisilla. A lo lejos se oyó un aullido y el sonido de alguien decidido a vengarse.

Ridcully hundió una mano en su bolsillo y bajó la mirada.

—Dos dólares para que arranques a correr, chaval. ¡Hoy no te ofrecerán un trato mejor! —El chico se rió, agarró las monedas y salió disparado. Ridcully siguió caminando con parsimonia, mientras los años volvían a caer sobre él como la nieve.

Encontró a Ponder Stibbons clavando un aviso en el tablón que había justo enfrente de la Gran Sala. Lo hacía mucho. Ridcully suponía que le hacían sentir mejor, por algún motivo.

Le dio una palmada en la espalda, que hizo que se le cayeran chinchetas por todas las losas del suelo.

—Es un comunicado del Comité de Seguridad de Ankh, archicanciller —dijo Ponder, mientras escarbaba en busca de las chinchetas que se estaban desperdigando.

—Esta es una universidad de magia, Stibbons. La seguridad no es asunto nuestro. El mero hecho de ser mago es inseguro, y así tiene que ser.

—Sí, archicanciller.

—Pero yo de usted recogería esas chinchetas, porque más vale prevenir. Dígame… ¿no teníamos un maestro de deportes por aquí?

—Sí, señor. Evans el Rayado. Desapareció hace unos cuarenta años, creo.

—¿Muerto? En aquellos tiempos reinaba lo del mago muerto, mago puesto, ya lo sabe.

—No me imagino quién querría su trabajo. Al parecer se evaporó mientras hacía flexiones un día en la Gran Sala.

—¿Se evaporó? ¿Qué muerte es esa para un mago? Cualquier mago se moriría de vergüenza si se evaporase sin más. Siempre dejamos algo atrás, aunque solo sea humo. En fin. Cosas veredes, que… lo que sea. Veredes en general, supongo. ¿En qué anda esa máquina pensante suya últimamente?

Ponder se animó.

—A decir verdad, archicanciller, Hex acaba de descubrir una nueva partícula. ¡Viaja más rápido que la luz en dos direcciones a la vez!

—¿Podemos lograr que haga algo interesante?

—¡Claro que sí! ¡Hace saltar por los aires la Teoría de la Transcongruencia de Spolwhittle!

—Bien —dijo Ridcully con tono jovial—. Mientras algo salte por los aires… Como ya ha acabado de hacer saltar cosas, póngala a buscar a Evans, o a un sustituto decente. Los maestros de deportes son partículas bastante elementales, no debería de resultar muy difícil. Y convoque una reunión del Consejo para dentro de diez minutos. ¡Vamos a jugar a fútbol!

La verdad es mujer, porque la verdad es belleza más que apostura. Eso, pensaba Ridcully mientras el Consejo entraba entre gruñidos, explicaría sin duda el dicho de que una mentira podía dar la vuelta al mundo antes de que la Verdad se calzara las botas, puesto que tendría que escoger qué par se ponía; la idea de que cualquier mujer en condición de elegir tuviera un solo par de botas estaba más allá de lo que podía creer una persona racional. En realidad, en cuanto diosa, tendría montones de zapatos, y por lo tanto muchas opciones: zapato cómodo para las verdades de andar por casa, botas con clavos para las verdades que duelen, unos zuecos sencillos para las verdades universales y posiblemente alguna clase de pantufla para las verdades de perogrullo. Lo más importante en ese momento era qué clase de verdad iba a tener que exponer él a sus colegas, y no se decidió por toda la verdad, sino por nada más que la verdad, lo que prescindía de la necesidad de ser honesto.

—Bueno, cuente, ¿qué le ha dicho?

—Ha aceptado un argumento razonado.

—¿De verdad? ¿Dónde está la trampa?

—No la hay. Pero quiere que las reglas sean más tradicionales.

—¡Venga ya! ¡Pensaba que ya eran prehistóricas tal y como están!

—Y quiere que la universidad se ponga a la cabeza de ese empeño, y enseguida. Caballeros, dentro de unas tres horas se juega un partido. Sugiero que lo observemos. Con ese fin, les exigiré que lleven… pantalones.

Al cabo de un rato, Ridcully sacó su reloj, que era de esos anticuados impulsado por un diablillo, fiablemente inexacto. Abrió la tapa de oro y miró con paciencia mientras la criaturilla pedaleaba para impulsar las agujas. Cuando comprobó que las protestas no habían cesado al cabo de un minuto y medio, cerró la tapa con fuerza. El chasquido ejerció un efecto que no habría logrado ninguna cantidad de gritos de más.

—Caballeros —dijo con gravedad—. Debemos participar en el juego del pueblo, del que, cabe añadir, derivamos. ¿Ha visto alguno de nosotros, en las últimas décadas, cómo se juega? Ya pensaba que no. Deberíamos salir más. Y ahora, no os estoy pidiendo que hagáis esto por mí, o ni siquiera por los centenares de personas que trabajan para proporcionarnos una vida en la que la incomodidad asoma tan raramente la cabeza. Sí, han asomado muchas otras cabezas feas, es cierto, pero la cena nunca nos ha fallado. Somos, compañeros magos, la última línea de defensa de la ciudad contra todos los horrores que pueden lanzarse contra ella. Sin embargo, ninguno es tan potencialmente peligroso como nosotros. Sí, en efecto. No sé qué podría pasar si los magos tuviéramos hambre de verdad. De modo que haced lo que os pido, os lo imploro por esta vez, por el bien de la tabla de quesos.

Se habían pronunciado llamamientos a las armas más nobles en la historia, y Ridcully sería el primero en reconocerlo, pero el suyo estaba bien ajustado a su público objetivo. Sonaron varios gruñidos, pero eso era lo mismo que decir que el cielo era azul.

—¿Qué pasa con la comida? —preguntó con recelo el catedrático de Runas Recientes.

—Almorzaremos temprano —dijo Ridcully—, y me cuentan que las empanadillas que venden durante el partido son simplemente… asombrosas.

La verdad, de pie ante su enorme vestidor, escogió unas botas de cuero negro con tacones de aguja para una verdad tan descarada.

Huebo ya esperaba con una expresión orgullosa pero preocupada cuando Glenda entró en la cocina nocturna. Al principio no reparó en él, pero se volvió después de colgar su abrigo en el perchero y allí se lo encontró, sosteniendo un par de platos ante su cuerpo como escudos.

Casi tuvo que hacerse pantalla en los ojos de lo mucho que brillaban.

—Espero que esté bien así —dijo Huebo con nerviosismo.

—¿Qué has hecho?

—Los he enchapado en plata, señorita.

—¿Cómo has hecho eso?

—Ah, en los sótanos hay toda clase de trastos y, bueno, sé hacer cosas. No le causará problemas a nadie, ¿verdad? —añadió Huebo, con una repentina expresión de angustia.

Glenda se preguntó si los causaría. No tenía por qué, pero con la señora Panadizo nunca se sabía. Bueno, ese problema podía resolverlo escondiéndolos en alguna parte hasta que se deslustrasen.

—Es un detalle que te hayas tomado la molestia. Normalmente tengo que perseguir a la gente para que me devuelva los platos. Eres todo un caballero —dijo, y la cara del joven se iluminó como un amanecer.

—Es usted muy amable —respondió, radiante— y una dama muy garrida, con sus dos enormes bustos que indican pingüe fecundidad…

El aire de la mañana se heló en un bloque enorme. Huebo notó que había dicho algo equivocado, pero no tenía ni idea de qué se trataba.

Glenda miró a su alrededor para ver si alguien lo había oído, pero la enorme habitación penumbrosa estaba vacía aparte de ellos. Siempre era la primera en entrar y la última en salir. Entonces dijo:

—Quédate aquí mismo. ¡No te atrevas a moverte un centímetro! ¡Ni un centímetro! ¡Y no robes ningún pollo! —ordenó en el último momento.

Debería haber echado humo al salir de la cocina, con un eco de botas sobre las losas. ¡Qué ocurrencia! ¿Quién se creía que era él? Mejor dicho, ¿quién se creía ella que era él? ¿Y qué creía que era?

Los sótanos y criptas de la universidad constituían una pequeña ciudad por sí mismos, y los panaderos y carniceros se giraron al verla pasar. Glenda ya no se atrevía a detenerse; sería demasiado vergonzoso.

Si se conocían los pasadizos y escaleras, y si estos se quedaban quietos durante cinco minutos seguidos, era posible llegar poco más o menos a cualquier parte de la universidad sin subir por encima del nivel del suelo. Probablemente ninguno de los magos conocía el laberinto. No muchos se interesaban por los aburridos detalles de la gestión doméstica. ¡Ja, se creían que las cenas aparecían por arte de magia!

Un pequeño tramo de escalones de piedra subía hasta la puertecilla. Apenas nadie la usaba hoy en día. Las demás chicas no querían entrar allí. Pero Glenda sí. Incluso después de la primera vez en que, respondiendo a la campanilla, había entregado el plátano nocturno, o más bien no lo había entregado a causa de que había huido gritando como una posesa, supo que tendría que afrontarlo otra vez. Al fin y al cabo, no podemos evitar ser lo que somos, como decía su madre, y tampoco podemos evitar ser aquello en lo que pueda convertirnos un accidente mágico sin comerlo ni beberlo, como le había explicado la señora Panadizo en un momento ligeramente más cercano en el tiempo, cuando remitieron los gritos. Y así, Glenda había recogido el plátano y había regresado allí de inmediato.

Ahora, por supuesto, le sorprendía que alguien encontrase extraño que el custodio de todo el saber que podía existir fuese de color marrón rojizo y colgase a menudo a unos cuantos palmos sobre su escritorio, y estaba bastante segura de conocer por lo menos catorce significados de la palabra «ook».

Como era de día, en el enorme edificio que había más allá de la puertecilla reinaba el ajetreo, en la medida en que esa palabra pueda aplicarse a una biblioteca. Se dirigió hacia el bibliotecario subalterno más cercano, que no logró mirar hacia otra parte a tiempo, y exigió:

—¡Necesito consultar un diccionario de palabras embarazosas que empiecen por efe!

La mirada altiva del mago se ablandó un poco cuando cayó en la cuenta de que era cocinera. Los magos siempre tenían sitio para las cocineras en su corazón, porque estaba cerca de su estómago.

—Ajá, en ese caso creo que el Usos erróneos y soeces de Atrapájaros nos vendrá muy al pelo —dijo con alegría, y la acompañó a un atril, donde Glenda pasó varios ilustrativos minutos antes de regresar por donde había venido, algo más culta y mucho más avergonzada.

Huebo seguía plantado donde le había dicho que se quedase, y parecía aterrorizado.

—Lo siento, no sabía lo que quería decir la palabra —dijo Glenda, y pensó: Abundante, productiva y fructífera. Bueno, sí, entiendo cómo ha llegado a la conclusión, por desgracia, pero no es mi caso, en realidad no. Creo. Espero.

»Ejem, has sido muy amable al decir eso de mí —prosiguió—, pero deberías haber usado un lenguaje más apropiado.

—Ah, sí, cuánto lo siento —dijo Huebo—. El señor Trev me avisó. No tengo que hablar finolis. Debería haber dicho que tiene unas enormes t…

—Déjalo ahí, ¿vale? ¿Trevor Probable te está enseñando elocución a ti?

—No me lo diga, esta me la sé… ¿Significa hablar en plan repipi? —dijo Huebo—. Sí, y ha prometido llevarme al fútbol —añadió con orgullo.

Eso precisó ciertas explicaciones, que no lograron más que poner de mal humor a Glenda. Trev tenía razón, por supuesto. La gente que no conocía palabras largas tendía a ponerse nerviosa cuando estaba con gente que sí. Por eso sus vecinos varones, como el señor Stollop y sus amigos, desconfiaban de casi todo el mundo. Sus esposas, en cambio, compartían un vocabulario mucho más amplio por bien que algo especializado, gracias a las novelas románticas baratas que circulaban como contrabando de cocina a lavadero, en todas las calles. Por eso Glenda se sabía «elocución», «tórrido», «tocador» y «retícula», aunque no las tenía todas consigo con «retícula» y «tocador», y evitaba usarlas, algo que no le resultaba muy difícil al fin y al cabo. Le inspiraba un hondo recelo lo que pudiera ser el tocador de una dama, y desde luego no pensaba preguntárselo a nadie, ni siquiera en la biblioteca, por si acaso se reían.

—Y va a llevarte al fútbol, ¿eh? ¡Señor Huebo, destacará usted como un diamante metido en la oreja de un deshollinador!

No destaques entre la multitud. ¡Había tantas cosas que recordar!

—Dice que él cuidará de mí —dijo Huebo, agachando la cabeza—. Esto… me preguntaba quién sería esa joven dama tan simpática que estaba aquí anoche —añadió a la desesperada, transparente como el aire.

—Te ha encargado que me lo preguntes, ¿no es así?

Miente. Mantente a salvo. Pero ¡la señora no estaba allí! ¡Y la señorita amable de las tartas de manzana estaba allí mismo delante de él! ¡Era demasiado complicado!

—Sí —respondió, contrito.

Y Glenda se sorprendió a sí misma.

—Se llama Juliet, y vive puerta con puerta conmigo, de manera que más le vale no acercarse, ¿de acuerdo? Juliet Stollop, verás qué gracia le hace.

—¿Teme que pida su mano?

—¡Su padre le dará mucho más que la mano si ve que es hincha de los dimeros!

Huebo parecía perdido, de manera que Glenda prosiguió:

—¿Es que no sabes nada? ¿Los Amigotes de Dimwell? ¿El equipo de fútbol? Los dollies son el Club de Fútbol Hermanas Dolly. ¡Los dollies odian a los dimeros y los dimeros odian a los dollies! ¡Siempre ha sido así!

—¿Qué podría haber causado semejante diferencia entre ellos?

—¿Qué? ¡No hay ninguna diferencia entre ellos, si dejas a un lado los colores! ¡Son dos equipos, iguales en su bellaquería! Hermanas Dolly viste de blanco y negro, Dimwell lleva rosa y verde. Lo único que cuenta es el fútbol. ¡El maldito fútbol de las narices, con su sangre y sus pisotones, sus puñetazos, sus patadas, sus arañazos y su tontería! —La amargura de la voz de Glenda habría agriado la leche.

—Pero ¡usted tiene una bufanda de Hermanas Dolly!

—Cuando vives allí, es más seguro así. En cualquier caso, tienes que apoyar a los tuyos.

—Pero ¿no es un juego, como las torres de palitos, el halma o el zas?

—¡No! ¡Es más parecido a la guerra, pero sin la amabilidad ni la consideración!

—Oh, cielos. Pero la guerra no es amable, ¿verdad? —dijo Huebo, con las facciones ofuscadas por la perplejidad.

—¡No!

—Ah, ya veo. Lo dice con ironía.

Glenda lo miró de reojo.

—Tal vez —reconoció—. Es usted bien raro, señor Huebo. ¿De dónde viene, en realidad?

El viejo pánico contenido una vez más. Sé inofensivo. Sé útil. Haz amigos. Miente. Pero ¿cómo se miente a los amigos?

—Tengo que irme —dijo, mientras bajaba al trote por los escalones de piedra—. ¡El señor Trev me estará esperando!

Simpático pero raro, pensó Glenda mientras lo veía bajar a saltos por la escalera. Y listo, además. Se ha fijado en mi bufanda colgada a diez metros de distancia.

El traqueteo de una lata anunció a Huebo la presencia de su jefe aun antes de que hubiera atravesado a toda prisa el viejo arco que daba a las cubas. Los demás habituales habían hecho una pausa en su trabajo, lo cual, para ser sinceros, a la vista de su habitual progreso de caracol, apenas suponía cambio alguno, y lo observaban con apatía. Pero observaban, por lo menos. Hasta Hormigón parecía vagamente despabilado, aunque Huebo detectó un reguerillo de baba marrón en la comisura de su boca. Alguien le había estado dando limaduras de hierro otra vez.

La lata salió disparada hacia arriba al contacto con la bota de Trev, voló sobre su cabeza y después descendió oblicuamente, como si rodara por una pendiente invisible, y aterrizó en su mano tendida. Se oyó un murmullo elogioso de los espectadores y Hormigón dio un manotazo a la mesa, gesto que en general indicaba aprobación.

—¿Cómo has tardado tanto, Gobbo? Estabas de palique con Glenda, ¿eh? No tienes nada que hacer con esa, hazme caso. Ya lo he probado yo, anda que no. Nada que hacer, colega. —Lanzó una bolsa mugrienta hacia Huebo—. Ponte todo esto, rápido, o cantarás como un diamante metido en…

—¿La oreja de un deshollinador? —sugirió Huebo.

—¡Eso es! Lo vas pillando. Y ahora no enredes o llegaremos tarde.

Huebo contempló sin mucha convicción una bufanda larga, larguísima, de color rosa y verde, y un gran sombrero amarillo afelpado con una borla rosa encima.

—Bájatelo, que te tape las orejas —ordenó Trev—. ¡En marcha!

—Esto… ¿rosa? —dudó Huebo, sosteniendo en alto la bufanda.

—Sí, ¿qué pasa?

—Bueno, ¿no es el fútbol un juego de hombres rudos? Mientras el rosa, si me disculpa, es más bien un color… femenino.

Trev sonrió.

—Sí, es verdad. Piensa en ello. Aquí tú eres el listo. Y puedes caminar y pensar al mismo tiempo, eso lo sé. Te hace destacar entre la multitud por aquí.

—Ah, creo que ya lo tengo. El rosa proclama una masculinidad casi beligerante, diciendo como dice: «Soy tan masculino que puedo permitirme tentarte a que lo pongas en duda, lo que me dará la oportunidad de proclamarlo de nuevo sometiéndote a violencia a modo de respuesta». ¿No sé si habrá leído alguna vez Die Wesentlichen Ungewissheiten Zugehörig der Offenkundigen Männlichkeit de Ofleberger?

Trev lo agarró del hombro y lo hizo girar sobre sus talones.

—¿Tú qué opinas, Gobbo? —dijo, con su roja cara a unos centímetros de la de Huebo—. Pero ¿qué te pasa? ¿De qué vas? ¡Te sacas de la manga tus palabros de medio metro y los colocas como un tipo haciendo un rompecabezas! ¿Pues qué narices haces en las cubas, eh, trabajando para alguien como yo? ¡No tiene sentido! ¿Huyes del Viejo Sam? ¡Que no pasa nada, a no ser que te cargaras a una ancianita o algo así, pero tienes que contármelo!

Demasiado peligroso, pensó Huebo a la desesperada. ¡Cambia de tema!

—¡Se llama Juliet! —anunció con voz entrecortada—. ¡La chica por la que pidió! ¡Vive puerta con puerta con Glenda! ¡De verdad!

Trev lo miró con recelo.

—¿Eso te lo ha dicho Glenda?

—¡Sí!

—Te ha tomado el pelo. Sabía que me lo contarías.

—No creo que me mintiera, señor Trev. Es mi amiga.

—No paré de pensar en ella en toda la noche —dijo Trev.

—Bueno, es una cocinera estupenda —coincidió Huebo.

—¡Digo Juliet!

—Ejem, y Glenda me ha dicho que le cuente que el apellido de Juliet es Stollop —dijo Huebo, que odiaba ser el portador de peores noticias.

—¿Qué? ¿Esa chica es una Stollop?

—Sí. Glenda me ha dicho que a ver qué gracia le hacía, pero conozco el significado de la ironía.

—Es como encontrar una fresa en un estofado de perro, ¿vale? Porque los Stollop son unos mamones, todos y cada uno de ellos; no hay uno que no muerda o pegue patadas, la clase de cabritos que te subiría las joyas de la familia a la garganta de una coz.

—Pero usted no juega al fútbol, ¿verdad? Solo mira.

—¡Pues claro! Pero soy una Cara, ¿vale? Me conocen en todos los barrios. Pregúntale a quien sea. Todo el mundo conoce a Trev Probable. Soy el chaval de Dave Probable. Todos los hinchas de la ciudad han oído hablar de él. ¡Cuatro goles! ¡Nadie más ha marcado tantos en su vida! Y mi padre repartía tanto como recibía, vaya si no. En un partido agarró al hijoputa de los Dolly que llevaba la pelota y lo tiró por encima de la línea. Repartía tanto como recibía, mi padre, y más y todo.

—O sea que también era un cabrito que mordía y pegaba patadas, ¿no?

—¿Qué? ¿Me estás mareando el tolón?

—Preferiría no hacerlo, en un principio, señor Trev —dijo Huebo, con tanta solemnidad que Trev no pudo por menos que sonreír—, pero verá, si luchaba contra el equipo rival con más fuerza incluso de la que empleaban ellos, ¿no significa eso que él…?

—Era mi padre —atajó Trev—. O sea que deja de marear la perdiz, ¿estamos?

—Estamos, ciertamente. ¿Y nunca ha querido seguir sus pasos?

—¿Qué, y que me lleven a casa en camilla? He sacado la sesera de la buena de mi madre, no la de papá. Era buena gente y le encantaba el fútbol, pero no iba muy sobrado de sesos, y un día se le escurrió un poco por la oreja. Los dollies lo pillaron en la melé y lo dejaron bien arreglado. Eso no es para mí, Gobbo. Yo soy listo.

—Sí, señor Trev. Ya lo veo.

—Ponte todo eso y vamos, venga. Quiero pillar el mejor sitio que haya.

—Haiga —dijo Huebo automáticamente, mientras empezaba a enroscar la enorme bufanda en torno a su cuello.

—¿Qué? —dijo Trev, con la frente arrugada.

—¿Cuálo? —dijo Huebo, con la voz algo ahogada. Había mucha bufanda. Casi le cubría la boca.

—Tú me quieres marear el chafe, ¿no, Gobbo? —dijo Trev, que le pasó un vetusto jersey, raído y descolorido por la edad.

—¡Por favor, señor Trev, no lo sé! ¡Parece que hay un montón de cosas que puedo marear sin darme cuenta! —Se caló el gran sombrero afelpado con su pompón rosa encima—. Son muy, muy rosas, señor Trev. ¡Seguro que rebosamos de virilidad!

—No sé de qué rebosarás tú, Gobbo, pero aquí hay algo que quiero que recuerdes: «Aquí os espero si tenéis lo que hay que tener». Repítelo.

—Aquí os espero si tenéis lo que hay que tener —dijo Huebo obediente.

—Bueno, vale —dijo Trev mientras lo inspeccionaba—. Recuerda: si alguien empieza a empujarte durante el partido y te hincha las narices, suéltale eso y, cuando vean que llevas los colores de Dimwell, lo pensarán dos veces. ¿Lo pillas?

Huebo, en algún lugar del espacio entre el gran sombrero inestable y la boa constrictor de la bufanda, asintió.

—Caramba, Gobbo, quién te ha visto y quién te ve, estás hecho todo un… hincha. ¡No te reconocería ni tu madre!

Se produjo una pausa antes de que una voz surgiera del interior del montículo de prendas viejas de lana, que recordaba mucho a una canastilla de bebé bordada por una pareja de gigantes que no hubieran estado muy seguros de qué esperarse.

—Creo que está en lo cierto.

—¿Sí? Eso es bueno, ¿no? Ahora vamos a ver a los colegas. Muévete deprisa y no te separes de mí.

—Y ahora recuerda: este es un amistoso de pretemporada entre los ángeles y los boleros, ¿vale? —explicó Trev mientras salían a una fina llovizna que, gracias a la nube permanente de contaminación de Ankh-Morpork, se estaba metamorfoseando paulatinamente en una niebla tóxica—. Los dos son bastante malos, nunca se comerán nada, pero los dimeros vamos con los ángeles, ¿de acuerdo?

Hicieron falta muchas explicaciones, pero, en esencia, por lo que a Huebo le fue dado entender, sucedía lo siguiente: Dimwell puntuaba a todos los equipos de fútbol de la ciudad en proporción a su cercanía física, psicológica o visceral en general, a los odiados Hermanas Dolly. Las cosas habían evolucionado así, y punto. Si se asistía a un partido entre otros dos equipos, de manera automática y en función de un complejo y siempre cambiante tanteo de amor y odio, se animaba al equipo que más próximo estuviera a una alianza con el terreno natal propio, o más bien con los adoquines natales propios.

—¿Ves lo que quiero decir? —concluyó Trev.

—He memorizado lo que me ha dicho, señor Trev.

—Oh, Brutha, y apuesto a que además es verdad. Y es Trev a secas cuando no estamos en el trabajo, ¿vale? Ahora gritamos juntos, ¿no? —Le dio un puñetazo juguetón a Huebo en el brazo.

—¿Por qué ha hecho eso, señor Trev? —protestó Huebo. Sus ojos, que eran casi la única parte visible de él, parecían dolidos—. ¡Me ha pegado!

—¡Eso no era pegarte, Gobbo! ¡Solo ha sido un puñetazo amistoso! ¡No es lo mismo ni mucho menos! ¿No lo sabes? Solo es un toquecito en el brazo, para demostrarte que somos colegas. Venga, házmelo a mí. Vamos. —Trev le guiñó un ojo.

… Serás educado y, sobre todo, nunca levantarás la mano a nadie con ira…

Pero ese no era el caso, ¿verdad?, se preguntó Huebo. Trev era su amigo. Era un gesto amistoso. Una muestra de amistad. Dio un puñetazo al brazo amigo.

—¿Eso ha sido un puñetazo? —preguntó Trev—. ¿A eso lo llamas tú puñetazo? ¡Una chica pegaría mejor! ¿Cómo es que sigues vivo con un puño de nenaza como ese? ¡Venga, intenta pegarme como es debido!

Huebo lo hizo.

¿Ser uno entre la multitud? Cualquier mago que se preciara se levantaría contra semejante idea, y un mago no se levantaba contra algo cuando podía sentarse en contra, pero aun sentados les sentaba mal no destacar. Había ocasiones, claro está, en que la túnica resultaba una molestia, sobre todo cuando un mago trabajaba en su forja, creando un metal mágico, un cristal moviloide o cualquier otro de los pequeños ejercicios de magia práctica en los que no prenderse fuego a uno mismo es una feliz coincidencia, de manera que todo mago disponía de unos pantalones de cuero y una camisa manchada y comida por el ácido. Era un secretillo sucio que compartían, no muy secreto pero con la suciedad bien incrustada.

Ridcully suspiró. Sus colegas se habían propuesto dar imagen de hombres de a pie, pero solo tenían una idea neblinosa del aspecto del hombre de a pie de hoy en día, y ahora se miraban unos a otros entre risillas diciendo cosas del estilo de:

—Que me aspen, estás hecho un bracito de mar, como suele decirse, compañero.

Al lado de ellos, y con cara de extremadamente avergonzados, había dos de los canceleros de la universidad, que no sabían qué hacer con los pies y preferirían estar fumando tan tranquilos en algún sitio calentito.

—Caballeros —comenzó Ridcully, y después con un centelleo en el ojo añadió—: o, mejor dicho, compañeros de trabajo manual y mental, esta tarde haremos… ¿Sí, prefecto mayor?

—¿Somos, en honor a la verdad, trabajadores? Esto es una universidad, al fin y al cabo —dijo el prefecto.

—Estoy de acuerdo con el prefecto mayor —terció el catedrático de Runas Recientes—. De acuerdo con el estatuto de la universidad, tenemos explícitamente prohibido practicar, si no es dentro del recinto universitario, cualquier magia por encima del nivel cuatro, a menos que nos lo solicite de manera inequívoca la autoridad civil o, bajo la cláusula tres, tengamos muchas ganas. Actuamos como titulares de un cargo y, como tales, tenemos prohibido trabajar.

—¿Aceptarían «escaqueados manuales y mentales»? —preguntó Ridcully, al que siempre divertía averiguar hasta dónde podía llegar.

—Escaqueados manuales y mentales por estatuto —matizó el prefecto mayor con tono remilgado.

Ridcully se rindió. Podía seguir así todo el día, pero en la vida no todo iba a ser diversión.

—Ahora que eso ha quedado claro, pues, debo deciros que he pedido a los fieles señores Francamente Ottomy y Alf Nobbs que se nos unan en esta pequeña escapada. El señor Nobbs dice que, como no llevamos galas futbolísticas, no deberíamos atraer atención no deseada.

Los magos saludaron nerviosos con la cabeza a los canceleros. Por supuesto, solo eran meros empleados de la universidad, mientras que los magos eran, bueno, eran la universidad, ¿o no? Al fin y al cabo, una universidad no era solo ladrillos y mortero: también la formaban sus personas, para ser concretos, los magos. Sin embargo, los canceleros los asustaban a todos sin excepción.

Siempre eran hombres fornidos, con aspecto de estar tallados en beicon. Y eran todos descendientes y copias prácticamente idénticas de los hombres que habían perseguido a esos magos —más jóvenes y ágiles, y era asombroso lo rápido que podía correrse con un par de canceleros detrás— por las neblinosas calles nocturnas. En caso de atraparlos, dichos canceleros, que se recreaban enormemente en la aplicación de las privadas y peculiares normas de la universidad, los llevaban a rastras ante el archicanciller acusados de Cogorza Desvergonzada en Grado de Tentativa. Era preferible a oponer resistencia, cuando la creencia generalizada era que los canceleros aprovechaban para practicar un poco de guerra de clases. De aquello hacía años, pero aún ahora la visión inesperada de un cancelero provocaba un terror hosco y vergonzante que daba escalofríos a unos hombres que habían añadido a sus nombres más letras que una partida de Scrabble.

El señor Ottomy, que reconocía la sensación, se sonrió y se tocó el ala de la gorra de su uniforme.

—Nas tardes, caballeros —dijo—. No se preocupen por nada. Alf y yo cuidaremos de ustedes. Más vale que nos pongamos en marcha, de todas formas, porque sacan dentro de media hora.

El prefecto mayor no habría sido el prefecto mayor si no odiase el sonido del silencio. Mientras salían arrastrando los pies por la puerta de atrás, haciendo muecas ante el poco familiar roce del pantalón contra la rodilla, se volvió hacia el señor Nobbs y dijo:

—Nobbs… no es un apellido habitual. Dígame, Alf, ¿no será pariente, por casualidad, del famoso cabo Nobby Nobbs de la Guardia?

El señor Nobbs lo encajó bien, pensó Ridcully, dada la torpe falta de protocolo.

—¡Noseñor!

—Ah, una rama diferente del apellido, entonces…

—¡Noseñor! ¡Un árbol diferente!

En la grisura de su salón, Glenda miró la maleta y desesperó. Había hecho todo lo posible con betún marrón para botas, semana tras semana, pero la había comprado en una tienda de baratillo y el cartón que había debajo del supuesto cuero empezaba a asomar. Sus clientes nunca parecían darse cuenta, pero ella sí, hasta cuando no estaba a la vista.

Era una parte secreta de una vida secreta que vivía en el medio día que se tomaba libre una vez por semana durante una hora o dos, y a lo mejor un poquito más si hacía buenas ventas en frío.

Se miró la cara en el espejo y dijo con una voz cargada de entusiasmo:

—Todos conocemos el problema de la defoliación axilar. Cuánto cuesta mantener sanos los líquenes, ¿verdad? Pero… —Con un gesto ampuloso sacó un recipiente verde y azul con tapón dorado—. Una rociada de Primavera Verde mantendrá esas grietas húmedas y frescas como el bosque durante todo el día…

Vaciló, porque no le salía. No valía para el entusiasmo. ¡El potingue costaba un dólar por frasco! ¿Quién podía permitirse eso? Bueno, un montón de señoras trolls claramente podían, pero el señor Fuerteenelbrazo decía que estaba bien, porque tenían el dinero y en cualquier caso era verdad que dejaba crecer el musgo. Ella le respondía que sí, pero que un dólar por una botella adornada y llena de agua con un poco de comida para plantas dentro le parecía un poco caro. Y él decía que lo que se Vende es el Sueño.

Y ellas lo compraban. Eso era lo preocupante. Lo compraban y se lo recomendaban a sus amigas. La ciudad había descubierto ya el Dólar Pesado. Glenda lo había leído en el periódico. Siempre había habido trolls en la ciudad, para ocuparse de las tareas pesadas y en general estar en segundo plano, cuando no eran el segundo plano en sí. Pero ahora estaban formando familias y dirigiendo negocios, ganándose la vida y comprando cosas, y eso por fin los convertía en personas. Y así aparecían otras personas como el señor Fuerteenelbrazo, un enano, que vendía productos de belleza para la señorita y la señora troll, a través de mujeres como Glenda, una humana, porque, a pesar de que hoy en día enanos y trolls eran oficialmente grandes amigos gracias a algo llamado Acuerdo del Valle del Koom, esa clase de cosas solo significaba algo para la clase de gente que firmaba tratados. Ni siquiera el enano más bienintencionado recorrería algunas de las calles por las que Glenda, todas las semanas, arrastraba su lamentable maleta de semicartón para Vender el Sueño. Le servía para salir de casa y pagarse los caprichos. Podía ahorrar un poco para cuando vinieran mal dadas. Además, el señor Fuerteenelbrazo tenía talento para alumbrar nuevas ideas. ¿A quién se le hubiese ocurrido que las señoritas trolls se pirrarían por la loción bronceadora? Pues vendía. Todo vendía. El Sueño vendía, y era superficial, caro y la hacía sentirse barata. Era…

Sus siempre atentos oídos captaron el sonido de la puerta de al lado abriéndose muy despacio. ¡Ja! Juliet dio un salto cuando Glenda apareció de improviso a su lado.

—¿Vamos a alguna parte?

—Voy a ver el partido, sabes.

Glenda echó un vistazo calle arriba. Una figura desapareció a toda prisa doblando una esquina. Esbozó una torva sonrisa.

—Ah, sí. Buena idea. No tenía ningún plan. Espera un segundo mientras cojo mi bufanda, ¿vale? —Para sus adentros añadió: «¡Sigue caminando, Johnny!».

Con un golpetazo que provocó una estampida de palomas como la detonación de una margarita, el Bibliotecario aterrizó en el tejado que había elegido.

Le gustaba el fútbol. Los gritos y las peleas tenían algo que atraía a sus recuerdos ancestrales. Y era algo fascinante porque, estrictamente hablando, sus ancestros se habían dedicado sin tacha y durante siglos a la compraventa de cereales y piensos y, por si fuera poco, eran alérgicos a las alturas.

Se sentó en el parapeto con los pies colgando por el borde, y sus orificios nasales se dilataron cuando olisqueó los aromas que se elevaban desde el suelo.

Se dice que el espectador ve casi todo lo que pasa en el partido, pero el Bibliotecario también tenía buen olfato y el partido, visto desde fuera, era la humanidad. No pasaba un solo día sin que pensara en el accidente mágico que lo había separado de ella por unos pocos genes de nada. Los simios tenían las ideas claras. Ningún simio filosofaría diciendo: «La montaña es, y no es». Ellos pensarían: «El plátano es. Me como el plátano. No hay plátano. Quiero otro plátano».

Peló uno en ese momento, ensimismado, mientras contemplaba la escena que evolucionaba allí abajo. El espectador no solo ve casi todo el partido, sino que podría hasta ver más de un partido.

La calle trazaba un semicírculo, algo que probablemente habría tenido un efecto en las tácticas si los jugadores hubiesen querido saber algo de conceptos tan elevados.

La gente llegaba en tropel desde los dos extremos de la calle y también de un par de travesías. La mayoría eran hombres, y mucho. Las mujeres se encuadraban en dos categorías: las que acudían tiradas por lazos de sangre o matrimonio en perspectiva (después del cual dejarían de fingir que aquel desbarajuste sanguinario tenía el más mínimo interés), y una serie de ancianas cortadas por el patrón de la «viejecita encantadora», que proferían de forma indiscriminada, entre una creciente nube de lavanda y anís, gritos de «¡Tíralo al suelo y dale de patadas donde más duele!» y exhortaciones de esa índole.

Y ahora había otro olor, uno que había aprendido a reconocer pero no a comprender del todo. Era el olor de Huebo. Entremezclado con él estaban los olores a sebo, jabón barato y ropa de tienda de baratillo que su parte simiesca caracterizaba como pertenecientes al «Hombre de la Lata». Antes era otro sirviente más en el laberinto de la universidad, pero ahora era amigo de Huebo, y Huebo era importante. También era un error. No tenía lugar en el mundo, pero estaba en él, y el mundo sin duda empezaba a ser consciente de su existencia.

El Bibliotecario se conocía el paño. En el tejido de la realidad no había un espacio marcado como «bibliotecario simio» hasta que él lo ocupó, y las ondas del impacto habían hecho de su vida algo muy extraño.

Ajá, otro aroma subía llevado por la corriente. Era fácil: la Gritona de la Tarta de Plátano. Al Bibliotecario le caía bien. Sí, había salido corriendo la primera vez que lo había visto. Pasaba con todo el mundo. Pero ella había vuelto, y con olor a vergüenza. Además respetaba la primacía de las palabras y, como primate, él también. Y a veces le horneaba una tarta de plátano, toda una muestra de amabilidad. El Bibliotecario no tenía mucha experiencia con el amor, que siempre le había parecido un poco etéreo y cursi, pero la amabilidad, en cambio, era práctica. Con la amabilidad uno sabía qué tenía delante, sobre todo si sostenía una tarta que acababa de recibir gracias a ella. Además, era amiga de Huebo. Huebo hacía amigos con facilidad para haber salido de ninguna parte. Interesante…

El Bibliotecario, a pesar de las apariencias, era amante del orden. Los libros sobre coles iban en los estantes Brassica, (blit) UISSFY890—9046 (antiblit1.1), aunque obviamente La gran aventura del señor Coliflor estaría mejor colocado en el >UISS J3.2 (>blit) 9, mientras que El tau de la col sería un buen candidato para el UISS (blit+) 60—sp55—o9—hl (blit). Para cualquiera familiarizado con un sistema de catalogación de siete dimensiones en un espacio dimensional blit estaba claro como el agua, siempre que uno recordase no perder de vista el blit.

Ajá, y por allí llegaban sus compañeros magos, caminando con torpeza con los pantalones que les rozaban y afanándose tanto por no destacar entre la multitud que habrían destacado más aún si el resto de la multitud hubiese sentido el más mínimo interés.

Nadie se daba cuenta. Era fascinante y emocionante a la vez, concluyó Ridcully. Normalmente el sombrero puntiagudo, la túnica y el cayado abrían camino más rápido que un troll con un hacha.

¡Les estaban empujando! ¡Y zarandeando! Pero no era tan desagradable como sugerían esas palabras. Recibían presiones moderadas desde todos los lados a medida que llegaba más y más gente por detrás, como si los magos estuvieran metidos hasta el pecho en el mar y se mecieran y desplazaran con el ritmo lento de la marea.

—Cielos —dijo el catedrático de Estudios Indefinidos—. ¿Esto es el fútbol? Es un poco aburrido, ¿no?

—Se ha hablado de empanadillas —observó el catedrático de Runas Recientes, estirando el cuello.

—Todavía está llegando la gente, jefe —dijo Ottomy.

—Pero ¿cómo vamos a ver nada?

—Depende del Lío, jefe. Generalmente los que están cerca de la acción gritan.

—Ah, ya veo a un vendedor de empanadillas —dijo el catedrático de Estudios Indefinidos. Dio un par de pasos al frente, se produjo un corrimiento al azar de personas y desapareció.

—¿Cómo se encuentra ahora, señor Trev? —preguntó Huebo, mientras pasaba a su alrededor un caudal enorme de gente.

—Joder si duele, que diría un klatchiano —masculló Trev, agarrándose el brazo herido contra el abrigo—. ¿Seguro que no me has arreado con un martillo?

—Nada de martillos, señor Trev. Lo siento, pero usted me ha pedido…

—Lo sé, lo sé. ¿Dónde has aprendido a pegar esos puñetazos?

—No lo aprendí, señor Trev. ¡Nunca debo levantar la mano contra otra persona! Pero usted ha insistido, y…

—Pero ¡si eres un flacucho!

—Huesos largos, señor Trev, músculos largos. ¡Lo siento muchísimo!

—Culpa mía, Gobbo, no era consciente de tu propia fuerza… —De repente Trev salió disparado hacia delante y se estrelló contra Huebo.

—¿Dónde te habías metido, campeón? —dijo la persona que acababa de darle la fuerte palmada en la espalda—. ¡Quedamos que nos veríamos en el puesto de las empanadas de anguila! —Entonces el recién llegado miró a Huebo y entrecerró los ojos—. ¿Y quién es este extraño que se cree uno de los nuestros?

No miró a Huebo exactamente con mala cara, pero sí transmitió una clara impresión de estar poniéndolo en la balanza, y con unas pesas hostiles.

Trev se sacudió el polvo, con una expresión avergonzada impropia de él.

—Hola, Andy. Ejem, este es Huebo. Trabaja para mí.

—¿De lo qué? ¿Escobilla de váter? —dijo Andy. El grupillo que llevaba detrás se rió. Andy siempre hacía reír. Era lo primero que se veía en él, después del brillo de su ojo.

—El padre de Andy es el capitán de Dimwell, Gobbo.

—Encantado de conocerle, señor —dijo Huebo, que le tendió una mano.

—Oooh, encantado de conocerle, señor —le imitó Andy, y Trev hizo una mueca cuando una mano callosa del tamaño de un plato agarró los dedos como palitos de Huebo.

—Tiene manos de nena —observó Andy al apretarla.

—El señor Trev me ha hablado maravillas de los dimeros, señor —dijo Huebo. Andy gruñó. Trev vio que sus nudillos se ponían blancos por el esfuerzo mientras Huebo parloteaba—. La camaradería del deporte debe de ser algo maravilloso.

—Sí, vaya —masculló Andy, que por fin logró rescatar su mano, con cara de furioso desconcierto.

—Y este es mi colega Maxie —se apresuró a intervenir Trev—, y ese otro es Carter el Pedos…

—Ahora soy el Pedomeister —dijo Carter.

—Ya, vale. Y este es Jumbo. Cuidadito con él, que es un ladrón. Jumbo puede reventar una cerradura en menos que tú te sacas un tito de la nariz.

El susodicho Jumbo alzó una pequeña insignia de bronce.

—Del gremio, claro —dijo—. Si no, te clavan las orejas a la puerta.

—¿Quiere decir que se gana la vida quebrantando la ley? —preguntó Huebo, horrorizado.

—¿No has oído hablar del Gremio de Ladrones? —dijo Andy.

—Gobbo es nuevo —explicó Trev con tono protector—. No ha salido mucho. Es un trasgo, de las tierras altas.

—Y te has bajado aquí para robarnos el trabajo, ¿eh? —dijo Carter.

—Ya, porque tú estás hecho un currante —replicó Trev.

—Bueno, a lo mejor algún día me da por trabajar.

—¿En la siega del pepino? —dijo Andy. Eso arrancó más carcajadas, como se pretendía. Y así quedaron resueltas las presentaciones, para sorpresa de Huebo. Había esperado menciones al robo de gallinas. En lugar de eso, Carter sacó de un bolsillo un par de latas metálicas y se las lanzó a Huebo y a Trev.

—He echado unas horitas en el puerto descargando, ¿vale? —dijo a la defensiva, como si un poco de trabajo eventual fuese algún tipo de delito—. Esto venía en un barco de Cuatroequis.

Jumbo pescó de nuevo en su bolsillo y sacó un reloj ajeno.

—El partido empieza en cinco minutos —anunció—. A empujar… esto, si te parece bien, Andy.

Andy asintió. Jumbo parecía aliviado. Siempre era importante que las cosas le parecieran bien a Andy. Y Andy seguía observando a Huebo como un gato observa a un ratón inesperadamente desvergonzado, mientras se frotaba la mano.

El señor Ottomy carraspeó, lo que hizo que su nuez enrojecida se desplazara arriba y abajo como una puesta de sol indecisa. Gritar en público le gustaba, sí, y se le daba bien. Hablar en público, en cambio, era harina de otro humillante costal.

—Bueno, hum, caballeros, lo que tenemos aquí es auténtico fútbol, que consiste básicamente en el Lío, que es lo que ustedes caballeros van a estar haciendo dentro de un ratito…

—Creía que veríamos a dos grupos de jugadores pugnando entre ellos para alcanzar con el balón la meta rival.

—Podría ser, señor, bien podría ser —reconoció el cancelero—, pero en las calles, mire usted, los auténticos hinchas de los dos bandos intentan por todos los medios acortar el terreno de juego, por así decirlo, según el devenir de la jugada, si me entienden.

—¿Como muros vivos, quiere decir? —preguntó Ridcully.

—Por ese estilo, sí, señor, sí —dijo el leal Ottomy.

—¿Qué pasa con las porterías?

—Ah, también está permitido moverlas.

—¿Perdón? —dijo Ponder—. ¿Los espectadores pueden mover las porterías?

—Ha puesto el dedo de lleno en la llaga, señor.

—Pero ¡eso es pura anarquía! ¡Es un desastre!

—Es cierto que hay veteranos que dicen que el nivel del juego ha bajado, señor.

—Bajado, atravesado el mundo y salido por el fondo, diría yo.

—Da mucho juego para la magia, sin embargo —observó el doctor Hix—. Valdría la pena probarlo.

—Un aviso para navegantes, señor —dijo Ottomy con involuntaria precisión—, pero les pondrían las tripas por ligas si lo intentaran con algunos de los sujetos que juegan hoy en día. Se lo toman muy en serio.

—Señor Ottomy, estoy seguro de que ninguno de mis machotes lleva liga… —Ridcully dejó la frase en el aire, escuchó el comentario susurrado de Ponder Stibbons y prosiguió—: Bueno, es posible que uno, dos como mucho, y qué mundo tan aburrido sería este si todos fuéramos iguales, eso es lo que digo yo. —Miró a su alrededor y se encogió de hombros—. Entonces, esto es el fútbol, ¿no? Como juego, me parece un poco soso, ¿no? A mí, por lo menos, no me gusta estar plantado todo el día bajo la lluvia mientras otros se quedan toda la diversión. Vayamos a encontrar la pelota, caballeros. Somos magos. Eso tiene que servir de algo.

—Creía que ahora éramos machotes —dijo el catedrático de Runas Recientes.

—Es lo mismo —replicó Ridcully, tratando de ver por encima de las cabezas del público.

—¡De ninguna manera!

—Bueno —dijo Ridcully—, ¿acaso un machote no es alguien a quien le gusta beber con sus colegas y sin la compañía de mujeres? En cualquier caso, ya estoy harto. Formad detrás de mí; vamos a ver un poco de fútbol.

El avance de los magos asombró a Ottomy y Nobbs, que hasta el momento los habían visto como criaturas rechonchas y fofas muy separadas de la vida real. Pero llegar a mago del Consejo y conservar esa posición exigía unas hondas reservas de determinación, saña y esa arrogancia azucarada que distingue a todo auténtico caballero, la de «Vaya, ¿eso era su pie? Cuantísimo lo siento».

Y, por supuesto, estaba el doctor Hix, un buen compañero en situaciones complicadas, porque era (según el estatuto de la universidad) una persona oficialmente mala, de acuerdo con la alegre aceptación de lo inevitable de la UI.

Una organizac[[8]](#footnote-8)ión menos madura que la UI podría haber adoptado la perspectiva de que el futuro pasaba por dar caza a semejantes renegados, con los grandes riesgos y costes que eso conllevaba. La UI, en cambio, había concedido a Hix y su equipo un departamento, un presupuesto y un escalafón, además de la oportunidad de salir a cuevas oscuras de vez en cuando y arrojar bolas de fuego contra magos malos no oficiales; el sistema funcionaba bastante bien, siempre y cuando nadie señalase que el Departamento de Comunicaciones Post Mórtem, bien pensado, en realidad era solo una variante educada de la n\*i\*g\*r\*o\*m\*a\*n\*c\*i\*a, ¿no?

Y así había llegado a tolerarse al doctor Hix como un miembro útil, si bien ligeramente irritante, del Consejo, más que nada porque tenía permitido (por estatuto) decir algunas de las barbaridades que al resto de los magos les hubiese encantado soltar. De alguien que llevaba flequillo en pico, un anillo con calavera, un cayado siniestro y una túnica negra se esperaba que extendiese un poco el mal aquí y allá, aunque el estatuto universitario había redefinido el concepto de maldad aceptable como una molestia equiparable a unos cordones de zapato atados entre sí o un fugaz ataque de picor inguinal. No era el arreglo más satisfactorio del mundo, pero respetaba las venerables tradiciones de la UI: Hix ocupaba, afablemente, un nicho que de otra forma podría haber quedado en manos de alguien que de verdad disfrutase con el asunto de los cadáveres mohosos y las calaveras peladas. Cierto, el hombre no paraba de repartir entradas gratis para las diversas producciones teatrales en las que participaba de forma obsesiva, pero, en general, todos coincidían en que lo uno por lo otro seguía siendo mejor que los cráneos pelados.

Para Hix, un público como ese era demasiado bueno para desaprovecharlo. No solo había una plétora de cordones de zapato que enlazar con habilidad, sino también un montón de bolsillos. Siempre llevaba unos cuantos folletos de su siguiente producción en la túnica, y no era lo mis[[9]](#footnote-9)mo que robar carteras. Todo lo contrario. Los iba metiendo en todos los que encontraba.

El día había sido un misterio para Huebo desde el principio, y lo siguió siendo más con cada minuto que pasaba. A lo lejos sonó un silbato y en algún punto de aquella muchedumbre que se movía, empujaba, aplastaba y en la mayoría de los casos bebía empezó a disputarse un partido, al parecer. Tenía que tomarle la palabra a Trev. Sonaban «oohs» y «aahs» a lo lejos y la multitud fluía y refluía en consonancia. Trev y sus amigotes, que se hacían llamar, por lo que Huebo había alcanzado a entender entre el barullo, las Burras Bravías de Dimwell, aprovechaban cualquier espacio temporal para acercarse cada vez más al misterioso juego, haciéndose fuertes cuando el sentido de los empujones iba contra ellos y arremetiendo con vigor cuando un remolino les favorecía. Empujón, bamboleo, resistencia… y algo en todo aquello atraía a Huebo. Le entraba por las plantas de los pies y las palmas de las manos, y se deslizaba hasta su cerebro con una sutileza cautivadora, calentándolo, despojándolo de sí mismo y reduciéndolo a una parte latente del ente vivo y móvil que lo rodeaba.

Les pasó por delante un cántico. Había arrancado en algún punto al otro lado del partido y, con independencia de lo que hubiera sido en principio, en ese momento lo formaban solo cuatro sílabas de rugido, salidas de cientos de personas y muchos litros de cerveza. Al remitir, se llevó con él el calor y la sensación de pertenencia, para dejar un hueco.

Huebo miró a los ojos de Trev.

—Ya te ha pasado, ¿eh? —preguntó este—. Ha sido rápido.

—Ha sido… —empezó Huebo.

—Lo sé. No hablamos de ello —dijo Trev, tajante.

—Pero me ha hablado sin…

—¡Que no hablamos de ello, te digo! No es de esas cosas. ¡Mira! Les están haciendo retroceder. ¡Se abre hueco! ¡A empujar!

Y a Huebo se le daba bien empujar; muy bien. Bajo su inexorable presión la gente se apartaba deslizándose o girando con suavidad, arañando las piedras con los clavos de sus botas mientras, privados de alternativa, los propietarios pasaban por el rodillo formado por Huebo y Trev y acababan depositados a sus espaldas, algo mareados, perplejos y furiosos.

En ese momento, sin embargo, Huebo notó unos frenéticos tirones en el cinturón.

—¡Para de empujar! —gritó Trev—. ¡Hemos dejado atrás a los otros!

—En realidad mi avance se está viendo obstaculizado por un puesto de pudin de guisantes y sopa de pescado. He hecho lo que he podido, señor Trev, pero la verdad es que me ha frenado un poco —dijo Huebo por encima del hombro—, y también la señorita Glenda. Hola, señorita Glenda.

Trev echó un vistazo a su espalda. Allí atrás había una pelea en marcha, y oyó el grito de guerra de Andy. Solía haber pelea alrededor de Andy, y si no la había la empezaba él. Pero en el fondo tenía que caerte bien, porque… bueno, tenía que caerte bien y punto. Él… ¿Glenda estaba allí delante? Entonces ella tenía que estar por fuerza también, ¿no?

Se produjo un barullo al frente y un objeto vagamente oblongo, envuelto ahora en retazos de tela, se elevó por los aires y volvió a caer, entre vítores y abucheos del público. Trev había estado ante las mismas narices del juego en muchas ocasiones. No era para tanto. Había visto el balón docenas de veces.

Pero ¿cuánto tiempo llevaba Huebo empujando un puesto de pudin por delante de él como un quitanieves? ¡Madre mía, pensó Trev, he encontrado a un jugador! ¿Cómo ha podido hacerlo? ¡Si parece un muerto de hambre!

En ausencia de una manera de sortear la marea de gente, Trev se escurrió entre las piernas de Huebo y por un momento se asomó a una avenida de dobladillos, botas y, justo delante de él, un par de piernas que eran considerablemente más atractivas que las de Huebo. Emergió a unos centímetros de los ojos azul lechoso de Juliet. No pareció sorprenderse; la sorpresa es algo instantáneo y, para cuando Juliet podía registrar la sorpresa, ya no lo era. Glenda, en cambio, era la clase de persona que estampa al instante la sorpresa como si fuera un trozo de carne en la tabla de la indignación y la machaca hasta convertirla en furia y, cuando sus miradas se encontraron y los metafóricos pajaritos se aclaraban las gargantas para su gran número, Glenda apareció entre ellos y bramó:

—¿Qué demonios hacías tú ahí abajo, Trevor Probable?

Los pajaritos se esfumaron.

—¿Qué haces tú aquí delante? —replicó Trev. No era muy ingenioso, pero fue lo mejor que pudo sacarse de la manga a bote pronto, con el corazón martilleando.

—Nos han empujado —gruñó Glenda—. ¡Habéis sido vosotros!

—¿Yo? De ninguna manera —dijo Trev con indignación—. Ha sido… —Vaciló. ¿Huebo? Míralo ahí plantado, todo nervioso y enclenque, como si no hubiese comido caliente en su vida. No me creería ni yo, y yo soy yo—. Han sido esos de atrás —concluyó sin convicción.

—Unos trolls con las botas muy grandes, ¿verdad? —se burló Glenda con la voz avinagrada—. ¡Estaríamos metidas en pleno partido ahora mismo, si no fuera por el señor Huebo, que no os ha dejado seguir!

La injusticia de aquella versión de los hechos descolocó a Trev, pero decidió seguir descolocado que discutir con Glenda. Huebo no podía hacer nada malo a sus ojos, ni Trev nada bueno, algo que no podía refutar, aunque se sintiera inclinado a corregirlo por «nunca he hecho nada grave de verdad».

Pero allí estaba Juliet, sonriéndole. Cuando Glenda apartó la vista para hablar con Huebo, Juliet le puso algo en la mano y después le dio la espalda como si no hubiera pasado nada.

Trev abrió la mano, con el corazón desbocado, y se encontró una pequeña insignia esmaltada en blanco y negro, los colores del odiado enemigo. Todavía conservaba el calor de la mano de Ella.

Cerró su propia mano enseguida y miró a su alrededor para comprobar si alguien había detectado aquella traición a todo lo que era puro y verdadero, o sea, el buen nombre de Dimwell. ¡Mira que si un troll me tira al suelo y la encuentra uno de los muchachos! ¡Mira que si Andy me la encuentra encima!

Pero ¡era un regalo de Ella! Se la guardó en el bolsillo y la hundió hasta el fondo. Aquello iba a ser la mar de difícil, y Trev no era un hombre al que gustasen los problemas en su vida.

El propietario del puesto de pudin, que con gran instinto comercial había vendido una serie de porciones a los clientes ante los que había pasado en su travesía, se acercó a Trev y le ofreció una bolsa de guisantes calientes.

—Vaya un tipo duro, tu colega —dijo—. Es una especie de troll, ¿no?

—Troll, no. Trasgo —dijo Trev, a medida que se acercaban los sonidos de la refriega.

—Pensaba que eran unos cabroncetes pequeñajos…

—Este no lo es —dijo Trev, deseando que el tipo desapareciera.

Se produjo un silencio repentino y localizado. La clase de ruido que hace la gente cuando contiene la respiración. Alzó la vista y vio la pelota, por segunda vez en el partido.

Había un núcleo de madera de fresno en alguna parte, rodeado de una piel de cuero y por último docenas de capas de tela para poder agarrarla, y caía con inevitable puntería hacia la bella y ensoñada cabeza de Juliet. Trev se lanzó sobre la chica sin pensarlo dos veces y la metió a rastras bajo el carro mientras la bola golpeaba los adoquines en los que instantes atrás Ella había agraciado al mundo con Su presencia.

A Trev le pasaron muchas cosas por la cabeza cuando el balón cayó al suelo. Ella estaba entre sus brazos, aunque estuviera quejándose de que el abrigo se le manchaba de barro. Probablemente había salvado Su vida, lo cual desde el punto de vista romántico era una inversión segura, y… ah, sí. Fuese dimera o dolly, si alguna de las peñas más exacerbadas se enteraba de aquello, lo siguiente que le pasaría por la cabeza sería una bota.

Juliet soltó una risilla.

—¡Chist! —logró decir Trev—. ¡No es muy buena idea si prefieres no saber el aspecto que tendrías con ese precioso pelo rapado!

Trev se asomó por debajo del carromato y no atrajo ninguna atención.

El motivo era que Huebo había recogido la pelota y le estaba dando vueltas entre las manos con una expresión ceñuda en lo que quedaba a la vista de, por ser generosos, su cara.

—¿Esto es todo lo que hay? —preguntó a una desconcertada Glenda—. ¡Un final de lo más inapropiado para un agradable encuentro social con canapés interesantes! ¿Dónde se supone que va esta condenada cosa, entonces?

Glenda, hipnotizada por la imagen, señaló con un dedo tembloroso en la dirección general del final de la calle.

—¿Ves el poste grande? Pintado de blanco… bueno, con salpicaduras rojas abajo…

—Ah, sí, ya lo veo. Bueno, en ese caso, voy a… Oigan, ¿quieren dejar de empujar, por favor? —añadió para la multitud, que estiraba el cuello para ver.

—Pero ¡si es imposible que la lleves hasta allí! —chilló Glenda—. ¡Déjala en el suelo y vámonos!

Trev oyó un gruñido de Huebo y un silencio absoluto del resto del mundo. Oh, no, pensó. No puede ser. Deben de haber más de, ¿qué?, ciento cincuenta metros hasta esa portería, y esas pelotas vuelan como un cubo. No hay forma de que pueda…

Un lejano «ploc» rompió el fascinado silencio, que se curó al instante.

Trev miró por encima de un hombre cómo el poste de meta de dieciocho metros perdía por fin su batalla contra las termitas, la podredumbre, las inclemencias meteorológicas, la gravedad y Huebo, y caía sobre su propia base entre una nube de polvo. Estaba tan pasmado que apenas reparó en que Juliet estaba de pie a su lado.

—¿Esto es una esp[[10]](#footnote-10)ecie de señal mística? —preguntó Juliet, que creía en esas cosas.

En aquel momento, Trev creía en señalar hacia el otro lado de la calle y gritar:

—¡Se ha ido por allí! —Después agarró a Juliet y dio un codazo a Huebo en la barriga—. ¡Vamos! —añadió. No podía hacer nada por Glenda, pero eso no importaba; mientras estuviera asido a la mano de Juliet, Glenda lo seguiría como un buitre al acecho. Había gente que intentaba correr hacia la portería oculta; otros se dirigían hacia la ubicación aparente del goleador a larga distancia. Trev señaló en una dirección al azar y gritó:

—¡Ha ido por allí! ¡Un tipo grande con un sombrero negro! —La confusión siempre ayudaba, cuando no era la propia; si llegaba el momento del toma y daca, había que asegurarse de estar con el daca.

Pararon a unas calles de distancia. Seguía oyéndose jaleo a lo lejos, pero es más fácil perderse en una muchedumbre urbana que en un bosque.

—Miren, a lo mejor debería regresar a disculparme —empezó a decir Huebo—. Podría hacer un poste nuevo en un periquete.

—Odio decírtelo, Gobbo, pero creo que a lo mejor has cabreado a la clase de gente que no escucha las disculpas —dijo Trev—. Seguid caminando todos.

—¿Y por qué iban a cabrearse?

—Bueno, señor Huebo, para empezar, se supone que no debes marcar gol cuando no es tu partido, y de todas formas estabas de espectador, no de jugador —explicó Glenda—. En segundo lugar, un tiro como ese toca las narices a la gente. ¡Podrías haber matado a alguien!

—No, señorita Glenda, le aseguro que no. He apuntado adrede al poste.

—¿Y? ¡Eso no significa que estuvieses seguro de acertar!

—Esto… debo decir que sí, señorita Glenda —farfulló Huebo.

—¿Cómo lo has hecho? ¡Has destrozado el poste! ¡No crecen en los árboles! ¡Nos meterás a todos en un lío!

—¿Por qué no puede ser un jugador? —dijo Juliet mientras contemplaba su reflejo en una ventana.

—¿Qué? —preguntó Glenda.

—Hay que joderse —exclamó Trev—. Con él en el equipo, ¡no necesitaríamos equipo!

—Pues mira si ahorraría problemas —dijo Juliet.

—No me digas —replicó Glenda—; ¿y qué tendría de divertido? Ya no sería fútbol…

—Nos están observando —comentó Huebo—. Siento interrumpirles.

Trev echó un vistazo a su alrededor. La calle estaba ocupada, pero mayormente en sus asuntos.

—No hay nadie interesado, Gobbo. Estamos muy lejos.

—Lo siento en la piel —insistió Huebo.

—¿Cómo, a través de toda esa lana? —dijo Glenda.

Él volvió hacia ella unos ojos redondos y conmovedores.

—Sí —respondió, y recordó que la señora lo había puesto a prueba con eso. En su momento había parecido un juego.

Levantó la mirada y una gran cabeza se retiró a toda velocidad de un parapeto. Le llegó un olor a plátanos muy tenue. Ah, ese. Era simpático. Huebo lo veía a veces, recorriendo las tuberías agarrado de las manos.

—Tendrías que llevarla a casa —dijo Trev a Glenda.

Esta se estremeció.

—No es buena idea. El Viejo Stollop le preguntará qué ha visto en el partido.

—¿Y?

—Que se lo dirá. Y también a quién ha visto…

—¿No puede mentir?

—No como mientes tú, Trev. No se le da nada bien inventarse cosas. Mira, volvamos a la universidad. Todos trabajamos allí, y yo suelo entrar antes para adelantar faena. Nosotras iremos directas y vosotros coged por el camino largo. No nos hemos visto en ningún momento, ¿de acuerdo? ¡Y por todos los cielos, no le dejes hacer ninguna tontería!

—Disculpe, señorita Glenda —dijo Huebo con voz dócil.

—Sí, ¿qué?

—¿A cuál de los dos se dirigía?

—Le he fallado —dijo Huebo mientras paseaban entre el gentío del pospartido. Por lo menos, Trev paseaba; Huebo avanzaba con un paso extraño que sugería algún problema con su pelvis.

—Na, puede arreglarse —dijo Trev—. Todo tiene arreglo. Verás, yo soy un arreglador. ¿Qué ha visto la gente en realidad? Un colega cualquiera vestido de dimero. Éramos miles. No te preocupes. Oye, ¿cómo es que eres tan duro, Gobbo? ¿Te has tirado la vida levantando pesas o qué?

—Acierta en su conjetura, señor Trev. Antes de nacer, en efecto, levantaba pesas. Entonces era solo un crío, por supuesto.

Siguieron paseando y al cabo de un rato Trev dijo:

—¿Podrías repetir eso último? No me lo quito de la cabeza. En realidad, creo que una parte me asoma por la oreja.

—Ah, sí. Tal vez le haya confundido. Hubo una época en que mi cabeza estaba llena de oscuridad. Entonces el Hermano Avena me ayudó a alcanzar la luz, y nací.

—Ah, cosa de religión.

—Pero aquí estoy. ¿Me pregunta por qué soy fuerte? Cuando vivía en la oscuridad de la forja, levantaba pesos. Al principio las tenazas, luego el martillo pequeño y después el grande, y entonces un día pude levantar el yunque. Aquel fue un buen día. Fue un poco de libertad.

—¿Por qué era tan importante levantar el yunque?

—Estaba encadenado a él.

Siguieron caminando de nuevo en silencio hasta que Trev, escogiendo con cuidado cada palabra, dijo:

—Supongo que la vida debía de ser así como durilla en las tierras altas.

—Ahora no está tan mal, creo.

—Esas cosas hacen que uno vea la suerte que tiene.

—¿La presencia de cierta dama, señor Trev?

—Sí, ya que preguntas. ¡Pienso en ella a todas horas! ¡Me gusta un montón! Pero ¡es una dolly! —Un pequeño grupo de hinchas se volvió a mirarles, y él bajó la voz hasta reducirla a un susurro—. ¡Tiene hermanos con unos puños del tamaño del culo de un toro!

—Tengo leído, señor Trev, que el amor se ríe de los cerrajeros.

—¿En serio? ¿Y qué hace cuando un culo de toro le revienta la cara?

—Los poetas no se pronuncian al respecto, señor Trev.

—Además —dijo este—, los cerrajeros tienden a ser tipos tranquilos, ¿sabes? Cuidadosos, pacientes y demás. Como tú. Seguro que haciéndoles un poco de gracia, te sales con la tuya. Has de haber conocido chicas. A ver, no eres un bellezón, eso está claro, pero tienes un piquito de oro. Seguro que las tienes comiendo de tu mano… bueno, después de lavártela, eso sí.

Huebo vaciló. Había estado la señora, por supuesto, y la señorita Curacepo, ninguna de las cuales encajaba con facilidad en la categoría de «chica». Desde luego, también estaban las Hermanitas, que sin duda eran jóvenes y en apariencia hembras, pero había que reconocer que, si algo parecían, eran unas gallinas inteligentes, además de que la hora de comer no era su momento más favorecedor; en cualquier caso, una vez más, «chicas» no parecía la palabra adecuada.

—No he conocido a muchas chicas —dijo.

—Está Glenda. Le has entrado por el ojito derecho. Ve con ojo, de todas formas, o acabará llevándote recto como un palo por la vida si le dejas. Es lo que hace. Lo hace con todo el mundo.

—Ustedes dos tienen una historia, me parece —observó Huebo.

—Eres bien agudo, tú. Agudo y discreto. Como una navaja. Sí, supongo que fue una historia. Yo quería que fuese más bien una geografía, pero ella no paraba de darme palmadas en la mano. —Trev hizo una pausa para detectar cualquier atisbo en la cara de Huebo—. Eso era un chiste —añadió, sin muchas esperanzas.

—Gracias por decírmelo, señor Trev. Lo descifraré más tarde.

Trev suspiró.

—Pero yo ya no soy así, y Juliet… bueno, me arrastraría un kilómetro sobre cristales rotos solo para abrazarla, como lo oyes te lo digo.

—Escribir un poema es a menudo el camino al corazón de la pretendida —dijo Huebo.

Trev se animó.

—Ah, tengo mano para las palabras. Si le escribiera una carta, tú podrías llevársela, ¿no? Si la escribo en papel del bueno, algo en plan, veamos… «Creo que tienes un cuerpazo. ¿Quieres salir conmigo? Sin tejemanejes, lo prometo. Un beso, Trev.» ¿Qué tal te suena?

—El alma del mensaje es pura y noble, señor Trev. Pero, ejem, si yo pudiese ofrecer alguna ayuda…

—Necesita palabras más largas, ¿no? ¿Y un lenguaje como más enrevesado? —conjeturó Trev.

Pero Huebo no le prestaba atención.

—A mí me ha parecido una monada —dijo una voz por encima de la cabeza de Trev—. ¿A quién conoces que sepa leer, listillo?

Se podía decir una cosa a favor de los hermanos Stollop: no eran Andy. En el orden general del universo, no había gran diferencia cuando caía la sangre pero, en pocas palabras, los Stollop sabían que la fuerza siempre había funcionado y, por tanto, nunca se habían molestado en probar otra cosa, mientras que Andy era un psicópata frío como el hielo al que los demás seguían solo porque era más seguro que estar delante de él. Podía ser de lo más encantador cuando las frenéticas oscilaciones de sus cambios de humor lo llevaban por ahí; ese era el mejor momento para salir corriendo. En cuanto a los Stollop, un investigador no tardaría mucho en descubrir que Juliet era el cerebro de la familia. Una ventaja desde el punto de vista de Trev estribaba en que se tenían por listos, porque nadie les había dicho nunca lo contrario.

—Ja, el señor don Trev —dijo Billy Stollop mientras le clavaba un dedo como una salchicha de hipopótamo—. Ya que eres tan listo, dinos quién ha roto el poste, ¿no?

—Estaba en el Lío, Billy. No he visto nada.

—¿Va a jugar para los dimeros? —insistió Billy.

—Billy, ni siquiera tu padre en su mejor época hubiese podido tirar el balón la mitad de lejos de lo que anda diciendo todo el mundo. Lo sabes, ¿no? Ni tú podrías hacerlo. Me cuentan que el poste de los ángeles se ha caído solo y alguien se ha inventado un cuento. ¿Te mentiría yo, Billy? —Trev podía inventar mentiras que eran casi verdades.

—Sí, porque eres un dimero.

—De acuerdo, ahí me has dado; confesaré —dijo Trev, alzando las manos—. Respeto y todo eso, Billy… Ha sido Huebo, este de aquí, el que ha tirado la pelota. Esa es mi última oferta.

—Tendría que arrancarte la cabeza por eso —replicó Billy, con una mirada despectiva a Huebo—. Este chaval seguro que no puede ni levantar la pelota.

Y entonces una voz a espaldas de Trev dijo:

—Caramba, Billy, ¿te han dejado salir sin el collar puesto?

Huebo oyó que Trev musitaba entre dientes:

—Oh, dioses, con lo bien que lo llevaba. —Luego su amigo se volvió y dijo—: Es una calle libre, Andy. No tiene nada de malo pasar el rato, ¿no?

—Los dollies mataron a tu viejo, Trev. ¿Es que no tienes vergüenza?

Los demás Barras Bravas estaban detrás de Andy, con expresiones que oscilaban entre el aire de desafío y la conciencia de que, una vez más, los iban a arrastrar a algo. Se encontraban en la calle principal. La Guardia no se desvivía por inmiscuirse en las escaramuzas de los callejones, pero a la vista de todo el mundo tenían que hacer algo por si los contribuyentes se quejaban y, como a los polis cansados no les gustaba tener que hacer algo, se entregaban a gusto para, con un poco de suerte, no tener que volver a hacerlo en mucho tiempo.

—¿Qué sabes de eso que cuentan de un dimero y una fulana dolly cogidos de la mano en el Lío? —preguntó Andy, depositando una pesada mano en el hombro de Trev—. Vamos, tú eres el listo, siempre lo sabes todo antes que nadie.

—¿Fulana? —Ese era Billy; había un largo camino de sus oídos a su cerebro—. ¡Ninguna chica de Hermanas Dolly se pararía ni a miraros, panda de sifilíticos!

—¡Ajá, o sea que fueron ellas las que nos contagiaron! —exclamó Carter el Pedos. A Huebo le pareció un comentario incendiario, dadas las circunstancias. Tal vez, pensó, el ritual mandaba el intercambio de insultos infantiles hasta que ambos bandos se sintieran justificados para atacar, tal y como señalaba el doctor Vonmausberger en La agresión ritual en las ratas pubescentes.

Pero Andy había sacado su alfanje de debajo de la camisa. Era un arma corta pero desagradable, ajena al auténtico espíritu del balón-de-pie, que en general sonreía indulgente a todo lo que magullaba, marcaba, fracturaba y, vale, en el peor de los casos, en el fragor de la batalla y tal, cegaba. Pero luego estaba An[[11]](#footnote-11)dy, que tenía problemas. Y si había cerca alguien como Andy, se acercaban otros Andys, y cualquier chaval que de otra manera podría haber ido a un partido con un par de nudilleras metálicas para dárselas de machote, tintineaba perceptiblemente al andar y necesitaba ayuda para levantarse si se caía.

Ahora estaban apareciendo armas también allí.

—Cuidado, todos —advirtió Trev, que dio un paso atrás y agitó las manos en ademán conciliatorio—. Esta es una calle concurrida, ¿vale? Si el Viejo Sam os pilla peleando, se os echarán encima con unas porras bien grandes y os inflarán a sopapos hasta que potéis el desayuno, ¿por qué?, porque os odian, porque por vuestra culpa tendrán que hacer papeleo y salir de la tienda de rosquillas.

Retrocedió un poco más.

—Y después, como les habréis abollado las armas con la cabeza, os llevarán al Rapapolvo para que paséis una noche de las buenas a la sombra. ¿Habéis estado? ¿Os lo pasasteis tan bien que ya queréis volver?

Observó con satisfacción las caras de horrorizado recuerdo en todas las caras salvo la de Huebo, que no podía tener la más mínima idea, y la de Andy, que a la sombra estaba como en su casa. Pero ni siquiera Andy sentía la inclinación de buscarle las cosquillas a Sam. Bastaba con matar a uno de ellos para recibir una invitación de Vetinari a caminar en el aire.

Se relajaron un poco, pero no demasiado. En esas circunstancias de esfínter tenso, bastaba con un idiota…

Al final, fue suficiente con una persona muy lista, cuando Huebo se volvió hacia Algernon, el Stollop más joven, y dijo con desenfado:

—¿Sabía, señor, que su presente situación es muy similar a la descrita por Vonmausberger en su tratado sobre su experimento con ratas?

En ese momento, Algernon, tras un segundo de lo que en su caso pasaba por reflexión, le atizó fuerte con su porra. Algernon era un tipo corpulento.

Trev consiguió agarrar a su amigo antes de que golpeara los adoquines. La maza había alcanzado a Huebo de lleno en el pecho y le había desgarrado el antiguo jersey. La sangre se colaba entre las costuras.

—¿Para qué has tenido que hacer eso, puto imbécil? —dijo Trev a Algernon, al que incluso sus hermanos reconocían más espeso que la sopa de elefante—. No hacía nada. A qué ha venido eso, ¿eh? —Se puso en pie de un salto y, antes de que Algernon acertara a moverse, Trev se había arrancado la camisa y estaba atendiendo a Huebo, tratando de contener la hemorragia. Volvió a levantarse al cabo de medio minuto y le tiró la camisa empapada a Algernon—. ¡No tiene pulso, gilipollas! ¿Qué te había hecho él?

Hasta Andy estaba paralizado. Nadie había visto nunca a Trev de aquella manera, no al viejo Trev. Hasta los dollies sabían que Trev era listo. Trev tenía labia. Trev no era de los que se suicidaban chillándole a un hatajo de hombres que ya estaban buscando pelea.

El infortunado Algernon, con la cara tostada por la furia de Trev, logró mascullar:

—Pero es que… es un dimero…

—¿Y tú quién eres? ¡Eres un puto imbécil, eso es lo que eres! —gritó Trev.

Se volvió hacia los demás, con el dedo tembloroso.

—¿Y vosotros quiénes sois? ¿Quiénes sois? ¡Nada! ¡Sois basura! ¡Sois una mierda!

Señaló a Huebo con el dedo.

—¿Y él? Él hacía cosas. Sabía cosas. ¡Y no había visto un partido hasta el día de hoy! ¡Solo llevaba la bufanda para no dar el cante!

—No te preocupes, colega —susurró Andy y levantó su alfanje con aire amenazador—. ¡Esto va a provocar una puta guerra! —Pero de repente Trev se le plantó ante la cara como una avispa.

—¿De qué? ¡Estás chalado! No entiendes nada, ¿verdad?

—Veo cascos, Andy —avisó Jumbo con tono urgente.

—¿Yo? ¿Qué he hecho yo?

—Lo mismo que los idiotas de los Stollop. ¿Dimeros y dollies? ¡Espero que los dioses os caguen blandito encima a todos!

—Ya están muy cerca, Andy.

Los hermanos Stollop, que no eran tontos del todo, ya se estaban yendo. Había gente vestida con los colores de su equipo de fútbol por toda la ciudad. La Guardia no podía perseguirlos a todos. Pero, en fin, atizar a un tipo que después sangraba mucho y dejaba de respirar, bueno, eso venía a ser un asesinato, y el Viejo Sam podía correr que se las pelaba en esas circunstancias.

Andy sacudió un dedo tembloroso ante Trev.

—Se pasa mal en el Lío cuando se es un mierdecilla sin colegas.

—¡Esto no es el Lío!

—A ver si te enteras, chaval. Todo es Lío.

Los Barras partieron a toda velocidad, aunque Jumbo se volvió por un instante para formar las palabras «lo siento» con los labios. No eran los únicos que se alejaban a la carrera. La gente de la calle se pirraba por un buen espectáculo de variedades, pero ese podría conllevar ciertas dificultades: por ejemplo, peligrosas preguntas metafísicas del tipo «¿Has visto algo?», y otras por el estilo. Estaba muy bien que la Guardia dijese que «el inocente no tiene nada que temer», pero ¿a qué venía eso? ¿A quién le importaban los inocentes y sus problemas cuando la Guardia estaba en camino?

Trev se arrodilló junto al cuerpo cada vez más frío del difunto Huebo.

Y entonces, en lo que le pareció la primera vez en un minuto, Trev empezó a respirar de nuevo. Había parado al despotricar contra Andy porque, si le hablabas a Andy de aquella manera, estabas muerto de todas formas, o sea que, ¿para qué gastar aliento?

Había cosas que tenían que hacerse, ¿no? ¿No había que dar golpes en el pecho y demás, enseñarle al corazón roto a volver a latir? Pero él no sabía cómo, y no hacía falta ser muy listo para deducir que no era buena idea intentar aprender con la Guardia en camino. No causaría una buena primera impresión.

Por eso, cuando dos guardias aparecieron a la carrera, Trev caminaba con paso vacilante hacia ellos con Huebo en brazos. Le alivió ver que iba al mando el agente Abadejo: por lo menos era uno de los que hacían las preguntas primero. A su espalda, eclipsando gran parte del paisaje, estaba el agente troll Bluejohn, que podía despejar una calle entera simplemente recorriéndola por el centro.

—¿Puede ayudarme a llevarlo al Lady Sybil, señor Abadejo? Pesa mucho —dijo Trev.

El agente Abadejo retiró la camisa empapada y emitió un apenado y suave chasquido con los labios. Con la experiencia llega la familiaridad.

—El depósito está más cerca, chico.

—¡No!

Abadejo asintió.

—Eres el hijo de Dave Probable, ¿verdad?

—¡No tengo por qué decírselo!

—No, porque tengo razón —dijo el agente Abadejo sin alterarse—. Vale, Trev. Bluejohn llevará a este hombre, al que supongo que no habías visto en tu vida, y nosotros dos correremos para no perderlo de vista. Anteanoche hubo una buena tormenta. Quizá tenga suerte. Y tú también.

—¡No he sido yo!

—Claro que no. Y ahora… a ver quién corre más rápido, ¿vale? Al hospital primero.

—Quiero ir con él —dijo Trev, mientras Bluejohn acunaba a Huebo con gentileza en su mano enorme.

—No, chico —replicó Abadejo—. Tú te quedas conmigo.

La cosa no acabó con el agente Abadejo. Nunca era tan fácil. Todo el mundo le llamaba Arenque, y su tácito y pausado mensaje de que, ya que estamos metidos juntos en esto, para qué complicarnos la vida solía funcionar, pero tarde o temprano se acababa en manos de un oficial superior que trabajaba el género duro, en un cuartito con otro poli junto a la puerta. Y el superior en cuestión llevaba un tiempo echando turnos dobles, a juzgar por su aspecto.

—Soy la sargento Angua, señor, y espero que no esté usted metido en un lío. —Abrió un cuaderno y alisó la página—. ¿Cumplimos con las formalidades? Le ha dicho al agente Abadejo que ha visto una pelea y que, al llegar allí, todos los grandullones se habían ido y, milagrosamente, ha encontrado a su compañero de trabajo, el señor Huebos, desangrándose. Bueno, apuesto a que sé el nombre de los grandullones, del primero al último. Me pregunto por qué usted no. ¿Y de dónde, Trevor Probable, sale esto? —Lanzó sobre la mesa una insignia esmaltada en blanco y negro, cuya aguja, por suerte o destreza, se clavó en la madera a unos centímetros de la mano de Trev.

El lema oficioso del Hospital Gratuito Lady Sybil era «No todo el mundo muere». Era cierto que, a partir de la inauguración del Lady Sybil, las probabilidades de morir en la ciudad, al menos de ciertas causas, se habían reducido drásticamente. Se sabía que sus médicos hasta se lavaban las manos antes de operar, además de después. Pero atravesando sus blancos pasillos avanzaba ahora una figura que sabía, por experiencia personal, que el lema oficioso estaba, en realidad, equivocado por completo.

La Muerte se plantó ante la bien lavada mesa de piedra y miró hacia abajo.

¿SEÑOR HUEBO? BUENO, ESTO ES UNA SORPRESA, dijo la Muerte, metiendo la mano en su túnica. A VER QUÉ TENEMOS AQUÍ. ¿SABE? ANTES ME PREGUNTABA POR QUÉ LA GENTE SE AFERRA TANTO. AL FIN Y AL CABO, COMPARADA CON LA DURACIÓN DE LA INFINITUD, NADIE VIVE PRÁCTICAMENTE NADA. NI SIQUIERA USTED, SEÑOR HUEBO. AUNQUE ENTIENDO QUE AFERRARSE OBRARÍA UNA CIERTA MAGIA EN SU CASO.

—No le veo —dijo Huebo.

MEJOR ASÍ, replicó la Muerte. DE TODAS FORMAS, NO ME RECORDARÍA MÁS ADELANTE.

—Me estoy muriendo, entonces —dijo Huebo.

SÍ. MURIENDO PARA DESPUÉS VIVIR OTRA VEZ. Sacó un biómetro de su túnica y observó cómo la arena caía hacia arriba. HASTA LUEGO, SEÑOR HUEBO. ME TEMO QUE TENDRÁ UNA VIDA INTERESANTE.

—¿Una insignia dolly en manos de un dimero de toda la vida? Por todos los dioses, ¿a qué puede venir esto? ¿Y sabes qué? Lo descubriré. Todo es cuestión de buscar.

Trev no dijo nada. Se había quedado sin opciones. Aparte, ya había visto a la sargento en otras ocasiones, y siempre parecía mirarle a la garganta.

—El guardia Abadejo dice que tienen al Igor de guardia en el Lady Sybil. Espero que guarde en sus cubas un corazón que le entre a tu amigo, de verdad que sí —dijo ella—. Pero seguirá siendo un caso de asesinato, aunque entre aquí caminando mañana. Son las reglas de lord Vetinari: si hace falta un Igor para traerte de vuelta, estabas muerto. Brevemente muerto, cierto, y por ello el asesino será brevemente ahorcado. Suele bastar un cuarto de segundo.

—¡Yo no le he tocado!

—Lo sé. Pero tienes que dar la cara por tus amigotes, ¿no? Jumbo y, por supuesto, Carter y, ah sí, Andy Espinilla, tus colegas, que no están aquí. Mira, no estás detenido todavía, estás ayudando a la Guardia con sus indagaciones. Eso significa que puedes ir al retrete, si te sientes valiente. Si te sientes suicida, ve a la cantina. Pero si intentas huir, te daré caza. —Olisqueó y añadió—: Como un perro. ¿Entendido?

—¿No puedo ir a ver cómo está Huebo?

—No. Arenque sigue allí. Tú has de llamarle agente Abadejo.

—Todo el mundo le llama Arenque.

—Puede, pero no cuando eres tú hablando conmigo. —La sargento hizo girar la insignia sobre la mesa con aire ausente—. ¿Tiene allegados el señor Huebo? Significa parientes.

—Sé lo que significa. Habla de gente de Uberwald. Es todo lo que sé. —Trev mintió por instinto. Decir que alguien había pasado su juventud encadenado a un yunque no iba a ser de ayuda allí—. Se lleva bien con los demás chicos de las cubas.

—¿Por qué está allí abajo?

—Nunca lo preguntamos. Suele ser una historia fea.

—¿Te lo han preguntado alguna vez a ti?

Trev la miró. Así eran los polis. Se hacían los simpáticos y, justo cuando bajabas la guardia, te clavaban un pico en el cerebro.

—¿Es una pregunta oficial de policía, o solo quería cotillear?

—Los polis nunca cotillean, señor Probable. Sin embargo, a veces planteamos preguntas tangenciales.

—¿O sea que no era oficial?

—En realidad no…

—Entonces métasela allí donde el sol no brilla.

La sargento Angua le dedicó una sonrisa policial.

—No tienes ninguna carta en la mano que te atrevas a jugar, y me sales con esas. De Andy me lo esperaría, pero Arenque dice que tú eres listo. ¿Cómo de listo hay que ser para ser tan tonto como tú?

Llamaron con timidez a la puerta y luego un guardia asomó la cabeza. De fondo se oía gritar a alguien con voz autoritaria:

—… pero si veis esa clase de cosas a todas horas, ¿o no? Por todos los cielos, no es tan difícil…

—¿Sí, Nobby?

—Tenemos un pequeño lío, sarge. ¿Sabe ese fiambre que hemos mandado al Lady Sybil? ¡Está aquí el doctor Jardín y dice que el tipo se ha levantado y se ha ido a casa!

—¿Han hecho que lo mire un Igor?

—Sí. Más o menos… esto…

Apartó al guardia de un codazo un hombre corpulento vestido con una larga túnica verde de caucho; era evidente que intentaba equilibrar la ira y la amabilidad en una sola expresión. Lo seguía de cerca el agente Abadejo, que intentaba calmarlo por todos los medios y sin ningún éxito.

—Mire, intentamos ayudar, ¿vale? —dijo el doctor Jardín—. Ustedes dicen que tienen un caso de asesinato y yo saco al bueno de Igor de su mesa y ya nos apañaremos con las horas extras. Pero dígale de mi parte a Sam Vimes que me gustaría que, cuando no estén muy ocupados, mandase a sus chicos para recibir unos cursillos de primeros auxilios, a saber, la diferencia entre muerto y dormido. A veces es una línea muy fina, pero por lo general es posible detectar los indicios. La profesión siempre ha tendido a considerar que caminar es uno de los más fiables, aunque en esta ciudad hemos aprendido a considerarlo solo un muy buen principio. Pero cuando hemos retirado la sábana, se ha incorporado y le ha preguntado a Igor si tenía un bocadillo, lo cual suele ser concluyente. Aparte de un poco de fiebre, estaba bien. Un pulso fuerte, lo que sugiere que tiene pulso. Ni un rasguño en el cuerpo, aunque le vendría bien una buena cena. Debía de tener hambre porque se ha comido el bocadillo que le ha hecho Igor. Y hablando de cenas, ¡francamente creo que la mía tampoco me vendría mal!

—¿Le ha dejado marchar? —preguntó la sargento Angua, horrorizada.

—¡Por supuesto! ¡No puedo retener a un hombre en el hospital por estar inoportunamente vivo!

La sargento se volvió hacia el agente Abadejo.

—¿Y tú le has dejado marchar, Arenque?

—Parecía un caso de prescripción médica, sargento —dijo Abadejo, que miró a Trev con mala cara.

—¡Estaba cubierto de sangre! ¡De verdad que estaba hecho un asco! —explotó Trev.

—¿Una broma, pues? —sugirió Angua.

—Yo habría jurado que no tenía pulso, sargento —dijo Abadejo—. A lo mejor es uno de esos monjes del Eje que pueden hacer abracadabras.

—Entonces alguien ha estado malgastando el tiempo de la Guardia —dijo Angua, con una mirada furibunda a Trev.

Este la identificó como el intento desesperado que era.

—¿Y yo qué ganaría con eso? —preguntó—. ¿Se cree que me gusta estar aquí?

El agente Abadejo carraspeó.

—Es noche de partido, sarge. Denuncias está a tope, hay hinchas paseando por toda la ciudad y alguien les ha calentado la cabeza con un montón de rumores. Estamos desbordados, es lo único que digo. Ya hemos tenido un par de peleas a gritos. Y él se ha ido por su propio pie, al fin y al cabo.

—Yo no veo el problema —dijo el médico—. Entrar horizontal, salir derecho. Lo preferimos así. Y tengo que volver, sargento. Nosotros también tendremos una nochecita ajetreada.

La sargento buscó alguien a quien gritar, y allí estaba Trev.

—¡Tú! Trev Probable. ¡Esto es cosa tuya! Ve a buscar a tu amigo. Y si hay algún problema más, habrá… problemas, ¿está claro?

—Por partida doble, sarge. —No pudo resistirlo, fue superior a él, hasta con el sudor frío que le corría por la espalda. Pero se sentía ligero… elevado… liberado. Pero hay gente que no puede respetar una epifanía cuando la tienes. No es una habilidad policial.

—¡Tú me llamas sargento, Probable! ¡Toma!

Trev logró cazar la insignia al vuelo después de que cruzase la sala.

—¡Gracias, sarge!

—¡Largo!

Salió, y casi se esperaba a la figura turbia que le salió al paso en cuanto abandonó el edificio. Flotaba un vago olor en el aire gris. Bueno, por lo menos no era Andy. Ahora no le hacía ninguna falta encontrarse con él.

—¿Sí, Carter? —dijo a la niebla.

—¿Cómo has sabido que era yo?

Trev suspiró.

—Ha sido una suposición. —Apretó el paso.

—Andy querrá saber qué has dicho.

—No os preocupéis, está arreglado.

—¡Arreglado! ¿Cómo? —Carter, que siempre había tenido algo de sobrepeso, tenía que corretear para no quedarse atrás.

—No voy a decírtelo. —Oh, qué gran momento.

—Pero ¿puedo decirle que estamos limpios?

—¡Está todo arreglado! ¡Limpio de polvo y paja! Lo he resuelto. Si te he visto, no me acuerdo. Nunca pasó.

—¿Estás seguro? —dijo Carter—. El canijo estaba bastante hecho polvo.

—Oye, ¿qué quieres que te diga? —Trev extendió los brazos e hizo un ademán circense—. ¡Soy Trev Probable!

—Bueno, pues no hay más que hablar, entonces. Oye, seguro que ahora Andy te deja volver a los Barras. Sería genial, ¿eh?

—¿Sabes cómo ha creído Huebo que se llamaban los Barras, Carter?

—No. ¿Cómo?

Trev se lo dijo.

—Bueno, eso es… —empezó Carter, pero Trev lo interrumpió.

—Es gracioso, Carter. Es gracioso, y un poco triste y desesperado. De verdad que sí. —Trev paró de caminar tan de repente que Carter chocó con él—. Y te daré un consejo: con Carter el Pedos no vas a ninguna parte. Y lo mismo te digo de Pedomeister. Créeme.

—Pero todo el mundo me llama Carter el Pedos —protestó el Pedomeister.

—Dale un puñetazo al próximo que lo haga. Ve al médico. Rebaja los hidratos de carbono. Evita los espacios cerrados. Usa loción para el afeitado —dijo Trev, y arrancó de nuevo a caminar.

—¿Adónde vas, Trev?

—¡Me salgo del Lío! —dijo este a voces por encima del hombro.

Carter miró a su alrededor desesperado.

—¿Qué Lío?

—¿No te has enterado? ¡Todo es Lío!

Trev se preguntó si resplandecía mientras recorría al trote la niebla. Las cosas iban a cambiar. En cuanto entrase Smeems, iría a verlo para hablar de un trabajo mejor o algo así…

Surgió una figura amenazadora de la niebla. Fue toda una hazaña teniendo en cuenta que la figura era una cabeza más baja que él.

—¿Ez el Zeñor Probable? —dijo.

—¿Quién lo pregunta? —replicó Trev, y añadió—: ¿Qué lo pregunta?

La figura suspiró.

—Entiendo que ez uzted amigo del caballero que ha ingrezado hace poco en el hozpital —dijo.

—¿Y a usted qué le importa?

—Puez mucho —respondió la figura—. ¿Puedo preguntarle zi zabe mucho zobre el caballero?

—No tengo por qué hablar con usted —dijo Trev—. Todo está arreglado, ¿vale?

—Qué máz quiziera yo —se lamentó la figura—. Tengo que hablar con uzted. Me llamo Igor.

—¿Sabe?, ya me olía yo algo. ¿Usted es el que le ha preparado el bocadillo a Huebo? —preguntó Trev.

—Zí. Atún, ezpaguetiz y mermelada, con confitez. Mi ezpecialidad. ¿Zabe algo zobre zu pazado?

—Nada de nada, señor.

—¿De verdad?

—Mire; en las cubas se remueve el sebo, no el pasado, ¿de acuerdo? No se hace, y punto. Sé que lo ha pasado mal, y eso es todo lo que pienso contarle.

—Ezo me parecía —dijo Igor—. Creo que procede de Uberwald. Variaz cozaz zinieztraz y peligrozaz proceden de Uberwald.

—Puede parecer una pregunta estúpida, pero ¿procede usted de Uberwald, por causalidad? —preguntó Trev.

—Ya que lo pregunta, zí —respondió Igor.

Trev vaciló. De vez en cuando se veía a algún Igor aquí o allá. Lo único que sabía la mayoría era que podían coserte mejor incluso que la Guardia y que hacían cosas raras en sótanos y solo tendían a salir cuando había tormenta.

—Creo que zu amigo podría zer muy peligrozo —dijo Igor.

Trev intentó imaginarse a Huebo como peligroso. Costaba mucho, hasta que se recordaba un lanzamiento que derribaba un poste de meta entero a media calle de distancia. Habría preferido no recordarlo.

—¿Por qué iba a hacerle caso? ¿Cómo sé que usted no es peligroso? —dijo.

—Oh, lo zoy —reconoció Igor—, créame. Y Uberwald contiene cozaz que yo no querría encontrarme.

—No pienso hacerle caso —dijo Trev—. Ya cuesta bastante entenderlo, de todas formas.

—¿Zucumbe a ineczplicablez cambioz de humor? —insistió Igor—. ¿Ze enfurece? ¿Zabe algo zobre zuz hábitoz alimentarioz?

—Sí, le gustan las tartas de manzana —dijo Trev—. ¿A qué viene esto?

—Veo que zon muy buenoz amigoz —prosiguió Igor—. Ziento haber abuzado de zu paciencia. —«Zu paciencia» quedó flotando en el aire y contribuyó a las gotas de rocío suspendidas en la niebla—. Le daré un conzejo. Cuando me necezite, zolo tiene que gritar. Me temo que en adelante le va a rezultar muy fácil. —La figura dio media vuelta y desapareció al instante en la niebla.

Además, los Igors se movían raro, recordó Trev. Y nunca se veía a ninguno en los partidos de fútbol…

Se fijó en cómo pasaba ese último pensamiento. ¿Qué había intentado decirse a sí mismo? ¿Que alguien que no miraba un partido de fútbol no era una persona real? No se le ocurría una respuesta adecuada. Le asombraba haberse planteado siquiera la pregunta. Las cosas estaban cambiando.

Glenda llegó a la cocina nocturna habiendo arrancado un juramento de silencio a Juliet, y concedió con magnanimidad el resto de la noche libre a Mildred y la señora Setos. Eso les vino a las dos de perilla, como siempre pasaba, y de paso les hacía un favorcillo que podría reclamar cuando fuese necesario.

Se quitó el abrigo y se arremangó. Se sentía como en casa en la cocina nocturna, al mando, con el control. Detrás de unos fogones de hierro negro podía desafiar al mundo.

—Vale —dijo a la apagada Juliet—. Hoy no hemos estado allí. Hoy no ha sucedido. Estabas aquí, ayudándome a limpiar los hornos. Me encargaré de que te paguen unas horas extras para que tu padre no sospeche. ¿Vale? ¿Lo has entendido?

—Sí, Glenda.

—Y ya que estamos aquí, empezaremos con las empanadas para mañana por la noche. Estará bien adelantar faena, ¿no?

Juliet no dijo nada.

—Di «Sí, Glenda» —apuntó Glenda.

—Sí, Glenda.

—Hala, pues ve a trocear un poco de cerdo. Lo mejor para no pensar es mantenerse ocupada, es lo que digo siempre yo.

—Sí, Glenda, es lo que siempre dices tú —dijo Juliet.

Cierto deje llamó la atención de Glenda y la preocupó un poco.

—¿Siempre digo eso? ¿Cuándo?

—Todos los días cuando llegas y te pones el delantal, Glenda.

—Eso lo decía mi madre —dijo Glenda, e intentó sacarse el pensamiento de la cabeza—. ¡Y tenía razón, desde luego! ¡El trabajo duro nunca le ha hecho daño a nadie! —Y trató de echar atrás el traicionero pensamiento: «Salvo a ella». Empanadas, se dijo. De las empanadas puedes fiarte. Las empanadas no te hacen sufrir.

—Me da que a Trev le gusto —musitó Juliet—. No me mira raro como los otros chicos. Parece un cachorrillo.

—Más te vale tener cuidado con esa mirada, mi niña.

—Creo de que le quiero, Glendy.

Jabalí, pensó Glenda, y albaricoques. Queda un poco en la despensa. Y tenemos empanada de cordero con un surtido de guarniciones… siempre triunfa. Entonces… empanadas de cerdo, creo, y quedan unas ostras decentes en el sibil, que ya tirarán para la empanada de marisco. Haré empanada marinera y los boquerones tienen buena pinta, o sea que puedo preparar una tarta de cabezas o dos, aunque siempre me dan pena los pececitos, pero ahora mismo empezaré a hornear unas cuantas masas, y así…

—¿Qué has dicho?

—Le quiero.

—¡No puedes!

—¡Me ha salvado la vida!

—¡Eso no es fundamento para una relación! ¡Basta con que le des las gracias con educación!

—¡Siento algo por él!

—¡Menuda tontería!

—¿Y qué? Que sea una tontería no quiere decir que sea malo, ¿o sí?

—Escúchame bien, jovenci… Ah, hola, señor Ottomy.

Es propio de los Ottomy de todos los mundos dar la impresión de estar construidos con los peores trozos de dos hombres y tener un paso irritantemente sigiloso gracias a gruesas suelas de goma roja, para espiar y cotillear mejor. Además, siempre dan por sentado que les corresponde por derecho propio una taza gratis de té.

—¡Qué día, señorita, qué día! ¿Han estado en el partido? —preguntó, paseando la mirada entre Glenda y Juliet.

—Estábamos aquí limpiando los hornos —se apresuró a decir Glenda.

—Eso, hoy no ha sucedido —añadió Juliet, y soltó una risilla. Glenda odiaba las risillas.

Ottomy miró a su alrededor poco a poco y sin vergüenza, constatando la ausencia de suciedad, guantes usados, trapos…

—Y acabamos de dejarlo todo limpio y recogido ahora mismo —gruñó Glenda—. ¿Le apetece una taza de té, señor Ottomy? Así nos cuenta lo del partido.

Se ha dicho que las multitudes son estúpidas, pero en su mayor parte están sencillamente confundidas, ya que, como testigo ocular, la persona media es tan fiable como un chaleco salvavidas de merengue. Quedó de manifiesto, a medida que Ottomy hablaba, que nadie tenía una idea clara que fuera más allá de que alguien había tumbado un poste desde media calle de distancia, y eso solo tal vez.

—Pero lo más curioso —prosiguió Ottomy, mientras Glenda suspiraba metafóricamente de alivio— es que, mientras estaba en el Lío, juraría que he visto a su encantadora pinche aquí presente conversando con un muchacho vestido con los colores de Dimwell…

—¡No hay ninguna ley que lo prohíba! —exclamó Glenda—. De todos modos, estaba aquí, limpiando los hornos. —Era una salida torpe, pero odiaba a la gente como él, que vivía para el ejercicio de una autoridad de tercera mano y se regodeaba con cualquier átomo de poder que pudiera aferrar. Había visto más de lo que contaba, eso estaba claro, y quería hacerla sufrir. Y con el rabillo de su cerebro, notaba cómo miraba sus abrigos. Sus abrigos mojados.

—Pensaba que usted no iba al fútbol, señor Ottomy.

—Sí, bueno, son cosas que pasan. Los puntiagudos querían ir a ver un partido, y el señor Nobbs y yo hemos tenido que acompañarles por si la gente del montón les respiraba encima. ¡Ha sido la repera! Criticando, quejándose y tomando notas como si la calle fuera suya. Traman algo, mire lo que le digo.

A Glenda no le hacía gracia la palabra «puntiagudos», aunque fuese una buena descripción. En boca de Ottomy, sin embargo, resultaba una invitación al contubernio casposo. Pero se mirara como se mirase, los magos eran gente de alto copete, personas que importaban, que cortaban el bacalao: cuando esa clase de personas se interesaban por las vidas de quienes por definición no importaban, la gente de a pie tenía muchos números para acabar pasándolo mal.

—A Vetinari no le gusta el fútbol —observó.

—Bueno, claro, están todos en el ajo —dijo Ottomy, dándose unos golpecitos en la nariz. Eso provocó que un grumillo de materia seca se precipitase de su otra cavidad nasal a su té. Glenda tuvo un breve rifirrafe con su conciencia acerca de si debía advertirle, pero ganó.

—He pensado que querría saberlo, por el respeto que le tienen allá arriba en las Hermanas —dijo Ottomy—. Recuerdo a su madre. Era una santa, esa mujer. Siempre encontraba un momento para echar una mano a todo el mundo.

Sí, y bien que se la agarraban, dijo Glenda para sus adentros. Es un milagro que muriese con todos los dedos.

Ottomy apuró su taza y la dejó sobre la mesa con un suspiro.

—Bueno, no puedo estarme aquí parado todo el día.

—Sí, estoy segura de que tiene muchos sitios más en los que estar parado.

Ottomy hizo una pausa en el arco de la entrada y se volvió para sonreír a Juliet.

—Una chica que era tu viva imagen, te lo juro. Con un chaval dimero. Asombroso. Debes de tener un doble gángster de esos. Bueno, tendrá que seguir siendo un misterio, como dijo aquel que encontró algo que tuvo que seguir siendo un misterio. A más ver…

Se detuvo en seco, para no clavarse el cuchillo plateado que Glenda sostenía de un modo no totalmente amenazador muy cerca de su garganta. Glenda tuvo la satisfacción de ver subir y bajar su nuez como un yoyó enfermo.

—Lo siento —dijo, mientras lo bajaba—. Últimamente siempre tengo un cuchillo en la mano. Hemos estado liadas con el cerdo. Una carne muy parecida a la humana, la de cerdo, o eso dicen. —Le puso la mano libre sobre el hombro y dijo—: Puede que no sea buena idea ir extendiendo rumores tontos, señor Ottomy. Ya sabe que la gente puede ponerse quisquillosa con esa clase de asuntos. Ha sido un detalle venir a vernos y si se pasa mañana me encargaré de que le den una empanada. Y ahora perdone. Tengo mucho que cortar.

Ottomy se fue a toda velocidad. Glenda, con el pulso acelerado, miró a Juliet; su boca formaba una O perfecta.

—¿Qué? ¿Qué?

—¡Creía de que lo ibas a ensartar!

—Tenía un cuchillo en la mano por casualidad. Tú tienes un cuchillo en la mano. Tenemos cuchillos. Esto es una cocina.

—¿Crees que largará?

—En realidad no sabe nada. —Veinte centímetros, pensó. Es todo lo grande que puede hacerse una empanada sin plato. ¿Cuántas empanadas sacaría de una sabandija como Ottomy? Con la picadora grande sería coser y cantar. Las costillas y los cráneos deben de ser un problema, eso sí. Probablemente lo mejor será conformarse con el cerdo, bien pensado.

Pero la idea siguió brillando al fondo de su cabeza, desconocida, emocionante y extrañamente liberadora por mucho que nunca fuese a materializarse.

¿Qué hacían los magos en el partido? ¿Tomar notas sobre qué? Un acertijo en el que pensar.

Entretanto, estaban en un mundo de empanadas. Juliet podía rendir bien en trabajos repetitivos si se concentraba en ellos, y poseía un espíritu meticuloso que a menudo se encontraba en las personas que no eran muy listas. De vez en cuando se sorbía la nariz, algo que no es bueno cuando se prepara relleno para empanadas. Probablemente estaba pensando en Trev, y pegándolo, en su bella y no muy abarrotada cabeza, en uno de esos sueños de purpurina que vendían en Po-pompa y demás revistas basura, donde lo único que había que hacer para ser famoso era «ser uno mismo». ¡Ja! Por su parte, Glenda siempre había sabido lo que quería. Trabajó muchas horas mal pagadas para conseguirlo, y allí lo tenía: su propia cocina, y poder, más o menos… ¡sobre las empanadas! ¡Hace un momento fantaseabas con convertir a un hombre en empanadas!

¿Por qué estás tan enfadada todo el tiempo? ¿Qué salió mal? ¡Yo te diré lo que salió mal! Cuando llegaste allí, allí no había allí. Querías ver Quirm desde un carruaje descapotable mientras un joven agradable bebía champán de tu zapatilla, pero nunca lo hiciste, porque en Quirm eran gente rara, y el agua no era de fiar, y ¿cómo funcionaba el asunto ese del champán, ya puestos? ¿No se filtraba? ¿Qué pasaría si tu problema con los dedos de los pies se ponía rebelde otra vez…? O sea que nunca lo hiciste. Nunca lo harás.

—No he dicho que Trev sea mal chico —dijo en voz alta—. No es un caballero, necesita un buen bofetón para aprender modales y se toma la vida pero que muy a la ligera, pero podría llegar a algo si tuviera motivo para centrar la cabeza.

Juliet no parecía escucharle, pero con ella nunca se sabía.

—Lo que pasa es lo del fútbol. Estáis en bandos diferentes. No funcionará —concluyó Glenda.

—¿Y si voy y me paso a los dimeros?

Un día antes, la frase habría sonado a sacrilegio; ahora tan solo planteaba un enorme problema.

—Para empezar, tu padre no volvería a hablarte en la vida. Ni tus hermanos.

—Ya no me dicen gran cosa ahora, menos para preguntarme cuándo estará lista su comida. ¿Sabes que hoy ha sido el primer día que he visto la pelota de cerca? ¿Y sabes qué? No valía la pena. Oye, y mañana hay un desfile de modas en Bruño’s. ¿Por qué no vamos?

—No sé ni qué es —bufó Glenda.

—Es una tienda enana.

—Ya decía yo. No veo a ningún humano poniendo un nombre parecido. La primera errata de imprenta sería la ruina.

—Podríamos ir. Igual es divertido. —Juliet agitó un gastado ejemplar del Po-pompa—. Y las nuevas micromallas serán la mar de buenas y suaves, y no pican, dice aquí, y además los cascos con cuernos vuelven con fuerza después de pasar demasiado tiempo en el os… tra… cis… mo. ¿Dónde está eso? Y mañana hay una ma… ti… né… e…

—Sí, pero tú y yo no somos de la clase de mujeres que van a los pases de modas, Jul.

—No lo serás tú. ¿Yo por qué no?

—Bueno, porque… Bueno, no sabría qué ponerme. —Glenda empezaba a estar desesperada.

—Por eso te conviene ir a desfiles de modas —replicó Juliet con tono de marisabidilla.

Glenda abrió la boca para soltarle una fresca, pero pensó: No tiene que ver con chicos ni con fútbol. Es algo seguro.

—Vale. Supongo que a lo mejor nos divertimos. Mira, esta noche hemos trabajado como unas campeonas. Ahora te acompañaré a casa, haré mis faenas y volveré. Tu padre estará preocupado.

—Estará en el pub —dijo Juliet con exactitud.

—Bueno, estaría preocupándose si no estuviera allí —dijo Glenda.

Quería un poco de tiempo a solas con los pies levantados. No solo había sido un día largo, sino también profundo. Necesitaba un rato para situarse.

—Y cogeremos una silla, ¿qué te parece?

—¡Son muy caras!

—Bueno, solo se es joven una vez, es lo que digo yo.

—No te lo había oído decir nunca.

Delante de la universidad esperaban varias sillas de trolls. Salían caras, a cinco peniques el trayecto, pero los asientos en alforjas colgadas al cuello del porteador eran mucho más cómodos que las banquetas de las góndolas. Por supuesto, era de señoritos, y hubo cortinas apartadas y labios fruncidos. Era lo raro que tenía la calle: si se había nacido en ella, a la gente no le gustaba que se dejara de encajar del todo. La abuela lo llamaba «ponerse moños». Era como defraudar al equipo.

Abrió la puerta de Juliet porque a la chica siempre le costaba acertar con la cerradura, y no se fue hasta que la vio cerrar.

Solo entonces abrió su propia entrada, que estaba tan remendada y pelada como la otra. Apenas se había quitado el abrigo cuando oyó que aporreaban la maltrecha madera. Abrió de golpe para encontrarse al señor Stollop, el padre de Juliet, con un puño todavía levantado y una nubecilla de escamas de pintura pulverizadas posándose a su alrededor.

—Te he oído entrar, Glendy —dijo—. ¿Qué es esto?

Levantó su otra mano enorme, que sostenía un sobre blanco y nuevecito. No se veían muchos en Hermanas Dolly.

—Se llama carta —explicó Glenda.

El hombre la tendió con gesto de súplica y entonces ella reparó en la gran letra V del temido sello gubernamental, que tenía el efecto garantizado de extender el terror y el desaliento entre quienes tenían impuestos pendientes.

—¡Me ha escrito su señoría! —dijo el señor Stollop consternado—. ¿Para qué iba a escribirme a mí? ¡No he hecho nada!

—¿Ha pensado en abrirla? —dijo Glenda—. Es como solemos enterarnos de lo que viene en las cartas.

Hubo otra de esas miradas de súplica. En Hermanas Dolly, leer y escribir era trabajo suave de interior, más propio de mujeres. El trabajo real exigía espaldas anchas, brazos fuertes y manos encallecidas. El señor Stollop era un compendio de esas virtudes. Era el capitán de los dollies y en un partido había arrancado una oreja a mordiscos a tres hombres. Glenda suspiró, tomó la carta de una mano en la que observó un leve temblor y la abrió con la uña del pulgar.

—Aquí dice: señor Stollop —empezó, y el hombre hizo una mueca—. Sí, ese es usted —añadió Glenda.

—¿Hay algo de impuestos o eso? —preguntó él.

—A primera vista, no. Escribe que «Agradecería enormemente su compañía en una cena que pretendo celebrar en la Universidad Invisible a las ocho en punto de la noche del miércoles para departir sobre el futuro del célebre juego del balón-de-pie. Será un placer darle la bienvenida como capitán del equipo de Hermanas Dolly».

—¿Por qué la toma conmigo? —preguntó Stollop.

—Lo dice —respondió Glenda—: porque es el capitán.

—Sí, pero ¿por qué yo?

—A lo mejor ha invitado a todos los capitanes de equipo —conjeturó Glenda—. Podría mandar a un chaval a que se diera una vuelta con una bufanda blanca para preguntar, ¿no?

—Sí, pero imagina que soy solo yo —insistió Stollop, decidido a sondear el horror a fondo.

Glenda tuvo una idea brillante.

—Bueno, señor Stollop, entonces se diría por ahí que el capitán de Hermanas Dolly es el único lo bastante importante para departir sobre el futuro del fútbol con el mismísimo gobernante.

Stollop no se cuadró porque esa era su postura permanente pero, con una contracción de músculos, logró dar la impresión de que se cubicaba.

—¡Ja, ahí sí que acertaría! —rugió.

Glenda suspiró para sus adentros. El hombre era fuerte, pero sus músculos empezaban a derretirse en forma de grasa. Ella sabía que le dolían las rodillas. Sabía que últimamente se quedaba sin aliento a las primeras de cambio, y que en presencia de algo que no pudiera intimidar, sacudir o patear, el señor Stollop estaba perdido del todo. A sus costados, sus manos se flexionaban y contraían mientras intentaban pensar por él.

—¿A qué viene todo esto?

—No lo sé, señor Stollop.

Él cambió el pie de apoyo.

—Ejem, no será por lo de ese chico dimero que se ha hecho daño hoy, ¿verdad?

Podría ser cualquiera, pensó Glenda mientras sentía florecer un pavor frío. No es que no pase todas las semanas. No tiene por qué ser ninguno de ellos dos. Lo será, claro, lo sé, pero no lo sé, es imposible que lo sepa, y si lo repito durante el tiempo suficiente quizá no haya pasado nunca.

Se ha hecho daño —siguió pensando Glenda entre el fragor del pánico. Eso viene a decir que estaba por casualidad en el lugar equivocado con la bufanda equivocada, lo que equivale a una lesión autoinfligida. Se ha hecho matar.

—Mis chicos acaban de llegar y dicen que ha sido fuera, en la avenida. Es lo que acaban de oír. Que lo han matado, dicen.

—¿Ellos no han visto nada?

—Exacto, no han visto nada.

—Pero escuchar bien que escuchaban.

Eso se le escapó a Stollop sin molestarse siquiera en apretar el paso.

—¿Y ha sido un chico dimero?

—Sí —respondió él—. Han oído que ha muerto, pero ya sabes cómo mienten esos cabronazos de Dimwell.

—¿Dónde están ahora sus chicos?

Por un momento los ojos del viejo se encendieron.

—Se están quietecitos en casa o les daré una buena tunda. Cuando pasa una cosa de estas salen muchas pandillas de las malas.

—Pues habrá una menos, entonces —dijo Glenda.

La cara de Stollop era un mosaico de miedo y pena.

—No son malos chicos, sabes. En el fondo no. La gente les tiene manía.

Sí, en la Casa de la Guardia, se dijo ella, donde la gente tiene la manía de exclamar: «¡Son ellos! ¡Los grandotes! ¡Los reconocería en cualquier parte!».

Lo dejó negando con la cabeza y arrancó a correr calle abajo. El troll jamás esperaría conseguir una carrera en ese barrio y no tenía sentido quedarse allí y acabar perdido de pintura. Con un poco de suerte Glenda podría alcanzarlo de camino al centro. Al cabo de un minuto o dos se dio cuenta de que alguien la seguía. Alguien la acechaba en la penumbra. Ojalá hubiese recordado llevarse el cuchillo. Se ocultó en un tramo de sombras más oscuras y, cuando el maníaco acuchillador estuvo cerca, salió y le gritó:

—¡Deja de seguirme!

Juliet soltó un gritito.

—Han matado a Trev —sollozó, mientras Glenda la abrazaba—. ¡Estoy segura!

—No seas tonta —dijo Glenda—. Siempre hay peleas después de un partido importante. No tiene sentido preocuparse demasiado.

—¿Y por qué corrías? —preguntó Juliet incisivamente. Y para eso no había respuesta.

El cancelero le abrió la puerta del servicio con un gruñido y él se dirigió directamente a las cubas. Un par de los muchachos estaban goteando a su meticulosa y muy lenta manera, pero Trev no encontró ni rastro de Huebo hasta que se jugó su cordura y conductos nasales echando un vistazo en el dormitorio común, donde lo encontró dormido en su estera, agarrándose la panza con las manos. Era una panza extremadamente grande. Dada la menuda forma habitual de Huebo, le daba cierto aspecto de serpiente que se hubiera tragado una cabra sumamente grande. Le vinieron a la memoria la curiosa cara del Igor y su voz preocupada. Miró junto a la estera y vio un trocito de hojaldre y unas migas. Olía a empanada buenísima. En realidad, solo se le ocurría una persona capaz de hacer una empanada tan atractiva. Lo que fuera que había estado llenando a Trev, la iluminación invisible que había provocado que casi bailara desde la Casa de la Guardia hasta allí, se le escapó por los pies.

Recorrió los pasillos de piedra hasta la cocina nocturna. Cualquier optimismo que pudiera haber conservado fue desmenuzado esperanza a esperanza por el rastro de migas de empanada, pero la iluminación se elevó de nuevo en cuanto vio a Juliet y, ah, sí, a Glenda, de pie en lo que quedaba de la cocina nocturna, que era un caos de armarios abiertos y pedazos de masa de empanada.

—Hombre, don Trevor Probable —dijo Glenda, que se cruzó de brazos—. Solo una pregunta: ¿quién se ha comido todas las empanadas?

La iluminación se hinchó hasta llenar a Trevor de una especie de luz plateada. Hacía tres noches que no dormía en una cama de verdad y aquel no había sido precisamente un día del montón. Sonrió de oreja a oreja hacia nada en particular y Juliet lo agarró cuando caía al suelo.

Trev despertó media hora después, cuando Glenda le llevó una taza de té.

—He pensado que mejor te dejábamos dormir —le dijo—. Según Juliet estabas espantoso, de manera que es obvio que está recuperando la cordura.

—Se murió —dijo Trev—. Era un fiambre, y después dejó de serlo. ¿Qué está pasando? —Se incorporó y se dio cuenta de que lo habían acostado en una de las mugrientas esteras de las cubas. Huebo ocupaba la de al lado.

—De acuerdo —dijo Glenda—. Si puedes hacerlo sin mentir, cuéntamelo. —Se sentó y observó al durmiente Huebo durante un rato mientras Trev intentaba ordenar los acontecimientos de la noche anterior—. ¿Qué has dicho que llevaba el bocadillo? El que le preparó el Igor.

—Atún, espaguetis y mermelada. Con confites —respondió Trev, con un bostezo.

—¿Estás seguro?

—Esas cosas no se olvidan.

—¿Qué clase de mermelada? —insistió Glenda.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Pienso que puede funcionar con membrillo. O con guindillas. No me convence lo de los confites, de todas formas. No pegan.

—¿Qué? Es un Igor. ¡Lo normal es que no pegue!

—Pero ¿te advirtió sobre Huebo?

—Sí, pero no creo que quisiera decir «Pon las empanadas bajo llave», ¿tú sí? ¿Lo de las empanadas te dará problemas?

—No. Tengo muchas más madurando en la fresquera. Cuando están maduras es cuando son mejores. Con las empanadas hay que pensar por adelantado.

Glenda miró a Huebo y prosiguió:

—¿De verdad me dices que los chavales de Stollop lo machacaron y luego salió por su propio pie del Lady Sibyl?

—Estaba más tieso que la mojama. Hasta el viejo Arenque lo ha visto claro.

En esa ocasión contemplaron los dos a Huebo.

—Ahora está vivo —dijo Glenda, como si fuera una acusación.

—Mira —replicó Trev—, lo único que sé de la gente que viene de Uberwald es que algunos son vampiros y otros son hombres lobo. Pues bien, no creo que a los vampiros les interesen mucho las empanadas. Y la semana pasada había luna llena y no hizo nada raro; bueno, nada más raro de lo normal.

Glenda bajó la voz.

—A lo mejor es un zombi… No, esos tampoco comen empanada. —Siguió mirando a Huebo, pero otra parte de ella dijo—: El miércoles por la noche hay un banquete. Lord Vetinari trama algo con los magos. Es sobre el fútbol, estoy segura.

—¿Y?

—Tienen un plan, supongo. Algo bien feo. ¡Hoy los magos estaban en el partido tomando notas! ¡Quieren prohibirlo, seguro!

—¡Bien!

—¡Trevor Probable, cómo puedes decir eso! Tu padre…

—Murió por tonto —dijo Trev—. Y no me vengas con que así hubiera querido morir él. Nadie querría morir así.

—Pero ¡el fútbol le chiflaba!

—¿Y qué? ¿Qué significa eso? A los hijos de Stollop les chifla el fútbol. ¡A Andy Espinilla le chifla el fútbol! ¿Y qué significa? Sin contar hoy, ¿cuántas veces has visto el balón en juego? Apuesto a que casi nunca.

—Bueno, vale, pero lo importante no es el fútbol.

—¿Me estás diciendo que lo importante del fútbol no es el fútbol?

Glenda desearía haber tenido una educación como es debido o, a falta de ella, cualquier educación real; pero no pensaba echarse atrás a esas alturas.

—Es compartir —dijo—. Ser parte de la multitud. Es cantar todos juntos. Es el conjunto. El todo.

—Creo, señorita Glenda —terció Huebo desde su colchón— que la obra que busca es Der Selbst uberschritten durch das Ganze, de Trousenblert.

Volvieron a mirar a Huebo, boquiabiertos. Había abierto los ojos y se diría que estaba mirando el techo.

—Es el alma solitaria que clama por unirse al alma compartida de toda la humanidad, y posiblemente mucho más. La traducción de W. E. G. Nasnoches de En busca del todo resulta defectuosa por su mala interpretación, aunque comprensible, de la palabra bewußtseinsschwelle como «corte de pelo» a lo largo de toda la obra.

Trev y Glenda se miraron. Trev se encogió de hombros. ¿Por dónde podían empezar?

Glenda tosió.

—Señor Huebo, ¿está vivo, muerto o qué?

—Vivo, muchas gracias por su interés.

—¡Vi cómo te mataban! —gritó Trev—. ¡Fuimos corriendo sin parar hasta el Lady Sybil!

—Oh —dijo Huebo—. Lo siento, no lo recuerdo. Parece que ese diagnóstico fue erróneo. ¿Tengo razón?

Intercambiaron otra mirada. Trev salió perdiendo. Cuando Glenda se enfadaba, su mirada podría llegar a resquebrajar los cristales. Pero Huebo tenía su parte de razón. Costaba llevar la contraria a un hombre que insistía en que no estaba muerto.

—Ejem, y luego volviste y te comiste nueve empanadas —dijo Glenda.

—Parece que te sentaron bien —añadió Trev, con quebradiza jovialidad.

—Pero veo dónde te las has puesto —concluyó Glenda—. Directas al michelín, todas y cada una de ellas.

—Estarán enfadados conmigo. —Huebo parecía asustado.

—Vamos a ver si nos calmamos, ¿vale? —dijo Trev—. Mira, estaba bastante preocupado, eso seguro. No enfadado, ¿estamos? Somos tus amigos.

—Debo mostrarme de acuerdo. ¡Debo ser de utilidad! —Las frases salieron de los labios de Huebo como un mantra.

Glenda le cogió las manos.

—Mira, no me preocupan las empanadas, de verdad que no. Da gusto ver a un hombre con buen apetito. Pero tienes que contarnos lo que pasa. ¿Has hecho algo que no deberías?

—Debería estar haciéndome valioso —dijo Huebo, retirando las manos con buenas maneras y sin mirarla a la cara—. Debo ser adaptable. No debo mentir. Debo adquirir valía. Gracias por su amabilidad.

Se levantó, caminó hasta la otra punta de las cubas, cogió una cesta de velas, regresó, dio cuerda a su máquina de gotear y empezó a trabajar, ajeno a su presencia.

—¿Tú sabes lo que le pasa en la cabeza? —susurró Glenda.

—Cuando era pequeño, pasó siete años encadenado a un yunque —dijo Trev.

—¿Qué? ¡Eso es terrible! ¡Hay que ser muy cruel para hacer algo así!

—O estar muy desesperado por asegurarse de que no ande libre.

—Las cosas no son nunca todo lo que parecen, señor Trev —dijo Huebo, sin apartar la mirada de su febril actividad—, y la acústica de estos sótanos es muy buena. Su padre le quería, ¿no es así?

—¿Lo cuálo? —Trev se puso rojo.

—¿Le quería, le llevaba a ver el fútbol, compartía una empanada con usted, le enseñó a animar a los dimeros? ¿Lo subía a hombros para que viera mejor el partido?

—¡Deja de hablar así de mi padre!

Glenda agarró a Trev del brazo.

—¡No pasa nada, Trev, está bien, no lo pregunta con mala idea, de verdad que no!

—Pero usted lo odia, porque se convirtió en un hombre mortal, que falleció sobre los adoquines —dijo Huebo, mientras cogía otra vela para gotearla.

—Eso sí tenía mala idea —señaló Glenda. Huebo no le hizo caso.

—Le decepcionó, señor Trev. No era el dios del niño pequeño. Resultó ser solo un hombre. Pero no era solo un hombre. Todo el mundo que ha visto un partido alguna vez en esta ciudad ha oído hablar de Dave Probable. Si era un memo, cualquier hombre que haya escalado una montaña o nadado en un torrente es un memo. Si era un memo, también lo fue el primer hombre que intentó domar el fuego. Si era un memo, también lo fue el hombre que probó la primera ostra: fue un memo, aunque me veo obligado a señalar que, dada la división del trabajo en las primeras culturas de cazadores-recolectores, probablemente además fuese una mujer. A lo mejor solo un memo se levanta de la cama. Pero, tras su muerte, hay memos que brillan como estrellas, y su padre es de esos. Tras la muerte, la gente olvida la memez, pero recuerda el brillo. Usted no podría haber hecho nada. No podría habérselo impedido. Si hubiese podido, él no habría sido Dave Probable, un nombre que significa fútbol para miles de personas. —Huebo guardó con mucho cuidado una vela bellamente goteada y prosiguió—: Piense en eso, señor Trev. No sea listo. Listo es solo una versión pulida de memo. Pruebe con la inteligencia. Con ella seguro que llega lejos.

—¡Eso es solo un montón de palabras! —exclamó Trev acaloradamente, pero Glenda vio los surcos resplandecientes en sus mejillas.

—Le ruego que piense en ellas, señor Trev —dijo Huebo, y añadió—: Listo, he hecho una cesta completa. Eso es valía.

Llegó la calma. Huebo había estado fuera de sí, casi enfermo de ansiedad. Había recitado frases como si las hubiera tenido que aprender de un profesor. Luego se convirtió en otra persona: totalmente reservada y contenida.

Glenda no sabía si mirar a Trev o a Huebo. El primero tenía la boca abierta. No le culpaba. Lo que Huebo había dicho como si fuera lo más normal del mundo no había sonado a opinión sino a la verdad, sacada a pulso de algún pozo profundo.

Entonces Trev rompió el silencio, hablando como si estuviera hipnotizado, con la voz ronca.

—Me regaló su viejo jersey cuando tenía cinco años. Era como una tienda de campaña. Vamos, estaba tan grasiento que nunca me mojaba… —Se calló.

Al cabo de un momento Glenda le dio un empujoncito en el codo.

—Se ha quedado todo tieso —dijo—, tieso como un cacho de madera.

—Ah, catatónico —dijo Huebo—. Sus sentimientos lo abruman. Deberíamos acostarlo.

—¡Estos viejos colchones en los que duermen aquí abajo son asquerosos! —protestó Glenda, mientras buscaba una alternativa mejor que las losas frías.

—¡Sé exactamente lo que necesitamos! —dijo Huebo, de repente un dechado de acción, y se lanzó pasillo abajo. Eso dejó a Glenda todavía agarrando a un rígido Trev cuando apareció Juliet procedente de las cocinas. Se paró al instante cuando los vio y rompió a llorar.

—Está muerto, ¿verdad?

—Esto, no… —empezó Glenda.

—¡He hablado con los chicos de la panadería que entraban a trabajar y me han dicho de que ha habido peleas por toda la ciudad y de que alguien se ha hecho asesinar!

—Trev se ha llevado una pequeña impresión, nada más. El señor Huebo ha ido a buscar algo para que se tumbe.

—Oh. —Juliet parecía algo decepcionada, presumiblemente porque «una pequeña impresión» no era lo bastante dramática, pero se recompuso mientras desde el otro lado un ruido estruendoso, tosco e inconfundiblemente maderoso anunciaba a Huebo, que llegó empujando un gran sofá hasta detenerse con una sacudida ante ellos.

—Pasillo arriba hay una sala enorme llena de muebles viejos —explicó, mientras daba una palmadita al ajado terciopelo—. Está un poco mohoso, pero creo que todos los ratones se han caído por el camino. Es todo un hallazgo, en realidad. Me parece que es una chaise-longue del taller del célebre Jetos Cimarriba. Me parece que después podré restaurarlo. Túmbelo con cuidado.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Juliet.

—Nada; la verdad, que puede resultar un tanto perturbadora —dijo Huebo—. Pero lo superará y se sentirá mejor.

—A mí misma me gustaría muchísimo saber la verdad, señor Huebo, muchas gracias —dijo Glenda, que cruzó los brazos e intentó ponerse severa, mientras a la vez una voz en su cabeza susurraba: ¡Chaise-longue! ¡Chaise-longue! ¡Cuando no mire nadie puedes probar a languidecer sobre ella!

—Es una especie de medicina con palabras —dijo Huebo, con cautela—. A veces la gente se engaña a sí misma para creer cosas que no son ciertas. A veces eso puede ser muy peligroso para la persona. Ven el mundo de forma equivocada. No se permiten ver que lo que creen es erróneo. Pero a menudo hay una parte de la mente que sí lo sabe, y las palabras adecuadas pueden hacerla salir. —Las miró con cara de preocupación.

—Bueno, eso está muy bien —dijo Juliet.

—A mí me suena a charlatanería —afirmó Glenda—. ¡La gente conoce su propia cabeza! —Volvió a cruzarse de brazos, y vio que Huebo los miraba—. ¿Y bien? ¿No ha visto nunca unos codos?

—Nunca con unos hoyuelos tan bonitos, señorita Glenda, en unos brazos cruzados con tanta firmeza.

Hasta ese momento Glenda no había reparado en que Juliet tuviera una risa tan sucia, a la cual, esperaba con todo fervor, no tenía derecho.

—¡Glenda tiene un pertendiente! ¡Glenda tiene un pertendiente!

—Se dice «pretendiente», en realidad —dijo Glenda, barriendo al fondo de su mente el recuerdo de los años que había tardado ella en descubrirlo—. Y yo solo quería ayudar. Le estamos ayudando, ¿no es así, señor Huebo?

—¿No te parece una monada ahí tumbado? —dijo Juliet—. Todo rosita. —Acarició el pelo grasiento de Trev con gesto inexperto—. ¡Igualito que un niño pequeño!

—Sí, eso siempre se le ha dado bien —dijo Glenda—. ¿Por qué no vas a por una taza de té para el niño pequeño? Y una galleta. No de las de chocolate. Eso le llevará un tiempo —añadió mientras la chica salía contoneándose—. Tiende a distraerse. La cabeza se le va y se entretiene con cualquier cosa.

—Trev me cuenta que, a pesar de su apariencia más madura, usted tiene la misma edad que ella —comentó Huebo.

—Realmente no habla con muchas señoritas, ¿verdad, señor Huebo?

—Oh, cielos, ¿ha sido otro faux pas de los míos? —preguntó Huebo, que de repente volvía a ser un manojo de nervios, hasta el extremo de que Glenda se apiadó de él.

—¿Hablamos del faux pas que parece que tenga que pronunciarse «faus pas»?

—Esto… sí.

Glenda asintió, satisfecha por la resolución de otro enigma literario.

—Es mejor no usar la palabra «madura» a menos que se hable de fruta o de queso. No conviene usarlo para las damas.

Lo miró fijamente, preguntándose cómo plantear la siguiente pregunta. Optó por la vía directa; no se le daba muy bien ninguna otra cosa.

—Trev asegura que, más o menos, murió y luego resucitó.

—Eso tengo entendido.

—No muchas personas lo hacen.

—La inmensa mayoría no, creo.

—¿Cómo lo hizo usted?

—No lo sé.

—A lo mejor se ha hecho ya un poco tarde, pero ¿no sentirá por casualidad hambre de sangre o cerebro, verdad?

—En absoluto. Solo empanadas. Me gustan las empanadas. Estoy muy avergonzado por lo de las empanadas. No se repetirá, señorita Glenda. Me temo que mi cuerpo actuó por cuenta propia. Necesitaba alimento inmediato.

—Trev dice que pasó usted una temporada encadenado a un yunque.

—Sí. Eso fue porque no tenía ninguna valía. Luego me llevaron a ver a la señora y ella me dijo: «No tienes valía pero creo que vales la pena, y yo te proporcionaré valía».

—Pero ¡usted debió de tener padres!

—No lo sé. Hay muchas cosas que no sé. Hay una puerta.

—¿Qué?

—Una puerta en mi cabeza. Detrás de la puerta hay cosas que yo no sé. Pero la señora dice que así está bien.

A Glenda le entraban ganas de rendirse. Huebo respondía a las preguntas, sí, pero en realidad lo único que dejaba eran más interrogantes. Aun así, perseveró. Era como clavarle un cuchillo a una lata con la esperanza de hallar un modo de abrirla.

—La señora es una señora de verdad, ¿no? Con castillos, criados y toda la pesca.

—Oh, sí. Incluso con toda la pesca. Es mi amiga, y es madura como el queso y la fruta, porque ha vivido mucho tiempo y no es vieja.

—Pero ella te envió aquí, ¿me equivoco? ¿Fue quien te enseñó… lo que sea que has usado con Trev?

Junto a Glenda, el aludido se agitó.

—No —respondió Huebo—. Leí las obras de los maestros de la biblioteca por mi cuenta. Pero es cierto que ella me explicó que las personas también son una especie de libro viviente, y que tendría que aprender a leerlas.

—Bueno, a Trev lo has leído de maravilla. Pero ojo, te advierto una cosa: ¡ni se te ocurra intentar hacerme a mí esa cosa o no volverás a ver una empanada en tu vida!

—Sí, señorita Glenda. Lo siento, señorita Glenda.

Ella suspiró. Pero ¿qué me pasa? ¡En cuanto se ponen tristones me ablando! Alzó la vista. Huebo la estaba mirando.

—¡No hagas eso!

—Lo siento, señorita Glenda.

—En fin, por lo menos viste el fútbol. ¿Te gustó?

A Huebo se le animaron las facciones.

—Sí. Fue maravilloso. El ruido, el gentío, los cánticos… ¡Oh, los cánticos! ¡Se convierten en una segunda sangre! ¡El unísono! ¡No estar solo! ¡Ser no solo uno sino uno y todos, con una sola idea y un solo propósito…! Perdone. —Le había visto la cara.

—Vamos, que te gustó mucho —dijo Glenda. La intensidad del arrebato de Huebo había sido como abrir la puerta de un horno. Era un milagro que no se le hubiera chamuscado el pelo.

—¡Oh, sí! ¡El arropamiento me supo a gloria!

—Eso no lo he probado —se arriesgó a decir Glenda—, pero el pudin de guisantes suele estar bueno.

El roce de la loza y el tintineo de una cucharilla anunciaron la llegada de Juliet, o más bien de la taza de té que sostenía ante ella como un cáliz y tras la que avanzaba como si fuera la cola de un cometa. Glenda estaba impresionada. El té iba en la taza en vez de en el platito y presentaba el aceptable color marrón que suele ser característico del té y que solía ser la única característica propia de esa infusión cuando era Juliet quien la preparaba.

Trev se incorporó, y Glenda se preguntó durante cuánto tiempo habría estado prestando atención. De acuerdo, el chico tal vez valiera para una emergencia, y por lo menos se lavaba de vez en cuando y tenía un cepillo de dientes, pero Juliet era especial, ¿verdad? Lo único que necesitaba era un príncipe. Técnicamente, eso significaba lord Vetinari, pero él era demasiado mayor. Además, nadie estaba seguro del lado de la cama por el que se levantaba, o incluso de si llegaba a acostarse en algún momento. Pero algún día llegaría un príncipe, aunque Glenda tuviera que traerlo a rastras y encadenado.

Volvió la cabeza. Huebo la observaba de nuevo con atención. Bueno, su libro estaba cerrado a cal y canto. Nadie iba a hojear sus páginas. Y al día siguiente descubriría lo que tramaban los magos. Eso era fácil; sería invisible.

En la quietud de la noche, Huebo estaba en su lugar especial, que era otra sala más, muy cerca de las cubas. A la luz de las velas se sentó ante una mesa rescatada y contempló un trozo de papel mientras se limpiaba la oreja con la punta del lápiz sin prestar atención.

En teoría, Huebo era experto en la poesía amorosa de todas las épocas, y la había comentado largo y tendido con la señorita Curacepo, la bibliotecaria del castillo. También había intentado hablar del tema con la señora, pero ella se había reído y lo había tildado de frivolidad, aunque muy útil como cursillo sobre el uso del vocabulario, la métrica, el ritmo y la emotividad como medios para un fin, a saber, conseguir que una joven se quitara toda la ropa. En aquel momento concreto, Huebo no había entendido realmente a lo que se refería. Parecía una especie de truco de magia.

Dio unos golpecitos en la página con el lápiz. La biblioteca del castillo estaba llena de poesía que él había leído con la misma avidez que aplicaba a todos los libros, sin saber por qué lo habían escrito o qué se pretendía exactamente con él. Pero en general, los poemas escritos por hombres para mujeres seguían un formato muy parecido. Ahora, con todo un mundo de la mejor poesía entre la que elegir, le faltaban las palabras.

Después asintió para sí. Exacto, el famoso poema de Robert Escándalo «Un ¡oye! a su amada sorda». Sin duda tenía la forma y el tempo adecuados. Por supuesto, tenía que haber una musa. Oh, sí, toda poesía necesitaba una musa. Eso tal vez presentara una dificultad. Juliet, por bien que muy atractiva, también era, a sus ojos, una especie de fantasma agradable. Hum. Ah, por supuesto…

Huebo se sacó el lápiz de la oreja, vaciló y escribió:

Canto, pero no por amor, pues el amor es ciego,

y ensalzo en cambio a la musa de la amabilidad…

Los fuegos de las cubas se enfriaron, pero el cerebro de Huebo de repente estaba incendiado.

Alrededor de la medianoche, Glenda decidió que era lo bastante seguro dejar solos a los chicos para que se dedicaran a lo que fuera que se dedicaban los chicos cuando no tenían mujeres cerca para cuidarlos, y se aseguró de que ella y Juliet llegaran a la última góndola de caballos que cruzaba la ciudad. Eso significó que, por una vez, la hora de dormir la encontró en su propia cama.

Contempló su minúsculo dormitorio a la luz de las velas y cruzó la mirada, y eso que no era fácil, con el señor Temblón, el osito de peluche trascendental de tres ojos. No habría estado mal recibir una pequeña explicación cósmica a esas alturas, pero el universo nunca daba explicaciones, solo más preguntas.

Bajó el brazo con disimulo, aunque solo la estuviera observando un osito con tres ojos, y recogió lo último de Iradne Peine-Valtrasero del alijo que había ocultado sin demasiado éxito allí abajo. Tras diez minutos de lectura, que le dieron para pegarle un buen bocado al libro (porque la señora Peine-Valtrasero producía volúmenes que eran más delgados incluso que sus heroínas), experimentó un déjà—vu. Además, fue un déjà—vu al cuadrado, porque tuvo la sensación de haber sentido antes el déjà—vu.

—Realmente son todos iguales, ¿verdad? —le dijo al osito de tres ojos—. Sabes que será Mary la Sirvienta, o alguien como ella, y tiene que haber dos hombres para que ella acabe con el bueno, y tiene que haber malentendidos, y nunca hacen otra cosa que besarse y está totalmente garantizado que no va a haber, por ejemplo, una emocionante guerra civil o invasión de trolls, o ni siquiera una escena en la que cocinen. Lo más que puede esperarse es una tormenta. —La verdad era que no tenía nada que ver con la vida real, la cual, aunque algo escasa de guerras civiles e invasiones de trolls, por lo menos tenía la decencia de ofrecer montones de escenas de cocina.

El libro se le escurrió de los dedos y al cabo de treinta segundos estaba profundamente dormida.

Sorprendentemente, ningún vecino la necesitó durante la noche, de manera que se levantó, se vistió y desayunó en lo que casi era un mundo desconocido. Abrió la puerta para llevar el desayuno a la viuda Gentío y se encontró a Juliet en el umbral.

La chica dio un paso atrás.

—¿Sales, Glendy? ¡Si es temprano!

—Bueno, tú estás levantada —señaló Glenda—. Y me alegro de ver que llevas un periódico.

—¿No es emocionante? —dijo Juliet, que le tendió el diario.

Glenda echó un vistazo a la imagen de la portada, luego le dedicó otro, más detenido, y después agarró a Juliet y tiró de ella al interior.

—Se les ve el tolón —observó Juliet, con una voz que era demasiado desenfadada para el gusto de Glenda.

—¡No deberías saber qué aspecto tienen! —exclamó, dando un golpe con el periódico en la mesa de la cocina.

—¿Qué? Tengo tres hermanos, sabes. Todo el mundo se lava en una bañera delante del fuego, sabes. Como si fueran algo especial. De todas formas, es cultura, ¿no? Recuerda cuando me llevaste al sitio ese lleno de gente en pelotas. Te tiraste horas ahí dentro.

—Eso era el Real Museo de Arte —dijo Glenda, dando gracias a su buena estrella de que estuvieran bajo techo—. ¡Es diferente!

Intentó leer el artículo, pero le costó mucho trabajo con esa imagen asombrosa al lado, justo donde el ojo podía perderse, una y otra vez.

A Glenda le gustaba su trabajo. No tenía carrera; eso era para gente que no podía conservar los trabajos. A ella se le daba muy bien lo que hacía, de manera que lo hacía a todas horas, sin prestar mucha atención al mundo. Pero ahora tenía los ojos abiertos. A decir verdad, iba siendo hora de parpadear.

Bajo el titular «Nueva luz sobre un juego antiguo» aparecía la imagen de un jarrón o, más espléndidamente, una urna, en naranja y negro. Mostraba a unos hombres muy altos y delgados; su masculinidad era incuestionable, aunque tal vez también increíble. En apariencia luchaban por la posesión de una bola; uno de ellos estaba tumbado en el suelo, y parecía algo dolorido. La traducción del nombre de la urna era, según el pie de la imagen, «LA SEGADA».

De acuerdo con la noticia, alguien del Real Museo de Arte había encontrado la urna en un viejo almacén, y contenía unos pergaminos que, según decía, presentaban las reglas originales del balón-de-pie tal y como fueron redactadas en los primeros años del siglo del Gorgojo Veraniego, mil años atrás, cuando el juego se practicaba en honor a la diosa Pedestria…

Glenda leyó el resto del artículo en diagonal, porque era una diagonal muy larga. Adornaba la página tres un estudio de la citada diosa que había hecho un artista. Era, por supuesto, hermosa. Rara vez se representaba a una diosa como fea. Probablemente tuviera algo que ver con su capacidad para aniquilar a las personas al instante. En el caso de Pedestria, seguro que habría ido a por los pies.

Glenda soltó el periódico, bullendo de ira como solo una cocinera sabía bullir. Eso no era fútbol… solo que el Gremio de Historiadores decía que lo era, y podía demostrarlo no solo con unos viejos pergaminos sino también con una urna, y Glenda veía claro que quien discutiera contra una urna llevaba todas las de perder.

Pero era demasiado limpio, ¿no? Solo que… ¿por qué? A su señoría no le gustaba el fútbol, pero de repente aparecía un artículo diciendo que el juego era muy antiguo y tenía su propia diosa, y si había dos cosas que le gustaban a la ciudad eran la tradición y las diosas, sobre todo si las diosas economizaban con la gasa por encima de la cintura. ¿Es que su señoría les dejaba publicar cualquier cosa en el periódico? ¿Qué estaba pasando?

—Tengo asuntos que resolver —dijo con severidad—. Está bien que hayas comprado un periódico decente, pero no tendrías que leer esta clase de cosas.

—No las leo. ¿A quién le interesa todo eso? Lo he comprado por el anuncio. Mira.

Glenda no había prestado nunca mucha atención a los anuncios del periódico, porque los ponía gente que andaba detrás de tu dinero, pero allí estaba, allí mismo: Madame Sharn de Jdienda les trae… la micromalla.

—Dijiste de que podíamos ir —le recordó Juliet.

—Bueno, eso fue antes de…

—Dijiste de que podíamos ir.

—Sí. Pero, bueno, ¿ha ido alguien de las Hermanas a un desfile alguna vez? No nos pega mucho, ¿verdad?

—Eso no lo dice en el periódico. Pone que la entrada es gratis. ¡Dijiste de que podíamos ir!

Las dos en punto, pensó Glenda. Supongo que podría apañármelas…

—De acuerdo, pásame a buscar por el trabajo a la una y media, ¿me oyes? ¡Ni un minuto más tarde! Tengo cosas que hacer.

El Consejo Universitario se reúne todos los días a las once y media, pensó para sus adentros. Lo que daría por colarme sin que se enterasen. Sonrió…

Trev estaba sentado en la destartalada y vieja silla que hacía las veces de su oficina en las cubas. El trabajo avanzaba a su habitual y fiable paso de tortuga.

—Ah, veo que ha llegado temprano, señor Trev —dijo Huebo—. Siento no haber estado. He tenido que ir a resolver una emergencia de candelabros. —Se le acercó un poco más—. He hecho lo que me pidió, señor Trev.

Trev salió de su ensueño sobre Juliet y dijo:

—¿Eh?

—Me pidió que escribiera… que mejorase su poema para la señorita Juliet.

—¿Lo has hecho?

—A lo mejor quiere echarle un vistazo, señor Trev. —Le entregó el papel y se situó nervioso junto a la silla como haría un alumno ante su maestro.

Al cabo de muy poco, Trev arrugó la frente.

—Aquí pones «do» en vez de «no».

—Está bien, señor, es como en «do quiera que esté».

—¿Cómo si Do fuera alguien?

—No, señor Trev. Yo de usted pensaría que es cosa de la poesía y ya está.

Trev siguió leyendo con dificultad. Nunca había tenido mucho contacto con la poesía, más allá de las que hablaban de tsorteanas y tiendas de campaña, pero aquella parecía de las buenas. La página parecía abarrotada y a la vez llena de espacio. Además, la caligrafía tenía muchísimas florituras y eso era una señal clara, ¿no? La tsorteana de la tienda de campaña no ofrecía esa clase de cosas.

—Esto es fantástico, señor Huebo. Es realmente fantástico. Eso es poesía, pero ¿qué dice en realidad?

Huebo carraspeó.

—Bueno, señor, la esencia de la poesía de esta índole consiste en crear un estado de ánimo que propicie en la receptora, es decir, señor, la joven dama a la que pretende mandárselo, una muy buena disposición hacia el autor del poema, que sería usted, señor, en este caso. Según la señora, todo lo demás son solo alardes. Le he traído una pluma y un sobre; si tiene la bondad de firmar el poema, yo me aseguraré de que llegue a manos de la señorita Juliet.

—Apuesto a que nadie le ha escrito antes un poema —dijo Trev, pasando de puntillas sobre la verdad de que él tampoco lo había hecho—. Me encantaría estar delante cuando lo lea.

—Eso no sería aconsejable —se apresuró a decir Huebo—. El consenso general dicta que la dama en cuestión lo lea en ausencia del esperanzado festejante, ese es usted, señor, y se forme de él una imagen mental benevolente. Su presencia física podría hasta resultar contraproducente, sobre todo cuando hoy ha vuelto a olvidar cambiarse de camisa. Además, tengo entendido que existe la posibilidad de que se le caiga toda la ropa.

Trev, que se había atascado en el concepto de festejante, saltó adelante a toda velocidad ante esa información.

—Hum, ¿cómo dices?

—Podría caérsele toda la ropa. Lo lamento, pero al parecer es un efecto secundario del asunto este de la poesía. Pero en términos generales, señor, transmite el mensaje que me pidió, es decir: «Creo que tienes un cuerpazo. Me gustas un montón. ¿Quieres salir conmigo? Sin tejemanejes, lo prometo». Sin embargo, señor, dado que se trata de un poema de amor, me he tomado la libertad de alterarlo ligeramente para insinuar que, si la joven dama se mostrara dispuesta al teje o al maneje, no le encontraría a usted manco en ninguna de las dos disciplinas.

El archicanciller Ridcully se frotó las manos.

—Bueno, caballeros, espero que todos hayamos leído la prensa esta mañana, o al menos le hayamos echado un vistazo.

—A mí me ha parecido que la portada no era el lugar indicado —dijo el catedrático de Runas Recientes—. Me ha quitado hasta las ganas de desayunar. Metafóricamente hablando, claro está.

—Al parecer, la urna llevaba en el sótano del museo estos últimos trescientos años, pero por algún motivo se ha hecho notar ahora —dijo Ridcully—. Por supuesto, ahí abajo tienen toda clase de trastos que nunca han estudiado debidamente y además por aquel entonces la ciudad atravesaba un período mojigato y no quería saber nada de esa clase de cosas.

—¿Qué, que los hombres tienen tolones? —dijo el doctor Hix—. Al final, esas cosas siempre acaban sabiéndose.

Miró los rostros de desaprobación que lo rodeaban y añadió:

—Anillo con calavera, ¿recuerdan? Según el estatuto universitario, el director del Departamento de Comunicaciones Post Mórtem tiene el derecho, qué digo, el deber de hacer comentarios de mal gusto, divisivos y moderadamente malignos. Lo siento, pero son sus propias reglas.

—Gracias, doctor Hix. Agradecemos sus comentarios intempestivos y tomamos debida cuenta de ellos.

—Miren, a mí me parece muy sospechoso que esa condenada urna haya aparecido justo ahora —observó el prefecto mayor—, ¡y espero no ser el único!

—Sé por dónde va —dijo Hix—. Si no supiera que el archicanciller se las vio y se las deseó para convencer a Vetinari de que nos dejara jugar, pensaría que esto era una especie de plan.

—Psíii —respondió Ridcully con tono meditabundo.

—Las viejas reglas parecen mucho más interesantes, señor —dijo Ponder.

—Psíii.

—¿Ha leído lo de que no se permitía a los jugadores usar las manos, señor? ¿Y que el sumo sacerdote salía al terreno de juego para garantizar el cumplimiento de las reglas?

—No le veo mucho futuro a eso hoy en día —dijo el catedrático de Runas Recientes.

—Iba armado con una daga envenenada, señor —explicó Ponder.

—¿Ah? Bueno, eso debe de animar los partidos, por lo menos, ¿eh, Mustrum? ¿Mustrum?

—¿Qué? Ah, sí. Sí. Da que pensar, desde luego. Ya lo creo que sí. Un hombre, al mando… El espectador que mejor ve el juego… el jugador, en realidad… Entonces, ¿qué jugada me he perdido?

—¿Perdón, archicanciller?

Ridcully parpadeó en la dirección de Ponder Stibbons.

—¿Qué? Ah, solo ordenaba mis pensamientos, ya sabe. —Se enderezó—. De todos modos, ahora mismo las reglas no nos conciernen. Tenemos que jugar a esto en cualquier caso, así que las acataremos, con fidelidad a las más nobles tradiciones de deportividad, hasta que descubramos por dónde será más útil tergiversarlas en nuestro beneficio. Señor Stibbons, usted es quien está recopilando nuestros estudios del juego. Tiene la palabra.

—Gracias, archicanciller. —Ponder carraspeó—. Caballeros, el fútbol claramente va más allá del reglamento y la naturaleza del juego. Esas son, en cualquier caso, consideraciones puramente mecánicas; a nosotros nos interesan más los cánticos y, por supuesto, la comida, me parece. Parecen formar parte integral del juego. Por desgracia, lo mismo pasa con las porras que llevan los aficionados.

—¿Cuál es la naturaleza de este problema? —preguntó Ridcully.

—Se atizan en la cabeza con ellas. No faltaría a la verdad quien dijera que la pelea, la violencia descerebrada como la que se vivió ayer por la tarde, es una piedra angular del deporte.

—Ha cambiado mucho desde sus antiguos comienzos, pues —dijo el catedrático de Estudios Indefinidos, sacudiendo la cabeza.

—Bueno, sí. Tengo entendido que en aquel entonces el equipo perdedor era estrangulado. Sin embargo, supongo que eso se llamaría violenciacerebrada y contaría con el consentimiento y entusiasmo de la comunidad entera, o al menos la parte de ella que todavía fuera capaz de respirar. Por suerte, nosotros no tenemos hinchas todavía, de manera que ese no es problema nuestro por el momento, y propongo que pasemos sin dilación a las empanadillas.

Los magos expresaron su asentimiento con un coro de murmullos. La comida era su pan de cada día, a ser posible en forma de bocadillo. Algunos ya tenían la vista puesta en la puerta, esperando el carrito del té. Parecía que había pasado una eternidad desde las nueve.

—Un elemento esencial del juego son las empanadas —prosiguió Ponder—, que suelen ser de masa quebrada sin huevo y contener sustancias propias de la especialidad. Recopilé media docena y las probé con los sujetos habituales.

—¿Los estudiantes? —pregunto Ridcully.

—Sí. Según ellos eran bastante asquerosas. Ni punto de comparación con las empanadas de aquí, dijeron. Se las acabaron todas, eso sí. Un examen de los ingredientes sugiere que consistían en salsa de carne, grasa y sal y, en la medida en que fue posible determinarlo, ninguno de los estudiantes parece haber muerto…

—O sea que en empanadas vamos ganando —observó Ridcully con alegría.

—Supongo que sí, archicanciller, aunque no creo que la calidad de las empanadillas desempeñe ningún papel… —Dejó la frase en el aire, porque la puerta se había abierto para permitir la entrada de un carrito del té reforzado de tamaño familiar. Puesto que no lo impulsaba Ella, los magos no prestaron mayor atención y se entregaron al reparto de tazas, la circulación del cuenco del azúcar, la inspección de la calidad de las galletas de chocolate con miras a coger más de las que correspondían y demás pequeñas diversiones sin las que un comité sería un ingenioso mecanismo para tomar decisiones valiosas con rapidez.

Cuando hubo cesado el tintineo y se hubo luchado por la última galleta, Ridcully dio unos golpecitos con la cucharilla contra el borde de su taza para pedir silencio, aunque, tratándose de Ridcully, eso no hizo sino añadir al barullo el crujido de la loza rota. Cuando la chica del carrito lo hubo limpiado todo, el archicanciller continuó:

—Los cánticos, caballeros, parecen otra futilidad a primera vista, pero tengo motivos para creer que poseen cierto poder, que sería imprudente no estudiar. Veo que los traductores del museo dicen que los cánticos modernos fueron en un principio himnos a la diosa en los que le imploraban que intercediera a favor del equipo en cuestión, mientras unas náyades bailaban en los confines del terreno de juego para animar a los jugadores a que realizaran hazañas mayores.

—¿Náyades? —preguntó el catedrático de Estudios Indefinidos—. Eso son ninfas del agua, ¿verdad? ¿Jovencitas con la ropa muy fina y mojada? ¿Para qué iba a querer nadie tenerlas por ahí? Además, ¿no ahogaban a los marineros cantándoles?

Ridcully dejó que la pausa meditabunda flotara en el aire durante un rato antes de ofrecer una respuesta:

—Por suerte, no creo que nadie hoy en día espere que juguemos al fútbol bajo el agua.

—Las empanadas flotarían —señaló el catedrático de Estudios Indefinidos.

—No necesariamente —dijo Ponder.

—¿Qué pasa con la ropa, señor Stibbons? Doy por sentado que alguna habrá.

—Las temperaturas eran algo más cálidas en los tiempos de antaño. Les aseguro que nadie insistirá en que jueguen desnudos.

Ponder quizá reparase en el tintineo cuando la chica del carrito del té casi dejó caer una taza, pero tuvo la delicadeza de no reparar en que había reparado. Prosiguió:

—En la actualidad, los equipos llevan camisas viejas y pantalones cortos.

—¿Cómo de cortos? —preguntó el catedrático de Estudios Indefinidos con tono apremiante.

—Por la rodilla, creo —dijo Ponder—. ¿Puede suponer algún problema?

—Y tanto que sí. Las rodillas tienen que estar tapadas. Es un hecho conocido que un vistazo a la rodilla masculina puede inducir en las mujeres un frenesí libidinoso.

Se oyó un nuevo tintineo procedente del carro del té, pero Ponder no hizo caso porque su propia cabeza tintineaba un poco también.

—¿Está seguro, señor?

—Es un hecho conocido, joven Stibbons.

Ponder había encontrado una cana en su peine esa mañana y no estaba de humor para aceptar aquello como si tal cosa.

—¿Y exactamente en qué libro dice…? —empezó, pero Ridcully lo interrumpió con inusual diplomacia. Por lo general le gustaban los pequeños altercados entre miembros del claustro.

—Unos centímetros de más para evitar las avalanchas de mujeres no deberían suponernos ningún problema, señor Stibbons. Uy…

Eso último iba dirigido a Glenda, a la que se le habían caído dos cucharillas a la alfombra. La chica le dedicó una reverencia rápida.

—Esto, sí… y deberíamos lucir los colores de la universidad —prosiguió, con un atisbo de nerviosismo. Ridcully se enorgullecía de tratar bien al personal, y en verdad lo hacía siempre que se acordaba de él, pero la expresión de inteligente diversión del rostro de la chica rolliza lo había puesto nervioso; era como si un pollo le guiñara el ojo.

—Ejem, sí, sí, en efecto —dijo—. Nuestra querida camiseta roja, la que llevábamos en mis tiempos de remo, con dos úes grandotas en el pecho, [[12]](#footnote-12)bien a la vista…

Miró de reojo a la doncella, que tenía el ceño fruncido. Pero él era el archicanciller, ¿no? Lo ponía en su puerta, ¿verdad?

—Eso es lo que haremos —afirmó—. Ya aclararemos lo de las empanadillas, aunque he conocido unas cuantas que era mejor no ver a las claras, jaja, y adaptaremos nuestra camiseta roja de toda la vida. ¿Qué más, señor Stibbons?

—En lo tocante a los cánticos, señor, le he pedido al maestro de la Música que trabaje en algunas opciones —explicó Ponder con soltura—. Necesitamos seleccionar un equipo lo antes posible.

—No sé a qué viene tanta prisa —protestó el catedrático de Estudios Indefinidos, que casi había caído dormido en brazos de un exceso de galletas de chocolate.

—La herencia, ¿recuerda? —dijo el director del Departamento de Comunicaciones Post Mórtem—. Tenemos que…

—Pas devant la domestique! —le espetó el catedrático de Runas Recientes.

Automáticamente, Ridcully se volvió de nuevo para mirar a Glenda, que le dio la clara impresión de ser una mujer a punto de aprender una lengua extranjera a toda prisa. Era una idea extraña pero ligeramente emocionante. Hasta ese momento, jamás había pensado en las doncellas en singular. Eran todas… sirvientas. Era educado con ellas y sonreía cuando resultaba apropiado. Daba por sentado que a veces se dedicarían a algo aparte de llevar y traer cosas, y en ocasiones partían para casarse y otras veces… partían sin más. Hasta ese momento, sin embargo, jamás había dedicado atención a que pudieran pensar, y mucho menos a en qué podrían pensar, y menos que nada a qué pensaban de los magos. Se volvió de nuevo hacia la mesa.

—¿Quién se encargará de los cánticos, señor Stibbons?

—Los susodichos hinchas o fans, señor. Es una abreviatura de fanáticos.

—¿Y los nuestros quiénes serán?

—Bueno, somos el mayor empleador de la ciudad, señor.

—En honor a la verdad creo que lo es Vetinari, y anda que no me gustaría saber exactamente a quién emplea —dijo Ridcully.

—Estoy seguro de que nuestro leal personal nos apoyará —terció el catedrático de Runas Recientes. Se volvió hacia Glenda y, para consternación de Ridcully, le dijo, glutinosamente—: Estoy seguro de que tú serías fan, ¿o no, hija?

El archicanciller se recostó en su asiento. Tenía la clara sensación de que aquello iba a ser divertido. Bueno, la chica no se había ruborizado ni había gritado. A decir verdad, no había hecho nada, salvo recoger la loza con cuidado.

—Yo voy con Hermanas Dolly, señor. De toda la vida.

—¿Y son buenos?

—Ahora mismo llevan una mala racha, señor.

—¡Ajá, entonces imagino que querrás animar a nuestro equipo, que será la mar de bueno!

—No puedo, señor. Una tiene que apoyar a su equipo, señor.

—Pero acabas de decir que no les va bien.

—Es entonces precisamente cuando hay que apoyar a tu equipo, señor. Lo otro es de numperos.

—¿Y un numpero es…? —preguntó Ridcully.

—Alguien que anima como si le fuera la vida en ello cuando la cosa va bien, y después se pasa corriendo a otro equipo cuando llega una mala racha. Siempre son los que más gritan.

—¿O sea que se anima al mismo equipo toda la vida?

—Bueno, si te mudas puedes cambiar. A nadie le importará mucho, menos si es a un enemigo jurado. —Observó sus expresiones perplejas, suspiró y continuó—: Como el Deportivo Colina de la Siesta y los boleros, o Hermanas Dolly y los Amigotes de Dimwell, o los Envasadores de Cerdo de la colina de la Pocilga y los Jabalíes de Cockbill. ¿Saben?

Cuando le quedó claro que no sabían, prosiguió:

—Se odian entre ellos. Siempre se han odiado y siempre se odiarán. Son los partidos con bronca. Cuando hay uno, la gente echa la persiana de la tienda. No sé qué dirían mis vecinos si me vieran animando a un dimero.

—Pero ¡eso es espantoso! —exclamó el catedrático de Estudios Indefinidos.

—Disculpe, señorita —dijo Ponder—, pero la mayoría de esas parejas están muy cerca entre sí, de manera que ¿por qué se odian tanto?

—Eso por lo menos es fácil —dijo el doctor Hix—. Es difícil odiar a alguien que esté muy lejos. Te olvidas de lo despreciable que es. Pero a un vecino le ves las verrugas todos los días.

—Es justo la clase de comentario cínico que cabría esperar de un comunicador post mórtem —gruñó el catedrático de Estudios Indefinidos.

—O de un realista —dijo Ridcully, con una sonrisa—. Pero Hermanas Dolly y Dimwell están bastante apartados, señorita.

Glenda se encogió de hombros.

—Ya, pero siempre ha sido así. Es lo que hay. Es lo que sé.

—Bueno, gracias, eh… —La pregunta en el aire era inconfundible.

—Glenda —contestó.

—Veo que hay muchas cosas que no entendemos todavía.

—Sí, señor. Todo. —No había sido su intención decirlo en voz alta. La frase se le escapó por su cuenta.

Se produjo un revuelo entre los magos, atónitos porque lo que había sucedido no podía haber sucedido de verdad. Sería como si el carrito del té hubiese relinchado.

Ridcully dio un golpe sobre la mesa antes de que los demás encontraran palabras.

—Bien dicho, señorita —dijo con una risilla, mientras Glenda esperaba a que el suelo se la tragara—. Y estoy seguro de que ese comentario ha salido del corazón, porque sospecho que no puede proceder de la cabeza.

—Lo siento, señor, pero el caballero ha pedido mi opinión.

—Eso sí que ha salido de la cabeza. Así me gusta —dijo Ridcully—. En consecuencia, concédanos el beneficio de su pensamiento, señorita Glenda.

Glenda, que todavía estaba un poco anonadada, miró a los ojos del archicanciller y vio que no era momento para andarse con pies de plomo, pero eso también resultaba perturbador.

—Bueno, ¿a qué viene todo esto, señor? Si quieren jugar, vayan y jueguen, ¿no? ¿Por qué cambiar nada?

—El juego del balón-de-pie se ha quedado muy atrasado, señorita Glenda.

—Bueno, igual que ustedes… Perdón, perdón, señor, pero… bueno. Ya sabe. Los magos son siempre magos. Por aquí no cambia gran cosa, ¿verdad? Y luego salen con no sé qué de un maestro de la Música para inventar un cántico nuevo, y eso no va así. Los cánticos los hace el Lío. Aparecen sin más. Es como si salieran de la nada. Y las empanadillas dan bastante asco, es cierto, pero cuando estás en el Lío, y hace un tiempo de perros y el agua se te cuela por el abrigo, y tienes los zapatos empapados, entonces muerdes tu empanadilla y sabes que todo el mundo está mordiendo su empanadilla, y la grasa te resbala por la manga… en fin, señor, no tengo palabras, señor, de verdad que no, señor. Es una sensación que no puedo describir, pero es un poco como ser niño en la Vigilia de los Puercos, y no puede comprarse y punto, señor, no puede escribirse, organizarse, abrillantarse ni domesticarse. Siento haberme pasado de la raya, señores, pero es que así son las cosas. Usted tiene que haberlo conocido, señor. ¿No le llevó su padre nunca a un partido?

Ridcully miró la mesa del Consejo y detectó cierta humedad ocular. Los magos eran, en su mayor parte, de esa generación de la que se labran los abuelos. También eran, en gran medida, de gran medida, y estaban recubiertos de cinismo gruñón y las lapas de la edad, pero… el olor a impermeable barato bajo la lluvia, que siempre tenía un deje a hollín, y tu padre, o tal vez tu abuelo, levantándote a hombros, y allí estabas tú, por encima de todos aquellos gorros y bufandas baratos, y sentías el calor del Lío, observabas sus mareas, sentías su pulso, y entonces seguro que alguien te pasaría una empanadilla, o tal vez media cuando venían mal dadas, y si venían muy pero que muy mal dadas quizá se tratase de un puñado de gordos guisantes grasientos que debían comerse uno a uno para que durasen más… En épocas de vacas gordas, a lo mejor caía un auténtico capricho, como un perrito caliente que no hacía falta compartir o un plato de estofado, con una puntilla de grasa amarilla encima y cachos de cartílago que podías mascar de camino a casa, una carne que ahora no le darías ni al perro pero que era loto sagrado comido en compañía de dioses, bajo la lluvia, entre los vítores, en el seno del Lío…

El archicanciller parpadeó. Parecía que fue ayer, si no se contaban los setenta años que habían pasado en un abrir y cerrar de ojos.

—Ejem, una explicación muy gráfica —dijo, mientras se recomponía—. Unos argumentos interesantes y bien presentados. Pero verá, nosotros tenemos una responsabilidad. Al fin y al cabo, esta ciudad era apenas un puñado de aldeas antes de que se construyera mi universidad. Nos preocupan las peleas callejeras de hoy en día. Nos ha llegado el rumor de que mataron a alguien porque iba con el equipo equivocado. No podemos quedarnos de brazos cruzados mientras pasa esa clase de cosas.

—O sea que cerrarán el Gremio de Asesinos, entonces, ¿no, señor?

Todas las bocas ahogaron un grito, incluida la de Glenda. El único pensamiento racional que no huyó de su cabeza fue: Me pregunto si todavía buscarán a alguien en el Gremio de Bufones. No pagan mucho, pero esa gente sabe apreciar una buena tarta.

Cuando se atrevió a mirar, el archicanciller tenía la vista puesta en el techo mientras tamborileaba con los dedos sobre la mesa. Tendría que haber ido con más cuidado, gimoteó Glenda en su propio oído. No te tomes confianzas con los mandamases. Tú te olvidas de lo que eres, pero ellos no.

El tamborileo cesó.

—Buen argumento, bien presentado —dijo Ridcully—, y organizaré mis respuestas en consonancia.

Hizo un gesto con el dedo y, con un olor a grosella y un pequeño estallido, apareció una esfera roja en el aire por encima de la mesa.

—Uno: los Asesinos, por bien que mortíferos, no actúan al azar, y la verdad es que son más que nada un peligro los unos para los otros. El asesinato por encargo solo deben temerlo, en términos generales, quienes son lo bastante poderosos para acometer, por así decirlo, su propia defensa.

Apareció otra pequeña esfera.

—Dos: para ellos es artículo de fe no causar daños a la propiedad. Son invariablemente corteses y considerados y célebres por su silencio, y jamás se les pasaría por la cabeza inhumar a su blanco en una vía pública.

Apareció un tercer orbe.

—Tres: están organizados y por lo tanto son susceptibles a la influencia cívica. Lord Vetinari insiste mucho en esa clase de cosas.

Se materializó otra esfera.

—Y cuatro: lord Vetinari en persona es un asesino adiestrado, con especialidad en sigilo y venenos. Me parece que él no compartiría su opinión. Y es un tirano, por mucho que haya desarrollado la tiranía hasta tal extremo de perfección metafísica que es un sueño, más que una fuerza. Él no tiene que escucharla a usted, compréndalo. Ni siquiera tiene que escucharme a mí. Escucha a la ciudad. No sé cómo lo hace, pero así es. Y la toca como un violín. —Ridcully hizo una pausa, y luego siguió—: O como el juego más complicado que pueda imaginarse. La ciudad funciona, no a la perfección, pero mejor de lo que ha funcionado nunca. Creo que va siendo hora de que el fútbol cambie también. —Sonrió al ver su expresión—. ¿Cuál es su trabajo, señorita? Porque es un desperdicio tenerla en él.

Lo más probable era que hubiese querido hacerle un cumplido, pero Glenda, con la cabeza tan saturada por las desconcertantes palabras del archicanciller que se le salían por las orejas, se oyó decir:

—¡No soy ningún desperdicio, señor! ¡No habrá comido nunca unas empanadas mejores que las mías! ¡Yo dirijo la cocina nocturna!

La metafísica de la política real no era un tema de interés para la mayoría de los presentes, pero con las empanadas se encontraban en su elemento. Glenda ya era antes el centro de atención, pero en ese momento se volvió interesantísima.

—¿Es verdad? —dijo el catedrático de Estudios Indefinidos—. Pensábamos que era la guapa.

—¿Ah, sí? —replicó Glenda, animada—. Bueno, pues la dirijo yo.

—Entonces, ¿quién hace esa empanada tan maravillosa que nos suben a veces, la de hojaldre de queso con una capa de encurtidos picantes?

—¿La empanada del labrador? Yo, señor. Mi propia receta.

—¿En serio? ¿Cómo consigue que las cebollas en vinagre aguanten tan duras y crujientes al pasar por el horno? ¡Es algo asombroso!

—Mi propia receta, señor —repitió Glenda con firmeza—. No sería mía si se la contara a todo el mundo.

—Bien dicho —comentó Ridcully con alegría—. No puedes ir por ahí preguntando a los artesanos los secretos de su oficio, amigo mío. Eso no se hace. Y ahora voy a dar por concluida esta reunión, aunque ya decidiré más tarde lo que hemos concluido. —Se volvió hacia Glenda una vez más—. Gracias por acompañarnos hoy, señorita Glenda, y no indagaré por qué una joven que trabaja en la cocina nocturna está sirviendo el té aquí a media mañana. ¿Tiene algún consejo más para nosotros?

—Bueno —dijo Glenda—, ya que lo pregunta… No, la verdad es que no debería decirlo…

—No irá a entrarle la timidez a estas alturas, ¿verdad?

—Bueno, es sobre la equipación. Significa los colores de su equipo. El rojo y el amarillo no tienen nada de malo, nadie usa esa combinación, pero, en fin, quieren poner dos úes grandes en el pecho, ¿verdad? ¿En plan UU? —Dibujó con las manos en el aire.

—Sí, exacto. Al fin y al cabo, es lo que somos. —Ridcully asintió.

—¿Está seguro? Verán, sé que ustedes son caballeros solteros y demás, pero… bueno, parece que tengan bustos. Sinceramente.

—Oh, dioses, señor, tiene razón —dijo Ponder—. Creará una forma bastante desafortunada…

—¿Qué clase de mente vería una cosa así en un par de letras inocentes? —protestó indignado el catedrático de Runas Recientes.

—No lo sé, señor —dijo Glenda—, pero cualquier hombre que vea el fútbol tiene una de esas. Y se inventarían apodos. Eso les encanta.

—Sospecho que tiene razón —dijo Ridcully—, pero nunca tuvimos ningún problema cuando hacía remo en mis tiempos.

—Los seguidores del fútbol usan un lenguaje bastante más fuerte, señor —observó Ponder.

—Sí, y en aquellos tiempos éramos bastante descuidados en lo relativo a lanzar bolas de fuego, si mal no recuerdo —rememoró Ridcully—. Vaya, qué pena. Tenía ganas de que a ese viejo trapo le diera el aire una vez más. Pese a todo, estoy seguro de que podemos cambiar el motivo para ahorrarnos a todos un mal rato. Gracias de nuevo, señorita Glenda. Bustos, ¿eh? Nos hemos librado todos por los pelos. Que tenga un buen día. —Cerró la puerta detrás del carrito, que Glenda empujaba como si fuese una carrera…

Molly, la jefa del servicio de la cocina diurna, esperaba hecha un manojo de nervios al final del pasillo. Se relajó con un suspiro al ver que Glenda doblaba la esquina con un traqueteo de tazas.

—¿Ha ido todo bien? ¿Ha pasado algo malo? Vaya un problemón que me buscaré si ha pasado algo malo. ¡Dime que no ha pasado nada malo!

—Todo ha salido bien —dijo Glenda. Eso le valió una mirada de sospecha.

—¿Estás segura? ¡Me debes una por esto!

Las leyes de los favores se cuentan entre las más fundamentales del multiverso. La primera ley dice: nadie pide un solo favor; la segunda petición (tras la concesión del primer favor), prologada por un «y si no es mucho abusar…» es la solicitud del segundo favor. Si no se accede a la susodicha segunda petición, la segunda ley establece que la necesidad de cualquier gratitud debida al primer favor queda anulada de tal manera que, en virtud de la tercera ley, el proveedor del favor no ha hecho favor alguno, y el campo de favor se colapsa.

Pero Glenda calculaba que se había ganado muchos favores con el paso de los años, y que se le debían no pocos. Además, tenía motivos para creer que Molly había pasado la bienvenida sustitución tonteando con su novio, que trabajaba en el horno de pan.

—¿Puedes colarme en el banquete del miércoles por la noche?

—Lo siento, el mayordomo escoge quién se lleva esos trabajos —contestó Molly.

Ah, sí, las chicas altas y delgadas, pensó Glenda.

—¿Para qué diantre quieres ir, de todas formas? —preguntó Molly—. Al final es mucho correr y poca paga. Sí que nos quedan unas sobras decentes después de un acto de los gordos, pero ¿eso a ti qué más te da? ¡Todo el mundo sabe que eres la reina de las sobras! —Hizo una pausa, demasiado incómoda—. Quiero decir que todos sabemos que se te da de maravilla preparar una comida estupenda que siempre tiene un poquito de algo que ha sobrado —farfulló—. ¡Solo quería decir eso!

—No he pensado que quisieras decir otra cosa —replicó Glenda, que mantuvo un tono de voz neutro. Sin embargo, la subió un poco para añadir, mientras Molly se alejaba a paso ligero—: ¡Te puedo devolver el favor ahora mismo! ¡Tienes dos marcas de manos de harina en el culo!

La mirada furibunda que provocó fue una pequeña victoria, pero hay que conformarse con lo que sale al paso.

Aun así, aquel extraño interludio, que estaba segura que lamentaría, había consumido mucho tiempo. Debía organizar la cocina nocturna.

Cuando se hubo cerrado la puerta a la espalda de aquella doncella tan directa, Ridcully hizo un gesto de cabeza cargado de sentido a Ponder.

—De acuerdo, señor Stibbons. No ha parado de mirar de reojo su taumómetro durante todo el rato que he hablado con ella. Desembuche.

—Un entrelazamiento de alguna clase —dijo Ponder.

—Y yo que pensaba que Vetinari estaba detrás del asunto de la urna —dijo Ridcully con tono sombrío—. Tendría que haberme dado cuenta de que nunca es tan poco sutil.

—Ah, yo di por sentado que iba a ser algo por el estilo desde el principio —dijo el catedrático de Runas Recientes.

—Cierto —añadió el catedrático de Estudios Indefinidos—. Se me pasó por la cabeza apenas lo vi en el periódico.

—Caballeros —dijo Ridcully—, me supone una cura de humildad que, en cuanto me hago idea de lo que es algo, resulte que todos ustedes ya lo sabían. Me asombra.

—Perdone —terció el doctor Hix—, pero yo no tengo ni idea de lo que está hablando.

—¡Está en la inopia! ¡Ha pasado demasiado tiempo bajo tierra, señor! —exclamó el catedrático de Runas Recientes.

—¡Será porque no me dejan salir muy a menudo, y no por otra cosa! ¿Y me permite recordarle que debo mantener una vital línea de defensa cósmica para esta institución con un personal de exactamente una persona? ¡Y está muerta!

—¿Se refiere a Charlie? Me acuerdo del viejo Charlie, un buen trabajador pese a todo —dijo Ridcully.

—Sí, pero me paso todo el día recableándolo —suspiró Hix—. Intento mantenerles al tanto de lo que ocurre con mis informes mensuales. Confío en que los leen.

—Dígame, doctor Hix —dijo Ponder—, ¿ha experimentado algo inusual cuando esa joven hablaba con tanta elocuencia?

—Bueno, sí, he rememorado un momento feliz con mi padre.

—Lo mismo que todos, estoy seguro —dijo Ponder. Hubo sombríos asentimientos de cabeza alrededor de la mesa—. Yo no conocí a mi padre. Me criaron mis tías. He tenido un déjà—vu sin el vu original.

—¿Y no ha sido magia? —sugirió el catedrático de Runas Recientes.

—No. Religión, sospecho —dijo Ridcully—. Un llamamiento a un dios, esa clase de cosas.

—Un llamamiento, no, Mustrum —corrigió el doctor Hix—. ¡Una invocación mediante derramamiento de sangre!

—Vamos, espero que no —dijo Ridcully, que se puso en pie—. Me gustaría intentar un pequeño experimento esta tarde, caballeros. No hablaremos de fútbol, no especularemos sobre el fútbol, no nos preocuparemos por el fútbol…

—Va a hacernos jugarlo, ¿no es así? —interrumpió el catedrático de Runas Recientes con voz lúgubre.

—Sí —dijo Ridcully, picado en buena medida por que hubieran echado a perder una perorata de primera—. Unos toquecillos de nada para adquirir un poco de experiencia de primera mano sobre el juego tal y como se practica.

—Ejem. Estrictamente hablando, bajo las nuevas reglas, por lo que me refiero a las antiguas reglas que tomaremos como modelo, la experiencia de primera mano significaba que nada de manos —señaló Ponder.

—Buena observación, sí señor. Haga correr la voz, ¿quiere?. ¡Entreno de fútbol en el patio después de comer!

Algo que había que recordar cuando se trataba con enanos era que, aunque compartían el mismo mundo, metafóricamente pensaban en él como si estuviera boca abajo. Solo los más ricos e influyentes de los enanos vivían en las cavernas más profundas. Para un enano, un ático en el centro de la ciudad sería una especie de tugurio. A los enanos les gustaba la oscuridad y el frío.

Las diferencias no se acababan allí. Si un enano llegaba a lo más alto era que había tocado fondo, y la clase alta de los enanos la formaban las personas de baja extracción. De un enano rico, sano y respetado que tuviera su propia granja de ratas se decía que no podía llegar más bajo, y gozaba de baja estima. Quien hablaba con los enanos tenía que poner la mente cabeza abajo. También la ciudad. Por supuesto, cuando se cavaba en Ankh-Morpork solo se encontraba más Ankh-Morpork. Miles de años de ella, listos para ser excavados, apuntalados y tabicados con el brillante ladrillo enano.

Era el «Gran Subproyecto» de lord Vetinari. Las murallas de la ciudad la encorsetaban como el sueño más feliz de un fetichista. La gravedad solo ofrecía un suministro limitado de arriba, pero el profundo limo de la llanura tenía una oferta infinita de abajo.

En consecuencia, a Glenda le sorprendió encontrar Bruño’s en la superficie misma de La Matanza, junto con las tiendas de ropa más exquisitas destinadas a las damas humanas. Pero tenía sentido: si se quería obtener unos beneficios escandalosos vendiendo ropa, qué mejor que camuflarse entre otros comercios que hacían lo mismo. No estaba muy convencida del nombre, pero al parecer «bruño» significaba «una sorpresa maravillosa» en enano, y si una empezaba a reírse de esa clase de cosas nunca tendría tiempo de recobrar el aliento.

Se acercó a la puerta con la aprensión de quien está convencido de que en cuanto ponga un pie dentro le cobrarán cinco dólares por minuto de respiración y después lo sostendrán boca abajo y le sacarán todas sus riquezas con un gancho.

Y la verdad es que el sitio tenía clase. Clase enana, eso sí. Eso significaba mucha cota de mallas y armas suficientes para tomar al asalto una ciudad; pero, si se prestaba atención, se veía que eran cotas de mallas y armamento femeninos. Al parecer ese era el rumbo que llevaban las cosas. Las enanas se habían hartado de parecer enanos todo el tiempo y estaban fundiendo metafóricamente sus petos para fabricar algo un poco más ligero y con correas ajustables.

Juliet se lo había explicado por el camino, aunque, por supuesto, ella no usó la palabra «metafóricamente», que se escapaba de su repertorio por varias sílabas. Había hachas de batalla y martillos de guerra, pero todo con ese cierto toque femenino: un hacha, con aspecto de poder hendir una columna vertebral de punta a punta, presentaba un bello grabado de flores. Era otro mundo y, al mirar a su alrededor nada más traspasar el umbral, a Glenda le alivió constatar que había otras humanas en el local. De hecho, había bastantes, lo cual resultaba sorprendente. Una de ellas, una joven humana con botas de acero de quince centímetros de tacón, gravitó hacia ellas como si la atrajera un imán, y dada la cantidad de metal ferroso que llevaba en su cuerpo, un imán era algo ante lo que no pasaría nunca de rositas. Sostenía una bandeja con bebidas.

—Hay hidromiel negro, hidromiel rojo e hidromiel blanco —dijo, y luego bajó la voz unos cuantos decibelios y tres clases sociales—. En realidad, el hidromiel rojo es jerez y todas las enanas lo beben. Les gusta no tener que echárselo al coleto de un trago.

—¿Esto se paga? —preguntó Glenda con nerviosismo.

—Es gratis —respondió la chica. Señaló un cuenco de cositas negras que llevaba en la bandeja, cada una de ellas atravesada por un palillo, y dijo sin mucha esperanza—: Y tienen que probar la fruta de rata.

Antes de que Glenda pudiera impedírselo, Juliet había cogido una y la mascaba con entusiasmo.

—¿Qué parte de la rata es su fruta? —preguntó Glenda. La chica de la bandeja no la miró a la cara.

—Bueno, ¿conoces la empanada de pastor? —dijo.

—Me sé doce recetas distintas —respondió Glenda en un raro acceso de suficiencia. En realidad era mentira. Conocía probablemente cuatro recetas, porque la carne y las patatas no daban para más, pero la centelleante grandiosidad del lugar la estaba poniendo de los nervios y sentía la necesidad de hacerse valer. Y entonces cayó en la cuenta—. Ah, te refieres a la empanada de pastor tradicional —dijo—, la que se hace con los…

—Eso me temo —dijo la chica—, pero causan sensación entre las damas.

—No tomes más, Jul —se apresuró a decir Glenda.

—Son muy buenas —dijo Juliet—. ¿No puedo comerme una más?

—Solo una, va —concedió Glenda—. Así dejas equilibrada a la rata. —Cogió un jerez y la chica, haciendo malabarismos mientras se las ingeniaba para sostener tres cosas diferentes con dos manos distintas, le entregó un reluciente folleto.

Glenda le echó un vistazo y supo que su primera impresión había sido correcta. El establecimiento era tan caro que no ponían el precio de nada. Siempre podías estar segura de que las cosas iban a ser caras cuando no te decían el precio. No tenía sentido hojearlo a fondo, te sorbería el salario por los ojos. ¿Bebidas gratis? Ya, claro.

Sin nada más que hacer, observó al resto de los asistentes. Todo el mundo, salvo el creciente y, en verdad, bastante nutrido contingente humano, llevaba barba. Todos los enanos llevaban barba. Formaba parte de ser enano. Allí, sin embargo, las barbas eran algo más finas de lo que solía verse por la ciudad, y se observaba cierta experimentación con permanentes y coletas. Había picos mineros a la vista, era cierto, pero viajaban en bolsas de cara manufactura, como si la propietaria pudiera avistar una veta de carbón prometedora de camino a las tiendas y no fuera a ser capaz de contenerse.

Compartió esa observación con Juliet, quien señaló los pies de otra cliente bien servida de tacones y dijo:

—¿Cómo? ¿Y echar a perder esas botas tan divinas? ¡Son unas Víboro Partecascos, nada menos! ¡Cuatrocientos dólares del ala y hay que esperar seis meses!

Glenda no veía la cara a la dueña de las botas, pero sí apreció el cambio de su lenguaje corporal. El asomo de pavoneo, aun de espaldas. Bueno, pensó, supongo que, ya que te gastas la renta anual entera de una familia trabajadora en un par de botas, es agradable que alguien se fije.

Cuando uno observa a la gente, olvida que la gente lo observa a él. Glenda no era muy alta, lo que significaba que, desde su punto de vista, los enanos no eran muy bajos. Y se dio cuenta de que se les acercaban con andares decididos dos enanos, uno de los cuales rebosaba generosidad en la cintura y lucía un peto batido y ornamentado con tanto primor que llevarlo a la batalla constituiría un acto de vandalismo artístico. Él —porque había que recordar que todos los enanos eran «él» a menos que afirmasen lo contrario— tenía, al hablar, una voz que sonaba como chocolate del tipo más negro y caro, posiblemente ahumado. Y la mano que tendió tenía tantos anillos en cada dedo que había que fijarse mucho para descubrir que no llevaba un guantelete. Y era una «ella», Glenda estaba segura: el chocolate era demasiado cremoso y afrutado.

—Cómo me alegro de que hayáis podido venir, queridas —dijo, y fue como si removieran el chocolate—. Soy madame Sharn. Me preguntaba si no podríais serme de ayuda. La verdad es que no os lo pediría si me quedara otro remedio, pero estoy, como decís vosotras, entre el trasero y la pared.

Todo eso, para irritación de Glenda, había ido dirigido a Juliet, que estaba comiendo fruta de rata como si no hubiera mañana, y presumiblemente no lo había habido para la rata. Juliet soltó una risilla.

—Va conmigo —dijo Glenda y, sin querer, añadió—: ¿Madame?

Madame hizo un gesto con la otra mano y centellearon más anillos.

—Este salón es técnicamente una mina y eso significa que, de acuerdo con la ley enana, soy el rey de la mina y en mi mina se aplican mis normas. Y como soy el rey, declaro que soy la reina —dijo—. La ley enana se dobla y chirría, pero no se rompe.

—Bueno —empezó Glenda—, nosotras… ¡Oye!

La exclamación iba dirigida al acompañante, más menudo, de Madame, que sostenía una cinta de medir contra Juliet.

—Este es Pepe —dijo Madame.

—Bueno, pues si va a tomarse esas libertades espero que sea una mujer —dijo Glenda.

—Pepe es… Pepe —replicó Madame con calma—. Y nadie puede cambiarlo, por así decirlo, o cambiarla. Qué inventos tan inútiles son las etiquetas, creo yo.

—Especialmente las suyas, visto que no ponen los precios en ellas —dijo Glenda, llevada por el puro nerviosismo.

—Ah, sí, tú te das cuenta de esas cosas —dijo Madame, con un guiño que desarmaba hasta el punto de derretir.

Pepe miró emocionado a Madame, que prosiguió:

—Me pregunto si tú, si ella… si vosotras querríais acompañarme a la parte de atrás. La cuestión es un poco delicada.

—Uuuh, sí —dijo Juliet de inmediato.

Como salidas de la nada, otras chicas humanas se materializaron entre la multitud y abrieron con cuidado un camino hasta la parte trasera de la enorme sala, por el que Madame avanzó como impulsada por fuerzas invisibles.

Glenda tuvo la sensación de que todo aquello se le había escapado de las manos de repente, pero había sido un buen trago de jerez, y ahora le susurraba: «¿Por qué no dejar que una situación se te escape de las manos de vez en cuando? Aunque sea una sola vez». No tenía ni idea de lo que iba a encontrar detrás de la puerta chapada en oro del fondo, pero lo que no se esperaba era humo, llamas, gritos y alguien chillando en una esquina. El lugar parecía unos altos hornos el día en que llegaron de visita los payasos.

—Venid conmigo. No os preocupéis por todo esto —dijo Madame—. Siempre es así cuando hay desfile. Ya sabéis, los nervios. Por supuesto, en este negocio los nervios siempre están por todo lo bajo, y por si fuera poco tenemos de salida el problema de la micromalla. Es nueva, comprendedlo. Según la ley enana, debe llevar el sello en cada anilla, lo cual sería no solo un sacrilegio, sino además jodidísimo de hacer. —Entre bambalinas, se diría que Madame se volvía algo menos chocolateada y un poco más terrenal.

—¡Micromalla! —exclamó Juliet, como si le hubieran enseñado la entrada a una sala del tesoro.

—¿Sabes lo que es? —preguntó Madame.

—No habla de otra cosa —dijo Glenda—. Habla y habla.

—Bueno, es que es un invento maravilloso —dijo Madame—. Casi tan suave como la tela, desde luego mejor que el cuero…

—… y no pica —dijo Juliet.

—Lo que siempre es un detalle para el enano más tradicional, que no lleva prendas de tela —concluyó Madame—. Esas viejas costumbres tribales, cuánto nos atrasan, cómo nos tiran siempre hacia atrás. Salimos de la mina, pero de algún modo siempre llevamos algo de ella con nosotros. Si de mí dependiera, reclasificaría la seda como metal. ¿Cómo te llamas, jovencita?

—Juliet —respondió Glenda de forma automática, y luego se ruborizó. Eso era hacer de madre, pura y llanamente. Era casi tan malo como que alguien escupiera en su pañuelo y te limpiara la cara con él. La joven de las bebidas las había seguido, y escogió ese momento para coger el vaso de jerez de Glenda y cambiarlo por otro lleno.

—¿Te importaría caminar hacia allí y volver un momento, Juliet? —dijo Madame.

Glenda quería preguntar por qué pero, como tenía la boca llena de jerez como remedio contra el bochorno, lo dejó pasar.

Madame observó a Juliet con ojo crítico y un codo apoyado en la palma del otro brazo.

—Sí, sí. Pero quiero decir poco a poco, como si no tuvieras prisa por llegar y no te importase —dijo—. Imagina que eres un ave en el aire, un pez en el mar. Luce el mundo.

—Ah, vale —dijo Juliet, y arrancó de nuevo.

Para cuando hubo cruzado media sala por segunda vez, Pepe se había echado a llorar.

—¿Dónde ha estado? ¿Dónde le enseñaron? —chilló, mientras se daba una palmada en las mejillas con ambas manos—. ¡Tienes que contratarla ahora mismo!

—Ya tiene un buen trabajo estable en la universidad —dijo Glenda. Pero el jerez avisó: «De vez en cuando todavía no ha terminado. ¡No lo eches a perder!».

Madame, que a todas luces [[13]](#footnote-13)poseía instinto para esa clase de cosas, le pasó un brazo por los hombros.

—Verás, el problema de las señoritas enanas es que muchas de nosotras somos un poco tímidas cuando hay que ser el centro de atención. También debo tener presente que la ropa enana se está demostrando muy interesante para las jóvenes humanas de cierta mentalidad. Tu hija es humana… —Madame miró de reojo a Juliet—. Eres humana, ¿verdad, querida? He aprendido que vale la pena asegurarse.

Juliet, que en apariencia contemplaba embelesada un mundo particular, asintió con entusiasmo.

—Ajá, bien —dijo Madame—. Y a la vez que tiene un tipo exquisito y se mueve como un sueño, no es mucho más alta que la enana media y, para serte sincera, querida, algunas de las damas aspirarían a ser un poco más altas de lo que son. A lo mejor es un golpe alto para mi gente, pero cómo camina, madre mía. Las enanas tienen caderas, por supuesto, pero pocas veces saben qué hacer con ellas… Lo siento, ¿he dicho algo malo?

La media pinta de jerez que Glenda había consumido tan recientemente por fin cedió bajo la presión de su furia.

—No soy su madre. Es mi amiga.

Madame le lanzó otra de esas miradas que le daban la impresión de que le estaban extrayendo el cerebro para analizarlo al detalle.

—Entonces, ¿te importaría si le pagase a tu amiga… —hubo una pausa—… cinco dólares para que hiciera de modelo para mí esta tarde?

«De acuerdo —dijo el jerez a Glenda—. Te preguntabas adónde iba a llevarte y aquí estás. ¿Qué te parecen las vistas? ¿Qué vas a hacer ahora?»

—Veinticinco dólares —dijo Glenda.

Pepe, alterada, o posiblemente alterado, se dio otra palmada en las mejillas y chilló:

—¡Sí! ¡Sí!

—Y un descuento en la tienda —añadió Glenda.

Madame la miró largo y tendido.

—Disculpadme un momento —dijo la enana.

Se acercó a Pepe, lo cogió del brazo y se lo llevó a cierta velocidad a un rincón. Glenda no oyó lo que decían por culpa de un claveteo cercano y un acceso de histeria. Madame volvió con una sonrisa forzada y Pepe a los talones.

—Empieza un pase en diez minutos y a mi mejor modelo se le ha caído un pico en el pie. Renegociaremos cualquier otro contrato futuro. ¿Y quieres hacer el favor de dejar de dar saltitos, Pepe?

Glenda parpadeó. No me puedo creer lo que acabo de hacer, pensó. ¡Veinticinco dólares por ponerse un poco de ropa! ¡Es más de lo que yo gano en un mes! Eso no está bien. Y el jerez replicó: «¿Qué tiene de malo exactamente? ¿Tú te vestirías de cota de malla y desfilarías delante de un montón de desconocidos por veinticinco dólares?».

Glenda se estremeció.

Desde luego que no, pensó.

«Pues ahí lo tienes», dijo el jerez.

Pero esto acabará fatal, pensó Glenda.

«No, solo lo dices porque una parte de ti piensa que debería —replicó el jerez—. Sabes que por veinticinco dólares una chica podría hacer cosas mucho peores que ponerse algo de ropa. Quitársela, para empezar.»

Pero ¿qué dirán los vecinos?, fue el último argumento a la desesperada de Glenda.

«Que les den morcilla —dijo el jerez—. Además, no se enterarán, ¿verdad? Los de Hermanas Dolly no compran en La Matanza, es demasiado fino. Mira, hablamos de veinticinco dólares. Veinticinco dólares para hacer lo que ahora no podrías impedirle ni con una tubería de plomo. ¡Mírale la cara! Parece que alguien le haya encendido una lámpara dentro.»

Era cierto.

Va, de acuerdo, pensó Glenda.

«Muy bien —dijo el jerez—. Y por cierto, me siento solo.»

Y, dado que la bandeja volvía a encontrarse junto al codo de Glenda, estiró el brazo sin pensarlo.

Juliet ya estaba rodeada de enanos y, por lo que se oía, estaba recibiendo un cursillo acelerado sobre cómo llevar ropa. Pero ¿qué importancia podía tener? La pura verdad era que Juliet estaría guapa con un saco puesto. Por algún motivo, todo lo que se ponía le quedaba a la perfección. Glenda, en cambio, jamás encontraba nada decente de su talla o, ya puestos, rara vez encontraba algo de su talla y punto. En teoría, algo tendría que sentarle bien, pero lo único que encontraba eran hechos, que siempre afean.

—Bueno, hace buen día para lo nuestro —dijo el archicanciller.

—Parece que va a llover —dijo esperanzado el catedrático de Runas Recientes.

—Sugiero que formemos dos equipos de cinco —dijo Ridcully—. Solo será un partido amistoso, por supuesto, para pillarle el tranquillo.

Ponder Stibbons no hizo ningún comentario. Los magos son competitivos. Forma parte de ser mago. Los magos no conciben un partido amistoso mejor que los gatos conciben un ratón amistoso. Los jardines de la universidad se extendían ante ellos.

—Ni que decir tiene, la próxima vez llevaremos camisetas apropiadas —añadió Ridcully—. La señora Panadizo ya tiene a sus chicas trabajando en ello. ¡Señor Stibbons!

—¿Sí, archicanciller?

—Usted velará por el cumplimiento de las reglas y arbitrará con justicia. Yo, por supuesto, seré el capitán de uno de los equipos y tú, Runas, capitanearás el otro. Como archicanciller, sugiero que yo escogeré mi equipo primero y después tú gozarás de plena libertad para elegir el suyo.

—En realidad se supone que no funciona así, archicanciller —dijo Ponder—. Usted escoge a un miembro de su equipo, después él elige a otro, y así hasta tener suficientes jugadores o quedarse sin candidatos que no sean obesos mórbidos o tiemblen de nervios. Por lo menos así lo recuerdo yo. —Ponder, en sus años mozos, había pasado mucho tiempo plantado junto al gordo.

—En fin, si así es como se hace, supongo que así tendremos que hacerlo —dijo el archicanciller con el gesto torcido—. Stibbons, sobre usted recae la responsabilidad de penalizar al equipo contrario por cualquier infracción que cometa.

—¿No querrá decir que debo penalizar a ambos equipos por cualquier infracción que cometan, archicanciller? —preguntó Ponder—. Tiene que ser justo.

Ridcully lo miró con la boca abierta, como si Ponder hubiera mencionado un concepto que le fuera completamente ajeno.

—Bueno, sí, supongo que tiene que ser así.

Esa tarde se había congregado un surtido de magos motivados por la curiosidad, la sospecha de que estar allí podría ser útil para la propia carrera y la perspectiva de, quizá, ver a algunos colegas arando la hierba con la nariz.

Oh, cielos, pensó Ponder cuando empezó la selección. Era como volver a estar en el colegio, aunque allí nadie quería al gordo. En la universidad, por supuesto, el criterio tenía que cambiarse por no querer al más gordo, una distinción que, desde la partida del decano, estaba muy reñida.

Ponder buscó entre los pliegues de su túnica y sacó un silbato o, quizá, el abuelo de todos los silbatos, de veinte centímetros de longitud y el grosor de una salchicha de cerdo generosa.

—¿De dónde ha salido eso, señor Stibbons? —preguntó Ridcully.

—En realidad, archicanciller, lo encontré en el estudio del difunto Evans el Rayado.

—Es un bonito silbato —comentó Ridcully.

Era una frase inocente que lograba insinuar con mucha discreción que un silbato tan bonito no debería estar en manos de Ponder Stibbons cuando podría obrar en posesión de, por ejemplo, el archicanciller de una universidad. Ponder lo captó porque se lo estaba esperando.

—Lo necesitaré para dirigir y controlar el comportamiento de ambos equipos —dijo con altivez—. Usted me ha nombrado árbitro, archicanciller, y me temo que, mientras dure el partido, yo estoy, por decirlo de alguna manera… —Vaciló—. Al mando.

—Esta universidad es una jerarquía, ¿lo comprende, Stibbons?

—Sí, señor, y esto es un partido de fútbol. Creo que lo que procede es colocar el balón en el suelo y, cuando suene el pitido, cada equipo intentará alcanzar la portería del rival con la pelota a la vez que intenta impedir que golpee la suya. ¿Lo hemos entendido todos?

—A mí me parece bastante claro —dijo el catedrático de Estudios Indefinidos. Se oyó un murmullo de asentimiento.

—Pese a todo, antes del partido exijo tocar el silbato.

—Por supuesto, archicanciller, pero luego me lo tiene que devolver. Yo soy el custodio del partido. —Entregó el pito.

En su primer intento de pitar, Ridcully desahució a una araña que había llevado una vida intachable aunque frugal durante los últimos veinte años y la depositó en la barba del profesor de Estudios Naturales, que pasaba por allí.

El segundo soplido liberó al guisante fosilizado del interior y llenó el aire con el eco de un sonido de bronce líquido. Y luego…

Ridcully se quedó paralizado. Su rostro se ruborizó del cuello para arriba a toda velocidad. El sonido de su siguiente aliento fue como la venganza de los dioses. Su estómago se expandió, sus ojos se convirtieron en dos puntitos minúsculos, sonó un trueno en las alturas y él rugió:

—¡¿POR QUÉ NO HABÉIS TRAÍDO EL UNIFORME, NIÑOS?!

Una descarga de fuego de Santelmo rugió de punta a punta del silbato. El cielo se oscureció y el miedo se apoderó de todas las almas presentes mientras el tiempo daba marcha atrás y aparecía un gigantesco Evans el Rayado gritando como un poseso. El instigador de las notas maternas mal falsificadas, el entusiasta de las carreras largas bajo una ventisca, el defensor de las duchas comunes como remedio para la timidez adolescente y el tipo que obligaba a quien no llevara la ropa adecuada a JUGAR EN CALZONCILLOS. Magos venerables que se las habían visto con los más astutos de los monstruos a lo largo de las décadas temblaban con húmedo miedo adolescente mientras los gritos seguían y seguían, hasta que cesaron tan bruscamente como habían arrancado.

Ridcully cayó de bruces sobre la hierba.

—Pido disculpas —dijo el doctor Hix, bajando su cayado—. Un acto ligeramente malvado, por supuesto, pero supongo que coincidirán en que era necesario dadas las circunstancias. El anillo con la calavera, ¿recuerdan? ¿Los estatutos de la universidad? Y esto era un caso de libro de posesión por artefacto.

Los magos congregados, cuyo sudor frío empezaba a evaporarse, asintieron con aire de entendidos. Oh, sí. Había sido lamentablemente necesario, coincidieron. Por su propio bien, coincidieron. Había tenido que hacerse, coincidieron. Y el mismo Ridcully se hizo eco de ese veredicto cuando abrió los ojos y dijo:

—¿Qué demonios ha sido eso?

—Esto… el alma de Evans el Rayado, creo, archicanciller —dijo Ponder.

—¿En el silbato, estaba? —Ridcully se frotó la cabeza.

—Sí, eso creo —dijo Ponder.

—¿Y quién me ha pegado?

El arrastrar de pies y los murmullos generalizados indicaron que, por democrático consenso, el más indicado para responder a esa pregunta era el doctor Hix.

—Ha sido una traición aceptable bajo los estatutos universitarios, señor. No me importaría llevarme el silbato para el Museo Oscuro, si nadie se opone.

—Pues claro, pues claro —dijo Ridcully—. Ha visto el problema y lo ha resuelto. Bien hecho, así me gusta.

—¿Cree que podría permitírseme una risilla aviesa, señor?

Ridcully se sacudió el polvo.

—No. Dejaremos de lado el silbato, señor Stibbons. Y ahora, caballeros, que empiece el partido.

Y así, tras varias discusiones, empezó el primer partido de fútbol de la Universidad Invisible desde hacía décadas. De inmediato, desde el punto de vista de Ponder Stibbons, quedaron en evidencia varios problemas. El más acuciante fue que todos los magos iban vestidos de magos, o sea, parecidos. Ponder ordenó que un equipo jugase con sombrero y otro sin, lo que causó otra riña. Además, ese problema en concreto se vio exacerbado porque había tantos choques que hasta los que llevaban oficialmente el sombrero no paraban de perderlo. Luego hubo que detener el juego porque se declaró que la estatua que conmemoraba el descubrimiento del blit por parte del archicanciller Frotos era, en realidad, ocho centímetros más estrecha que la venerable estatua del archicanciller Carrillero en el momento de descubrir el Tercer Desayuno, lo que proporcionaba una ventaja injusta al equipo sin sombrero.

Pero todos esos problemas, previsibles e inevitables, palidecían hasta la insignificancia comparados con el problema de la pelota. Era un balón reglamentario, Ponder se había asegurado de eso. Pero los zapatos puntiagudos, aunque tengan la punta muy larga, no pueden absorber el impacto del pie humano al patear lo que es, si se afronta la dolorosa verdad, un cacho de madera envuelto en finas capas de tela y cuero. Al final, mientras se llevaban a otro mago con un esguince en el tobillo, hasta Ridcully se sintió obligado a decir:

—¡Esto es una maldita insensatez, Stibbons! Tiene que haber algo mejor.

—¿Unas botas más grandes? —sugirió el catedrático de Runas Recientes.

—La clase de botas que harían falta para patear esto les enlentecerían mucho —observó Ponder.

—Además, los hombres de la urna no llevaban calzado alguno. Propongo que consideremos esto investigación. ¿Qué necesitamos, Stibbons?

—Una pelota mejor, señor. Y un mínimo intento de correr. Además, el consenso general dice que no es buena idea parar para volver a encender la pipa a media jugada. Una portería más razonable, porque estrellarse contra una estatua duele. Cierta comprensión, por somera que sea, de la noción del trabajo en equipo en la práctica de un juego. La entereza suficiente para no alejarse corriendo si un miembro del equipo contrario se te acerca a la carrera. Entender que no se toca el balón con la mano bajo ninguna circunstancia; permita que le recuerde que he renunciado a detener el juego por este motivo ya que ustedes, caballeros, cuando se emocionaban, se obcecaban en recogerlo y, en un caso, esconderlo detrás de la espalda, además de plantarse encima de él. Me gustaría señalar, ya que estamos, que vale la pena cultivar cierto sentido de la orientación en lo relativo a qué portería es la propia y cuál es la del rival; por tentador que resulte, no viene a cuento golpear el balón contra la propia portería, como tampoco hay que felicitar y dar palmadas en la espalda a quien lleve a cabo semejante hazaña. De los tres goles anotados en nuestro partido, la cifra de tantos en propia meta ha sido de… —Hizo una pausa y miró en su libreta—… tres. Es una fecundidad anotadora encomiable, comparada con el fútbol que se juega hoy en día, aunque una vez más debo destacar los asuntos de la orientación y la propiedad de las porterías como temas de crucial importancia. Una táctica, que debo reconocer que parecía prometedora, ha sido la de que los jugadores se apiñen todos alrededor de su portería para eliminar la posibilidad de que nada pase entre ellos. Lamento señalar, sin embargo, que, si ambos equipos lo hacen, más que un partido se obtiene un retablo. Una táctica más prometedora, que parecen haber adoptado uno o dos de ustedes, ha sido la de rondar la portería rival para que, si la pelota se aproximaba en su dirección, se encontrasen en la posición ideal para superar con ella al custodio de la meta. El hecho de que, en algunos casos, uno de ustedes y el custodio rival estuvieran apoyados amigablemente en la portería, compartiendo un pitillo y observando la jugada en la otra punta del campo, ha demostrado gran deportividad y posiblemente sea un buen punto de partida para algunas tácticas más avanzadas, pero no creo que deba fomentarse. Hablando del tema, debo dar por sentado que retirarse del terreno de juego por la llamada de la naturaleza o para recuperar el aliento es aceptable, pero hacerlo para tomar un aperitivo no. Mi impresión, archicanciller, es que el deseo generalizado de nuestros colegas de nunca estar a más de veinte minutos de un tentempié podría satisfacerse de forma aceptable mediante una pausa a la mitad del partido. Oportunamente, si cambiaran de campo en ese momento, se resolverían las quejas sobre que una portería es más grande que la otra. ¿Sí? —La última pregunta iba dirigida al catedrático de Estudios Indefinidos.

—Si cambiamos de campo —dijo este, que había levantado la mano—, ¿significa que los goles que hemos marcado en nuestra propia meta se conviertan en goles anotados contra el equipo rival, dado que esa portería pasa a ser físicamente suya?

Ponder recapacitó sobre la metafísica de responder al interrogante y se decidió por:

—No, claro que no. Tengo toda una lista con más notas, archicanciller, y por desgracia se condensan en que no somos muy buenos jugando a fútbol.

Los magos guardaron silencio.

—Empecemos por la pelota —dijo Ridcully—. Tengo una idea para la pelota.

—Sí, señor. Ya me lo imaginaba.

—Pues pase a verme después de la cena.

A Juliet se la había tragado el circo frenético que era Bruño’s entre bastidores, y nadie prestaba a Glenda la más mínima atención. Por un momento era un estorbo, sobraba, no le servía a nadie, era un obstáculo que sortear, una espectadora pasiva. A poca distancia, una enana de buen porte con la barba recogida en dos coletas esperaba pacientemente mientras clavaban un remache temporal a lo que parecía una coraza de plata. Estaba rodeada de trabajadores, más o menos como un caballero cuando sus vasallos deben vestirlo para el combate. A una cierta distancia de ellos había dos enanos más altos, cuyas armas parecían ligeramente más funcionales que bonitas. Eran varones. Glenda lo supo porque cualquier hembra de cualquier especie inteligente reconoce la expresión de un hombre que no tiene gran cosa que hacer en un entorno que, por una vez, está claramente ocupado y totalmente dominado por mujeres. Se diría que estaban en guardia.

Impulsada por el jerez, se les acercó.

—Eso debe de costar un montón de dinero —dijo al guardia más cercano, que pareció algo avergonzado por el contacto.

—Y que lo diga. Plata lunar, lo llaman. Hasta tendremos que acompañarla en la pasarela. Dicen que va a arrasar, pero no sé yo. No mella los filos ni pararía una hoja decente. Por si fuera poco, hace falta un Igor para ayudar a fundirla. Dicen que cuesta más incluso que el platino. Es bonita, eso sí, y dicen que apenas notas que la llevas. No es lo que mi abuelo habría llamado metal, pero dicen que hay que modernizarse. Lo que es yo, no lo querría ni para colgarlo de la pared, pero es lo que hay.

—Armadura para chicas —dijo el otro guardia.

—¿Qué hay de eso de la micromalla? —preguntó Glenda.

—Ah, eso es rata de otro costal, señorita —dijo el primer guardia—. Dicen que la montan y forjan aquí mismo, en la ciudad, porque es donde están los mejores artesanos. Vaya trabajito, ¿eh? ¡Una cota de mallas tan fina como la tela y tan resistente como el acero! Se irá volviendo más barata, dicen, y sobre todo no…

—Cucú, Glendy, ¿sabes quién soy?

Alguien dio un golpecito a Glenda en el hombro. Dio media vuelta y tuvo la visión de una belleza acorazada de arriba abajo, pero con gusto. Era Juliet, pero Glenda solo lo supo por los ojos azul lechoso. Su amiga llevaba barba.

—Madame dice que es mejor que me la ponga —dijo—. No es enano si no incluye barba. ¿Qué te parece?

Esa vez el jerez se adelantó.

—La verdad es que es bastante atractivo —dijo Glenda, todavía algo aturdida—. Es muy… plateado.

Era una barba femenina, se notaba. Parecía cuidada y estilosa, y no tenía trozos de rata colgando.

—Madame dice que tienes un sitio reservado en primera fila —dijo Juliet.

—Oh, no podría sentarme en primera fila… —empezó Glenda, sin pensarlo, pero el jerez la atajó con un «Cállate, deja de pensar como tu madre, anda, y ve a sentarte en la puñetera primera fila».

Una de las omnipresentes jovencitas eligió ese preciso instante para coger a Glenda de la mano y conducir sus pies algo vacilantes a través del caos que empezaba a asentarse, hasta atravesar la puerta que las llevó de vuelta al país de los cuentos. En efecto, la esperaba un sitio vacío.

Por suerte, aunque en primera fila, se encontraba algo a un lado. Se habría muerto de vergüenza si la llegan a colocar en el centro. Agarró su bolso con las dos manos y se arriesgó a echar un vistazo por la fila. Estaba abarrotada. Y no eran solo enanos; había una serie de damas humanas, muy peripuestas, tirando a flacuchas (en su opinión), que charlaban con una desenvoltura casi ofensiva.

Apareció otro jerez en su mano como por ensalmo y, cuando el ruido cesó con brusquedad de ratonera, madame Sharn salió de detrás del telón y empezó a hablar para el nutrido público. Glenda pensó: Ojalá me hubiese puesto un abrigo mejor… Momento en el cual el jerez la arropó y le dio las buenas noches.

Solo empezó a pensar como una persona normal al cabo de un rato, cuando la alcanzó en la cabeza un ramo de flores. Le dieron justo por encima de la oreja y, mientras llovían pétalos caros a su alrededor, alzó la vista y se encontró con el rostro radiante de Juliet, al borde mismo de la pasarela, a medio gritar «¡Agáchate!».

… Y había más flores volando y gente que se levantaba y aplaudía, y música, y la sensación general de estar bajo una catarata que en vez de agua precipitase un caudal de luz y sonido.

De entre todo ese barullo surgió Juliet como una explosión, se lanzó encima de Glenda y le envolvió el cuello en un abrazo.

—¡Quiere de que repita! —dijo jadeando—. ¡Dice de que hasta podría ir a Quirm y Genua! Dice de que me pagará más si solo trabajo para ella y que el mundo es una ostra. No lo sabía.

—Pero ya tienes un trabajo estable en la cocina… —dijo Glenda, que solo había recuperado tres cuartas partes de su conciencia. Más tarde, más a menudo de lo que hubiese preferido, recordaría haber pronunciado esas palabras mientras los aplausos atronaban a su alrededor.

Sintió una suave presión en el hombro y se encontró a una de las intercambiables jóvenes con bandeja.

—Madame le manda un saludo, señorita, y las invita a usted y a la señorita Juliet a acompañarla en su tocador privado.

—Es muy amable por su parte, pero creo que deberíamos empezar a… ¿Un tocador, has dicho?

—Oh, sí. ¿Y le apetece otra copa? Es una fiesta, a fin de cuentas.

Glenda miró a su alrededor a la multitud que charlaba, reía y, por encima de todo, bebía. El sitio parecía un horno.

—De acuerdo, pero no ese jerez, muchas gracias. ¿Tienes algo muy frío y espumoso?

—Uy, sí, señorita. Y en cantidad. —La chica sacó una gran botella y, con movimientos de experta, llenó una copa alta y acanalada de, en apariencia, burbujas. Cuando Glenda se la bebió, las burbujas la llenaron también a ella.

—Hum, no está nada mal —dijo—. Es un poco como limonada para mayores.

—Madame se lo bebe como si lo fuera, eso desde luego.

—Ejem, y ese tocador… —probó Glenda, mientras seguía a la chica con paso más bien vacilante—. ¿Es grande?

—Ah, bastante grande, creo. Ya deben de haber unas cuarenta personas.

—¿De verdad? Vaya un tocador grande. —Bueno, mira qué bien, pensó Glenda. Una cosa que ya sé. De verdad que tendrían que incluir unas explicaciones decentes en esas novelas.

Nunca había estado segura, dado que no tenía ni idea de qué clase de cosa era un tocador, de lo que podía encontrarse dentro de uno. Descubrió que contenía personas, calor y flores; no flores en ramilletes, sino en pilares y montones imponentes, que cargaban el aire de nubes de empalagoso perfume mientras la gente de abajo llenaba el resto de palabras, bien apiñadas. Era imposible que nadie oyese lo que se decía, pensó Glenda, pero quizá eso no era importante. Quizá lo importante era estar allí para que se le viera a una decirlo.

El gentío se separó y vio a Juliet, que aún llevaba su atuendo centelleante, además de la barba… estando allí. Las salamandras emitían estallidos intermitentes de luz, lo que significaba que había gente con iconógrafos, ¿no? La prensa basura siempre estaba llena de gente que centelleaba de cara a la galería. Glenda no quería saber nada de ellos. Lo peor de todo era que su desaprobación no le importaba un pimiento a nadie. La gente centelleaba de todas formas. Y allí estaba Juliet, centelleando como la que más.

—Creo que me vendría bien un poco de aire fresco —farfulló.

Su guía la acompañó con amabilidad a una puerta discreta.

—Los baños están por aquí, señora. —Y lo estaban, solo que la habitación larga y bien iluminada era como una especie de cuento de hadas, lleno de terciopelo y cortinajes. Quince estampas sorprendidas de Glenda la miraban desde otros tantos espejos. Fue lo bastante imponente para obligarla a sentarse en una silla de patas curvas muy cara que además resultó ser la mar de cómoda…

Cuando despertó con una sacudida, salió dando tumbos, se perdió en un mundo oscuro de pasadizos olorosos llenos de cajas embaladas y acabó entrando a trompicones en una sala grandísima. Parecía más bien una caverna; al fondo había un par de puertas dobles, probablemente avergonzadas de dejar entrar una luz gris que, más que iluminar, acusaba. Había otro caos de roperos vacíos y cajas desperdigadas por el suelo. En un punto, una gotera había formado un charco y empapado unos cartones.

—Ahí están, ahí mismo, con su oropel y sus galas, y todo es mugre y desorden en la trastienda, ¿verdad, querida? —dijo una voz en la oscuridad—. Tienes pinta de ser una dama capaz de distinguir una metáfora cuando la tiene ante las narices.

—Algo así —murmuró Glenda—. ¿Quién lo pregunta?

Una luz naranja brilló y se apagó en la penumbra. Alguien se estaba fumando un cigarillo en las sombras.

—Es lo mismo en todas partes, cariño. Si diesen un premio a la parte trasera oculta, habría una pelea cojonuda por el primer puesto. He visto unos cuantos palacios en mi vida, y son todos iguales: torreones y gallardetes en la fachada, dormitorios para las doncellas y tuberías en la parte de atrás. ¿Te apetece rellenar eso? No puedes pasearte con una copa vacía, llamarías la atención.

El aire fresco estaba haciendo que se sintiera mejor. Todavía llevaba una copa en la mano.

—¿Qué es esto?

—Bueno, si estuviéramos en cualquier otra fiesta te diría que el vino espumoso más barato que pueda colarse con un calcetín, pero Madame no racanea. Es de verdad. Champán del bueno.

—¿Qué? ¡Pensaba que eso solo lo bebían los nobles!

—No, solo la gente que tiene dinero, cariño. A veces coincide.

Se fijó mejor, y ahogó un grito.

—¿Qué? ¿Eres Pepe?

—Yo mismo, cariño.

—Pero no estás todo… toda… —Hizo un gesto frenético con las manos.

—No estoy de servicio, cariño. No tengo que preocuparme por… —Agitó las manos con idéntico frenesí—. Tengo por aquí una botella de las nuestras. ¿Te apuntas?

—Bueno, tendría que volver…

—¿Por qué? ¿Para revolotear alrededor de ella como una gallina vieja? Déjala, cariño. Es un pato que acaba de encontrar el agua.

Pepe parecía más alto en aquella semipenumbra. Quizá fuera el lenguaje y la ausencia de amaneramientos. Además, al lado de madame Sharn cualquiera parecería pequeño. Era fibroso, sin embargo, como si estuviera hecho de tendones.

—Pero ¡le podría pasar cualquier cosa!

La sonrisa de Pepe resplandeció.

—¡Sí! Pero lo más probable es que no. Madre mía, la de micromalla que nos ha vendido, de eso puedes estar segura. Ya le he dicho yo a Madame que tenía un buen presentimiento. Tiene una gran carrera por delante.

—No, tiene un trabajo bueno y estable en la cocina nocturna, conmigo —protestó Glenda—. Puede que no sea mucho dinero, pero no le faltará ninguna semana. A tocateja, y no lo perderá si aparece alguna más guapa.

—¿Hermanas Dolly, no? Me suena a la zona de la calle Botney —dijo Pepe—. Seguro. No es de lo peor, si mal no recuerdo. No me pegaban mucho, aunque al final es la misma historia del cubo de cangrejos.

Glenda estaba sorprendida. Se había esperado ira o condescendencia, no esa sonrisilla aguda.

—Sabes mucho de nuestra ciudad para ser un enano de Uberwald, debo decir.

—No, cariño, sé mucho de Uberwald para ser un chico de Grupo de Presión —dijo Pepe sin inmutarse—. Del callejón del Queso Viejo, para ser exactos. Soy un chaval de aquí. No siempre he sido enano, ¿sabes? Un buen día me apunté.

—¿Qué? ¿Eso puede hacerse?

—Bueno, no es que vayan poniendo anuncios para explicarlo, pero sí, si conoces a las personas adecuadas. Y Madame conocía a las personas adecuadas; ja, conocía muchos detalles de las personas adecuadas. No fue muy difícil. Tengo que creer en algunas cosas, hay unos ritos y, por supuesto, el bebercio ni tocarlo… —Sonrió mientras la mirada de Glenda se clavaba en la copa que tenía en la mano, y prosiguió—: Demasiado rápida, cariño, iba a añadir «cuando estoy trabajando», y muy bien pensado que está. Da igual si apuntalas el techo de la mina o remachas un corpiño, empinar el codo es de gilipollas. Y la moraleja es que hay que agarrar fuerte la vida o volver al cubo con los cangrejos.

—Sí, sí, todo eso es muy fácil de decir —replicó Glenda, preguntándose qué pintaban los dichosos cangrejos—. Pero en la vida real la gente tiene responsabilidades. Nosotras no tenemos un trabajo de alto copete con un sueldo espectacular, pero ¡son empleos reales haciendo cosas que la gente necesita! A mí me daría vergüenza vender botas a cuatrocientos dólares el par, que solo se las pueden permitir los ricos. ¿Para qué sirve eso?

—Bueno, debes reconocer que hace a los ricos menos ricos —dijo la voz chocolateada de Madame a su espalda. Como muchas personas corpulentas, podía moverse con tanto sigilo como el globo que parecía—. Es un buen principio, ¿no? Y va a parar a los salarios de los mineros y los herreros. Todo circula, me cuentan.

Se sentó pesadamente en una caja de embalar con una copa en la mano.

—Bueno, ya los hemos echado a casi todos —dijo, mientras con la mano libre rebuscaba bajo su voluminoso peto de coraza hasta sacar un grueso fajo de papeles.

—Los grandes nombres se apuntan, todo el mundo lo quiere en exclusiva y necesitaremos otra forja. Mañana iré a hablar con el banco. —Hizo una pausa para pescar de nuevo en su corpiño metálico—. Como enana me criaron en la fe de que el oro es la única moneda verdadera —dijo, mientras contaba unos billetes nuevecitos—, pero debo reconocer que estos papelotes son mucho menos fríos. Ahí van cincuenta dólares para Juliet, veinticinco de mi parte y veinticinco de parte del champán, que se siente feliz. Juliet me ha dicho que te lo dé a ti para que lo guardes.

—La señorita Glenda cree que arrastraremos a su tesoro a una despreciable vida de pecado y depravación —dijo Pepe.

—Bueno, es una idea —replicó Madame—, pero no recuerdo cuándo fue la última vez que tuve un poco de depravación.

—El martes —señaló Pepe.

—Una caja entera de bombones no es depravación. Además, tú sacaste el cartón que separa los dos pisos, y eso me confundió. No pretendía comerme los de abajo. No quería los de abajo. Fue prácticamente una agresión.

Pepe carraspeó.

—Estamos asustando a la señorita normal, cariño.

Madame sonrió.

—Glenda, sé lo que estás pensando. Piensas que somos un par de payasas canallas y malvadas que se abandonan a la bebida en un mundo de apariencias y vanidad. En fin, es una descripción bastante precisa ahora mismo, pero hoy era el final de un año de trabajo duro, compréndelo.

Y reñís como un matrimonio de ancianos, pensó Glenda. Le dolía la cabeza. Eso le pasaba por probar la fruta de rata, estaba segura.

—Por la mañana le enseñaré estos encargos al director del Banco Real y le pediré un montón de dinero. Si él confía en nosotras, ¿tú podrás? Necesitamos a Juliet. La chica… centellea.

Y ahora estáis cogidos de la mano. Con fuerza. Algo blando cedió dentro de Glenda.

—De acuerdo, vamos a ver —dijo—. Haremos una cosa. Yo ahora me llevo a la Jul a casa, para que se aclare la cabeza. Mañana… bueno, ya veremos.

—No podemos pedir más que eso. ¿Verdad? —dijo Madame, y le dio una palmadita en la rodilla—. No sé si lo sabes, pero Juliet te tiene en un pedestal. Ha dicho que, antes que nada, tenías que dar tú el visto bueno. Ha hablado de tus empanadas a todas las damas de la alta sociedad.

—¿Ha estado hablando con damas de la alta sociedad? —preguntó Glenda con asombro entremezclado con emoción y toques de maravilla.

—Desde luego. Todas querían ver más de cerca la micromalla, y ella se ha puesto a charlar, tan ricamente. No creo que nadie les haya dicho antes «¿Todo bien o qué?» en su vida.

—¡Oh, no! Lo siento.

—¿Por qué? Les ha hecho bastante gracia. Y al parecer tú puedes ponerle cebolletas en vinagre a una empanada y siguen crujientes después de pasar por el horno.

—¿Les ha contado eso?

—Ya lo creo. O mucho me equivoco o todas piensan decirles a sus cocineros que lo intenten.

—Ja. ¡Nunca descubrirán cómo hacerlo! —dijo Glenda con satisfacción.

—Eso dice Jul.

—Esto… normalmente la llamamos Juliet —observó Glenda.

—Ella nos ha dicho que la llamemos Jul —dijo Madame—. ¿Hay algún problema?

—Bueno, hum, tampoco es que sea un problema —empezó Glenda, hecha polvo.

—Pues entonces, nada —dijo Madame, que evidentemente sabía cuándo no reparar en los detalles—. Y ahora vamos a arrancarla de las garras de sus nuevos amigos, y tú te encargarás de que duerma bien.

Se oyeron unas risas, y las chicas que ayudaban con el espectáculo pasaron en tropel a la sala húmeda que era la comadrona de la belleza. Juliet se contaba entre ellas, y era la que más alto se reía. Se separó del grupo al ver a Glenda y le dio otro abrazo.

—Oh, Glendy, ¿no es fantástico? ¡Es como un cuento de hadas!

—Sí, bueno, podría serlo —dijo Glenda—, pero no todos acaban bien. Tú recuerda que ahora tienes un buen trabajo, con perspectivas de futuro y sobras fijas que llevarte a casa. No es algo que pueda echarse por la borda a la ligera.

—No, habría que lanzarlo con toda la fuerza del mundo —dijo Pepe—. Pero ¿qué es esto? ¿Brasienta? Han dado el toque de varita, la corte aplaude, un puñado de príncipes guapos hacen cola para olisquear de lejos su zapatilla, ¿y tú quieres que vuelva a trabajar haciendo calabazas?

Contempló sus expresiones de incomprensión.

—Vale, a lo mejor me ha salido algo enrevesado, pero no me digáis que no entendéis el meollo de la cuestión. ¡Esta es una gran oportunidad! No la habrá más grande. ¡Una manera de salir del cubo!

—Creo que nos vamos a casa —dijo Glenda con altivez—. Venga, Jul.

—¿Lo ves? —dijo Pepe cuando se hubieron ido—. Un cubo de cangrejos.

Madame escudriñó la botella para ver si, contra todo pronóstico, quedaba una copa.

—¿Sabías que, poco más o menos, ha criado a la chica? Jul hará lo que ella le diga.

—Qué desperdicio —se lamentó Pepe—. No te pongas el mundo por montera, quédate aquí a hacer empanadas. ¿Tú crees que eso es vida?

—Alguien tiene que hacer empanadas —señaló Madame, con una calma razonable e irritante.

—Vamos, hombre, no fastidies. Ella, no. Que no sea ella. ¿Y por sobras? ¡Anda ya!

Madame recogió otra botella vacía. Sabía que lo estaba porque se hallaba en las inmediaciones de Pepe al final de una larga jornada, pero la examinó de todas formas porque la sed es eterna.

—Hum. A lo mejor no termina así la cosa —dijo—. Tengo la sensación de que la señorita Glenda está a punto de empezar a pensar. Hay un poderoso cerebro detrás de esa capa más bien triste y esos zapatos lamentables. Hoy podría ser su día de suerte.

Ridcully recorría con paso decidido los pasillos de la Universidad Invisible, con sus vestiduras aleteando confiadamente a su espalda. Tenía una gran zancada y Ponder necesitaba correr de lado como una especie de cangrejo para seguirle el ritmo, con la libreta apretada contra el pecho en ademán protector.

—Sabe que acordamos que no debía usarse para fines que no fueran la investigación pura, archicanciller. Firmó el edicto usted mismo.

—¿De verdad? Yo no lo recuerdo, Stibbons.

—Yo lo recuerdo con total claridad, señor. Fue justo después del caso del señor Floribunda.

—¿Ese cuál fue? —preguntó Ridcully, que seguía caminando con paso firme y la vista al frente.

—Aquel al que le entró el gusanillo y pidió al Gabinete un sándwich de beicon para ver qué pasaba.

—Pensaba que cualquier cosa que se sacara del Gabinete debía devolverse al cabo de 14,14 período horas.

—Sí, señor. Es así, pero el Gabinete parece tener unas reglas extrañas que no entendemos del todo. En cualquier caso, la defensa del señor Floribunda fue que pensaba que la norma de las catorce horas no se aplicaba a los sándwiches de beicon. Tampoco se lo contó a nadie, así que los estudiantes de su planta no supieron nada hasta que oyeron los gritos, unas catorce horas después.

—Corríjame si me equivoco —dijo Ridcully, que seguía superando las losas del suelo a un ritmo impresionante—, pero ¿para entonces no estaría digerido ya?

—Sí, señor, pero aun así volvió al Gabinete, por su cuenta y riesgo, podría decirse. Fue un descubrimiento interesante. No sabíamos qué podía pasar.

Ridcully frenó y Ponder chocó contra él.

—¿Qué le pasó exactamente?

—No le gustaría que le hiciera un dibujo, señor. Sin embargo, la buena noticia es que pronto se levantará de la silla de ruedas. A decir verdad, tengo entendido que ya camina bastante bien con bastón. Las medidas disciplinarias que le impongamos, por supuesto, dependen de usted, señor. El informe está en su escritorio, al igual que, dicho sea de paso, una considerable cantidad de documentos más.

Ridcully arrancó a caminar de nuevo.

—Lo hizo para ver qué pasaría, ¿no? —dijo con alegría.

—Eso dijo, señor —respondió Ponder.

—Y contradijo una orden expresa mía, ¿verdad?

—Sí, cierto de toda certeza, señor —dijo Ponder, que conocía al archicanciller y ya se formaba una idea de cómo iba a acabar aquello—. Y en consecuencia, señor, debo insistir en que… —Volvió a topar con Ridcully porque el archicanciller se había detenido ante una gran puerta en la que había un cartel rojo brillante que rezaba: «No debe retirarse ningún objeto de esta sala sin el permiso expreso del archicanciller. Firmado Ponder Stibbons pp Mustrum Ridcully».

—¿Firmó esto por mí? —preguntó Ridcully.

—Sí, señor. Estaba ocupado en su momento y ya nos habíamos puesto de acuerdo.

—Sí, por supuesto, pero no creo que deba darle al pp con tanta alegría. Recuerde lo que dijo de las letras UU aquella joven señorita.

Ponder sacó una gran llave y abrió la puerta.

—Permítame recordarle también, archicanciller, que acordamos una moratoria sobre el uso del Gabinete de Curiosidad hasta que hubiéremos limpiado parte de la magia residual del edificio. Al parecer todavía no nos hemos desembarazado de la sepia.

—¿Acordamos, señor Stibbons? —dijo Ridcully, volviéndose de repente—. ¿O lo acordó usted consigo mismo pp yo, por así decirlo?

—Bueno, ejem, creo que capté la esencia de su pensamiento, señor.

—Bueno, esta es la esencia de la investigación pura —dijo Ridcully—. Se trata de investigar qué esperanza podemos tener de salvar nuestra tabla de quesos. Muchos dirían que no hay fin más noble. En cuanto al joven Floribunda…

—¿Sí, señor? —preguntó Ponder con tono cansado.

—Asciéndalo. Sea cual sea su nivel, súbalo uno.

—Creo que eso transmitiría el mensaje equivocado —probó Ponder.

—Al contrario, señor Stibbons. Transmitirá exactamente el mensaje adecuado al cuerpo estudiantil.

—Pero desobedeció una orden directa, si me permite señalarlo.

—Es cierto. Hizo gala de independencia de pensamiento y una buena dosis de agallas, y en la puesta en práctica de esas cualidades aportó unos datos valiosos a nuestro conocimiento del Gabinete.

—Pero podría haber destruido la universidad entera, señor.

—Cierto, en cuyo caso lo habríamos castigado con todo rigor, de haber podido encontrar algún resto suyo. Pero no fue así; tuvo suerte y necesitamos magos con suerte. Asciéndalo, por orden directa mía, sin pp que valga. Por cierto, ¿fueron muy escandalosos esos gritos?

—A decir verdad, archicanciller, el primero fue tan sentido que se alargó mucho después de que él se hubiera quedado sin aliento, y parece que adoptó una existencia independiente. Magia residual, de nuevo. Hemos tenido que encerrarlo en una de las bodegas.

—¿Llegó a decir qué tal estaba el sándwich de beicon?

—¿Al entrar o al salir, señor? —preguntó Ponder.

—Solo al entrar, creo —dijo Ridcully—. Tengo una imaginación fértil, al fin y al cabo.

—Dijo que era el sándwich de beicon más delicioso que había probado nunca. Fue el sándwich de beicon con el que se sueña cuando se oyen las palabras «sándwich de beicon» y nunca, jamás se consigue del todo.

—¿Con salsa de carne? —preguntó Ridcully.

—Por supuesto. Al parecer, era el sándwich de beicon definitivo.

—Casi lo fue, para él, pero ¿eso no se sabía ya del Gabinete? ¿Que siempre entrega un espécimen perfecto?

—En realidad, sabemos muy poco a ciencia cierta —dijo Ponder—. Lo que sí sabemos es que no puede albergar nada que no quepa en un cubo de 35,35 período centímetros de lado, que deja de funcionar si, como hemos averiguado, no se le devuelve algún objeto no orgánico en el espacio de 14,14 período horas, y que nada de lo que contiene es rosa, aunque no sabemos por qué es así.

—Pero el beicon es claramente orgánico, señor Stibbons —dijo Ridcully.

Ponder suspiró.

—Sí, señor, tampoco sabemos el porqué de eso.

El archicanciller se apiadó de él.

—A lo mejor era uno de esos tan crujientes —sugirió con amabilidad—. De esos que pueden romperse con los dedos. A mí me gusta así en el sándwich.

La puerta se abrió y allí estaba. Pequeño, en el centro de una sala muy, muy grande.

El Gabinete de Curiosidad.

—¿Cree que esto es prudente? —dijo Ponder.

—Por supuesto que no —respondió Ridcully—. Ahora encuéntreme una pelota de fútbol.

En una pared había una máscara blanca, como de carnaval. Ponder se volvió hacia ella.

—Hex. Por favor, búscame una pelota apropiada para el juego del fútbol.

—¿Esa máscara es nueva? —preguntó Ridcully—. Pensaba que la voz de Hex viajaba por el espacio blit.

—Sí, señor. Sale del aire sin más, señor. Pero por algún motivo, en fin, parece mejor tener algo a lo que hablar.

—¿Qué forma de pelota de fútbol precisa? —dijo Hex, con voz tersa como la mantequilla clarificada—. ¿Ovalada o esférica?

—Esférica —contestó Ponder.

El Gabinete se sacudió al instante.

El trasto siempre había preocupado a Ridcully. Parecía demasiado soberbio, para empezar. Era como si dijese: «No sabéis lo que estáis haciendo. Me usáis como una especie de pesca del pato de feria, y seguro que ni siquiera habéis pensado nunca en la cantidad de cosas peligrosas que caben en un cubo de treinta y cinco centímetros». En realidad, Ridcully sí lo había pensado, a menudo a las tres de la madrugada, y nunca entraba en la sala sin un par de hechizos subcríticos en el bolsillo por si las moscas. Y luego estaba Huebo… En fin, esperar lo mejor y prepararse para lo peor, ese era el estilo de la UI.

Un cajón empezó a deslizarse hacia fuera y siguió deslizándose hasta llegar a la pared, y presumiblemente siguió deslizándose a lo largo de algún otro conjunto hospitalario de dimensiones, porque nunca lo encontraban fuera de la habitación, por mucho que buscasen.

—Hoy ha ido muy suave —comentó, mientras otro cajón salía de debajo del suelo y de él brotaba un tercero exactamente de su mismo tamaño y empezaba a avanzar con decisión hacia la pared del fondo.

—Sí. A los chicos de Durafacies se les ha ocurrido un nuevo algoritmo para manejar espacios de onda en blit de alto nivel. Acelera algo como el Gabinete en alrededor de unos dos mil traguis.

Ridcully arrugó la frente.

—¿Eso se lo acaba de inventar?

—No, señor. Se le ocurrió a Charlie Tragui, de Durafacies. Es una manera más corta de decir quince mil iteraciones al primer blit negativo. Y es mucho más fácil de recordar.

—O sea que sus conocidos de Durafacies le envían cosas —dijo Ridcully.

—Sí, claro —respondió Ponder.

—¿Gratis?

—Por supuesto, señor —dijo Ponder, con cara de sorpresa—. La libre circulación de información es esencial para la investigación de la filosofía natural.

—¿O sea que usted también les cuenta cosas?

Ponder suspiró.

—Sí, por supuesto.

—Me parece que eso no lo apruebo —dijo Ridcully—. Estoy totalmente a favor de la libre circulación de información, siempre que sean ellos los que nos circulen a nosotros la suya.

—Sí, señor, pero creo que ahí nos vemos algo condicionados por el significado de «libre circulación».

—Aun así… —empezó Ridcully, y se calló. Un sonido tan tenue que apenas habían reparado en él había cesado. El Gabinete de Curiosidad se había plegado y volvía a ser solo un mueble de madera en el centro de la sala, pero las dos puertas delanteras se abrieron ante sus ojos y una pelota marrón cayó al suelo, donde rebotó sonoramente. Ridcully se acercó, la recogió y la giró entre sus manos.

—Interesante —dijo, lanzándola contra el suelo. Rebotó por encima de su cabeza, pero tuvo reflejos suficientes para atraparla de bajada—. Muy curioso —añadió—. ¿Qué le parece, Stibbons? —Lanzó la pelota al aire y la envió de una fuerte patada hacia la otra punta de la sala. La bola regresó hacia Ponder quien, para su propio asombro, la atrapó.

—Casi diría que tiene vida propia. —Ponder la soltó en el suelo e intentó chutar.

La pelota salió volando.

Ponder Stibbons era el poseedor por antonomasia de la nota larguísima de su tía, que entre otras cosas pedía que se lo eximiera de todas las actividades deportivas a causa de su oreja de atleta, su astigmatismo errático, su nariz quejosa y su bazo revuelto. Como él mismo reconocía, preferiría correr quince kilómetros, saltar una verja de cinco travesaños y subir a un monte alto que practicar cualquier actividad deportiva.

La pelota le cantó. Cantaba «¡gloing!».

Al cabo de unos minutos, él y Ridcully volvían hacia la Gran Sala, botando de vez en cuando la pelota contra las losas. Ese «¡gloing!» tenía algo que hacía entrar ganas de volver a escucharlo.

—¿Sabe, Ponder? Creo que lo han estado enfocando todo mal. Hay más cosas en el cielo y en el Disco de las que sueña nuestra filosofía.

—Eso espero, señor. En mi filosofía no tengo muchas cosas.

—La clave es el balón —dijo Ridcully, botándolo con fuerza contra las losas para después atraparlo—. Mañana lo traeremos aquí y veremos qué pasa. Le ha dado a la pelota una buena patada, señor Stibbons, a pesar de que es, como usted mismo reconoce, un debilucho y un enclenque.

—Sí, señor, y un alfeñique, y me enorgullezco del apelativo. Debería recordarle, archicanciller, que el objeto no debe pasar demasiado tiempo fuera del Gabinete.

«¡Gloing!»

—Pero podríamos hacer una copia, ¿no? —dijo Ridcully—. Solo es cuero cosido, que probablemente protege alguna clase de vejiga. Apuesto a que cualquier artesano decente podría hacernos otra.

—¿Cómo, ahora?

—Siempre hay luz en la calle de los Artesanos Habilidosos.

Para entonces volvían a estar en la Gran Sala, y Ridcully miró a su alrededor hasta que sus ojos dieron con dos figuras que empujaban un carrito cargado de velas.

—¡Chicos, venid aquí! —gritó. Los interpelados dejaron de empujar el carro y se le acercaron—. El señor Stibbons, aquí presente, querría haceros un encargo. Es de considerable importancia. ¿Quiénes sois?

—Trevor Probable, jefe.

—Huebo, archicanciller.

Ridcully entrecerró los ojos.

—Sí… Huebo —dijo, y pensó en los hechizos que llevaba en el bolsillo—. El goteador de velas, ¿no? Bueno, podéis hacer algo de utilidad. Los dejo en sus manos, señor Stibbons.

Ponder Stibbons les tendió la pelota.

—¿Tenéis la menor idea de qué es esto?

Huebo se la quitó de las manos y la hizo rebotar en las baldosas unas cuantas veces.

«¡Gloing! ¡Gloing!»

—Sí. Parece una simple esfera, aunque creo que para ser exactos habría que llamarlo icosaedro truncado, elaborado cosiendo entre sí una serie de pentágonos y hexágonos de cuero duro, y coser significa agujeros y los agujeros dejan que el aire escape… Ah, por aquí pasan unos cordones, ¿lo ven? Debe de haber una vejiga interna; animal, probablemente. Un globo, por así decirlo, en aras de la ligereza y la elasticidad, encapsulado en cuero, sencillo y elegante. —Devolvió la pelota a Ponder, que estaba con la boca abierta.

—¿Acaso lo sabe todo, señor Huebo? —preguntó con el sarcasmo de un pedagogo nato.

Huebo se quedó en silencio mientras reflexionaba su respuesta:

—No estoy seguro acerca de muchos detalles, señor.

Ponder oyó una risilla contenida a su espalda y sintió que se ruborizaba. Le estaba replicando un goteador de velas, aunque Huebo fuera el más incontinentemente erudito que se hubiera encontrado nunca.

—¿Sabes dónde podrían hacernos una copia de esto? —preguntó Ridcully.

—Eso creo —dijo Huebo—. Me parece que la goma enana nos vendrá al pelo para esto.

—Allá en Viejos Remendones hay muchos enanos que podrán apañarle una, jefe —dijo Trev—. Tienen maña para estas cosas, pero querrán cobrar, siempre quieren cobrar. Los enanos no fían ni a su madre.

—Entregue a estos jóvenes caballeros veinticinco dólares, señor Stibbons, tenga la bondad.

—Eso es mucho dinero, archicanciller.

—Sí, bueno, los enanos, aunque son la sal de la Tierra, no tienen un gran dominio de los números pequeños, y esto corre prisa. Estoy seguro de que puedo confiarles el dinero a los señores Probable y Huebo, ¿no es así? —Lo dijo con jovialidad, pero había un deje en su voz. Trev, por lo menos, captó el mensaje enseguida: los magos confían en la gente por el futuro infernal que pueden desencadenar sobre ellos si se traiciona su confianza.

—Desde luego que puede confiar en nosotros, jefe.

—Sí, eso me parecía —dijo Ridcully.

Cuando se fueron, Ponder Stibbons preguntó:

—¿Les confía veinticinco dólares?

—Sí, en efecto —respondió Ridcully con desenfado—. Será interesante ver el resultado.

—Pese a todo, señor, debo decir que ha sido una decisión imprudente.

—Gracias por su aportación, señor Stibbons, pero ¿le importa que le recuerde a quién llaman jefe por aquí?

Glenda y Juliet tomaron un trollebús para volver a casa, otra enorme extravagancia, pero claro, Glenda llevaba encima más dinero del que había visto junto nunca. Se había embutido los billetes en el corpiño, a lo Madame, y parecían generar un calor propio. En un troll se iba a salvo. Quien quisiera atracar a un troll tendría que usar un edificio enganchado a un palo.

Juliet iba en silencio. Eso desconcertaba a Glenda; había esperado que parloteara como una cotorra. El silencio resultaba inquietante.

—Mira, sé que ha sido la pera de divertido —dijo Glenda—, pero lucir trapitos no es un trabajo de verdad, ¿a que no? —No. En los trabajos de verdad se cobra mucho menos, pensó.

¿De dónde había salido eso? Jul no había abierto la boca y el troll aún iba cubierto de liquen montañero y poseía un vocabulario monosílabo. Ha salido de mí, pensó. Esto va de sueños, ¿no? Ella es un sueño. Me atrevo a decir que la micromalla es un buen invento, pero ella la hacía centellear. ¿Y qué puedo decir yo? Ayudas en la cocina. Eres útil y servicial, por lo menos cuando no estás en la luna, pero no sabes llevar cuentas ni planificar un menú semanal. ¿Qué harías sin mí? ¿Cómo te las apañarías lejos de aquí, en tierras extrañas donde la gente es tan rara?

—Tendré que abrirte una cuenta bancaria —dijo en voz alta—. Será nuestro secreto, ¿de acuerdo? Será un buen colchoncito para ti.

—Y si papá no sabe que tengo dinero, no me lo quitará y lo meará contra la pared —dijo Juliet, mirando de reojo la cara solemne e impasible del troll.

Si Glenda hubiese sabido decir «Pas devant le troll», lo habría dicho. Pero era cierto: el señor Stollop ordenaba poner en un fondo común todos los ingresos de la familia, fondo que él custodiaba y luego incorporaba a otro fondo con sus amigos en la barra del Pavo y Verduras, y en última instancia acababa en otro fondo, el del apestoso callejón de detrás del local.

Se conformó con un:

—Yo no lo diría exactamente así.

«¡Gloing! ¡Gloing!»

La nueva pelota era mágica, ni más ni menos. Rebotaba y volvía a la mano tendida de Trev como si tuviera vida propia. Se moría de ganas de arriesgarse a chutarla, pero él, Huebo y el balón ya estaban recogiendo una estela de golfillos callejeros curiosos que garantizaba no volver a verla en la vida.

—¿De verdad estás seguro de cómo funciona? — preguntó a Huebo.

—Oh, sí, señor Trev. Es mucho más sencillo de lo que parece, aunque los poliedros necesitarán un poco de trabajo, pero en general…

Una mano aterrizó en el hombro de Trev.

—Vaya, vaya. Trev Probable —dijo Andy—. Y su pequeña mascota, más difícil de matar que una cucaracha, por lo visto. Pasa algo, ¿a que sí, Trev? Y tú vas a contarme lo que es. Oye, ¿qué es eso que llevas?

—Hoy no, Andy —dijo Trev, retrocediendo—. Tienes suerte de no haber acabado en el Rapapolvo con el señor A-la-primera tomándote las medidas para un collar de esparto.

—¿Yo? —preguntó Andy con inocencia—. ¡Yo no hice nada! No puedes culparme de lo que haga un cretino Stollop, pero pasa algo con el fútbol, ¿verdad? Vetinari quiere meterle mano.

—Déjalo correr, ¿vale? —dijo Trev.

Andy llevaba detrás más pandilla de la habitual. Los hermanos Stollop habían tenido el buen criterio de ahorrar a las calles su presencia durante una temporada, pero la gente como Andy siempre podía encontrar seguidores. Como decían ellos, era mejor estar del lado de Andy que delante suyo. Y con Andy nunca podía saberse cuándo estaba…

El alfanje afloró en un solo movimiento. Así era Andy. Lo que fuera que tuviese dentro para contener la furia primigenia podía desaparecer al instante. Y allí estaba la hoja con el futuro de Trev escrito en ella con palabras muy cortas. Y se detuvo a medio tajo y la voz de Huebo dijo:

—Creo que podría apretar con suficiente presión, Andy, para moler tus huesos hasta que fluyeran. Hay veintisiete huesos en la mano humana. Creo sinceramente que podría inutilizar todos y cada uno de ellos si añadiera la más mínima presión. Sin embargo, me gustaría concederte una oportunidad de revisar tus actuales intenciones.

La cara de Andy era una mezcla de colores: un blanco que era casi azul y una furia que era casi carmesí. Intentaba desasirse y Huebo permanecía en calma y del todo inamovible.

—¡A por él! —susurró Andy al mundo en general.

—Caballeros, ¿puedo recordarles que, muy a mi pesar, me queda otra mano? —dijo Huebo.

Debió de apretar a Andy, porque este chilló mientras su mano se estrujaba contra la empuñadura.

Trev sabía de sobras que Andy no tenía amigos, sino seguidores. Observaban a su cabecilla abatido y observaban a Huebo, y veían con total claridad no solo que este tenía una mano libre, sino lo que era capaz de hacer con ella. No se movieron.

—Muy bien —dijo Huebo—. Tal vez esto no ha sido sino un desafortunado malentendido. Estoy a punto de aflojar la mano lo justo para que suelte su alfanje, señor Andy, por favor.

Se oyó a Andy tomar aire una vez más cuando el arma aterrizó sobre las piedras.

—Ahora, si nos disculpan, el señor Trev y yo nos marcharemos.

—¡Coge el puto pincho! No dejes ese alfanje en el suelo —dijo Trev.

—Estoy seguro de que el señor Andy no nos seguirá —dijo Huebo.

—¿Estás chalado? —preguntó Trev. Bajó el brazo, recogió el arma y dijo—: Suéltalo y nos largamos.

—Muy bien —dijo Huebo. Debió de apretar un poquito más porque en ese momento Andy se derrumbó sobre sus rodillas.

Trev tiró de Huebo y lo remolcó a través del gentío permanente de la ciudad.

—¡Hablabas con Andy! —exclamó, mientras tiraba de él a toda prisa—. No puedes esperar lógica de Andy. No puedes esperar que «aprenda de sus errores». No busques ninguna explicación cuando Andy va por ti. ¿Entendido? No intentes hablar con él como si fuera un ser humano. Y ahora, no te quedes atrás.

Las tiendas enanas marchaban viento en popa últimamente, sobre todo porque entendían la primera regla de la mercadotecnia, que es la siguiente: yo tengo artículos en venta y el cliente tiene dinero. Yo debería tener ese dinero y, por desgracia, eso conlleva que el cliente tenga mis artículos. Con ese fin, en consecuencia, no diré: «El del escaparate es el último que nos queda y no podemos vendérselo, porque entonces nadie sabría que los tenemos a la venta» ni «Es probable que nos lleguen más para el miércoles» ni «Es que nos los quitan de las manos» ni «Estoy harto de decirle a la gente que no hay demanda»; cerraré toda venta por cualquier medio que no llegue a la violencia física, porque sin ventas soy espacio echado a perder.

Glang Hijoderroncador era fiel a esa regla, pero no le gustaba mucho la gente, un trastorno muy extendido entre quienes tienen que atender al público a lo largo de un período prolongado, y los dos clientes del otro lado del mostrador lo estaban poniendo nervioso. Uno era menudo y parecía inofensivo, pero algo tan enterrado en la psique de Glang que probablemente estaba embutido en sus genes lo inquietaba. El otro intru… cliente era poco más que un crío y por tanto era probable que cometiese un delito en cualquier momento.

Glang afrontó la situación no entendiendo nada de lo que decían y mascullando insultos tontos en su lengua natal. El riesgo era mínimo, porque solo la Guardia aprendía enano, y por eso se llevó una sorpresa cuando el de aspecto inquietantemente inofensivo dijo, con un acento de Nellofselek mejor que el que le quedaba al propio Glang después de tanto tiempo en la ciudad:

—Tamaña descortesía con el desconocido amable avergüenza su barba y borra las escrituras de Tak, venerable mercader.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Trev, mientras Glang farfullaba disculpas.

—Nada, un saludo tradicional —dijo Huebo—. ¿Podría pasarme el balón, por favor? —Cogió la pelota y la hizo rebotar en el suelo.

«¡Gloing!»

—Sospecho que usted conocerá el truco para fabricar goma azufrada.

—Esa era el… el nombre de mi abuelo —balbució Glang.

—Ajá, un buen presagio —se apresuró a decir Trev. Atrapó la pelota y volvió a botarla.

«¡Gloing!»

—Yo puedo cortar y coser el revestimiento exterior si usted trabaja en la vejiga —dijo Huebo—, y le pagaremos quince dólares más la licencia para que haga tantas como quiera.

—Se forrará —terció Trev para darle ánimos.

«¡Gloing! ¡Gloing!», hizo la pelota, y Trev añadió:

—Y será una licencia universitaria, ojo. Nadie se atrevería a buscarle las cosquillas.

—¿Cómo sabes lo que es la goma azufrada? —preguntó Glang. Tenía la expresión de alguien que se sabe superado en número pero está decidido a morir matando.

—Porque el rey Rhys de los enanos regaló un vestido de goma azufrada y cuero a lady Margolotta hace seis meses, y estoy bastante seguro de que entiendo el principio.

—¿Ella? ¿La Señora Oscura? ¡Puede matar a alguien con solo pensarlo!

—Es amiga mía —dijo Huebo con calma—, y yo le ayudaré.

Glenda no estaba muy segura de por qué le dio al troll dos peniques de propina. Era anciano y lento, pero tenía la tapicería en buen estado y un par de paraguas, y a los trolls no les gustaba llegar tan lejos porque las pandillas de críos los tenían cubiertos de grafitis hasta la cintura para cuando salían del barrio.

Notó unos ojos ocultos clavados en ella mientras caminaba hasta su puerta, y no le importó.

—Muy bien —le dijo a Juliet—. Tómate la noche libre, ¿vale?

—Volveré al trabajo contigo —replicó Juliet, para su sorpresa—. Necesitamos el dinero y no puedo hablarle a papá de los cincuenta dólares, ¿verdad?

Se produjo una pequeña colisión de expectativas en la cabeza de Glenda mientras su amiga seguía hablando:

—Tienes razón, es un trabajo estable y no quiero perderlo, y soy tan burra que en el otro seguro que la cago. Vale, ha sido divertido y tal, pero luego he pensado de que, bueno, tú siempre me das buenos consejos, y me he acordado de la vez que le arreaste aquel patadón en los huevos a Damien el Grasas cuando me metió mano, que caminó doblado una semana entera. Además, si me voy con ellos tendré que dejar el barrio, y a papá y los chicos. Eso da mucho miedo. Y me avisaste de que fuera con cuidado con los cuentos de hadas, y tienes razón, la mitad de veces son trasgos. Y no sé cómo me las apañaría sin ti para llevarme derecha. Eres firme, ya te digo que sí. No recuerdo un tiempo en el que no estuvieras conmigo, y cuando una chica se ha cachondeado de tu abrigo viejo, le he dicho de que trabajas muy duro.

Glenda pensó: Antes podía leerte como un libro abierto; uno con las páginas grandes y coloridas y pocas palabras. Y ahora no puedo. ¿Qué está pasando? Me das la razón y tendría que sentirme la mar de satisfecha, pero no es así. Me siento mal, y no sé por qué, y eso duele.

—A lo mejor tendrías que consultarlo con la almohada —sugirió.

—No, solo me liaría, ya me conozco.

—¿Te encuentras bien? —Algo dentro de Glenda le gritaba.

—Estoy bien —dijo Juliet—. Bah, ha sido divertido y tal, pero es para ricachonas, no para mí. Todo es brillo, nada que pueda agarrarse. Pero una empanada es una empanada, ¿no? ¡Es firme! Además, ¿quién cuidaría de papá y los chicos?

¡No, no, no!, chilló la voz de Glenda en su propia cabeza, ¡eso no! No era lo que yo quería. ¿Ah, no? ¿Entonces qué me creía que estaba haciendo, dándole la misma tabarra de siempre? ¡Ella me hace caso, y a mí no se me ocurre otra cosa que darle buen ejemplo! ¿Por qué? Porque quiero protegerla. Es tan… vulnerable. Oh, cielos, le he enseñado a ser yo, ¡y hasta eso lo he hecho mal!

—Bueno, vale, puedes volver conmigo.

—¿Veremos el banquete? Mi padre nos ha dado la lata con ese banquete que no veas. Cree que lord Vetinari va hacer que los asesinen a todos.

—¿Lo hace mucho?

—Sí, pero echan tierra por encima, dice mi padre.

—Habrá cientos de personas. Haría falta mucha tierra. —Y si no me gusta lo que oigo, no habrá tierra suficiente en el mundo, pensó.

Trev deambuló por la tienda sin saber qué hacer mientras Huebo y el enano juntaban sus cabezas sobre el balón. Por algún motivo sonaba un leve roce en el techo. Parecían garras. Solo es un pájaro, se dijo. Ni siquiera Andy entraría por el techo. Y había otro asunto acuciante. Aquel sitio debía de tener retrete, ¿no? Había al menos una puerta trasera que no podía llevar más que a un callejón y, bueno, ¿para qué sirve un callejón si no para los vagabundos con sueño y la llamada de la naturaleza? Tal vez en el mismo sitio si se tenía el día cruel.

Trev se desabrochó el cinturón, se situó de cara a una fétida pared y miró hacia arriba con aire despreocupado, como hacen los hombres en tales circunstancias. Sin embargo, la mayoría de los hombres no se encuentran con los rostros asombrados de dos mujeres con apariencia de pájaro que estaban plantadas, no, posadas en el techo. Soltaron sendos graznidos («¡Ark! ¡Ark!») y desaparecieron volando en la oscuridad.

Trev volvió a la tienda mojado y a toda prisa. Aquella maldita ciudad cada día era más rara.

Después de eso, el tiempo se le pasó volando, y cada segundo olió a azufre. Había visto cómo goteaba las velas Huebo, pero era a ritmo de caracol si se comparaba con la velocidad a la que cortó el cuero para el balón. Pero no era escalofriante; era simplemente Huebo. Lo que sí daba escalofríos era que no midió nada. Al final, Trev no pudo soportarlo y, tras despegarse de la pared en la que estaba apoyado, señaló un retal de cuero y dijo:

—¿Cuánto mide eso?

—Cuatro centímetros con veintitrés veinticincoavas partes.

—¿Cómo puedes saberlo sin medir?

—Lo mido, pero con los ojos. Es una habilidad. Puede aprenderse.

—¿Y eso te da valía?

—Sí.

—¿Y quién lo juzga?

—Yo.

—Aquí la tiene, señor Huebo, todavía calentita —dijo Glang, que llegaba de la trastienda sosteniendo algo que parecía un pedazo extraído de un animal que a esas alturas estaría, por su propio bien, muerto.

—Por supuesto, podría hacerlo mucho mejor con más tiempo —prosiguió el enano—, pero si sopla por este tubito…

Trev observó asombrado, y se le pasó por la cabeza que en toda su vida no había hecho más que unas pocas velas y muchos desastres. ¿Cuál era su valía?

«¡Gloing! ¡Gloing!»

Dos pelotas en armonía, pensó Trev, pero aplaudió cuando Huebo y Glang se dieron la mano, y después, mientras ellos seguían admirando su trabajo, llevó la mano hacia atrás y se escondió en el bolsillo una daga que había en el banco de trabajo.

No era un ladrón. Vale, alguna fruta de los tenderetes, pero todo el mundo sabía que eso no contaba, y mangarle la cartera a un estirado era un simple acto de redistribución social, eso también lo sabía todo el mundo, y a lo mejor te encontrabas algo que parecía perdido y, en fin, alguien iba a recogerlo de todos modos, así que ¿por qué no tú?

Las armas te mataban, a menudo porque tú empuñabas una. Pero las cosas estaban yendo demasiado lejos. Había oído crujir los huesos de Andy, y Huebo había puesto al tipo de rodillas sin sudar. Y tenía dos motivos para tomar precauciones allí mismo. Uno era que, si dejabas mal a Andy, más valía dejarlo también inutilizado, y mucho, porque volvería a la carga con sangre en la comisura de los labios. Y el segundo, el peor, era que había llegado el punto en que Huebo resultaba más preocupante que Andy. Por lo menos sabía lo que era Andy…

Con una pelota por barba, emprendieron el camino de vuelta a la universidad; Trev se iba fijando en los edificios altos.

—Es increíble lo que llega a verse en esta ciudad —comentó—. Antes me he encontrado con dos tipas así en plan vampiras, ¿sabes?

—Ah, ¿esas? Trabajan para la señora. Su misión es proteger.

—¿A quién? —preguntó Trev.

—No se preocupe por ellas.

—¡Ja! ¿Y sabes algo más raro todavía que ha pasado esta tarde? —dijo Trev, mientras llegaban a la vista de la universidad—. Le has ofrecido a ese enano quince dólares y ni ha regateado. Eso sí que es lo nunca visto. Será el poder del «¡gloing!».

—Sí, pero en realidad le he dado veinte dólares —dijo Huebo.

—¿Por qué? No ha pedido nada más.

—No, pero ha trabajado muy duro y los cinco dólares de más pagarán con creces la daga que ha robado cuando estábamos de espaldas.

—¡Yo no he robado nada! —protestó Trev con indignación.

—Tomo nota de su respuesta automática, irreflexiva y a resorte, señor Trev. Como la he tomado de la imagen de la daga sobre el banco, seguida al cabo de poco por la del espacio vacío que antes ocupaba. No estoy enfadado porque he visto cómo, con muy buen criterio, lanzaba el alfanje del señor Espinilla por encima de un muro y comprendo su nerviosismo, pero aun así debo señalar que eso es robar. Y por tanto le pido, como amigo, que devuelva la daga por la mañana.

—Pero ¡así se quedará los cinco dólares y además su daga! —Trev suspiró—. Al menos nos hemos sacado unos dólares cada uno —dijo, mientras entraban por la puerta trasera de la universidad.

—Sí y no, señor Trev. Usted llevará los cinco dólares de cambio y este recibo de veinte dólares más bien mugriento aunque genuino al señor Stibbons, que le tiene por un indeseable, y así le hará poner en duda su suposición inicial de que es un ladrón y un sinvergüenza, con lo que contribuirá a su avance en esta universidad.

—No soy un… —empezó Trev, y se calló, lo bastante sincero para reconocer que tenía el cuchillo en el abrigo—. La verdad, Huebo, eres único, anda que no.

—Sí —dijo Huebo—. Estoy llegando a esa conclusión.

¿TODO BIEN O QUÉ?

La frase, en letras enormes, gritaba desde la primera plana del Times, junto a una gran imagen de Juliet centelleando con su micromalla y sonriendo al lector. Glenda, paralizada durante los últimos quince segundos en el acto de llevarse una tostada a la boca, por fin mordió.

Luego parpadeó y dejó caer la tostada para leer:

La misteriosa modelo «Chul» fue la comidilla de un asombroso pase de modas celebrado ayer en Bruño’s, en el que fue la encarnación misma de la micromalla, la extraordinaria «tela» metálica sobre la que tanto se había especulado en los últimos meses y que, como confirma ella, No Pica. Charló alegremente con cautivadora franqueza popular con unas dignatarias a las que este periodista está seguro de que nadie había dicho nunca «¿Todo bien o qué?». Parecieron encontrar la experiencia refrescante y desde luego no se picaron…

Glenda dejó de leer en ese momento porque la pregunta «¿En cuántos problemas nos va a meter este asunto?» intentaba llenar toda su cabeza. Pero no había problema, ¿verdad? Ni lo habría. No podía haberlo. Para empezar, ¿quién pensaría que la belleza de la barba plateada, esa diosa de la forja, era una pinche de cocina? En segundo lugar, no habría ningún problema a menos que alguien lo buscara, en cuyo caso tendría que vérselas con Glenda, que le haría vérselas y deseárselas en un periquete. Porque Jul estaba fantástica. Tenía que reconocerlo. La chica iluminaba la página como el sol, y de repente lo vio claro: sería un crimen esconder toda esa gracia y belleza en un sótano. ¿Y qué si tenía un vocabulario de menos de setecientas palabras? Sobraba gente con la cabeza llena de palabras como un huevo, y ¿quién quería verlos a ellos en primera plana?

Además, pensó mientras se ponía el abrigo, sería flor de un día y de todas formas, añadió para sus adentros, nadie iba a caer en la cuenta de que era Juliet. Al fin y al cabo, llevaba barba y eso era asombroso, porque tendría que ser imposible que una mujer barbuda estuviese atractiva, pero funcionaba. ¡Mira que si se pone de moda! Habrá que pasar el doble de tiempo en la peluquería. A alguien se le ocurrirá, pensó.

No surgía ningún sonido de casa de los Stollop. No le sorprendía. Juliet no acababa de captar el concepto de la puntualidad. Glenda se asomó al lado un momento para ver cómo estaba la viuda Gentío y después dirigió sus pasos, bajo la llovizna, a su refugio de la cocina nocturna. A medio camino, una presión casi olvidada en su corpiño le recordó su deber, y se atrevió a entrar en el Banco Real de Ankh-Morpork.

Temblando de miedo y rebeldía, se acercó al mostrador de un empleado, le plantó delante cincuenta dólares calentitos y dijo:

—Quiero abrir una cuenta bancaria, ¿vale?

Se fue cinco minutos después con una flamante libreta y el delicioso recuerdo de que un hombre de aspecto elegantón sentado a un mostrador de aspecto elegantón en un edificio de aspecto elegantón la había llamado señora, y disfrutó de la sensación hasta que la vio topar con la realidad de que a la señora más le valía arremangarse y ponerse a trabajar.

Había mucho que hacer. Preparaba siempre las empanadas con al menos un día de adelanto para que pudieran madurar, y el apetito del señor Huebo la noche anterior había hecho profunda mella en su despensa. Pero, al menos, la noche siguiente no habría mucha demanda. Ni siquiera los magos pedían empanada después de un banquete.

Ah, sí, el banquete, pensó, mientras la lluvia empezaba a calarle el abrigo. El banquete. Tendría que hacer algo acerca de ese banquete. A veces, si una quería asistir al baile, tenía que ser su propia hada madrina.

Había varios obstáculos que exigían el toque de una varita mágica: en la práctica, la señora Panadizo mantenía una especie de apartheid entre las cocinas diurna y nocturna, como si un tramo de escaleras cambiara quién eras, nada menos. La siguiente dificultad estribaba en que Glenda no tenía, según las tradiciones de la universidad, la figura adecuada para atender la mesa, por lo menos cuando había visitas, y, por último, tampoco tenía el temperamento idóneo para atender la mesa. No era que no supiese sonreír; era muy capaz de sonreír, si se la advertía con tiempo suficiente, pero odiaba a muerte tener que sonreír a personas que en realidad merecían un servilletazo en la oreja. Odiaba llevarse platos de comida sin terminar. Siempre tenía que morderse la lengua para no decir algo como: «¿Por qué te lo has puesto en el plato si no pensabas acabártelo?», o «Mira, te has dejado más de la mitad y va a medio dólar el kilo», además de «Claro que está frío, pero es porque has estado haciendo piececitos con la señorita de enfrente en vez de concentrarte en tu cena», y cuando fallaba todo lo demás, «Hay niños pequeños en Klatch, ya sabes…»; la frase era de su madre, pero estaba claro que siempre se saltaba la parte importante.

Odiaba el derroche, pensó para sus adentros mientras recorría el pasillo de piedra que llevaba a la cocina nocturna. Nunca tenía por qué haberlo si una sabía manejarse en la cocina y sus comensales tenían la decencia de tomarse la comida en serio. Estaba divagando para sí misma. Lo sabía. De vez en cuando sacaba del bolso la portada del Times y le echaba otro vistazo. En efecto, todo aquello había sucedido y allí estaba la prueba. Pero había una cosa curiosa: todos los días pasaba algo lo bastante importante para salir en primera plana del periódico. No había comprado nunca un ejemplar donde hubiera un cartelito de «Ayer no pasó gran cosa, lo sentimos». Y el día siguiente, por maravillosa que fuera la iconografía de Juliet, acabaría envolviendo raciones de pescado con patatas y todo el mundo la habría olvidado. Eso le quitaría un peso de encima.

Se oyó un carraspeo educado. Lo reconoció como perteneciente al señor Huebo, que tenía el carraspeo más educado que pudiera concebirse.

—¿Sí, señor Huebo?

—El señor Trev me envía con esta carta para la señorita Juliet, señorita Glenda —dijo Huebo, que al parecer la había esperado junto a la escalera. Se la tendió como si fuera una espada de doble filo.

—Me temo que todavía no ha llegado —respondió Glenda mientras Huebo la seguía escaleras arriba—, pero la dejaré en este estante de aquí, donde la verá por narices. —Miró a Huebo y vio sus ojos clavados en las lejas de las empanadas—. Ah, y me parece que he hecho una tarta de manzana de más. Me pregunto si podría ayudarme a retirarla de las instalaciones.

Huebo le dedicó una sonrisa agradecida, cogió la tarta y se fue a paso ligero.

Sola una vez más, Glenda miró el sobre. Era de los más baratos, de esos que parecían hechos con papel higiénico reciclado. Y, de algún modo, parecía haberse vuelto un poco más grande.

De forma inexplicable, se descubrió recordando que el pegamento de esos sobres era tan malo que, para cerrarlos, probablemente sería mejor tener un resfriado de los gordos. Cualquiera podía abrir la carta sin problemas, leer lo que decía, sacarse un poco de cerumen y nadie sabría nada.

Pero eso habría sido una muy mala acción.

Glenda tuvo el mismo pensamiento exacto quince veces antes de que Juliet entrase en la cocina nocturna, colgara su abrigo en el perchero y se pusiera el delantal.

—En la góndola había un hombre leyendo el periódico y salía yo en primera plana —dijo emocionada.

Glenda asintió y le pasó su propio ejemplar.

—Bueno, sí que soy yo —dijo Juliet, con la cabeza ladeada—. ¿Y ahora qué hacemos?

—¡Abre la maldita carta! —gritó Glenda.

—¿Qué? —preguntó Juliet.

—Esto, ejem, Trev te ha mandado una carta —dijo Glenda. La agarró del estante y se la tendió—. ¿Por qué no la lees ahora mismo?

—Seguro que solo dice chorradas.

—¡No! ¿Por qué no la lees ahora mismo, te digo?

Juliet cogió el sobre. Se abrió casi antes de que lo tocara. El lado malvado de Glenda pensó: ¡Casi no llevaba pegamento! ¡Podría haberla abierto como si tal cosa!

—No puedo leerla si estás tan cerca —dijo Juliet. Al cabo de un rato moviendo los labios, añadió—: No lo entiendo. Son un montonazo de palabras largas. La letra es una monada, eso sí. Aquí hay una parte que dice que parezco un día de verano. ¿De qué va esto, pues? —La puso en la mano de Glenda—. ¿Te la lees por mí, Glendy? Sabes que no me van muy allá las palabras complicadas.

—Bueno, estoy un poco ocupada —dijo Glenda—, pero ya que me lo pides…

Se sentó y empezó a leer. Una vida de lo que hasta ella misma llamaría malas novelas románticas dio fruto de repente. La carta era como si alguien hubiera abierto el grifo de la poesía y después se hubiese marchado de vacaciones sin acordarse. Pero eran unas palabras maravillosas, pese a todo. Aparecía la palabra «pretendiente», por ejemplo, que era un indicador inconfundible, abundaban las referencias a flores y no faltaban lo que parecían súplicas, todo ello acompañado por una letra bonita; al cabo de un rato sacó su pañuelo y lo usó de abanico en torno a su cara.

—Bueno, ¿de qué va? —dijo Juliet.

Glenda suspiró. ¿Cómo empezar? ¿Cómo hablar a Juliet sobre símiles, metáforas y licencia poética, todo envuelto en una letra preciosa y con florituras?

Hizo lo que pudo:

—Bueeeno, básicamente dice que le gustas un montón, que cree que tienes un cuerpazo y que qué tal una cita, sin tejemanejes, lo promete. Y debajo hay tres equis pequeñitas.

Juliet rompió a llorar.

—Es una pasada. Mira que sentarse y escribir todas esas palabras solo para mí. Poesía de verdad solo para mí. La pondré debajo de mi almohada para dormir.

—Sí, sospecho que él tenía algo así en mente —dijo Glenda, y pensó: ¿Trev Probable un poeta? Nada, pero nada probable.

Había una carga atroz en la vejiga de Pepe, que estaba atrapado entre la espada y la pared, si no era una descripción demasiado ofensiva de estar tumbado entre Madame y un muro. Ella seguía dormida. Roncaba de forma magnífica, usando el tradicional ronquido múltiple, conocido para aquellos lo bastante afortunados para tener que escucharlo cada noche como la sinfonía «¡gronf, gronf, gronff, joooojj!». Además estaba tumbada sobre la pierna de Pepe. Y la habitación estaba oscura como boca de lobo. Logró recuperar su pierna, la mitad de la cual se había dormido, y partió en la conocida búsqueda de la porcelana, que empezó por pisar una botella vacía de champán, que salió rodando y lo dejó tumbado boca arriba. En la penumbra la buscó a tientas, la encontró, practicó la prueba de la auténtica vaciedad, porque nunca se sabía, y solo entonces volvió a llenarla, por así decirlo, para después dejarla sobre lo que probablemente era una mesa, pero en su imaginación y la oscuridad bien podría haber sido un armadillo.

Había otro sonido sincopado con la actuación virtuosa de Madame. Eso debía de haberlo despertado. A tientas, localizó sus calzones y tras solo tres intentos logró ponérselos del derecho y con la cintura hacia arriba. Estaban un poco fríos. Ese era el problema de la micromalla: era, a fin de cuentas, metal. Por otro lado, no picaba y nunca había que lavarla. Cinco minutos al fuego y era lo más higiénico del mundo. Además, la versión de Pepe de los calzones contenía su propia sorpresa.

Sintiéndose ya capaz de afrontar el mundo, o por lo menos la parte de él que solo necesitaba ver su mitad superior, llegó arrastrando los pies y golpeándose los dedos hasta la puerta de la tienda, investigando todas las botellas que encontró por el camino en busca de evidencias de contenido líquido. Asombrosamente, una botella de oporto había sobrevivido con un cincuenta por ciento de capacidad restante. Muy oportuno, pensó, y se bebió el desayuno.

Algo estaba sacudiendo la puerta de la tienda. Esta tenía una pequeña abertura deslizante por la que el personal podía averiguar si quería dejar entrar a un cliente en potencia, porque cuando se es una tienda de lujo como Bruño’s, no se le vende a cualquiera. Varios pares de ojos zigzaguearon de un lado a otro de su visión a medida que la gente apiñada al otro lado de la puerta luchaba para captar su atención. Alguien dijo:

—Venimos a ver a Chul.

—Está descansando —dijo Pepe. Siempre era una buena frase y podía significar cualquier cosa.

—¿Ha visto la portada del Times? —preguntó una voz, que después añadió—: Mire. —Una estampa de Juliet apareció ante la puerta.

Ostras, exclamó para sus adentros.

—Tuvo un día agotador —dijo.

—El público quiere saberlo todo sobre ella —proclamó una voz más severa.

Y una voz femenina bastante menos agresiva añadió:

—Parece que es una joven impresionante.

—Lo es. Lo es —dijo Pepe, inventando a la desesperada—, pero es una persona muy, muy reservada, y además un poco artista, ya me entiendes.

—Bueno, yo tengo un pedido grande —anunció otra voz más cuando su propietario logró abrirse un hueco ante la ranura.

—Ah, bueno, para eso no hace falta que la despertemos. Denme un momentito y enseguida estoy con ustedes. —Echó otro trago de oporto. Cuando se volvió, Madame, con un camisón que habría dado cabida a un pelotón, por lo menos si sus miembros se llevaban muy bien, se le acercaba con una copa en una mano y la botella de champán en la otra.

—Esto está desbravado del todo —dijo.

—Iré a por una sin abrir —replicó él, quitándosela de las manos con un gesto rápido—. Ahí fuera hay periodistas y clientes, y todos quieren a Jul. ¿Te acuerdas de dónde vive?

—Estoy segura de que me lo dijo —rememoró Madame—, pero parece que haga mucho tiempo. La otra, Glenda, creo, trabaja en un sitio grande de la ciudad, de cocinera. De todas formas, ¿para qué quieren verla?

—Ha salido un retrato maravilloso en el Times —dijo Pepe—. ¿Sabes cuando dijiste que pensabas que nos haríamos ricos? Bueno, parece que pecaste de modesta.

—¿Qué sugieres, cariño?

—¿Yo? —preguntó Pepe—. Acepta el pedido, porque es bueno para el negocio, y dile a los demás que Jul hablará con ellos más tarde.

—¿Te parece que se lo creerán?

—No les quedará más remedio, porque no sabemos dónde cojones está. Hay un millón de dólares caminando por la ciudad.

Rhys, Bajo Rey de los enanos, prestó una especial atención a la imagen de la chica maravillosa. La definición no estaba nada mal. La técnica de traducir la señal de clacs a una imagen en blanco y negro estaba ya muy avanzada. Aun así, su gente en Ankh-Morpork debía de haber considerado aquello de un especial interés para merecer el ancho de banda necesario. Desde luego, tenía preocupados a muchos de los otros enanos pero, en la experiencia del Bajo Rey, era posible encontrar a alguien, en alguna parte, que pusiera pegas a cualquier cosa. Contempló a los grags que tenía delante. Qué fácil lo tiene la gente como Vetinari, pensó. Él solo tiene que vérselas con las religiones. Nosotros no tenemos religiones. Ser enano es una religión en sí mismo, y no hay dos sacerdotes que se pongan nunca de acuerdo, y a veces da la impresión de que uno de cada dos enanos está ordenado.

—Yo no veo nada que me preocupe —dijo.

—Creemos que la barba es falsa —explicó uno de los grags.

—Eso es perfectamente aceptable —dijo el rey—. No existe ningún precedente en absoluto que prohíba las barbas falsas. Son toda una salvación para aquellos a quienes les cuesta que les crezca.

—Pero ella parece, bueno, seductora —dijo uno de los otros grags. Resultaban indistinguibles bajo sus altas y puntiagudas capuchas de cuero.

—Atractiva, desde luego —dijo el rey—. Caballeros, ¿vamos a tardar mucho con esto?

—Hay que ponerle fin. No es enano.

—Ah, pero lo es manifiestamente, ¿o no? —preguntó el rey—. La micromalla es cien por cien cota de malla, y no hay nada más enano que eso. Está sonriendo y, aunque reconozco que en apariencia los enanos no sonreímos demasiado, desde luego no los que vienen a verme, creo que podríamos tomar ejemplo de ella.

—Se trata de una clarísima ofensa contra la moralidad.

—¿Cómo? ¿Dónde? Solo en sus cabezas, diría yo.

El grag más alto dijo:

—¿De modo que no piensa hacer nada?

El Rey hizo una pausa momentánea, con la vista puesta en el techo.

—No, pienso hacer algo —dijo—. En primer lugar, me ocuparé de que mi personal averigüe cuántos pedidos de micromalla han salido hoy de Jdienda. Estoy seguro de que Bruño’s no pondrá objeciones a que veamos sus libros, sobre todo porque pretendo decirle a madame Sharn que puede volver y abrir su establecimiento aquí.

—¿Eso haría? —preguntó un grag.

—Sí, por supuesto. Ya casi hemos concluido el Acuerdo del Valle del Koom, una paz con los trolls que nadie creyó que veríamos nunca. Y estoy harto, caballeros, de sus quejidos, sus gruñidos y sus interminables intentos de reabrir batallas que ya han perdido. Por lo que a mí respecta, esta joven dama nos está enseñando un futuro mejor, y ahora, si no salen de mi despacho en diez segundos, les cobraré alquiler.

—Esto traerá problemas.

—¡Caballeros, siempre hay problemas! Pero esta vez seré yo quien se los cause a ustedes.

Cuando cerraron con un portazo, el rey se recostó en su silla.

—Bien hecho, señor —dijo su secretario.

—Seguirán dando la lata. No me imagino cómo sería ser enano si no discutiéramos a todas horas. —Se retorció un poco en su asiento—. ¿Sabes? Tienen razón cuando dicen que no pica, y no es tan fría como uno pensaría. Haz el favor de encargar a nuestro agente que dé las gracias a madame Sharn por su generoso regalo.

Incluso tan temprano, la Gran Sala de la universidad era una avenida principal. La mayoría de las mesas estaban apartadas contra las paredes o, si alguien había tenido ganas de alardear, levitando contra el techo, y las enormes losas blancas y negras del suelo, alisadas por milenios de pasos, eran abrillantadas una vez más mientras profesores y estudiantes atajaban en dirección a diversos quehaceres, destinos y, muy de vez en cuando, si no se presentaba ninguna excusa viable, clases.

Habían descolgado y apartado a un lado la Gran Araña para su reposición diaria de velas, pero había, por suerte para los propósitos de Mustrum Ridcully, un gran espacio de suelo despejado.

Vio que se le acercaba a paso ligero la figura a la que estaba esperando.

—¿Cómo ha ido, señor Stibbons?

—Extremadamente bien, señor, debo decir —respondió Ponder. Abrió el saco que llevaba a cuestas—. Una es nuestra pelota original y otra es la que Huebo y Trevor Probable encargaron anoche.

—Ajá, a ver esa pelotita —dijo Ridcully. Las cogió ambas con sus enormes manos y las dejó caer sobre las losas.

«¡Gloing! ¡Gloing!»

—Perfectamente idénticas —dijo.

—Trevor Probable dijo que la manufacturó un enano por veinte dólares —respondió Ponder.

—¿De verdad?

—Sí, señor, y me dio el cambio y el recibo.

—Parece perplejo, señor Stibbons.

—Bueno, sí, señor. Tengo la impresión de que lo había juzgado mal.

—Es posible que hasta los leopardos pequeños puedan cambiar de pantalones —dijo Ridcully, a la vez que le daba un cordial golpetazo en la espalda—. Digamos que uno a cero a favor de la naturaleza humana. Y ahora, ¿cuál de estos balones es el que vuelve al Gabinete?

—Asombrosamente, señor, sí que tuvieron la previsión de marcar la pelota nueva, y hay un puntito de pintura blanca en esta de aquí… quiero decir esta otra… creo que estaba aquí… ¡Ajá! Aquí está. Es la nuestra. Enseguida enviaré a un estudiante a devolver la otra. Todavía nos queda una hora y media.

—No, preferiría que lo hiciera usted mismo, señor Stibbons, estoy seguro de que solo le ocupará unos minutos. Dese prisa en volver, me gustaría probar un pequeño experimento.

Cuando Ponder regresó, encontró a Ridcully merodeando discretamente junto a una de las grandes puertas.

—¿Tiene su cuaderno preparado, señor Stibbons? —preguntó en voz baja.

—Y lápiz nuevo, archicanciller.

—Muy bien. Empieza el experimento.

Ridcully soltó el balón en el suelo, lo hizo rodar poco a poco, se enderezó y echó un vistazo a su reloj.

—Ah, el profesor de Estudios Iliberales chuta el balón a un lado, es muy probable que por accidente… Ahora uno de los canceleros, el señor Hipney si no me equivoco, la ha pateado sin mucha convicción. Uno de los estudiantes, Charquero, creo, ha correspondido con un golpecito… Nos movemos, señor Stibbons. No sabemos hacia dónde, cierto, pero esto promete. Ah, pero esto no puede consentirse…

—¡Nada de tocar el balón con las manos, caballeros! —gritó el archicanciller mientras detenía el balón con un hábil gesto de la bota—. ¡Esa es una regla! Nos vendría de perilla ese silbato, Stibbons.

Botó la pelota en el suelo de piedra.

«¡Gloing!»

—¡No vayan de un lado a otro como si fueran críos pateando una lata! ¡Jueguen a fútbol! ¡Yo soy el archicanciller de esta universidad, por Ío, y suspenderé, o expulsaré de cualquier otro modo, a cualquiera que se escaquee sin una nota de su madre, ja!

«¡Gloing!»

—¡Se dividirán en dos equipos, harán porterías y se esforzarán por ganar! ¡Nadie saldrá del terreno de juego a menos que esté lesionado! Las manos no se usan, ¿queda claro? ¿Alguna pregunta? —Se alzó una mano. Ridcully buscó la cara aneja.

—Ah, Rincewind —dijo, y como no era un hombre decididamente desagradable, se corrigió—. Profesor Rincewind, quiero decir.

—Pido permiso para ir a buscar una nota de mi madre, señor.

Ridcully suspiró.

—Rincewind, una vez me informó, para mi eterna perplejidad, de que no conoció usted a su madre porque esta se fue corriendo antes de que usted naciera. Recuerdo con total claridad haberlo anotado en mi diario. ¿Quiere otro intento?

—¿Permiso para ir a buscar a mi madre?

Ridcully vaciló. El profesor de Geografía Cruel y Desusada no tenía estudiantes ni otra competencia más allá de no buscar problemas. Aunque Ridcully jamás lo reconocería, era, contra toda lógica, un cargo emérito. Rincewind era un cobarde y un payaso involuntario, pero había salvado el mundo en varias ocasiones en circunstancias algo desconcertantes. El archicanciller había concluido que era un desagüe de suerte, condenado a ejercer de pararrayos de los hados para que los demás no tuvieran que serlo. Una persona así valía todas sus comidas y coladas (incluido un nivel de calzones sucios por encima de la media) y un cubo de carbón al día aunque fuese, en opinión de Ridcully, un poco quejica. Sin embargo, era rápido, y por lo tanto útil.

—Mire —dijo Rincewind—, aparece una urna misteriosa y de repente todo pasa por el fútbol. Es un augurio. Significa que algo malo va a suceder.

—Vamos, hombre, podría ser algo maravilloso —protestó Ridcully.

Rincewind pareció dedicarle a la idea la debida consideración.

—Podría ser maravilloso, será horrible. Lo siento, así es como funciona.

—Esta es la Universidad Invisible, Rincewind. ¿Qué hay que temer? —dijo Ridcully—. Aparte de a mí, claro está. Por todos los cielos, solo es un deporte. —Alzó la voz—. ¡Organícense en dos equipos y a jugar a fútbol!

Retrocedió y se unió a Ponder. Los futbolistas a la fuerza, tras haber recibido unas instrucciones claras en voz bien alta, formaron un corro para averiguar mediante cuchicheos lo que debían hacer en realidad.

—No me lo puedo creer —dijo Ridcully—. Cualquier crío sabe qué hacer cuando encuentra algo que chutar, ¿ no? —Hizo bocina con las manos—. Venga, que den un paso al frente dos capitanes. Me da igual quiénes sean. —Eso llevó bastante más tiempo del que cabría esperar, puesto que quienes no habían salido a escondidas de la sala acertaban a ver que el puesto de capitán de fútbol ofrecía una ocasión que ni pintada para ser el blanco de las volubles iras del archicanciller. Al final, dos sacrificios fueron empujados hacia delante y encontraron demasiado difícil volver a camuflarse entre las filas.

—Y ahora, lo repito: escojan los equipos de forma alternada. —Se quitó el sombrero y lo lanzó al suelo—. ¡Venga, eso lo entendemos todos! ¡Es cosa de chicos! ¡Es como las niñas pequeñas y el color rosa! ¡Saben cómo hacerlo! Escojan los equipos por turnos de tal modo que uno acabe con el chico raro y el otro con el gordo. Algunas de las proezas matemáticas más rápidas de todos los tiempos han sido obra de capitanes de equipo que intentaban no acabar con el raro… ¡Quédese donde está, Rincewind!

Ponder experimentó un estremecimiento involuntario cuando sus días de colegial volvieron a él en tropel para mofarse. El gordo de su clase había tenido el desafortunado nombre de «Cerdi» Amor, y su padre era el dueño de una tienda de chucherías, lo que confería al hijo cierto peso en la comunidad, y también influencia. Eso había dejado al rarito como único blanco natural para los demás niños, lo que significó un infierno crónico para Ponder hasta aquel día maravilloso en que saltaron chispas de sus dedos y los pantalones de Martin Empapes se prendieron fuego. Los olía como si fuera ayer. Los mejores años de la vida, y una mierda: el archicanciller a lo mejor era un poco basto e insoportable a veces, pero al menos no tenía permitido tirarte de los calzones…

—¿Me está escuchando, Stibbons?

Ponder parpadeó.

—Esto, lo siento, señor, estaba… calculando.

—Digo que quién es el tipo alto y moreno de la barbita arreglada.

—Ah, sí, es el profesor Bengo Macarona, archicanciller. De Genua, ¿recuerda? Ha hecho un intercambio de un año con el profesor Culantrillo.

—Ah, vale. Pobre Culantrillo. A lo mejor no se ríen tanto de él en una lengua extranjera. Y el señor Macarona ha venido para progresar, ¿no es así? Quiere dar un poco de lustre a su carrera, sin duda.

—Lo dudo, señor. Tiene doctorados de Unki, el IHQ y Mofl, trece en total, una plaza de colaborador docente en Bugarup y ha aparecido citado en doscientos treinta y seis artículos y, ejem, una solicitud de divorcio.

—¿Qué?

—Por esos lares no se toman muy en serio la regla del celibato, señor. Son una gente muy fogosa, según tengo entendido, claro. Su familia tiene un rancho enorme y el cafetal más grande fuera de Klatch, y creo que su abuela es la propietaria de la Compañía Naviera Macarona.

—¿Y para qué demonios ha venido aquí?

—Quiere trabajar con los mejores, señor —respondió Ponder—. Creo que lo dice en serio.

—¿De verdad? Ah, bueno, parece un tipo sensato, entonces. Esto, ¿el asunto del divorcio?

—No sé gran cosa, señor, lo acallaron, me parece.

—¿Un marido furioso?

—Una esposa furiosa, he oído —dijo Ponder.

—Ah, estaba casado, entonces.

—No que yo sepa, archicanciller.

—Me parece que no acabo de entenderlo —dijo Ridcully.

Ponder, que no estaba ni mucho menos a sus anchas en este ámbito, añadió muy despacio:

—Era la esposa de otro hombre… ejem, me parece, señor.

—Pero no…

Para alivio de Ponder, la comprensión asomó a las enormes facciones del archicanciller.

—Ah, quiere decir que era como el profesor Hayden. ¿Cómo lo llamábamos…?

Ponder se preparó.

—Serpientes. Le chiflaban, ¿sabe? Podía hablar durante horas sobre serpientes, y con lagartos de guarnición. Le chiflaban.

—Me alegro de que lo vea así, archicanciller, porque sé que una serie de estudiantes…

—Y luego estaba el viejo Póstula, que era miembro del equipo de remo. Manejó nuestro timón durante dos años maravillosos. —La expresión de Ponder no varió, pero por unos instantes se le puso la cara rosa y reluciente—. Al parecer es la mar de habitual —prosiguió Ridcully—. La gente se escandaliza por cualquier cosa. En cualquier caso, en mi opinión no hay amor suficiente en el mundo. Además, si no nos gustara la compañía de los hombres no estaríamos aquí, para empezar. ¡Hombre! ¡Así se hace, sí señor! —Esto último se debía a que, en ausencia de la atención de Ridcully, los futbolistas habían empezado por fin a repartir ellos las patadas, y empezaban a verse unos juegos de pies bastante interesantes—. Sí, ¿qué pasa?

Había aparecido un cancelero junto a Ridcully.

—Un caballero quiere ver al archicanciller, señor. Es un mago, señor. El, ejem, el decano, le llamábamos, solo que dice que también es archicanciller.

Ridcully vaciló, pero había que ser un observador experimentado de Ridcully como Ponder para captar el momento. Cuando el archicanciller habló, lo hizo con calma y parsimonia, batiendo todas las palabras en el yunque del autocontrol.

—Qué sorpresa tan agradable, señor Nobbs. Haga pasar al decano. Ah, y por favor no mire de reojo al señor Stibbons para que lo confirme, gracias. Sigo siendo el archicanciller por estos lares. El único, a decir verdad. ¿Hay algún problema, señor Stibbons?

—Bueno, señor, aquí hay mucha gente…

Ponder se calló, porque de repente nadie le hacía caso. No había visto cómo el balón rebotaba hacia el cancelero Nobbs (sin parentesco). Tampoco el patadón que este le dio, como haría con la intromisión impertinente de la lata de un golfillo de la calle. Lo que sí vio Ponder fue la majestuosa curva que la pelota trazó en el aire, en dirección a la otra punta de la Gran Sala, donde, detrás del órgano, se elevaba la vidriera coloreada dedicada al archicanciller Abasti, que a diario mostraba una de entre varios miles de escenas de naturaleza mística o espiritual. La intuición con la que Ponder había hecho un cálculo correcto de la distancia y trayectoria de la pelota le decían que la actual imagen luminosa del «Obispo Cuerno al darse cuenta de que la quiche de cocodrilo era una elección imprudente» había aparecido justo a tiempo de tener muy mala suerte.

Y entonces, como un nuevo planeta que apareciera flotando en la conciencia de un observador del firmamento, como tienden a hacer, se alzó una figura de color rojo óxido, que se desplegó mientras se elevaba, atrapó la pelota al vuelo y aterrizó sobre el teclado del órgano con un sonoro «¡Gloing!» en si bemol.

—¡Bien hecho, simio! —bramó el archicanciller—. ¡Una parada preciosa, pero, por desgracia, contra las reglas!

Para sorpresa de Ponder, surgió un murmullo de discrepancia de entre todos los jugadores.

—Creo que esa conclusión podría ser algo precipitada —dijo una vocecilla a su lado.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó Ridcully, girando sobre sus talones para asomarse a los ojos repentinamente aterrorizados de Huebo.

—Huebo, señor. El goteador de velas. Nos conocimos ayer. Le ayudé con la pelota…

—Y me está diciendo que me equivoco. ¿O no?

—Preferiría que considerase que estoy sugiriendo un modo de que tenga más razón todavía.

Ridcully abrió la boca y luego volvió a cerrarla. Sé lo que es, pensó. ¿Lo sabe él? ¿O se lo ahorraron?

—Muy bien, señor Huebo. ¿Desea sugerir algo?

—Sí, señor. ¿Cuál es el fin de este juego?

—¡Ganar, por supuesto!

—En efecto. Por desgracia, no se juega de ese modo.

—¿Ah, no?

—No, señor. Todos los jugadores quieren chutar la pelota.

—Y bien que hacen, digo yo.

—Solo si se cree que el objetivo del juego es el sano ejercicio, señor. ¿Juega usted al ajedrez?

—Bueno, he jugado.

—¿Y le habría parecido apropiado que todos los peones subieran en estampida por el tablero con la esperanza de hacer jaque mate al rey contrario?

Por un momento, Ridcully tuvo la imagen mental de lord Vetinari sosteniendo en alto un peón solitario y diciendo en lo que podría convertirse…

—¡Vamos, no fastidies, esto no tiene nada que ver! —exclamó.

—Sí, pero la destreza radica en organizar los recursos de la mejor manera.

Ridcully vio aparecer una cara detrás de Huebo, como una luna naciente de furia.

—No se habla con los caballeros, Huebo, no te corresponde malgastar su tiempo con tu parloteo…

Ridcully se retorció de lástima por Huebo, y más viendo que Smeems, como suelen hacer los de su calaña, no paraba de mirar al archicanciller como si buscara y, peor aún, esperase la aprobación de su mezquina tiranía.

Pero la autoridad debía respaldar a la autoridad, por lo menos en público, porque de lo contrario dejaba de haber autoridad, y en consecuencia la autoridad superior se veía obligada a apoyar a la subalterna, aunque él, la autoridad superior, creyera que la subalterna era un imbécil cargante.

—Gracias por su preocupación, señor Smeems —dijo—, pero la verdad es que le he pedido yo al señor Huebo su opinión sobre nuestro partidito, puesto que es el juego del pueblo y él es bastante más pueblo que yo. No lo apartaré mucho tiempo de sus tareas, señor Smeems, ni a usted de las suyas, que sé que son tanto vitales como urgentes.

La autoridad pequeña e insegura sabe detectar, si es sensata, cuándo una autoridad superior le está dando una oportunidad de salvar la cara.

—¡A la orden, señor! —dijo Smeems tras vacilar tan solo un segundo, mientras se ponía a salvo al trote. La cosa llamada Huebo parecía temblar.

Cree que ha hecho algo malo, pensó Ridcully, y yo no debería considerarlo una cosa. Cierto sentido especial de los magos le hizo darse la vuelta para topar con la cara de… ¿cómo se llamaba el chico? Trevor Probable.

—¿Tiene usted algo que añadir, señor Probable? El caso es que estoy algo ocupado ahora mismo.

—Le di al señor Stibbons el cambio y el recibo —dijo Trevor.

—¿Qué es lo que hace por aquí, joven?

—Dirijo las cubas de las velas, jefe.

—¿Ah, sí? Últimamente el goteo está muy cuidado.

Trev al parecer dejó correr el comentario.

—El señor Huebo no se ha metido en ningún problema, ¿verdad, jefe?

—No que yo sepa.

Pero ¿qué sé?, meditó Ridcully. El señor Huebo, por definición, es un problema. Pero el Bibliotecario dice que se entretiene reparando trastos y es a grandes rasgos un tímido amable, aunque hable como si diera una conferencia. Este hombre pequeño, que bien[[14]](#footnote-14) mirado no es tan pequeño como aparenta porque se encoge bajo el peso de la humildad… este hombre pequeño nació con un nombre tan terrorífico que unos campesinos lo encadenaron a un yunque porque les daba miedo matarlo. Quizá Vetinari y sus amigos tienen razón, con toda su suficiencia, y un leopardo puede cambiar de pantalones. Eso espero, porque si no, a un leopardo se lo comía con patatas. Y por si fuera poco, en cualquier momento llegará el decano, maldita sea su estampa traidora.

—Lo que pasa es que es mi amigo, jefe.

—Bueno, eso está bien. Todo el mundo debería tener un amigo.

—No pienso dejar que nadie le toque, jefe.

—Una valiente ambición, joven, si me permite decirlo. Pese a todo, señor Huebo, ¿por qué ha expresado su desacuerdo cuando he señalado que el Bibliotecario, por maravillosa que haya sido su parada en el aire, había incumplido el reglamento?

Huebo no alzó la vista, pero con un hilo de voz respondió:

—Ha sido elegante. Ha sido hermosa. El juego debería ser hermoso, como una guerra bien ejecutada.

—Oh, no creo que mucha gente opine que la guerra es bonita —dijo Ridcully.

—La belleza puede considerarse neutral, señor. Bello no es lo mismo que agradable o bueno.

—Creía que era lo mismo que la verdad, sin embargo —dijo Ponder, intentando seguir el hilo.

—Que a menudo es horrible, señor, pero el salto del señor Bibliotecario ha sido tanto bello, señor, como bueno, señor, y en consecuencia debe ser cierto y en consecuencia la regla que le impediría repetirlo demostraría no ser ni bella ni cierta y sería, en verdad, una ley falsa.

—Es así, jefe —terció Trev—. Algo así hará gritar a la gente.

—¿Quieres decir que aplaudirían un gol que no se ha marcado? —preguntó Ponder.

—¡Pues claro! ¡Y gemirían, también! Estaría pasando algo. —Ridcully bufó—. ¡Ya vio el partido del otro día! Con suerte se entreveía a ratos a un montón de hombres grandes y sucios peleando por una pelota que era como un cacho de madera. ¡La gente quiere ver goles!

—¡Y paradas, recuerde! —señaló Trev.

—Exacto, joven —coincidió Ridcully—. Tiene que ser un juego de velocidad. Estamos en el año de la Liebre Pensativa, al fin y al cabo. La gente se aburre enseguida. No es de extrañar que haya peleas. Necesitamos, no me dirán que no, hacer un deporte que sea más emocionante que pegar a otros en la cabeza con armas grandes.

—Ese siempre ha sido muy popular —dijo Ponder con aire dubitativo.

—Bueno, somos magos, a fin de cuentas. ¡Y ahora debo ir a saludar al maldito, al supuesto archicanciller de la supuesta Facultad de Durafacies, en nombre del puto espíritu de la buena voluntad y la fraternidad!

—Supuestas —murmuró Ponder, no lo bastante bajo.

—¿Cómo dice? —bramó el archicanciller.

—Solo me preguntaba qué quiere que haga yo, archicanciller.

—¿Hacer? ¡Que sigan jugando! ¡Vea quién sirve! Deduzca qué reglas son las más bellas —gritó Ridcully, que se dirigía a la salida del Salón a paso ligero.

—¿Yo solo? —preguntó Ponder, horrorizado—. ¡Tengo un montón de trabajo!

—¡Delegue!

—¡Sabe que se me da fatal delegar, señor!

—¡Pues delegue el trabajo de delegar en alguien que sepa! ¡Y ahora me voy antes de que ese nos robe la plata!

Era muy raro que Glenda se tomara tiempo libre. Ser la jefa de la cocina nocturna era un estado mental, no físico. La única comida que tomaba en casa era el desayuno, y siempre con prisas. Pero ahora había robado un poco de tiempo para vender el sueño. May Setos cuidaba de la cocina y era una mujer de confianza que se llevaba bien con todo el mundo, de modo que por ahí no había problema.

El sol había salido cuando llamó a la puerta de atrás del taller del señor Fuerteenelbrazo. El enano abrió la puerta con los dedos embadurnados de carmín.

—Hombre, hola, Glenda. ¿Cómo va?

Glenda dejó un contundente fajo de pedidos sobre la mesa y abrió la maleta. Estaba vacía.

—Y necesito muchas más muestras —dijo.

—Caramba, eso es fantástico —comentó el enano—. ¿Cuándo te llevaste estas?

—Esta mañana.

Había sido… fácil. Puerta tras puerta parecía haberse abierto para ella y, cada vez que una vocecilla en su cabeza decía: «¿Estás haciendo lo correcto?», otra un poco más grave, con un parecido notable a la de madame Sharn, replicaba: «Él quiere hacerlo. Tú quieres venderlo. Ellas quieren comprarlo. El sueño rueda y rueda y lo mismo pasa con el dinero».

—El pintalabios ha sido un éxito —dijo—. Las chicas trolls se lo ponen a paletadas y no lo digo en broma. O sea que lo que tendría que hacer, señor, es vender una paleta. Que sea bonita, y que vaya en una caja adornada con purpurina.

El enano la miró con admiración.

—No pareces tú, Glenda.

—No estoy segura de eso —dijo ella, mientras introducía más muestras en la maltrecha maleta—. ¿Ha pensado en meterse en el mercado de los zapatos?

—¿Crees que vale la pena probarlo? No suelen llevar.

—No llevaban pintalabios hasta que se mudaron aquí —dijo Glenda—. Podría ser la próxima moda.

—Pero tienen los pies como de granito. No necesitan zapatos.

—Pero los querrán —dijo Glenda—. Podría usted llegar a lo más alto en el sector.

Fuerteenelbrazo parecía perplejo y Glenda recordó que hasta los enanos de ciudad estaban acostumbrados al lenguaje patas arriba de su hogar.

—Ay, lo siento, quería decir a lo más bajo. Y luego están los vestidos. He estado curioseando y nadie fabrica vestidos decentes para trolls. Solo son vestidos humanos de talla enorme. Y el corte está pensado para que parezcan más pequeñas, pero les quedaría mejor si las hiciese parecer más grandes. Con más aspecto de troll y menos de humana gorda. Ya sabe, como para que la ropa diga: «Soy una gran señorita troll y estoy bien orgullosa».

—¿Te has dado un golpe en la cabeza? —preguntó Fuerteenelbrazo—. Porque, si es así, me gustaría arrearme uno igual.

—Bueno, la idea es difundir el sueño, ¿no? —dijo Glenda mientras ordenaba con esmero las muestras en su maleta—. Es un poco más importante de lo que pensaba.

Realizó catorce ventas más antes de dejarlo por ese día, envió los pedidos a través del buzón de Fuerteenelbrazo y, con una maleta ligera y, lo que era más raro, un ánimo más ligero todavía, volvió al trabajo.

Ridcully dobló la esquina y allí, justo delante de él, estaba… Su cabeza dio vueltas buscando el tratamiento adecuado: «archicanciller» ni soñarlo, «decano» era un insulto demasiado obvio, «Dos Sillas» lo mismo pero con recochineo añadido y «cabrón desagradecido, traidor y rastrero» era demasiado largo. ¿Cómo demonios se llamaba el desgraciado? Por los cielos, habían sido amigos desde su primer día en la UI…

—¡Henry! —explotó—. Qué agradable sorpresa. ¿Qué te trae a nuestra pequeña, lamentable y tristemente desfasada universidad?

—No seas así, Mustrum. Cuando me fui, los chicos estaban haciendo retroceder los límites del conocimiento. Desde entonces no ha pasado gran cosa, tengo entendido. Por cierto, te presento al profesor Semilladerrepollo.

Apareció desde detrás del autoproclamado archicanciller de Durafacies, como una pequeña luna que saliera de la sombra de un gigante gaseoso, un joven de aspecto sumiso que a Ridcully le recordó de inmediato a Ponder Stibbons, aunque no habría sabido decir por qué ni aunque lo mataran. Quizá fuera ese aspecto de hacer sumas de cabeza a todas horas, y además no solo sumas de las de toda la vida, sino de esas enrevesadas con letras.

—Bueno, ya sabes lo que pasa con los límites —murmuró Ridcully—. Ves lo que hay al otro lado y comprendes por qué estaban ahí. Buenas tardes, Semilladerrepollo. Tu cara me suena.

—Antes trabajaba aquí, señor —dijo Semilladerrepollo con tono apocado.

—Ah, sí, ya me acuerdo. En el Departamento de Magia de Altas Energías, ¿verdad?

—Una joven promesa, nuestro Adrian —dijo el ex decano con tono posesivo—. Ahora tenemos nuestro propio Edificio de Magia de Altas Energías, por si no lo sabes. Lo llamamos Edificio de Magia de Más Altas Energías, pero quiero resaltar que es solo para evitar confusiones. No hay intención alguna de desairar a la vieja y querida UI. Adoptar, adaptar, mejorar, ese es mi lema.

Bueno, si lo adaptaste tú ahora es apropiarse, copiar y poner cara de inocente, pensó Ridcully, pero con cuidado. Los grandes magos nunca se peleaban en público. Los daños podrían ser atroces. No, imperaba la cortesía, pero con cantos afilados.

—Dudo que haya confusión alguna, Henry. Somos el centro con más historia, a fin de cuentas. Y por supuesto yo soy el único archicanciller que hay por aquí

—Por costumbre y práctica, Mustrum, y los tiempos están cambiando.

—O los están cambiando, por lo menos. Pero llevo el Sombrero de Archicanciller, Henry, como lo llevaron mis predecesores a lo largo de los siglos. El Sombrero, Henry, de la suprema autoridad en los asuntos de los Sabios, los Astutos y los Ingeniosos. El sombrero, en fin, que llevo en mi cabeza.

—No lo llevas, en realidad —observó Henry con desparpajo—. Llevas el de diario que hiciste tú mismo.

—¡Estaría en mi cabeza si yo quisiera!

La sonrisa de Henry era vidriosa.

—Por supuesto, Mustrum, pero a menudo se ha puesto en entredicho la autoridad del Sombrero.

—Casi correcto, viejo amigo. En realidad es la propiedad del Sombrero la que, en el pasado, se ha cuestionado, pero el Sombrero en sí, nunca. Ahora bien, observo que tú llevas un sombrero especialmente vistoso de una magnificencia que supera lo sublime, pero es solo un sombrero, viejo amigo, solo un sombrero. Lo digo sin ánimo de ofender, claro, y estoy seguro de que pasado otro milenio habrá adquirido el peso de la dignidad y la sabiduría. Veo que has dejado sitio de sobras.

Semilladerrepollo decidió huir al baño en ese preciso instante y, con una discreta disculpa, pasó por al lado de Ridcully y se alejó a toda velocidad.

La repentina ausencia de público tuvo el inesperado efecto de rebajar la tensión, en lugar de aumentarla.

Henry sacó un delgado paquete de su bolsillo.

—¿Un cigarrillo? Sé que te lías los tuyos, pero Verdusco y Restregón hacen estos especialmente para mí y son bastante buenos.

Ridcully cogió uno, porque el mago, por altivo que fuese, que no aceptase un pitillo o una copa gratis estaría en su ataúd, pero fue con cuidado de no reparar en las palabras «Selectos del Archicanciller» escritas con letras llamativas en el paquete.

Al devolver el tabaco, algo pequeño y de colores cayó al suelo. Henry, con una agilidad inesperada en un mago que ocupaba un puesto tan alto en la secuencia principal del célebre Diagrama Arroyung/Propinas, se agachó a toda prisa y lo reco[[15]](#footnote-15)gió de un zarpazo, mientras farfullaba algo sobre «no dejar que se ensucie».

—Podrías comer en este suelo —protestó Ridcully con sequedad, y probablemente lo harías, añadió para sus adentros.

—Lo que pasa es que a los coleccionistas les sienta fatal si tienen una mota de polvo, y yo le doy los míos al hijo pequeño del mayordomo —prosiguió Henry con despreocupación. Dio la vuelta al cartón y arrugó el entrecejo—. Magos Distinguidos de nuestra Época, n.º 9 de 50: Doctor Capaz Panadero, Ldo. (hon.), Fdl, Kp, PdF (fideicomiso), director de Estudios de Blit, Durafacies. Estoy seguro de que lo tiene repe. —Lo dejó caer en un bolsillo de su chaleco—. Da igual, vale para cambiar.

Ridcully podía realizar evaluaciones con bastante rapidez, sobre todo cuando lo impulsaban los rescoldos avivados de la furia.

—Compañía Hechizla de tabaco, rapé y papel de fumar —dijo—, de Pseudópolis. Hum, la idea es muy buena. ¿Quién sale de la UI?

—Ah. Bueno, debo reconocer que la Asamblea y el pueblo de Pseudópolis son de mentalidad más bien… patriótica…

—Creo que la palabra es «provinciana», ¿no te parece?

—Un adjetivo muy fuerte, teniendo en cuenta que Ankh-Morpork es la ciudad más petulante y encantada de conocerse del mundo. —Eso era tan manifiestamente cierto que Ridcully decidió que no lo había oído.

—¿Tú sales en uno de esos cromos, entonces? —gruñó.

—Insistieron en ello, me temo —dijo Henry—. Nací allí, compréndelo. Soy un paisano y tal.

—Y nadie de la UI —dijo Ridcully con tono inexpresivo.

—Técnicamente, no, pero el profesor Semilladerrepollo aparece como inventor de Pex. —Mientras lo decía, la culpabilidad y el desafío lucharon por conseguir espacio en la frase.

—¿Pex? —preguntó Ridcully poco a poco—. ¿Quieres decir como Hex?

—No, no, nada que ver con Hex. Nada de nada. El principio es completamente diferente. —Henry carraspeó—. Funciona a base de pollos. Ellos disparan el resonador mórfico, o como se llame. Vuestro Hex, si mal no recuerdo, utiliza hormigas, que son mucho menos eficientes.

—¿En qué?

—El nuestro da huevos que podemos comernos.

—A mí no me suena tan diferente, la verdad.

—Venga, hombre. ¡Son cientos de veces más grandes! Y Pex ocupa una sala construida a propósito, no está desperdigado de cualquier manera. El profesor Semilladerrepollo sabe lo que se hace, ¡y hasta tú, Mustrum, debes reconocer que el río del progreso se nutre de mil afluentes!

—¡Y no todos brotan en el condenado Durafacies! —dijo Ridcully.

Se miraron enrabietados. El profesor Semilladerrepollo asomó la cabeza por una esquina y la retiró con rapidez.

—Si fuéramos tan hombres como nuestros padres, ya estaríamos tirándonos bolas de fuego —dijo Henry.

—Le veo sentido —replicó Ridcully—. Aunque debo señalar que nuestros padres no eran magos.

—Eso es verdad, por supuesto —reconoció el ex decano—. Tu padre era carnicero, si mal no recuerdo.

—Es cierto. Y el tuyo tenía muchos campos de coles —dijo Ridcully.

Se produjo un momento de silencio y luego el ex decano dijo:

—¿Recuerdas el día en que llegamos a la UI?

—Luchamos como tigres, creo recordar —dijo Ridcully.

—Fueron buenos tiempos, bien pensado —rememoró el decano.

—Ni que decir tiene que hemos hecho llover mucho desde entonces —dijo Ridcully. Hubo otra pausa y luego añadió—: ¿Te apetece una copa?

—No me vendría mal —respondió el ex decano.

Mientras avanzaban majestuosamente hacia el despacho del archicanciller, Henry dijo:

—¿O sea que estáis intentando jugar al fútbol? Leí algo en el periódico, pero lo tomé por una broma.

—¿Por qué, dime? —preguntó Ridcully mientras empezaban a cruzar la Gran Sala—. ¡Tenemos una noble tradición deportiva, como bien sabes!

—Ah, sí, la tradición es el azote del esfuerzo. Sé sensato, Mustrum. El leopardo puede cambiar de pantalones, pero creo que lo pasaría mal para ponerse los que llevaba hace cuarenta años. Ah, veo que todavía tenéis al señor Stibbons por aquí.

—Esto… —empezó Ponder, mirando de uno a otro.

Ponder Stibbons una vez había sacado un cien por ciento en un examen de presciencia presentándose el día anterior. Sabía distinguir un pequeño nubarrón de tormenta cuando empezaba a formarse.

—¿Cómo va el fútbol, muchacho?

—Ah, parece que muy bien, archicanciller. Me alegro de verlo otra vez, decano.

—Archicanciller —ronroneó el ex decano—. Me pregunto cómo lo harían contra mi universidad.

—Bueno, hemos montado un equipo bastante apañado —dijo Ridcully— y, aunque es nuestra intención disputar nuestro primer partido contra un combinado local, me complacería mucho enseñar a Durafacies una cosa o dos en el terreno de juego. —Para entonces se hallaban casi en pleno centro de la Gran Sala y su presencia, como no era de extrañar, había detenido el juego.

—Archicanciller, realmente opino que sería buena idea que… —empezó Ponder, pero su voz quedó ahogada por el rugido de aprobación que se elevó desde todos los rincones de la Gran Sala.

—¿Y cuál sería el premio? —preguntó Henry, sonriendo a la multitud.

—¿Qué? —farfulló el archicanciller—. ¿Qué premio?

—Nos llevamos unos cuantos trofeos de remo cuando éramos jóvenes, ¿no?

—Creo que el patricio tiene algo planeado para la liga, sí.

—Me parece que servirán un refrigerio en el refectorio Azul dentro de poco —dijo Ponder con una especie de alegría desesperada y sudorosa—. Habrá tarta, por supuesto, pero también, creo, un surtido interesante de curris.

En muchas ocasiones la táctica podría haber funcionado, pero los dos magos habían cruzado la mirada y no pensaban parpadear, ni siquiera por un pedazo de empanada de labrador.

—Pero a nosotros los hombres del arte no nos interesan las chucherías mezquinas como copas y medallas, ¿verdad? —dijo Henry—. Nosotros queremos chucherías enormes y espectaculares o nada, ¿me equivoco, Mustrum?

—Andas detrás del Sombrero —dijo Ridcully sin inmutarse. El aire entre los dos vibraba.

—Sí, por supuesto.

La respuesta dio paso al silencio amenazador de un choque de voluntades, pero Ponder Stibbons decidió que, como técnicamente él era doce personas importantes de la universidad, formaba por sí solo un comité, y dado que en consecuencia era, de facto, muy sabio, debía intervenir.

—Y su apuesta, deca…. señor, ¿sería…?

Ridcully ladeó ligeramente la cabeza y gruñó:

—No la necesita. Esto me lo he buscado yo…

Sonó un murmullo entre los magos más veteranos, y Ponder oyó una frase susurrada:

—¿A mago muerto, mago puesto?

—¡No, lo prohíbo! —exclamó Ponder.

—¿Lo prohíbes? —dijo Henry—. No eres más que un crío, joven Stibbons.

—Los votos acumulados de todos los cargos que ocupo en el Consejo Universitario significan que, técnicamente, lo controlo —dijo Ponder, intentando sacar un pecho esquelético que, pese a que jamás fue pensado para sobresalir, aguantó a flote, cargado de ira justificada y cierta dosis de terror ante lo que podría suceder cuando se quedara sin fuelle.

Los rivales se relajaron un poco en presencia de aquel gusano rebelde.

—¿Nadie se fijó en que acumulaba todo ese poder? —dijo Ridcully.

—Sí, señor: yo. Solo que lo consideraba responsabilidad y trabajo duro. Verá, ninguno de ustedes se interesa nunca por los detalles. Técnicamente, respondo ante otras personas, pero en general esas otras personas son yo. No se hacen a la idea, señores. Soy hasta el camarlengo, lo que significa que, si cayera usted muerto ahora mismo, archicanciller, por cualquier causa distinta de una legítima sucesión acorde con la tradición del mago muerto, mago puesto, yo gobernaría esta institución hasta que se eligiera a un sucesor, lo cual, dada la naturaleza de la profesión mágica, supondría un empleo hasta la muerte, momento en el cual el Bibliotecario, como miembro veterano, reconocido y competente del Claustro, intentará cumplir con ese cometido y, si falla, el procedimiento oficial es que los magos de todas partes luchen entre ellos por el Sombrero, causando fuego, destrucción, palomas, conejos y bolas de billar emergiendo de todos los orificios y mucha pérdida de vidas. —Tras una breve pausa continuó—: Otra vez. Motivo por el cual algunos de nosotros nos preocupamos un poco cuando vemos que dos magos poderosos riñen de esta manera. En conclusión, caballeros, me he extendido un poco para darles tiempo de replantearse sus intenciones. Alguien tiene que hacerlo.

Ridcully carraspeó.

—Gracias por su contribución, Stibbons. Dedicaremos más tiempo a reflexionar sobre esa cuestión. Sin duda es algo que debía decirse. Esto no son los viejos tiempos, al fin y al cabo.

—No te falta razón —dijo Henry—, aunque claro, técnicamente, estos serán los viejos tiempos de alguien.

El pecho de Ponder aún subía y bajaba.

—Muy bien visto —dijo Ridcully.

—¿Creo que alguien ha hablado de curri? —preguntó Henry, con idéntico cuidado. Era como escuchar a dos viejos dragones hablando entre ellos con la ayuda de un libro de etiqueta aún más antiguo y escrito por monjas.

—Falta mucho para el almuerzo. Mira, ¿por qué no aceptas la hospit[[16]](#footnote-16)alidad de mi universidad? Creo que hemos dejado tu habitación exactamente como estaba, aunque tengo entendido que han salido arrastrándose por debajo de la puerta varias cosas de lo más asombrosas. ¿Y quizá te gustaría quedarte para el banquete de mañana?

—¡Anda! ¿Celebráis un banquete? —dijo Henry.

—En efecto, y me encantaría que aceptaras, compañero. Recibiremos a lo más granado de la ciudadanía. La sal de la Tierra, ya me entiendes. Gente maravillosa si no la miras comer, pero muy buenos conversadores si les das suficiente cerveza.

—Es curioso, pero he descubierto que eso también funciona con los magos. Bueno, debo aceptar, por supuesto. Hace una eternidad que no voy a un banquete.

—¿De verdad? —preguntó Ridcully—. Pensaba que tú precisamente organizarías un banquete cada noche.

—Tenemos un presupuesto limitado, ya sabes —dijo el archicanciller de Durafacies—. Dependemos de las subvenciones del Gobierno.

Los magos se callaron. Era como si un hombre acabara de contar que su madre había muerto.

Ridcully le dio una palmadita en la mano.

—Vaya, lo siento mucho. —Se detuvo ante las puertas de la Sala y se volvió de nuevo hacia Ponder—. Nosotros vamos a tener una conversación de alto nivel, Stibbons. ¡No deje que se duerman! ¡Los muchachos le ayudarán! ¡Descubra lo que el fútbol quiere ser!

Los miembros más mayores del claustro respiraron cuando los dos mandamases partieron. La mayoría eran lo bastante viejos para recordar al menos dos encarnizadas batallas entre facciones de magos, la peor de las cuales había requerido que Rincewind la atajara blandiendo medio ladrillo en un calcetín…

Ponder miró al otro lado de la sala, donde Rincewind saltaba torpemente a la pata coja mientras intentaba volver a ponerse un calcetín. Le pareció mejor no hacer comentarios. Probablemente era el mismo de la otra vez.

El catedrático de Estudios Indefinidos le dio una palmada en la espalda.

—Bien hecho, muchacho. Podría haber habido un incidente desagradable.

—Gracias, señor.

—Lamento ver que, en apariencia, le hemos cargado un poco de trabajo. Estoy seguro de que no ha sido adrede.

—Yo también estoy seguro, señor. Pocas cosas se hacen adrede por aquí. —Ponder suspiró—. Me temo que la delegación irreflexiva, las evasivas y el escaqueo son la norma. —Miró expectante a los demás miembros del Consejo. Quería que lo decepcionaran, pero sabía que no lo harían.

—Una situación muy lamentable, en efecto —dijo el catedrático de Runas Recientes.

El de Estudios Indefinidos estaba serio.

—Hum…

Venga, adelante, pensó Ponder, dilo. Sé que lo vas a decir, no podrás contenerte, seguro que no…

—Me parece, Stibbons, que debería arreglarlo cuando tenga un momento —dijo el catedrático.

—¡Bingo!

—¿Cómo dice, Stibbons?

—No, nada, señor, nada. Solo reflexionaba, por así decirlo, sobre la naturaleza inmutable del universo.

—Me alegro de que alguien lo haga. Siga, siga. —El catedrático de Runas Recientes miró a su alrededor y añadió—: Parece que todo se ha calmado. Eso del curri suena entretenido.

Se produjo un movimiento general hacia las puertas por parte de los magos con mayor dotación de años, gravitación o ambas cosas, pero el partidillo continuó entre aquellos que sentían menos la atracción magnética de los cuchillos y tenedores.

Ponder se sentó, con la libreta en equilibrio sobre el regazo.

—No tengo ni la más remota idea de qué hago aquí —declaró para el mundo que lo rodeaba.

—¿Puedo serle de alguna valía, señor?

—¿Señor Huebo? Ah, bueno, es muy amable de su parte, pero no creo que su habilidad con las velas pueda ser de mucha…

—En juegos de esta índole hay tres consideraciones que deben tenerse en cuenta: una, las reglas del juego con todo su detalle; dos, las habilidades, acciones y filosofías correctas que se requieren para el éxito; y tres, la comprensión de la auténtica naturaleza del juego. ¿Puedo continuar?

—Ajá —dijo Ponder, con ese leve alelamiento que se apoderaba de todo aquel que oía una lección de Huebo por primera vez.

—Tiene un piquito de oro, ¿eh? —dijo Trev—. ¡Suelta unas palabracas largas que la gente como usted y yo tendríamos que parar a la mitad para descansar! Bueno, al menos yo —concluyó sin mucha convicción.

—Ejem, continúe, señor Huebo.

—Gracias, señor. A mi entender, el propósito de este juego es anotar al menos un gol más que el oponente. Sin embargo, nuestros dos equipos tan solo corren de un lado a otro mientras todo el mundo intenta patear el balón a la vez. Sí, se han marcado goles, pero solo de forma oportunista. Como en el ajedrez, hay que proteger al rey, la portería. Ya, me dirá que está el guardián de la meta, pero solo es un hombre, en sentido figurado. Cada bola que detiene avergüenza a los compañeros de equipo que permitieron a los oponentes acercarse tanto. Aun así, al mismo tiempo, hay que maximizar las oportunidades de colar la pelota en la meta contraria. Ese es un problema que tendré que estudiar. He mencionado el ajedrez, pero este juego, y en concreto la facilidad con la que emprende el vuelo la pelota, significa que la actividad puede desplazarse de un extremo al otro de la jugada en cuestión de segundos, tal y como una pieza de enano puede alterar el tablero entero en una partida de zas.

Sonrió con la vista alzada hacia sus expresiones y añadió:

—¿Saben? Este juego es sin duda uno de los más sencillos que existen. Cualquier niño pequeño sabe jugar… y aun así practicarlo de forma óptima exige unos talentos sobrehumanos. —Recapacitó por un momento y añadió—: O posiblemente infrahumanos. Sin duda, la sublimación voluntaria del ego, lo que nos lleva a los reinos de lo metafísico. Tan sencillo y a la par tan complejo. Ciertamente, es maravilloso. ¡Estoy muy emocionado!

El eco del silencio que lo rodeó no fue ominoso, pero el aire estaba cargado de pasmo. Al final, el mago Rincewind dijo:

—Esto… Señor Huebo, pensaba que nos había dicho que solo teníamos que meter el balón entre los sombreros puntiagudos.

—Profesor Rincewind, corre usted muy bien, pero no lo aprovecha para nada. Profesor Macarona, usted intenta marcar tan pronto como recibe el balón, independientemente de cualquier otra cosa que esté pasando. Doctor Hix, hace trampas y faltas todo el rato…

—Perdone, anillo de calavera —intervino Hix—. Intentar infringir las reglas es mi deber, según los estatutos de la universidad.

—Dentro de unos límites aceptables —añadió Ponder con rapidez.

—Cancelero Nobbs (sin parentesco), tiene usted una patada rabiosamente potente —prosiguió Huebo—, pero no parece importarle adónde vaya la pelota mientras llegue allí. Todos tienen puntos fuertes y flacos, y tal vez sea posible aprovechar ambos. Eso, si quieren ganar, se entiende. Pero, de momento, un buen ejercicio sería conseguir muchas más pelotas como esa y aprender a controlarlas. Correr mientras se patea el balón hacia delante significa, sencillamente, regalárselo a un oponente. Deben aprender a llevarlo pegado al pie. Iban todos mirando hacia abajo para comprobar si tenían la pelota. Caballeros, si necesitan averiguar si todavía controlan el balón, o bien no lo tienen o bien lo perderán en la siguiente fracción de segundo. Y ahora, si me disculpan, el señor Trev y yo nos meteremos en un lío si no volvemos a subir la araña pronto.

El hechizo se deshizo.

—¿Qué? —dijo Ponder—. Quiero decir, ¿qué? ¡Quieto ahí, señor Huebo!

Huebo se encorvó de inmediato y contempló sus pies, metidos en sus aparatosos zapatos.

—Lo siento si he cometido alguna transgresión. Solo buscaba valía.

—¿Valía? —preguntó Ponder, mientras miraba a Trev en busca de alguna clase de mapa para aquel nuevo territorio.

—Siempre habla así, no pasa nada —dijo Trev—. No ha hecho nada malo, no sé a qué viene pegarle esos berridos. ¡Eran unas ideas cojonudas! No debería meterse con él solo porque es canijo y habla como un finolis.

Huebo parecía visiblemente más alto hace un momento, pensó Ponder. ¿De verdad está solo encorvado?

—No le estaba gritando, exactamente —dijo—. ¡Solo me preguntaba qué hace goteando velas! O sea, sé que se dedica a eso, pero ¿por qué?

—Ah, las velas tienen que tener goterones, señor —dijo el cancelero Nobbs (sin parentesco)—, y yo para mí que el goteo ha ido pero que muy bien de un tiempo a esta parte. Muchas veces, cuando paseo por los pasillos de noche, pienso para mis adentros…

—¡Por los cielos, hombre, si es un erudito! ¡Irradia conocimiento! ¡Es un polímata!

—¿Está diciendo que es demasiado listo para ser goteador de velas? —preguntó el cancelero, con expresión militante—. No querrá un goteador tonto, ¿o sí? Acabaría con, no sé, churretones chapuceros por todas partes.

—Solo quería decir que…

—Y pegotes —añadió el cancelero, con firmeza.

—Pero debe reconocer que es extraño que…

«Probablemente todo el mundo lo quiere muerto.»

Ponder se sobresaltó al abrirse ante él la sima de la memoria.

—No tiene ningún sentido. ¡No puede ser cierto!

—¿Señor?

Cayó en la cuenta de que todos los futbolistas lo estaban mirando. Ridcully se había negado a decir nada más, y en la abarrotada mente de Ponder había calado la idea de que Huebo era un fugitivo de alguna clase. No era inaudito. De vez en cuando un mago novel que trabajaba en un pueblo pequeño veía con buenos ojos la idea de volver corriendo para hacer un cursillo de refresco al cobijo de las hospitalarias piedras de la universidad, hasta que su pequeño error hubiera sido subsanado/olvidado/borrado/atrapado y embotellado. Siempre había existido otra gente a la que se amparaba por razones misteriosas. La política de la hechicería era o bien muy sencilla, al resolverse cuando alguien dejaba de respirar, o bien tan compleja como un ovillo en una sala con tres gatitos de ojos brillantes.

Pero Huebo… ¿Qué delito podía haber cometido? Y luego había que tener en cuenta que era Ridcully quien le había permitido acudir allí y en realidad había puesto a Ponder en esa posición. Lo sensato, en consecuencia, era… seguir adelante y punto.

—Creo que el señor Huebo tiene unas cuantas ideas muy buenas —dijo con tiento—, y creo que debería continuar. Adelante, señor Huebo.

Ver cómo Huebo alzaba la vista era como ver salir el sol, pero un sol vacilante, temeroso de que en cualquier momento los dioses volvieran a hundirlo en la noche de un bofetón y ansioso de que le asegurasen que no sería así.

—¿Tengo valía?

—Bueno, esto… —empezó Ponder, y vio que Trev asentía con gesto frenético—. Bueno, hum, sí, eso parece, señor Huebo. Me asombra su claridad de análisis con tan poco tiempo.

—Tengo talento para reconocer patrones en situaciones en desarrollo.

—¿En serio? Ah. Bien. Adelante, pues.

—Disculpe, tengo una pregunta, con su venia.

Parece una bolsa de ropa de segunda mano y habla como un teólogo jubilado, pensó Ponder.

—Pregunte, señor Huebo.

—¿Puedo seguir con el goteo?

—¿Qué? ¿Eso quiere?

—Sí, gracias. Me gusta y no me lleva mucho tiempo.

Ponder miró de reojo a Trev, que se encogió de hombros, hizo una mueca y asintió.

—Pero quiero pedirle un favor —prosiguió Huebo.

—Ya me lo esperaba —dijo Ponder—, pero lamento decir que el presupuesto de este ejercicio significa…

—Ah, no, no quiero dinero —aclaró Huebo—. La verdad es que no me lo gasto, de todas formas. Solo quiero al señor Trev en el equipo. Es muy modesto, pero debería usted saber que es un genio con los pies. No veo forma de que pierdan si está él en el equipo.

—Oh, no —exclamó Trev, agitando las manos y retrocediendo—. ¡No! ¡Yo no! ¡No soy futbolista! ¡Solo doy patadas a latas!

—Pensaba que en eso radicaba la esencia del balón-de-pie, ¿no es así? —dijo Ponder, al que nunca habían permitido jugar en la calle.

—Yo creía que la esencia era cuando en la antigüedad pateaban la cabeza de un enemigo muerto —aportó el cancelero Nobbs (sin parentesco).

Se oyó un carraspeo.

—Improbable, en mi opinión —terció Hix—. A menos que fuese dentro de una bolsa o alguna clase de abrazadera metálica, y además está el problema del peso, porque una cabeza humana pesa unos cuatro kilos y medio, que no es poca china para un zapato, diría yo. Vaciarla funcionaría durante un tiempo, por supuesto, pero hay que ir con ojo de sujetar la mandíbula con alambres, porque nadie quiere llevarse un mordisco en el pie. Tengo unas cabezas en hielo por si alguien quiere experimentar. Es asombroso, pero todavía hay quien cede su cuerpo a la nigromancia. Hay gente rara ahí fuera.

En ese momento, el director del Departamento de Comunicaciones Post Mórtem descubrió que no se había ganado a su público.

—No hace falta que me miren así —gruñó—. Anillo de calavera, ¿recuerdan? Tengo que saber estas diabluras.

Ponder tosió educadamente.

—Señor… ¿Probable, era? Su colega habla muy bien de usted. ¿No se unirá a nosotros?

—Lo siento, jefe, pero prometí a mi madre que nunca jugaría a fútbol. ¡Es muy buena manera de que te partan la crisma!

—¿Trev Probable? —rugió el cancelero Nobbs (sin parentesco)—. ¿Eres el hijo de Dave Probable? Él…

—Marcó cuatro goles, bla, bla, bla —dijo Trev—. Y luego murió en la calle tapado por el abrigo apestoso de un desconocido mientras la lluvia se llevaba su sangre por la alcantarilla. ¿El Príncipe del Fútbol?

—¿Necesitamos una pequeña charla, señor Trev? —preguntó Huebo, apurado.

—No. No. Estoy bien, ¿vale?

—Esta no es esa clase de fútbol, Trev —dijo Huebo con voz tranquilizadora.

—Ya, lo sé. Pero se lo prometí a mi madre.

—Entonces al menos enséñeles sus movimientos, señor Trev —rogó Huebo. Se volvió hacia los jugadores—. ¡Tienen que ver esto!

Trev suspiró, pero Huebo sabía bien cómo ganárselo.

—De acuerdo, si así te callas —dijo, y se sacó una lata del bolsillo, para grandes risas del respetable.

—¿Lo ves? —se quejó a Huebo—. Solo creen que es una broma.

Huebo cruzó los brazos.

—Enséñeles.

Trev dejó caer la lata sobre su pie y, sin apenas esfuerzo, la elevó hasta su hombro, desde donde rodeó su cuello hacia el otro hombro y, tras una breve pausa, se enderezó. Con un movimiento fluido la dejó caer sobre el otro pie, la volteó en el aire y la dejó rotar y bambolearse sobre la punta de su bota con un leve sonido metálico.

Trev guiñó un ojo a Ponder Stibbons.

—No se mueva, jefe.

La lata despegó de la bota, se elevó por los aires y luego, a media caída, Trev la golpeó con una volea en dirección a Ponder. Quienes se encontraban detrás de él se apartaron de un salto mientras la lata le pasaba con un gruñido junto a la cara y entraba en órbita, de tal modo que por un momento pareció adornar al mago como un collar de plata, hasta que se alejó de golpe y aterrizó en la mano de Trev como un salmón varado.

En el silencio, Ponder sacó su taumómetro del bolsillo y le echó un vistazo.

—Lectura residual —dijo con tono inexpresivo—. No ha habido magia de por medio. ¿Cómo lo ha hecho, señor Probable?

—Solo es cosa de pillarle el tranquillo, jefe. Lo peliagudo es dominar el efecto, pero si tengo que pensar mucho no me sale.

—¿Lo puede hacer con una pelota?

—No sé, nunca he probado. Pero digo yo que no. No podría aprovechar el giro largo y el giro corto, ¿comprende? Pero ustedes con una pelota seguro que se apañan.

—Pero ¿eso para qué nos servirá? —preguntó Hix.

—El dominio de la pelota lo es todo —dijo Huebo—. El reglamento previsto permitirá, creo, que el guardián de la meta coja la pelota con las manos. Eso es vital. No existe, sin embargo, prohibición explícita de tocar el balón con la cabeza, la rodilla o pararlo con el pecho y dejarlo caer limpiamente al pie. Recuerden, caballeros, esta pelota vuela. Pasará mucho tiempo en el aire. Deben aprender a no pensar solo en el suelo.

—Estoy seguro de que usar la cabeza se consideraría ilegal —dijo Ponder.

—Señor, presupone una norma donde no la hay. Recuerde lo que le he dicho sobre la auténtica naturaleza del juego.

Ponder vio la media sonrisilla de Huebo y cedió.

—Señor Huebo, delego en usted la selección y entrenamiento de nuestro equipo de fútbol. Responderá ante mí, por supuesto.

—Sí, señor. Gracias, señor. Necesitaré el poder de exonerar a los miembros del equipo de sus tareas habituales cuando sea necesario.

—Bueno, supongo que debo acceder a eso. Muy bien, dejaré el equipo en sus manos —dijo Ponder, pensando: ¿Cuántas bolsas de ropa vieja usan la palabra «exonerar» con naturalidad? Por otra parte, a Ridcully le cae bien el pequeño trasgo, si eso es lo que es, y yo nunca les he visto la gracia a los juegos de equipo.

—Señor, ¿puedo solicitar también un presupuesto muy reducido?

—¿Por qué?

—Con el debido respeto a las exigencias de las finanzas universitarias —dijo Huebo—, creo que es muy necesario.

—¿Por qué?

—Deseo llevarme el equipo al ballet.

—¡Eso es ridículo! —le espetó Ponder.

—No, señor, es esencial.

Al día siguiente apareció un artículo en el Times sobre la misteriosa desaparición de la fabulosa «Chul» que hizo sonreír a Glenda. Lo que pasa es que no han leído cuentos de hadas, pensó mientras salía de casa. Si quieres encontrar a una belleza, la buscas entre las cenizas. Como Glenda era Glenda y sería siempre e irremediablemente Glenda hasta las cachas, añadió: «Aunque los hornos de la cocina nocturna reciben un escrupuloso mantenimiento a todas horas y las cenizas se eliminan de inmediato».

Para su sorpresa, Juliet salió por su puerta al mismo tiempo, y parecía casi despierta.

—¿Crees que me dejarán trabajar en el banquete? —preguntó mientras esperaban la góndola.

En teoría sí, pensó Glenda, pero probablemente no, porque era una chica de la cocina nocturna. Aunque fuese Juliet, la señora Panadizo la estigmatizaría como chica del turno de noche.

—Juliet, irás al banquete —dijo en voz alta—, y yo también.

—Pero creo que a la señora Panadizo no le hará gracia —replicó Juliet.

Algo seguía bullendo dentro de Glenda. Había empezado en Bruño’s, había durado todo el día anterior y aún quedaba un poco para hoy.

—Me da igual —dijo.

Juliet soltó una risilla y miró alrededor, por si la señora Panadizo estaba escondida cerca de la parada de la góndola.

Y es verdad que me da igual, pensó Glenda. Me da igual. Era como desenvainar una espada.

El despacho de Ponder siempre desconcertaba a Mustrum Ridcully. El tipo usaba archivadores, por todos los cielos. Ridcully trabajaba sobre la base de que todo lo que no pudiera recordarse no era importante, y había desarrollado el método de almacenamiento documental de la pila en el suelo hasta convertirlo en un arte.

Ponder alzó la mirada.

—Ah, buenos días, archicanciller.

—Acabo de echar un vistazo en la Sala —dijo Ridcully.

—¿Sí, archicanciller?

—Nuestros muchachos están todos haciendo ballet.

—Sí, archicanciller.

—Y había unas chicas de la Casa de la Ópera, con esos vestidos cortos.

—Sí, archicanciller. Están ayudando al equipo.

Ridcully se inclinó hacia delante y posó unos nudillos enormes a ambos lados del papel en el que Ponder estaba trabajando.

—¿Por qué?

—Fue idea del señor Huebo, archicanciller. Al parecer deben aprender equilibrio, porte y elegancia.

—¿Ha visto al cancelero Nobbs intentar mantenerse derecho a la pata coja? Hágame caso, es una cura inmediata para la melancolía.

—Me lo imagino —dijo Ponder, sin alzar la vista.

—Pensaba que la idea era aprender a chutar la pelota dentro de la portería.

—Ah, sí, pero el señor Huebo tiene una filosofía.

—¿De verdad?

—Sí, señor.

—Van corriendo de un lado a otro por toda la universidad, eso lo he visto —dijo Ridcully.

—Sí, el señor Huebo y el señor Probable están preparando una cosilla para hacer en el banquete —dijo Ponder, mientras se levantaba y abría el cajón de arriba de un archivador. La visión de los archivadores al abrirse tendía a recordar a Ridcully que debería estar en otra parte, pero en esa ocasión la estratagema no funcionó.

—Ah, sí, también creo que tenemos unas pelotas nuevas.

—El señor Hijoderroncador sabe reconocer una oportunidad cuando la ve.

—De modo que todo va bien, entonces —dijo Ridcully, con una especie de tono perplejo.

—Eso parece, señor.

—Bueno, supongo que será mejor que me despreocupe —concluyó Ridcully. Vaciló, sintiéndose algo inútil, y encontró otro hilo del que tirar—. ¿Y cómo va ese reglamento, señor Stibbons?

—Ah, muy bien, gracias, archicanciller. Mantengo algunas de las reglas del juego callejero, claro está, para tener contento a todo el mundo. Algunas son muy extrañas.

—El señor Huebo es un tipo bastante simpático, por lo visto.

—Oh, sí, archicanciller.

—Me pareció que su idea de rediseñar la meta fue muy buena. Así es más divertido.

—¿No va a entrenar, señor? —preguntó Ponder, mientras tiraba de otro documento hacia él.

—¡Soy el capitán! No necesito entrenar. —Ridcully se volvió para partir y se detuvo con la mano en el pomo de la puerta—. Anoche tuve una larga charla con el ex decano. En el fondo es un alma decente, por supuesto —dijo.

—Sí, entiendo que el ambiente en la Sala No-Común fue muy cordial, archicanciller —dijo Ponder. Y caro, añadió para sus adentros.

—¿Sabía que el joven Semilladerrepollo es profesor?

—Sí, archicanciller.

—¿Usted quiere serlo?

—En realidad no, archicanciller. Creo que debería haber uno o dos puestos de esta institución que yo no ocupe.

—¡Sí, pero le han puesto Pex a su máquina! No puede decirse que sea un alarde de ingenio, ¿verdad?

—Bueno, hay varias diferencias significativas. Creo que él está usando pollos para generar la diamétrica en blit —observó Ponder.

—Eso parece —dijo Ridcully—. Algo así, en cualquier caso.

—Hum —musitó Ponder. Y fue un «hum» muy sólido, tal vez lo bastante para amarrar a él un bote pequeño.

—¿Pasa algo? —preguntó Ridcully.

—Bueno, esto, en realidad no, archicanciller. ¿Mencionó el ex decano algo sobre la necesidad de reconstruir por completo el resonador mórfico para permitir los cambios necesarios en la interfaz blit/slood?

—Me parece que no —dijo Ridcully.

—Ah —dejó caer Ponder, inexpresivo—. Bueno, seguro que Adrian acaba dándose cuenta. De verdad es muy listo.

—Sí, pero todo se ha basado en tu trabajo. Tú construiste a Hex. Y ahora dan a entender que el otro es una especie de gran lumbrera. Hasta sale en un cromo de tabaco.

—Eso está bien, señor. Es bueno que los investigadores obtengan reconocimiento.

Ridcully se sentía como un mosquito que intentase picar una coraza de acero.

—Ja, los magos sin duda han cambiado desde mi época —dijo.

—Sí, señor —replicó Ponder a la evasiva.

—Y por cierto, señor Stibbons —dijo Ridcully mientras abría la puerta—, mi época no ha terminado todavía.

Sonó un chillido a lo lejos. Y luego un golpe. Ridcully sonrió. El día se había animado de repente.

Cuando él y Ponder llegaron a la Gran Sala, la mayor parte del equipo se había reunido en torno a uno de sus compañeros que yacía en el suelo, con Huebo arrodillado encima.

—¿Qué ha pasado aquí? —exigió saber Ridcully.

—Una contusión seria, señor. Le pondré una compresa.

—Ah. —Su mirada fue a dar con un cofre grande y con remaches metálicos. Al principio parecía igual que cualquier otro cofre, hasta que uno veía los deditos minúsculos de los pies que asomaban por debajo—. El equipaje de Rincewind —gruñó—. Y donde está el equipaje, Rincewind no puede andar muy lejos por delante. ¡Rincewind!

—En realidad no ha sido culpa mía —dijo el aludido.

—Es verdad, señor —dijo Huebo—. Tengo que disculparme porque ha sido un malentendido colectivo. Tengo entendido que se trata de un cofre notablemente mágico que camina sobre centenares de patitas y me temo que los caballeros aquí presentes creían que jugaría a fútbol como una mala bestia, en sus palabras. Dicha hipótesis, debo decir, se ha demostrado errónea.

—He intentado avisarles —dijo el ex decano desde el límite del gentío—. Buenos días, Mustrum. Tienes un buen equipo.

—Lo único que hacen sus pies es tropezar unos con otros —explicó Bengo Macarona—. Y si al final consigue ponerse encima de la pelota, empieza a dar vueltas a lo loco y, por desgracia, ha chocado contra el pobre señor Valesopas.

—En fin, hay que aprender de los errores —dijo Ridcully—. Y ahora, ¿no tendrán por casualidad algo bueno que enseñarme, para variar?

—Creo que tengo justo lo que busca, archicanciller —dijo una voz alegre pero aflautada a sus espaldas.

Ridcully se volvió y contempló el rostro de un hombre con la forma y la urgencia de un flautín. Parecía vibrar sin moverse del sitio.

—Ah, profesor —dijo Ridcully con serenidad—, y veo que trae consigo al coro.

—¡En efecto, archicanciller, y debo decirle que estoy entusiasmado y cargado de luz interior por lo que he presenciado esta mañana! ¡Sin perder un instante, he compuesto un cántico, tal y como me había solicitado usted!

—¿Eso hice? —preguntó Ridcully por una comisura de su boca.

—Recordará que se habló de cánticos, y por tanto me pareció mejor informar al profesor —susurró Ponder.

—Otro pp, ¿eh? En fin, paciencia.

—Por suerte, se basa en la tradicional forma del canto llano o estolación y es una valedicta, o saludo al ganador. ¿Puedo? —dijo el profesor Ritornello—. Es a cappella, por supuesto.

—Adelante, por favor —lo animó Ridcully.

El maestro de la Música se sacó una batuta de la manga.

—He puesto el nombre de Bengo Macarona en la letra por el momento, porque al parecer ha marcado dos buenos «goles», como creo que se llaman —explicó, tratando la palabra con el cuidado que uno podría dedicar a una araña grande en la bañera.

Después paseó la mirada por su pequeño rebaño, asintió y:

¡Aclamemos las únicas cualidades del magistral Bengo Macarona! ¡De Macarona las cualidades únicas aclamemos! ¡Las aclamemos! ¡Las aclamemos! ¡El singular talento que no posee nadie más! ¡Aclamemos! ¡Lo aclamemos! ¡Aclamemos a los pródigos dioses! Quienes a los, dos los… ¡SINGULA SINGULAR SINGULA!

Después de un minuto y medio de aquello, Ridcully tosió sonoramente y el maestro impuso al coro un tartamudo silencio con un gesto de la mano.

—¿Hay algo impropio, archicanciller?

—Esto, no exactamente, maestro, pero, ejem, ¿no le parece que es un poco, en fin, largo? —Ridcully era consciente de que el ex decano intentaba con muy poco empeño contener una risilla.

—En absoluto. ¡En realidad, señor, mi objetivo es que acabe precisando cuarenta voces y sea, aunque me esté mal decirlo, mi obra maestra!

—Pero ¿entiende que es algo que tienen que cantar los aficionados al fútbol? —preguntó Ridcully.

—Pues bueno —dijo el maestro, sosteniendo su batuta de un modo más bien amenazador—, ¿no es deber de las élites educadas elevar los estándares de las clases bajas?

—Tiene su parte de razón, Mustrum —observó el catedrático de Estudios Indefinidos, y Ridcully sintió que su abuelo le daba una patada en la herencia. Y se alegró de que aquella sirvienta no estuviera delante —¿cómo se llamaba? Ah, sí, Glenda, una mujer lista—, pero, aunque ella no estuviera, distinguió algo de su expresión en la cara de Trev Probable.

—Entre semana, es posible —replicó—, pero mejor no los sábados. Muy bien hecho, en cualquier caso, y espero tener más noticias de sus progresos.

El maestro de la Música salió entre grandes aspavientos seguido por el coro, que aspaventeó perfectamente al unísono con él.

Ridcully se frotó las manos.

—Bueno, caballeros, quizá podrían enseñarme sus movimientos.

Mientras los jugadores se repartían por la Sala, Huebo dijo:

—Debo decir que el profesor Macarona está destacando en este juego. Salta a la vista que posee grandes habilidades peloteras.

—No me sorprende —dijo Ridcully con voz animada.

—El Bibliotecario es, por supuesto, un excelente guardián de la meta. Sobre todo porque puede plantarse en medio y llegar a los dos lados. Creo que será muy difícil que cualquiera de nuestros oponentes lo supere. Y, por supuesto, usted también participará, archicanciller.

—Bueno, uno no llega a archicanciller si no las caza al vuelo. De momento solo miraré.

Miró. Tras la segunda ocasión en que Macarona, como una estela plateada, cruzó la Sala en toda su longitud para colar el balón en la meta rival, Ridcully se volvió hacia Ponder y dijo:

—Vamos a ganar, ¿verdad?

—Si es que sigue jugando para vosotros —señaló el ex decano.

—Venga, vamos, Henry. ¿Podemos ponernos de acuerdo al menos en que solo jugaremos a un juego a la vez?

—Bueno, creo que la sesión de hoy debería terminar en breve, señor —dijo Ponder—. Esta noche tenemos el banquete, a fin de cuentas, y tardaremos un poco en preparar la sala.

—Perdone, jefe, tiene razón —añadió Trev a su espalda—, y tenemos que bajar la araña y ponerle velas nuevas.

—Sí, pero hemos estado practicando una pequeña demostración para esta noche. A lo mejor el archicanciller quiere verla —dijo Huebo.

Ridcully consultó su reloj.

—Bueno, sí, señor Huebo, pero se nos echa el tiempo encima y por tanto me quedaré con las ganas de verla más tarde. Un esfuerzo espléndido todos, de todas formas —tronó.

Estaban montando el mercado nocturno en la plaza Sator cuando Glenda y Juliet llegaron al trabajo. Ankh-Morpork vivía en la calle, donde obtenía su comida, entretenimiento y, en una ciudad con una galopante escasez de vivienda, un lugar donde pasar el rato hasta que hubiera sitio en algún suelo. Habían colocado tenderetes en cualquier hueco disponible, y las antorchas extendían por el aire una peste terrible y, casi como efecto secundario, cierta cantidad de luz.

Glenda nunca podía resistirse a mirar, sobre todo últimamente. Se le daba muy bien todo lo relacionado con la cocina, y era importante mantener esa certeza en el centro tranquilo de su revuelto cerebro. Y estaba Verity Empujacarrito, reina de los mares.

Glenda siempre encontraba tiempo para la señorita Empujacarrito, que era una mujer hecha a sí misma, aunque no le habría venido mal alguna ayuda en lo relativo a los ojos, que estaban tan separados que se parecía a un rodaballo.

Pero Verity, como el océano que la estaba haciendo rica últimamente, tenía profundidades ocultas, porque había ganado lo suficiente para comprarse un barco, y luego otro y un pasillo entero del mercado de pescado. Pero aun así, la mayoría de tardes empujaba en persona su carreta hasta la plaza, donde vendía buccinos, langostinos, cangrejos de cuero, gambas de pan, almejas mono y sus famosos pinchos de pescado picantes.

Glenda a menudo compraba en su puesto; compartían la clase de respeto que se profesa a una igual que además, y esto es importante, no supone una amenaza para la posición propia.

—¿Iréis al gran sarao, chicas? —preguntó Verity con alegría, sacudiendo un fletán en su dirección.

—Sí —respondió Juliet orgullosa.

—¿Cómo, las dos? —dijo Verity, con una mirada de reojo a Glenda.

—La cocina nocturna está ampliando horizontes —dijo esta con firmeza.

—Bueno, mientras os divirtáis —dijo Verity, mirando en teoría de la una a la otra—. Tomad, llevaos uno de estos, que están buenísimos. Invito yo.

Bajó el brazo y cogió un cangrejo de un cubo. Al levantarlo resultó que había otros tres colgados de él.

—¿Un collar de cangrejos? —rió Juliet.

—Ah, los cangrejos lo hacen siempre —dijo Verity mientras desenganchaba a los polizones—. Más tontos que un madero, todos ellos. Por eso puedes tenerlos en un cubo sin tapa ni nada. Si uno intenta salir, los demás lo estiran hacia abajo. Sí, valen exactamente como un madero. —Verity sostuvo el cangrejo por encima de un caldero que burbujeaba ominosamente—. ¿Os lo cuezo?

—¡No! —exclamó Glenda, mucho más alto de lo que había pretendido.

—¿Estás bien, reina? —preguntó Verity—. Pareces un poco pachucha.

—Estoy bien. Bien. La garganta un poco tocada, eso es todo. —Cubo de cangrejos, pensó. Creía que Pepe decía tonterías—. Ejem, puedes atarle las pinzas y ya está. Será una noche larga.

—Como quieras —dijo la señora Empujacarrito, que con movimientos de experta envolvió al dócil cangrejo con un cordel—. Sabes cómo se hace, eso lo tengo claro. Unos cangrejos de primera, riquísimos. Pero más tontos que un madero.

Cubo de cangrejos, pensó Glenda mientras apretaban el paso hacia la cocina nocturna. Así es como funciona. Gente de las Hermanas que mira mal que una chica coja el trollebús. Eso es un cubo de cangrejos. Prácticamente todo lo que me dijo alguna vez mi madre, eso también es puro cubo de cangrejos. Prácticamente todo lo que he dicho yo a Juliet es también cubo de cangrejos. A lo mejor es otra forma de llamar al Lío. Dentro se está tan bien y tan calentita que te olvidas de que existe un fuera. Lo peor es que el cangrejo que más hace por mantenerte abajo eres tú misma… La revelación tenía su cabeza en llamas.

Hay mucho que depende del hecho de que, en la mayoría de las circunstancias, la gente no tiene permitido pegarte con un martillo. Levantan toda clase de señales visibles e invisibles que dicen «No hagas eso» con la esperanza de que funcionen pero, de no ser así, se resignan porque en realidad no hay martillo. Bastaba fijarse en Juliet cuando había hablado con todas aquellas damas de alto copete. No sabía que no debía hablarles de aquella manera. ¡Y había funcionado! Nadie le dio un martillazo en la cabeza.

Y la costumbre y la práctica, personificadas en la señora Panadizo, dictaban que el personal de la cocina nocturna no debía acudir a las plantas superiores, donde la luz era comparativamente limpia y aún no había pasado por un montón de globos oculares ajenos. Pues bien, Glenda lo había hecho y no había pasado nada, ¿a que no? De manera que en ese momento avanzó con paso firme hacia la Gran Sala, golpeando el suelo con sus prácticos zapatos lo bastante fuerte para que le doliera. Las chicas del turno de día no dijeron nada cuando entró desfilando tras ellas. No tenían nada que decir. La auténtica regla no escrita era que las chicas tirando a rechonchas no servían la mesa cuando había invitados, y Glenda había decidido esa noche que no sabía leer reglas no escritas. Además, ya había una bronca en marcha. Las sirvientas que colocaban los cubiertos intentaban al mismo tiempo mantener vigilados los que ya habían colocado, lo que a la hora del banquete significó que más de un invitado tuvo que comer con dos cucharas.

A Glenda le asombró ver que el paje de velas hacía aspavientos con las manos delante de Trev y de Huebo, y se dirigió hacia ellos. Smeems no le caía muy bien; un hombre podía ser dogmático y no pasaba nada, o podía ser estúpido y tampoco importaba mucho, pero estúpido y dogmático a la vez era demasiado, sobre todo aliñado con olor corporal.

—¿Qué pasa aquí?

Funcionó. El tono adecuado procedente de una mujer con los brazos cruzados siempre arranca una respuesta a un hombre desprevenido antes de que tenga tiempo de pensar, y antes incluso de que tenga tiempo de pensar una mentira.

—¡Han subido la araña! ¡La han subido sin encender las velas! ¡Ahora no tendremos tiempo de bajarla y volverla a subir antes de que lleguen los invitados!

—Pero señor Smeems… —empezó Trev.

—Y ellos solo me replican y me mienten —protestó Smeems con amargura.

—Pero puedo encenderlas desde aquí, señor Smeems. —Huebo hablaba bajito, encogiendo hasta su voz.

—¡No me vengas con esas! Ni siquiera los magos pueden hacerlo sin dejarlo todo perdido de cera, pequeño…

—Ya basta, señor Smeems —dijo una voz que, para sorpresa de Glenda, resultó ser la suya—. ¿Puede encenderlas o no, señor Huebo?

—Sí, señorita. A su debido tiempo.

—Pues no se hable más —dijo Glenda—. Le sugiero que deje el asunto en manos del señor Huebo. —Smeems la miró y Glenda notó que había, por así decirlo, un martillo invisible en su pensamiento, la sensación de que allí podía buscarse un problema.

—Y ahora debería seguir a lo mío —concluyó.

—No puedo quedarme aquí sin hacer nada. Soy un hombre con responsabilidades. —Smeems parecía descolocado y perplejo, pero desde su punto de vista ausentarse era una buena idea. Glenda casi vio cómo su cerebro llegaba a esa conclusión. No estar presente diluiría la culpa de lo que saliera mal—. No puedo quedarme sin hacer nada —repitió—. ¡Ja! ¡Estaríais todos a oscuras si no fuese por mí! —Con esas, agarró su grasienta bolsa y salió disparado.

Glenda se volvió hacia Huebo. Es imposible que se haga más pequeño, pensó. La ropa le quedaría peor incluso que ahora. Deben de ser imaginaciones mías.

—¿De verdad puede encender las velas desde aquí? —preguntó en voz alta. Huebo siguió mirando al suelo.

Glenda se volvió hacia Trev.

—¿De verdad puede…? —Pero Trev no estaba allí, porque Trev estaba apoyado en la pared a cierta distancia hablando con Juliet.

Lo captó todo de un vistazo: la actitud posesiva de él, la recatada mirada hacia abajo de ella; no era un tejemaneje propiamente dicho, pero sí la obertura e inicio de un tejemaneje. Ay, el poder de las palabras…

Quien observa es observado. Glenda bajó la vista y se topó con la mirada penetrante de Huebo. ¿Era eso un ceño? ¿Qué había visto él en su expresión? Más de lo que ella quería, de eso estaba segura.

El ritmo de la Sala se aceleraba. Los capitanes de fútbol se estarían reuniendo en una antesala, y se los imaginaba allí, con sus camisas limpias, o como mínimo menos mugrientas de lo habitual, arrastrados hasta la universidad desde las diferentes versiones de la calle Botney de toda la ciudad, contemplando el maravilloso techo abovedado y preguntándose si iban a salir de allí con los pies por delante. Ja, añadió, al hilo de ese pensamiento, eso no, pero a cuatro patas, sí. Y, justo cuando su cerebro empezaba a dar vueltas a ese nuevo pensamiento, una voz severa a su espalda dijo:

—¿No solemos esperar tu presencia en la Gran Sala, Glenda?

Tenía que ser la señora Panadizo. Solo el ama de llaves hablaría con ese plural mayestático y terminaría una frase normal como si fuera una pregunta. Además, sin darse la vuelta, Glenda oía el tintineo de su llavero de plata, que según rezaba la leyenda contenía la única llave capaz de abrir todas las cerraduras de la universidad, y el chirrido de su temible corsetería.

Glenda se volvió. ¡No hay martillo!

—H[[17]](#footnote-17)e pensado que podrían necesitar un par de manos más esta noche, señora Panadizo —dijo con dulzura.

—Aun así, la costumbre y la práctica…

—Ah, querida señora Panadizo, creo que estamos preparados para hacerles pasar ya. El carruaje de su señoría partirá del palacio en breve —dijo el archicanciller, detrás de ellas.

La señora Panadizo podía imponer, pero sobre todo era en sentido horizontal. Mustrum Ridcully le sacaba más de medio metro de imposición. El ama de llaves se volvió a toda prisa y le dedicó la media reverencia que él, aunque nunca había osado decírselo, siempre encontraba un poco irritante.

—Anda, y la señorita Glenda, ¿no es así? —añadió el archicanciller con alegría—. Me alegro de verla aquí arriba. Una joven muy eficaz, señora Panadizo. Tiene iniciativa y una buena cabeza sobre los hombros.

—Es muy amable por decirlo. Es una de mis mejores chicas —dijo el ama de llaves, escupiendo dientes y con cuidado de no encontrarse con la mirada súbitamente angelical de Glenda.

—Veo que la gran araña no está encendida —comentó Ridcully.

Glenda dio un paso adelante.

—El señor Huebo tiene planeada una sorpresa para nosotros, señor.

—El señor Huebo es una caja de sorpresas. Hoy hemos vivido un día asombroso, señorita Glenda —dijo Ridcully—. Nuestro señor Huebo ha estado enseñando a los chicos a jugar a fútbol a su manera. ¿Sabe lo que hizo ayer? No lo adivinará jamás. Cuénteselo, señor Huebo.

—Me los llevé a la Real Casa de la Ópera para que vieran practicar a los bailarines —explicó Huebo con nerviosismo—. Verán, es muy importante que adquieran las competencias del movimiento y la postura.

—Y cuando volvieron —dijo Ridcully, con la misma jovialidad ligeramente amenazadora—, les hizo jugar aquí en la Sala con los ojos vendados.

Huebo carraspeó, algo desasosegado.

—Es crucial que sepan dónde están todos los demás jugadores —explicó—. Es esencial que formen un equipo.

—Y después los llevó a ver los perros de caza de lord Óxido.

Huebo volvió a carraspear, más avergonzado si cabe.

—Cuando cazan, todos los perros conocen la posición de los demás. Quería que entendiesen la dualidad de equipo y jugador. La fuerza del jugador es el equipo y la fuerza del equipo es el jugador.

—¿Lo oyen? —preguntó Ridcully—. ¡Fantástico! Ah, y les ha hecho correr de un lado a otro por aquí durante todo el día. Han hecho equilibrios con balones en la cabeza, y dibujado grandes esquemas en una pizarra. Cualquiera diría que planeaban una especie de batalla.

—Es una batalla —dijo Huebo—. Entiéndanme, no con el equipo rival, de por sí, sino una batalla de cada hombre consigo mismo.

—Eso suena muy uberwaldiano —dijo Ridcully—. Aun así, los veo a todos llenos de empuje y energía, y listos para la velada. Creo que el señor Huebo tiene planeado uno de esos espectáculos de luces.

—Una nadería para atraer la atención de la gente —dijo Huebo.

—¿Habrá algo que estalle? —preguntó Ridcully.

—No, señor.

—¿Lo promete? Personalmente me gusta tener mi poquito de Sturm y Drang de vez en cuando, pero lord Vetinari es un pelín quisquilloso con esas cosas.

—Nada de rayos y truenos, señor. Como mucho un poco de humo, arriba del todo.

A Glenda le parecía que el archicanciller prestaba una cavilosa atención a Huebo.

—¿Cuántas lenguas hablas, amigo… Huebo?

—Tres muertas y doce vivas, señor —respondió Huebo.

—Caramba. Caramba —dijo Ridcully, como si archivara la respuesta y tratase de no pensar: ¿Cuántas de ellas estaban vivas antes de que las mataras?—. Así me gusta. Gracias, señor Huebo, y también a ustedes, señoras. Haremos pasar a los capitanes enseguida.

Glenda aprovechó la oportunidad para desaparecer de delante de la señora Panadizo. No le complació ver que Trev y Juliet ya habían aprovechado una anterior para desaparecer de delante de ella.

—No se preocupe por Juliet —dijo Huebo, que la había seguido.

—¿Quién ha dicho que esté preocupada? —replicó Glenda.

—Usted. Su expresión, su actitud, la disposición de su cuerpo, sus… reacciones, su tono de voz. Todo.

—¡No es asunto tuyo mirar mi todo, quiero decir, la disposición de mi cuerpo!

—Me refería a su manera de colocarse, señorita Glenda.

—¿Y puedes leerme la mente?

—Casi lo parece. Lo siento mucho.

—Y Juliet. ¿Qué pensaba ella?

—No estoy seguro, pero le gusta el señor Trev, lo encuentra divertido.

—¿O sea que has leído el todo de Trev? ¡Seguro que era un libro verde!

—Esto… no, señorita. Está preocupado y confundido. Diría que intenta ver qué clase de hombre va a ser.

—¿De verdad? Siempre ha sido un golfo.

—Está pensando en su futuro.

Al otro lado de la Sala, las grandes puertas se abrieron al mismo tiempo que los últimos sirvientes llegaban correteando a sus puestos.

Glenda ni se inmutó, absorta como estaba en la perspectiva de que un leopardo pudiera cambiar de pantalones. Ha estado bastante tranquilo últimamente, hay que reconocerlo. Y es cierto que le escribió aquel poema encantador… Eso debería significar mucho, un poema. ¿Quién lo hubiera pensado? No es propio de él en absoluto…

De repente, Huebo había desaparecido a velocidad atómica, las puertas estaban abiertas de par en par y por ellas entraban los capitanes con sus séquitos, y todos parecían nerviosos; algunos llevaban trajes a los que no estaban acostumbrados y otros caminaban algo torcidos incluso tan temprano, porque la idea que tenían los magos de un aperitivo se subía a la cabeza, y en las cocinas estarían llenando platos y los chefs andarían maldiciendo y los hornos resonando mientras… mientras… ¿Qué menú había, por cierto?

La vida como parte invisible de la Universidad Invisible era un conjunto de alianzas, rivalidades, obligaciones y amistades, todo ello removido, retorcido y entretejido.

A Glenda se le daba bien. La cocina nocturna siempre había sido generosa con los otros trabajadores, y ahora mismo la Gran Sala le debía favores, aunque lo único que había hecho ella era mantener la boca cerrada. Abordó a Brillos Robert, uno de los jefes de camareros, que le dedicó el cauteloso saludo con la cabeza que se reserva a quien sabe cosas sobre uno de las que no debería enterarse su madre.

—¿Tienes un menú? —le preguntó. Salió uno de debajo de una servilleta. Lo leyó horrorizada.

—¡Esto no es lo que les gusta!

—Vaya, vaya, Glenda —dijo Robert con sorna—. ¿Estás diciendo que es demasiado bueno para ellos?

—Les vais a dar Avec. Casi todos los platos llevan Avec, pero a las cosas con Avec en el nombre se les coge el gusto con el tiempo. O sea, ¿esta gente te parece de la que normalmente come en lengua extrajera? ¡Madre mía, y les pondréis cerveza! ¡Cerveza con Avec!

—Hay disponible una selección de vinos. Ellos han elegido cerveza —replicó Robert con frialdad.

Glenda miró fijamente a los capitanes. Parecía que ya se lo estaban pasando bien. Había comida y bebida gratis y, si la comida sabía raro, por lo menos había mucha, y la cerveza tenía el acogedor sabor de lo familiar y también abundaba.

Glenda estaba mosqueada. Los cielos sabían que el fútbol se había vuelto bastante asqueroso de un tiempo a esa parte, pero… en fin, no acababa de identificar lo que la inquietaba, pero…

—Perdone, señorita.

Miró hacia abajo. Un joven futbolista había decidido sincerarse con la única mujer de uniforme a la vista que no llevaba al menos dos platos a la vez.

—¿Puedo ayudarle?

El chico bajó la voz.

—Esta mermelada sabe a pescado, señorita.

Glenda contempló el resto de las caras sonrientes de la mesa.

—Se llama caviar, señor. Le levantará el ánimo.

La mesa, como un solo bebedor entonado, estalló en carcajadas, pero el joven solo parecía perplejo.

—Ya lo tengo levantado, señorita. —Más risas.

—Espero que no demasiado —dijo Glenda, y los dejó desternillándose.

—Muy amable al invitarme, Mustrum —dijo lord Vetinari, mientras rechazaba los entremeses con un gesto de la mano. Se volvió hacia el mago de su derecha—. Y veo que el archicanciller anteriormente conocido como decano vuelve a estar con usted. Estupendo.

—Quizá recuerde que Henry se fue a Pseudópolis, a Durafacies, ya sabe. Ahora es, esto… —Ridcully se frenó.

—El nuevo archicanciller —dijo Vetinari. Cogió una cuchara y la examinó con detenimiento, como si fuese un objeto raro y curioso—. Qué cosas. Yo creía que solo podía haber un archicanciller. ¿No es así? Uno por encima de todos los demás y un solo Sombrero, ¿verdad? Pero son asuntos de los magos, de los que sé poco, de modo que disculpen si lo he malinterpretado. —Con el parsimonioso giro del óvalo de la cuchara, su nariz reflejada alternaba entre larga y corta—. Sin embargo, como espectador se me ocurre que la situación podría provocar una ligera fricción, tal vez. —La cuchara se detuvo a media revolución.

—Una cucharadita, quizá —dijo Ridcully, sin mirar en dirección a Henry.

—¿Tanto? Pero deduzco de la ausencia de personas convertidas en rana que ustedes, caballeros, han renunciado a la tradicional opción de la escabechina mágica. Bien hecho. Cuando llega la hora de la verdad, unos viejos amigos, unidos por los lazos del menosprecio mutuo, no se ven con ánimo de matarse entre ellos. Quedan esperanzas. Ah, sopa.

Se produjo un breve paréntesis mientras el cucharón viajaba de cuenco en cuenco, y luego el patricio prosiguió:

—¿Puedo ayudarles? Soy imparcial en este asunto.

—Disculpe, señoría, pero creo que podría decirse que está a favor de Ankh-Morpork —objetó el archicanciller anteriormente conocido como decano.

—¿De verdad? También podría decirse que obraría en mi interés debilitar el poder percibido de esta universidad. ¿Comprende por dónde voy? ¿El delicado equilibrio entre cátedra y trono, lo invisible y lo mundano? Los focos gemelos del poder. Cabría decir que puedo aprovechar la oportunidad para dejar mal a mi erudito amigo. —Sonrió una pequeña sonrisa—. ¿Todavía conserva el Sombrero oficial de archicanciller, Mustrum? Observo que últimamente no lo lleva y tiende a preferir el vistoso modelo que tiene esos cajones tan atractivos y el pequeño mueble bar en la punta.

—El oficial nunca me gustó. Refunfuñaba a todas horas.

—¿De verdad puede hablar? —preguntó Vetinari.

—Creo que la palabra «despotricar» sería mucho más apropiada, puesto que su único tema de conversación es lo mejor que era todo antes. Mi único consuelo en este aspecto es que todos los archicancilleres de los últimos mil años se quejaron exactamente de lo mismo.

—¿De modo que piensa y habla? —preguntó Vetinari con inocencia.

—Bueno, supongo que podría decirse así.

—Entonces no puede poseerlo, Mustrum: un sombrero que piensa y habla no puede ser esclavizado. No hay esclavos en Ankh-Morpork, Mustrum. —Agitó un dedo en ademán burlón.

—Sí, pero es una cuestión de apariencias. ¿Qué imagen daría si renunciase a la unicidad de la archicancillería sin pelear?

—Sinceramente no sabría decirlo —respondió lord Vetinari— pero, ya que más o menos todas las auténticas batallas entre magos hasta la fecha han acabado en destrucción generalizada, opino que al menos daría una imagen algo avergonzada. Y, por supuesto, le recordaré que no le importó que el archicanciller Bill Rincewind de la Universidad de Bugarup se haga llamar archicanciller.

—Sí, pero él está muy lejos —replicó Ridcully—. Y Cuatroequis en realidad no cuenta ni como sitio, mientras que en el caso de Pseudópolis estamos hablando de una organización advenediza y su…

—¿De manera que es pura cuestión de distancia? —preguntó Vetinari.

—No, pero… —dijo Ridcully, y dejó la frase en el aire.

—¿Vale la pena discutir, les pregunto? —prosiguió Vetinari—. Lo que tenemos aquí, caballeros, no es más que una rencilla entre los directores de una institución venerable y respetada y un centro de aprendizaje nuevo, relativamente inexperto e importuno.

—Sí, eso es lo que tenemos, tal cual —dijo Ridcully.

Vetinari alzó un dedo.

—No había terminado, archicanciller. Vamos a ver. He dicho que lo que tenemos aquí es una rencilla entre una institución antigua y algo fosilizada, vetusta y tirando a acartonada, y una facultad de briosos recién llegados llenos de ideas frescas y emocionantes.

—Alto, un momento, eso no es lo que ha dicho la primera vez —protestó Ridcully.

Vetinari se recostó.

—Sí que lo es, archicanciller. ¿No recuerda la charla que tuvimos hace poco sobre el significado de las palabras? El contexto lo es todo. Sugiero, por tanto, que conceda al rector de la Universidad de Durafacies la oportunidad de llevar el Sombrero oficial de archicanciller durante una breve temporada.

Había que prestar mucha atención a lo que lord Vetinari decía. A veces sus palabras, dóciles a todas luces, tenían tendencia a revolverse y morder.

—Juéguense el Sombrero al fútbol —dijo Vetinari.

Miró sus caras.

—Caballeros. Caballeros. Piénsenlo un momento. La importancia del Sombrero sale reforzada. La media entre magos se produce por medios no primordialmente mágicos. Creo que la pugna en sí, y en verdad la rivalidad, serán buenas para ambas universidades, y el pueblo se interesará, mientras que en el pasado, cuando los magos reñían, tenía que esconderse en el sótano. Les ruego que no me respondan demasiado deprisa, o de lo contrario creeré que no lo han pensado suficiente.

—A decir verdad, yo puedo pensar muy deprisa —dijo Ridcully—. No hay color. Sería totalmente injusto.

—Desde luego que lo sería —dijo Henry.

—Ajá, los dos opinan que sería totalmente injusto —señaló Vetinari.

—En efecto. Nosotros tenemos un profesorado mucho más joven, y los frescos y saludables campos de juego de Pseudópolis.

—Estupendo —dijo lord Vetinari—. A mí me parece que tenemos un reto. Universidad contra universidad. Ciudad, por así decirlo, contra ciudad. La guerra, por así decirlo, sin la tediosa necesidad de recoger todas esas cabezas y extremidades después. Todos tenemos que pugnar, caballeros.

—Supongo que debo aceptar —dijo Ridcully—. No es que vaya a perder el Sombrero, en cualquier caso. Con todo, debo señalar, Havelock, que usted no permite muchos desafíos a su posición.

—Ah, pero se me desafía con mucha frecuencia —dijo lord Vetinari—. Lo que pasa es que no ganan. Por cierto, caballeros, he visto en el periódico de hoy que los nuevos votantes de Pseudópolis aprobaron ayer no tener que pagar impuestos. Cuando vuelva a ver al presidente, por favor no dude en comunicarle que será un placer aconsejarle cuando él lo considere necesario. Anímense, caballeros. Ninguno de los dos se lleva exactamente lo que quiere, pero ambos tienen exactamente lo que se merecen. Si el leopardo puede cambiar de pantalones, un mago puede cambiar de sombrero. Y el leopardo debe cambiar de pantalones, caballeros, o estamos todos perdidos.

—¿Se refiere al asunto de Loko? —preguntó Henry—. No hace falta que ponga cara de sorpresa.

—No pienso hacerlo; estoy sorprendido —dijo Vetinari—. Pero por favor, concédame el mérito de no poner cara de sorpresa a menos que hacerlo suponga alguna ventaja, claro.

—Tendremos que hacer algo. ¡La expedición encontró un nido de los malditos bichos!

—Sí. Niños, a los que mataron —dijo Vetinari.

—¡Crías a las que exterminaron!

—¿Ah, sí? ¿Y qué sugiere?

—¡Estamos hablando de una fuerza muy maligna!

—Archicanciller, reconozco el mal cuando lo veo en mi espejo de afeitarme. Desde un punto de vista filosófico, parece que está presente en todo el universo con el fin de resaltar la existencia del bien. Creo que la teoría es más extensa, pero suelen poderme las carcajadas al llegar a este punto. ¿Entiendo que respalda la idea de enviar una fuerza expedicionaria al Lejano Uberwald?

—¡Por supuesto! —aseguró el ex decano.

—Ya se ha intentado una vez. Antes de eso lo intentaron dos veces. ¿Por qué existe cierta mentalidad militar que lleva a personas sensatas a repetir, con ganas, lo que no ha funcionado antes?

—La fuerza es lo único que entienden. Ya debe de saberlo usted.

—La fuerza es lo único que se ha intentado, archicanciller Henry. Además, si son animales, como afirman algunos, entonces no entienden nada, pero si, como creo yo con total convicción, son criaturas inteligentes, sin duda se impone cierta comprensión por nuestra parte.

El patricio dio un sorbo a su cerveza.

—Le he dicho esto a pocas personas, caballeros, y sospecho que no volveré a contarlo nunca, pero un día, cuando era joven y estaba de vacaciones en Uberwald, caminaba por la ribera de un río cuando vi una madre nutria con sus crías. Una estampa muy tierna, seguro de que coincidirán conmigo, y, ante mis mismos ojos, la madre se zambulló y salió a la superficie con un lustroso salmón, al que redujo y arrastró hasta un tronco medio sumergido. Mientras se lo comía, por supuesto vivo todavía, el cuerpo se partió, y recuerdo como si fuese ayer el dulce rosa de sus huevas al desparramarse, para delicia de las crías de nutria que se abalanzaron unas sobre otras para alimentarse del manjar. Una de las maravillas de la naturaleza, caballeros: madre e hijos comiendo a madre e hijos. Y fue entonces cuando aprendí del mal por primera vez. Es inherente a la naturaleza misma del universo. Todos los mundos giran presa del dolor. Si existe alguna clase de ser supremo, me dije, depende de todos nosotros convertirnos en su superior moral.

Los dos magos cruzaron una mirada. Vetinari contemplaba las profundidades de su jarra de cerveza y se alegraron de no saber lo que veía en ellas.

—¿Es cosa mía o aquí hay poca luz? —dijo Henry.

—¡Cielos, sí! ¡Me había olvidado de la araña! —exclamó Ridcully—. ¿Dónde está el señor Huebo?

—Aquí —dijo Huebo, bastante más cerca de lo que le habría gustado a Ridcully.

—¿Por qué?

—He dicho que estaría preparado cuando me necesitara, señor.

—¿Qué? Ah, sí, sí que lo ha dicho. —Es bajo, educado y pasmosamente servicial, pensó. Nada en absoluto de lo que preocuparse—. Bueno, muéstrenos cómo encender las velas, señor Huebo.

—¿Sería posible un redoble, señor?

—Lo dudo, joven, pero pediré la atención de la sala.

Ridcully cogió una cuchara y dio unos golpecitos al lateral de una copa de vino, fiel al ancestral método del «¡Atención todo el mundo, intento montar escándalo con mucha discreción!», que ha sido esquivo a los oradores de sobremesa desde la invención de las copas, las cucharas y las sobremesas.

—¡Caballeros, ruego un silencio expectante seguido de un aplauso agradecido por el encendido de la araña!

El silencio se hizo.

Cuando la tanda de aplausos fue seguida por otro silencio, la gente se revolvió en su asiento para ver mejor que no había nada que ver.

—¿Tendrá la bondad de dar una calada a su pipa y pasármela, señor? —dijo Huebo.

Ridcully se encogió de hombros y lo hizo. Huebo cogió la pipa, la alzó en el aire y…

¿Qué pasó? Fue tema de conversación durante días. ¿Surgió el fuego rojo de la pipa, bajó del techo o salió de las paredes sin más? Lo único cierto fue que la penumbra se fracturó de repente por unos fogonazos que avanzaron en zigzag y se esfumaron al instante, para dejar una oscuridad total que se despejó como el cielo al amanecer cuando todas las velas, en perfecta sincronía, se iluminaron a la vez.

Mientras los aplausos arreciaban, Ridcully miró mesa abajo a Ponder, que agitó su taumómetro, negó con la cabeza y se encogió de hombros.

Entonces el archicanciller se volvió hacia Huebo, lo llevó hasta donde no se les oyera desde la mesa y, para beneficio de los curiosos, le estrechó la mano.

—Bien hecho, señor Huebo. Solo una cosa: eso no ha sido magia, porque lo sabríamos, de manera que ¿cómo lo ha hecho?

—Bueno, en un principio, alquimia enana, señor. Ya sabe, de esa que funciona. Así es como encienden las grandes arañas en las cavernas de debajo de Jdienda. Lo he deducido mediante pruebas y análisis. Todos los cabos de las velas están conectados mediante una red de hilo de algodón negro, que termina en un solo hilo que apenas se distingue en esta sala. Verá, el hilo está empapado en una receta que arde con extrema pero breve ferocidad cuando está seca. Mi solución, levemente modificada, arde de forma más rápida si cabe, y consume el hilo hasta que no queda más que gas. Es bastante segura. Solo toca las puntas de los cabos de las velas, ¿sabe?, y se iluminan con normalidad. Quizá le interese, señor, saber que la llama viaja tan deprisa como para ser instantánea según cualquier medida humana. Desde luego a más de treinta kilómetros por hora, calculo.

A Ridcully se le daba bien quedarse impasible. No podía tratarse con Vetinari de forma regular sin la capacidad de petrificar la expresión a voluntad. Sin embargo, en ese momento, ni siquiera tuvo que esforzarse.

Huebo parecía preocupado.

—¿No he logrado alcanzar valía, señor?

—¿Qué? Ah. Bueno. —La cara de Ridcully se descongeló—. Muy bien llevado a cabo, Huebo. ¡Así me gusta! Esto, ¿de dónde ha sacado los ingredientes?

—Ah, hay una vieja sala de alquimia en los sótanos.

—Hum. Bueno, gracias de nuevo —dijo Ridcully—. Pero, como señor de esta universidad, debo pedirle que no hable con nadie de esta invención hasta que hayamos tratado otra vez del asunto. Ahora me reclaman de nuevo los acontecimientos inmediatos.

—No se preocupe, señor, me ocuparé de que no caiga en manos equivocadas —aseguró Huebo, mientras se alejaba con paso decidido.

Solo que, por supuesto, las tuyas son las manos equivocadas, pensó Ridcully de regreso a la mesa.

—Un espectáculo impresionante —dijo Vetinari mientras Ridcully tomaba asiento—. ¿Acierto al pensar, Mustrum, que el señor Huebo al que se ha referido es en verdad, por así decirlo, el señor Huebo?

—Así es, sí, un tipo la mar de decente.

—¿Y le permite practicar la alquimia?

—Creo que ha sido idea suya, señor.

—¿Y ha estado aquí al lado todo el tiempo?

—Es muy solícito. ¿Hay algún problema, Havelock?

—No, no, ni uno solo —dijo Vetinari.

Fue en verdad un espectáculo impresionante, eso Glenda lo reconocía, pero mientras lo contemplaba pudo notar en ella la mirada de la señora Panadizo. En teoría las actividades de Glenda merecerían otra clase de fuegos artificiales más tarde, pero eso no iba a suceder, ¿verdad? Tenía dominado el martillo invisible. Pero le rondaban otras cosas por la cabeza, aunque eran menos personales.

Por estúpidos, tontos e imprudentes que fuesen algunos de sus vecinos, dependía de ella, como siempre, proteger sus intereses. Los habían soltado en un mundo que no entendían, de modo que ella tenía que entenderlo por ellos. Lo pensó porque, mientras merodeaba entre los comensales, había distinguido cierta clase de tintineo y, en efecto, la cantidad de cubertería presente sobre las mesas parecía estar disminuyendo. Después de observar con atención durante un momento, se situó detrás del señor Stollop y sin ceremonia sacó tres cucharas y un tenedor de plata del bolsillo delantero de su chaqueta.

Él se giró y luego tuvo la decencia de parecer algo avergonzado cuando vio que era ella.

Glenda no tuvo que abrir la boca.

—Tienen tantos… —protestó él—. ¿Quién necesita todos esos cuchillos y tenedores?

Glenda le metió la mano en el otro bolsillo y sacó tres cuchillos de plata y un salero del mismo material.

—Bueno, es que hay un montón —dijo Stollop—. No creo que echen de menos uno o dos.

Glenda lo miró fijamente. El tintineo de la cubertería al desaparecer de las mesas llevaba un rato suponiendo una parte reducida pero perceptible del sonido ambiente. Se agachó hasta dejar la cara a unos centímetros de la de él.

—Señor Stollop, me pregunto si esto es lo que lord Vetinari espera que hagan. —Él se puso blanco. Glenda asintió—. Tómelo como un consejo.

Y los consejos se extienden deprisa. Mientras Glenda seguía paseando, la complació oír por detrás de ella, y extendiéndose por las mesas, el redoblado tintineo de una marea de cubiertos que fluían de los bolsillos y volvían a las mesas, como un concierto de campanillas.

Glenda sonrió para sus adentros y siguió avanzando para atreverse con todo. O por lo menos con todo lo que se atreviera.

Lord Vetinari se levantó. Por algún motivo inexplicable él no necesitaba redoble. Ni «Venga, un gran aplauso para», ni «Escuchen, por favor, a» ni «Pónganse en pie para». Se levantó sin más y el ruido remitió.

—Caballeros, gracias por venir, y permita que le agradezca, archicanciller Ridcully, su generosidad como anfitrión en esta velada. También desearía aprovechar la oportunidad para tranquilizarles.

»Verán, parece correr el rumor de que estoy en contra de la práctica del fútbol. Nada podría estar más lejos de la verdad. Estoy completamente a favor del tradicional juego del fútbol y, en verdad, estaría más que contento de verlo abandonar la trasnochada oscuridad de los callejones. Es más, aunque sé que ustedes tienen su propio calendario de partidos, propongo a título personal una liga, por así decirlo, de equipos importantes, que se enfrentarán con gallardía entre sí por una copa de oro…

Sonaron vítores de naturaleza cervecera.

— … o debería decir de casi oro…

Más vítores y más risas.

— … basada en la antigua urna recientemente descubierta y conocida como «La Segada», la cual, estoy seguro, todos ustedes han visto.

Risillas generalizadas.

—Y si no ustedes, por lo menos sus esposas seguro que la conocen.

Silencio, seguido de un tsunami de carcajadas que, como la mayoría de maremotos, llevaba mucha espuma encima.

Glenda, que merodeaba entre las sirvientas, se sintió echada para atrás y afrentada a la vez, lo que la puso en un aprieto, y pensó: Vale, trama algo. Se lo están tragando junto con la cerveza.

—Eso no lo había visto nunca —dijo una camarera a su lado.

—¿El qué?

—A su señoría bebiendo. Ni siquiera bebe vino.

Glenda contempló la escuálida figura negra y dijo, pronunciando con atención:

—Cuando dices que no bebe vino, ¿quieres decir que no bebe vino, o que no bebe… vino?

—No bebe nada. Y no voy a decir nada más. Es lord Vetinari, ¿eh? Tiene oídos en todas partes.

—Yo solo veo dos, pero es bastante guapo, a su manera.

—No, si las damas van locas por él —dijo la camarera, y bufó—. Todo el mundo sabe que está liado con esa vampira de Uberwald. ¿Sabes quién te digo? La que inventó la Liga de la Templanza, los vampiros que no chupan sangre. Anda, ¿qué dice de…?

—Que nadie suponga que estoy solo en mi deseo de presenciar un futuro mejor para este gran juego —decía Vetinari—. Esta noche, caballeros, verán fútbol, oirán fútbol y, si no se agachan, caballeros, quizá hasta coman fútbol. Con ustedes, para hacer una demostración del maridaje entre el fútbol del pasado y me atrevo a esperar que el del futuro, les presento al primer equipo de la Universidad Invisible… ¡el Atlético Invisible!

Las velas se apagaron, todas de golpe, incluidas las que estaban en la elevada araña; Glenda distinguía los pálidos fantasmas de humo que se alzaban en la penumbra. A su lado, Huebo empezó a contar en voz baja. Uno, dos… a la de tres, las velas de la otra punta de la Sala se encendieron de sopetón y revelaron a Trevor Probable, luciendo su sonrisa más contagiosa.

—Nas noches a todos —dijo—, y a usted también, su señoría. Qué gusto da verlos a todos tan emperifollados.

Mientras de punta a punta de la Sala los invitados aspiraban aire de golpe, Trev sacó su lata metálica, la dejó caer sobre un pie y la lanzó hasta su hombro, desde donde rodeó el cuello y descendió por su otro brazo.

—Al principio la gente chutaba piedras. Era una idea un poco tonta. Después probaron con calaveras, pero había que quitárselas a la gente y eso provocaba peleas.

Junto a Glenda, Huebo seguía contando…

—Y ahora tenemos lo que llamamos «balón» —prosiguió Trev, mientras su lata rodaba y trepaba a su alrededor—, pero no es nada del otro mundo porque es un cacho de leña. No puedes chutarlo a menos que lleves unas señoras botas. Es lento. Es pesado. No vive, caballeros, y el fútbol debe vivir…

Se abrieron las puertas del otro lado de la Sala y entró al trote Bengo Macarona, botando la nueva pelota. Su «gloing, gloing» resonó en toda la Sala. Varios de los capitanes de fútbol se habían levantado para ver mejor.

—Y con el viejo balón no podía hacerse esto —dijo Trev, y se lanzó al suelo a la vez que Macarona giraba con un movimiento de bailarín y chutaba la pelota por el pasillo central que dejaban las mesas como un avispón enfadado.

Algunas escenas solo llegan a ser un recuerdo, más que una experiencia, porque suceden demasiado deprisa para una comprensión inmediata, y Glenda presenció los acontecimientos siguientes en la pantalla interna del recuerdo horrorizado. Estaban los dos archimagos y el tirano de la ciudad, que observaba con petrificado interés cómo la esfera giratoria avanzaba zumbando hacia él, arrastrando a su estela terribles consecuencias, y entonces apareció de la nada el Bibliotecario, que la paró en seco en pleno vuelo con una mano como una pala.

—Estos somos nosotros, caballeros. Y jugaremos contra el primer equipo que venga a vernos al Hipopótamo el sábado a la una. Entrenaremos por toda la ciudad. Podéis apuntaros si queréis. ¡Y no os preocupéis si no tenéis pelotas! ¡Os daremos unas! —Las velas se apagaron, lo cual fue una suerte porque es difícil montar un tumulto a oscuras. Cuando las llamas volvieron a encenderse inquietantemente, había gritos, discusiones, risas y hasta conversaciones en todas las mesas. Discretamente, también, los sirvientes iban de un lado a otro con sus jarras. Parecía que siempre había una llena esperando, observó Glenda.

—¿Qué han estado bebiendo? —preguntó al camarero más cercano.

—Winkle’s Old Peculiar, Especial para Magos. Es de lo mejorcito.

—¿Qué hay de su señoría?

El chico se sonrió.

—Ja. Es curioso, varios me lo han preguntado también. Lo mismo que los invitados. Servido de la misma jarra, igual que todos los demás, así que ha de estar… —Se calló.

Lord Vetinari volvía a estar derecho.

—Caballeros, ¿quién de entre ustedes aceptará el desafío? No hace falta que sea Dimwell, no hace falta que sea Hermanas Dolly, no hace falta que sean los siesteros, basta que sea un equipo, caballeros; el Atlético Invisible se enfrentará a los mejores, fiel a las más nobles tradiciones de la deportividad. He fijado la fecha del partido para el sábado. Por lo que respecta al Atlético, pueden presenciar sus entrenamientos y el señor Stibbons les asesorará en lo que puedan necesitar. Será un partido justo, caballeros, tienen mi palabra. —Hizo una pausa—. ¿He mencionado que, cuando se presente, la copa de casi oro estará llena de cerveza? El concepto es muy popular, según tengo entendido, y predigo que, durante un período razonable, la copa dorada permanecerá llena de cerveza de manera harto milagrosa, por muchos que beban de ella. Me encargaré yo en persona.

Eso también arrancó un sonoro coro de vítores. Glenda sintió vergüenza por los hombres, pero también rabia. Los estaban llevando de la mano. O, para ser más exactos, del gaznate.

Vetinari no necesitaba látigos y empulgueras; le bastaba la Winkle’s Old Peculiar, Especial para Magos, y los estaba manejando como a corderitos… y sin saltarse una pinta. ¿Cómo se las apañaba? «Atención, miradme —está diciendo—, soy igual que vosotros», y no se les parece en nada. Ellos no pueden matar a quien les dé la gana —interrumpió el razonamiento para recapacitar sobre algunas de las peleas callejeras que estallaban cuando cerraban los pubs, y añadió—: sin que les pase nada.

—¡Mi amigo el archicanciller acaba de comunicarme que, por supuesto, el Atlético Invisible no recurrirá bajo ningún concepto a la magia! ¡Nadie quiere ver un equipo de ranas, estoy seguro!

Ese chiste malo arrancó risas generalizadas, pero la verdad era que en ese momento se habrían reído de una bolsa de papel.

—Será un partido de fútbol de verdad, caballeros, sin trucos, solo habilidad —dijo el patricio, con voz de nuevo contundente—. Y hablando del tema, pienso decretar un nuevo reglamento, basado en las normas consagradas y tradicionales del fútbol descubiertas hace tan poco, pero que incluya muchas ya conocidas de uso más reciente. El puesto de árbitro existe para garantizar la observancia de las normas. Tiene que haber normas, amigos míos. Tiene que haberlas. No hay juego sin reglas. No hay reglas, no hay juego.

Y allí estaba. Nadie más pareció notar, a través de los vapores, la cuchilla que resplandeció por un momento en el algodón de azúcar. ¿Reglas?, pensó Glenda. ¿Qué son esas nuevas reglas? Nunca supe que hubiera reglas. Pero el ayudante de lord Vetinari, quienquiera que fuese, estaba depositando con discreción varias hojas de papel delante de cada hombre.

Recordó la perplejidad del viejo Stollop ante el desafío de un mero sobre. Algunos de ellos sabían leer, ¿no? Pero ¿cuántos sabían leer ahora?

Su señoría no había terminado.

—Por último, caballeros, me gustaría que echaran un vistazo a las copias del reglamento que ha repartido el señor Drumknott y las firmasen. Y ahora, entiendo que el archicanciller y sus colegas arden en deseos de reunirse con ustedes en la Sala No-Común para compartir unos puros y, creo, ¡un coñac de excepcional rareza!

Bueno, eso sería la puntilla. Los futbolistas estaban acostumbrados a tomar solo cerveza. Para ser justos, estaban acostumbrados a tomar un montón de solo cerveza. Pese a todo, a ojo de buen cubero, nunca mejor dicho, ya debían de estar a poco de caerse de borrachos. Algunos capitanes veteranos podían aguantar de pie durante un rato aun estando, técnicamente, cayéndose de borrachos, y no hay espectáculo más vergonzoso que ver a alguien caerse de borracho excepto caerse de borracho aguantando en pie. Y era algo asombroso: los capitanes eran la clase de hombres que bebían por litros y podían cantar el himno nacional a base de eructos y doblar barras de acero con los dientes, o incluso con los dientes de otro. Vale, no habían tenido una buena educación, pero ¿por qué tenían que ser tan tontos?

—Dígame —murmuró Ridcully a Vetinari mientras observaban cómo la fila de invitados salía con paso inestable—, ¿lo del descubrimiento de la urna es cosa suya?

—Hace ya bastante que nos conocemos, Mustrum, ¿verdad? —dijo Vetinari—. Como bien sabe, no le mentiría. —Hizo una pausa momentánea y añadió—: Bueno, por supuesto que le mentiría en unas circunstancias aceptables, pero en esta ocasión puedo decir sin faltar a la verdad que el descubrimiento de la urna me pilló por sorpresa a mí también, por bien que me alegrara de él. A decir verdad, di por sentado que ustedes habían tenido algo que ver.

—Ni siquiera sabíamos que estaba allí —aseguró Ridcully—. Personalmente, sospecho que hay religión de por medio.

Vetinari sonrió.

—Bueno, está claro, los dioses juegan con los destinos de los hombres, de manera que supongo que no hay motivo para que no sea al fútbol. Jugamos, somos jugados, y lo más que podemos esperar es hacerlo con estilo.

Podría haberse cortado el aire de la Sala No-Común con un cuchillo, si alguien hubiese podido encontrarlo. O sostenerlo debidamente una vez encontrado. Desde el punto de vista de los magos, era lo de costumbre, pero aunque se habían llevado a varios capitanes en una carretilla, prudentemente aparcada allí al principio de la velada, quedaban los suficientes invitados de pie para crear un húmedo y cálido barullo. En un discreto rincón, el patricio y los dos archicancilleres habían encontrado un hueco donde poder relajarse discretamente en tres grandes sillones y zanjar unos cuantos asuntos.

—¿Sabe, Henry? —dijo Vetinari al antiguo decano—, creo que sería buena idea que arbitrase el partido.

—¡Venga, hombre! Creo que eso sería sumamente injusto —protestó Ridcully.

—¿Para quién, por favor?

—Bueno, ejem —dijo Ridcully—. Podría existir una cuestión de rivalidad entre magos.

—Pero, por otro lado —replicó Vetinari, con voz que rezumaba suavidad—, también podría decirse que, por motivos políticos, otro mago tendría un interés personal en no permitir que se viera a un compañero archimago derrotado por unas personas que, pese a lo asombrosos que puedan ser sus talentos, habilidades, características e historias, se ven apelotonadas dentro de la expresión «gente corriente».

Ridcully alzó una copa de coñac muy grande en la dirección general del confín del universo.

—Tengo una fe absoluta en mi amigo Henry —dijo—. Aunque tire un poco a regordete.

—¡Oh, qué injusto! —protestó Henry—. Un hombre corpulento puede poseer mucha ligereza de pies. ¿Hay alguna posibilidad de que lleve la daga envenenada?

—En estos tiempos modernos —dijo Vetinari—, lamento decir que un silbato de alguna clase tendrá que bastar.

Momento en el cual alguien intentó dar una palmada en la espalda a Vetinari.

Sucedió con una velocidad notable y terminó incluso más deprisa de lo que había empezado, con Vetinari aún sentado en el sillón, su jarra de cerveza en una mano y la muñeca del otro hombre sujeta con firmeza a la altura de su cabeza. La soltó y dijo:

—¿Puedo ayudarle, señor?

—Usted es ese lord Veterinario, ¿que no? Lo tengo calado de los sellos.

Ridcully alzó la vista. Un par de los secretarios de lord Vetinari se acercaban hacia ellos a buen ritmo, acompañados por varios amigos del hombre de dicción pastosa, que a esas alturas de la velada podrían definirse como personas ligeramente más sobrias que él y que además estaban serenándose a marchas forzadas, porque cuando uno acaba de palmear a un tirano en la espalda necesita todos los amigos que pueda encontrar.

Vetinari hizo un gesto con la cabeza a sus secretarios, que se esfumaron de nuevo entre la multitud, y después chasqueó los dedos para llamar la atención de un camarero.

—Traiga una silla, por favor, para mi nuevo amigo.

—¿Está seguro? —preguntó Ridcully, mientras colocaban una silla bajo el hombre que, por una feliz coincidencia, ya se estaba cayendo hacia atrás en esos momentos.

—O shea —dijo el hombre—, todo el mundo dice que usted es un poco perro, pero yo digo que con eshto del fútbol va por buen camino. No hay futuro en eshto de dejarshe la piel porque shí. Que me lo digan a mí, que me he llevado la tira de patadas en la cocorota.

—¿En serio? —dijo lord Vetinari—. ¿Y cómo se llama?

—Swithin, sheñor —respondió el hombre.

—¿No tendrá también un apellido, por casualidad? —dijo Vetinari.

—Pulverdigno —dijo él. Alzó un dedo en una especie de saludo militar—. Capitán de los Jabalíes de Cockbill.

—Ah, sí, no llevan muy buena temporada —dijo Vetinari—. Necesitan sangre nueva en el equipo, sobre todo después de que metieran a Jimmy Wilkins en el Rapapolvo por comerse la nariz de alguien. Colina de la Siesta les pasó por encima porque perdieron su columna vertebral cuando hubo que ingresar a los dos hermanos Sisapenique en el Lady Sybil, y llevan tres años que ni fu ni fa. Vale, todo el mundo dice que Harry Capstick está en plena forma desde que lo ficharon de la Mina de Melaza por dos cajas de Winkle’s Old Peculiar y un saco de cortezas de cerdo, y no lo hace nada mal para tener una pata de palo, pero nunca hay nadie que le apoye.

Un círculo de silencio se expandió a partir de Vetinari y el pendulante Swithin. Ridcully tenía la boca abierta y la copa de coñac de Henry permanecía medio vacía, un estado poco habitual para un recipiente que lleve más de quince segundos en manos de un mago.

—Además, me cuentan que sus empanadillas dejan mucho que desear, en cuanto a contenido orgánico, cocinado y muerto —prosiguió Vetinari—. No se puede pedir al Lío que apoye cuando se ve a las empanadillas caminar de un lado a otro.

—Mish chavalesh —dijo Swithin— shon losh mejoresh. No esh culpa shuya que she enfrenten a gente mejor. Nunca lesh toca jugar contra gente que puedan ganar. Shiempre dan el ciento veinte por cien y no puede darshe másh. Ademásh, ¿cómo shabe todo esho? Tampoco esh que sheamos un equipo importante.

—Oh, me intereso —respondió Vetinari—. Opino que el fútbol se parece mucho a la vida.

—Muy cierto, sheñor, muy cierto. Uno hace lo que puede y luego todo shon patadash en los huevosh.

—Entonces le recomiendo encarecidamente que se interese por nuestro nuevo fútbol —dijo Vetinari—, que se basará en la velocidad, la habilidad y el pensamiento.

—Ah, shí, vale, todo esho shé hacerlo —dijo Swithin, momento en el cual se cayó de la silla.

—¿Hay algún amigo de este pobre hombre por aquí? —preguntó Vetinari, volviéndose hacia la multitud.

Los invitados no estaban convencidos del todo de que fuera buena idea ser amigo de Swithin a esas alturas.

Vetinari alzó la voz:

—Solo pido que un par de personas se lo lleven a casa. Me gustaría que lo acostaran y se asegurasen de que no le pasa nada. A lo mejor también deberían quedarse con él hasta la mañana, porque es posible que intente suicidarse cuando despierte.

«Un nuevo amanecer para el fútbol», decía el Times cuando Glenda lo recogió a la mañana siguiente. Como tenía por costumbre cuando informaba de algo que consideraba de especial importancia, el titular del periódico iba seguido de otros dos en tamaño descendente de letra: «Los futbolistas se apuntan al nuevo juego» ocupaba la línea siguiente, mientras que la tercera rezaba: «Éxito de las nuevas pelotas».

Para sorpresa y consternación de Glenda, Juliet aún ocupaba un lugar en primera plana, con la imagen de ella más pequeña que el día anterior, bajo el titular «La dama misteriosa desaparece» y un párrafo que simplemente decía que nadie había visto a la modelo misteriosa, Chul, desde su debut (Glenda tuvo que consultar la palabra) dos días atrás. En serio, pensó, ¿no encontrar a alguien es noticia? Y le sorprendía que hubiera espacio incluso para eso, ya que la mayor parte de la portada iba dedicada al fútbol, pero al Times le gustaba empezar varios artículos en primera plana y después, justo cuando empezaban a ponerse interesantes, esconderlos en la página 35 o así, para acabar sus días detrás del crucigrama y el anuncio permanente de bragueros ortopédicos.

El editorial llevaba por título «Uno a cero para Vetinari». Glenda no solía leer el editorial porque había un límite a la cantidad de veces que soportaba leer la expresión «no obstante» en un artículo de 120 palabras.

Leyó el artículo de la portada al principio con desánimo y luego con ira creciente. Vetinari lo había hecho. Los había emborrachado y los muy memos habían firmado a favor de cambiar su fútbol por una versión insulsa cocinada por el palacio y la universidad. Por supuesto, las mentes no son nunca tan sencillas. Tenía que reconocer que odiaba la estupidez del juego en su presente estado. Odiaba la lucha idiota y los empujones a lo loco, pero era suyo y tenía derecho a odiarlo. Era algo que el propio pueblo había creado y, por cutre y estúpido que fuese, le pertenecía. Y ahora los peces gordos volvían a apropiarse de algo que no era suyo mientras cantaban sus alabanzas. Iban a prohibir el viejo fútbol. Era otra pequeña cuchilla en el alcohólico algodón de azúcar de lord Vetinari.

También le inspiraba un profundo recelo la urna, cuya imagen, por algún motivo, seguía sobre su mesa de la cocina. Puesto que lo que se proclamaba como reglamento original estaba escrito en una lengua antigua, ¿cómo iban a saber lo que significaba las clases populares? Leyó por encima la descripción del nuevo reglamento. Varias de las normas del viejo fútbol callejero habían sobrevivido en él como monstruos de otra era. Reconoció una que siempre le había gustado: «El balón será llamado el balón. El balón es el balón que sea utilizado como balón por tres jugadores consecutivos, momento en el cual es el balón». Le había encantado la primera vez que la leyó por la pura estupidez de su fraseología. Al parecer, la habían añadido un día, hacía siglos, en que una cabeza cortada en un desafortunado lance se había colado rodando en el partido y había reemplazado como quien no quiere la cosa a la pelota con la que se había estado jugando hasta entonces, por culpa de un cuerpo, antes perteneciente a la cabeza, que yacía sobre el balón original. Esa clase de anécdotas se recuerdan, sobre todo porque, después del partido, adjudicaron el gol decisivo al propietario de la cabeza.

Esa regla y unas pocas más destacaban como vestigios de una gloria desaparecida en la lista de las nuevas normas de lord Vetinari. Habían dejado unos cuantos guiños al viejo juego como una especie de concesión a la opinión pública. No deberían dejar que se saliera con la suya. Solo porque era un tirano y podía hacer matar más o menos a cualquiera por capricho, la gente actuaba como si le tuviera miedo. Alguien debería cantarle las cuarenta. El mundo había dado varios tumbos y ella todavía andaba algo desorientada, pero asegurarse de que lord Vetinari no se saliera con la suya de repente era muy importante. Estaba en manos del pueblo decidir cuándo ser estúpido y anticuado; no era cosa de los mandamases decirles qué hacer.

Con gran decisión, se pasó el abrigo por encima del delantal y, tras un instante de reflexión, cogió dos diablillos de mermelada de su despensa. Donde fallan los arietes, la buena repostería de pasta quebrada a menudo es capaz de abrir brecha.

En el Despacho Oblongo, el secretario personal del patricio miró el cronómetro.

—Cincuenta segundos por encima de su récord personal, me temo, milord.

—Buena prueba de que el alcohol en verdad confunde, Drumknott —dijo Vetinari con tono severo.

—Sospecho que no harán falta más pruebas —replicó Drumknott, con su sonrisilla de secretario.

—Aunque debería señalar, en honor a la verdad, que Charlotte del Times se está destapando como la más temible compiladora de crucigramas de todos los tiempos, y eso que todos ellos son temibles. Pero ¿ella? Acrónimos, pares e impares, palabras ocultas, inversiones, ¡y ahora diagonales! ¿Cómo se las ingenia?

—Bueno, usted lo ha hecho, señor.

—Lo he deshecho. Eso es mucho más fácil. —Vetinari alzó un dedo—. Es esa mujer que lleva la tienda de mascotas de la escalera del Flim, estoy seguro. Últimamente no ha aparecido mencionada como ganadora. Debe de ser la autora.

—La mente femenina desde luego es tortuosa, milord.

Vetinari miró sorprendido a su secretario.

—Bueno, claro que lo es. Tiene que vérselas con la masculina. Creo que…

Llamaron con suavidad a la puerta. El patricio devolvió su atención al Times mientras Drumknott salía de la sala. Tras un intercambio de susurros, el secretario regresó.

—Al parecer una joven ha entrado por la puerta trasera sobornando a los guardias, señor. Ellos han aceptado los sobornos, en cumplimiento de sus órdenes vigentes, y la han hecho pasar a la antesala, donde pronto se descubrirá encerrada con llave. Desea verle porque, según dice, tiene una queja. Es una doncella.

Lord Vetinari miró por encima del periódico.

—Dígale que en eso no puedo ayudarla. Que pruebe, no sé, ¿un perfume distinto?

—Me refiero a que es miembro de las clases sirvientes, señor. Se llama Glenda Habichuela.

—Dígale… —Vetinari vaciló, y luego sonrió—. Ah, sí, Habichuela. ¿Ha sobornado a los guardias con comida? ¿Algo horneado, tal vez?

—¡Muy bien, señor! Un gran diablillo de mermelada por cabeza. ¿Puedo preguntarle cómo…?

—Es cocinera, Drumknott, no doncella. Hágala pasar, no faltaba más.

El secretario parecía algo indignado.

—¿Está seguro de que es prudente, señor? Ya les he dicho a los guardias que tiren los alimentos.

—¿Algo cocinado por una Habichuela? Puede que haya cometido un crimen contra las bellas artes, Drumknott. La recibiré ahora.

—Debo señalar que tiene la agenda llena esta mañana, milord.

—Muy cierto. Es su trabajo señalarlo, y lo respeto. Pero no volví hasta las cuatro y media de la madrugada y recuerdo con toda claridad darme con el dedo gordo del pie contra la escalera. Estoy borracho como un piojo, Drumknott, lo que por supuesto significa que los piojos están tan borrachos como yo. Debo decir que la frase hecha me resulta poco familiar y que hasta ahora no había pensado en los piojos en este contexto, pero Mustrum Ridcully tuvo la bondad de ilustrarme. Permítame, pues, un momento de indulgencia.

—Bueno, usted es el patricio, señor —dijo Drumknott—. Puede hacer lo que le plazca.

—Es todo un detalle que lo mencione, pero la verdad es que no necesitaba que me lo recordaran —replicó Vetinari, con lo que era casi a ciencia cierta una sonrisa.

Cuando el hombre severo y delgado abrió la puerta, era demasiado tarde para huir. Cuando le dijo «Su señoría le recibirá ahora, señorita Habichuela», era demasiado tarde para desmayarse. ¿En qué había estado pensando? ¿Había estado pensando, directamente?

Glenda siguió al hombre a la sala vecina, revestida con paneles de roble; aquel recinto lúgubre era el despacho menos recargado que hubiera visto nunca. La habitación del mago medio estaba tan llena de trastos diversos que las paredes eran invisibles. Allí, hasta el escritorio estaba despejado, a excepción de un frasco de plumas, un tintero, un ejemplar abierto del Ankh-Morpork Times y —su ojo permaneció clavado en ella, incapaz de desviarse— una taza con el mensaje «Al mejor jefe del mundo». Estaba tan fuera de lugar que podría haber sido una intrusión procedente de otro universo.

Colocaron en silencio una silla tras ella. Fue una suerte porque, cuando el hombre sentado a la mesa alzó la vista, Glenda se sentó de golpe.

Vetinari se pellizcó el caballete de la nariz y suspiró.

—Señorita… Habichuela, hay salas enteras en este palacio llenas de personas que quieren verme, y son personas poderosas e importantes, o por lo menos eso creen ellas. Aun así, el señor Drumknott ha tenido la amabilidad de insertar en mi agenda, por delante del director general de Correos y el alcalde de Sto Lat, una reunión con una joven cocinera que lleva su abrigo sobre el delantal y está decidida a, pone aquí, «cantarme las cuarenta». Y eso es porque me fijo en las incongruencias y usted, señorita Habichuela, es incongruente. ¿Qué es lo que quiere?

—¿Quién dice que quiera algo?

—Todo el mundo quiere algo cuando está delante de mí, señorita Habichuela, aunque solo sea estar en otra parte.

—¡De acuerdo! ¡Anoche emborrachó a todos los capitanes y les hizo firmar esa carta que sale en el periódico!

La mirada no vaciló. Eso fue mucho peor que, bueno, cualquier cosa.

—Señorita, la bebida iguala a toda la humanidad. Es la demócrata suprema, si le gusta esa clase de cosas. Un mendigo puede llevar una cogorza como un marqués, y un marqués también. ¿Y se ha fijado alguna vez en que todos los borrachos se entienden entre ellos, por borrachos que estén y por diferentes que sean sus lenguas maternas? ¿Hago bien en suponer que es pariente de Augusta Habichuela? —La pregunta, pegada al elogio de la embriaguez, alcanzó a Glenda entre ceja y ceja y dispersó sus pensamientos.

—¿Qué? Ah. Bueno, sí. Es verdad. Era mi abuela.

—¿Y fue cocinera en el Gremio de Asesinos cuando era más joven?

—Así es. Siempre nos hacía reír contando que no les dejaba usar ninguna… —Paró de golpe, pero Vetinari terminó la frase por ella.

—… de sus tartas para envenenar a la gente. Y bien que la obedecíamos, además, porque como a buen seguro sabe, señorita, nadie molesta a una buena cocinera. ¿Sigue con nosotros?

—Falleció hace dos años, señor.

—Pero, dado que usted es de la familia Habichuela, doy por sentado que se habrá procurado unas cuantas abuelas más como sustitutas. Su abuela fue siempre un pilar incondicional de la comunidad, y supongo que a alguien le llevará usted todas esas delicias que saca del trabajo.

—Eso no puede saberlo, solo hace suposiciones. Pero vale, se las llevo a las ancianitas que no salen demasiado. Qué quiere, es una ventajilla del trabajo.

—Claro, claro, por supuesto. Todo empleo tiene sus ventajillas. Vamos, no creo que Drumknott, aquí presente, haya comprado un solo clip en su vida, ¿eh, Drumknott?

El secretario, que ordenaba papeles en un segundo plano, les dedicó una sonrisa desganada.

—Mire, solo me llevo sobras… —empezó Glenda, pero fue acallada con un gesto de la mano.

—Ha venido aquí por el fútbol —dijo Vetinari—. Estuvo anoche en el banquete, pero a la universidad le gusta que las chicas que sirven sean altas, y tengo buen ojo para esas cosas. En consecuencia, deduzco que se ocupó por su cuenta y riesgo de estar presente sin molestar a sus superiores. ¿Por qué?

—¡Les está quitando su fútbol!

El patricio formó un tejado con los dedos y apoyó encima su barbilla mientras la miraba.

Intenta ponerme nerviosa, pensó Glenda. Está funcionando, vaya si está funcionando.

Vetinari llenó el silencio.

—Su abuela tenía por costumbre encargarse de pensar por la gente. Ese rasgo se hereda, sobre todo de madres a hijas. Mujeres capaces, que se afanan de un lado a otro en un mundo donde todos los demás parecen tener siete años y caerse sin parar en el patio; ellas los recogen y los ven salir corriendo de nuevo. Imagino que dirige la cocina nocturna. En la grande hay demasiada gente. Quiere espacios que pueda controlar, más allá del alcance inmediato de los memos.

Si hubiese añadido «¿Tengo razón?» como un charlatán deseoso de aplauso, lo habría odiado. Pero la estaba leyendo desde dentro de su cabeza con calma y sin alardes. Tuvo que reprimir un escalofrío, porque todo era cierto.

—No le quito nada a nadie, señorita Habichuela. Tan solo cambio el patio de juego —prosiguió el patricio—. ¿Qué habilidad hay en los tirones y empujones de la muchedumbre? Son solo una manera de sudar un poco. No, hay que esforzarse a diario por adaptarse; sé que este diario se esfuerza por adaptarse a mí. Los capitanes protestarán, sin duda, pero se están haciendo viejos. Morir durante un partido es una idea romántica en la juventud, pero cuando uno se hace mayor pasa a ser harina de otro costalazo. Ellos lo saben aunque no lo admitan, y renegarán, sí, pero se cuidarán de que no les tomen en serio. En realidad, lejos de quitar, estoy dando mucho. Aceptación, reconocimiento, cierto prestigio, una copa de casi oro y la oportunidad de conservar lo que quede de sus dientes.

Lo único que logró articular Glenda después de aquello fue:

—¡Vale, pero les engañó!

—¿En serio? No tenían por qué beber demasiado, ¿o sí?

—¡Usted sabía que lo harían!

—No. Sospechaba que podrían. También podrían haber sido más cautelosos. Deberían haber sido más cautelosos. Yo preferiría decir que los orienté por el camino correcto con un poco de astucia, en vez de empujarlos por él mediante palos. Poseo muchas clases de palos, señorita Habichuela.

—¡Y me ha estado espiando! Sabía lo de las delicias.

—¿Espiar? Señora mía, se dijo una vez de un gran príncipe que todos sus pensamientos eran para su pueblo. Al igual que él, yo velo por el mío. Lo único que pasa es que se me da mejor. En cuanto al asunto de las delicias, ha sido una simple deducción basada en hechos conocidos sobre la naturaleza humana.

Había mucho que Glenda quería decir, pero por algún motivo tenía la clara impresión de que la entrevista —o al menos la parte en la que ella abría la boca— había terminado. Pese a todo, dijo:

—¿Por qué no está borracho?

—¿Cómo dice?

—Debe de pesar más o menos la mitad que ellos, y todos se fueron a casa a cuatro patas. Bebió tanto como ellos y parece fresco como una lechuga. ¿Cuál es el truco? ¿Los magos le sacaron la cerveza de la barriga con un hechizo?

Había dejado de forzar su suerte hacía mucho. Ahora la suerte actuaba por su cuenta, descontrolada, como un caballo de tiro espantado que no puede frenar por culpa de la enorme carga que rebota y traquetea detrás de él.

Vetinari arrugó la frente.

—Mi querida señorita, cualquiera lo bastante borracho para dejar que unos magos, que a su vez habían bebido copiosamente del fruto de la vid, permítame añadir, le sacaran cualquier cosa del cuerpo, ya habría muerto de la intoxicación. Para atajar su siguiente comentario, el lúpulo también es una vid, técnicamente. La verdad es que sí estoy borracho. ¿No es así, Drumknott?

—Es cierto que consumió unas doce pintas de una bebida malteada muy potente, señor. En teoría, tiene que estar borracho.

—Idiosincrásicas palabras, Drumknott. Gracias.

—¡No actúa como si estuviera borracho!

—No, pero actúo como si estuviera sobrio bastante bien, ¿no le parece? Y debo confesar que el crucigrama de esta mañana me ha costado un poco. ¿Procatalepsis y pleonasmo en un solo día? ¡He tenido que usar el diccionario! ¡Esa mujer es un demonio! Pese a todo, gracias por venir, señorita Habichuela. Recuerdo el repollo con patatas de su abuela con mucho cariño. Si hubiera sido escultora, recordaría una estatua exquisita, sin brazos y con una sonrisa enigmática. Es una pena que algunas obras maestras sean tan pasajeras.

La orgullosa cocinera que Glenda llevaba dentro se alzó incontenible.

—Pues me dejó la receta.

—Un legado mejor que las joyas —dijo Vetinari, asintiendo.

En realidad no habría hecho ascos a unas pocas joyas, pensó Glenda. Pero el repollo con patatas tenía su secreto, por supuesto, bien a la vista de todos donde nadie se fijara. Por no hablar de la Verdad del Salpicón…

—Creo que esta audiencia ha terminado, señorita Habichuela —zanjó Vetinari—. Tengo muchísimo que hacer y usted también, estoy seguro. —Cogió la pluma y desvió su atención a los documentos que tenía delante—. Adiós, señorita Habichuela.

Y eso fue todo. De algún modo, Glenda se había trasladado a la puerta y ya estaba casi cerrada cuando una voz a su espalda dijo:

—Y gracias por ser tan amable con Huebo.

La puerta se cerró con un chasquido y estuvo a punto de golpearla en la cara cuando giró sobre sus talones.

—¿Le parece que he sido prudente al decir eso? —preguntó Vetinari cuando Glenda hubo partido.

—Es posible que no, señor, pero la chica se limitará a suponer que la vigilamos a ella —respondió Drumknott enseguida.

—Tal vez debiéramos. Ahí tiene un claro ejemplo de mujer Habichuela, Drumknott, pequeñas esclavas domésticas hasta que creen que se ha cometido una injusticia contra alguien y entonces van a la guerra como la reina Ynci de Lancre, con la cuadriga rodando y brazos y piernas saltando por todas partes.

—Y sin padre —observó Drumknott—. Cuando ella era niña, le traería problemas.

—Solo sirvió para volverla más dura. Esperemos tan solo que no se le ocurra meterse en política.

—¿No es eso lo que está haciendo ahora, señor?

—Bien visto, Drumknott. ¿Parezco borracho?

—En mi opinión no, señor, pero sí le noto inusualmente… hablador.

—¿Con coherencia?

—Hasta el más mínimo escrúpulo, señor. El director de Correos está esperando, señor, y varios de los líderes de los gremios quieren hablar urgentemente con usted.

—No me lo diga: ¿quieren jugar a fútbol?

—Sí, señor. Pretenden formar equipos. Que me aspen si entiendo por qué.

Vetinari soltó su pluma.

—Drumknott, si viera una incitante pelota tirada en el suelo, ¿le daría una patada?

La frente del secretario se arrugó.

—¿Cómo se manifestaría esa incitación, señor?

—¿Perdone?

—¿Sería, por ejemplo, una nota escrita pegada a la pelota por una persona o personas desconocidas?

—Me inclinaba más bien por que le diera la sencilla impresión de que el mundo entero le animaba en silencio a que le propinara un puntapié a dicha pelota.

—No, señor. Hay demasiadas variables. Sería posible que un enemigo o bromista hubiera dado por sentado que emprendería una acción de ese estilo y hubiese fabricado la pelota de cemento u otro material semejante, con la esperanza de que me causara una lesión grave o humorística. Así pues, primero me aseguraría.

—¿Y después, si todo estuviera en orden, chutaría la pelota?

—¿Con qué fin o beneficio, señor?

—Una pregunta interesante. Supongo que por el gozo de verla volar.

Drumknott pareció reflexionar al respecto durante un rato, y luego sacudió la cabeza.

—Lo siento, señor, pero en esto último no le sigo.

—Ah, es un baluarte de roca en un mundo de cambios, Drumknott. Bien por usted.

—Me preguntaba si podría añadir una cosa, señor —dijo el secretario con solemnidad.

—Tiene la palabra, Drumknott.

—No me gustaría que pensase que no compro mis propios clips, señor. Disfruto siendo el poseedor de mis propios clips. Significa que son míos. Me ha parecido útil informarle de ello con mesura y sin ánimo de confrontación.

Vetinari contempló el techo durante unos instantes y luego dijo:

—Gracias por su franqueza. Consta en acta y doy el asunto por zanjado.

—Gracias, señor.

La plaza Sator era donde iba la ciudad cuando estaba molesta, perpleja o asustada. Las personas se congregaban sin tener la menor idea de por qué para escuchar a otras personas que tampoco sabían nada, bajo la premisa de que ignorancia compartida vale por dos. Esa mañana había corros de personas en la plaza y varios equipos improvisados, porque está escrito, o más probablemente garabateado en alguna pared, que siempre que se juntan dos personas o más, al menos una tendrá algo que patear. Latas y bolas de trapos muy apretados molestaban a los adultos a diestro y siniestro, pero, mientras Glenda se acercaba a paso ligero, las grandes puertas de la universidad se abrieron y salió Ponder Stibbons, botando con poca maña una de las condenadas pelotas de cuero nuevas. «¡Gloing!» El silencio resonó, pues las latas acabaron de rodar sin que nadie les hiciera caso. Todas las miradas estaban puestas en el mago y en el balón. Ponder lo dejó caer y sonó un doble «¡gloing!» cuando rebotó en los adoquines. Y entonces lo chutó. Como patada fue bastante blandengue, pero ningún ocupante de la plaza había pateado nunca nada ni siquiera a una décima parte de esa distancia, y todos los varones corrieron a por la pelota, impulsados por un antiguo instinto.

Han ganado, pensó Glenda con desánimo. Una pelota que hace gloing cuando las otras hacen cloc… En fin, no hay color.

Corrió hacia la entrada trasera. En un mundo que se estaba volviendo demasiado complicado, donde ella podía asaltar el despacho del despiadado tirano y salir por su propio pie, necesitaba un lugar que no diese vueltas. La cocina nocturna era tan familiar como su dormitorio, era su sitio, el lugar que controlaba. Allí podía afrontar cualquier cosa.

Había una figura apoyada en la pared junto a los cubos de basura, y por algún motivo la identificó de inmediato, a pesar de la gruesa capa y el sombrero calado sobre los ojos; nadie a quien hubiera conocido nunca podía relajarse con tanta perfección como Pepe.

—¿Todo bien o qué, Glenda? —dijo una voz desde debajo del sombrero.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella.

—¿Sabes lo difícil que es encontrar a alguien en esta ciudad cuando no puedes decirle a nadie el aspecto que tiene y no estás seguro de recordar su nombre? —dijo Pepe—. ¿Dónde está Jul?

—No lo sé —respondió Glenda—. No la he visto desde anoche.

—Podría ser buena idea encontrarla antes de que lo haga otra gente —dijo Pepe.

—¿Qué gente? —dijo Glenda.

Pepe se encogió de hombros.

—Todo el mundo —dijo—. De momento la buscan sobre todo en los barrios enanos, pero solo es cuestión de tiempo. En el taller no podemos ni movernos de gente que hay, y ya es un milagro que haya conseguido escabullirme.

—¿Para qué la buscan? —preguntó Glenda, con pánico creciente—. ¡Vi en el periódico que la gente intentaba encontrarla, pero no ha hecho nada malo!

—No creo que entiendas exactamente lo que está pasando —dijo el (posible) enano—. Quieren encontrarla para hacerle un montón de preguntas.

—¿Esto tiene algo que ver con lord Vetinari? —preguntó Glenda con recelo.

—No que yo sepa —dijo Pepe.

—¿Qué clase de preguntas, entonces?

—Bueno, ya sabes… ¿Cuál es tu color favorito? ¿Qué te gusta comer? ¿Sales con alguien? ¿Qué consejo darías a los jóvenes de hoy? ¿Te haces la cera? ¿Dónde te cortas el pelo? ¿Cuál es tu cuchara favorita?

—No creo que tenga una cuchara favorita —dijo Glenda, esperando a que el mundo cobrara algo de sentido.

Pepe le dio una palmadita en el hombro.

—Mira, sale en la portada del periódico, ¿vale? Y el Times no para de darnos la lata con que quiere publicar un perfil de su estilo de vida. En realidad podría no ser tan mala idea, pero es cosa vuestra.

—No creo que tenga un estilo de vida —dijo Glenda, un poco desconcertada—. Nunca me ha dicho nada. Y no creo que encere nada. Si ni siquiera quita el polvo. De todas formas, diles que no quiere hablar con nadie y punto.

Pepe adoptó una expresión extraña por un momento y después dijo con tiento, como un hombre, o enano, que se afanase por hacerse oír desde el otro lado de una brecha cultural:

—¿Has pensado que hablaba de cuidados del hogar?

—Bueno, ¿qué si no? Y no me parece que sus faenas domésticas sean asunto de nadie.

—¿No lo entiendes? Es popular y, cuanto más le decimos a la gente que no puede hablar con ella, más ganas tienen, y cuanto más les dices que no, más se interesan. La gente quiere saberlo todo de ella —dijo Pepe.

—¿Como cuál es su cuchara favorita? —replicó Glenda.

—A lo mejor me he pasado de irónico —dijo Pepe—. Pero hay periodistas que la buscan por toda la ciudad y Po-pompa quiere hacer una tirada especial con ella. —Hizo una pausa—. Eso quiere decir que escribirán sobre ella e imprimirán muchos ejemplares —explicó—. El Bajo Rey de los enanos ha dicho que es un icono de nuestros tiempos, según el Satblatt.

—¿Qué es el Satblatt? —dijo Glenda.

—Ah, el periódico enano —contestó Pepe—. Lo más probable es que nunca lo veas.

—Pero ¡si solo participó en un desfile de moda! —exclamó Glenda—. ¡Solo paseó de un lado al otro! Estoy segura de que no quiere verse envuelta en todo este embrollo.

Pepe la miró con intención.

—¿Lo estás?

Y entonces ella pensó, pensó de verdad en Juliet, que se leía Po-pompa de cabo a rabo; en general ni se acercaba al Times, pero absorbía toda clase de basura sobre personas frívolas y tontas. Personas que centelleaban.

—No sé dónde está —repitió—. De verdad que no la he visto desde ayer.

—Ajá, una desaparición misteriosa —dijo Pepe—. Mira, en el taller empezamos a tener experiencia con esta clase de cosas. ¿Podemos ir a algún sitio más discreto? Espero que nadie me haya seguido hasta aquí.

—Bueno, puedo colarte por la entrada trasera, siempre que no haya un cancelero —propuso Glenda.

—Por mí, bien. No será la primera vez.

Lo condujo a través de la puerta que daba al laberinto de bodegas y patios, que ofrecía un contraste más bien interesante respecto de la hermosa fachada de la Universidad Invisible.

—¿Tienes algo de beber? —preguntó Pepe a su espalda.

—¡Agua! —le espetó Glenda.

—Beberé agua cuando los peces salgan de ella para mear, pero gracias de todas formas —dijo Pepe.

Y entonces Glenda olió que se horneaba algo en la cocina nocturna. ¡Ella era la única que horneaba en su cocina! Se suponía que nadie más debía tocar el horno en su cocina. Hornear era su responsabilidad. Suya y solo suya. Subió corriendo la escalera seguida por Pepe y observó que el cocinero misterioso aún tenía pendiente dominar la segunda regla más importante de la cocina, que era recoger sobre la marcha. La sala estaba hecha un desastre. Había hasta pegotes de masa en el suelo. En realidad, parecía que el responsable había sido presa de alguna clase de frenesí. Y en mitad de todo, acurrucada en el maltrecho y algo rancio sillón de Glenda, estaba Juliet.

—Igualita que la Bella Durmiente, ¿no te parece? —dijo Pepe detrás de ella.

Glenda no le hizo caso y repasó las hileras de hornos.

—Ha estado haciendo empanadas. ¿Por qué narices le habrá dado por ponerse a hacer empanadas? Nunca ha sabido hacer empanadas.

Es porque nunca le he dejado, se dijo. Porque en cuanto encontraba el menor obstáculo, se lo quitabas de las manos y lo hacías tú misma, le reprendió su voz interior.

Glenda abrió horno tras horno. Habían llegado justo a tiempo. A juzgar por el olor, un par de docenas de empanadas variadas estaban en su punto.

—¿Qué hay de una copa? —preguntó Pepe, cuya sed era un místico manantial eterno—. Seguro que hay coñac. Todas las cocinas tienen coñac en alguna parte.

Observó cómo Glenda sacaba las empanadas, usando su delantal para protegerse las manos. Las contempló con la indiferencia propia de un hombre a quien gusta beber sus comidas y escuchó el monólogo sotto voce de Glenda a medida que colocaba empanada tras empanada sobre la mesa.

—Yo no le he dicho que hiciera esto. ¿Por qué lo ha hecho? —Porque sí que le dije que lo hiciera, más o menos, por eso—. Y estas empanadas no están nada mal —dijo en voz más alta. Sorprendida.

Juliet abrió los ojos, miró a su alrededor con aire soñoliento y luego su cara se frunció de pánico.

—No pasa nada, las he sacado todas —dijo Glenda—. Buen trabajo.

—No sabía qué otra cosa hacer y Trev estaba ocupado con el fútbol y he pensado de que mañana querrían empanadas y he pensado de que estaría bien preparar unas cuantas —dijo Juliet—. Lo siento.

Glenda dio un paso atrás. ¿Cómo empezar?, se preguntó. ¿Cómo desmadejarlo y después reenmadejarlo mejor porque se había equivocado? Juliet no solo se había paseado de un lado al otro con cierta ropa puesta: se había convertido en una especie de sueño. Un sueño de ropa. Brillante, vivo y tentadoramente posible. Y en el recuerdo que Glenda tenía del pase de modelos, Juliet resplandecía literalmente, como si estuviera iluminada desde dentro. Era una especie de magia y no debería estar haciendo empanadas. Carraspeó.

—Te he enseñado muchas cosas, ¿verdad, Juliet? —dijo.

—Sí, Glenda.

—Y siempre han sido útiles, ¿verdad?

—Sí, Glenda. Recuerdo que fuiste tú la que me dijo de que cuidado con ir de fresca por la vida, a ver si me iban a resfriar, y me alegro mucho de que lo hicieras.

Pepe emitió un ruido extraño y Glenda, que sintió que se ruborizaba, no se atrevió a mirarlo.

—Entonces tengo otro consejito para ti, Juliet.

—Sí, Glenda.

—Primero, nunca pidas perdón por algo que no haya que perdonar —dijo Glenda—. Y sobre todo nunca pidas perdón solo por ser tú misma.

—Sí, Glenda.

—¿Lo entiendes?

—Sí, Glenda.

—Da igual lo que pase, tú recuerda siempre que ya sabes hacer una buena empanada.

—Sí, Glenda.

—Pepe ha venido porque Po-pompa quiere escribir algo sobre ti —dijo Glenda—. Tu iconografía ha vuelto a salir en el diario esta mañana y… —Glenda se detuvo—. Estará bien, ¿verdad? —preguntó.

Pepe hizo una pausa en el acto de retirar subrepticiamente una botella de un armario.

—Puedes confiar en Madame y en mí —dijo—. Solo unas personas muy de fiar se atreverían a parecer tan poco de fiar como Madame y yo.

—Y lo único que tendrá que hacer es enseñar ropa… ¡No te bebas eso, es vinagre de sidra!

—Solo bebo la parte de la sidra —dijo Pepe—. Sí, lo único que tendrá que hacer es enseñar ropa pero, por el gentío que había en la tienda, habrá quien quiera que enseñe zapatos, sombreros, peinados…

—Sin tejemanejes —dijo Glenda.

—No creo que encuentres en el mundo a nadie más experto tanto en tejes como en manejes que Madame. De hecho, me sorprendería que tú, Glenda, conocieses una centésima parte de los tejes y manejes que hace, sobre todo porque buena parte los inventó ella. Y como podremos reconocerlos a simple vista, la tendremos bien vigilada.

—Y tiene que comer como una persona y dormir sus horas —dijo Glenda.

Pepe asintió, aunque Glenda suponía que esos conceptos le eran del todo extraños.

—Y cobrar —añadió.

—Le daremos una parte de los beneficios si trabaja en exclusiva para nosotros —aseguró Pepe—. Madame quiere hablar contigo sobre eso.

—Claro, porque alguien podría querer pagarle más que vosotros —dijo Glenda.

—Vaya, vaya, vaya. Sí que aprendemos rápido. Estoy seguro de que Madame se lo pasará pipa hablando contigo.

Juliet miró de uno a la otra, todavía con cara de sueño.

—¿Quieres que vuelva a la tienda?

—No quiero que hagas nada —dijo Glenda—. Tú decides, ¿vale? Lo decides tú sola, pero a mí me parece que, si te quedas, básicamente lo que harás serán empanadas.

—Bueno, no solo empanadas —dijo Juliet.

—Ya, vale, es verdad, también están las tartaletas, el repollo con patatas y las delicias nocturnas variadas —dijo Glenda—. Pero ya me entiendes. Por otro lado, podrías ir y enseñar toda esa ropa de alto copete y visitar un montón de sitios elegantes muy, muy lejos de aquí, y conocer a un montón de gente nueva y siempre sabrías que, si al final te llevas un tortazo, siempre puedes convertirlo en empanada.

—Ja, muy bueno —dijo Pepe, que había encontrado otra botella.

—La verdad es que me gustaría ir —dijo Juliet.

—Pues vete ya. Quiero decir ahora mismo, o al menos cuando ese de ahí acabe de beberse el ketchup.

—Pero ¡tendré que volver a por mis cosas!

Glenda metió la mano debajo de su chaleco y sacó un librito color burdeos que llevaba el sello de Ankh-Morpork.

—¿Qué es eso? —preguntó Juliet.

—Tu libreta del banco. Tu dinero está a salvo y puedes sacarlo cuando quieras.

Juliet dio varias vueltas a la libreta en sus manos.

—Para mí que nadie de mi familia ha estado nunca en un banco menos el tío Geoffrey, y lo pillaron antes de que llegase a casa.

—Que no se sepa que la tienes. No vayas a casa. Cómprate un montón de cosas nuevas. Acláralo todo bien y luego ya irás a ver a tu padre y todos los demás. La cuestión es que, aunque no te vayas enseguida, por lo menos en tu cabeza tendrías que estar yéndote siempre. Pero lo bueno sería que fueses ahora. Sal. Sube. Salta. Todo lo que tendría que haber hecho yo.

—¿Qué pasa con Trev? —dijo Juliet.

Glenda tuvo que pensarlo.

—¿Cómo están las cosas entre los dos? Os vi hablar anoche.

—Hablar se puede —dijo Juliet a la defensiva—. Además, solo me contaba que pensaba buscarse un empleo mejor.

—Haciendo ¿qué? —preguntó Glenda—. Nunca le he visto echar una jornada de trabajo en todos los años que hace que le conozco.

—Dice que encontrará algo —explicó Juliet—. Me contó de que Huebo le dijo que lo hiciera. Huebo le dijo que, cuando Trev descubra quién es Trev, o algo así, sabrá, ya sabes, lo que puede hacer y tal. O sea que yo le dije que era Trevor Probable, y él me dijo que eso le ayudaba un montón y tal.

Estoy sin argumentos, ¿verdad?, se dijo Glenda. Hablo de cambiar y seguir adelante, así que debo aceptar que él también puede intentarlo. En alto, dijo:

—Depende de ti. Todo depende de ti, pero ve con cuidado de que tenga las manos quietas.

—Siempre tiene las manos quietas —dijo Juliet—. Me preocupa un pelín. Nunca he tenido que pensar si le casco un rodillazo en el tolón, ni una sola vez.

Pepe, que acababa de descubrir la salsa guau-guau, soltó una risa ahogada. La botella estaba casi vacía y, en teoría, no debería de quedarle estómago.

—¿Nunca, nunca? —dijo Glenda, desconcertada por esa revelación antinatural.

—No, siempre es muy educado y un poquitín triste.

Eso debe de significar que trama algo, señaló el fuero interno de Glenda, pero ella dijo:

—Bueno, depende de ti. No puedo ayudarte en eso, pero recuerda, siempre te queda la rodilla.

—¿Y qué pasa con…? —preguntó Juliet.

—Mira —atajó Glenda con firmeza—, o te largas ahora a ver mundo, ganar una fortuna, ver tu retrato en los periódicos y todo lo demás que sé que de verdad te gustaría hacer o te aclaras tú sola.

—Vamos a tirarnos aquí un buen rato —dijo Pepe—. ¿Sabes?, esta salsa estaría bien con un poco de vodka. Le daría un toque estupendo. Un poco de chispa. Bien pensado, quedaría mejor incluso con un montón de vodka.

—Pero ¡le amo! —gimoteó Juliet.

—Pues no pasa nada, quédate aquí —dijo Glenda—. ¿Os habéis besado, siquiera?

—¡No! Él nunca acaba de decidirse.

—A lo mejor es uno de esos caballeros a los que no les gustan las damas —señaló Pepe con tono remilgado.

—Y tú puedes ahorrarnos tus aportaciones —le ladró Glenda, volviéndose un momento hacia él.

—O sea, con algunos otros, como Johnny Podrido, casi me desgasto la rodilla, pero Trev solo es… dulce, todo el rato.

—Mira, sé que me has dicho que no me meta en esto, y sé que he sido un pecador tremendo en mi época y espero seguirlo siendo, pero he dado más vueltas que un tiovivo y es evidente por qué se encuentran en ese pispás —terció Pepe—. Él tiene el sentido común de ver que Jul es tan bella que deberían pintarla de pie sobre una concha en algún lugar, sin la parte de arriba del vestido y con bebés rosas regordetes revoloteando inexplicablemente por todas partes, y sabe que él solo tiene una pizca de astucia callejera que ofrecerle. Quiero decir que no tiene sentido, ¿verdad? No tiene nada que hacer y lo sabe, aunque no sepa que lo sabe.

—Le daría un beso si él quisiera, y desde luego no le cascaría un rodillazo en el tolón —dijo Juliet.

—Tienes que aclararte —insistió Glenda—. No puedo aclararte yo. Si lo intentase, lo aclararía todo mal.

—Pero… —empezó Juliet.

—No, ya está —sentenció Glenda—. Lárgate, cómprate un montón de cosas bonitas; es tu dinero. Y si no cuidas de ella, señor Pepe, un rodillazo será solo el principio.

Pepe asintió y con mucha delicadeza tiró de Juliet y bajó por los escalones de piedra.

¿Qué haría, llegado este momento, si estuviese en una novela romántica?, se preguntó Glenda mientras el eco de los pasos se desvanecía. Sus lecturas la habían convertido en poco menos que una experta en qué hacer si una se encontraba en una novela romántica, aunque una de las cosas que más la molestaban del género, como le había confesado al señor Temblón, era que nadie cocinaba nada. A fin de cuentas, cocinar era importante. ¿Tanto les costaría meter una secuencia de preparación de empanadas? ¿Tan disparatada sería una novela titulada Orgullo y repostería? Le valdría con unos simples consejillos para comer perdices, que además encajarían con la temática. Sería un poco más feliz si, por lo menos, los amantes pudieran forjarse en la ensaladera de la vida. Como mínimo supondría una admisión de que las personas en efecto ingerían comida.

Más o menos a esas alturas sabía, y lo sabía con todo el cuerpo, que tendría que estar deshaciéndose en un mar de lágrimas. Empezó a fregar el suelo. Después limpió los hornos. Siempre los dejaba como los chorros del oro, pero ese no era motivo para no volverlos a limpiar. Usó un cepillo de dientes viejo para eliminar cantidades minúsculas de polvo de los rincones, fregó todas las ollas con arena fina, vació las rejillas, cribó las cenizas, barrió el suelo, ató dos escobas para despejar años de telarañas de los altos muros y volvió a fregar hasta que el agua enjabonada se derramó por los escalones de piedra y lavó las huellas.

Ah, sí, una cosa más: había unos boquerones en la hielera. Calentó un par y fue al gran caldero de tres patas de la esquina donde la noche anterior había escrito con tiza: «No tocar». Quitó la tapa y escrutó las profundidades. El cangrejo que Verity Empujacarrito le había regalado la noche anterior, que le parecía ya muy lejana, la saludó con sus globos oculares.

—Me pregunto qué habría pasado si lo hubiese dejado destapado —dijo—. Me pregunto cuánto tardan los cangrejos en aprender.

Dejó caer los arenques mojados, que al parecer cosecharon la aprobación crustácea. Hecho eso, se plantó en mitad de la cocina y buscó algo más que limpiar. El hierro negro no brillaría nunca, pero todas las superficies estaban fregadas y secas. En cuanto a los platos, podría comerse en ellos. Quien quisiera un trabajo bien hecho, tenía que hacerlo en persona. La versión de la limpieza de Juliet era muy parecida a la divinidad, en el sentido de que era errática, escapaba a toda comprensión y rara vez se veía.

Algo rozó su cara. Subió la mano sin prestar atención y descubrió que sostenía una pluma negra entre los dedos. Esos malditos bichos de las tuberías. Alguien tendría que hacer algo al respecto. Echó mano de su escoba más larga y aporreó una cañería.

—¡Vamos! ¡Fuera de ahí! —chilló. Algo se removió en la oscuridad y emitió un apagado «¡Ark! ¡Ark!».

—Perdone, señorita —dijo una voz, y los ojos de Glenda fueron a dar, al pie de la escalera, con la cara contrahecha de… ¿Cómo se llamaba? Ah, sí.

—Buenos días, señor Hormigón —dijo al troll. No pudo evitar reparar en las manchas marrones que le brotaban de la nariz.

—No encuentro al señor Trev —proclamó Hormigón.

—No lo he visto en toda la mañana —dijo Glenda.

—No encuentro al señor Trev —repitió el troll, más alto.

—¿Para qué lo necesitas? —preguntó Glenda. Por lo que ella sabía, las cubas más o menos funcionaban solas. Le decías a Hormigón que gotease velas y él goteaba velas hasta que se quedaba sin.

—El señor Huebo está enfermo —dijo el troll—. No encuentro al señor Trev.

—¡Llévame con el señor Huebo ahora mismo! —ordenó Glenda.

Llamar morador a alguien no demuestra mucho tacto, pero la gente que vivía y trabajaba en las cubas de velas encajaba a la perfección con la palabra. Lo que hacían en las cubas era, en efecto, morar. Si alguien llegaba a cruzárselos en el laberinto subterráneo, los vería correteando afanados, pero la mayor parte del tiempo solo trabajaban, dormían y se mantenían vivos. Huebo estaba tumbado en un viejo colchón con los brazos muy apretados en torno a su cuerpo. Glenda le echó un vistazo y se volvió hacia el troll.

—Ve a buscar al señor Trev —le dijo.

—No encuentro al señor Trev —dijo el troll.

—¡Sigue buscando! —Se arrodilló junto a Huebo, que tenía los ojos en blanco—. Señor Huebo, ¿me oye?

Él pareció despertar.

—Tiene que irse —dijo—. Será muy peligroso. La puerta se abrirá.

—¿Qué puerta? —dijo Glenda, intentando mantener un tono animado. Miró a los moradores, que la observaban con una especie de horror manso—. ¿Ninguno de vosotros puede encontrar algo para taparlo? —La mera pregunta los hizo desperdigarse presas del pánico.

—He visto la puerta, o sea que se abrirá de nuevo —dijo Huebo.

—Yo no veo ninguna puerta, señor Huebo —replicó Glenda, tras mirar a su alrededor.

Huebo abrió mucho los ojos.

—Está en mi cabeza.

No había intimidad en las cubas; solo era una sala más ancha que se abría desde un pasillo largo e interminable. Pasaba gente por delante sin parar.

—Creo que a lo mejor se ha excedido, señor Huebo —dijo Glenda—. Corre de un lado a otro trabajando a todas horas y matándose de preocupación. Necesita descansar. —Para su sorpresa, uno de los moradores apareció con una manta, que tenía bastantes partes amplias todavía flexibles. Glenda la tendió sobre él a la vez que llegaba Trev. No tenía más remedio que llegar, porque Hormigón lo llevaba a rastras por el cuello de la camisa. Miró a Huebo y luego alzó la vista hasta Glenda.

—¿Qué le ha pasado?

—No lo sé. —Glenda se llevó un dedo a la cabeza y lo giró un poco, el símbolo universal de «ha perdido la chaveta».

—Tienen que irse. La situación será muy peligrosa —gimió Huebo.

—Por favor, cuénteme lo que pasa —dijo Glenda—. Por favor, cuéntemelo.

—No puedo —dijo Huebo—. No puedo pronunciar las palabras.

—¿Hay unas palabras que quieres decir? —preguntó Trev.

—Palabras que no quieren ser pronunciadas. Palabras fuertes.

—¿Podemos hacer algo? —insistió Glenda.

—¿Estás enfermo? —preguntó Trev.

—No, señor Trev. He hecho de vientre sin incidencias esta mañana. —Eso fue un destello del viejo Huebo: preciso, pero ligeramente raro.

—¿Enfermo de la cabeza? —dijo Glenda, por desesperación.

—Sí. De la cabeza —respondió Huebo—. Sombras. Puertas. No puedo contárselo.

—¿Hay alguien que pueda curar esa clase de enfermedad?

Huebo no contestó durante un rato y luego dijo:

—Sí. Tienen que encontrarme a un filósofo formado en Uberwald. Podrá hacer que los pensamientos se enderecen.

—¿No es eso lo que hizo usted por Trev? —dijo Glenda—. Le dijo cómo pensaba sobre su padre y todo eso, y lo hizo mucho más feliz, ¿verdad, Trev?

—Sí, es verdad —dijo Trev—. Y no hace falta que me des codazos en las costillas. Es verdad que me ayudó. ¿No podrían hipnotizarte? —preguntó a Huebo—. Una vez vi a un hombre que lo hacía en el teatro: meneaba su reloj brillante delante de ellos y les hacía hacer de todo. Hasta ladrar como perros.

—Sí. La hipnosis es una parte importante de la filosofía —dijo Huebo—. Ayuda a relajar al paciente para que los pensamientos puedan expresarse por sí mismos.

—Bueno, pues está claro —dijo Glenda—. ¿Por qué no intenta hacerlo usted mismo? Seguro que puedo encontrar algo brillante para que lo menee.

Trev se sacó del bolsillo su querida lata.

—Tachán. Y creo que tengo un cacho de cordel en alguna parte.

—Todo eso está muy bien, pero no podría hacerme la clase correcta de preguntas porque estaría hipnotizado. El modo de plantear las preguntas es muy importante —explicó Huebo.

—Ya lo tengo —dijo Trev—. Te ordenaré que te mandes a ti mismo hacer las preguntas correctas. Sabrías qué preguntas hacer si fuera a otra persona, ¿o no?

—Sí, señor Trev.

—No necesitó hipnotizar a Trev —señaló Glenda.

—No, pero sus pensamientos estaban cerca de la superficie. Me temo que los míos no serán tan fáciles de alcanzar.

—¿De verdad podemos hipnotizarle para que se haga a sí mismo las preguntas correctas?

—Es cierto que, en Las puertas del engaño, Atajaleo recogía una manera de hipnotizarse a sí mismo —dijo Huebo—. Resulta concebible… —Dejó la frase en el aire.

—Pues manos a la obra —concluyó Trev—. Mejor fuera que dentro, como decía mi abuelita.

—Creo que a lo mejor no es tan, tan buena idea.

—A mí no me hizo ningún mal —dijo Trev con firmeza.

—Las cosas que no sé… Las cosas que no sé… —murmuró Huebo.

—¿Qué pasa con ellas? —dijo Glenda.

—Las cosas que no sé… —dijo Huebo—. Creo que están detrás de la puerta, porque creo que las dejé allí porque creo que no quiero saberlas.

—Entonces, ¿debe saber qué es lo que no quiere saber? —preguntó Glenda.

—Sí.

—Bueno, ¿tan malo puede ser? —dijo Trev.

—Tal vez sea muy malo —respondió Huebo.

—¿Qué diría si se tratase de mí? —preguntó Glenda—. Quiero la verdad, ahora.

—Bueno —dijo Huebo, con un leve tartamudeo—, creo que diría que debería mirar detrás de la puerta para afrontar las cosas que no quiere saber y que así pudiéramos lidiar juntos con ellas. Ese sería sin duda el consejo de Von Kladpoll en Doppelte Berührungssempfindung. En verdad, hacerlo supondría casi una parte fundamental del análisis de la mente oculta.

—No se hable más —dijo Glenda, dando un paso atrás.

—Pero ¿qué clase de cosas malas podría haber en su cabeza, señorita Glenda? —dijo Huebo, galante hasta en las fétidas circunstancias de las cubas.

—Sí que hay unas cuantas —respondió Glenda—. Nadie va por la vida sin recoger algunas.

—Anoche tuve sueños —dijo Huebo.

—Bueno, todo el mundo tiene pesadillas —dijo Glenda.

—Fueron más que sueños —dijo Huebo. Descruzó los brazos y les enseñó una mano.

Trev silbó.

Glenda dijo:

—Oh. —Y luego—: ¿Tendrían que estar así?

—No tengo ni idea —respondió Huebo.

—¿Duelen?

—No.

—Bueno, a lo mejor es lo que les pasa a los trasgos cuando dan el estirón —sugirió Trev.

—Sí, a lo mejor les salen garras.

—Ayer fue un día maravilloso —dijo Huebo—. Era parte del equipo. El equipo me rodeaba. Fui feliz. Y ahora…

Trev alzó un trozo de cordel mugriento y la vapuleada pero reluciente lata.

—Quizá debes descubrirlo.

—Puede que lo haya entendido todo mal —dijo Glenda—, pero si no quiere saber qué son las cosas que no quiere saber, entonces habrá incluso más cosas que no quiera saber y me imagino que, tarde o temprano, si sigue y sigue, se le caerá la cabeza de los hombros.

—Los dos tienen su parte de razón —reconoció Huebo a regañadientes.

—Entonces échame una mano para subirlo al sofá —dijo Trev—. ¿Es normal que esté sudando tan a chorro?

—No lo creo —respondió Glenda.

—Me quedaría más tranquilo si me encadenasen —dijo Huebo.

—¿Qué? ¿Por qué cree que deberíamos hacer algo así? —preguntó Glenda.

—Creo que deberían ir con cuidado. Hay cosas que se cuelan por la puerta. Podrían ser malas.

Glenda observó las garras. Eran de un negro reluciente y, a su manera, muy pulcras, pero costaba imaginar que pudieran usarse para pintar un cuadro o cocinar una tortilla, por ejemplo. Eran garras, y las garras estaban para desgarrar, ¿o no? Pero era el señor Huebo. Aun con garras, seguía siendo el señor Huebo.

—¿Empezamos? —dijo Trev.

—Insisto en las cadenas —dijo Huebo—. Hay toda clase de artefactos metálicos en los viejos almacenes, cuatro puertas más abajo. Vi cadenas. Dense prisa, por favor.

De forma automática, Glenda bajó la mirada a las garras y vio que se habían alargado.

—Sí, Trev, date prisa, por favor.

El chico siguió su mirada y dijo con entusiasmo:

—Volveré antes de que os deis cuenta de que me he ido.

En realidad, tardó menos de un par de minutos, y Glenda oyó el repiqueteo de las cadenas que arrastraba por todo el pasillo.

A Glenda se le escapaban las lágrimas por lo rara que era la situación. Huebo siguió tumbado, mirando al techo, mientras lo izaban al sofá y lo envolvían cuidadosamente con las cadenas.

—Hay candados, pero no llaves. Puedo cerrarlos, pero abrirlos no.

—Ciérrelos —dijo Huebo.

Glenda se echaba a llorar en muy raras ocasiones, y estaba intentando no hacerlo en ese momento.

—No creo que debamos hacerlo —dijo—. No aquí en las cubas. La gente mira.

—Por favor, balancee su péndulo, señor Trev —dijo Huebo.

Trev se encogió de hombros y lo hizo.

—Ahora tiene que empezar a decirme que noto cómo me entra el sueño, señor Trev —indicó Huebo.

El joven carraspeó y balanceó de un lado a otro la brillante lata.

—Te está entrando pero que mucho sueño. Tela de sueño.

—Así, muy bien. Tengo un sueño abrumador —dijo Huebo con voz cansada—. Y ahora debe pedirme que me analice a mí mismo.

—¿Qué significa eso? —preguntó de sopetón Glenda, siempre a la caza de palabras peligrosas.

—Lo siento —dijo Huebo—. Quiero decir ayudarme a examinar con detalle el funcionamiento de mi propia mente por medio de preguntas y respuestas.

—Pero no sé qué preguntas hacer —protestó Trev.

—Yo sí —dijo Huebo con paciencia—, pero usted debe ordenarme que lo haga.

Trev se encogió de hombros.

—Señor Huebo, debe usted descubrir qué le pasa al señor Huebo —dijo.

—Ah, sí —dijo Huebo, cuyo tono de voz cambió ligeramente—. ¿Estamos cómodos, señorr Huebo? Sí, gracias. Las cadenas casi ni se notan. Perrfecto. Ahorra, hábleme de su madrre, señorr Huebo. Conozco el concepto, pero que yo recuerrde nunca he tenido una madrre. Gracias por prreguntarr, de todas formas.

Y así empezó el diálogo monologal. Los otros dos se sentaron en los escalones de piedra mientras la voz apacible se desenmarañaba a sí misma hasta llegar a:

—Ah, es cierrto, la biblioteca. ¿Hay algo en la biblioteca, señorr Huebo?

—En la biblioteca hay muchos libros.

—¿Qué más se encuentrra en la biblioteca, señorr Huebo?

—En la biblioteca hay muchas sillas y escaleras.

—¿Y qué hay en la biblioteca que no quierre contarrme, señorr Huebo?

Esperaron. Al final, la voz dijo:

—En la biblioteca hay un armario.

—¿Y ese arrmarrio tiene algo especial, señorr Huebo?

Otra pausa, otra leve vocecilla:

—No debo abrir el armario.

—¿Por qué la mitad de Huebo habla como si fuera de Uberwald? —preguntó Glenda a Trev, olvidando el agudo oído del aludido.

—Las prreguntas planteadas con un leve acento uberrwaldiano en los exámenes de esta naturraleza parrecen tranquilizarr más al paciente —explicó Huebo—. Y ahorra, me complacerría que se dejarran de interrupciones.

—Perdón —dijo Glenda.

—No pasa nada. Así pues, ¿porr qué no debe abrirr el arrmarrio, señorr Huebo?

—Porque prometí a la señora que no abriría el armario.

—¿Y abrrió el arrmarrio, señorr Huebo?

—Prometí a la señora que no abriría el armario.

—¿Y abrrió el arrmarrio, señorr Huebo? —Una pausa mucho más larga esa vez.

—Prometí a la señora que no abriría el armario.

—¿Aprrendió muchas cosas en el castillo, señorr Huebo?

—Muchas cosas.

—¿Aprrendió a hacerr ganzúas, señorr Huebo?

—Sí.

—¿Dónde está la puerrta ahorra, señorr Huebo?

—Delante de mí.

—Abrrió la puerta, señorr Huebo. Usted crree que no, perro lo hizo. Y ahorra es muy imporrtante que la vuelva a abrirr.

—Pero ¡lo que hay detrás de la puerta está mal!

Los dos curiosos estiraron el cuello para oír mejor.

—Nada está mal. Nada en absoluto está mal. En el pasado, abrrió la puerrta con la imprrudencia de la infancia. Ahora, para comprrenderr la puerrta, debe abrrirrla con la sabidurría del adulto. Abrra la puerrta, señorr Huebo, y yo le acompañarré hasta ella.

—Pero ya no tengo la ganzúa.

—La naturraleza proveerrá, señorr Huebo.

Glenda se estremeció. Tenían que ser imaginaciones suyas, pero tuvo la sensación de no estar ya en las cubas de velas.

Por delante de Huebo se extendía un pasillo. Notó que todo lo que llevaba se le caía de encima. Cadenas, ropa, carne, pensamientos. Solo existía el pasillo y, flotando poco a poco en su dirección, el armario. Tenía una puerta de cristal. La luz arrancaba destellos de los bordes biselados. Levantó una mano y extendió la garra, que atravesó madera y cristal como si fuesen aire. En el armario había un estante y en el estante, un libro. Este tenía un título en plata y estaba rodeado por cadenas de acero. También le costó mucho menos cortarlas que la vez anterior. Se sentó en una silla que no había estado allí hasta que se sentó y empezó a leer el libro. Su título era ORCO.

Cuando llegó el grito, no surgió de Huebo, sino de las alturas, entre la maraña de tuberías. Una mujer escuálida vestida con una larga túnica negra, quizá una bruja en opinión de una sorprendida Glenda, se dejó caer sobre las losas y miró a su alrededor como una gata.

No, más bien como un pájaro, pensó Glenda. Con movimientos bruscos.

Y entonces la recién llegada abrió la boca y gritó:

—¡Ark! ¡Ark! ¡Peligro! ¡Peligro! ¡Cuidado! ¡Cuidado! —Se abalanzó hacia el sofá, pero Trev se interpuso en su camino—. ¡Insensato! ¡El orco se comerá tus ojos!

Y entonces se formó un dueto, porque otra de las criaturas se había deslizado desde la penumbra, ayudada por lo que podría haber sido una capa hinchada o podrían haber sido alas. No paraban de moverse en ningún momento, cada una en una dirección distinta, intentando acercarse al sofá.

—No tengáis mieeedo —graznó una de ellas—, estamos de vuestro laaado. Hemos venido a protegeros.

Glenda, temblando de la impresión, logró levantarse. Cruzó los brazos. Siempre se sentía mejor al hacerlo.

—¿Quiénes os habéis creído que sois, para saltar del techo y gritar a la gente? Además soltáis plumas. Qué asco. Esto es una… esto está muy cerca de una zona de preparación de alimentos.

—Eso, que os den —dijo Trev.

—Ahí les duele —musitó Glenda por un lado de la boca—. Seguro que te ha costado mucho pensarlo.

—No lo entendéis —dijo una criatura. Las caras eran extrañísimas, como si alguien hubiese esculpido un pájaro a partir de una mujer—. ¡Estáis en grave peligro! ¡Ark!

—¿Por vosotras? —dijo Glenda.

—Por el orco —dijo la criatura. Y la palabra fue un chillido—: ¡Ark!

En las sombras de delante del armario abierto, el alma de Huebo pasó una página. Notó que tenía a alguien junto al codo y, al alzar la vista, se encontró cara a cara con la señora.

—¿Por qué me dijo que no abriera el libro, señora?

—Porque quería que lo leyeses —dijo su voz—. Tenías que descubrir la verdad por ti mismo. Así es como todos encontramos la verdad.

—¿Y si la verdad es espantosa?

—Creo que ya conoces la respuesta a eso, Huebo —respondió la voz de la señora.

—La respuesta es que, espantosa o no, sigue siendo la verdad —dijo Huebo.

—¿Y entonces? —añadió la voz femenina, como una maestra animando a un alumno prometedor.

—Y entonces la verdad puede cambiarse —dijo Huebo.

—El señor Huebo es un trasgo —dijo Trev.

—Ya, claro —replicó la criatura. Y la expresión sonó increíblemente exótica en boca de alguien que cada vez tenía más cara de pájaro.

—Si grito, vendrá un montón de gente corriendo —dijo Glenda.

—¿Y qué harán? —preguntó la criatura.

¿Y qué harían?, pensó Glenda. Quedarse ahí plantados diciendo «¿Qué pasa aquí?» y haciendo las mismas preguntas que nosotros. Se desplazó una vez más cuando una criatura intentó llegar al sofá.

—El orco matará —dijo una tercera voz, y otro de aquellos seres se dejó caer casi ante las narices de Glenda. Le olía el aliento a carroña.

—El señor Huebo es bueno y amable y nunca ha hecho daño a nadie —dijo Glenda.

—Que no se lo mereciera —añadió Trev a toda prisa.

—Pero ahora el orco sabe que es un orco —dijo una criatura. Habían empezado a menearse adelante y atrás como bailarines de una pavana horrenda.

—No creo que tengáis permiso para tocarnos —les dijo Trev—. De verdad que no creo que podáis tocarnos.

Se sentó de repente junto al yacente Huebo y arrastró a Glenda a su lado.

—Creo que habéis de obedecer unas reglas —prosiguió.

Las figuras dejaron de moverse al instante. En cierto modo, era más escalofriante aún que sus contoneos. Se quedaron paralizadas como estatuas.

—Tienen espolones —dijo Glenda en voz baja—. Les veo los espolones.

—Presas —corrigió Trev.

—¿Qué dices?

—Esas uñas grandes se llaman presas. Los espolones son los que salen por detrás, los que usan para llevarse a sus presas. Mucha gente se confunde.

—Menos tú —dijo Glenda—. De golpe eres un gran experto en pajarracos espantosos.

—¿Qué le voy a hacer? A veces hay cosas que se te quedan —dijo Trev.

—Debemos protegeros —insistió una de las hembras.

—¡No necesitamos que nos protejan del señor Huebo! Es nuestro amigo —dijo Glenda.

—¿Y cuántos de sus amigos tienen garras?

—¿De qué vamos a preocuparnos aquí, en la Universidad Invisible, que tiene unos muros bien gordos y suele estar a rebosar de magos?

Una de las mujeres estiró el cuello hasta dejar su cara a unos centímetros de la de Trev.

—De que tenéis a un orco dentro.

Tintineó una cadena. Huebo se había movido un poco.

—Trabajáis para alguien, ¿verdad? —dijo Trev—. Tenéis unas cabecitas muy pequeñajas. No podéis tener bastante seso para pensar todo esto solas. ¿Los magos saben que estáis aquí?

Glenda chilló. No había chillado nunca, no como mandan los cánones, directo desde el fondo de su terror. Cortarse sin querer en el dedo con el cuchillo no contaba, y además casi seguro que no habría sonado tan alto. El chillido resonó a lo largo de los pasillos, rebotó en los sótanos y arrancó un eco en las criptas.

Glenda gritó una segunda vez y, como sus [[18]](#footnote-18)pulmones habían cogido práctica, logró que sonara aún más fuerte que el primero. Sonaban pasos a la carrera desde las dos direcciones.

Eso era reconfortante.

No estaba segura de lo reconfortante que era el leve tañido seguido del roce metálico que sugería que se había roto una cadena.

Las criaturas sucumbieron a un pánico inmediato y trataron de levantar el vuelo todas a la vez. Eran torpes como garzas y tropezaban unas con otras.

—¡Y no volváis! —les gritó Glenda mientras desaparecían de nuevo en la oscuridad. Luego se volvió hacia Trev, con el corazón desbocado, y dijo—: ¿Qué es un orco?

—No sé. Creo que es una especie de hombre del saco antiguo —respondió Trev.

—¿Y qué eran esas cosas?

—Sé que suena a tontería —dijo Trev—, pero vimos una la otra noche y él parece creer que son, en fin… amigas.

Carniceros, panaderos, mayordomos y canceleros llegaron a la carrera desde los pasillos oscuros, y uno de ellos era el cancelero Nobbs (sin parentesco), que inexplicablemente llevaba solo su gorro oficial, una camiseta de malla y unos calzones cortos, demasiado cortos y ajustados para un hombre del tamaño del cancelero Nobbs (sin parentesco).

Echó un vistazo a Glenda y después fulminó a Trev con la mirada. Las personas como Trev eran, por lo que al cancelero Nobbs (sin parentesco) respectaba, enemigos automáticos.

—¿Has chillado? ¿Qué estaba pasando aquí? —preguntó.

—Lo siento, he hecho una sugerencia indecente —dijo Trev. Miró a Glenda con una expresión que decía: «Échame un cable».

—Me temo que me he dejado llevar por mi recato de muchachuela —añadió ella, maldiciéndolo con los ojos.

—Debe de haber sido una sugerencia bastante extraña —dijo un carnicero, que parecía opinar que un chuletón descomunal le sería de gran ayuda en caso de combate, pero estaba sonriendo… y las sonrisas eran buenas.

Si esto no va más allá de unas risillas y un poco de recochineo, todos contentos, pensó Glenda. Lo pasaré mal una temporada, pero nada más.

—Pero ¿qué hace ese tipo encadenado a esa cama? —preguntó el cancelero.

—Sí, ¿qué clase de sugerencias indecorosas circulan por aquí? —dijo el carnicero. Se lo estaba pasando en grande.

Voy a matar a alguien antes de que todo eso acabe y ese alguien podría ser yo misma, pensó Glenda.

—¿No es el señor Huebo? —dijo el cancelero—. Se supone que tenemos entreno dentro de cinco minutos.

Sonó otro tintineo detrás de Glenda y la voz de Huebo dijo:

—No te preocupes, Alphonse, practico este truco a menudo. La tensión dinámica ayuda a fortalecer los músculos, ya sabes.

—¿Alphonse? —saltó el carnicero, mirando al cancelero con incredulidad—. Pensaba que te llamabas Alfred, Alf para abreviar. Alphonse es un nombre quirmiano a rabiar. ¿No serás de allí? —Tenía tanto de acusación como de pregunta.

—¿Qué tiene de malo que Alf sea la abreviatura de Alphonse? —dijo el cancelero. Tenía unas manos muy grandes que podrían haber preocupado al mismísimo Mustrum Ridcully en una competición al juego de las palmitas. Además, se le estaban poniendo las orejas rojas, lo que nunca era buena señal en un hombre de su tamaño.

—Ojo, que no digo que no sea un buen nombre —retrocedió el carnicero, ya menos chuleta que su arma improvisada—. Pero nunca habría dicho que te llamabas Alphonse, no te pega. Para que veas que nunca se sabe.

—Soy un orco —anunció Huebo con voz tranquila.

—Ahora que lo pienso, Alphonse es un nombre bastante majo —continuó el carnicero—. El «phonse» lo echa un poco a perder, pero el «Alf» me suena muy bien. —Dejó de hablar un momento y se volvió hacia Huebo—. ¿Cómo que «un orco»?

—Un orco —repitió Huebo.

Y a lo lejos, en los remotos conductos de la calefacción central, sonó el grito de:

—¡Ark! ¡Ark!

—No digas tonterías, ya no existen los orcos. Los exterminaron a todos hace siglos. Y costaron un cojón de matar, además, que lo leí en alguna parte —dijo un mayordomo.

—La última parte de su afirmación es fundamentalmente correcta —dijo Huebo, que seguía encadenado al sofá—. Sin embargo, pese a todo, soy un orco.

Glenda miró hacia abajo.

—Me dijo que era un trasgo, señor Huebo. Me dijo que era un trasgo.

—Estaba mal informado —replicó Huebo—. Sé que soy un orco. Creo que siempre he sabido que era un orco. He abierto la puerta, he leído el libro y sé la verdad de mi alma, y soy un orco, y por algún motivo soy un orco con unas ganas atroces de fumarse un puro.

—Pero eran unos monstruos enormes y espantosos que luchaban sin parar nunca y se arrancaban un brazo como si nada para usarlo de arma —dijo el cancelero Nobbs (sin parentesco)—. Salió un artículo sobre ellos en Arcos y Munición.

Todas las miradas se volvieron hacia los brazos de Huebo.

—Ciertamente, tal es el juicio de la historia —dijo este. Miró a Glenda—. Lo siento mucho —añadió—. Desobedecí, lo hace todo el mundo, compréndalo. Eso viene a decir Schnouzentintle en su libro La obediencia de la desobediencia. Siempre me había preguntado qué había en el armario, y ya tenía algo de experiencia con las ganzúas. Abrí el armario, leí el libro y… —Sus cadenas repicaron cuando cambió de postura—. Desobedecí. Creo que lo hace todo el mundo. Se nos da muy bien escondernos a nosotros mismos lo que no queremos saber. Créame: se me daba muy bien ocultarme esto. Pero se filtra, ¿comprende?, en los sueños y otros momentos, cuando uno tiene la guardia baja. Soy un orco. De eso no cabe duda.

—Vale, pues si eres un orco, a ver: ¿por qué no me estás arrancando la cabeza? —preguntó el cancelero Nobbs (sin parentesco).

—¿Eso querría? —preguntó Huebo.

—¡Hombre, desde luego que no!

—¿Qué más da? —dijo Trev—. Todo eso es historia antigua, de todas formas. Hoy en día hay vampiros paseándose por todas partes. Y tenemos trolls, gólems, zombis y toda clase de gente que solo quiere ganarse la vida. ¿A quién le importa lo que pasó hace siglos?

—Espera un momento. Espera un momento —dijo el mayordomo—. No te está arrancando la cabeza porque está encadenado.

—Entonces, ¿por qué nos ha obligado a encadenarlo? —preguntó Glenda.

—Porque no era mi intención arrancarle la cabeza a nadie. Sospechaba la verdad, aunque no sabía qué era lo que sospechaba. Por lo menos, creo que así funciona.

—¿Y eso significa que no puedes escapar y despedazarnos miembro a miembro? —dijo el cancelero Nobbs (sin parentesco)—. Sin ánimo de ofender, pero ¿esto significa que dejarás de entrenarnos?

—Lo lamento —dijo Huebo— pero, como puede ver, me ha surgido un problemilla.

—¿Estáis todos chalados? —Asombrosamente, la pregunta procedía de Juliet, que estaba plantada en el pasillo—. Es Huebo. Hace velas y tal. Lo veo a todas horas y nunca lleva la pierna ni la cabeza de nadie. ¡Y además le gusta el fútbol!

A Glenda le pareció que alcanzaba a oír el corazón de Trev. Se acercó corriendo a la chica.

—Te he dicho que te fueras —susurró.

—He vuelto para contárselo todo a Trev. Es lo menos, con el poema tan precioso que me escribió.

—Tiene su parte de razón —reconoció un hombre con gorro de panadero—. Le he visto corretear por todas partes y nunca lleva ninguna extremidad.

—Eso es verdad —dijo el carnicero—. Y de todas formas, ¿no hizo todas esas velas preciosas para el banquete de anoche? Eso a mí no me suena muy de orcos.

—Además —dijo el cancelero Nobbs (sin parentesco)—, ayer nos estaba entrenando y no dijo una sola vez: «Salid ahí, muchachos, y arrancadles la cabeza».

—Claaaro —dijo el mayordomo, que no estaba haciendo amigos por lo que a Glenda respectaba—, porque los humanos no arrancan cabezas, a diferencia de los orcos.

Resonó un «¡Ark! ¡Ark!» a lo lejos.

—Nos ha estado enseñando unas cosas que ni se te pasarían por la cabeza —dijo el cancelero—, como jugar con los ojos vendados. Cosas fantásticas. Parecen más filosofía que fútbol, pero oye, estupendas.

—El pensamiento táctico y el análisis de combate forman parte del utillaje orco —dijo Huebo.

—¿Lo veis? Nadie que use maquillaje va a arrancarnos la cabeza, ¿a que no?

—¿No conociste a mi ex mujer? —dijo el carnicero.

—Bueno, por lo del maquillaje sí que no pasaría —dijo el panadero para diversión de todos—. Una cosa es ser orco, pero no queremos a uno rarito.

Glenda miró a Huebo. Estaba llorando.

—Amigos míos, os doy las gracias por vuestra confianza en mí —dijo.

—Bueno, ya sabes, eres como parte del equipo —respondió el cancelero Nobbs (sin parentesco), cuya sonrisa casi lograba disimular su nerviosismo.

—Gracias, señor Nobbs, significa mucho para mí —dijo Huebo mientras se ponía en pie.

Fue un movimiento bastante complejo.

Permanecería para siempre en la cabeza de Glenda como una escena a cámara lenta de cadenas reventadas y crujidos de madera, mientras Huebo se levantaba como si sus ataduras hubieran sido telarañas. Los trozos de cadena salieron disparados y se estrellaron contra la pared. Los candados se partieron. En cuanto al sofá, apenas hubo pedazo que aguantase pegado a otro. Se desplomó sobre el suelo como si fuera leña.

—¡SÁLVESE QUIEN PUEDA!

Habría hecho falta una clase especial de micrómetro para descubrir qué hombre lo dijo primero, pero la estampida por el pasillo fue veloz y terminó en muy poco tiempo.

—¿Sabes? —comentó Trev, tras unos instantes de silencio—, en un momento dado he pensado que esto iba bastante bien.

—Esas mujeres —dijo Glenda—, ¿qué eran?

Huebo estaba de pie con aire melancólico entre los restos del sofá; un tramo de cadena se escurrió de su cuerpo como una serpiente y cayó en las losas.

—¿Ellas? —preguntó—. Son las Hermanitas de la Perpetua Velocidad. Proceden de Efebia. Creo que el nombre de su especie es furias. Supongo que la señora las mandó por si yo intentaba hacer daño a alguien. —Las palabras salieron sin énfasis ni emoción.

—Pero no has hecho daño a nadie —respondió Glenda.

—Pero todos han huido —dijo Huebo—, por lo que soy.

—Bueno, ya sabes, son gente corriente —le recordó Glenda—. Son…

—Imbéciles —concluyó Trev.

Huebo se volvió y avanzó por el pasillo opuesto, apartando a patadas los restos de madera y cadena.

—Pero el mundo está lleno de gente corriente.

—No podéis dejar de que se vaya así —dijo Juliet—. No puede ser. ¡Miradlo! Parece que le hayan arreado una patada.

—Soy su jefe, es mi trabajo —dijo Trev.

Glenda lo cogió del brazo.

—No, yo arreglaré esto. Tú escúchame, Trev Probable, porque bajo todas tus chorradas, eres un tipo decente, o sea que te contaré una cosa: ¿ves a Juliet? La conoces, trabaja en la cocina. Le escribiste un poema precioso, ¿o no? ¿Has oído hablar alguna vez de Brasienta? Todo el mundo ha oído hablar de Brasienta. Pues bueno, puede que tú no seas mi primera elección para Príncipe Azul, pero probablemente haya muchos peores.

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó Trev.

—Juliet va a irse pronto, ¿no es así, Jul?

La cara de Juliet era un poema.

—Bueno, esto…

—Y es porque ella es la chica que sale en los periódicos.

—¿Cómo, la enana que brilla? ¿La de la barba?

—¡Es ella! —dijo Glenda—. Partirá con el circo, bueno, ya me entiendes. Con el espectáculo de modas, por lo menos.

—Pero si no tiene barba —replicó Trev.

Juliet se ruborizó, metió la mano en su delantal y, para sorpresa de Glenda, sacó la barba.

—Me dejaron quedármela —dijo, con una risita nerviosa.

—Vale —prosiguió Glenda—. Juliet, tú dices que le quieres. Trev, no sé si tú la amas a ella o no; es hora de que te decidas. Los dos sois grandecitos, bueno, por lo menos en años, así que más os vale apañaros vosotros solos, porque no veo ninguna hada madrina por aquí. Y ahí está el señor Huebo, que no tiene a nadie.

—¿Se va de la ciudad? —dijo Trev, en cuya mente masculina la comprensión tardaba en aflorar.

—Vaya si se va. Durante bastante tiempo, sospecho —dijo Glenda.

Observó la cara del muchacho con atención. No tienes mucha formación y no has abierto un libro en tu vida, Trevor Probable, pero eres listo y tienes que saber que hay una manera equivocada y una manera correcta de responder a lo que acabo de contarte.

Vio pasar los cambios que se producían a toda velocidad alrededor de los ojos, mientras Trev pensaba y luego decía:

—Bueno, eso está bien. Viene a ser lo que siempre ha soñado. Me alegro mucho por ella.

Astuto cabroncete, al final has acertado, pensó Glenda. No das la impresión de estar pensando en ti mismo en absoluto, porque sabes que yo no querría saber nada de ti de lo contrario. Y quién sabe, quizá hasta seas sincero. De hecho, y que los cielos me asistan, creo que lo eres, pero me arrancaría todos los dientes antes que decírtelo.

—Le gustas, ella te gusta y yo he cometido un montón de errores tontos. Vosotros dos, aclarad lo que queréis hacer. Y ahora, yo en vuestro caso saldría corriendo, antes de que alguien se os adelante. ¿Y puedo ofrecerte un consejillo, Trev? No seas listo, sé inteligente.

Trev asió a Glenda por los hombros y la besó en ambas mejillas.

—¿Eso ha sido de listo o de inteligente?

—¡Fuera de mi vista, Trev Probable! —exclamó ella, mientras lo empujaba con la esperanza de que no la viera ruborizarse—. Y ahora iré a ver adónde ha ido el señor Huebo.

—Yo sé adónde ha ido —dijo Trev.

—Pensaba que os acababa de decir que os largaseis a vivir felices y comer perdices —replicó Glenda.

—No lo encontrarás sin mí —dijo Trev—. Lo siento, Glenda, pero a nosotros también nos cae bien.

—¿Crees que deberíamos avisar a alguien? —preguntó Juliet.

—¿Y qué van a hacer? —se encendió Glenda—. Pasará lo mismo que con la panda de aquí. Todos pasmados esperando a que a alguien se le ocurra una idea. De todas formas —añadió—, seguro que los magos de arriba están al tanto de todo. Oh, sí, estoy convencida.

Tuvo que reconocer, diez minutos más tarde, que Trev había estado en lo cierto. Ella probablemente no habría reparado en aquella puerta al fondo de un sótano como todos los demás, lleno de trastos y abandonado. Se veía luz al otro lado.

—Lo seguí una vez —dijo Trev—. Todo el mundo debería tener un sitio que llamar suyo.

—Sí —coincidió Glenda, y abrió la puerta. Se diría que había abierto un horno. Había velas de todos los tamaños y colores, y muchas de ellas estaban encendidas.

Y en pleno centro estaba Huebo, sentado ante una mesa destartalada, que estaba cubierta de velas. Ardían delante de él con todos los colores. Huebo las estaba contemplando con expresión ausente, y no alzó la vista cuando se acercaron.

—La verdad, creo que nunca le pillaré el tranquillo al azul —dijo, como si se dirigiera al aire—. El naranja, por supuesto, es de una facilidad ridícula, el rojo ni que decir tiene, y el verde no es nada difícil, pero debo reconocer que el mejor azul que he podido conseguir tiene mucho de verde… —dejó la frase en el aire.

—¿Está bien? —preguntó Glenda.

—¿Quiere decir si estoy bien aparte de ser un orco? —dijo Huebo, con una sonrisa muy leve.

—Bueno, sí, pero eso en realidad no es culpa suya.

—Es imposible que sea verdad, ¿no? —dijo Trev.

Glenda se volvió hacia él.

—¿A qué viene decirle eso ahora?

—Bueno, se supone que desaparecieron hace siglos.

—Aniquilados —dijo Huebo—. Pero algunos sobrevivieron. Me temo que, cuando salga a la luz tal negligencia, habrá quien se empeñe en rectificarla.

Trev miró inexpresivo a Glenda.

—Dice que cree que intentarán matarle —tradujo ella.

Huebo seguía sin apartar la mirada de sus velas.

—Debo acumular valía. Debo resultar útil. Debo ser simpático. Debo hacer amigos.

—Si viene alguien a hacerle daño —dijo Glenda—, los mataré. Estoy segura de que usted no intentará arrancarles ninguna pierna, pero a lo mejor yo sí. Trev, esto necesita un toque femenino.

—Sí, ya lo veo.

—Ahí no has estado inteligente, Trev Probable. No, señor Huebo, usted quédese aquí —dijo Glenda, mientras sacaba a rastras a Trev y Juliet al pasillo—. Marchaos. Quiero hablar con él a solas.

Huebo bajó la cabeza cuando Glenda volvió a entrar.

—Lamento estar fastidiando a todo el mundo —dijo.

—¿Qué ha pasado con sus garras, señor Huebo?

Él estiró el brazo y, con un leve sonido, las zarpas se extendieron.

—Ah, bueno, mira qué práctico —comentó Glenda—. Al menos así puede cambiarse la camisa.

Después posó las manos sobre la mesa con tanta fuerza que las velas saltaron.

—¡Y ahora, levántese! —gritó—. Se supone que le toca entrenar al equipo, señor Huebo, ¿es que no lo recuerda? ¡Se supone que tiene que salir ahí y enseñarles a jugar al fútbol!

—Debo acumular valía —dijo Huebo, con la vista fija en las velas.

—¡Pues entrene al equipo, señor Huebo! Además, ¿cómo puede estar seguro de que los orcos eran tan malos?

—Hicimos cosas atroces.

—Hicieron —corrigió Glenda—. Ellos, no nosotros, no usted. Y si de algo estoy segura es de que, en una guerra, nadie va a decir que el otro bando está formado por gente muy maja. Y ahora, ¿por qué no se va a entrenar? ¿Tan difícil es?

—Ya ha visto lo que ha pasado —dijo Huebo—. Podría ser más que difícil. —Recogió una vela casi azul—. Debo pensar.

—Vale —dijo Glenda.

Cerró la puerta con cuidado al salir, caminó un poco por el pasillo y miró hacia las tuberías goteantes.

—Sé que hay alguien escuchando. He oído chirriar las cañerías. Sal ahora mismo.

No hubo réplica. Glenda se encogió de hombros y luego apretó el paso por el laberinto hasta llegar a los escalones de la biblioteca, los subió a la carrera y se dirigió hacia el escritorio del Bibliotecario.

Mientras se acercaba, la gran cara sonriente del simio apareció por el borde de la mesa.

—Quiero… —empezó Glenda.

El Bibliotecario se levantó poco a poco, se llevó un dedo a los labios y colocó un libro en el escritorio delante de ella. El título de cuatro letras, plateadas sobre negro, era ORCO.

El simio la miró de arriba abajo, como si intentase llegar a una conclusión, y luego abrió el libro y pasó las páginas con exquisito cuidado, dado el grosor de esos dedos, hasta encontrar la que estaba buscando. La sostuvo en alto de cara a Glenda. Ese día no le había dado tiempo de desayunar, pero sigue siendo posible vomitar cuando no se ha comido nada. Y si alguien quería vomitar, el grabado que sostenían las manos del Bibliotecario sería una medicina infalible.

Dejó el libro en el escritorio, bajó los peludos brazos de nuevo y sacó un pañuelo apenas usado y, después de rebuscar un rato, un vaso de agua.

—No tengo por qué creérmelo —dijo Glenda—. Es un dibujo. No es real.

El Bibliotecario alzó el pulgar y asintió. Después se metió el libro bajo un brazo, la agarró con el otro y la condujo con sorprendente velocidad a través de la puerta y por el gran laberinto de pasillos y pasadizos de la universidad.

Su vertiginosa travesía terminó delante de una puerta en la que habían pintado «Departamento de Comunicaciones Post Mórtem». La pintura, sin embargo, se había pelado un poco y bajo el flamante título podían distinguirse a duras penas las letras NECR y lo que parecía media calavera.

La puerta se abrió; cualquier puerta empujada por el Bibliotecario se abría sin excepción. Glenda oyó el tintineo del pasador al caer al suelo del otro lado.

En mitad del espacio que quedó a la vista se alzaba una figura horrenda. Su terrorífico semblante impresionaba menos de lo que se pretendía, porque de él colgaba una etiqueta muy legible que decía: «Emporio Boffo de Artículos de Broma y Regalos. Máscara de Nigromante Mejorada. PVP 3$AM». La máscara se apartó para revelar el semblante más salubre del doctor Hix.

—Pero ¿qué falta hacía…? —dijo, y entonces vio al Bibliotecario—. Oh, ¿puedo ayudarle?

El Bibliotecario levantó el libro y el doctor Hix gimió.

—¿Otra vez eso? —dijo—. De acuerdo, ¿qué quieren?

—Tenemos un orco en los sótanos —anunció Glenda.

—Sí, lo sé —dijo el doctor Hix.

El Bibliotecario tenía la cara grande, pero aun así no lo bastante para dar cabida a toda la sorpresa que deseaba mostrar. El director del Departamento de Comunicaciones Post Mórtem se encogió de hombros y suspiró.

—Miren —dijo, como si le cansara tener que explicarse tan a menudo, y volvió a suspirar—. Se supone que soy el malo tal y como se define en los estatutos universitarios, ¿verdad? Se supone que escucho detrás de las puertas. Que curioseo en las artes oscuras. Tengo el anillo con calavera. Tengo el bastón con el cráneo de plata encima…

—¿Y una máscara de tienda de disfraces? —le interrumpió Glenda.

—La mar de útil, a decir verdad —replicó Hix con altivez—. Bastante más terrorífica que la original y además lavable, que siempre es algo que tener en cuenta en este departamento. En todo caso, el archicanciller ya pasó por aquí abajo hace unas semanas, buscando lo mismo que ustedes, imagino.

—¿Eran los orcos unas criaturas terroríficas? —preguntó Glenda.

—Creo que se lo puedo enseñar —dijo Hix.

—Este caballero ya me ha mostrado la ilustración del libro —dijo Glenda.

—¿La de los globos oculares?

Glenda encontró el recuerdo demasiado vívido.

—¡Sí!

—Bueno, las hay peores —dijo Hix con alegría—. Y supongo que ahora quiere pruebas. —Volvió un poco la cabeza—. ¿Charlie?

Un esqueleto salió caminando a través de unas cortinas negras del fondo de la habitación. Llevaba una taza en la mano. Había algo curiosamente deprimente en el mensaje de la taza, que rezaba: «Los nigromantes aguantan toda la noche».

—No tenga miedo —dijo el doctor Hix.

—No lo tengo —replicó Glenda, aterrorizada hasta los empeines—. He visto un matadero por dentro. Es parte del trabajo y, en cualquier caso, está limpio.

—Muchas gracias —articuló el esqueleto.

—Pero ¿«Los nigromantes aguantan toda la noche»? Es un poco penoso, ¿no? Venga, ¿no les parece que es pasarse un poco?

—Costó lo suyo que nos la hicieran —dijo el doctor Hix—. No somos el departamento más popular de la universidad. Charlie, esta joven quiere información sobre los orcos.

—¿Otra vez? —dijo el esqueleto, mientras le pasaba la taza al doctor. Tenía la voz tirando a ronca, pero en general resultaba mucho menos pavoroso de lo que cabría esperar. Aparte de todo lo demás, sus huesos estaban, bueno, aparte de todo lo demás, y flotaban en el aire como si fuesen las únicas partes visibles de un cuerpo invisible. La mandíbula se movió mientras Charlie proseguía—: Bueno, creo que todavía tenemos el recuerdo en la ciénaga, porque lo evocamos para Ridcully, ¿te acuerdas? Aún no he tenido tiempo de limpiarlo.

—¿Recuerdo de qué? —dijo Glenda.

—Es un tipo de magia —replicó Hix con altivez. Continuó—: Tardaría demasiado en explicarlo.

A Glenda no le hizo gracia.

—Que sea en pocas palabras.

—Vale. Hoy en día estamos bastante seguros de que lo que llamamos el paso del tiempo es en realidad el universo que se destruye y reconstruye en el menor instante de eventualidad que pueda existir. A pesar de que el proceso es instantáneo en cada momento, renovar el universo entero lleva aproximadamente cinco días, según nuestros cálculos. Lo interesante es…

—¿Puede ser en menos palabras?

—¿O sea que no quiere que le explique la teoría del Recuerdo Universal de Caserono?

—A ser posible cuatro palabras —dijo Glenda.

—Muy bien, pues, imagínese lo siguiente: la teoría actual explica que el viejo universo no se destruye en el mismo instante en que se crea el nuevo, un proceso que, por cierto, se ha reproducido incontables billones de veces desde que he empezado a hablar…

—Sí, eso me lo creo. ¿Lo intentamos con dos palabras? —propuso Glenda.

—Se guardan copias del universo. No sabemos cómo, no sabemos dónde, y no tengo ni repajolera idea de cómo funciona todo eso. Pero estamos descubriendo que en ocasiones es posible, esto… leer ese recuerdo en determinadas circunstancias. ¿Cómo lo llevo en número de palabras?

—¿Tiene una especie de espejo mágico? —dijo Glenda sin miramientos.

—Eso es, en una palabra —dijo Hix.

—Bueno, en realidad son dos como mínimo —replicó Glenda con voz de repelente—. Entonces, ¿lo que me está diciendo es que todo lo que sucede permanece sucedido en alguna parte y puede consultarse si se sabe cómo?

—Ha hecho una destilación magnífica de la situación —dijo Hix—. Que resulta increíblemente útil a la vez que es inexacta en todos los sentidos concebibles. Pero, como usted dice, usamos un… —Se estremeció un poco—. Un espejo mágico, en sus palabras. Hace poco revisamos la batalla del Abismo de los Orcos para el archicanciller. Fue la última batalla conocida en la que se desplegó a la raza conocida como los orcos.

—¿Se desplegó? —preguntó Glenda.

—Se usó —aclaró Hix.

—¿Se usó? ¿Y cómo puede encontrar algo así en la historia total de absolutamente todo lo que ha ocurrido?

—Ejem. Ayuda contar con un ancla —dijo Hix—. Algo que estuviera presente. Y lo único que le diré, joven dama, es que en aquel campo de batalla se encontró un trozo de cráneo y que, por ser una calavera, recae de lleno bajo la responsabilidad de mi departamento. —Se volvió hacia el Bibliotecario—. Puedo enseñárselo sin problemas, ¿verdad? —preguntó. El Bibliotecario negó con la cabeza—. Bien. Eso significa que estoy en mi derecho de hacerlo, según los estatutos universitarios. Se exige de mí cierta cantidad de desobediencia subrepticia. Lo tenemos montado en un omniscopio. Dado que mi colega está tan seguro de que no debería hacer esto, no le importará que lo haga. Solo es un fragmento de tiempo muy breve, pero al archicanciller le impresionó, si «impresionar» es la palabra.

—A ver si lo he entendido bien —dijo Glenda—. ¿Realmente puede desobedecer las órdenes de alguien como el archicanciller?

—Oh, sí —aseveró Hix—. Tengo el deber de hacerlo. Se espera de mí.

—Pero ¿cómo puede funcionar eso? —dijo Glenda—. ¿Qué pasa cuando le da una orden que no quiere que desobedezca?

—Funciona gracias al sentido común y a la buena voluntad de todas las partes —respondió Hix—. Por ejemplo, si el archicanciller me da una orden que no debe desobedecerse de ningún modo, añadirá algo del estilo de: «Hix, pequeño gusano (según estatutos universitarios), si esta vez me desobedeces, te descalabro». Aunque en realidad, a buen entendedor pocas palabras le bastan, señora. Todo se basa en la confianza, a decir verdad. Se confía en que yo no sea de confianza. No sé qué haría el archicanciller sin mí.

—Ya, claro —dijo Charlie, con una amplia sonrisa.

Al cabo de unos minutos, Glenda estaba en otra sala tenebrosa, delante de un espejo redondo, oscuro y por lo menos tan alto como ella.

—¿Esto será como las imágenes en acción? —preguntó con sarcasmo.

—Una comparación divertida —dijo Hix—. Salvo que, uno, no hay palomitas, y dos, se le quitarían las ganas de comérselas si las hubiera. Lo que podría llamarse la cámara en nuestro caso fue lo último que vio uno de los combatientes humanos.

—¿Se trata del dueño de ese cráneo que tienen?

—¡Muy bien! Veo que ha estado siguiendo la explicación —dijo Hix.

Hubo un momento de silencio.

—Esto va a dar miedo, ¿verdad?

—Sí —dijo Hix—. ¿Pesadillas? Muy probablemente. Hasta a mí me parece sumamente desconcertante. ¿Estás listo, Charlie?

—Listo —dijo el esqueleto desde algún lugar de la oscuridad—. ¿Está usted segura, señorita?

Glenda no estaba segura, pero cualquier cosa sería mejor que contemplar la sonrisa de sabelotodo de Hix.

—Sí —contestó, manteniendo firme la voz.

—El fragmento que podemos mostrar dura menos de tres segundos, pero dudo que quiera volverlo a ver. ¿Estamos preparados? Gracias, Charlie.

La silla de Glenda salió disparada hacia atrás muy deprisa y Hix, que se había quedado por ahí cerca, la sostuvo a ella.

—La única representación conocida de un orco en plena batalla —dijo Hix mientras la enderezaba—. Bien hecho, por cierto. Hasta el archicanciller soltó una palabrota.

Glenda parpadeó mientras intentaba extirpar algo menos de tres segundos de su memoria.

—Y eso es verídico, ¿no? —Pero tenía que serlo. La manera en que la imagen se había quedado pegada a la parte de atrás de su cerebro proclamaba su veracidad—. Quiero volver a verlo.

—¿¡Cómo!? —exclamó Hix.

—Hay algo más —dijo Glenda—. Solo es parte de una imagen.

—Nosotros tardamos horas en descubrirlo —protestó Hix con severidad—. ¿Cómo lo ha notado a la primera?

—Porque sabía que tenía que estar ahí —dijo Glenda.

—Ahí te ha dado, jefe —dijo Charlie.

—Vale. Vuélvelo a pasar y esta vez magnifica la esquina derecha. Está muy borroso —advirtió a Glenda.

—¿Pueden pararlo? —preguntó esta.

—Oh, sí. Charlie ha descubierto la forma.

—Entonces ya sabe a qué trozo me refiero.

—Oh, sí.

—Pues vuélvamelo a enseñar.

Charlie desapareció tras su cortina. Hubo unos cuantos fogonazos de luz y luego…

—¡Allí! —Glenda señaló la imagen congelada—. Eso son hombres a caballo, ¿no? Y llevan látigos. Sé que está borroso, pero se ve que llevan látigos.

—Bueno, sí, claro —dijo Hix—. Cuesta mucho conseguir que algo cargue contra una descarga de flechas a menos que se lo incentive un poco.

—Eran armas. Seres vivos usados como armas. Y no parecen tan distintos de los humanos.

—Bajo el mandato del Emperador del Mal sucedieron un montón de cosas la mar de interesantes —dijo Hix, con ánimo conversador.

—Cosas malas —dijo Glenda.

—Sí —corroboró Hix—, de eso se trataba, digo yo. Emperador del Mal. Imperio del Mal. Cualquier otra cosa habría sido publicidad engañosa.

—¿Y qué fue de ellos?

—Bueno, oficialmente están todos muertos —dijo Hix—, pero corren rumores.

—Y los hombres los conducían a la batalla —dijo Glenda.

—Dicho de esa manera, supongo que sí —contestó Hix—, pero no estoy seguro de que eso cambie nada.

—Yo creo que lo cambia todo —replicó Glenda—. Lo cambia si lo único de lo que habla la gente es de los monstruos, y no de los látigos. Las cosas que se parecen mucho a las personas, bueno, son como una especie de personas. ¿Qué no puede hacerse de las personas si uno se empeña?

—Es una teoría interesante —dijo Hix—. Pero no creo que pueda demostrarla.

—Cuando los reyes luchan contra otros reyes y ganan, le cortan la cabeza al perdedor, ¿verdad? —planteó Glenda.

—A veces —respondió Hix.

—Lo que digo es que no puede culparse a un arma de cómo la usan. ¿Cómo es eso que dicen? La gente no puede evitar que la hayan hecho como es. Y creo que a los orcos los hicieron.

Glenda observó de reojo al Bibliotecario, que miró al techo.

—Usted es cocinera, ¿verdad? ¿Le gustaría trabajar para mi departamento?

—Todo el mundo sabe que las mujeres no pueden ser magas —dijo Glenda.

—Ajá, sí, pero la Nigro… las Comunicaciones Post Mórtem son diferentes —explicó Hix con orgullo. Y añadió—: Los cielos saben que nos vendrían bien unas cuantas personas sensatas por aquí. Y el toque femenino sería muy bienvenido. Y no crea que le pediría que viniese a quitar el polvo y ya está. Aquí valoramos mucho nuestro polvo, y su habilidad culinaria sería impagable. Al fin y al cabo, los rudimentos de la carnicería forman parte del trabajo. Además, creo que la tienda de Boffo tiene de oferta un disfraz de nigromante para mujer bastante bueno, ¿me equivoco, Charlie?

—Diez dólares incluido el corpiño acordonado. Una ganga lo mires como lo mires —dijo Charlie desde detrás de su cortina—. Muy ceñido.

No se había producido réplica porque la boca de Glenda estaba atascada en el acto de abrirse, pero al final logró articular un cortés pero firme:

—No.

El director del Departamento de Comunicaciones Post Mórtem dio un leve suspiro.

—Ya me lo parecía, pero formamos parte del orden universal. La luz y la oscuridad. La noche y el día. El dulce y el amargo. El bien y el mal (dentro de un margen estatutario aceptable). Lo que pasa es que viene bien tener gente sensata y fiable en ambos bandos, pero, en fin, me alegro de que hayamos podido serle útiles. No vemos a mucha gente por aquí abajo. Bueno, no a gente propiamente dicha.

En esa ocasión Glenda recorrió el pasillo a paso tranquilo. Un orco, pensó. Una cosa que solo mata. Cada vez que parpadeaba, la imagen se le aparecía de nuevo. Los dientes y las zarpas de una criatura en pleno salto vistos, al parecer, por aquel sobre el que saltaba. Unos guerreros imparables. Y a Huebo lo habían matado, según Trev, y después se había desmatado, o algo así, antes de volver a la Universidad Invisible y comerse todas las empanadas.

En todo aquello había un hueco de tamaño colosal, pero lo llenaban unos hombres con látigos. No puede haber algo que solo pelee, pensó. También tiene que hacer otras cosas. Y Huebo no es más raro que la mayoría de las personas que circulan hoy en día. Vale que no es decir mucho, de acuerdo, aunque también es cierto que el Emperador del Mal era un hechicero, eso lo saben todos. Y también saben que la gente no puede evitar que la hayan hecho como es. En fin, vale la pena intentarlo. Es un poquito de incertidumbre. En cuanto regresó a la puerta del lugar especial de Huebo, intuyó que estaría vacío. Abrió y captó una clara ausencia de velas y, lo que era más importante, una muy ostensible ausencia de Huebo. Pero si le he dicho que vaya a ayudarles a entrenar. Allí habrá ido, a entrenar, sin duda, se dijo. No hay por qué preocuparse.

Nerviosa, con la sensación de que aun así algo iba mal, se obligó a regresar a la cocina nocturna.

Casi había llegado cuando se encontró con el señor Ottomy, con su escuálida nuez roja y reluciente cual menudo de pollo.

—O sea que tenemos a un orco devorador de hombres por aquí abajo, ¿eh? —dijo—. La gente no va a tragar con eso. He oído decir por ahí que podían seguir luchando con la cabeza cortada.

—Qué interesante —replicó Glenda—. ¿Cómo sabían hacia dónde ir?

—¡Ajá! Se orientaban con el olfato —respondió el cancelero.

—¿Cómo iban a hacer eso con la cabeza cortada? ¿Me está diciendo que tenían una nariz en el agujero del culo? —Se sorprendió a sí misma por decir aquella grosería, pero el señor Ottomy era la grosería encarnada.

—No me parece bien —dijo él, sin hacer caso de la pregunta—. ¿Sabe qué más he oído? Que los fabricaron, más o menos. Cuando el Emperador del Mal quiso unos guerreros, encargó a varios Igors que convirtiesen trasgos en orcos. En realidad no tienen nada de personas. Pienso quejarme al archicanciller.

—Él ya lo sabe —dijo Glenda. Bueno, debe de saberlo, pensó. Y Vetinari también, añadió para sus adentros—. No irá a causarle problemas al señor Huebo, ¿verdad? —dijo—. Porque si lo hace, señor Ottomy… —se inclinó hacia delante— nunca más se sabrá de usted.

—No debería amenazarme así —dijo el cancelero.

—Tiene razón, no debería —dijo Glenda—. Tendría que haber dicho que nunca más se sabrá de ti, pedazo de imbécil falso y miserable. Ve a chivarte al archicanciller y verás lo bien que te va.

—¡Se comen viva a la gente! —exclamó Ottomy.

—También lo hacían los trolls —dijo Glenda—. Hay que reconocer que luego los escupían, pero no en muy buenas condiciones para disfrutar de la vida. Antes combatíamos contra los enanos y cuando te talaban a la altura de las rodillas no era ninguna broma. Sabemos, señor Ottomy, que el leopardo puede cambiar de pantalones. —Olisqueó—. Y a lo mejor sería buena idea que usted hiciera lo mismo. Si me entero de que ha causado algún problema, me va a oír. Allí arriba es el archicanciller. Aquí abajo, en la oscuridad, es la cubertería.

—Le contaré lo que me ha dicho —dijo el infeliz cancelero, mientras retrocedía.

—Le agradecería mucho que lo hiciera —replicó Glenda—. Ahora, largo de aquí.

¿Por qué nos decimos unos a otros que el leopardo no puede cambiar de pantalones?, caviló mientras lo veía alejarse a toda prisa. ¿Es que alguien ha visto alguna vez a un leopardo llevando pantalones? ¿Y cómo podrían ponérselos si los tuvieran? Pero lo decimos de todas formas, como si fuese una especie de verdad sagrada, cuando lo único que significa es que nos hemos quedado sin argumentos.

Tenía algo que hacer, ¿qué era? Ah, sí. Se acercó una vez más al puchero en el que había escrito con tiza «No tocar» y levantó la tapa. Los ojos redondos y brillantes la miraron desde las profundidades líquidas y Glenda se apartó y juntó unas sobras de pescado, que luego echó sobre las pinzas expectantes.

—Bueno, contigo sé lo que tengo que hacer, por lo menos —dijo.

Una cocina plenamente funcional contiene muchas cosas, entre las que no falta un enorme surtido de modos de cometer un atroz asesinato, además de múltiples maneras de deshacerse de las pruebas. No era la primera vez que se le pasaba por la cabeza, y bien que se alegraba de ello. Por el momento, seleccionó un par de manoplas gruesas de un cajón, se volvió a poner su viejo abrigo, metió la mano en el puchero y sacó el cangrejo, que la atacó con las pinzas. Ya se lo esperaba; nunca, jamás, esperes gratitud de aquellos a quienes ayudas.

—Está cambiando la marea —le dijo al crustáceo—, o sea que daremos un paseíllo. —Lo dejó caer en su bolsa de la compra, salió y empezó a cruzar los jardines de la universidad.

Un par de magos licenciados estaban trabajando en el varadero de la universidad, allí cerca. Uno de ellos la miró y dijo:

—¿Tiene autorización para pasear por los jardines de la universidad, señora?

—No, el personal de la cocina lo tiene terminantemente prohibido —respondió Glenda.

Los estudiantes se miraron.

—Ah, vale —dijo uno.

Y eso fue todo.

Así de fácil.

Solo era un martillo metafórico. Solo te golpeaba si le permitías estar ahí.

Sacó el cangrejo de la bolsa y el bicho agitó las pinzas irritado.

—¿Ves eso? —dijo, señalando con la mano libre—. Es el parque Gallina y Pollitos. —Era dudoso que los ojillos del cangrejo pudieran enfocar el descampado cubierto de hierba del otro lado del río, pero ella al menos lo orientó en la dirección correcta—. La gente cree que es porque criaban gallinas —prosiguió con tono desenfadado mientras los dos magos se miraban—. En realidad, no es por eso. Allí era donde antes ahorcaban a la gente, y claro, cuando los sacaban del viejo calabozo que había antes, el sacerdote que encabezaba la comitiva con su túnica ancha al viento parecía dirigir a la fila de condenados y carceleros como una gallina a sus pollitos. Esa clase de historias son las que consideramos chistosas por estos lares, y no tengo ni idea de por qué te estoy hablando. He hecho todo lo que he podido. Ya sabes más que cualquier otro cangrejo.

Llegó hasta la orilla misma de lo que pasaba por agua cuando el río atravesaba la ciudad, y dejó caer al cangrejo.

—Mantente alejado de las trampas de los cangrejeros y no vuelvas. —Giró sobre sus talones y se dio cuenta de que los magos la habían estado observando—. ¿Qué pasa? —les espetó—. ¿Hay alguna ley que prohíba hablar con los cangrejos? —Después les dedicó una breve sonrisa al pasarles por delante.

Una vez de vuelta en los largos pasillos deambuló, algo mareada, hacia las cubas. Varios de sus moradores le echaron vistazos nerviosos al pasar, pero no había ni rastro de Huebo, aunque tampoco lo estaba buscando, ojo. Mientras seguía caminando hacia la cocina nocturna, aparecieron Trev y Juliet. Glenda no pudo evitar fijarse en que a la chica le brillaban los ojos e iba algo despeinada. Es decir, no pudo evitar fijarse porque se ocupaba de fijarse siempre que la veía. La responsabilidad semiparental era una carga terrible.

—¿Qué hacéis aquí todavía? —preguntó.

La miraron y en sus expresiones había algo más allá de la mera vergüenza.

—He venido a despedirme de las chicas y tenía de que esperar a Trev por el entreno.

Glenda se sentó.

—Prepara una taza de té, haz el favor. —Y como el hombre es animal de costumbres, añadió—: Hierve agua, dos cucharadas de té en la tetera. Echa el agua del hervidor a la tetera cuando esté lista. No eches té en el hervidor. —Se volvió hacia Trev—. ¿Dónde está el señor Huebo? —preguntó, con desenfado retumbante.

Trev se miró los pies.

—No lo sé, Glenda —dijo—. He estado…

—Ocupado —completó Glenda.

—Pero sin tejemanejes —se apresuró a aclarar Juliet.

Glenda descubrió que en ese momento no le habría importado que hubiera habido teje, maneje o hasta requetemaneje. Había cosas que eran importantes y otras que no, y ocasiones en las que se apreciaba la diferencia.

—Entonces, ¿qué tal le ha ido al señor Huebo?

Trev y Juliet se miraron.

—No lo sabemos. No estaba allí —dijo Trev.

—Pensábamos de que estaría contigo y tal —añadió Juliet, mientras le pasaba una taza de lo que se obtiene cuando se pide un té a alguien que tiende a confundir la receta incluso en condiciones óptimas.

—¿No estaba en la Gran Sala? —dijo Glenda.

—No, no estaba… Espera un segundo. —Trev se fue corriendo por la escalera, y al cabo de unos segundos oyeron regresar sus pasos—. Su caja de herramientas no está —dijo—. Vamos, no era gran cosa, se la montó con trastos sueltos que encontraba por los sótanos, pero que yo sepa es todo lo que tenía.

Lo sabía, pensó Glenda. Claro que lo sabía.

—¿Dónde puede estar? No tiene ningún sitio adonde ir que no sea aquí.

—Bueno, está ese sitio de por Uberwald del que habla tanto —dijo Trev.

—Eso queda a unos mil quinientos kilómetros —observó Glenda.

—Bueno, supongo que pensará que para estar aquí mejor estar allí —dijo Juliet con inocencia—. O sea, «orco»: si fuese yo, escaparía de un nombre así.

—Mirad, seguro que solo anda paseando por algún lugar del edificio —dijo Glenda, sin creerse ni una palabra de lo que decía. Pero sí creo que me lo encontraré al doblar una esquina o que solo ha salido un momentito para… empolvarse la nariz, o que le apetecía tomar el aire media horita, que buen derecho tiene, ¿no?, o a lo mejor le hacía falta salir a comprarse un par de calcetines… Si sigo creyendo que aparecerá en cualquier momento, tal vez lo haga, aunque sé que no lo hará.

Dejó la taza.

—Media hora —dijo—. Juliet, ve a mirar en la Gran Sala. Trev, tú baja a los túneles por ahí. Yo bajaré por este lado. Si encontráis a alguien de quien os fiéis, preguntadle.

Al cabo de un poco más de media hora, Glenda fue la última en llegar a la cocina nocturna. Casi, casi medio esperaba encontrárselo allí aun sabiendo que no estaría.

—¿Sabría qué hacer para subirse a una diligencia? —preguntó.

—Me extrañaría que haya visto una nunca —dijo Trev—. ¿Sabes qué haría yo si fuese él? Me echaría a correr. Es como cuando murió mi padre, que me pasé toda la noche dando vueltas por la ciudad. Me daba igual adónde fuese, con tal de ir. Quería escapar de ser yo.

—¿Cuánto corre un orco? —dijo Glenda.

—Mucho más que un hombre, seguro —contestó Trev—. Y durante mucho tiempo, además.

—Escuchad —dijo Juliet—. ¿Lo oís?

—Oír ¿qué? —dijo Glenda.

—Nada —dijo Juliet.

—¿Y qué?

—¿Qué ha pasado con el «¡Ark! ¡Ark!»?

—Me parece que las encontraremos donde lo encontremos a él —dijo Trev.

—Bueno, no puede llegar corriendo hasta Uberwald —afirmó Glenda—. Tú no podrías.

Hubo un silencio, y por fin Glenda lo dijo:

—Creo que deberíamos ir tras él.

—Te acompaño —dijo Trev.

—Entonces yo también voy —dijo Juliet con firmeza—. Además, todavía tengo el dinero y vais a necesitarlo.

—Tu dinero está en el banco —señaló Glenda—, y el banco está cerrado. Pero creo que llevo unos dólares en el bolso.

—Entonces, disculpadme —dijo Trev—, no tardo ni un minuto. Creo que hay algo que deberíamos llevarnos…

El cochero de la góndola de caballos a Sto Lat miró hacia abajo y dijo:

—Dos dólares cincuenta por cabeza.

—Pero si solo llegas a Sto Lat —protestó Glenda.

—Sí —dijo el hombre con calma—. Por eso pone Sto Lat delante.

—A lo mejor tenemos que llegar mucho más lejos —dijo Trev.

—Más o menos todas las diligencias de esta parte del mundo pasan por Sto Lat —dijo el cochero.

—¿Cuánto tardaremos en llegar?

—Bueno, esta es la góndola nocturna, ¿vale? Es para personas que tienen que estar en Sto Lat a primera hora y no tienen mucho dinero, y esa es la clave, ¿comprendéis? Cuanto menos dinero, más lento es el viaje. Al final siempre llegamos. Alrededor del amanecer, casualmente.

—¿Toda la noche? Creo que llegaría antes caminando.

El hombre tenía el aire tranquilo y afable de quien ha descubierto que la mejor manera de pasar por la vida era no preocuparse demasiado de nada.

—Tú mismo —dijo—. Ya te saludaré cuando te adelantemos.

Glenda contempló la diligencia. Iba medio llena de la clase de personas que tomaban la góndola nocturna porque no era muy cara; la clase de personas que, de hecho, se habían traído la cena de casa en una bolsa de papel, que probablemente no sería ni nueva.

Formaron un corro entre los tres.

—Es el único que podemos permitirnos —dijo Trev—. No creo que podamos pagar ni un solo billete en los coches de correos.

—¿Podemos intentar regatear con él? —preguntó Glenda.

—Buena idea —dijo Trev. Se acercó a la diligencia.

—Hola otra vez —dijo el cochero.

—¿Cuándo sale? —preguntó Trev.

—Dentro de unos cinco minutos.

—O sea que todos los pasajeros ya están aquí.

Glenda miró más allá del cochero. El pasajero que tenía justo detrás pelaba un huevo duro con mucha meticulosidad.

—Podría ser —dijo el conductor.

—Entonces —dijo Trev—, ¿por qué no partir ahora y llegar antes? Es muy importante.

—Cinco minutos —dijo el cochero—. Ya te lo he dicho.

—¿Y si, por un suponer, te amenazase con este cacho de tubería de plomo, irías más rápido? —preguntó Trev.

—¡Trevor Probable! —exclamó Glenda—. ¡No puedes ir por ahí amenazando a la gente con tuberías de plomo!

El cochero miró a Trev y dijo:

—¿Me repites eso último?

—Te he dicho que tengo este cacho de tubería de plomo —dijo Trev, y dio un golpecito con él a la puerta de la góndola—. Lo siento, pero de verdad que tenemos que llegar a Sto Lat.

—Ah, vale, sí —replicó el cochero—, ya veo tu tubería. —Bajó la mano por el otro lado de su asiento—. La veo y subo esta hacha de batalla y el recordatorio de que, si te cortase en dos cachos, la ley estaría de mi parte, sin ánimo de ofender. Debéis de tomarme por una especie de idiota, pero estáis todos dando brincos como piojos en una plancha, o sea que a ver, ¿qué pasa aquí?

—Tenemos que alcanzar a un amigo. Podría estar en peligro —dijo Trev.

—Y esto es muy romántico —añadió Juliet.

El cochero la miró.

—Si nos ayudas a pillarle, te daré un besazo —dijo ella.

—¡Fíjate! —exclamó el cochero mirando a Trev—. ¿Por qué no se te ha ocurrido eso a ti?

—De acuerdo, yo también te daré un beso —dijo Trev.

—No, gracias, señor —dijo el conductor, divirtiéndose a todas luces—. En tu caso creo que prefiero la tubería de plomo, aunque te pido por favor que no intentes nada, porque cuesta horrores quitar las manchas de sangre de los asientos. No hay forma de sacarlas.

—Vale, pero es que intentaré arrearte con la tubería —dijo Trev—. Estamos desesperados.

—Te daremos un poco de dinero —añadió Juliet.

—¿Cómo? —preguntó el cochero—. ¿Me llevo el beso, el dinero y además la tubería de plomo? Bueno, la tubería casi que la cambio por otro beso, si se puede.

—Dos besos, tres dólares del ala y nada de tubería —dijo Juliet.

—O solo la tubería y que sea lo que los dioses quieran —dijo Trev.

Glenda, que llevaba un rato observándolos con fascinado horror, intervino:

—Y yo te doy otro beso si quieres. —No pudo evitar fijarse en que la oferta no inclinó la balanza en ninguna dirección.

—Pero ¿qué hay de mis pasajeros? —dijo el cochero.

Los cuatro miraron a la parte de atrás de la góndola y cayeron en la cuenta de que eran el blanco de al menos una docena de miradas fascinadas.

—¡Quédate con el beso! —exclamó una mujer, que sostenía ante ella un gran cesto de ropa sucia.

—¡Y el dinero! —dijo uno de los hombres.

—Me la trae al pairo si la chica le besa o le da en la cabeza con la tubería de plomo, mientras nos dejen antes en nuestra parada —dijo un viejo desde el fondo del vehículo.

—¿Nosotros nos llevamos beso? —preguntó la mitad de un par de muchachos risueños.

—Si queréis —dijo Glenda con saña. Los chicos se hundieron en sus asientos.

Juliet agarró la cara del cochero y se oyó, durante un tiempo algo excesivo para los relojes internos tanto de Glenda como de Trev, el sonido de una bola de tenis absorbida por entre las cuerdas de una raqueta. Juliet se apartó. El cochero sonreía, con expresión algo aturdida y bizca.

—¡Bueno, eso sí que es un golpe de tubería!

—A lo mejor debería conducir yo —dijo Trev.

El cochero le sonrió.

—Conduzco yo, muchas gracias, y no te engañes, señorito, reconozco a un matón nada más verlo y tú ni te acercas. Antes me atizaría con una tubería mi anciana madre que tú. Tírala, anda, o alguien te hará una raya en medio que tardarás una temporada en olvidar. —Guiñó un ojo a Juliet—. Qué caray, entre una cosa y otra es buena idea que los caballos corran un poco de vez en cuando. Arriba todos los pasajeros con destino a Sto Lat.

Las góndolas de caballos no solían viajar muy deprisa, y el cochero definía carrera como algo solo ligeramente más rápido que lo que la mayoría calificaría de paseo, pero logró transportarlos a un ritmo que al menos impedía que un árbol al pasar tuviera tiempo de aburrirles.

La góndola, como había señalado el cochero, era para quienes no podían permitirse velocidad pero sí tiempo. En su construcción, por consiguiente, no se había escatimado en ahorro. A decir verdad no era más que un carro con asientos dobles en toda su longitud, desde el banco algo elevado del cochero. Unas lonas a cada lado protegían hasta cierto punto de las inclemencias pero, por fortuna, seguían dejando pasar viento suficiente para mitigar el olor de la tapicería, que había padecido a la humanidad en sus múltiples urgencias y estados de ánimo.

Glenda tenía la impresión de que varios de los viajeros eran habituales. Una anciana tejía tranquilamente. Los muchachos seguían deshechos en las risitas furtivas propias de sus años, y un enano miraba por la ventana sin fijarse en nada en particular. Nadie parecía molestarse en hablar con nadie, salvo un hombre que viajaba al final y sostenía una conversación continua consigo mismo.

—¡Esto no es lo bastante rápido! —gritó Glenda tras diez minutos de rebotar sobre los baches—. Yo podría correr más deprisa.

—No creo que vaya a llegar tan lejos —dijo Trev.

El sol se estaba poniendo y las sombras ya empezaban a alargarse sobre los campos de coles, pero se distinguía una figura en el camino más adelante, revolviéndose. Trev bajó de un salto.

—¡Ark! ¡Ark!

—Son esos condenados bichos —dijo Glenda, corriendo detrás de él—. Dame esa tubería.

Huebo estaba medio agachado en el polvo del camino. Las Hermanas de la Perpetua Velocidad revoloteaban y aleteaban a su alrededor mientras él intentaba protegerse la cara con las manos. Los pasajeros de la góndola no merecieron ninguna atención por parte de ellas hasta que llegó la tubería de plomo, seguida muy de cerca por Glenda. No tuvo el efecto que había esperado. Las Hermanas eran realmente como pájaros. Más que golpearlas, tendría que alejarlas bateando en el aire.

—¡Ark! ¡Ark!

—¡Dejad de hacerle daño! —gritó—. ¡No ha hecho nada malo!

Huebo alzó un brazo y la agarró por la muñeca. No ejerció mucha presión, pero de algún modo la inmovilizó por completo. Era como si de repente la hubieran embalsamado en piedra.

—No están aquí para hacerme daño —dijo él—. Están aquí para protegerles a ustedes.

—¿De quién?

—De mí. Por lo menos se supone que funciona así.

—Pero yo no necesito que me protejan de usted. No tiene ningún sentido.

—Ellas creen que sí —replicó Huebo—. Pero eso no es lo peor.

Las criaturas los sobrevolaban en círculo y los demás pasajeros, que compartían el endémico gusto de Ankh-Morpork por el teatro callejero improvisado, habían salido en tropel para convertirse en un público satisfecho, lo que a todas luces incomodaba a las Hermanas.

—¿Qué es lo peor, entonces? —dijo Glenda, agitando la tubería en la dirección de la Hermana más cercana, que se apartó de un salto.

—Puede que tengan razón.

—Vale, que sí, eres un orco —dijo Trev—. Que sí, que se comían a la gente. ¿Tú te has comido a alguien últimamente?

—No, señor Trev.

—Bueno, pues no se hable más.

—No puede arrestarse a alguien por algo que no ha hecho —dijo uno de los pasajeros de la góndola, asintiendo como un entendido—. Es una ley fundamental.

—¿Qué es un orco? —preguntó la señora que tenía al lado.

—Ah, hace la tira de años, en Uberwald o un sitio así, despedazaban a la gente y se la comían.

—Dichosos extranjeros —dijo la mujer.

—Pero ya están todos muertos —añadió el hombre.

—Eso está bien —celebró la mujer—. ¿Alguien quiere un té? Llevo un frasco.

—Todos muertos, excepto yo. Pero me temo que soy un orco —dijo Huebo. Alzó la vista hacia Glenda—. Lo siento —dijo—. Han sido muy amables, pero veo que no me quitaré de encima el estigma de ser orco. Habrá problemas. Odiaría que se vieran envueltos.

—¡Ark! ¡Ark!

La mujer desenroscó el tapón de su frasco.

—Pero no vas a comerte a nadie, ¿verdad, cielo? Si tienes mucha, mucha hambre, llevo unas pastas de almendra. —Miró a la Hermana más cercana y dijo—: ¿Qué me dices tú, guapa? Nadie puede evitar que le hayan hecho como es, pero ¿cómo es que tú estás hecha para parecer una gallina?

—¡Ark! ¡Ark!

—¡Peligro! ¡Peligro!

—No sé yo si lo hay —dijo otro pasajero—. A mí no me parece que vaya a hacer nada.

—Por favor, por favor —dijo Huebo. Había una cajita tirada en el camino junto a él. La abrió con gestos frenéticos y empezó a sacar cosas de dentro.

Eran velas. Huebo las volcaba por las prisas, las recogía con los dedos temblorosos y luego las volvía a tirar, pero al final logró mantenerlas erguidas sobre las piedras que jalonaban el camino. Sacó unas cerillas de otro bolsillo, se arrodilló y una vez más sus dedos temblorosos tropezaron unos con otros mientras se afanaba por encender un fósforo. Un caudal de lágrimas descendió por su cara a la vez que se alzaba la luz de las velas.

Se alzaba… y cambiaba.

Azules, amarillos, verdes. Se apagaban durante unos breves y humeantes segundos y después se iluminaban de otro color, entre las exclamaciones de «ooh» y «aah» del público.

—¡Miren! ¡Miren! —dijo Huebo—. ¿Les gustan? ¿Les gustan?

—Creo que podrías ganar mucho dinero con eso —comentó uno de los pasajeros.

—Son preciosas —dijo la anciana—. De verdad, qué cosas hacen los jóvenes hoy en día.

Huebo se volvió hacia la Hermana más próxima y escupió:

—No es verdad que no valga para nada; tengo valía.

—Mi cuñado tiene una tienda de artículos de broma en el centro —dijo el experto en orcos de toda la vida—. Si quieres te apunto su dirección. Pero me da a mí que ese invento arrasaría en el circuito de los cumpleaños infantiles.

Glenda lo había observado todo boquiabierta, mientras la clase de democracia que practican las personas razonables y amables pero no muy inteligentes, la gente cuya educación nunca ha bebido de un libro pero sí de montones de otras personas, rodeaba a Huebo con sus brazos invisibles y benevolentes.

Era entrañable, pero el corazón de Glenda estaba algo encallecido en esas lides. Era el cubo de cangrejos en su máxima expresión. Sentimental y comprensivo, sí, pero equivócate una vez —una palabra, una relación, un pensamiento equivocados— y esos brazos acogedores podían acabar perfectamente en puños. Huebo tenía razón: en el mejor de los casos, ser orco era vivir bajo amenaza.

—Y vosotras no tenéis ningún derecho a tratar así al pobre diablo —dijo la anciana, agitando un dedo en dirección a la Hermana más cercana—. Si queréis vivir aquí, tenéis que hacer las cosas a nuestra manera, ¿entendido? Y eso significa que nada de picotear a la gente. Así no es como hacemos las cosas en Ankh-Morpork.

Hasta Glenda sonrió al oír eso. Que te picotearan era una bicoca comparado con lo que podía ofrecer Ankh-Morpork.

—Vetinari deja entrar a cualquiera hoy en día —comentó otro pasajero—. No me oiréis una mala palabra sobre los enanos…

—Bien —dijo una voz a su espalda. El hombre se hizo a un lado y Glenda vio al enano que tenía detrás.

—Perdona, amigo, no te había visto, como sois tan chiquitos —se excusó el hombre que no tenía nada contra los enanos—. Como iba diciendo, vosotros os instaláis, vais a vuestro aire y no le dais problemas a nadie, pero últimamente nos llegan a cada cual más raro.

—Esa mujer que metieron en la Guardia el mes pasado, sin ir más lejos —dijo la anciana—. La rara que venía de Efebia o así. El otro día una ráfaga de viento se le llevó las gafas de sol y tres personas se convirtieron en piedra.

—Es una medusa —dijo Glenda, que había leído la noticia en el Times—. Pero los magos consiguieron reconvertirlos en personas.

—Bueno, lo que digo es —empezó el hombre que no tenía nada contra los enanos— que nos parece muy bien todo el mundo, siempre que vayan a lo suyo y no hagan cosas raras.

Ese era el ritmo del mundo para Glenda; lo había oído muchísimas veces. Pero el estado de ánimo del público estaba en ese momento muy en contra de las Hermanas. Tarde o temprano alguien iba a coger una piedra.

—Yo me iría ya —dijo—. Marchaos y volved con la señora para la que trabajáis. Yo de vosotras lo haría ahora mismo.

—¡Ark! ¡Ark! —graznó una de ellas.

Pero en esas cabezas de forma extraña había cerebros, y estaba claro que las tres Hermanas eran lo bastante despabiladas para querer conservarlos, de modo que echaron a correr, botando y saltando como garzas hasta que lo que parecían unas capas resultaron ser alas, que se batieron en el aire mientras sus dueñas cobraban altura. Sonó un último chillido:

—¡Ark! ¡Ark!

El cochero de la góndola de caballos carraspeó.

—Bueno, si eso está arreglado sugiero que vuelvan todos a bordo, por favor, damas y caballeros; y demás. Y no se olvide de sus velas, señor.

Glenda ayudó a Huebo a subir a un asiento de madera. Él agarraba con fuerza su caja de herramientas, que llevaba sobre las rodillas, como si le ofreciera alguna clase de protección.

—¿Adónde intentaba ir? —le preguntó en cuanto los caballos arrancaron.

—A casa —respondió Huebo.

—¿De vuelta con ella?

—Ella me dio valía —dijo Huebo—. Yo no era nada y ella me dio valía.

—¿Cómo puede decir que no era nada? —dijo Glenda. En el par de asientos de delante, Trev y Juliet cuchicheaban.

—No era nada —repitió Huebo—. No sabía nada. No entendía nada. No tenía entendimiento, no tenía habilidad…

—Pero eso no significa que alguien no valga nada —dijo Glenda con firmeza.

—Sí que lo significa —dijo Huebo—. Lo que no significa es que sea malo. Yo no valía nada. Ella me enseñó a adquirir valía y ahora la tengo.

A Glenda le dio la sensación de que trabajaban con diccionarios diferentes.

—¿Qué significa «valía», señor Huebo?

—Significa que uno deja el mundo mejor que cuando lo encontró —dijo Huebo.

—Bien dicho —exclamó la señora de las pastas de almendra—. Hay demasiada gente suelta que no da un palo al agua ni en sueños.

—De acuerdo, pero ¿qué pasa con los ciegos, por ejemplo? —La pregunta provenía del hombre de los huevos duros, que estaba sentado en la otra punta de la góndola.

—Conozco a un ciego de Sto Lat que tiene un bar —dijo un caballero entrado en años—. Sabe dónde está todo y, cuando dejas el dinero en la barra, sabe si son las monedas que toca solo por el sonido. No le va mal. Es asombroso, puede distinguir una moneda de seis falsa desde la otra punta de una sala a tope de ruido.

—Yo no creo que haya absolutos —dijo Huebo—. Me parece que lo que la señora quería decir era que cada uno ha de hacer todo lo que puede con lo que tiene.

—Parece una mujer sensata —dijo el hombre que no tenía nada contra los enanos.

—Es una vampira —replicó Glenda con malicia.

—Nada contra los vampiros, siempre que se ocupen de sus asuntos —dijo la señora de las pastas de almendra, que en esos momentos andaba ocupada lamiendo algo asquerosamente rosa—. Hay una trabajando en la carnicería kosher de mi calle y es un encanto de chica.

—No creo que lo importante sea con qué acabas —terció el enano—. Lo importante es lo que tienes al final comparado con lo que tenías al principio.

Glenda se recostó con una sonrisa mientras los conatos de filosofía rebotaban de asiento en asiento. Ella no las tenía todas consigo, pero Huebo parecía mucho menos agobiado y los demás lo estaban tratando como a uno de ellos.

Distinguió unas tenues luces en la oscuridad. Glenda dejó su asiento y se acercó al cochero.

—¿Ya estamos cerca?

—Otros cinco minutos —dijo el hombre.

—Siento la bobada de antes con la tubería —se disculpó Glenda.

—Aquí no ha pasado nada —dijo el cochero con alegría—. Créeme, en la góndola noctura se ve de todo. Por lo menos no ha vomitado nadie. Un chaval muy interesante ese que tenéis ahí.

—No te puedes hacer una idea.

—Por supuesto, lo único que dice es que hay que hacer todo lo que se pueda —prosiguió el cochero—. Y cuanto más pueda uno, más debe hacer. Es eso, en pocas palabras.

Glenda asintió. Parecía ser eso, en pocas palabras.

—¿Sales de vuelta nada más llegar? —preguntó.

—No. Los caballos y yo paramos aquí y volveremos por la mañana. —La miró con la expresión irónica de quien ha oído de todo, y sorprendentemente también visto de todo, cuando para quienes tenía detrás solo era una cabeza enfocada hacia delante y pendiente del camino—. Ese beso que me ha dado la chica ha sido maravilloso. Mira lo que te digo: la góndola estará en el patio y allí hay paja de sobras, y si alguien se echara un sueñecito yo ni me enteraría, ¿verdad? Partiremos a las seis con caballos frescos. —Sonrió al ver su expresión—. Ya te lo he dicho, en el bus nocturno se ve de todo: críos que huyen de su casa, mujeres que huyen de sus maridos, maridos que huyen de los maridos de otras mujeres. Se llama ómnibus, ¿sabes?, y «omni» significa «todo» y en este bus pasa lo que se dice de todo, por eso llevo el hacha, ¿comprendes? Pero tal y como lo veo yo, la vida no puede ser solo hacha. —Alzó la voz—. ¡Llegamos a Sto Lat, gente! El recorrido de vuelta es a las seis en punto. —Guiñó un ojo a Glenda—. Y si no estáis ahí, me largo sin vosotros —dijo—. El bus se coge a la hora de coger el bus.

—Bueno, no ha sido para tanto, ¿verdad? —dijo Glenda, mientras las luces de la ciudad se iban agrandando.

—Mi padre estará preocupado —dijo Juliet.

—Pensará que estás conmigo.

Trev no dijo nada. Según las reglas de la calle, quedar ante la mujer deseada como la clase de hombre que con tanta facilidad da la impresión de no ser la clase de hombre con las agallas para atizar a alguien en la cabeza con un cacho de tubería de plomo resultaba extremadamente embarazoso, aunque nadie pareciera haberse dado cuenta.

—Parece que hay algún problema ahí delante —anunció el cochero—. El Volador de Lancre no ha salido.

Lo único que distinguían eran antorchas y faroles, que iluminaban la gran posada de posta, fuera de las puertas de la ciudad, donde ya había varias diligencias. Cuando se acercaron, el cochero llamó a uno de los hombres delgados, patizambos y con aspecto de comadreja que parecían brotar por generación espontánea alrededor de cualquier establecimiento donde hubiera caballos moviéndose.

—¿El Volador no ha salido? —le preguntó.

El hombre comadreja se quitó una colilla de la boca.

—A un caballo se le ha caído una herradura.

—¿Y qué? Aquí tienen herrero, ¿no? Para acelerar el correo y tal.

—No está acelerando nada porque se acaba de laminar la mano contra el yunque —dijo el hombre.

—Se va a armar una gorda si el Volador no sale —dijo el cochero—. Eso es correo. Se supone que tienes que poder poner en hora el reloj con el Volador.

Huebo se levantó.

—Yo podría reherrarles al caballo, señor —dijo, mientras cogía su caja de herramientas de madera—. Tal vez tendría que ir a avisar a quien corresponda.

El hombre se alejó y el ómnibus se detuvo en el gran patio, donde un hombre bastante mejor vestido se aproximó a la carrera.

—¿Llevan a un herrero? —preguntó, mirando directamente a Glenda.

—Yo —dijo Huebo.

El hombre lo miró de arriba abajo.

—No tiene mucha pinta de herrero, señor.

—Al contrario de lo que suele creerse, la mayoría de los herreros son más fibrosos que corpulentos. Todo es cuestión de tendones, más que de músculos.

—¿Y sabe manejarse cerca de un yunque?

—Le sorprendería, señor.

—Hay herraduras en la forja —dijo el hombre—. Tendrá que ajustar una de talla.

—Sé cómo hacerlo —aseguró Huebo—. Señor Trev, me complacería que viniera conmigo y me ayudase con el fuelle.

La posada era enorme y estaba abarrotada porque, como sucede con todas las posadas de posta, su jornada duraba veinticuatro horas y ni un minuto menos. No había horas de comer como tales. Había platos calientes disponibles a todas horas para quien pudiera permitírselos y una gran mesa de caballetes con fiambres en el comedor principal. El local recibía, vaciaba, rellenaba y enviaba a los clientes con la mayor celeridad posible, para ir dejando sitio a los recién llegados. No parecía que transcurriera un momento sin que sonase el tintineo de los arreos. Glenda encontró un rincón tranquilo.

—Tengo una idea —le dijo a Juliet—; llévales unos sándwiches a los chicos.

—Qué curioso que el señor Huebo sea herrero —dijo Juliet.

—Tiene mucha mano —dijo Glenda.

Juliet arrugó la frente.

—¿Cuántas?

—Es una manera de hablar, Juliet. Venga, en marcha.

Necesitaba tiempo para pensar. Esas extrañas mujeres voladoras. El señor Huebo. Era mucha tela que cortar. Sales de casa como un día cualquiera y aquí estás ahora, dando gracias por no haber acabado de bandolera, sentada en otra ciudad sin más equipaje que la ropa que llevas y sin saber lo que pasará a continuación.

Lo cual, en cierto modo, era emocionante. Tuvo que analizar esa sensación durante unos instantes, porque la emoción no era una característica habitual de su vida. Las empanadas, en general, no emocionan. Se levantó y deambuló anónima entre la multitud, con el vago propósito de ver cómo eran las cocinas, pero se encontró con que le cerraba el paso alguien cuyo rostro sudoroso, aire ajetreado y cuerpo rotundo sugerían que era el posadero.

—Si pudiese esperar un momentito, por favor —le dijo, para después dirigirse a una mujer que surgía de lo que tenía aspecto de ser un comedor privado—. Un placer volver a verla, mi señora —dijo, mientras hacía una breve reverencia—. Siempre es un honor que su excelencia honre nuestro humilde establecimiento.

Mi señora.

Glenda miró a la mujer que era todo lo que había imaginado cuando Huebo le había hablado de ella por primera vez. Alta, delgada, oscura, imponente, temible. Su expresión era severa cuando dijo, con un tono que a Glenda le pareció repipi:

—Hay demasiado ruido.

—Pero la ternera estaba riquísima —dijo otra voz, y Glenda cayó en la cuenta de que la señora casi había eclipsado a otra mujer, de actitud agradable, altura del montón y apariencia algo nerviosa.

—¿Es usted lady Margolotta? —preguntó Glenda.

La dama alta le dedicó una mirada de fugaz desdén y siguió adelante hacia la puerta principal, pero su acompañante se detuvo y dijo:

—¿Necesita algo de la señora?

—¿Viene a Ankh-Morpork? —preguntó Glenda—. Todo el mundo sabe que lord Vetinari y ella están liados. —Se avergonzó al instante de pronunciar la palabra; evocaba unas imágenes que sencillamente no cabían en el espacio disponible en su cerebro.

—¿De verdad? —dijo la mujer—. Desde luego son muy buenos amigos.

—Bueno, quiero hablar con ella del señor Huebo —dijo Glenda.

La mujer la miró preocupada y la llevó hasta un banco vacío.

—¿Ha habido algún problema? —preguntó, mientras se sentaba y daba una palmadita en la madera a su lado.

—Ella le dijo que no tenía valía —respondió Glenda—. Y a veces creo que lo único que le preocupa es valer.

—¿Usted tiene valía? —dijo la mujer.

—¿Qué clase de pregunta es esa para hacérsela a una desconocida?

—Una interesante y posiblemente reveladora. ¿Cree que el mundo es un lugar mejor con usted dentro? Y le pido por favor que medite en serio su respuesta en lugar de echar mano a una del estante de «indignada». Me temo que eso último abunda demasiado últimamente. La gente cree que actuar y pensar son lo mismo.

Ante eso, Glenda se conformó con un:

—Sí.

—¿Lo ha hecho mejor, entonces?

—Sí. He ayudado a montones de personas y he inventado la empanada de labrador.

—¿La gente a la que ayudó quería que la ayudaran?

—¿Qué? Sí, vinieron a pedírmelo.

—Bien. ¿Y la empanada de labrador?

Glenda se lo contó.

—Ajá, usted debe de ser la cocinera de la Universidad Invisible —dijo la mujer—. Lo que significa que tiene acceso a bastantes más ingredientes que el común de los cocineros y, en consecuencia, yo deduciría que, para mantener las cebollas en vinagre crujientes dentro de la empanada, las mete en una sala fría a temperaturas muy cercanas al punto de congelación hasta antes del horneado, y las envuelve en queso a modo de aislante temporal; siempre que se haya montado la empanada correctamente y se haya prestado atención a las temperaturas, me parece que ese debe de ser el secreto. —Guardó silencio—. ¿Hola?

—¿Es cocinera? —reaccionó Glenda.

—¡Por todos los cielos, no!

—O sea que lo ha deducido, como si tal cosa. El señor Huebo me dijo que la señora emplea a personas muy inteligentes.

—Bueno, me está feo decirlo, pero es cierto.

—Pero la señora no tendría que haberle dicho al señor Huebo que no valía nada. No debería decir eso a la gente.

—Pero es que no valía nada, ¿o sí? Ni siquiera sabía hablar bien cuando lo encontraron. No dudará que lo que ella hizo le ha ayudado.

—Es que siempre está preocupado, y ahora ha salido a la luz que es un orco. ¿Qué pasa con ese asunto?

—¿Y usted diría que ha hecho algo particularmente orco?

A regañadientes, Glenda dijo:

—A veces sus uñas se convierten en garras.

La mujer de repente parecía preocupada.

—¿Y qué hace en esos casos?

—Bueno, nada —respondió Glenda—. Al cabo de un rato vuelven a meterse dentro y ya está. Pero hace unas velas fantásticas —añadió a toda prisa—. Siempre anda haciendo cosas. Es como si la… valía fuese algo que se perdiera todo el rato por un desagüe y hubiese que rellenarla sin parar.

—Es posible que, ahora que lo expresa así, la señora se haya pasado un poco de exigente con él.

—¿Le quiere? —preguntó Glenda.

—¿Cómo dice?

—O sea, ¿le ha querido alguien alguna vez?

—Oh, creo que ella le quiere, a su manera —dijo la mujer—. Aunque es una vampira, ya sabe. Tienden a ver el mundo de manera bastante distinta.

—Bueno, pues si la tuviera delante me iba a oír —dijo Glenda—. Mira que liarlo de esa manera. Y echarle encima a esas condenadas mujeres voladoras. Yo no le dejaría hacer esa clase de cosas.

—La señora es inmensamente fuerte, según tengo entendido —observó la mujer.

—Eso no le da derecho —dijo Glenda—. ¿Y quiere que le diga una cosa? El señor Huebo está aquí mismo. Sí señora, en el patio, herrando uno de los caballos del Volador de Lancre. Es realmente asombroso.

—Eso parece —coincidió la mujer con una leve sonrisilla—. Desde luego usted es una vehemente defensora.

Glenda vaciló.

—¿Me está llamando loca?

—Significa con gran pasión —dijo la mujer—. ¿Siente usted una gran pasión por el señor Huebo, señorita Habichuela? Y recuerde, por favor, que me gusta que la gente me haga el honor de pensar antes de responder.

—Bueno, me cae muy bien —respondió Glenda acalorada.

—Qué encantador —dijo la mujer—. Se me ocurre que el señor Huebo tal vez haya alcanzado más valía de la que me figuraba.

—Pues eso, cuéntele a la señora lo que he dicho —insistió Glenda, que sentía cómo se le incendiaba el cuello de rubor—. El señor Huebo tiene amigos.

—Eso haré —dijo la mujer, y se levantó—. Y ahora, si me disculpa, estoy segura de que nuestra diligencia está a punto de partir. Me voy volando.

—¡Acuérdese de contarle lo que he dicho! —gritó Glenda a su espalda.

La mujer se volvió para sonreírle y luego se perdió de vista cuando un grupo llegado con la última diligencia entró huyendo del frío aire nocturno.

Glenda, que se había levantado al mismo tiempo que la otra mujer, se sentó pesadamente. ¿Quién demonios se creía esa que era? La bibliotecaria de la señora, probablemente. Huebo la había mencionado varias veces. Muchos humos para una mujer de su condición, para el gusto de Glenda. Ni siquiera había tenido el buen gusto de presentarse.

Los tenues y lejanos cuernos de caza del terror puro empezaron a sonar en el fondo de su cabeza. ¿La mujer había preguntado a Glenda cómo se llamaba? ¡No! Pero sin duda conocía su apellido y ¿cómo iba a saber nada de la «cocinera» de la Universidad Invisible? Y qué rápida había sido, había deducido el secreto de la empanada de labrador en un santiamén. Esa pequeña parte de ella a la que el jerez había liberado aportó su granito de arena: Lo que te pasa es que das demasiadas cosas por sentadas. Ves algo y te crees que sabes lo que has visto. Desde luego no hablaba como una bibliotecaria, ¿verdad que no?

Muy poco a poco, Glenda levantó su mano derecha, cerró el puño, se lo metió en la boca y mordió con fuerza en un intento de retirar de alguna manera los últimos quince minutos de los archivos del universo y sustituirlos con algo mucho menos embarazoso, como que se le hubieran caído las bragas.

Incluso allí, bien entrada la noche, la forja era el centro de atención. Había un ir y venir constante de carruajes. La posada no funcionaba con arreglo al sol, sino que empleaba su propio horario, y las personas desocupadas que esperaban sus conexiones gravitaban hacia el espectáculo gratuito y el cobijo del relente de la noche que proporcionaba la forja.

Huebo herraba un caballo. Trev había visto poner herraduras en otras ocasiones, pero nunca de esa manera. El animal estaba inmóvil, como hipnotizado, temblando muy ligeramente. Cuando Huebo quería que se moviese, chasqueaba la lengua. Cuando deseaba que alzara la pata, otro chasquido lo hacía suceder. Trev tenía la impresión de que no estaba viendo a un hombre que herraba a un caballo, sino a un maestro que demostraba sus habilidades a un mundo de aficionados. Cuando estuvo puesta la herradura, el caballo caminó hacia atrás delante de los curiosos, igual que un modelo de pasarela, virando cuando Huebo movía una mano o daba un chasquido con la boca. No parecía un caballo especialmente feliz, pero por todos los cielos que obediente sí era.

—Sí, parece que todo está bien —dijo Huebo.

—¿Cuánto nos va a costar eso? —preguntó el cochero—. Un trabajo estupendo, dicho sea de paso.

—¿Cuánto? ¿Cuánto? ¿Cuánto? —dijo Huebo, dándole vueltas en su cabeza—. ¿He logrado valía, señor?

—Ya te digo, compañero. Nunca he visto herrar a un caballo con tanta maña.

—Entonces con la valía me conformo —dijo Huebo—. Y el viaje de vuelta a Ankh-Morpork para mí y mis acompañantes.

—Y cinco dólares —terció Trev, que se apartó de su lugar de haraganeo cerca de la pared a la velocidad del dinero.

El cochero bufó.

—Un poco caro —dijo.

—¿Cómo? —saltó Trev—. ¿Por un trabajo en plena noche? ¿De mayor calidad que el estándar de Burleigh y Fuerteenelbrazo? No es mal negocio, me parece.

Un murmullo del resto de curiosos respaldó a Trev.

—Yo nunca había visto a nadie hacer nada parecido —dijo Juliet—. Haría bailar a ese caballo si quisiera.

El cochero guiñó un ojo a Trev.

—Vale, chaval. ¿Qué puedo decir? El viejo Javacuco no es mal chico, pero tiene un poco de mal genio, ahí donde lo ves. Una vez hizo que un cochero atravesara una pared de una coz. Nunca pensé que lo vería quedarse quietecito y levantar la pata como un perro faldero adiestrado. Tu amiguete se ha ganado su dinero y el viaje.

—Llévenselo, por favor —dijo Huebo—. Pero sujétenlo con cuidado porque, cuando se aleje un poco de mí, puede que se ponga algo nerviosillo.

El público se dispersó. Huebo enfrió la forja con metódicas aplicaciones de agua y empezó a recoger las herramientas en su caja.

—Si tenemos que volver, vale más que salgamos ya. ¿Ha visto alguien a la señorita Glenda?

—Aquí estoy —dijo ella, adelantándose de entre las sombras—. Trev, tú y Jul id a coger sitio en la diligencia. Necesito hablar con el señor Huebo. —Cuando se hubieron ido, le dijo—: La señora ha estado aquí.

—No me sorprendería —replicó Huebo con calma, mientras cerraba los pestillos de su caja—. Por aquí pasa medio mundo y ella viaja mucho.

—¿Por qué escapabas?

—Porque sé lo que pasará —respondió Huebo—. Soy un orco. No hay vuelta de hoja.

—Pero la gente de la góndola se ha puesto de tu lado —señaló Glenda.

Huebo flexionó las manos y las garras asomaron por un momento.

—¿Y mañana? —dijo—. ¿Y si algo sale mal? Todo el mundo sabe que los orcos te arrancan los brazos. Todo el mundo sabe que los orcos te arrancan la cabeza. Todo el mundo sabe esas cosas. Eso no es bueno.

—Y bien, ¿por qué vuelves, entonces? —preguntó Glenda.

—Porque ustedes son buenos y han venido a por mí. ¿Cómo negarme? Pero eso no cambia lo que sabe todo el mundo.

—Pero cada vez que haces una vela y cada vez que hierras a un caballo, cambias lo que sabe todo el mundo —señaló Glenda—. ¿Sabes que los orcos fueron….? —Vaciló—. ¿Que los hicieron, más o menos?

—Ah, sí, lo ponía en el libro.

Glenda casi estalló.

—¡¿Y por qué no me lo habías dicho?!

—¿Es importante? Somos lo que somos ahora.

—Pero ¡no hace falta que lo seas! —chilló Glenda—. Todo el mundo sabe que los trolls se comen a la gente y la escupen. Todo el mundo sabe que los enanos te rebanan las piernas. Pero al mismo tiempo todo el mundo sabe que todo el mundo se equivoca. Y los orcos no decidieron ser como son. La gente lo entenderá.

—Será una carga espantosa.

—¡Yo te ayudaré! —A Glenda le sobresaltó la velocidad de su respuesta, y luego farfulló—: Te ayudaré.

Las ascuas de la forja crepitaron mientras se asentaban. Los fuegos de una fragua concurrida rara vez mueren del todo. Al cabo de un rato, Glenda dijo:

—Tú escribiste ese poema para Trev, ¿no es así?

—Sí, señorita Glenda. Espero que a ella le gustara.

A Glenda le pareció mejor plantear la cuestión con tacto.

—Creo que debería decirte que no entendió del todo muchas de las palabras. Tuve que traducírsela, por así decirlo. —No había sido muy difícil, pensó. La mayoría de los poemas de amor venían a ser el mismo bajo las florituras caligráficas.

—¿A usted le gustó? —preguntó Huebo.

—Era una poesía maravillosa —dijo Glenda.

—La escribí para usted —dijo Huebo. La miraba con una expresión que despertaba miedo y desafío a partes iguales.

Las brasas dejaron de enfriarse por un momento y se avivaron al oírlo. Al fin y al cabo, toda forja tiene un alma. Como si hubieran estado esperando, las respuestas se alinearon ante la lengua de Glenda. Lo que hagas a continuación será muy importante, se dijo. Realmente, extremadamente, muy importante. No empieces a preguntarte qué haría Mary la jodida doncella en una de esas novelas baratas que lees, porque a Mary se la inventó alguien con un nombre que recuerda sospechosamente al anagrama que podría usar alguien como tú. Ella no es real y tú sí.

—Vale más que vayamos al carro —dijo Huebo mientras recogía su caja.

Glenda desistió de pensar y arrancó a llorar. Hay que decir que no fueron las lágrimas dulces que habría derramado Mary la doncella, sino esas gordas que se acumulan durante mucho tiempo y suelta quien llora muy rara vez. Eran pegajosas, con un toquecillo de moco añadido. Pero eran reales. Mary la doncella no habría podido igualarlas de ninguna manera.

Así que, por supuesto, lo más propio de Trev Probable en aquel momento sería aparecer de entre las sombras y decir:

—Están dando el último aviso para la diligencia… Oye, ¿estáis bien?

Huebo miró a Glenda. Las lágrimas no son retráctiles, pero se las apañó para equilibrarlas con una sonrisa.

—Creo que tal es el caso —dijo Huebo.

Viajando en un carruaje rápido, incluso en una noche de otoño apacible, los pasajeros que van en el techo experimentan una temperatura que puede congelar picaportes. Hay cubiertas de cuero y mantas de variada antigüedad, grosor y olor. Solo es posible sobrevivir envolviéndose en el capullo más grande que pueda lograrse, a ser posible con alguien al lado; dos personas se calientan antes que una. En teoría, todo eso puede conducir a tejemanejes, pero los asientos de la diligencia y lo accidentado del camino significan que tales asuntos no ocupan un lugar destacado en el pensamiento del viajero, que sueña anheloso con cojines. Además, esa mañana lloviznaba.

Juliet estiró el cuello para mirar a los asientos de atrás, pero solo vio los montículos de mantas húmedas con que la compañía cochera respondía al relente nocturno.

—¿Crees que se gustan? —preguntó.

Trev, que a su vez estaba arrebujado entre mantas, solo logró articular un gruñido, pero luego añadió:

—Creo que él la admira. Siempre parece un poco aturullado cuando la tiene cerca, solo digo eso.

Aquello tenía que ser un romance, pensó Glenda. No era como los que ofrecía todas las semanas, como churros, Iradne Peine-Valtrasero. Parecía más real; más real y muy, muy extraño.

—¿Sabía que se dio caza a todos los orcos después de la guerra? A todos, también a los niños —dijo Huebo.

Y la gente no dice cosas así en una situación romántica, pensó Glenda. Pero aun así lo es, añadió.

—Pero les obligaron —replicó—. Tenían hijos. ¿Vale? —Se preguntó si debería hablarle del espejo mágico. ¿Empeoraría las cosas, en vez de mejorarlas?

—Eran malos tiempos —dijo Huebo.

—Bueno, míralo así —dijo Glenda—. La mayoría de quienes hablan de los orcos no saben ni lo que dicen, pero el único orco al que van a ver alguna vez eres tú. Haces unas velas preciosas. Entrenas al equipo de fútbol. Eso significará mucho. Les demostrará que los orcos no van por ahí arrancándole la cabeza a la gente. Será algo de lo que sentirte orgulloso.

—Bueno, para ser justos, debo decir que, cuando pienso en la cantidad de fuerza radial que debe de ser necesaria para desenroscar del todo una cabeza humana en contra de los deseos de su propietario, me impresiona un poco. Pero eso es ahora, sentado aquí con usted. Antes, quería huir al monte. Creo que así es como debimos de sobrevivir. El que no se mantenía alejado de los humanos, moría.

—Sí, me parece muy razonable —dijo Glenda—, pero creo que de momento no deberías ir por ahí comentándolo. —Reparó en un búho sorprendido, iluminado un instante por las lámparas de la diligencia. Entonces añadió, manteniendo la vista al frente—: Lo que pasa con el poema…

—¿Cómo lo supo, señorita Glenda? —preguntó Huebo.

—Hablas mucho de bondad. —Carraspeó—. Y dadas las circunstancias, creo que con Glenda basta.

—Fuiste buena conmigo —dijo Huebo—. Eres buena con todo el mundo.

Glenda apartó a toda prisa una visión del señor Ottomy y replicó:

—No, no lo soy; ¡grito a todo el mundo a todas horas!

—Sí, pero es por su propio bien.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Glenda.

—No tengo ni idea. Pero ¿puedo contarte algo muy interesante sobre los barcos?

No era exactamente lo que Glenda se esperaba, pero de algún modo era cien por cien Huebo.

—Por favor, cuéntame algo muy interesante sobre los barcos —dijo.

—Lo que tienen de interesante los barcos es que sus capitanes tienen que ir con mucho cuidado cuando dos navíos están cerca en alta mar, sobre todo en condiciones de calma. Tienden a chocar.

—¿Por el viento y tal? —dijo Glenda, mientras pensaba: En teoría esta es una situación de novela romántica y estoy a punto de instruirme sobre barcos. Iradne Peine-Valtrasero nunca mete barcos en sus libros. Probablemente no tienen suficientes enaguas.

—No —respondió Huebo—. En realidad, a grandes rasgos, cada barco protege al otro del oleaje lateral por un lado, de manera que, a base de pequeños incrementos, las fuerzas externas los acercan sin que se den cuenta.

—¡Oh! ¿Es una metáfora? —dijo Glenda, aliviada—. Crees que algo nos empuja a juntarnos.

—Es algo parecido —dijo Huebo. Se bambolearon cuando el coche topó con un bache especialmente desagradable.

—O sea que, si no hacemos nada, ¿estaremos cada vez más cerca?

—Sí —dijo Huebo.

La diligencia saltó y se sacudió de nuevo, pero Glenda se sentía como si viajase por encima de un hielo muy fino. No se perdonaría decir algo equivocado.

—¿Sabes que Trev dijo que había muerto? —prosiguió Huebo—. Bueno, era verdad. Probablemente. La señora me contó que fuimos hechos a partir de trasgos para el Emperador del Mal. Fueron los Igors. Nos añadieron algo muy extraño. Es una parte de ti que no acaba de ser una parte de ti. La llamaron el Hermano Pequeño. Está instalada en lo más profundo y totalmente protegida, y es como llevar a cuestas tu propio hospital todo el rato. Sé que me llevé un buen golpe, pero el Hermano Pequeño me mantuvo vivo y luego se puso a curar cosas. Hay maneras de matar a un orco, pero no muchas, y cualquiera que las intente en un orco vivo no dispondrá de mucho tiempo para acertar. ¿Eso te preocupa?

—No, la verdad es que no —respondió Glenda—. En realidad no lo entiendo. Creo que es más importante ser quien eres, sin más.

—No, yo no creo que deba ser quien soy, porque soy un orco. Pero tengo ciertos planes al respecto.

Glenda carraspeó de nuevo.

—Eso que decías de los barcos… ¿Pasa muy rápido?

—Empieza poco a poco, pero hacia el final se acelera mucho —dijo Huebo.

—La cuestión es que —dijo Glenda—, en fin, no puedo dejar mi trabajo a bote pronto, y hay ancianas a las que tengo que visitar, y tú estarás ocupado con el fútbol…

—Sí, creo que deberíamos hacer las cosas que deberíamos hacer, y el último día de entrenamiento es mañana, que en realidad ya es hoy.

—Y yo tengo que preparar un montón de empanadas.

—Estaremos muy ocupados los dos durante una temporada —dijo Huebo con solemnidad.

—Sí. Esto, ejem, ¿te importa que te diga que…? En tu encantador poema… el verso: «La cripta es una magnífica vivienda, pero no sale nadie tras la hora de la merienda» no acaba de…

—¿No acaba de funcionar? Lo sé —dijo Huebo—. Me sabe muy mal.

—¡No, no le des importancia! ¡Es un poema maravilloso! —estalló Glenda, y sintió las ondas en el mar calmo.

El sol naciente logró asomar por los límites de la inmensa columna de humo que flotaba siempre sobre Ankh-Morpork, Ciudad de Ciudades, demostrando casi hasta los límites del espacio exterior que el humo significa progreso o, por lo menos, que hay gente pegando fuego a cosas.

—Creo que vamos a estar tan liados que no tendremos mucho tiempo para… nosotros —dijo Glenda.

—No podría estar más de acuerdo —respondió Huebo—. Dejar que todo siga su curso sería sin duda lo más prudente para nosotros.

Glenda se sentía tan ligera como el aire mientras la diligencia avanzaba traqueteando por la Vía Ancha, y no era solo por falta de sueño. Esa historia de los barcos, espero de verdad que no crea que hablábamos solo de barcos.

Al llegar a la universidad se encontraron delante una muchedumbre parecida a la del día anterior, solo que en esta ocasión parecía tener un cariz distinto. La gente los miraba a ella y a Huebo, y había algo raro en sus ojos.

Se acercó al montículo que era Trev, fingió no oír una risilla femenina y dijo:

—Trev. ¿Podrías, esto, echar un vistazo? Creo que habrá problemas.

Trev, muy despeinado, asomó la cabeza y dijo:

—Hum, yo también. Mejor nos colamos por la parte de atrás.

—Podríamos seguir hasta la Oficina de Correos y bajar allí —sugirió Glenda.

—No —replicó Trev—. No hemos hecho nada malo.

Cuando desmontaron de la diligencia, un niño pequeño se dirigió a Huebo.

—¿Es usted el orco, señor?

—Sí —respondió Huebo mientras ayudaba a Glenda a bajar—. Soy un orco.

—¡Genial! ¿Le ha arrancado alguna vez la cabeza a alguien?

—No lo creo. Estoy seguro de que lo recordaría —dijo Huebo.

Eso cosechó, si no aplausos, por lo menos cierta aprobación por parte de algunos de los curiosos. Es su voz, pensó Glenda. Suena más finolis que un mago. Nadie puede imaginarse esa voz agarrando una cabeza con las manos.

En ese momento, la puerta de atrás se abrió y Ponder Stibbons salió a toda prisa.

—Les hemos visto desde la Sala —dijo, aferrando a Huebo—. Entre, rápido. ¿Dónde se habían metido?

—Hemos tenido que ir a Sto Lat —respondió Trev.

—Teníamos unos asuntos —añadió Juliet.

—Personales —concluyó Glenda, retando a Ponder a poner objeciones—. ¿Ha pasado algo?

—Esta mañana ha salido una cosa en el periódico. No lo hemos estado pasando muy bien —dijo Ponder, mientras los remolcaba hasta la relativa seguridad de los sótanos.

—¿Han puesto a parir al señor Huebo? —preguntó Trev.

—No exactamente —dijo Ponder—. Vino el director del Times en persona, a medianoche, y se puso a llamar a la puerta para ver al archicanciller. Quería saberlo todo sobre usted. —Eso se lo dijo directamente a Huebo.

—Apuesto a que se lo contó el cabrón de Ottomy —gruñó Glenda—. ¿Qué han hecho?

—Bueno, por supuesto, ya sabe la que se organizó cuando la medusa se incorporó a la Guardia hace un tiempo —empezó Ponder.

—Sí, pero los magos lo arreglaron —dijo Trev.

—Pero a nadie le gusta que lo petrifiquen, aunque sea solo durante media hora. —Ponder suspiró—. El Times ha publicado uno de sus artículos serios. Supongo que no está tan mal. Cita al archicanciller, según el cual el señor Huebo es un hacendoso miembro del personal de la universidad y no se ha producido ningún incidente en el que a alguien le arrancasen una pierna.

—¿Lo ponen así? —preguntó Glenda, con los ojos desorbitados.

—Bueno, si lee mucho los diarios ya sabe cómo va —dijo Ponder—. Creo sinceramente que piensan que su trabajo es calmar a la gente explicándole, en primer lugar, por qué debería estar angustiada y muy preocupada.

—Buf, sí, ya lo creo que lo hacen —dijo Glenda—. ¿Cómo se iba a preocupar la gente si no le dijeran cómo?

—Bueno, no era para tanto —dijo Ponder—, pero han cogido el relevo otros periódicos y algunos de los datos se han vuelto… elásticos. El Inquirer dice que Huebo está entrenando al equipo de fútbol.

—Eso es verdad —señaló Glenda.

—Bueno, en realidad lo hago yo, que meramente delego en él la tarea. Espero que eso quede claro. En cualquier caso, han sacado una viñeta sobre el asunto.

Glenda se tapó los ojos con una mano. Odiaba las viñetas de los periódicos.

—¿Es un equipo de fútbol de orcos? —preguntó.

Ponder la miró casi con admiración.

—Sí —dijo—. Y han publicado un artículo que planteaba importantes interrogantes sobre la política de puertas abiertas de Vetinari, a la vez que explicaba que los rumores sobre que el señor Huebo había tenido que ser encadenado eran, muy probablemente, falsos.

—¿Qué me dice del Clarín del Rapapolvo? —preguntó Glenda—. Nunca escriben nada si no lleva sangre y espeluznantes asesinatos. —Hizo una pausa y añadió—: O imágenes de chicas sin ropa arriba.

—Ah, sí —dijo Ponder—. Hoy traía una imagen, más bien borrosa, de una joven con unos melones enormes.

—¿Quiere decir…? —empezó Trev.

—No, solo eran unos melones enormes. De los verdes. Ligeramente verrugosos. Ganó un concurso por cultivarlos, al parecer, pero el pie de foto decía que la chica no podía dormir tranquila en su cama ahora que llegan los orcos a la ciudad.

—¿Lord Vetinari está haciendo algo al respecto?

—No que yo sepa —dijo Ponder—. Ah, sí, Po-pompa quiere entrevistar al señor Huebo. Lo que ellos llaman un artículo de estilo de vida. —Lo dijo como si tratara de mantener las palabras a un brazo de distancia.

—¿Se ha presentado la gente para entrenar? —preguntó Huebo con calma.

—Oh, sí. El campo está a rebosar.

—Pues iremos a entrenarles —dijo Huebo—. No se preocupe, no le desenroscaré la cabeza a nadie.

—No, no bromees —advirtió Glenda—. Creo que esto podría acabar fatal.

—Sabemos que pasa algo con los equipos —dijo Ponder—. Y ha habido muchas peleas durante la noche.

—¿Sobre qué?

—Sobre quién jugará contra nosotros. —Ponder se paró y miró a Huebo de arriba abajo—. El comandante Vimes está de vuelta en la ciudad y le encantaría encerrarte —dijo—. Solo bajo custodia preventiva, claro.

—¿Quiere decir meterlo en un sitio donde todos puedan encontrarlo? —preguntó Glenda.

—Yo diría que las posibilidades de que una turba irrumpa en Pseudópolis Yard son remotas —dijo Ponder.

—Sí, pero ya lo está encerrando. Sería exactamente eso. Estaría encerrado y los polis se van de la lengua como todo el mundo. El orco estaría encarcelado y, si la gente no sabe por qué, se lo inventará, porque la gente es así. ¿Ustedes los magos no pueden hacer nada?

—Sí —dijo Ponder—. Podemos hacer prácticamente cualquier cosa, pero no podemos hacer que la gente cambie de opinión. No podemos volverlos sensatos por arte de magia. Créame, si fuera posible, lo habríamos hecho hace mucho. Podemos impedir por medios mágicos que la gente se pelee, pero luego ¿qué hacemos? Tenemos que seguir empleando magia para evitar que luchen. Tenemos que seguir empleando magia para evitar que sean estúpidos. ¿Y en qué acabaría todo eso? Por tanto, nos aseguramos de que no empiece. Para eso existe la universidad, a eso nos dedicamos. Tenemos que dedicarnos a no hacer cosas por los cientos de veces que ha quedado claro en el pasado que, una vez se pasa del «abracadabra, pata de cabra, he convertido las palomas en pelotas de ping-pong», se empiezan a provocar más problemas de los que se resuelven. Ya fue bastante malo encontrar pelotas de ping-pong anidando en los desvanes.

—¿Pelotas de ping-pong anidando? —dijo Trev.

—No quiero hablar de ello —dijo Ponder con tono lúgubre.

—Recuerdo cuando a uno de ustedes le entró hambre en plena noche y lanzó un conjuro de patata al horno —dijo Glenda.

Ponder se estremeció.

—Fue el tesorero —dijo—. Se confunde mucho con la coma decimal.

—Recuerdo todas aquellas carretillas —prosiguió Glenda, un poco divertida por la incomodidad de Ponder—. Tardaron días y días en sacarlas todas. Tengo entendido que dieron de comer a todos los mendigos de la ciudad y a todas las granjas de cerdos de aquí a Sto Lat durante semanas.

Ponder parecía al borde del gruñido pomposo.

—Bueno, sí, he ahí un ejemplo de por qué tenemos que ser cuidadosos.

—Pero aun así mañana hay partido y a mí me gustaría concluir mi programa de entrenamiento —dijo Huebo.

—Ah, tenemos otro problema. ¿Sabe que lord Vetinari permite que usemos el Hipopótamo para el partido? Pues bien, varios de los equipos están entrenando allí. Ya saben, un poco de peloteo y tal. La cuestión es quién jugará contra el Atlético Invisible.

—Pero eso está en la otra punta de la ciudad —dijo Glenda.

—El comandante Vimes ha dicho que la Guardia proporcionará una escolta —replicó Ponder—. Solo como protección, ya me entienden.

—¿De quién? —dijo Glenda—. Ya sabe el ambiente que hay por aquí. La gente verá al señor Huebo como el problema.

—Claro, todo es jijí y jajá hasta que alguien pierde una cabeza —dijo una voz detrás de Glenda, que la reconoció: siempre le sonaba como si estuviese intentando meterle la mano por debajo del jersey.

—¿Pepe? ¿Qué demonios haces tú aquí?

—¿Y cómo ha entrado? —preguntó Ponder indignado—. Hay un montón de guardias rodeando el recinto.

Pepe apenas lo miró de reojo.

—¿Y tú quién eres, listillo?

—¡Yo gestiono esta universidad!

—Pues yo de ti me iría a gestionarla, porque por aquí no vas a servir de nada.

—¿Esta… Este… Esta persona es conocida suya, señorita? —preguntó Ponder.

—Hum, sí. Él, ejem, diseña ropa.

—Soy modisto de alta costura —dijo Pepe—. Puedo hacer cosas con la ropa que no creerían posibles.

—Eso, al menos, me lo creo —dijo Trev.

—Y también sé una o dos cosas sobre disturbios y muchedumbres furiosas.

Glenda tuvo una idea y susurró al airado Ponder:

—Toda una personalidad en los círculos enanos, señor. Conoce a muchas personas influyentes.

—Yo también —dijo Ponder—. En realidad, soy una de ellas —gimió—. Pero tuve que encargarme en persona del entrenamiento de ayer y no me acordaba de todas las cosas que se le ocurren al señor Huebo, así que los puse a correr sin moverse del sitio, lo cual no me parece muy útil que digamos.

—Se cuece algo malo —dijo Trev—. Conozco esta ciudad. Iré a echar un vistazo, a ver de qué me entero. No es que me necesitéis aquí.

—Yo sí —dijo Juliet.

Trev vaciló, pero Huebo le había enseñado un truco. Extendió una mano y le mandó un beso con un soplido mientras salía por la puerta.

—¿Lo habéis visto? —dijo Juliet—. Me ha soplado.

Glenda miró a Pepe, que tenía los ojos tan vueltos hacia arriba que le veía el blanco, aunque en su caso era rojo.

Al cabo de un poco, cuando la mayor parte del equipo de la UI partió rumbo al Hipopótamo con Glenda y Juliet tras sus pasos como cantineras de un ejército, media docena de guardias salieron de los diversos puntos que habían seleccionado para fumar con tranquilidad y se pusieron a seguirlos, intentando aparentar que solo paseaban casualmente en la misma dirección.

Trev tenía razón, pensó Glenda. Se cuece algo malo.

Trev no había llegado muy lejos cuando su sentido callejero le avisó de que lo seguían. Cambió de dirección entrando y saliendo por varios callejones y esperó tras la esquina siguiente para vérselas con su perseguidor… que no estaba allí. El callejón del que procedía estaba vacío en toda su longitud hasta la calle anterior. Lo constató al mismo tiempo que alguien apretaba contra su cuello lo que al tacto sin duda parecía una navaja.

—Vaya, vaya, qué recuerdos me trae esto, sí señor —dijo una voz—. Creo que aún podría orientarme en estos callejones.

—Te conozco, eres Pepe, ¿no? ¿Eres un enano? —preguntó Trev, intentando no volverse.

—Una especie de enano —dijo Pepe.

—Pero tú y yo no tenemos ningún problema, ¿verdad? —dijo Trev.

Algo pequeño y brillante apareció en el límite del campo visual de Trev.

—Una muestra de plata lunar —explicó la voz de Pepe—. Podría hacer más daño con una botella de champán rota… y lo he hecho, créeme. A alguien como tú no le amenazaría con una navaja, no cuando esa chiquilla está tan loca por ti. Parece muy feliz contigo y me gustaría que siguiera así.

—Algo pasa en las calles —dijo Trev.

—¿Cómo, en todas? Será divertido.

—Ha pasado algo malo, ¿verdad? —dijo Trev.

Solo entonces entró Pepe en su campo de visión.

—La verdad es que no es problema mío en absoluto —dijo—. Pero hay una clase de personas que no me gusta nada. He visto a demasiados: abusones y cabronazos. Si quieres aprender atletismo muy deprisa, nace por aquí con talento para el diseño y quizá unas pocas preferencias más sin importancia. Lord Vetinari se ha equivocado. Creía que podría embolsarse el fútbol y no está funcionando. No es como el Gremio de Ladrones, ¿entiendes? Con el Gremio de Ladrones lo tuvo fácil, porque está organizado. El fútbol no está organizado. Que se haya ganado a los capitanes no significa que todo el mundo vaya a seguirlos sin rechistar. Anoche hubo peleas por toda la ciudad. A tus socios de la pelota nueva de trinca y las camisetas nuevas de trinca mañana los van a hacer papilla. No, peor que papilla: potito.

—Pensaba que solo eras un tipo que hace ropa —dijo Trev.

—Solo. Un. Tipo. Que. Hace. Ropa. ¡¿Solo un tipo?! No soy cualquiera. Soy Pepe y no hago ropa. Creo espléndidas obras de arte que, cosas de la vida, necesitan un cuerpo para mostrarse como deben. Los sastres y las modistas hacen ropa. ¡Yo forjo la historia! ¿Has oído hablar de la micromalla?

—Me suena, sí. Sí —dijo Trev.

—Bien. Y dime, ¿qué has oído de la micromalla?

—Bueno, que no pica.

—También tiene uno o dos secretillos más… —dijo Pepe—. En fin, no puedo decir que me chiflen los magos, personalmente. Son unos estirados. Pero lo de mañana no será un partido, será una guerra. ¿Conoces a un tipo llamado Andy? ¿Andy Espinilla?

A Trev se le cayó el alma a los pies.

—¿Qué tiene que ver con esto?

—Solo he oído el nombre, pero me huelo de qué calaña es. Lord Vetinari ha hecho lo que quería. Ha roto el fútbol, pero a costa de dejar muchos pedazos afilados, si me entiendes.

—La Guardia estará mañana —dijo Trev.

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa aquí? ¿Una cara de la calle como tú se alegra de que la Guardia vaya a estar en alguna parte?

—Habrá mucha gente mirando.

—Sí, ¿a que será divertido? —dijo Pepe—. Además, ya sabes, hay gente en esta ciudad que presenciaría una decapitación y levantaría a sus hijos para que vieran mejor. O sea que escúchame: no te estoy dando un toque, porque mañana ya habrá toques suficientes. Lo que voy a darte es mucho mejor que un toque. Al fin y al cabo, eres el hijo de Dave Probable.

—No voy a jugar —replicó Trev—. Se lo prometí a mi difunta madre.

—¿Se lo prometiste a tu difunta madre? —dijo Pepe. Ni siquiera intentó disimular su desdén—. ¿Y te crees que eso cambia algo? Tienes una estrella en la mano, chaval. Jugarás, vaya si jugarás, o sea que te diré lo que haré yo. Ven a verme a la entrada de atrás de Bruño’s, lo siento, suena mejor en enano, y dale una patada a la puerta alrededor de la medianoche. Puedes traer un colega si quieres, pero ni se te ocurra no venir.

—¿Por qué tengo que patear la puerta? —preguntó Trev.

—Porque llevarás una botella del mejor coñac en cada mano. No me des las gracias. No lo hago por ti. Estoy protegiendo mi inversión y, de paso, eso significa proteger también la tuya. Largo, chico. Tú llegas tarde a entrenar. ¿Y yo? ¡Yo soy un puto genio!

Trev se fijó en que había más guardias de lo normal mientras seguía su camino. Podían ser unos cabrones redomados cuando les daba por ahí, pero Sam Vimes no quería saber nada de polis que no supieran leer las calles. La Guardia estaba nerviosa.

Carter había vivido en el sótano de su madre hasta que esta se lo alquiló a una familia de enanos, y ahora vivía en el desván, que era un horno en verano y una helera en invierno. Sobrevivía porque las paredes estaban aisladas con ejemplares de Arcos y Munición, Alfileres Callejeros, el Boletín Filatélico de Stanley Aullador, Chicas, Risas y Ligas, Todo Gólems y Grecas de Hoy. Esos formaban tan solo la capa superior. En defensa propia contra los elementos, pegaba ejemplares viejos sobre las grietas y los agujeros más grandes del techo. Por lo que Trev sabía, Carter jamás había perseverado más allá de una semana con ninguna de las aficiones que revelaba su más bien embarazosa biblioteca, con la posible excepción de la que solía asociarse con el desplegable central de Chicas, Risas y Ligas.

La señora Carter le abrió la puerta y señaló la escalera con esa calurosa bienvenida y hospitalidad que las madres dedican a los indeseables amigos callejeros de sus hijos.

—Está pachucho —anunció, como si fuese un dato más digno de interés que de preocupación.

La frase se demostró un eufemismo. Uno de los ojos de Carter era un desastre en tecnicolor, y una cicatriz amoratada le cruzaba la cara. Trev tardó un poco en descubrirlo porque Carter no paraba de decirle que se fuese pero, como la puerta destartalada se mantenía cerrada mediante un cordel, la aplicación del hombro de Trev había superado ese obstáculo, por lo menos.

Trev contempló al muchacho, que se encogió en su inenarrable cama como si esperase que le pegaran. No le gustaba Carter. A nadie le gustaba Carter. Era imposible. Ni siquiera a la señora Carter, que en teoría al menos debía albergar cierto afecto tibio hacia su hijo, le gustaba Carter. Era fundamentalmente ingustable. Era triste tener que decirlo, pero Carter, con pedos o sin, constituía un ejemplo magnífico de carismenos. Podía ser majo durante un día o dos, pero luego algún comentario estúpido, un chiste fuera de lugar o una torpeza absoluta rompería el hechizo. Pero Trev lo soportaba, quizá por ver en él lo que podría haber sido de no haber sido, en realidad, Trev. Tal vez hubiera un poco de Carter el Pedos en todo hombre en algún momento de su vida, había pensado, pero en el caso de Carter no era un poco, sino todo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Nada.

—Soy Trev. Ya me sé lo de que no ha pasado nada. Tienes que ir al hospital a que te miren eso.

—Es peor de lo que parece —gimió Carter.

Trev no pudo contenerse más.

—¿Tú eres gilipollas o qué? ¡Ese corte está a medio centímetro de tu ojo!

—Fue culpa mía —declaró Carter—. Hice enfadar a Andy.

—Sí, ya veo claro que tuvo que ser culpa tuya —dijo Trev.

—¿Dónde estabas esta noche? —preguntó Carter.

—No me creerías.

—Bueno, pues fue una puta guerra, ni más ni menos.

—Me salió un asuntillo en Lat. Hubo pelea, ¿no?

—Los clubes han firmado para apuntarse a ese fútbol nuevo y hay gente que no está contenta.

—¿Andy? —preguntó Trev, que volvió a mirar la cicatriz amoratada y rezumante. Sí, eso apestaba a descontento de Andy.

Era difícil sentir lástima por alguien tan esencialmente ingustable como Carter, pero que hubiera nacido con un tatuaje de «Patéame el culo» en el alma no justificaba que le hubieran hecho aquello. A Carter no. Era como arrancarle las alas a las moscas.

—No solo Andy —dijo Carter—. Están Escaracho Atkinson y Jimmy el Cuchara y Llave de Tuercas.

—¿Llave de Tuercas? —dijo Trev.

—Y la señora Atkinson.

—¿La señora Atkinson?

—Y Willy Piltdown, Harry Capstick y los Pechuga.

—¿Esos? Pero si los odiamos. Andy los odia. Ellos odian a Andy. ¡Un pie en su terreno y te mandan a casa en un saco!

—Bueno, ya sabes lo que dicen —replicó Carter—. El enemigo de mi enemigo es mi enemigo.

—Creo que te has liado —dijo Trev—, pero ya sé por dónde vas.

Trev se quedó con la mirada perdida, horrorizado a más no poder. Los sujetos de esa letanía de nombres eran Caras, con una influencia enorme en el mundo de los equipos y, lo que era más importante, entre los aficionados. Eran los dueños del Lío. Pepe tenía razón. Vetinari creía que los capitanes mandaban y los capitanes no mandaban. Mandaba el Lío, y el Lío lo dominaban las Caras.

—Van a montar un equipo para mañana, e inten[[19]](#footnote-19)tarán meter a tantos de ellos como puedan —informó Carter.

—Sí, algo había oído.

—Van a enseñarle a Vetinari lo que opinan de su nuevo fútbol.

—No he oído el nombre de los Stollop en tu lista —dijo Trev.

—Dicen que su padre los tiene haciendo ensayos de coro todas las noches —dijo Carter.

—Los capitanes sí que firmaron —siguió Trev—, o sea que quedarán mal. Pero ¿te crees que eso le importa un huevo a Andy y sus amiguetes? —Se inclinó hacia delante—. Vetinari tiene a la Guardia, de todas formas, ¿o no? Y ya conoces a la Guardia. Vale, hay algunos que son unos cabrones decentes cuando los pillas solos, pero si todo se va a freír wahoonis tienen unas porras enormes y unos enormes trolls y les trae sin cuidado a quién pegan porque son la Guardia, o sea que todo es legal. Además, si se cabrean de verdad, todavía te acusarán de dañarles la porra con la cara. Y hablando de caras, ¿qué pasó exactamente para que te quedaras a medio centímetro de ser candidato a un bastón blanco?

—Le dije a Andy que no me parecía buena idea —respondió Carter.

Trev no pudo ocultar su sorpresa. Hasta ese poco de valentía era impropio de Carter.

—Bueno, al final puede que hasta sea una suerte. Te quedarás aquí en la cama y no acabarás atrapado entre el Viejo Sam y Andy.

Se calló al oír un roce.

Puesto que Carter pegaba páginas de sus revistas usadas a las paredes con pasta de harina y agua, el desván albergaba a varios ratones muy bien alimentados y, por algún motivo, uno de ellos acababa de roer su camino a la libertad a través del pecho de la Miss Abril del año anterior, a la que por tanto había regalado un tercer pezón, que ahora mismo miraba fijamente a Trev y se meneaba. Era una estampa para descolocar al más pintado.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Carter.

—Todo lo que pueda —dijo Trev.

—¿Sabes que Andy va a por ti? A por ti y a por ese tío tan raro.

—Andy no me da miedo —dijo Trev. Como frase, era cierta por completo. Andy no le daba miedo: le inspiraba un terror mortal que le llegaba al tuétano, acompañado de un pavor visceral que le goteaba de las costillas como nieve derretida.

—Todos le tienen miedo a Andy, Trev. Si saben lo que les conviene —dijo Carter.

—¡Oye, Pedomeister, que soy Trevor Probable!

—Creo que vas a necesitar mucho más que eso.

Voy a necesitar mucho más que eso, pensó Trev mientras cruzaba la ciudad a toda prisa. Si hasta Pepe sabía que se cocía algo, seguro que el Viejo Sam también estaba al corriente, ¿no? Uy.

Aceleró con todas sus fuerzas hasta la plataforma trasera de la góndola de caballos y aterrizó en la calzada antes de que el revisor se acercase siquiera. Si no te pillaban subido a la góndola no podían pillarte en absoluto y, por mucho que les dieran esas hachas grandes y brillantes para disuadir a los pasajeros que no pagaban, todo el mundo sabía que a) les daba demasiado miedo usarlas y b) resultaba impensable la cantidad de problemas que se buscarían si realmente liquidaban a un miembro respetable de la sociedad.

Atravesó a la carrera el callejón que salía a la calle Cockbill, avistó otra góndola que avanzaba pesadamente en la dirección correcta, saltó al estribo y se agarró. Esa vez tuvo suerte. El revisor le echó un vistazo y puso gran cuidado en no verle.

Para cuando llegó al gran cruce conocido como los Cinco Caminos, había recorrido casi la anchura entera de la ciudad a una velocidad media superior a la de caminar y apenas había tenido que correr mucho trecho. Un resultado casi perfecto para Trev Probable, que no caminaba si podía ser llevado.

Y allí, justo delante de él, estaba el Hipopótamo. Había sido una pista de carreras hasta que trasladaron todo el tinglado a la otra punta de Ankh. Ahora era solo un espacio amplio que toda gran ciudad necesita para mercados, ferias, alguna que otra insurrección y, por supuesto, el cada vez más popular mercadillo de segunda mano, que se estilaba mucho entre las personas que querían volver a comprar sus propiedades.

Ese día estaba lleno, sin siquiera una pala robada a la vista. El campo estaba abarrotado de punta a punta de personas que pateaban balones de fútbol. Trevor se relajó un poco. Había sombreros puntiagudos a lo lejos y nadie parecía estar cometiendo ningún asesinato.

—¿Todo bien o qué, cómo va?

Bajó un poco su línea de visión.

—¿Qué tal, Ruina?

—Dicen que estás más o menos con el Atlético Invisible —dijo Y-Voy-A-La-Ruina Escurridizo, el hombre de negocios más emprendedor pero inexplicablemente menos exitoso de la ciudad.

—No me digas que has venido a vender empanadillas.

—Qué va, qué va —dijo Escurridizo—. Hoy hay demasiados aficionados. Yo no improviso mis empanadillas con basura para un hatajo de hinchas de fútbol borrachos y viejos.

—Entonces, ¿tus empanadillas son para…? —Trev dejó la pregunta colgando en el aire con un nudo corredizo al final.

—Además, las empanadillas ya están muy vistas —dijo Escurridizo con tono desdeñoso—. Soy un pionero de los productos licenciosos de fútbol.

—¿Y eso qué es?

—Genuinas camisetas autografiadas de los equipos y esa clase de cosas. Mira, por ejemplo. —Escurridizo sacó, de la gran bandeja que llevaba al cuello, una versión más pequeña de lo que sería una de las nuevas pelotas «¡gloing! ¡gloing!»si fueran más o menos la mitad de grandes y estuvieran mal talladas en madera—. ¿Ves esos trozos blancos? Es para que el equipo pueda firmarlas.

—¿Vas a hacer que las firmen, dices?

—Bueno, no, creo que la gente preferirá ocuparse de eso en persona. El toque personal, ¿sabes lo que te digo?

—¿O sea que en realidad solo son bolas de madera pintadas y nada más? —preguntó Trev.

—Pero ¡auténticas! —dijo Escurridizo—. Igual que las camisetas. ¿Quieres una? Cinco dólares por ser tú, y voy a la ruina. —Sacó un artículo de pobre algodón rojo y lo agitó con aire tentador.

—¿Qué es eso?

—Los colores de tu equipo, ¿no?

—¿Con dos úes amarillas grandes delante? —dijo Trev—. ¡Está mal! La nuestra lleva dos úes pequeñas entrecruzadas en el lado izquierdo del pecho, como una insignia. Muy estiloso.

—Viene a ser lo mismo —sentenció Escurridizo con dándose aires—. Nadie se dará cuenta. Y tenía que mantener un precio bajo para los críos. —Se le acercó un poco más—. ¿Me puedes contar algo sobre el partido de mañana, Trev? Parece que los equipos están armando una alineación dura. ¿Vetinari no va salirse del todo con la suya por una vez?

—Jugaremos un buen partido, ya lo verás —dijo Trev.

—¡Eso es! Nadie pierde con un Probable en el equipo, ¿eh?

—Yo solo echo una mano. No juego. Se lo prometí a mi difunta madre cuando murió mi padre.

Escurridizo miró a su alrededor, al abarrotado estadio del Hipopótamo. Parecía tener algo en mente aparte de la necesidad del siguiente dólar.

—¿Qué pasará si perdéis? —preguntó.

—Solo es un juego —respondió Trev.

—Ya, pero Vetinari ha empeñado su reputación en él.

—Es un juego. Unos ganan, otros pierden. Solo un juego.

—Hay mucha gente que no piensa igual —dijo Escurridizo—. Las cosas siempre salen bien para Vetinari —prosiguió, contemplando el cielo—. Y ahí está la magia, ¿comprendes? Todo el mundo cree que siempre acierta. ¿Qué te parece que pasará si se equivoca?

—Solo es un juego, te digo, Ruina, solo un juego… Nos vemos.

Trev siguió su camino. Había gente montando unas gradas de madera a un lado del campo y, como aquello era Ankh-Morpork, cuando dos o más personas se reunían, millares más acudían solo para preguntarse por qué.

Y allí estaba Ponder Stibbons, sentado a una larga mesa con varios de los capitanes de fútbol. Ah, sí, el Comité Normativo. Se había hablado de eso. Hasta con las reglas puestas por escrito, y siendo la mitad de ellas tan viejas como el propio juego, había unas cuantas cosas que precisaban aclaraciones. Llegó a tiempo para oír que Ponder decía:

—Miren, en el nuevo juego no puede darse la situación de que haya gente deambulando justo al lado de la portería del otro equipo.

—Antes funcionaba —dijo uno de los capitanes.

—Sí, pero la pelota vuela. Un chut potente puede cruzar medio Hipopótamo. Si alguien suma uno más uno, el portero no tendría ninguna oportunidad.

—O sea, lo que dice —tradujo el señor Stollop, que se había convertido en una especie de portavoz de los capitanes— es que tiene que haber dos hombres del equipo A delante de un hombre del equipo B para que pueda marcar.

—Sí, más o menos eso —respondió Ponder, envarado—, pero uno de ellos es el guardameta.

—Entonces, ¿qué pasa si uno de ellos se coloca por detrás justo antes de que chute?

—Pues que quedará lo que se conoce tradicionalmente como fuera de juego —respondió Ponder.

—Fuera de combate, más bien —dijo un capitán. Y como la frase tenía forma aproximada de humor, cosechó una carcajada—. Si eso es así, igual acabamos con un montón de maromos cruzándose todo el rato para dejar a los otros cabrones en posición ilegal y sin moverse de donde están, ¿no?

—Pese a todo, mantendremos esta regla. La hemos probado. Permite que haya libertad de movimiento en el campo. En el viejo juego, no era raro que los jugadores se llevasen el almuerzo y un ejemplar del Chicas, Risas y Ligas y no hicieran más que esperar a que les llegase el balón.

—Hola, Trev, ¿cómo te va? —Era Andy, y estaba justo detrás de él.

Hoy habrá unas mil personas aquí, pensó Trev con una lentitud curiosamente apacible. Y un montón de guardias. Desde aquí veo un par. Andy no intentará nada aquí en medio, ¿verdad?

Bueno, sí, podría hacerlo, porque eso era lo que lo convertía en Andy. La abejita que zumbaba en su cerebro podía chocar contra el sector equivocado y el tipo te trinchaba la cara. Ah, sí, y allí estaba Escaracho Atkinson con su madre, paseando como si solo quisiera tomar el aire.

—Hace tiempo que se no te ve el pelo, Trev —dijo Andy—. Has estado ocupado, supongo.

—Creía que estabas escondiéndote —señaló Trev a la desesperada.

—Bueno, ya sabes lo que dicen. Tarde o temprano se perdonan todos los pecados.

En tu caso, bastante tarde, pensó Trev.

—Además —prosiguió Andy—, he pasado página, ¿no lo sabías?

—¿Ah, sí?

—He salido del Lío —dijo Andy—. Tengo que superar mi etapa de golferas. Es hora de integrarme.

—Me alegro de oírlo —respondió Trev mientras esperaba el navajazo.

—O sea que soy titular del Deportivo Ankh-Morpork. —No era una navaja, pero ejerció un efecto bastante parecido—. Al parecer su señoría les dio la idea —continuó Andy con el mismo tono grasiento y amistoso—. Por supuesto, nadie quiere ser el equipo que se enfrente a tus magos, o sea que se ha montado uno nuevo para la ocasión, más o menos.

—Pensaba que tú nunca jugabas —dijo Trev con un hilo de voz.

—Ah, pero eso era en los malos tiempos, antes de que el fútbol se abriera a la iniciativa y el esfuerzo individual. ¿Ves esta camiseta? —Trev bajó la mirada. No había prestado mucha atención a lo que Andy llevaba puesto, solo a que estaba allí—. Blanca con ribetes azules —dijo Andy con alegría—. Muy resultona. —Se dio la vuelta. Llevaba a la espalda el número uno con el nombre «Andy Espinilla» escrito encima—. Idea mía. Muy bien pensado. Significa que sabremos quiénes somos desde atrás.

—Y yo les he dicho a tus magos que los caballeros de vuestro equipo tendrían que hacer lo mismo —añadió la señora Atkinson, que sin duda era una de las Caras más temidas que jamás hubiera enarbolado un paraguas afilado con malicia y premeditación. Los hombres hechos y derechos se apartaban de la señora Atkinson, porque si no los hombres hechos y derechos sangraban.

Justo lo que necesitamos, pensó Trev. Nuestros nombres también en la espalda, para ahorrarles la molestia de tener que ponerse delante antes de apuñalarnos.

—Pero en fin, no puedo quedarme aquí todo el día charlando contigo. Tengo que hablar con el equipo. Hay que pensar tácticas.

Habrá árbitro, pensó Trev. Estará la Guardia. Estará lord Vetinari. Por desgracia, también estará Andy Espinilla, y Huebo me quiere de ayudante o sea que yo también estaré. Si todo sale mal, el suelo del campo va a ser muy mal sitio y yo estaré en él.

—Y si te preguntas dónde está esa cría lela tuya, anda ahí atrás con la gorda. Madre mía, ¿qué debes de pensar de mí?

—Nada, hasta ahora mismo que has dicho eso —dijo Trev—. Y ahora pienso.

—Dale recuerdos al orco —concluyó Andy—. Qué pena que sea el último.

Se alejaron con paso tranquilo, pero Trev fue lo bastante rápido para apartarse antes de que la señora Atkinson le echara un tajo a la pierna con el paraguas.

Encontrar a Juliet. Encontrar a Huebo. Encontrar a Glenda. Encontrar ayuda. Encontrar un billete a Cuatroequis.

Trev nunca había luchado. Nunca había luchado de verdad. Sí, de pequeño se había visto arrastrado a alguna escaramuza y le había parecido diplomático estar entre los demás chavales con un arma improvisada en las manos. Era un experto en dar la impresión de que estaba en todas partes, gritando mucho y corriendo hacia el centro de la refriega, pero sin llegar nunca a alcanzar la auténtica acción. Podía acudir a la Guardia y decirles… ¿que Andy andaba haciendo amenazas? Andy siempre lanzaba amenazas. Cuando surgían problemas en el Lío como pasaba en ocasiones, cuando dos tribus acababan topando, siempre cabía la posibilidad de sumergirse en el bosque de piernas o, una vez en la que Trev estuvo realmente desesperado, la de correr sobre una serie de hombros… Pero ¿en qué estaba pensando? No iba a estar allí. No iba a jugar. Se lo había prometido a su difunta madre. Todo el mundo sabía que se lo había prometido a su difunta madre. Le gustaría jugar, pero a su mamá no le habría hecho gracia. Era como si su madre le hubiera escrito una nota: «Querido Andy, por favor no acuchilles hoy a Trevor porque ha prometido no jugar».

Parpadeó para ahuyentar la sensación de que ya había un cuchillo volando hacia él y oyó que la voz de Huebo decía:

—Sí, he oído hablar de Po-pompa.

Estaban Glenda, Juliet, Huebo, Juliet, una joven dama algo inquieta con un cuaderno y Juliet. También estaba Juliet, pero costaba reparar en ella porque Juliet estaba allí.

—Dice que quiere escribir un artículo —explicó Glenda, que a todas luces había interceptado a la periodista—. Es la señorita…

—Roz —respondió la chica—. Está en boca de todos, señor Huebo. ¿Querría responderme a unas preguntas, por favor? Tenemos un público muy de hoy en día.

—¿Sí? —aventuró Huebo.

—¿Cómo es ser un orco, s[[20]](#footnote-20)eñor Huebo?

—No estoy seguro. ¿Cómo es ser humana? —preguntó él.

—¿Han afectado sus experiencias como orco a su manera de jugar al fútbol?

—Yo solo jugaré de suplente. Mi papel es el de mero entrenador. Y debo decir, en respuesta a su pregunta, que no estoy seguro de que haya vivido muchas experiencias como orco hasta ahora.

—Pero ¿está aconsejando a los jugadores que les arranquen la cabeza a sus rivales? —preguntó la chica con una risilla.

Glenda abrió la boca, pero Huebo respondió con solemnidad:

—No, eso iría contra las reglas.

—Me cuentan que lo consideran muy buen entrenador. ¿A qué cree que se debe?

A pesar de la manifiesta estupidez de la pregunta, Huebo pareció sopesarla a fondo.

—Hay que tener en cuenta los horizontes de la posibilidad —respondió poco a poco—. E pluribus unum, los muchos devienen uno, pero por la misma regla de tres podría decirse que el uno deviene muchos, ex uno multi, y, en verdad, como dijo Von Sliss en La efluxión de la realidad, el uno, cuando se analiza con detenimiento, bien podría ser en realidad un muchos con otra ropa.

Glenda observó el rostro de la entrevistadora. Sus facciones no se habían movido, y tampoco su lápiz. Huebo sonrió para sus adentros y continuó:

—Y ahora estudiemos la cuestión a la luz, por así decirlo, del balón en movimiento. Creemos saber de dónde viene, pero dónde aterrizará es una incógnita en perpetua evolución, aunque solo se analice en el espacio cuatridimensional. Y en eso radica el acertijo existencial que afronta el rematador, porque remata y a la vez es rematado. Mientras vuela el esférico, todas las posibilidades están entrelazadas de forma inexorable, como dijo herr Frugal en Das Nichts des Wissens: «Ich kann mich nicht genau erinnern, aber es war so etwas wie eine Vanillehaltige süsse Nachspeisenbeigabe», aunque creo que en aquella época se estaba medicando. ¿Quién mueve y quién es movido? Dado que la solución solo puede alcanzarse mediante una manifestación conceptual que emplee, me parece, cierta percepción del espacio transfinito, se hace evidente que entre las posibilidades se cuenta que la pelota aterrice en todas partes a la vez o que resulte que nunca ha sido chutada. Es mi cometido reducir tal sobrecoste metafísico, por llamarlo así, y ofrecer a mis muchachos un paradigma aceptable, como podría ser: tú arréale fuerte por el centro, hijo, y al menos si el portero la para se irá a casa con las manos calentitas.

»Verá, lo que pasa es que lo importante del fútbol no es el fútbol. Se trata de una filosofía multidimensional fascinante en grado sumo, una extrusión, por así decirlo, de lo que el doctor Maspinder postuló en Das Meer von Unvermeidlichkeit. Usted me dirá, a buen seguro —prosiguió—, «¿Qué pasa con el 4—4—2 o hasta el 4—1—2—1—2?», ¿verdad? Y mi respuesta a eso sería: solo está el uno. Por tradición decimos que hay once jugadores en el equipo, pero eso se debe a nuestras percepciones, más bien débiles. En verdad, solo está el uno y, en consecuencia, yo diría —añadió con una risilla—, atreviéndome a adaptar una cita de Las puertas del engaño: no importa ganar o perder mientras marques más goles que el otro.

La chica miró alicaída su cuaderno.

—¿Podría repetirme eso pero en versión sencilla?

—Ah, lo siento —dijo Huebo—. Creía que era lo que había hecho.

—Y yo creo que ya basta por hoy —dijo Glenda, mientras agarraba a la chica del brazo.

—Pero si ni siquiera le he preguntado por su cuchara favorita… —protestó la reportera.

Huebo carraspeó.

—Bueno, habría agradecido un preaviso de esa pregunta porque es un ámbito bastante extenso, pero creo que la Gran Cuchara de Bronce de Cladh, que pesaba más de una tonelada, sería sin duda una de las candidatas, aunque no conviene olvidar el juego de cucharas, cada una de ellas más pequeña que un grano de arroz, que fabricó un artesano anónimo para las concubinas del emperador Con-Ti-Pao. Pero sin duda, al menos hasta donde alcanzo a saber, las sobrepasa la tristemente célebre cuchara mecánica de Jodido Estúpido Johnson, que al parecer podía remover el café tan deprisa que la taza se elevaba del plato y chocaba contra el techo. Oh, qué no daría por haber presenciado eso, aunque no muy de cerca, claro. Menos conocida, posiblemente, es la cuchara cantarina del ilustrado sabio Ly Tin Wheedle, capaz de amenizar cualquier banquete entonando canciones cómicas. Entre otras grandes cucharas…

—Ahora sí que basta —dijo Glenda, mientras tiraba de la chica por su propio bien.

—¿Es un orco? —preguntó ella.

—Eso dice todo el mundo —respondió Glenda.

—¿Eran todos así? Creía que lo suyo era desenroscar cabezas.

—Bueno, sospecho que la gente se aburre de hacer siempre lo mismo.

—Pero ¿cómo puede ser un experto en cucharas?

—Créeme, si alguien ha escrito alguna vez Grandes cucharas del mundo, el señor Huebo se lo ha leído.

Trev oyó la voz quejosa de la chica mientras Glenda, casi por la fuerza, la apartaba, o al menos la apartaba de Huebo.

—Lo que de verdad quería era hablar con Chul —le oyó decir, mientras pasaba por delante de Juliet sin mirarla a la cara—, pero está escondida, o eso dicen todos.

Trev se apresuró a formar un corrillo con los otros dos.

—Mañana va a haber muertos —dijo—. Los magos no pueden usar la magia y el Deportivo Ankh-Morpork estará formado por el hatajo de malnacidos más duros y ruines que hay fuera del Rapapolvo.

—Tendremos que cambiar nuestra táctica en consonancia, pues —dijo Huebo.

—¡La táctica me importa un hu… un comino! Estoy hablando de gente como Andy, Huebo. Y puede que no sea el peor.

—Pero todo es cuestión de táctica. Respetar los puntos fuertes y débiles y usar de forma apropiada el conocimiento —dijo Huebo.

—¡Escucha! —insistió Trev—. No habrá tiempo para esa clase de cosas.

—Si me permite citar… —empezó Huebo.

—¡He dicho que escuches! ¿Conoces alguna cita de alguien a quien hayan apuñalado por la espalda y después le hayan arreado una patada en los hu…? —Se detuvo y luego continuó—: Una patada cuando estaba tirado en el suelo, ¿eh? Porque en eso es en lo que tienes que pensar ahora mismo.

—La Guardia estará presente —dijo Huebo.

—Pero en general su manera de resolver un suceso complicado es tirar a todo el mundo al suelo —dijo Trev—. Eso lo simplifica.

—Tengo el convencimiento de que podemos derrotar a cualquier equipo de fútbol —dijo Huebo con tono tranquilizador.

Trev miró a su alrededor en una búsqueda desesperada de cualquiera con los pies en la tierra.

—¡Que no funciona así! ¡No es cuestión de fútbol!

—No quiero ver cómo le hacen daño a nadie —dijo Juliet.

—Pues tendrás que cerrar los ojos —dijo Trev—. Huebo, tú crees que todo va a ser muy bonito y muy deportivo, porque así está diseñado el nuevo fútbol, pero esa es la misma gente de siempre. ¿Sabes lo que pienso?

—Mi padre dice de que Vetinari no quedará muy bien si pierde el Atlético —dijo Juliet.

—¿Y él se alegrará? —preguntó Trev.

—Bueno, supongo que sí, pero hasta papá dice que probablemente es mejor tener al puñetero Vetinari que a la mayoría de hijos de puta que hubo antes.

Era porque la ciudad funcionaba, pensó Trev. Antes de que Vetinari se hiciera con el poder daba pena verla, y nadie sabía exactamente cómo se las había ingeniado. Había conseguido que la Guardia funcionase como era debido. Había arreglado la guerra entre enanos y trolls. Dejaba que la gente actuase a su antojo, siempre que lo hiciera al antojo de él. Por encima de todo, la ciudad rebosaba de gente y dinero. Todo el mundo quería vivir en Ankh-Morpork. ¿De verdad podía salir malparado solo porque el nuevo fútbol acabara en un fiasco? Bueno, por supuesto la respuesta era que sí, porque así era la gente.

Trev le comentó esa conclusión a Glenda cuando esta volvió de dejar a la perpleja Roz fuera del alcance de otra andanada filosófica de Huebo. Glenda miró a Trev y dijo:

—¿Crees que Vetinari lo sabe?

—No sé —respondió Trev—. Bueno, sé que en teoría tiene un montón de espías, pero no sé si ellos se habrán enterado de esto.

—¿Crees que alguien tendría que decírselo? —preguntó Glenda.

Trev se rió.

—¿Qué sugieres? ¿Que nos acerquemos en un momento al palacio, vayamos a su despacho y le soltemos: «Perdone, señor, hay unos asuntillos que se le han escapado»?

—Sí —dijo Glenda.

—Gracias, Drumknott, eso es todo de momento —dijo Vetinari.

—Sí, señor. —El secretario se despidió de lady Margolotta con un gesto de cabeza y salió en silencio del despacho como si patinara sobre aceite.

—Havelock, comprendo que Drumknott es muy competente, pero a mí siempre me ha parecido que es un hombrecillo más bien extraño.

—Bueno, tendría gracia que todos fuésemos iguales, señora mía, aunque reconozco que no mucha si todos fuéramos como Drumknott. Pero es leal y competente en extremo.

—Hum —dijo la señora—. ¿Tiene algo de vida personal?

—Me parece que colecciona artículos de papelería —respondió Vetinari—. A veces se me ha pasado por la cabeza que su vida cambiaría para bien si conociese a una joven dispuesta a disfrazarse de sobre de papel manila.

Estaban en el balcón del Despacho Oblongo, que ofrecía una vista perfecta del centro de la ciudad a la vez que dejaba al observador casi invisible.

—¿El acuerdo sigue adelante? —preguntó Vetinari.

—Desde luego —respondió la señora—. Paz al fin entre enanos y trolls.

Vetinari sonrió.

—La palabra «paz» suele definirse como un período de descanso y rearme antes de la siguiente guerra. ¿Fueron necesarios muchos asesinatos?

—¡Havelock, a veces te pasas de directo!

—Te ruego que me perdones; es que el progreso de la historia requiere carniceros además de pastores.

—No ha habido asesinatos —dijo la señora. Dirigió la mirada hacia el cielo—. Ha habido, sin embargo, un terrible accidente minero y un desprendimiento de rocas bastante inusual. Por supuesto, queda pendiente de arreglar el asunto de Loko. Los enanos siguen queriendo un exterminio total.

—¿Cuántos orcos quedan?

—Nadie lo sabe. A lo mejor Huebo será capaz de encontrarlos.

—No debemos cometer un genocidio —dijo Vetinari—. La historia acostumbra a pasar cuentas.

—Huebo se está destapando como toda una sorpresa.

—Eso tengo entendido. A juzgar por los informes que he ido recibiendo, es todo lo que no eran los orcos.

—Pero debajo de todo seguirá quedando un orco —observó la señora.

—Me pregunto qué queda debajo de todos nosotros —dijo Vetinari.

—Has asumido un riesgo muy grande, lo sabes —dijo lady Margolotta.

—Señora mía, esta ciudad es toda riesgo, se lo aseguro.

—Y el poder es un juego de ilusionismo —dijo la señora mientras estiraba el brazo hacia el vino.

—Es curioso, pero el comandante Vimes me lo recuerda casi todos los días. Ningún cuerpo policial podría aguantar contra una población enfurecida y resuelta. El truco es no dejar que se den cuenta. ¿Sí?

Llamaban a la puerta. Volvía a ser Drumknott.

—Lamento interrumpir, señor, señora, pero dadas las circunstancias me ha parecido buena idea. —Sorbió por la nariz—. Es la mujer de las empanadas.

—Ah, la señorita Habichuela, legendaria inventora de la célebre empanada de labrador —dijo Vetinari. Miró de reojo a la señora—. Y amiga del señor Huebo.

—La conozco, Havelock. Me riñó.

—Sí, eso lo hace muy bien. Te sientes como si te hubieras dado un buen baño frío. Que pase, Drumknott.

—La acompaña un joven. Lo he reconocido y es Trevor Probable, hijo del famoso futbolista Dave Probable, y ella me informa de que, en efecto, le ha traído una empanada de labrador.

—¿Aceptarás comida sin catar de una particular? —preguntó la señora, horrorizada.

—De esta, desde luego —respondió Vetinari—. Es de todo punto imposible que le eche veneno a nada. No por respeto a mí, que quede claro, sino por respeto a la comida. No te vayas. Creo que esto te resultará… interesante.

La empanada aún aguantaba caliente en las manos de Glenda cuando entró en el Despacho Oblongo. Ella, en cambio, casi se congeló al poner la vista en lady Margolotta, pero cierto vigor tomó las riendas.

—¿Tengo que hacer una reverencia? —preguntó.

—No a menos que sienta la necesidad.

—Venimos a darle un aviso —dijo Trev.

—Ciertamente. —Vetinari alzó una ceja.

—El Deportivo Ankh-Morpork pasará por encima del Atlético Invisible, y con botas de suela gorda.

—Vaya, hombre. ¿Cree que sucederá eso?

—¡No son jugadores cualquiera! —farfulló Trev—. Salen del Lío. Irán armados.

—Ah, sí. El fútbol como guerra —dijo Vetinari—. Bueno, gracias por informarme.

Se hizo el silencio. Vetinari lo interrumpió diciendo:

—¿Deseaban decirme algo más? —Miró la empanada que Glenda sostenía ante ella como una especie de aparato de castidad.

—¿No puede usted hacer nada? —preguntó ella.

—Es un juego, señorita Habichuela. Habiendo sugerido yo el partido de buen principio, ¿qué impresión le parece que daría si interviniese? A fin de cuentas, habrá reglas. A fin de cuentas, habrá árbitro.

—A ellos les dará igual —dijo Trev.

—Entonces supongo que la Guardia tendrá que cumplir con su deber. Y ahora, si me disculpan, tengo asuntos de Estado a los que atender, pero por favor deje la empanada.

—Un momento —dijo la señora—. ¿Por qué ha venido a avisar a su señoría, señorita?

—¿No es eso lo que se supone que hay que hacer? —replicó Glenda.

—¿Y ha entrado como si tal cosa?

—Bueno, la empanada ha ayudado.

—No es la primera vez que nos vemos, ya lo sabe —dijo la señora.

Miró fijamente a Glenda, que le sostuvo la mirada hasta que por fin logró responder:

—Sí, lo sé, y no tengo miedo ni me arrepiento.

La batalla de miradas duró un año de más, y entonces lady Margolotta volvió la cabeza bruscamente y dijo:

—Bueno, una de las dos cosas es verdad, pero estoy segura de que disfrutaré de la empanada y también del partido.

—Sí, sí —dijo Vetinari—. Gracias a los dos por venir, pero si nos disculpan tenemos asuntos de Estado que resolver.

—¡Bueno! —exclamó lady Margolotta cuando la puerta se cerró tras ellos—. ¿Qué clase de gente estás incubando en esta ciudad tuya, Havelock?

—De lo mejorcito, diría yo —respondió Vetinari.

—¿Dos personas cualesquiera pueden interrumpirte sin siquiera una cita?

—Pero con una empanada —observó Vetinari con rapidez.

—¿Los estabas esperando?

—Digamos tan solo que no me he sorprendido demasiado —respondió Vetinari—. Desde luego estoy al corriente de la alineación del Deportivo Ankh-Morpork. También la Guardia.

—¿Y vas a dejarles salir al campo con una panda de magos viejos que han prometido no hacer magia?

—Una panda de magos viejos y el señor Huebo —dijo Vetinari con despreocupación—. Al parecer se le da muy bien la planificación táctica.

—No puedo permitirlo.

—Esta es mi ciudad, Margolotta. No hay esclavos en Ankh-Morpork.

—Él está a mi cuidado. Pero supongo que eso tampoco lo tendrás en cuenta.

—Esa es exactamente mi intención. Al fin y al cabo, es solo un juego.

—Pero lo importante de un juego no es el juego. ¿Y qué tipo de juego crees que te darán mañana?

—Una guerra —dijo Vetinari—. Y lo importante de la guerra sí es la guerra.

Lady Margolotta agitó su larga manga con un gesto brusco de muñeca y de repente apareció una fina daga de plata en su mano.

—Te sugiero que la cortes por la mitad —dijo Vetinari, señalando la empanada—, y yo escogeré qué mitad me quedo.

—¿Qué pasa si una parte tiene más cebollas en vinagre que la otra?

—En ese caso creo que el asunto quedará abierto a negociaciones. ¿Te apetece más… vino?

—¿Has visto que ha intentado sostenerme la mirada? —preguntó Margolotta.

—Sí —dijo Vetinari—. He visto que lo ha conseguido.

Cuando Glenda y Trev volvieron al Hipopótamo, Huebo los miró con aire expectante.

—Casi no nos ha hecho ni caso —dijo Trev.

—Ya veo —replicó Huebo—. Confío en nuestra victoria de mañana. Estoy del todo convencido de que seremos tácticamente imbatibles.

—Yo solo me alegro de que no voy a jugar, nada más —dijo Trev.

—Sí, señor Trev, es una auténtica pena.

Desde la mesa cercana, donde la Liga de Fútbol estaba improvisando ajustes de última hora, les llegó la voz de alguien que decía:

—Que no, que no, que siguen sin entenderlo. Si un jugador del equipo B está más cerca del guardameta, no, miento, si está más cerca de la portería que el portero, entonces mete el gol pero seguro. Es lógico.

Sonó un suspiro que solo podía haber surgido de Ponder Stibbons.

—No, no creo que entienda…

Otra voz se sumó al debate.

—¡Si el portero está tan lejos de su portería es que es un lerdo!

—Mirad, vamos a volver a empezar —dijo otra voz—. Pongamos que yo soy este de aquí. —Trev miró en la dirección de la voz y vio que uno de los hombres daba un capirotazo a una bolita de papel sobre la mesa—. Vale, he chutado la pelota hasta ahí y este soy yo, este trozo de papel. Luego ¿qué? —Dio otro golpe con el dedo a la bola de papel, que chocó contra el lápiz de Ponder.

—¡No! Eso ya lo he explicado. Y dejen de lanzar papelitos de un lado a otro. Me confunde mucho.

—Pero si ahora le hace un recorte, funciona seguro —dijo una voz.

—Espera un momento, espera —dijo otra voz diferente—. ¿Qué pasa, vale, si controlas la pelota en tu campo, corres hasta el final, sin pasársela a nadie, y la metes en la red?

—Eso sería perfectamente legal —aclaró Ponder.

—Ya, pero eso no pasará ni de coña, ¿verdad? —dijo el hombre que acababa de disparar un pedazo de papel mojado y le había gustado tanto que había lanzado otro.

—Pero si lo intentara y lo consiguiese sería una jugada magnífica, ¿verdad? —dijo Ponder.

—¿Dónde está nuestro equipo? —preguntó Trev, mirando a su alrededor.

—Les he sugerido que se acostaran temprano —respondió Ponder.

—Acostarse temprano para los magos significa las dos de la mañana —señaló Glenda.

—También he dado instrucciones de que el equipo tome una cena especial esta noche —dijo Huebo—. Hablando del tema, señorita Glenda, tendré que pedirle que cierre con llave la cocina nocturna.

Un silencio pétreo sobrevolaba el comedor esa noche.

—Yo no como ensalada —dijo el cancelero Nobbs (sin parentesco)—. Me da gases.

—¿Cómo puede vivir un hombre sin pasta? —clamó Bengo—. ¡Es pura barbarie!

—Espero que observen que mi plato está tan desolado como el suyo, caballeros —dijo Ridcully—. El señor Huebo es nuestro entrenador y yo le he cedido el asiento del conductor. Esta noche tampoco se fumará.

Se elevó un coro de consternación y el archicanciller alzó la mano para imponer silencio.

—Además, hay otra instrucción… —Miró más de cerca la letra, bastante descuidada, de Huebo y se sonrió un poco—. No habrá congreso sexual.

El anuncio no provocó la reacción que había esperado.

—Eso significa hablar de ello, ¿no? —dijo el catedrático de Estudios Indefinidos.

—No, eso es sexo oral —dijo Rincewind.

—No, eso es escucharlo.

Bengo Macarona los miraba patidifuso.

—Bien, no quiero ninguna escapada a por tentempiés de medianoche —advirtió Ridcully—. Hay reglas. La señora Panadizo y la señorita Habichuela han sido informadas de que en esto respaldo por completo la autoridad del señor Huebo. Estoy seguro de que harán gala de su entereza, caballeros.

—En un intento de demostrar mi solidaridad con el resto del equipo —dijo el catedrático de Runas Recientes—, tengo motivos para creer que hay algo de queso en la ratonera de mi habitación.

Ridcully se quedó solo, con el eco de las sillas al caer como única compañía.

El archicanciller se dirigió a su cuarto y lanzó su sombrero al perchero. Tiene que haber reglas, se dijo, y tiene que haber una regla para ellos y otra para mí. Fue a su cama de ocho postes y abrió el compartimiento que contenía el frasco de tabaco. En lugar de él se encontró una notita, que rezaba:

Querido archicanciller:

De acuerdo con su ratificación de las instrucciones del señor Huebo en el sentido de que el profesorado debe tener vedado el acceso a la comida o los utensilios de fumador esta noche, me he tomado la libertad de recoger sus cigarrillos y su tabaco de pipa. Aprovecho para mencionar que he vaciado la fresquera de los fiambres y encurtidos de costumbre para evitar tentaciones.

—Mierda —exclamó Ridcully entre dientes.

Fue a su ropero y rebuscó en el bolsillo de su batín, donde encontró una nota que decía:

De acuerdo con las reglas del señor Huebo, ratificadas por usted, archicanciller [y resultaba asombroso el tono de reproche que podía transmitir la señora Panadizo con su prosa], me he tomado la libertad de retirar sus caramelos de menta de emergencia.

—¡Cambio y decadencia! —clamó Ridcully al aire nocturno—. ¡Estoy rodeado de traidores! Me ponen la zancadilla al menor descuido.

Caminó con pasos desconsolados hasta su librería y sacó el Prontuario oculto de Boddrys, un libro que se sabía de memoria. Y como se lo sabía de memoria, la página 14 era la antesala de una pequeña cavidad muy apañada, que contenía un paquete de caramelos de regaliz extrafuerte, una onza de tabaco Alegre Marinero y un librillo de papel Hechizla… amén de, como descubrió, una notita:

Querido archicanciller:

Ya no he tenido valor. Señora Panadizo.

La oscuridad parecía mayor que otras veces. Por lo general, los dictámenes del archicanciller se acataban, y los miembros del Atlético Invisible, lanzados a la búsqueda de comida, se encontraron todas las puertas cerradas a cal y canto. Todas las despensas tenían la llave echada y estaban reforzadas a prueba de hechizos. El equipo deambulaba impotente de un pasillo a otro.

—En mi habitación tengo un poco de pasta recalentable —dijo Bengo Macarona—. Me la dio mi abuela antes de que viniera. Aguantará diez años y mi abuela dice que estará igual de buena dentro de esos diez años que ahora. Lamento decir que podría ser verdad.

—Si va a por ella, podríamos cocinarla en mi habitación —propuso el catedrático de Runas Recientes.

—Como vean. Contiene testículos de caimán, porque alimentan mucho. En casa son muy populares.

—No sabía que los caimanes tuvieran testículos —dijo el catedrático de Runas Recientes.

—Ya no los tienen —dijo el cancelero Nobbs (sin parentesco).

—Yo tengo una galleta, podríamos compartirla —dijo Ponder Stibbons. Lo acribillaron al instante sus miradas inquisitivas—. No —añadió—, no voy a contramandar las órdenes del archicanciller más allá de eso. Me lo recordaría toda la vida, caballeros. Sin jerarquía no somos nada.

—Seguro que el Bibliotecario tiene plátanos —dijo Rincewind.

—¿Está seguro? —preguntó Macarona.

—Me parece que el Bibliotecario tiene un lema para estos casos: «Si intentas quitarme los plátanos, los recobraré de tus frías manos muertas».

Trev, agazapado entre las sombras, esperó hasta que el fragor de los estómagos se apagó en la distancia y luego volvió corriendo y llamó a la puerta cerrada de la cocina nocturna.

—Se han juntado todos y van hacia la Biblioteca.

—Bien, creo que compartirá sus plátanos con ellos —dijo Huebo.

—La verdad es que no le veo sentido —comentó Glenda.

—El sentido es que se hagan amigos. Compañeros en la adversidad. Son un equipo. Eso es el fútbol. Hay que entrenar a un equipo para que sea un equipo y no pondré ninguna objeción a que por la mañana disfruten de un copioso desayuno.

Huebo estaba cambiando, pensó Trev.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal, Huebo?

—Casi todas las preguntas que me hace la gente son personales, pero adelante, señor Trev.

—Bueno, esto, vale. A veces pareces grande y a veces, pequeño. ¿Qué pasa?

—Es algo que llevamos incorporado —dijo Huebo—. Creo que es producto de la contracción y expansión del campo mórfico. Afecta a sus percepciones.

—Es verdad que, cuando estás alterado, pareces muy pequeño —dijo Glenda.

—¿Qué tamaño aparento ahora?

—Bastante grande —respondió Trev.

—Bien —dijo Huebo, mientras se servía un pedazo de empanada—. Mañana pretendo parecer más grande todavía.

—Tenemos que hacer algo más —señaló Trev—. Pepe quiere ayudarme. Cree que voy a jugar a fútbol.

—Es que va a jugar a fútbol —dijo Huebo.

—¡No! ¡Ya lo sabes! Se lo prometí a mi difunta madre y no puede faltarse a una promesa hecha a una difunta madre, que en paz descanse. ¿Tienes llave de la bodega, Glenda?

—A ti te lo iba a decir, Trev Probable.

—Ya me lo parecía. Quiero dos botellas del mejor coñac. Y, ejem, ¿podríais acompañarme todos, por favor? Creo que Pepe tiene buenas intenciones, pero él, hum, bueno, ya lo conocéis, es medianoche y tal…

—Creo que conozco a Pepe —dijo Glenda.

Había un centinela ante la puerta de atrás de Bruño’s, pero antes de que pudiera siquiera pensar en ahuyentar a Trev y sus guardaespaldas, Pepe apareció.

—¡Caramba! Tres amigotes. Debo de dar mucho susto —dijo, con una sonrisa lasciva—. Hola, amigotes, ¿traéis el coñac?

—Sí; ¿a qué viene esto, Pepe? Le has metido el miedo en el cuerpo a Trev —replicó Glenda.

—¡De ningún modo! Hoy en día no le meto el miedo a casi nadie. Solo le he dicho que iba a jugar el partido.

—Se lo prometí a mi difunta madre —repitió Trev, aferrándose a la declaración como si fuera una minúscula balsa en un mar picado.

—Pero tienes una estrella en la mano y muy poca elección.

Trev se miró la palma.

—Yo solo veo un montón de líneas.

—Bueno, hay quien tiene el don de la vista y hay quien no. Yo soy de los primeros. Es metafórico, claro. Lo único que pasa es que quisiera regalarte una cosilla que a lo mejor te resulta útil mañana. Pero ¿qué digo? Podría salvarte la vida, joder —dijo Pepe—. Desde luego salvará tu matrimonio. Estoy seguro de que a las damas, aquí presentes, les gustaría saber que Bruño’s se ha desvivido por ti.

—Si te sirve de algo, Trev, yo confío en Pepe —dijo Glenda.

—Y este es el señor Huebo —presentó Trev—. Es un amigo.

—Sí. Sé lo que es el señor Huebo —dijo Pepe—. Y usted también puede venir. Es un placer… conocerlo. —Se volvió hacia Glenda—. Ustedes quédense aquí, señoritas —dijo—. Esto no es tarea para una dama. —Se llevó a los chicos a la penumbra—. Lo que voy a enseñarles, caballeros, es alto secreto, y si me buscas las cosquillas, Trev Probable, haré cosas que dejarán a Andy Espinilla como un abusón de patio de recreo.

—Andy fue un abusón de patio de recreo —dijo Trev, mientras llegaban a lo que era a todas luces una forja.

—Micromalla —anunció Pepe con satisfacción—. El mundo no sabe aún ni la mitad de lo que vale.

—Solo parece una tela de malla fina —observó Huebo.

—Es un material extraño —dijo el enano—. Puedo dejarte un jubón y unos calzones cortos, y más vale que me los traigas de vuelta, chaval, o sufrirás las consecuencias en tu culo y no bromeo. Esto no solo sirve para que las chicas estén guapas. Te sorprendería de lo que es capaz con apenas un mínimo cambio en la aleación. —Señaló un montón resplandeciente—. Es ligero como una pluma y no pica, ya sabes.

—¿Y qué más hace?

—Dentro de un minuto te lo enseño. Ponte unos calzones.

—¿Cómo, aquí? —preguntó Trev.

De algún modo, Pepe recordaba a un pequeño demonio a la luz de la forja.

—¡Anda, nos ha salido vergonzoso! —exclamó—. Venga, pásate un par por encima del pantalón, de momento, y mira si soy bueno que me daré la vuelta incluso así. —Apartó la mirada y trasteó un poco con las herramientas de al lado del yunque—. ¿Los llevas puestos? —preguntó, tras escuchar varios minutos de respiraciones trabajosas.

—Sí, esto… bueno, son cómodos.

—De acuerdo —dijo Pepe—. Esperad aquí un momento. —Desapareció en la oscuridad y, tras una sucesión de ruidos extraños, volvió a aparecer a la luz, con paso lento y dificultoso.

—¿Qué es eso que llevas puesto, Pepe? —preguntó Trev—. Parece un montón de cojines.

—Nada, solo un poco de protección —respondió el enano—. Y ahora, si pudiese retroceder un poquito, señor Huebo, y Trev, si me haces el favor de poner las manos encima de la cabeza podré tomarte mejor las medidas. —Se volvió de espaldas a ellos—. De acuerdo, Trevor, ¿tienes las manos sobre la cabeza?

—Sí, sí.

En ese momento, Pepe giró sobre sus talones y le golpeó con todas sus fuerzas en la entrepierna con un mazo de diez kilos…

Sorprendentemente, el único efecto fue que Pepe salió disparado contra la pared opuesta.

—¡Perfecto! —dijo su voz, ahogada por el acolchado.

Llegó la mañana, pero a Glenda le pareció que no había noche ni día, trabajo o descanso, sino solo fútbol, por delante de todos ellos, uniéndolos. En la Gran Sala, los miembros del equipo tenían una mesa para ellos solos. Sirvientes y magos codo con codo, atracándose como solo sabía hacerlo la Universidad Invisible.

El fútbol se adueñó del día. No pasaba nada que no tuviera que ver con el fútbol. Desde luego no hubo clases. Por supuesto, nunca las había, pero al menos ese día la falta de asistencia era achacable a la emoción generada por el inminente partido, en vez de al puro desinterés. Además, al cabo de un rato, Glenda cobró conciencia del runrún que surgía de la ciudad en sí.

Había una muchedumbre fuera de la universidad; había una muchedumbre, incluso tan temprano, haciendo cola para entrar en el Hipopótamo. El fragor de cien mil personas unidas por un único propósito se elevaba como el zumbido de un enjambre lejano.

Glenda regresó al santuario de la cocina nocturna e intentó pasar el rato horneando algo, pero la masa se le caía por entre los dedos.

—¿Te pasa algo? —preguntó Juliet.

—Espero que ganemos —dijo Glenda.

—Toma, pues claro que ganaremos —replicó Juliet.

—Eso está muy bien hasta el momento en que perdamos —dijo Glenda—. Sí, ¿quién es?

Se abrió la puerta y entró Pepe, más elegante que de costumbre.

—Hola, señoritas —saludó—. Traigo un mensaje para vosotras. ¿Cómo pensabais ver el partido?

—Lo que sea mientras podamos estar cerca —respondió Glenda.

—Pues propongo una cosa —dijo Pepe—. Madame tiene los mejores asientos del estadio. Nada turbio, solo un legítimo y descarado soborno. Bruño’s tiene que dejarse ver, como comprenderéis. Hay que mantener la micromalla a la vista del público.

—¡Me encantaría! —gritó Juliet. Y hasta Glenda descubrió que su cinismo automático e inmediato le estaba fallando.

—Habrá jerez —añadió Pepe.

—¿Habrá algún famoso? —preguntó Juliet.

Pepe se le acercó, le dio un golpecito suave en el pecho y dijo:

—Sí. Tú, señorita. Todo el mundo quiere ver a Chul.

Parecía que los relojes marchasen hacia atrás. Habían suspendido todos los permisos de la Guardia, pero costaba imaginarse qué delitos podrían cometerse en unas calles en las que nadie era capaz de moverse. Una riada de humanidad —bueno, mayoritariamente humanidad— fluía hacia el estadio, rebotaba contra él, se desbordaba y en su reflujo iba llenando más y más superficie de la ciudad. El partido se disputaría en el Hipopótamo, pero la muchedumbre llegaba hasta la plaza Sator y, al final, la presión de tantos ojos puestos en las manecillas de tantos relojes movió el tiempo hacia delante.

Solo el equipo, y Trev, permanecían en la Gran Sala, pues todos los demás habían partido mucho antes en un vano intento de asegurarse un sitio. Deambularon ociosos de un lado a otro pasándose la pelota hasta que aparecieron Ponder, Huebo y el archicanciller.

—¡Bueno, gran día, muchachos! —exclamó Ridcully—. Además parece que hará buen tiempo. Ya están todos esperándonos para que les ofrezcamos un buen espectáculo. Quiero que acometan esto con fidelidad a las nobles tradiciones deportivas de la Universidad Invisible, que consisten en hacer trampas siempre que no les miren, aunque me temo que las probabilidades de que alguien pase desapercibido el día de hoy son remotas. Pero en cualquier caso, quiero que todos den el ciento diez por ciento.

—Disculpe, archicanciller —dijo Ponder Stibbons—. Entiendo el sentido de lo que dice, pero solo hay un cien por ciento.

—Bueno, podrían dar el ciento diez por ciento si se esforzaran más —dijo Ridcully.

—Bueno, sí y no, señor. En realidad, con eso solo volverían más grande el cien por ciento, sin que dejase de serlo. Además, existe un límite a lo que puede correr un hombre, o a lo que puede saltar. Solo quería dejarlo claro.

—Aclarado queda, bien hecho —dijo Ridcully, olvidando su intervención al instante. Contempló las caras—. Ah, señor Probable, ¿supongo que no puedo hacer nada para meterlo en el equipo? Sería toda una pluma en nuestro gorro que jugase para el Atlético Invisible el chaval de Dave Probable. Hablando de plumas, veo que mi colega el profesor Rincewind ha tenido el cómico detalle de ponerse ya una blanca en el sombrero.

—Bueno, señor, ya sabe lo que pasa —farfulló Trev.

—Su difunta madre —dijo Ridcully, asintiendo con gesto comprensivo.

—Se lo prometí, señor —corroboró Trev—. Sé que ha fallecido, pero estoy seguro de que me observa todavía, señor.

—Bueno, eso es bonito y habla bien de usted. ¿Hay algo más que decir? Ah, sí, caballeros: la señora Panadizo, como tiene por costumbre en estas ocasiones, ha organizado a sus doncellas para que se vistan de forma adecuada y nos animen desde las bandas. —Su cara se convirtió en una máscara inexpresiva mientras continuaba—: La señora Panadizo, inexplicablemente, se toma estas cosas con entusiasmo y un desacostumbrado vigor atlético. Habrá levantamiento de piernas, me cuentan, pero si van con cuidado con dónde van a parar sus miradas, no tendrían por qué ver nada que les alterase demasiado.

—Perdone, señor —dijo Rincewind—. ¿Es cierto que algunos de los jugadores del Deportivo Ankh-Morpork son solo un hatajo de matones del Lío?

—Podría haberlo dicho con más tacto… —empezó Ridcully.

—Perdone, señor —dijo Trev—, pero es cierto del todo. Yo diría que la mitad, más o menos, son leñeros honestos, y el resto, auténticos cabrones.

—Bueno, estoy seguro de que venceremos —sentenció Ridcully con jovialidad.

—Yo también querría hacer unos comentarios antes de partir, señor —dijo Huebo—. ¿Un par de consejos, tal vez? En estos pocos días les he enseñado todo lo que sé, aunque no sepa cómo lo sé. Como ya saben, soy un orco y, con todo lo demás que fuésemos, los orcos éramos jugadores de equipo. En consecuencia, ustedes juegan no como individuos, sino como un equipo. Creo que fue Von Haudenbrau quien dijo…

—No creo que tengamos mucho tiempo para atravesar el gentío —dijo Ridcully, que ya se esperaba la frase—. Gracias, señor Huebo, pero en verdad creo que deberíamos ponernos en marcha.

Quienes observasen desde arriba habrían visto temblar las abarrotadas calles de la ciudad mientras la oruga roja que era el Atlético Invisible se abría paso hasta el campo. Sonaron vítores y abucheos y, como aquello era Ankh-Morpork, por lo general se ocupaban de ambas cosas todos los implicados a ratos alternos.

Para cuando el guardia interino Bluejohn y otros dos trolls de la Guardia hubieron abierto las puertas a base de fuerza bruta contra la presión de los cuerpos, el ruido era ya un único gran martillo de sonido. Los agentes trolls les abrieron un camino con esa previsión y delicadeza que son el sello del control policial de multitudes. Conducía a una zona vallada y muy vigilada, en el centro de la cual esperaban el archicanciller antes conocido como decano, el equipo entero del Deportivo Ankh-Morpork y su excelencia el duque de Ankh, comandante de la Guardia de la Ciudad, sir Samuel Vimes, con cara de malas pulgas.

—¿Qué diablos os proponéis hacerle a mi ciudad, payasos? —preguntó airado, y miró hacia Vetinari, sentado en su palco en mitad de la grada. Alzó la voz—. Me he estado dejando la piel durante este último mes para encarrilar el Acuerdo VK y resulta que, justo cuando los enanos y los trolls se están dando la mano, la mar de amigos, a vosotros os da por empezar vuestro propio VK.

—Venga, vamos, Sam —dijo Ridcully—. Solo es un día de fiesta.

—Hay gente haciendo cola a las puertas —replicó Vimes—. Las puertas… de la ciudad. ¿Cuánta magia hay en todo esto?

—Ninguna, Sam, que nosotros sepamos. No se usará magia durante el partido, eso está hablado y acordado, y el dec… —Ridcully tragó saliva con fuerza—. El archicanciller de la Universidad de Durafacies se hace responsable del amortiguamiento táumico del estadio.

—Entonces deja que te diga una cosa —advirtió el comandante—: Ninguno de mis hombres pondrá un pie en el terreno de juego, pase lo que pase. ¿Hablo claro?

—Más claro que el agua, Sam.

—Lo siento, archicanciller, por ahora soy el comandante de la Guardia de la Ciudad, no Sam, si no le importa —dijo Vimes—. Toda esta condenada ciudad es un accidente esperando a… No, un accidente que ya ha sucedido, y cualquier cosa que salga mal empeorará muy deprisa. No consentiré que se diga que el problema fue la Guardia. Sinceramente, Mustrum, de verdad que esperaba algo mejor de ti.

—Archicanciller, gracias —corrigió Ridcully con frialdad.

—Por lo que a mí respecta —prosiguió Vimes—, esto es una pelea entre pandillas rivales. ¿Sabe cuál es mi trabajo, archicanciller? Mantener la paz, y si por mí fuera los arrestaría a todos, pero su señoría no me deja.

Ridcully carraspeó.

—Permítame expresarle mi felicitación, señor, por el excelente trabajo que ha estado realizando en el valle del Koom.

—Gracias —dijo Vimes—. Por tanto, sospecho que puede imaginar cuánto me alegro de verme envuelto en otra clase de guerra. —El comandante se volvió hacia el archicanciller Henry—. Es un placer verlo de nuevo, señor, es bueno ver que la vida le ha sonreído. Le inform[[21]](#footnote-21)o oficialmente de que, como árbitro, aquí le cedo la imposición de la ley. Dentro de estas líneas, es fútbol; supere la línea y se encontrará conmigo. —Se volvió de nuevo hacia Ridcully—. Ojito con lo que hace, archicanciller.

Partió, y los guardias desfilaron a su espalda.

—Bueno, bueno, sospecho que el buen comandante tiene muchas cosas en la cabeza últimamente —dijo el archicanciller Henry, animado. Sacó su reloj—. Me gustaría hablar con los capitanes.

—Bueno, sé que yo soy uno de ellos —dijo Ridcully.

Un hombre dio un paso al frente de entre las filas del Deportivo.

—Joseph Gorrin, de los Paqueteros Porcinos, para servirle. Capitán, por mis pecados.

Gorrin tendió la mano a Ridcully y hay que decir en su favor que apenas hizo una mueca cuando este le dio un firme apretón.

—Bueno, caballeros —dijo el ex decano—. Estoy seguro de que conocen las reglas, que para algo las hemos repasado tanto. Quiero un partido limpio. Un pitido largo de mi silbato significa que interrumpo el juego porque se ha cometido una infracción o por cualquier otro motivo conocido en ese momento solo para mí. Un pitido más largo todavía, que supongo que será más bien un pitazo, señalará el fin de la primera parte y un descanso para refrescarse, tras el cual se reiniciará el encuentro. Durante esa media parte, creo que habrá un desfile de la banda de acordeones de Ankh-Morpork; supongo que la vida nos somete a pruebas como esta. Permítanme recordarles, caballeros, que en el descanso se cambia de campo. Además, hagan el favor de aclarar a su equipo que la portería que tienen que buscar no debería quedar detrás de ellos. Si veo alguna infracción grave, el jugador responsable será expulsado del campo. Un pitazo bastante más largo, que por mi parte durará hasta que me quede sin aliento, señalizará el final del partido. También quisiera recordarles, como ha dejado claro el comandante Vimes, que entre estas cuatro líneas de tiza más bien pegajosas, yo soy el depositario de un poder inferior tan solo al de los propios dioses, y aun eso a lo mejor. Si en cualquier momento queda claro que las reglas no son prácticas, las cambiaré. Cuando toque el silbato, levantaré mi bastón y desencadenaré un conjuro que evitará cualquier uso posterior de la magia dentro de estas líneas sagradas hasta que termine el encuentro. ¿Entendido?

—Sí, señor —respondió el señor Gorrin.

—¿Mustrum? —preguntó el ex decano, con cierto énfasis.

—Sí, sí, de acuerdo —gruñó Ridcully—. Estás disfrutando al máximo de tu pequeño momento, ¿eh? Hala, empecemos de una vez.

—Caballeros, hagan el favor de formar a sus equipos para el canto del himno nacional. Señor Stibbons, creo que me ha encontrado un megáfono, muchas gracias. —Se llevó el cuerno a los labios y gritó por él—: Damas y caballeros, en pie para el himno nacional.

El canto del himno siempre dejaba algo que desear, pues la buena gente de Ankh-Morpork consideraba que era poco patriótico cantar canciones sobre lo patriótico que uno era: alguien que entonase una canción sobre lo patriótico que era o bien tramaba algo o bien era un jefe de Estado.

Un problema adicional ese día en cuestión radicaba en[[22]](#footnote-22) la acústica del campo, que era demasiado buena, sumada al hecho de que la velocidad del sonido en una punta del estadio estaba ligeramente desacompasada respecto del otro extremo, una pega exacerbada cuando cada lado intentaba corregirla por su cuenta.

Esas anomalías acústicas no contaban mucho para quien se encontrase cerca de Mustrum Ridcully, puesto que el archicanciller era uno de esos caballeros que cantan maravillosamente, con una vocalización correcta y muy, muy alto.

—«Cuando los dragones eructan y los hipopótamos huyen, mis pensamientos, Ankh-Morpork, hacia ti fluyen» —empezó.

Trev, sorprendido, reparó en que Huebo se encontraba muy tieso, en posición de firmes. Mientras movía la boca con el piloto automático, contempló las filas formadas del Deportivo Ankh-Morpork. Mitad y mitad, más o menos, pensó. Medio equipo eran veteranos de toda la vida, y el otro medio lo formaban Andy y sus compinches. Su mirada fue a dar en Andy justo cuando lo pensaba y este le dedicó una fugaz sonrisilla y le señaló con el dedo. Pero yo no juego, pensó Trev, por mi difunta madre. Bajó la vista a la palma de su mano; allí no había ninguna estrella, de eso estaba seguro. En cualquier caso, pensó, mirando a los oponentes, cuando todo se tuerza, el árbitro es mago, a fin de cuentas.

—«Que otros alardeen de gallardía marcial, nosotros ganamos con el vil metal» —rugió el público con diferentes tonos y velocidades.

Vamos, pensó Trev, no habrá cancelado su propia magia, ¿verdad?

—«Tus cascos son nuestros, tus zapatos son nuestros.»

No fastidies, no habrá sido capaz, ¿verdad? La única persona capaz de poner orden si todo sale mal no habría cometido un error como ese.

—«Tus generales son nuestros, tócanos y perderás.»

¡Sí que lo ha cometido! ¡Ha hecho exactamente eso!

—«¡Morporkia! ¡Morporkia! Morporkia te ha comprado.»

Trev gritó a coro para ahogar su pánico creciente. ¡Lo ha hecho, lo hemos visto todos! Ha mantenido su bastón dentro del campo en el que no puede hacerse magia. Miró a Andy y este asintió. Sí, él también había atado cabos.

—«Podemos gobernarte al por mayor. Tócanos y pagarás.»

En las llanuras Sto se considera que solo los granujas se saben la segunda estrofa de su himno nacional, porque cualquiera que dedique tiempo a memorizar eso no puede querer nada bueno. El himno nacional de Ankh-Morpork, por lo tanto, presentaba una segunda estrofa que ya tenía adrede por letra una serie de «na na nas» y alguna que otra palabra coherente perdida entre el tarareo, con el argumento de que así era como iba a sonar en cualquier caso. Trev lo escuchó con más angustia si cabe de la habitual.

Pero todo el mundo se unió alegremente como una sola garganta para el último verso, que todos se sabían:

—«Podemos gobernarte al por mayor, tenemos buena firma.»

Glenda, con un brazo cruzado sobre su pecho hasta donde llegaba, se atrevió a mirar por un momento hacia lo que probablemente se llamaba todavía el Palco Real, en el preciso instante en que Vetinari alzaba la urna coloreada de casi oro y el público lo aclamaba. Ankh-Morpork no era muy proclive a vitorear al patricio, pero aplaudía al dinero sin pensarlo dos veces. Aun así, a Glenda le pareció que los vítores presentaban una extraña armonía, que parecía salir de la misma tierra, como si el lugar fuese una boca enorme… Después la sensación pasó, y regresó el día.

—¿Caballeros? Los jugadores a sus sitios —dijo el archicanciller de Durafacies, con altivez.

—Esto, ¿tiene un momento, señor? —preguntó Trev, que se le acercó furtivamente con toda la rapidez posible.

—Ah, sí. El chaval de Dave Probable —dijo el ex decano—. Estamos a punto de jugar al fútbol, señor Probable, seguro que se ha fijado.

—Sí, señor, bueno, esto, pero…

—¿Conoce algún buen motivo por el que deba retrasar el partido? —preguntó el árbitro.

Trev se rindió.

Henry sacó una moneda del bolsillo de su chaleco.

—¿Mustrum? —preguntó.

—Cara —respondió el archicanciller, erróneamente, como se demostró.

—Muy bien, señor Gorrin… ¿Quién tiene la pelota?

«¡Gloing! ¡Gloing!»

Huebo cazó la pelota al vuelo y la entregó.

—Yo, señor.

—Ah, usted es el entrenador del Atlético.

—Sí, pero también jugador si se demuestra necesario.

—Caballeros, observarán que estoy situando la pelota en el centro del campo. —Era cierto que el archicanciller antes conocido como decano estaba disfrutando bastante de la ocasión. Retrocedió unos pasos, hizo una pausa dramática, sacó un silbato de su bolsillo y lo alzó con una floritura. Pitó como solo podía pitar un hombre de ese tamaño; su cara empezó a moverse de forma incontrolada y a ponerse roja. Se llevó el megáfono a los labios y gritó:

—¡LOS NIÑOS QUE NO SE HAYAN TRAÍDO ROPA DE DEPORTE JUGARÁN EN CALZONCILLOS!

Acto seguido Ponder Stibbons chilló:

—¡Quiero saber quién le ha dado ese silbato!

El público rugió y pudo oírse cómo la risa se extendía por las calles a medida que cada oyente en la abarrotada ciudad la transmitía, evocando tales recuerdos que al menos dos personas se pusieron a falsificar cartas de sus madres.

En su portería, el Bibliotecario se encaramó a lo alto de sus postes para tener mejor vista. En su meta, Charlie Barton, portero del Deportivo, encendió su pipa con parsimonia. Y el hombre con el mayor problema dentro del terreno de juego ese día, con la posible excepción de Trev, era el director del Times, el señor William de Worde, que no había confiado en ningún subalterno para realizar la crónica de ese acontecimiento tan único y prestigioso, pero no tenía nada claro cómo debía hacerlo.

Para cuando sonó el pitido, había logrado escribir lo siguiente:

El jefe del Deportivo, ¿digo jefe? Tiene que haber una palabra mejor, pero eso ya lo arreglaré en la redacción, parece no saber qué hacer a continuación. El archicanciller Ridcully (Ldo.; no, no, eso lo relleno luego) ha chutado la pelota con fuerza hacia, bueno, a decir verdad ha alcanzado a Jimmy Wilkins, cedido por los Mineros, que no parece tener muy claro qué hacer con ella. ¡No, no, la ha cogido! ¡Ha cogido el balón! El árbitro, que es el antiguo decano de la Universidad Invisible, le ha ordenado que se le acerque para lo que imagino será un recordatorio sobre las reglas de este nuevo juego del fútbol.

Un megáfono, pensó de Worde, eso es lo que necesito, un megáfono de tamaño gigantesco para poder contarle a todo el mundo lo que está pasando.

Se ha hecho entrega de la pelota a, veamos, al número 69, ah, sí, el polifacético profesor Bengo Macarona, quien según el reglamento, las nuevas normas, tiene permitido lo que se conoce como un lanzamiento de falta desde el punto en que se produjo la infracción, y ahí va, Bengo Maca… perdón, el profesor Bengo Macarona del Atlético Invisible y… ¡Madre mía! Ha cruzado el campo a la altura de los hombros, sonando como una perdiz (consultar correspondencia en Notas Naturales para ver si el símil es correcto). ¡El balón ha alcanzado al señor Charlie «Grandullón» Barton en pleno estómago con tanta fuerza que lo ha empujado al fondo de la red! ¡Qué espectáculo! ¡Y al parecer eso es gol! ¡Por lo menos un gol, diría yo! Y el público se pone en pie, aunque técnicamente la mayoría de ellos ya lo estaban, en cualquier caso [escribía de forma concienzuda, con el consabido afán del periodista por reflejar todos los hechos]. Y sí, están aclamando al héroe del momento y el cántico que surge de los labios de los hinchas del Atlético con su particular jerga parece ser: «Un Macarona, no hay más que un Macarona, un Macaro-naaa…». No, no. Parece que pasa algo; Macarona ha dejado el camp[[23]](#footnote-23)o y está hablando animadamente con el público. Se diría que les está riñendo. Los que le han oído parecen avergonzados.

En ese momento, un ayudante del director llegó corriendo con un breve resumen de lo que sucedía al otro lado del campo. De Worde escribió a toda velocidad, con la esperanza de que su taquigrafía improvisada no le fallase:

Con ese arrojo temperamental tan pintoresco y típico del genuano nativo, el profesor Macarona al parecer insiste en que cualquier cántico de ánimo incluya su nombre entero y una lista completa de títulos, que está poniendo por escrito, para que no se diga. También da la impresión de que se ha producido un pequeño paréntesis en torno a la portería del Deportivo, mientras varios de los compañeros de Charlie Barton le ayudan a encontrar su pipa y también, según fuentes de toda solvencia [al director del Times le gustaba la palabra «solvencia»], la otra mitad de la empanada de cerdo que según fuentes solventes estaba comiendo cuando se ha producido el gol. Parece que, como no pocos de nosotros, había subestimado la velocidad del nuevo balón.

Y ahora en apariencia la pelota vuelve a encontrarse en el centro del campo, donde se está produciendo otra discusión.

—Pero ¡si acaban de marcar ellos! —dijo el señor Gorrin.

—Sí, en efecto —coincidió el ex decano, con un leve jadeo—. Eso significa que ahora también sacan.

—¡Eso quiere decir que nosotros no, pero acabamos de perder un gol!

—Ya, pero es lo que dicen las reglas.

—Pues no es justo, queremos chutar, ellos han chutado los últimos.

—Pero lo importante no son los chuts, señor Gorrin, sino lo que se hace con ellos.

Y el archicanciller Ridcully corre hacia la pelota. Se gira con un gesto veloz y ¡ha disparado contra su propia meta!

El director escribía como un poseso:

Casi todos los jugadores del Deportivo se adelantan para sacar partido de esta extraña metedura de pata, no todos de manera cognoscente [al director también le gustaba esa palabra, era mucho mejor que «consciente»], pero el famoso Bibliotecario de la Universidad Invisible acaba de…

Paró, parpadeó y agarró a uno de sus ayudantes, que había aparecido a su lado con una lista completa de los títulos de Bengo Macarona, y lo sentó de un empujón.

—¡Escribe todo lo que diga! —gritó—. Y espero que tu taquigrafía sea mejor que la mía, y si no lo es por la mañana estarás despedido. ¡Esto es una locura!

Lo han hecho adrede, juraría que lo han hecho adrede. Ha chutado la pelota directamente hacia su portero, sabedor, estoy seguro, de que podía aprovechar la célebre fuerza del tren superior del Bibliotecario, que ha lanzado el balón casi hasta la otra punta del campo. Y allí está Bengo Macarona, más o menos libre de oposición, corriendo hacia el proyectil cuando el Deportivo ha abandonado en tropel su ciudadela, como los malhadados maránidos durante la primera guerra prodostia [al director le gustaba considerarse un clasicista].

—¡Nunca he visto nada parecido! —gritó a su casi ensordecido ayudante—. Tienen a todo el Deportivo descolocado.

Y ahí va Macarona. La pelota parece pegada a sus pies. Y delante parece tener al único jugador del infortunado Deportivo que sabe lo que pasa. El señor Charles «Grandullón» Barton, que pese a todo sale tambaleándose desde la portería, como el Pulpus Gigante al ver las hordas de los mormidones.

El director se calló, ajeno a todo mientras la distancia entre los rivales se acortaba por momentos.

—¡Oh, no! —exclamó.

El público enloqueció.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el ayudante, con el lápiz a punto.

—¿No lo has visto? ¿No lo has visto? —dijo el director. Estaba despeinado y parecía un hombre al borde de la locura—. ¡Macarona lo ha rodeado! No sé cómo ha mantenido la pelota controlada con el pie.

—¿Quiere decir que lo ha esquivado por un lado, señor? —preguntó el ayudante.

El clamor del público habría sido incandescente si hubiese sido visible.

—Otro gol —dijo el director, aturullado—. ¡Dos goles en otros tantos minutos! ¡No, no lo ha esquivado, le ha dado la vuelta corriendo! ¡Dos veces! Y te juro que ha acabado yendo más deprisa que al principio.

—Ah, sí —replicó el ayudante, sin dejar de escribir—. Una vez fui a una conferencia sobre esa clase de fenómeno. Trataba de objetos que no llegan a golpear a la tortuga del mundo, señor. Es como el efecto de una honda; tal vez haya ganado velocidad al rodear el enorme talle del portero, señor.

—¡Y escucha cómo ruge el público! —dijo el director—. Y escríbelo.

—Sí, señor, la cosa vendría a ser: Un profesor Macarona, Dr. Taum. (Bug), Dr. Maus (Mofl), Magistaludorum (IHQ), Octavium (Hons), PHGK (Blit), DMSK, Mack, Dr. Taum. (Dur), profesor visitante de Pollos (Universidad Jahn el Conquistador (Piso 2, Edificio Envasado de Gambas, Genua)), Primo Octo (Deux), profesor visitante de Intercambios Blit/Slood (Al Khali), KcbfJ, profesor de intercambio de Teoría del Blit (Unki), Dr. Taum. (Unki), Didimus Supremius (Unki), profesor emérito de Determinaciones de Sustrato de Blit (Mofl), catedrático de Estudios Musicales y del Blit (Colegio de Quirm para Jóvenes Damas), no hay más que un profesor Macarona, Dr. Taum. (Bug), Dr. Maus (Mofl), Magistaludorum (IHQ), Octavium (Hons), PHGK (Blit), DMSK, Mack, Dr. Taum (Dur), profesor visitante de Pollos (Universidad Jahn el Conquistador (Piso 2, Edificio Envasado de Gambas, Genua)), Primo Octo (Deux), profesor visitante de Intercambios Blit/Slood (Al Khali), KcbfJ, profesor de intercambio de Teoría del Blit (Unki), Dr. Taum. (Unki), Didimus Supremius (Unki), profesor emérito de Determinaciones de Sustrato de Blit (Mofl), catedrático de Estudios Musicales y del Blit (Colegio de Quirm para Jóvenes Damas), no hay máaaaaas que un profesor Bengo Macarooona, Dr. Taum. (Bug), Dr. Maus (Mofl), Magistaludorum (IHQ), Octavium (Hons), PHGK (Blit), DMSK, Mack, Dr. Taum. (Dur), profesor visitante de Pollos (Universidad Jahn el Conquistador (Piso 2, Edificio Envasado de Gambas, Genua)), Primo Octo (Deux), profesor visitante de Intercambios Blit/Slood (Al Khali), KcbfJ, profesor de intercambio de Teoría del Blit (Unki), Dr. Taum. (Unki), Didimus Supremius (Unki), profesor emérito de Determinaciones de Sustrato de Blit (Mofl), catedrático de Estudios Musicales y del Blit (Colegio de Quirm para Jóvenes Damas), solooooo un profesor Bengo Macaronaaaaaa, Dr. Taum. (Bug), Dr. Maus (Mofl), Magistaludorum (IHQ), Octavium (Hons), PHGK (Blit), DMSK, Mack, Dr. Taum. (Dur), profesor visitante de Pollos (Universidad Jahn el Conquistador (Piso 2, Edificio Envasado de Gambas, Genua)), Primo Octo (Deux), profesor visitante de Intercambios Blit/Slood (Al Khali), KcbfJ, profesor de intercambio de Teoría del Blit (Unki), Dr. Taum. (Unki), Didimus Supremius (Unki), profesor emérito de Determinaciones de Sustrato de Blit (Mofl), catedrático de Estudios Musicales y del Blit (Colegio de Quirm para Jóvenes Damas). Pero ¿no estaba en fuera de juego, señor?

—Tal parece en verdad la queja de los desafortunados guerreros del Deportivo —dijo el director—. Se arremolinan en torno al árbitro y qué no daría por saber qué se cuece ahí dentro.

—¿Dónde cuecen, señor?

—Parece que… —Y el director paró en seco—. ¿Quién hay allí?

—¿Dónde es allí, señor?

—¡Mira a las gradas, allí! Las gradas de clase alta, añadiría, a las que no hemos sido invitados.

El sol tuvo el detalle de aparecer de detrás de las nubes y el tazón que era el Hipopótamo pareció llenarse de luz.

—Es la chica de la micromalla, señor —respondió el ayudante.

Incluso varios de los jugadores del Deportivo que protestaban miraban ya hacia las gradas. La chica hacía daño a los ojos, pero estos se veían arrastrados de nuevo hacia ella.

—Tengo su retrato en la pared de mi dormitorio —añadió el ayudante—. Todo el mundo la estaba buscando. —Tosió—. Dicen que no pica, ¿sabe?

A esas alturas, todos los futbolistas del campo, menos el pobre Charlie Barton, que andaba algo mareado, estaban apiñados en torno al árbitro, que dijo:

—Se lo repito: ha sido un gol perfectamente aceptable. Una pizca descortés y jactancioso, tal vez, pero aun así del todo reglamentario. Ya han visto entrenar a los muchachos del Invisible. El juego se mueve de un lado a otro. Nadie les mandará un clacs para informarles de lo que pasa.

Una voz algo más abajo añadió:

—Se trata de un error elemental creer que siquiera el portero más aguerrido puede contener la fuerza al completo del equipo rival. —Era Huebo.

—Señor Huebo, en teoría no debe explicarles esa clase de cosas —dijo Ridcully.

El señor Gorrin parecía alicaído. Un hombre traicionado por su equipo, la historia y las expectativas.

—Ya veo que tenemos mucho que aprender —dijo.

Trev se llevó a Huebo a un aparte.

—Y ahora es cuando se tuerce todo —le dijo.

—Oh, vamos, señor Trev. Lo estamos haciendo muy bien. O por lo menos Bengo lo está haciendo muy bien.

—No lo miro a él. Estoy observando a Andy y Andy está observando a Bengo. Están esperando su ocasión. Están dejando que los pobres desgraciados de los veteranos se desesperen y luego tomarán las riendas.

Y entonces Trev recibió una breve lección sobre por qué los magos son magos.

—Tengo una humilde propuesta y me pregunto si quiere oírla, árbitro. Aunque los miembros de la Universidad Invisible somos unos completos novatos, hemos tenido bastante más tiempo para familiarizarnos con el nuevo fútbol que nuestros actuales oponentes. En consecuencia, propongo que les regalemos uno de nuestros goles —dijo Ridcully.

—¡No puede hacer eso, señor! —protestó Ponder.

—¿Por qué, va contra las reglas? —Ridcully adoptó un tono de voz más grave y pomposo—. Yo le pregunto: ¿acaso la deportividad, la camaradería y la generosidad van contra las reglas? —Hacia el final de la frase, su voz resultaba audible casi en la última fila del estadio.

—Bueno, está claro que no hay nada en contra, señor. Tampoco existe una regla que le impida hacer la colada en mitad de un partido, y es porque nadie lo haría.

—¡Exacto! ¿Señor Gorrin? Les regalamos uno de nuestros goles. Estamos, por así decirlo, a la par.

Gorrin, estupefacto, miró a sus compañeros de equipo.

—Bueno, esto, si insisten, señor…

—No soñaría en aceptar un no por respuesta —dijo Ridcully con tono campechano.

—¿Qué diablos le ha llevado a hacer eso? —preguntó el director del Times, cuando un agotado corredor le trajo la noticia.

—Ha sido un gesto muy generoso.

—¿Por qué lo ha hecho? —preguntó Ponder a Ridcully.

—Soy transparente a más no poder, Stibbons. Generoso hasta decir basta, así soy yo. No es culpa mía que no sepan que son inferiores y que esto vaya a comerles la moral durante el resto del partido.

—Eso es bastante… astuto, señor.

—Sí, sí que lo es, ¿verdad? Estoy bastante orgulloso. Y una vez más, sacamos nosotros. No me extraña que este juego sea tan popular.

—Eso ha sido un notable ejercicio de psicología —le dijo Huebo a Trev mientras volvían a la banda—. Algo cruel, es posible, pero inteligente.

Trev no dijo nada. Sonó el estridente pitido del silbato para que se retomara el juego, seguido al instante por los gritos del árbitro:

—UN POCO DE GRANIZO NO MATA A NADIE, CHICO, ES SANO Y TE HARÁ BIEN.

—Eso es mágico —señaló Trev—. ¿Debería funcionar ahí dentro?

—No —corrigió Ponder Stibbons a su espalda—. Solo es una posesión.

—Sí, la posesión es la clave del juego, señor Trev —dijo Huebo.

Trev volvió a mirar a las gradas. Distinguió la figura resplandeciente de Juliet, a apenas unos pasos del mismísimo Vetinari y flanqueada por Glenda y Pepe. Podría ser una diosa. No lo verán mis ojos, ¿verdad?, se dijo. Una chica como ella y un chico de las cubas de velas.

No lo verán mis ojos. Ahora no.

Y entonces Bengo gritó y se diría que todas las voces del estadio se unieron en un solo y colectivo:

—¡OOOOOOOH!

Y el silbato volvió a sonar.

—¿Qué ha pasado, señor? —preguntó el ayudante del director.

—No estoy seguro del todo. Le han pasado la pelota a Macarona otra vez y entonces ha chocado con un par de jugadores del Deportivo y todo ha acabado en un montón.

Huebo, que fue el primero en llegar hasta el caído Macarona, miró a Trev con gravedad.

—Las dos rótulas dislocadas —anunció—. Necesitaremos a un par de hombres que lo lleven al Lady Sybil.

El ex decano miró al corro de jugadores.

—Y bien, ¿qué ha pasado aquí, señor Espinilla? —preguntó mientras le goteaba el sudor de la barbilla.

Andy se llevó un dedo al mechón de pelo de su frente, por un momento.

—Bueno, señor, yo iba corriendo según las reglas para quitarle el balón al señor Macarona y no tenía ni idea de que Jimmy el Cuchara, este de aquí, había tenido exactamente la misma idea y se le acercaba desde otra dirección, y de repente estábamos todos enredados y rodando como puta por rastrojo, disculpe mi klatchiano.

Trev lo miró con cara de odio.

La expresión de Andy era transparente. Estaba mintiendo. Sabía que estaba mintiendo. Sabía que todos los demás sabían que estaba mintiendo y no le importaba. Al contrario, disfrutaba bastante con la situación. Sus botas parecían lo bastante pesadas para anclar un barco.

—Lo han estampado como al embutido de un sándwich, señor —protestó Trev al árbitro.

—¿Puede demostrar eso, joven?

—Bueno, ya ve cómo han dejado al pobre desgraciado.

—Sí, pero ¿tiene alguna prueba de colusión?

Trev se quedó impasible y Huebo le apuntó con un susurro:

—¿Puede demostrar que ha sido una encerrona?

—¿Puede alguien? —preguntó el árbitro, mirando a los jugadores. Nadie podía. Trev se preguntó cuántos podrían de no ser por que Andy estaba allí plantado, inocente como un tiburón.

—Yo soy el árbitro, caballeros, y solo puedo arbitrar sobre lo que veo y no he visto nada.

—Sí, ya se han encargado ellos de eso —dijo Trev—. Escuche si no al público. ¡Todos lo han visto!

—¡Mire! ¡Llevan puestas unas botas que podrían descortezar árboles! —protestó Ridcully.

—Sí, es verdad, Mustrum, quiero decir, perdón, capitán, pero de momento no hay reglas sobre las botas que deben llevarse y, como mínimo, estas son las que se han calzado por tradición para el juego del balón-de-pie.

—Pero ¡si son una salvajada!

—Desde luego veo adónde quiere ir a parar, pero ¿qué quiere que le haga? —dijo Henry—. Tengo la sospecha de que, si cancelo el partido en este momento, ni usted ni yo saldríamos vivos de aquí, porque, aunque lográsemos salvarnos de las iras de la muchedumbre, no nos sustraeríamos en modo alguno a la de Vetinari. El partido continuará. El Atlético Invisible sacará a un suplente y yo, a ver… —Sacó un cuaderno—. Ah, sí, yo concederé un tiro libre en el punto mismo donde se ha producido el desgraciado incidente. Y que conste que no veré con buenos ojos cualquier otro futuro «incidente». Señor Gorrin, confío en que se lo deje claro a su equipo.

—¡Y un huevo de pato! —chilló Trev—. ¿Acaban de cargarse a nuestro mejor jugador y usted les va a dejar que sigan como si tal cosa?

Pero el árbitro era, al fin y al cabo, el antiguo decano, un hombre acostumbrado a las confrontaciones cara a cara con Mustrum Ridcully. Heló a Trev con una mirada y se volvió con mucha parsimonia hacia el archicanciller.

—Y también confío en que usted, capitán, comunique a su equipo que mis decisiones son inapelables. Haremos una pausa de cinco minutos para que se ocupen de ello y que alguien se lleve del campo al pobre profesor Macarona y vea si puede encontrar un matasanos que le eche un vistazo.

Una voz a su espalda bramó:

—Tiene uno aquí mismo, señor.

Se volvieron. Una figura algo agigantada, que llevaba chistera y una bolsita, los saludó con la cabeza.

—Doctor Jardín —dijo Ridcully—. No esperaba encontrarlo aquí.

—¿De verdad? —preguntó el médico—. No me lo habría perdido por nada del mundo. Y ahora, que algunos de sus hombres lo arrastren hasta esa esquina para que le eche un vistazo. Le enviaré a usted la factura, ¿de acuerdo, Mustrum?

—¿No preferiría llevarlo a algún sitio más tranquilo? —sugirió el árbitro.

—¡Ni en broma! Quiero seguir el partido.

—Se van a salir con la suya —rezongó Trev mientras volvía hacia la línea—. Todo el mundo sabe que se están saliendo con la suya.

—Todavía nos queda el resto del equipo, señor Trev —dijo Huebo, mientras se ataba los cordones de las botas. Las había fabricado él mismo, por supuesto. Parecían guantes para pies—. Y yo, por supuesto. Soy el primer suplente. Le prometo que haré todo lo que pueda, señor Trev.

Hasta el momento había sido una tarde más bien aburrida para el Bibliotecario, tras su pequeño momento de gloria. La verdad era que entre los postes no había mucho que hacer y le estaba entrando el hambre, por lo que fue una agradable sorpresa la aparición de un gran plátano ante la portería. Más tarde se coincidiría en que, dentro de un contexto futbolístico, la aparición misteriosa de fruta debería acogerse con cierta cautela. Pero estaba hambriento, era un plátano y la metafísica encajaba. Se lo comió.

Glenda, arriba en las gradas, se preguntó si era la única que había visto la fruta asombrosamente amarilla en su trayectoria, y después avistó, mirándola entre el público con una sonrisa de oreja a oreja, a la señora Atkinson, madre de Escaracho, que a su vez ya era una especie de arma no dirigida. Cualquiera que hubiese estado alguna vez en el Lío la conocía como perpetradora de toda clase de agresiones creativas. Siempre había salido de rositas porque nadie en el Lío osaría pegar a una anciana, sobre todo a una que estaba al lado de Escaracho.

—Perdonad —dijo Glenda, levantándose—. Tengo que bajar ahora mismo.

—Ni hablar, cariño —replicó Pepe—. No cabe ni un alfiler. Es peor que el peor Lío.

—Cuida de Juliet —dijo Glenda. Se inclinó hacia delante y tocó en el hombro al tipo más cercano—. Tengo que llegar abajo del todo lo antes posible. ¿Le importa que salte?

El hombre miró detrás de ella a la figura centellante de Juliet y respondió:

—En absoluto, si consigue que su amiga me dé un buen beso.

—No, pero se lo daré yo.

—Esto… no se moleste, señorita, pero adelante, deme la mano.

Fue un descenso razonablemente rápido, en el que pasó de mano en mano, acompañada de procacidades, mucho cordial tonteo y una clara sensación de satisfacción por parte de Glenda por haberse puesto sus medias más gruesas e impenetrables.

Apartando a la gente a codazos y patadas, llegó a la porter[[24]](#footnote-24)ía en el preciso instante en que el plátano era consumido de un bocado, y se plantó jadeando e impotente ante el Bibliotecario. Este le dedicó una radiante sonrisa, puso cara pensativa por un instante y cayó de espaldas.

En lo alto de las gradas, lady Margolotta se volvió hacia Vetinari.

—¿Eso forma parte del juego?

—Me temo que no —respondió el patricio.

La señora bostezó.

—Bueno, por lo menos alivia el aburrimiento. Se han pasado mucho más tiempo discutiendo que jugando.

Vetinari sonrió.

—Sí, mi señora. Parece, en efecto, que el fútbol es muy parecido a la diplomacia: breves períodos de lucha seguidos de largos períodos de negociación.

Glenda tocó al Bibliotecario con el dedo.

—¿Hola? ¿Se encuentra bien? —Lo único que oyó fue un gorgoteo. Hizo bocina con las manos—. ¡Hay un hombre… esto, alguien lesionado, aquí!

Entre otro coro de abucheos y, como aquello era Ankh-Morpork, vítores, el comité ambulante, que era en lo que se había convertido el encuentro a esas alturas, corrió hacia la portería del Atlético Invisible.

—Alguien ha tirado un plátano y he visto quién ha sido y creo que está envenenado —dijo Glenda, en un solo aliento.

—Tiene la respiración muy pesada —señaló Ridcully. El comentario resultaba innecesario, ya que los ronquidos estaban haciendo que temblara la portería. Se agachó y apretó la oreja contra el pecho del Bibliotecario—. No creo que lo hayan envenenado —dijo.

—¿Por qué lo dice, archicanciller? —preguntó Ponder.

—Porque si alguien ha envenenado a nuestro Bibliotecario —dijo Ridcully—, entonces, y aunque no soy por naturaleza un hombre vengativo, me ocuparé de que esta universidad dé caza al envenenador por todos los medios táumicos, místicos y ocultos disponibles y vuelva el resto de su vida no solo tan horrible como pueda imaginarla, sino tan horrible como pueda imaginarla yo. Y créanme cuando les digo, caballeros, que ya he empezado a trabajar en ello.

Ponder miró a su alrededor hasta que vio a Rincewind.

—Profesor Rincewind. Usted era, quiero decir es, su amigo; ¿no puede meterle los dedos en la garganta o algo?

—Bueno, no —dijo Rincewind—. Le tengo mucho apego a mis dedos y me gusta pensar que ellos están apegados a mí.

El ruido del público crecía en intensidad. Estaban allí para ver fútbol, no un debate.

—Pero el doctor Jardín sigue aquí —señaló Rincewind—. Él se gana la vida metiendo las manos dentro de cosas. Lo tiene dominado.

—Ah, sí —dijo el árbitro—. Quizá podamos abusar de su confianza para que acepte otro paciente. —Se volvió hacia Ridcully—. Tienen que sacar a su otro suplente.

—Ese es Trevor Probable —dijo el archicanciller.

—¡No! —farfulló Trev—. Se lo prometí a mi difunta madre.

—Pensaba que era usted parte del equipo —dijo Ridcully.

—Bueno, sí, señor, más o menos… ayudo y tal… Se lo prometí a mi madre, señor, cuando murió mi padre. Sé que estaba en la lista, pero ¿quién habría pensado que iba a pasar esto?

Ridcully miró al cielo.

—Bueno, me parece, caballeros, que no podemos pedir a un hombre que rompa una promesa hecha a una difunta madre. Sería un crimen más deplorable que el asesinato. Tendremos que jugar con diez hombres. Al parecer tendremos que apañarnos como podamos.

En su destartalada cabina, el director del Times cogió su cuaderno y dijo:

—Me voy abajo. Es ridículo que me quede sentado aquí arriba.

—¿Va al campo, señor?

—Sí. Por lo menos así veré lo que pasa.

—¡No creo que el árbitro lo permita, señor!

—¿No vas a jugar, Trev? —preguntó Glenda.

—¡Te lo he dicho! ¡Cuántas veces tengo que decírselo a la gente? ¡Se lo prometí a mi difunta madre!

—Pero eres un miembro del equipo, Trev.

—¡Se lo prometí a mi difunta madre!

—Sí, pero estoy segura de que ella lo entendería.

—Para ti es fácil decirlo. Nunca lo sabremos, ¿a que no?

—Podríamos —dijo una voz animada.

—Ah, hola, doctor Hix —saludó Glenda.

—No he podido evitar oír su conversación y, si el señor Probable pudiera decirme dónde está enterrada su madre, y el árbitro nos concediera algo de margen en lo relativo al tiempo, en fin, sería posible que yo…

—¡Ni se le ocurra acercar una pala a mi difunta madre! —gritó Trev, con lágrimas en los ojos.

—Estoy segura de que todos lo entendemos, Trev —dijo Glenda—. Siempre es difícil, con las madres. —Y luego añadió, sin pensar realmente en lo que decía—: Y creo que Juliet lo entenderá.

Lo cogió de la mano y lo sacó del campo. Trev había acertado. Todo se estaba torciendo. Las optimistas certidumbres del principio del partido se estaban desvaneciendo.

—Ha regalado un gol, señor —dijo Ponder, mientras él y Ridcully formaban para el siguiente lance.

—Tengo mucha fe en el señor Huebo protegiendo nuestra meta —dijo Ridcully—. Y voy a enseñarles lo que le pasa a la gente que intenta envenenar a un mago.

Sonó el silbato.

—¡AL SUELO Y HACEDME VEINTE FLEXIONES! Lo siento, caballeros, no sé muy bien por qué he dicho eso…

Lo que le pasa a la gente que intenta envenenar a un mago, por lo menos a corto plazo, es que tiene ventaja en un partido de fútbol. La ausencia del profesor Macarona fue un golpe mortal. Había sido el pilar en torno al cual se había erigido la estrategia de la universidad. Envalentonado, el Deportivo se disponía a rematar la faena.

Aun así, pensó el director del Times, mientras se tumbaba al borde mismo del terreno de juego junto a su iconografista, los magos se las estaban apañando para aguantar. Escribía tan rápido como le era posible, intentando no hacer caso de la lluvia de envoltorios de empanadilla, pieles de plátano, bolsas grasientas de guisantes y alguna que otra botella de cerveza que el público lanzaba al campo. ¿Y quién era ese que llevaba la pelota? Echó un vistazo a la pequeña chuleta de números que había logrado preparar. Ah, vale. El Deportivo había penetrado en el campo de la UI y allí estaba Andy Espinilla, un hombre desagradable se mirara como se mirase y… eso de ninguna manera podía ser una maniobra futbolística normal. Otros jugadores habían formado a su alrededor, de modo que corría en el centro de un grupo de guardaespaldas. Ni siquiera los demás miembros de su equipo parecían saber lo que estaba pasando, pero aun así el señor Espinilla logró dirigir un meritorio chut a portería, que fue diestramente interceptado en pleno vuelo por… el señor Huebo. Miró de reojo su chuleta, ah, sí, el orco, y añadió en su cuaderno: «que a todas luces tiene muy por la mano agarrar grandes objetos redondos». Pero luego se avergonzó y lo tachó. Pese al lugar donde estamos tumbados, se dijo, no somos prensa basura.

El orco.

Huebo bailaba adelante y atrás fuera de su portería, tratando de encontrar a alguien que pareciese hallarse en posición de hacer algo con una pelota.

—Que es para hoy, orco —dijo Andy, que se había quedado delante de él—. Pronto tendrás que soltarla, orco. Ya no tienes mucha ayuda, ¿eh, orco? Dicen que tienes garras. Enséñanos esas garras, orco. Así reventarás tu pelota.

—Creo que es usted un hombre con problemas sin resolver, señor.

—¿Qué?

Huebo pateó el balón por encima de la cabeza de Andy y, en algún punto del batiburrillo de gente que luchó por él, se oyó un crujido, que fue seguido de un aullido, que fue seguido por un pitido, que fue seguido por el cántico. Arrancó en algún lugar próximo a la señora Atkinson, pero se extendió con una velocidad pasmosa:

—¡Orco! ¡Orco! ¡Orco! ¡Orco! ¡Orco! ¡Orco! ¡Orco!

Ridcully se levantó y se tambaleó un poco.

—Los muy cabrones me han cazado, Henry —chilló, con una voz que apenas podía oírse por encima de los cánticos—. ¡A la rótula! ¡La puta rótula!

—¿Quién ha sido? —preguntó el árbitro.

—¿Y yo qué sé? ¡Es un condenado barullo, igualito que el juego antiguo! ¿Y no puedes hacer que paren de cantar eso? No es la clase de mensaje que queremos oír.

El archicanciller Henry levantó su megáfono.

—¿Señor Gorrin?

El capitán del Deportivo se abrió paso entre el gentío, con cara de estar muy avergonzado.

—¿No puede controlar a sus hinchas?

Gorrin se encogió de hombros.

—Lo siento, señor, pero ¿qué quiere que haga?

Henry miró a su alrededor. ¿Qué podía hacer nadie? Era la multitud. Era el Lío. Nadie estaba al mando. No tenía un culo que pudiera patearse, una oreja a la que dar un tirón o ni siquiera una dirección postal. Estaba allí, sin más, y gritaba porque eso era lo que estaban haciendo todos los demás.

—Bueno, ¿puede por lo menos controlar a su equipo? —dijo. Para su sorpresa, el señor Gorrin bajó la vista.

—No del todo, señor. Lo siento, señor, es lo que hay.

—Un incidente más de esta clase y cancelaré el partido. Sugiero que abandones el terreno de juego, Mustrum. ¿Quién es el capitán suplente?

—¡Yo! —exclamó Ridcully—; pero, dadas las circunstancias, nombro sustituto al señor Nobbs.

—¿No será Nobby Nobbs? —preguntó escandalizado el ex decano.

—Sin parentesco —aclaró enseguida el cancelero.

—Bueno, por lo menos ha sido buena elección —comentó Trev, con un suspiro—. El bueno de Nobbs es un luchador nato.

—Pero en teoría esto no es una lucha —protestó Glenda—. ¿Y sabes qué? —añadió, alzando la voz para imponerse al rugido acerado del público—. Piense lo que piense, el decano no puede parar el partido ahora. ¡Este sitio saltaría por los aires!

—¿Eso crees? —preguntó Trev.

—Escucha —dijo Glenda—. Sí, creo que tienes razón. Deberías salir de aquí.

—¿Yo? Ni hablar.

—Pero podrías hacer algo útil y sacar a Juliet. Llevarla hasta donde están Vimes y los suyos. Creo que esperan a la salida del estadio. Hazlo ya, ahora que todavía puedes bajar los escalones. No tendrás ocasión en cuanto empiecen a jugar otra vez.

Mientras Trev partía, Glenda caminó sin que nadie le prestara atención por la banda, hasta la pequeña zona donde el doctor Jardín cuidaba de sus pacientes.

—¿Sabe esa bolsita que ha traído usted, señor?

—¿Sí?

—Creo que necesitará una más grande. ¿Cómo está el profesor Macarona?

El genuano estaba tumbado boca arriba, contemplando el cielo con expresión de alelada felicidad.

—No ha sido muy difícil arreglarlo —dijo el médico—. Pasará un tiempo antes de que vuelva a jugar. Le he dado una cosilla para que se ponga contento. Me corrijo: le he dado una cosaza para que se ponga contento.

—¿Y el Bibliotecario?

—Bueno, he conseguido que un par de chavales me ayudaran a ponerlo boca abajo y ha estado vomitando mucho. Sigue bastante aturdido, pero no creo que le vaya a pasar nada, aunque esté mareado como un pato.

—Esto no era lo que tenía que pasar, en teoría —dijo Glenda, q[[25]](#footnote-25)ue se sentía obligada a defender aquella calamidad sanguinaria.

—No suele serlo —respondió el médico.

Se volvieron al cambiar el ruido que emitía el público cercano. Juliet bajaba los escalones centelleando. El silencio la seguía como un perro enamorado, igual que Pepe y la reconfortante mole de madame Sharn, que podría ser una práctica barricada si el Hipopótamo se convertía en un caldero. Trev, que los iba siguiendo, parecía una ocurrencia de última hora en comparación.

—Vale, cariño, ¿a qué viene todo esto? —preguntó Pepe.

—Que no me voy —dijo Juliet—, no mientras Trev esté aquí. No pienso largarme sin Trev. Pepe dice que él va a ganar el partido.

—¿Qué le has estado contando? —preguntó Glenda.

—Ganará —respondió Pepe, guiñándole un ojo—. Tiene una estrella en la mano. ¿Quieres ver cómo lo consigue, señorita?

—¿A qué estás jugando? —dijo Trev, furioso.

—Ah, yo es que tengo un punto de hechicero. O a lo mejor de hada madrina. —Pepe hizo un gesto que abarcaba el estadio—. ¿Ves a toda esa gente? Sus antepasados clamaban por ver a unos hombres matándose entre ellos y a unas fieras despedazando a personas decentes. Hombres con lanzas luchando contra hombres con redes y toda clase de putadas desagradables.

—Y ahora montan mercados de segunda mano cada dos domingos —dijo Glenda.

—Siempre ha sido igual —prosiguió Pepe—. Es una gran criatura. Nunca muere. Llora, chilla, ama y odia de generación en generación y no hay quien la dome ni la detenga. Solo por usted, damisela, y por el alma del señor Trev, pienso darle una alegría. Será un momentín.

Su figura delgada y algo arácnida desapareció gradas arriba en el mismo momento en que sonaba el silbato. Glenda distinguió al cancelero Nobbs sacando, pero Ridcully había cometido el error de creer que un hombre tan grande como él era también igual de inteligente. Y ese era el resultado: el juego volvía a ser el de siempre. El Deportivo avanzaba en estampida campo adelante, puesto que los jugadores veteranos dejaban paso al ejército de Andy, que cargaba contra Huebo. La patada le alcanzó en el pecho y lo lanzó contra el fondo de la portería. Sonó el silbato y acto seguido otro grito:

—¡NO TOQUES ESO, NIÑO! ¡VETE A SABER DÓNDE HA ESTADO!

Y acto seguido:

—Lo siento mucho otra vez, no sé por qué pasa esto.

Y acto seguido… un silencio absoluto. Lo interrumpió una voz:

—Probable. Probable. Probable. —Provenía de las gradas, de un punto cercano a donde Pepe había desaparecido.

La bestia había olvidado el nombre «orco», pero sin duda recordaba el de «Probable», un apellido que tan a menudo la había alimentado, un apellido que ella había parido y devorado, un apellido que era fútbol puro, el corazón mismo de la bestia. Y allí, sobre ese campo roto, era un apellido con el que conjurar.

—¡PROBABLE! ¡PROBABLE! ¡PROBABLE!

Apenas existía un adulto que no lo hubiese visto. Era una leyenda. Aun después de tantos años, era un nombre que superaba cualquier otra lealtad. Se hablaba de él a los nietos. Se les contaba cómo había sangrado en el suelo y a lo mejor que el abuelo mojó el pañuelo en el charco y lo guardó como recuerdo.

—Probable —coreó la voz de barítono de madame Sharn.

—Probable —susurró Glenda, y luego—: ¡PROBABLE! —Distinguía a la menuda figura corriendo por la parte alta de las gradas, seguida por el cántico.

La cara de Trev estaba bañada en lágrimas. Inmisericorde, Glenda lo miró a los ojos.

—¡Probable! ¡Probable!

—Pero… ¡mi difunta madre! —lloró Trev.

Entonces Juliet se acercó, lo besó y, por un instante, las lágrimas fueron de plata.

—¿Probable?

Trev abrió y cerró las manos durante un rato mientras el cántico continuaba, y luego hizo un gesto parecido a un encogimiento de hombros. Entonces sacó su maltratada lata del bolsillo de la chaqueta y se la dio a Glenda, antes de volverse de cara al campo una vez más.

—Lo siento, mamá —dijo, mientras se quitaba la chaqueta—, pero el fútbol es así. Y ni siquiera tengo camiseta.

—Ya lo pensamos —dijo Glenda—. Mientras las hacían. —Sacó una de las profundidades de su bolso.

—El número 4. Era el de mi padre.

—Sí —dijo Glenda—. Lo sabemos. Escucha cómo animan, Trev.

El chico parecía alguien que buscase una cláusula de escape.

—Ni siquiera he entrenado con el nuevo balón. Ya me conoces, solo le he pegado a la lata.

—Es un balón de fútbol. Solo un balón de fútbol —dijo Huebo—. Se acostumbrará enseguida.

El ex decano se acercó con paso decidido.

—Bueno, todo esto es muy gratificante, con un toque de bienvenido pathos, damas y caballeros, pero va siendo hora de que sigamos con este partido de fútbol, y agradecería mucho que todos aquellos que no sean jugadores se situaran detrás de la línea de banda —dijo a gritos, para hacerse oír por encima de la multitud.

Trev dejó a Huebo en la portería.

—No se preocupe, señor Trev —dijo el orco, con una sonrisa—. Conmigo parando y usted al ataque no podemos perder. No me pillarán del mismo modo por segunda vez. —Bajó la voz y agarró a Trev del hombro—. Cuando la cosa empiece a calentarse en este lado, corra como una flecha hacia el otro y yo me aseguraré de que reciba la pelota. —Trev asintió y avanzó caminando por el campo entre los vítores del público.

El director del Times informó más tarde como sigue:

En ese momento, el Deportivo parecía creerse en posesión de una estrategia infalible, y volcó todos sus recursos en el campo universitario en una melé cuyo control claramente escapaba al árbitro.

El aguerrido guardameta orco también había aprendido una lección y por dos o tres veces salvó a su equipo con magníficas paradas, mientras que en una ocasión chutó la pelota, en nuestra opinión, directamente a la cabeza de uno de los oponentes apiñados, al que dejó grogui, para luego atrapar el rebote, dejarlo caer sobre su bota y lanzar el esférico muy lejos, en el campo rival, donde Trevor Probable, hijo del célebre héroe del fútbol, corrió como alma que lleva el diablo hacia la portería, donde el señor Charlie Barton esperaba encantado con su silla, su mesa, un almuerzo tardío y dos corpulentos defensas, cuyo claro propósito era encargarse de que no pasara nadie.

El estadio entero contuvo el aliento cuando el joven paladín se sacó un disparo tremendo que, por desgracia, salió desviado unos centímetros y solo sirvió para sacudir la madera y rebotar hacia los defensas. Aun así, Probable se les echó encima como un hombre poseído y los ánimos volvieron a elevarse cuando los dos defensores se entorpecieron mutuamente lo bastante para que el chico impulsara el esférico una vez más hacia su pretendido lugar de descanso.

Su fiel corresponsal cree que hasta los hinchas del Deportivo se sumaron al gemido cuando, de nuevo, este segundo remate no encontró hueco y en esa ocasión rebotó casi hasta los pies de H. Capstick, que sin perder un instante lo envió como una flecha hacia la portería atlética, antes de que pudiera hacer más daño.

Una vez más, el infatigable señor Huebo desbarató una serie de ataques mientras los restos más bien lamentables de la defensa de los universitarios demostraban que la pericia con la varita mágica sirve de poco cuando uno no sabe para qué tiene los pies.

En ese justo momento, el maestro de las Artes Oscuras Dr. J. Hix fue expulsado del campo sin contemplaciones cuando el insistente cántico del público «¿Quién es el cabrón de negro?» puso al árbitro sobre aviso de sus intentos de agredir a F. Pechuga, uno de los infames hermanos Pechuga, con la daga devoradora de almas de la Mortífera Reina Araña Vampyra. Esta, según nuestras fuentes, resultó no ser mágica ni, en verdad, de metal, sino parte de una serie de artículos parecidos que se encuentran a la venta en el Emporio de la Broma de Boffo, en la calle del Décimo Huevo. Profiriendo juramentos en apariencia terroríficos sobre los estatutos universitarios, el Dr. Hix tuvo que ser sacado a rastras del terreno de juego por sus propios compañeros de equipo, lo que dejó a nuestros animosos hechiceros sumidos en un piélago de dificultades más proceloso si cabe, ¡probablemente deseosos de tener una alfombra mágica que los sacara de allí!

Por lo menos la soflama del doctor Hix y sus intentos de llevarse el campo con él les ganaron algo de tiempo. Glenda saltó corriendo al terreno de juego y se acercó a un despeinado y abatido Trev.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. Lo tenías delante mismo. Lo tenías en tus manos, bueno, en tus botas, por lo menos.

—No hace lo que quiero —se lamentó Trev.

—Se supone que tú la obligas a hacer lo quieres. Solo es una pelota de fútbol.

—Ya, pero estoy intentando aprender en medio de todo este mogollón.

—Bueno, por lo menos has estado a punto. Todavía no hemos perdido y solo vamos por la primera parte.

Cuando se retomó el juego, según el director del Times:

Los hombres de los sombreros puntiagudos habían recobrado cierta entereza y el capitán Nobbs dirigió un ataque concertado en un intento de interferir de nuevo con el almuerzo de Charlie Barton pero, para consternación de todos, el hijo de Dave Probable seguía en apariencia reñido con el arte de marcar goles y daba toda la impresión de que su única oportunidad de colar un tanto sería envolver la pelota y depositarla en la Oficina de Correos con la esperanza de que llegara a su destino.

Y entonces, para asombro de propios y extraños, la escuadra esotérica pareció demostrar que se les daba mejor el billar que el fútbol cuando otro de los potentes pero mal dirigidos disparos de Probable rebotó una vez más en la portería y fue a dar en la cabeza del profesor Rincewind, el cual, en realidad, estaba corriendo en la dirección contraria, para acabar en el fondo de la portería antes de que nadie, incluido Charlie, supiera dónde estaba.

El gol arrancó una ovación, pero solo porque el partido a esas alturas parecía, en nuestra opinión, un número de vodevil. Por desgracia, no tuvo nada de cómico que, en varios sectores del Hipopótamo, empezaran a estallar peleas entre pandillas de hinchas rivales, inspirados sin duda por algunas de las vergonzosas actuaciones del campo…

Mientras los dos bandos regresaban corriendo o cojeando a sus campos, el árbitro llamó a los capitanes.

—Caballeros, no estoy muy seguro de lo que estamos haciendo aquí, pero tengo la convicción absoluta de que no es exactamente fútbol y espero con ansia la investigación posterior. Entretanto, antes de que nadie salga herido y, sobre todo, antes de que el público empiece a demoler este estadio y a entregarse al canibalismo, les diré que el próximo gol que se marque será el último, aunque todavía estemos tan solo en la primera parte. —Miró fijamente a Gorrin y añadió—: Espero de corazón que algunos jugadores hagan examen de conciencia. Si puedo acuñar una expresión, caballeros, es una muerte súbita para ambos bandos. Les daré unos minutos para que informen a sus equipos.

—Lo siento, señor —dijo Gorrin, mirando a su alrededor—, algunos de mis muchachos no son los que yo habría elegido, para que me entienda. Les meteré una buena bronca.

—En mi opinión eso solo funcionaría si al mismo tiempo les golpeara con un martillo, señor Gorrin. Son una vergüenza. ¿Me ha entendido usted también, señor Nobbs?

—Creo que a nosotros también nos gustaría seguir. Vamos a muerte a por el partido.

—Yo preferiría no ver ninguna muerte, y sospecho que si pide más tiempo es solo con la esperanza de que el señor Probable aprenda a jugar a fútbol, pero me temo que eso no lleva trazas de suceder.

—Bueno, sí, señor, pero ¿no puede…? —empezó Gorrin.

—Señor Gorrin, he hablado, soy el árbitro y ahora mismo soy lo más cercano a los dioses.

Soy lo más cercano a los dioses. La frase volvió como un eco. Más tenue. Más brillante. Miró a su alrededor.

—¿Qué? ¿Han dicho algo, amigos?

Lo más cercano a los dioses. Oyó algo parecido a un «¡gloing!». Pero la pelota estaba aún en sus manos, ¿verdad? La miró fijamente. ¿Eran imaginaciones suyas, o flotaba algo en el aire? Algo… en el aire… la esencia plateada de bellos días de invierno.

Trev trotó con movimientos embarazosamente bailones sin moverse del sitio mientras esperaba. Cuando alzó la vista, se encontró con que Andy Espinilla lo miraba.

—A tu querido papá le estará dando algo —dijo este con alegría.

—Te conozco, Andy —replicó Trev con tono cansado—, me conozco tus trucos. Arrinconas a un pobre desgraciado y le tocas las pelotas hasta que se cabrea y así empieza él, ¿verdad? No me pondré a tu altura, Andy.

—No te estás poniendo a la altura de nadie, eso está claro.

—No te escucho, Andy —dijo Trev.

—Oh, yo creo que sí.

Trev volvió a suspirar.

—Te he estado observando. Tú y tus amigotes sois unos putos maestros de meter la bota cuando el árbitro no mira, y si no lo ve, no puede hacer nada.

Andy bajó la voz.

—Bueno, yo puedo hacer algo contigo, Trev. No saldrás caminando de aquí, lo juro. Te sacarán a cuestas.

Sonó el silbato, seguido del imparable:

—¡LOS NIÑOS QUE NO SE HAYAN TRAÍDO ROPA DE DEPORTE JUGARÁN EN CALZONCILLOS!

—Muerte súbita —dijo el ex decano, y los equipos chocaron; Andy salió del encontronazo con la pelota en los pies y flanqueado por su guardia de deshonor.

Ponder Stibbons, que se encontraba en la trayectoria de su avance, calculó muy deprisa gran cantidad de cosas, tales como la velocidad, la dirección del viento y la probabilidad de que lo hundieran en la tierra a pisotones. Hizo un esfuerzo, de todas formas, pero acabó tendido boca arriba cuan largo era tras la colisión. En palabras del director del Times: en esta escena de desespero, desconsuelo y desorden, un solitario defensor, Huebo, se interponía ante el gol ganador del Deportivo…

Se elevó un rugido inmediatamente detrás de Huebo. Él no osó mirar atrás, pero alguien aterrizó sobre el larguero de la portería, que dejó temblando, saltó al suelo y dio a entender por medio de un pulgar enorme y calloso que la ayuda del señor Huebo ya no era necesaria. Una costra verde rodeaba la boca del Bibliotecario, pero no era nada comparada con el fuego de sus ojos.

En ese momento, según el director del Times:

Desconcertado en apariencia por el regreso del famoso hombre del bosque de los magos, Espinilla probó suerte con otro intento de marcar el gol definitivo, que el Bibliotecario detuvo y devolvió sin esfuerzo al campo del Deportivo. Con todo en juego, la impresión que nos dio es que los hombres del campo se lanzaron a por la pelota como una panda de niños del arroyo que se pelearan por la tradicional lata. Sin embargo, el señor Nobbs, de quien nos aseguran que no guarda parentesco, fue capaz de abrirse algo de espacio para conceder al desafortunado señor Probable otro intento de seguir los pasos de su padre, empeño en el que falló, según nuestros cálculos, por un centímetro, y la pelota acabó en manos de Grandullón Barton, que a renglón seguido se derrumbó, medio asfixiado, pues había introducido, según creemos, una cantidad considerable de empanada en su boca para tener las manos libres.

—No debería pasar esto —dijo Glenda, y el pensamiento arrancó un eco en su cabeza: No debería pasar esto—. Trev tiene que ganar, no puede ser de otra manera.

Y su voz resonó de nuevo; ¿podía una oír ecos en su propia cabeza? Iban a perder, ¿verdad? Iban a perder porque Andy sabía infringir las reglas.

Las reglas.

Yo soy las reglas.

Miró a su alrededor, pero aparte del médico y los gemidos o, en el caso de Ridcully, las maldiciones de sus pacientes, no había nadie cerca de ella salvo Juliet, que observaba el partido con su habitual sonrisa distraída.

—Por todos los cielos. Lo único que tiene que hacer es meter un gol —dijo Glenda en voz alta.

Yo soy el gol, dijo la voz serena salida de ninguna parte.

—¿Has oído eso? —preguntó Glenda.

—¿Lo qué? —dijo Juliet. Se volvió y Glenda vio que estaba llorando—. Trev va a perder.

Yo soy el balón.

Esa vez había salido de su bolsillo, del que sacó la lata de Trev.

Cuando el doctor Jardín gruñó y arrancó a correr campo arriba una vez más hacia el atragantado Charlie (como recogió el Times más tarde), Glenda lo siguió y llegó hasta el señor Nobbs.

—Si quiere volver a ver en su vida una taza de té y un pedazo de pastel, señor Nobbs, chute la pelota hacia mí. Sabrá dónde estoy, porque estaré chillando y haciendo tonterías. Haga lo que le digo, ¿vale?

Haz lo que te dice, ¿vale?, oyó que resonaba su voz.

—¿Y qué harás tú, devolverla?

—Algo parecido —dijo Glenda.

—¿Y de qué servirá eso?

—Hará que ganéis el partido, ni más ni menos. ¿Recuerda la Regla 202?

Lo dejó intrigado y luego corrió hacia la señora Panadizo y las animadoras, que, en esos momentos, no tenían ánimo para nada.

—Creo que es buen momento para ofrecer a los chicos un buen espectáculo —sugirió—. ¿No te parece, Juliet?

Juliet, que la había estado siguiendo obedientemente, dijo:

—Sí, Glenda.

Sí, Glenda. Otra vez. Una frase, dos voces.

La señora Panadizo no era la clase de persona que acepta instrucciones de la jefa de la cocina nocturna, pero Glenda se inclinó hacia delante y añadió:

—Es una petición especial del archicanciller.

La reanimación de Grandullón Barton no fue tarea fácil, y es posible que hubiera menos voluntarios para meterle los dedos en la garganta que en el caso del Bibliotecario. Después se perdió un poco más de tiempo vaciándolo y limpiando.

Cuando el árbitro ordenó a los equipos que volvieran a sus puestos, Glenda llegó sin aliento y le entregó un trozo de papel.

—¿Qué es esto?

—Son las reglas, señor, pero verá que he marcado una con un círculo.

El ex decano le echó un vistazo y dijo con tono desdeñoso:

—A mí me parece un sinsentido.

—No lo es, señor, no si lo mira trocito a trocito; son las reglas, señor.

El archicanciller Henry se encogió de hombros y se metió el papel en el bolsillo.

Por un momento, el cancelero Nobbs miró a Glenda, desafiante en su contraste con las animadoras. Se sabía que Glenda era generosa con sus amigos y que hacía el mejor té de la universidad. No estaba en juego el fútbol, sino una taza caliente de té y, posiblemente, una rosquilla. Se inclinó hacia Huebo.

—Glenda dice que tengo que recordar la regla 202 —dijo.

A Huebo se le animaron las facciones.

—Una idea inteligente y, por supuesto, funcionará. ¿Le ha pedido que tire la pelota fuera del campo?

—Sí, exacto. ¿Vamos a hacer trampa? —preguntó el cancelero Nobbs.

—No. Vamos a ser fieles a las reglas. Y lo que pasa con la fidelidad a las reglas es que a veces es mejor que hacer trampas.

A Nobbs le llegó enseguida la oportunidad, gracias a un pase obviamente mal dirigido de Gorrin. ¿No había estado muy cerca de ellos mientras hablaban? ¿Y no acababa de decir: «Adelante»? Desde luego, por lo menos había sonado muy parecido. Nobbs chutó la pelota directamente hacia las animadoras, donde Glenda la atrapó al vuelo y la metió entre los pliegues de la falda de la señora Panadizo.

—No han visto lo que ha pasado, señoritas, no han visto dónde está el balón y no se moverán lo pida quien se lo pida, ¿de acuerdo?

Mientras el público abucheaba y animaba, sacó una lata de su bolso y la sostuvo en alto.

—¡Pelota perdida! —chilló—. ¡Pelota sustituta! —Y lanzó la lata directamente hacia el cancelero, que tuvo reflejos suficientes para pasársela a Huebo de primeras. Antes de que cualquier otro jugador acertase a moverse, aterrizó con un leve «¡gloing!» en la punta de la bota de Trev Probable…

Según el director del Times:

Nos han asegurado que no se usó magia alguna el día del partido y no seré yo quien contradiga al honorable claustro de la Universidad Invisible. Lo único que su fiel corresponsal dirá es que Trevor Probable avanzó con la «pelota», contra todo pronóstico, hacia la meta del Atlético, donde se plantó, en apariencia esperando la estampida del enfurecido equipo del Deportivo. Lo que siguió, debe afirmar su fiel corresponsal, no fue solo un gol, sino también un merecido castigo. Fue escribir el apellido Probable, por segunda vez, en los anales de la historia del fútbol, porque Trevor, hijo famoso de un padre famoso, hizo un nudo a los jugadores del Deportivo, los desató y los volvió a anudar. Corrió, esquivó, pateó la «pelota» directamente hacia defensas que después descubrían que el «balón» se desviaba en una dirección totalmente opuesta, que sin falta resultaba ser aquella en la que Probable se encontraba a esas alturas. Les provocó, jugó con ellos, hizo que se chocaran cuando dos jugadores se lanzaban a por una «pelota» que, inexplicablemente, dejaba de estar donde ellos daban por seguro que la encontrarían. Y debió de ser un alivio para los miembros más equilibrados del Deportivo cuando se dio por satisfecho y coló la «pelota» por encima de la cabeza de su portero suplente, Micky Pulford (jugador en la actualidad de los Trotamundos de la calle Cachete), y la introdujo en la red, donde rodó para después regresar y aterrizar con precisión en la punta de la bota de Probable. El silencio…

… se extendió como mantequilla caliente. Glenda estaba segura de que podía oír el canto de los pájaros a lo lejos o, posiblemente, el ruido de las lombrices bajo la tierra, pero sin duda, desde el hospital de campaña improvisado del doctor Jardín, el sonido de Grandullón Barton vomitando de nuevo.

Y entonces, donde el silencio había reinado, el sonido entró en tromba como el chorro de agua de una presa rota. Fue un fenómeno físico y complejo. En varios puntos los espectadores empezaron a cantar. Todos los cánticos de todos los equipos, unidos y armonizados en un momento perfecto.

Glenda observó con asombro cómo Juliet… Fue como una repetición del desfile de modelos. Pareció iluminarse desde dentro, como si varas de luz dorada salieran flotando de la micromalla. Arrancó a correr hacia Trev, quitándose la barba y, Glenda lo vio con sus propios ojos, elevándose poco a poco del suelo como si ascendiera por una escalera.

Fue una imagen extraña y maravillosa, de la que ni siquiera Charlie Barton, que seguía vomitando, pudo apartar la vista.

—Perdone —dijo el señor Gorrin—. Eso ha sido gol, ¿no?

—Sí, señor Gorrin, creo que sí —respondió el árbitro.

Andy Espinilla apartó a su capitán de un empujón.

—¡No! ¡Ha salido por el lateral! ¿Estás ciego o qué, cojones? Y era una lata de metal.

—No, señor Espinilla, no lo era. Caballeros, ¿no ven lo que está pasando ante sus narices? Miren, todo lo que ha sucedido ha sido perfectamente reglamentario de acuerdo con las normas del juego, la regla 202, en concreto. Es un fósil, pero no deja de ser una regla, y puedo asegurarles que no se ha usado magia alguna. Pero ahora mismo, caballeros, ¿no ven a la dama dorada que flota por los aires?

—Sí, vale, solo es otra cosa de críos raros, igual que ese gol.

—Esto es fútbol, señor Espinilla, todo son cosas de críos raros.

—O sea que el partido ha terminado —dijo el señor Gorrin.

—Sí, señor Gorrin, así es. Aparte de, e insisto en dirigir su atención hacia ello, una bella dama dorada que flota sobre el campo. ¿Soy el único que la ve?

Gorrin echó un vistazo hacia la flotante Juliet.

—Sí, vale, muy guapa, pero hemos perdido, ¿verdad?

—Sí, señor Gorrin, han perdido clara y enfáticamente.

—Y, para ser precisos —dijo Gorrin—, ya no hay más, bueno, reglas, ¿verdad?

—No, señor Gorrin, ya no están sometidos a las reglas del fútbol.

—Gracias por aclararlo, señoría, y permita de paso que le dé las gracias en nombre del Deportivo por el modo en que ha manejado los escabrosos acontecimientos de esta jornada.

Dicho eso, dio media vuelta y le pegó un puñetazo en plena cara a Andy. El señor Gorrin era un hombre afable, pero años de levantar un cerdo muerto con cada mano significaban que su puño era algo que hasta la gruesa piel de Andy debía tener en cuenta. Con todo, después de parpadear unas cuantas veces, Andy logró decir:

—Serás hijo de puta…

—Nos has hecho perder el partido —dijo Gorrin—. Podríamos haber ganado por las buenas, pero tú has tenido que fastidiarlo todo. —Y quienes lo rodeaban se sintieron capaces de murmurar en señal de apoyo a la acusación.

—¿Yo? ¡No he sido yo! Ha sido el cabrón de Trev Probable y el canijo de su amigo orco. Han usado magia. No puede decir que no ha sido magia.

—Pura habilidad, se lo garantizo —dijo el ex decano—. Una habilidad increíble, bien es cierto, pero es conocido por su destreza con la lata, que es en sí misma un auténtico icono del fútbol.

—¿Dónde está el condenado Probable, a ver?

Glenda, con la mirada fija en el centro del campo, dijo con la voz de alguien medio hipnotizado:

—También está subiendo por el aire.

—Venga, no me digas que eso no es magia —protestó Andy.

—No —dijo Glenda—. ¿Sabes qué? Creo que es religión. ¿No lo oyen?

—No oigo nada, querida, con todo el ruido que hace el público —respondió el ex decano.

—Sí —dijo Glenda—. Escuche al público.

Lo hizo. Era un rugido, un gran rugido que llenaba el cielo, antiguo y animal, surgido de los dioses sabían dónde, pero en su interior, viajando como un mensaje oculto, distinguió lo que decían. Las palabras cobraron nitidez, si en verdad la oreja podía enfocar y si en verdad las estaba oyendo con la oreja. Podrían haber estado saliendo de sus huesos…

Si el delantero cree que marca

o el portero grita avergonzado

no entienden el aplauso de la grada

yo hago, oigo y me afano

porque soy el público, el balón y el lodo

soy el triunfo, la culpa y el fuego

soy el campo, las empanadillas, el Todo

siempre y por siempre, soy el Juego.

Da igual quien gane o quien pierda

nada es si el partido se va al traste

la fama se marchita como la hierba

pero yo recordaré cómo jugaste.

Y se mantiene, pensó Glenda, como un mosaico de sonido. Todo el mundo forma parte.

Juliet y Trev empezaron a descender, cogidos de la mano y girando poco a poco, hasta que se posaron suavemente en el suelo, sin dejar de besarse. Una especie de realidad empezó a reimponerse en el estadio, y siempre hay alguien que, hasta cuando oye el canto del ruiseñor, pregunta: «¿Qué carajo es ese ruido?».

—Tramposo cabrón —dijo Andy, y se lanzó derecho a por Trev, cruzando el terreno a gran velocidad hacia donde el chico estaba de pie, con una expresión perpleja pero feliz en la cara. No reparó en la embestida de Andy hasta que una bota enorme lo pateó de lleno en la entrepierna, con tanta fuerza que a todos los espectadores varones les saltaron unas lagrimitas de dolor compartido.

Por segunda vez en veinticuatro horas, Trev notó que la micromalla… cantaba mientras los millares de anillas se desplazaban y, con la misma rapidez, volvían a colocarse. Fue como si una ligera brisa le hubiera soplado en los calzones. Aparte de eso, no había sentido nada.

Andy, en cambio, sí. Estaba tumbado en el suelo, doblado por la mitad, emitiendo una especie de silbido por entre los dientes.

Alguien dio a Trev una palmada en la espalda. Era Pepe.

—Conque te has puesto mis calzones, ¿eh? Bueno, no los míos, está claro. Tendrías que ser un suicida para querer ponerte mis calzones. En fin, que se me ha ocurrido un nombre para el invento: lo llamaré Vengancio. No puede decirse que vaya a acabar con las guerras, porque no me imagino nada que termine con la guerra, pero al menos devuelve la fuerza por donde ha venido. Y tampoco te habrá picado, ¿a que no?

—No —dijo Trev, asombrado.

—¡Bueno, pues a él sí! Aunque debo reconocer que el amigo le echa ganas. Eso me recuerda que necesitaré una iconografía tuya con ellos puestos.

Andy se estaba levantando poco a poco, izándose hacia la vertical casi a fuerza de pura voluntad. Pepe se sonrió y, por algún motivo, a Trev le pareció obvio que cualquiera dispuesto a levantarse y probar cualquier amenaza mientras Pepe le sonreía era algo más que un suicida.

—Llevas una navaja, ¿verdad, canijo? —dijo Andy.

—No, Andy —dijo Huebo a su espalda—. Se acabó. El partido ha terminado. La fortuna ha sonreído al Atlético Invisible y creo que el broche tradicional consiste en intercambiar camisetas en un ambiente de camaradería.

—Pero no calzones —señaló Pepe entre dientes.

—¿Qué sabrás tú de esas cosas? —gruñó Andy—. Eres un puto orco. Lo sé todo sobre vosotros. Podéis arrancar brazos y piernas. Sois magia negra. No me das miedo. —Se abalanzó sobre Huebo con una velocidad encomiable en un hombre tan dolorido.

Huebo lo esquivó.

—Creo que existe una solución pacífica a la evidente animosidad que nos separa.

—¿Que qué?

Pepe y varios futbolistas más se estaban acercando. Andy no había hecho muchos amigos. Huebo les indicó por señas que se apartaran.

—Estoy seguro de que podría ayudarte, Andy. Sí, tienes razón, soy un orco, pero ¿acaso un orco no tiene ojos? ¿Acaso no tiene orejas? ¿Acaso no tiene brazos y piernas?

—Sí, de momento —dijo Andy, y saltó.

Lo siguiente sucedió a tal velocidad que Trev no vio la parte de en medio. Empezó con el salto de Andy y acabó con Andy sentado en el suelo con las manos de Huebo a los lados de su cabeza, con las garras extendidas.

—Vamos a ver —dijo Huebo concentrado, mientras Andy se revolvía en vano—. Retorcer el cráneo con fuerza suficiente para partir la columna vertebral y la médula espinal no debería presentar mucha dificultad, puesto que se trata de una articulación que no rota. Además, por supuesto, los orificios de las orejas y las cuencas oculares permiten una mejor sujeción, a la manera de una bola de bolos —añadió con desparpajo.

Se produjo un silencio horrorizado mientras proseguía:

—Usando la unidad de medición de fuerza inventada por sir Palisandro Bollo, calculo que unos meros doscientos cincuenta bollos bastarían. Aunque claro, una conclusión quizá sorprendente es que desgarrar la piel, los tendones y los músculos sería lo que más dificultades me plantearía. Usted es un hombre joven y la fuerza de tensión será bastante alta. Me imagino que solo la piel exigiría una fuerza de unos mil bollos.

Andy soltó un gritito mientras le retorcían la cabeza con suavidad.

—¡Oiga! ¡Vamos a ver! —exclamó Ridcully—. Una broma es una broma y todo eso, pero…

—En adelante la cosa se vuelve bastante sucia —prosiguió Huebo—. El músculo se separaría de los huesos con relativa facilidad.

Andy emitió otro gritito ahogado.

—Pero teniendo en cuenta todos los factores, creo que con una fuerza de entre tres y cinco kilobollos estaría servido. —Hizo una pausa—. Es broma, Andy. Sé que te gusta el cachondeo. Me parece que también sería capaz de meterte una mano por la garganta y sacarte el estómago sin problemas.

—Adelante —graznó Andy.

Y de punta a punta del estadio del Hipopótamo, la bestia olió sangre. Al fin y al cabo, no eran solo carreras de caballos lo que se había disputado en el Hipo a lo largo de los siglos. La cantidad relativamente escasa de sangre que se había derramado en ese día no era nada comparada con los ríos de los siglos pasados, pero la bestia conocía la sangre con solo olerla. Los vítores y cánticos se redoblaron, y las palabras fueron cobrando cada vez más fuerza a medida que la gente se ponía en pie:

—¡Orco! ¡Orco! ¡Orco!

Huebo se levantó, impasible, y luego se volvió hacia el ex decano.

—¿Podría pedirle a todo el mundo que se marche, por favor? Esto podría ponerse feo.

—¡Venga ya! —protestó Trev—. Ni en broma.

—En fin, qué se le va a hacer —dijo Huebo—; ¿quizá solo las mujeres?

—Ni lo sueñes —dijo Glenda.

—En ese caso, ¿tendría la amabilidad de prestarme su megáfono, árbitro? Le agradecería que encomendase a varios de los jugadores más fuertes del campo que sujetaran al señor Espinilla; es triste, pero creo que no está en sus cabales.

Sin palabras, le entregaron lo que pedía. Huebo cogió el megáfono mientras la tormenta de «¡Orco! ¡Orco!» arreciaba, se alejó un poco del resto del grupo y esperó impasible con los brazos cruzados hasta que los gritos cesaron por pura falta de impulso. Con todas las miradas pendientes de él, se llevó el megáfono a los labios y dijo:

—Caballeros. Sí, en efecto, soy un orco y siempre lo seré. Y permítanme decir que ha sido un privilegio jugar aquí hoy y verles a todos. Pero ahora deduzco que algunos de ustedes pueden considerar la presencia de un orco en la ciudad como una especie de problema. —Calló un momento—. Así pues, discúlpenme si les ruego que zanjemos este asunto ahora mismo.

Sonaron risas y alguna burla desde diversos sectores del estadio, pero también, le pareció a Glenda, la bestia se estaba imponiendo silencio. En esa quietud en que se hubiese oído la caída de un alfiler, el impacto del megáfono al golpear el suelo pudo oírse hasta en el último rincón. Entonces Huebo se arremangó y bajó la voz para que la gente tuviera que esforzarse por oírlo.

—Aquí os espero si tenéis lo que hay que tener —dijo.

Primero llegó el pasmo, seguido de un silencio incrédulo y luego el susurro de todas las cabezas al volverse hacia las demás para preguntar «¿De verdad ha dicho eso?», y entonces alguien en lo alto de las gradas empezó a aplaudir, al principio poco a poco y luego acelerando el ritmo a medida que se extendía y se acercaba al punto de inflexión de la multitud, cuando no aplaudir resultaría impensable. Dejar de hacerlo cuando ya se había empezado era igual de inconcebible, y en cuestión de un minuto el aplauso era una tormenta.

Huebo se volvió hacia el resto del equipo con lágrimas en la cara.

—¿Tengo valía? —le preguntó a Glenda.

Ella corrió hacia él y lo abrazó.

—Siempre la has tenido.

—Entonces, cuando termine el partido, tenemos cosas que hacer.

—Pero si ha terminado hace una eternidad —señaló Glenda.

—No, no se acaba hasta que el árbitro pita. Lo sabe todo el mundo.

—Por Ío, tiene razón —dijo Ridcully—. Adelante, decano. ¡Dele con ganas!

El archicanciller de la Universidad de Durafacies se sentía lo bastante magnánimo para dejar correr eso último. Se llevó el gigantesco silbato a los labios, llenó sus pulmones de aire y echó a temblar el guisante. A pesar de todo, la sombra de Evans el Rayado tuvo la última palabra:

—¡NO QUIERO QUE NINGÚN CHICO HAGA COSAS RARAS EN LA DUCHA!

Mientras el público bajaba en tropel por las gradas, pisoteando el campo ya sagrado, Ridcully dio un golpecito en el hombro al alicaído señor Gorrin y dijo:

—Sería un privilegio intercambiar la camiseta con usted, señor.

Dejó caer el sombrero al suelo, se quitó la camiseta y reveló un pecho tan peludo que parecía dos leones durmiendo. La camiseta del Deportivo que recibió a cambio le venía algo estrecha, pero no tenía importancia porque, como Andy había previsto, la vociferante multitud en efecto alzó en vilo a los integrantes del Atlético Invisible (salvo por la señora Panadizo, que se resistió) y los llevó en volandas por toda la ciudad. Fue un triunfo. Hubieras ganado o perdido, siguió siendo un triunfo.

¿Creéis que esto se ha acabado?

Los magos de la Universidad Invis[[26]](#footnote-26)ible sabían montar una fiesta. Pepe y madame Sharn estaban impresionados. Sin embargo, los negocios eran los negocios y[[27]](#footnote-27) tenían que pensar en Juliet.

—No la veo por ninguna parte —dijo Madame.

—Yo creo que he visto a dos de ellas hace un rato —replicó Pepe—. Estos tipos se lo montan bien; no he visto nunca una tabla de quesos tan grande. Casi hace que el celibato parezca aceptable.

—Oh, ¿eso crees?

—No. Por cierto, ¿te has fijado en ese mago tan alto que no te quita el ojo de encima, querida?

—Es el profesor Bengo Macarona. ¿Crees que…? —empezó Madame.

—Sin la menor duda, querida. Sé que tiene las piernas lesionadas, pero dudo que eso pueda ser un problema.

Una vez más, Madame estiró el cuello para buscar a la figura centelleante entre la multitud.

—Espero que nuestra joven modelo no se esté entregando a ningún tejemaneje.

—¿Cómo podría? Está rodeada por completo de admiradores.

—Sigue siendo posible.

En realidad, Juliet y Trev estaban sentados en la oscuridad de la cocina nocturna.

—Encontraré algo que hacer —dijo Trev—. Iré a donde sea que vayas.

—Tendrías que quedarte aquí y jugar a fútbol —replicó Juliet—. ¿Sabes lo que han dicho algunos mientras bebíamos? Decían que Dave Probable era tu padre.

—Bueno, sí, es verdad.

—Ya —dijo Juliet—, pero antes decían que tú eras su hijo.

—Bueno, a lo mejor un poco de fútbol —cedió Trev—, pero no creo que lo de la lata vuelva a colar.

Se besaron.

En ese momento y lugar, era todo lo que parecía necesario.

Sin embargo…

Glenda y Huebo también querían encontrar un sitio algo apartado y, a ser posible, oscuro. Por casualidad, Glenda había sacado de su bolsillo un par de entradas, situadas allí por el doctor Hix en su intento de sembrar en el mundo las tinieblas y el desaliento por medio del teatro de aficionados, para la producción de la Compañía Hermanas Dolly de Malhadados, obra de Hwel el Dramaturgo. Se sentaron cogidos de la mano, mirando la representación con aire solemne, sintiendo cómo sus ondas los movían, y luego la comentaron mientras volvían atravesando la ciudad, bordeando con cautela las pandillas de hinchas felices y borrachos que cantaban.

—¿Qué piensas? —preguntó Huebo, al cabo de un rato—. De la obra, quiero decir.

—No creo que sea tan romántica —dijo Glenda—. Para ser sincera, me ha parecido un poco tonta.

—Goza de reconocimiento universal como una de las grandes obras románticas de los últimos cincuenta años —dijo Huebo.

—¿En serio? Pero ¿qué clase de ejemplo están dando? Para empezar, ¿es que nadie de Genua sabía tomar el pulso, aunque fuera en aquella época? ¿Es demasiado esperar un mínimo de conocimiento de primeros auxilios? Hasta un espejito habría servido, y hay toda una serie de puntos respetables donde tomarle el pulso a una persona.

—Creo que se debe a que ninguno de los dos estaba pensando en sí mismo, quizá —sugirió Huebo.

—Ninguno de los dos estaba pensando y punto —dijo Glenda—, y desde luego no estaban pensando en el otro como en una persona. Un poco de sentido común y estarían vivos. Suena a inventado, como los libros. No creo que nadie sensato fuese a actuar así.

Huebo le apretó la mano.

—A veces hablas como la señora —dijo—, y eso me recuerda…

—¿Qué te recuerda?

—Que es hora de que conozca a quien me hizo.

Andy Espinilla recorría con paso vacilante los callejones nocturnos, tranquilo en su convencimiento de que no contenían nada peor que él, una convicción que se demostró errónea.

—¿Señor Espinilla?

—¿Quién pregunta? —dijo él, a la vez que daba media vuelta y metía la mano de forma instintiva bajo su chaqueta, donde llevaba su nuevo alfanje.

Pero otro cuchillo, plateado y fino, asestó dos tajos, a la par que un pie experto caía plano sobre su pantorrilla y lo tiraba al suelo.

—¡Yo! Soy el final feliz. Puedes considerarme el hada buena. No te preocupes, recuperarás la vista cuando te limpies la sangre de los ojos y, como dicen, ya no tendrás que pagar por beber en ningún bar de esta ciudad, aunque sospecho que nunca lo has hecho.

El atacante se apoyó con total tranquilidad en una pared.

—Y el motivo por el que hago todo esto, señor Espinilla, es que soy un cabrón. Soy un viejo malnacido. Un desgraciado. Ellos te dejaron salirte de rositas porque son buenas personas y, verás, el mundo necesita a alguien como yo para saldar cuentas. Desde antes de que nacieras he conocido a personas como tú. Torturadores, abusones y ladrones. Sí, sí, ladrones. Ladrones del respeto ajeno. Ladrones de la paz de espíritu. Pues bien, el señor Huebo es un orco y tengo entendido que con palabras puede volver mejor a la gente. En fin, me alegro, me parece muy bien. Si funciona, es un genio, pero eso no hace justicia, no a mis ojos, o sea que he pensado que tenías que conocer a Pepe, solo para saludarnos. Si te vuelvo a ver alguna vez, nunca encontrarán todos los pedazos; pero, solo para demostrar que tengo una veta decente, aquí tienes algo para las heridas.

Algo aterrizó con suavidad junto a la mano suplicante de Andy.

Goteando sangre y moco sobre el suelo, Andy se volvió bruscamente a la vez que los elegantes pasitos desaparecían, con la única idea de quitarse la sangre de los ojos y la sed de venganza y castigo del corazón. Y dadas las circunstancias, en consecuencia, no tendría que haberse restregado el medio limón por la cara.

¿Creéis que esto se ha acabado?

Es una realidad lamentable que, cuando dos personas cenan a una mesa muy grande e impresionante, se sientan en los extremos opuestos del eje largo. Se trata de una estupidez increíble que complica la conversación e imposibilita pasarse la comida, pero hasta lord Vetinari y lady Margolotta parecían haber suscrito la idea.

Por otro lado, los dos comían muy poco y por tanto no había gran cosa que pasarse.

—Tu secretario parece entenderse muy bien con mi bibliotecaria —comentó lady Margolotta.

—Sí —dijo Vetinari—. Al parecer están comparando carpetas de anillas. Drumknott ha inventado una nueva.

—Bueno, para el correcto funcionamiento del mundo —observó lady Margolotta—, es esencial que las carpetas de anillas sean importantes al menos para una persona. —Dejó su copa y miró hacia la puerta.

—Pareces nerviosa —dijo Vetinari—. ¿Te estás preguntando cómo vendrá?

—Ha sido un día muy largo y notablemente exitoso para él. ¿Y dices que ha ido a una representación teatral de aficionados?

—Sí, con esa señorita tan franca que hace empanadas —dijo Vetinari.

—Ya veo —dijo lady Margolotta—. Tiene que saber que estoy aquí, ¿y ha salido con una cocinera?

Había un leve atisbo de sonrisa en los labios de Vetinari.

—No es cualquier cocinera. Es una genio entre las cocineras.

—Bueno, debo reconocer que me sorprende —confesó la señora.

—¿Y te molesta? —preguntó Vetinari—. ¿Te pone un poco celosa, quizá?

—¡Havelock, vas demasiado lejos!

—¿Esperabas otra cosa? Además, no me negarás que su triunfo también es el tuyo.

—¿Te había contado que he visto a algunos de ellos? —dijo Margolotta al cabo de un rato.

—¿Los orcos?

—Sí. La verdad es que da pena verlos. Por supuesto, la gente dice lo mismo de los trasgos y, aunque es cierto que conservan religiosamente sus mocos y, para ser francos, casi todo lo demás, por lo menos en su caso hay una lógica.

—Bueno, una lógica religiosa, al menos —murmuró Vetinari—. Tienden a ser bastante maleables.

—Los Igors los hicieron a partir de hombres, ¿lo sabías?

Vetinari, sin soltar su copa, caminó hasta la otra punta de la mesa y cogió el pimentero.

—No. Sin embargo, ahora que me lo dices, es manifiestamente obvio. Los trasgos no habrían sido ni por asomo lo bastante feroces.

—Y no tienen nada —añadió Margolotta—. Ni cultura, ni leyendas ni historia; él podría proporcionarles eso.

—Todo lo que ellos no son, él lo es —dijo Vetinari—, pero es un peso enorme el que depositas sobre sus hombros.

—¿Y cuánto cargo en los míos? ¿Cuánto peso llevas tú a la espalda?

—Es como ser un caballo de tiro —dijo Vetinari—. Al cabo de un tiempo dejas de darte cuenta, la vida es así.

—Se merecen una oportunidad y hay que aprovecharla ahora, mientras el mundo está en paz.

—¿En paz? —dijo Vetinari—. Ah, sí, definida como un período de tiempo que permite prepararse para la guerra siguiente.

—¿Dónde aprendiste a ser tan cínico, Havelock?

Vetinari giró sobre sus talones y emprendió de nuevo su distraído paseo a lo largo de la mesa.

—Bueno, en primer lugar de ti, señora mía, aunque debo reconocer que el mérito no es solo tuyo, puesto que he disfrutado de un extenso período de ampliación formativa como tirano de esta ciudad.

—Yo creo que les permites demasiada libertad.

—Sí, tienes razón. Por eso sigo siendo el tirano de esta ciudad. Siempre he pensado que la manera de conservar el poder es asegurarte de que la idea de que no estés resulte absolutamente impensable. Te ayudaré en todo lo que pueda, por supuesto. No tendría que haber esclavos, ni siquiera esclavos del instinto.

—Una sola persona puede marcar la diferencia —dijo Margolotta—. Mira a don Brillo, que ahora es el rey Diamante de los trolls. Mírate a ti mismo. Si los hombres pueden caer…

Vetinari soltó una brusca carcajada.

—Oh, vaya si pueden.

—… entonces los orcos pueden elevarse —concluyó Margolotta—. Si eso no es verdad, el universo no es verdad.

Unos nudillos aterciopelados llamaron a la puerta doble, y Drumknott entró.

—Ha llegado el señor Huebo, señor. —Luego añadió con cierto desdén—: Y va con esa… mujer, la que cocina en la universidad.

Vetinari miró de reojo a Margolotta.

—Sí —dijo—. Creo que los recibiremos en el salón principal.

Drumknott carraspeó.

—Creo que debería informarle, señor, de que el señor Huebo se ha procurado acceso al edificio a través de unas puertas que estaban cerradas a cal y canto.

—¿Las ha arrancado de sus goznes? —preguntó Vetinari con aparente interés y entusiasmo.

—No, señor, las ha levantado a peso hasta sacarlas de los goznes y luego las ha dejado bien colocadas una encima de la otra contra la pared.

—Ah, entonces aún queda esperanza en el mundo.

—¿Y los guardias?

Drumknott miró de reojo a lady Margolotta.

—He tomado la precaución de apostar a varios discretamente en la galería del Gran Salón armados de ballestas.

—Retírelos —ordenó Vetinari.

—¿Que los retire? —dijo Margolotta.

—Retírelos —repitió Vetinari, directo a Drumknott. Le tendió el brazo a la señora—. Me parece que la expresión es, según dicen, alea jacta est. El dado, mi señora, está lanzado, y ahora los dos veremos cómo cae.

—¿Te meterás en un lío por eso? —preguntó Glenda, que se mantenía pegada a Huebo mientras subían los escalones.

El salón principal del palacio era un lugar que intimidaba cuando estaba vacío, porque estaba diseñado exactamente para eso.

—¿Por qué no has llamado como cualquier persona normal?

—Mi querida Glenda, no soy como cualquier persona normal, y tú tampoco.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—No lo sé. ¿Qué hará la señora? No tengo ni idea, aunque voy comprendiendo cómo piensa y existe un puñado de posibilidades que se me han pasado por la cabeza.

Vieron que dos figuras bajaban por la amplia escalinata que ascendía hacia el resto del edificio. La habían construido para dar cabida a cientos de personas; las dos que bajaban por ella parecían pequeñas para ser quienes eran.

—Ah, señor Huebo —dijo Vetinari cuando casi habían llegado al último escalón—, y la señorita Habichuela. Debo extender a ambos mi felicitación por el maravilloso, si bien sorprendente, éxito del Atlético Invisible.

—Creo que tendrá que hacer muchos cambios en las reglas, señor —dijo Huebo.

—¿Como cuál? —preguntó Vetinari.

—Me parece que el árbitro necesita unos asistentes. No puede tener la vista en todas partes —respondió Huebo—, y hacen falta unas cuantas reglas más. Aunque el señor Gorrin hizo lo más honorable, creo.

—Y el profesor Rincewind puede acabar siendo un delantero muy capaz, si tan solo fuera posible convencerlo de que se llevara la pelota con él —dijo Vetinari.

—Yo nunca se lo diría al archicanciller, mi señor, pero creo que podría rendir mejor en un puesto más defensivo.

—¿A quién sugeriría como alternativa? —inquirió Vetinari.

—Bueno, Charlie, el esqueleto animado que trabaja en el Departamento de Comunicaciones Post Mórtem, hizo muy buen papel en las pruebas de selección. Y al fin y al cabo… —Hizo una pausa momentánea—. Sí, al fin y al cabo, nadie puede evitar que lo hayan hecho como es.

Se volvieron al oír un golpeteo suave a sus espaldas. Era el pie de lady Margolotta.

Huebo hizo una somera reverencia.

—Señora. Confío encontrarla bien de salud.

—Igualmente, Huebo —dijo lady Margolotta.

Huebo se volvió hacia Glenda.

—¿Cuál fue esa frase hecha que usaste una vez?

—Pito como una manzana —respondió Glenda.

—Sí, eso es, estoy pito como una manzana —dijo Huebo—. Y es señor Huebo, si no le importa, mi señora.

—¿Les apetece cenar con nosotros, aunque sea un poco tarde? —preguntó Vetinari, mirándolos a los dos con mucha atención.

—No, no quisiéramos abusar, pero muchas gracias. Tengo mucho que hacer. ¿Lady Margolotta?

—¿Sí?

—¿Viene un momento, por favor?

Glenda observó sus expresiones: la leve sonrisa de Vetinari, la cara de indignación de la señora, la confianza de Huebo. El frufrú del vestido largo y negro de la señora provocaba embriaguez auditiva mientras bajaba los últimos escalones hacia el orco y se detenía.

—¿Tengo valía? —preguntó Huebo.

—Sí, Huebo, la tienes.

—Gracias, pero estoy aprendiendo que la valía es algo que debe acumularse de forma continua. Me pidió que fuese siempre de utilidad. ¿Soy útil?

—Sí, Huebo, eres útil.

—¿Y qué quiere que haga ahora?

—Encontrar a los orcos que aún viven en el Lejano Uberwald y sacarlos de las tinieblas.

—Entonces ¿hay más orcos, como yo? —preguntó Huebo.

—Unas docenas, tal vez —respondió Margolotta—, pero en verdad no puede decirse que sean como tú. Son unos seres lamentables.

—¿Son ellos quienes deberían lamentarlo? —dijo Huebo.

Glenda observó las caras y vio con asombro que lady Margolotta parecía desconcertada.

—En tiempos del Imperio del Mal se cometieron muchas tropelías —dijo—. Lo mejor que podemos hacer ahora es enmendarlas. ¿Nos ayudarás en este empeño?

—En todo lo que pueda —respondió Huebo.

—Me gustaría que les enseñaras a comportarse de forma civilizada —dijo la señora con frialdad.

Huebo pareció recapacitar sobre eso.

—Sí, por supuesto, creo que eso sería del todo posible —dijo—. ¿Y a quién enviaría a civilizar a los humanos?

Vetinari soltó una breve carcajada y de inmediato se tapó la boca con la mano.

—Oh, les ruego que me disculpen.

—Pero, dado que la tarea recae sobre mí —prosiguió Huebo—, entonces, sí, viajaré al Lejano Uberwald.

—Al pastor Avena le complacerá mucho verte, estoy segura —dijo lady Margolotta.

—¿Sigue vivo? —preguntó Huebo.

—Oh, sí, en efecto, al fin y al cabo todavía es bastante joven, y camina con el perdón a su lado. Creo que le parecería muy apropiado que te unieses a él. En realidad, me ha hecho saber en una de sus muy infrecuentes visitas que sería un honor concederte el perdón.

—¡Huebo no necesita que lo perdonen! —exclamó Glenda.

Huebo sonrió y le dio una palmadita en la mano.

—Uberwald es un país inhóspito para el hombre que lo recorre —dijo—, aunque sea un hombre santo. Perdón es el nombre del hacha de batalla de doble filo del pastor Avena. Perdón cortó mis cadenas. La llevaré encantado.

—Los reyes de los trolls y los enanos te ofrecerán toda la ayuda que puedan —añadió la señora.

Huebo asintió.

—Pero antes tengo que pedirle a usted un pequeño favor, mi señor —dijo a Vetinari.

—Por supuesto, adelante.

—Sé que la ciudad tiene cierta cantidad de caballos gólem. Me pregunto si podría tomar uno prestado.

—Sírvase —dijo el patricio.

Huebo se volvió hacia Glenda.

—Señorita Habichuela. Juliet me contó que alberga el secreto deseo de cabalgar por Quirm en un cálido atardecer de verano, sintiendo el viento en sus cabellos. Podríamos partir ahora. He ahorrado dinero.

En la cabeza de Glenda espumeaban toda clase de razones por las que no debería. Por todas partes veía responsabilidades, compromisos y el interminable clamor de las necesidades ajenas. Había mil y un motivos por los que decir que no.

—Sí —dijo.

—En ese caso, pues, no abusaremos más de su precioso tiempo, mi señor, mi señora, y partiremos hacia las cuadras.

—Pero… —empezó lady Margolotta.

—Creo que se ha dicho todo cuanto era necesario —dijo Huebo—. La visitaré, la visitaremos, por supuesto, en breve, cuando haya arreglado mis asuntos aquí, y espero el momento con impaciencia. —Se despidió con un gesto de cabeza y, con Glenda flotando a su lado, volvió por donde habían venido.

—¿No ha sido bonito? —dijo Vetinari—. ¿Has visto que no se han soltado de la mano en todo el tiempo?

Al llegar al umbral, Huebo se volvió.

—Ah, una cosilla más. Gracias por no apostar arqueros en la galería. Habría sido tan… embarazoso.

—Brindaré por tu éxito, Margolotta —dijo Vetinari mientras se apagaba el sonido de sus pasos—. ¿Sabes? Tenía la seria intención de proponer a la señorita Habichuela que fuese mi cocinera. —Volvió a suspirar—. Pero bueno, ¿qué es una empanada comparada con un final feliz?

¿Creéis que esto se ha acabado?

A la mañana siguiente Ponder Stibbons estaba trabajando en el Edificio de Magia de Altas Energías cuando Ridcully entró cojeando. Llevaba una banda plateada brillante alrededor de la rodilla.

—El Estrujón Terapéutico de Metralla —anunció—. Un hechizo muy apañado. Estaré como nuevo en un periquete. La señora Panadizo quería ponerme una media encima, pero le he dicho que no me interesa esa clase de cosas.

—Me alegra verlo de tan buen humor, archicanciller —dijo Ponder, que estaba en mitad de un cálculo largo.

—¿Ha tenido ocasión de mirar los periódicos de esta mañana, señor Stibbons?

—No, señor. Con el asunto del fútbol llevo un poco atrasado mi trabajo.

—Quizá le interese saber que, avanzada la noche de ayer, un pollo de veinte metros escapó de lo que tienen a bien llamar Edificio de Magia de Más Altas Energías en Durafacies, y al parecer está sembrando el caos por toda Pseudópolis mientras lo persigue la mayor parte del profesorado, el cual deduzco que se bastaría solito para aterrorizar a la ciudad. Henry acaba de recibir un clacs desesperado y ha tenido que salir pitando.

—Oh, eso es muy alarmante, señor.

—Sí que lo es, ¿verdad? —dijo Ridcully—. Al parecer está poniendo huevos muy deprisa.

—Ah, tiene toda la pinta de un fenómeno blit en cuasiexpansión que intenta adaptarse a un organismo vivo —elucubró Ponder. Pasó la página y su lápiz se desplazó en línea recta por la columna de cifras.

—El ex decano tiene la cara embadurnada de huevo —dijo Ridcully.

—Bueno, estoy seguro de que el profesor Semilladerrepollo podrá recuperar el control de la situación —dijo Ponder. Su tono de voz no había cambiado en lo más mínimo.

Se impuso un ajetreado silencio y al cabo de poco Ridcully preguntó:

—¿Cuánto tiempo cree que deberíamos concederle para controlarla?

—¿De qué tamaño son los huevos?

—Dos metros y medio o tres, al parecer —respondió Ridcully.

—¿Con cascarones de calcio?

—Sí, muy gruesos, por lo que tengo entendido.

Ponder miró hacia el techo con expresión reflexiva.

—Hum, no es demasiado grave, entonces. Si me hubiera dicho que de acero habría sido para preocuparse. A mí me suena mucho a una devolución de blit, causada posiblemente por… falta de experiencia.

—Pensaba que le había enseñado al señor Semilladerrepollo todo lo que sabía —dijo Ridcully, que parecía más contento de lo que Ponder lo había visto en mucho tiempo.

—Bueno, señor, a lo mejor hubo algo que no acabó de comprender. ¿Hay gente en peligro?

—Los magos han aconsejado a todo el mundo que no salga de casa.

—Bueno, señor, creo que, si juntase parte de mi material, podríamos partir más o menos a la hora del té.

—Yo también iré, por supuesto —dijo Ridcully. Miró a Ponder—. Y…

—¿Qué? —dijo Ponder, mirando la sonrisa de oreja a oreja del archicanciller—. Sí, quizá fuera buena idea que alguno de los caballeros del Times nos acompañase para sacar iconografías. Podrían resultar muy útiles para fines instructivos.

—Un plan excelente, señor Stibbons, y opino que deberíamos llevarnos también a los miembros más destacados del claustro. Proporcionarán una muy necesaria… —Chasqueó los dedos—. ¿Cuál es la palabra?

—Confusión —sugirió Ponder.

—No, no es eso —dijo Ridcully.

—¿Hambre? ¿Peso?

—Algo parecido… Ah, gravedad. Sí, sí, mucha gravedad. Nosotros no somos la clase de personas que corretean persiguiendo pájaros raros. Nos vemos después de comer. Y ahora tengo otros asuntos que atender.

—Sí, archicanciller —dijo Ponder—. Ah, y, ejem… ¿Qué pasa con el partido de fútbol que se propuso?

—Por desgracia, parece que tendrá que esperar a que hayan reconstruido la universidad.

—Es una pena, archicanciller —dijo Ponder.

Siguió con su cálculo hasta que las últimas cifras ocuparon su sitio como en un baile, se aseguró de que el archicanciller había partido, sonrió una sonrisa mínima, gesto que podría pasar por alto cualquiera que no lo hubiera estado esperando, y luego atrajo otro libro de cuentas hacia él.

Era otro buen día.

¡Ahora sí!

1. Técnicamente, la ciudad de Ankh-Morpork es una tiranía, lo que no siempre es lo mismo que una monarquía, y en realidad incluso el mismo cargo de tirano se ha visto redefinido hasta cierto punto por su titular, lord Vetinari, como la única forma de democracia que funciona. Todo el mundo tiene derecho a votar, a menos que esté inhabilitado por motivos de edad o de no ser lord Vetinari.

   Y aun así, funciona. Eso ha irritado a una serie de personas que opinan, por algún motivo, que no debería y que preferirían tener a un monarca, es decir, que reemplazarían a un hombre que ha alcanzado su posición a base de astucia, una profunda comprensión de las realidades de la psique humana, una diplomacia pasmosa, cierta maña con el estilete y, como todos reconocen, un cerebro como una sierra circular finamente equilibrada, por un hombre que ha llegado donde está por haber nacido.\*\*

   Sin embargo, la corona ha seguido presente, como suele pasar con las coronas: en la Oficina de Correos, el Banco y Casa de la Moneda Real y, ante todo, en la extensa, peleona y gritona conciencia de la propia ciudad. En esa oscuridad viven muchas cosas. Hay toda clase de oscuridades, y en ellas puede encontrarse toda clase de cosas, encarceladas, desterradas, perdidas u ocultas. A veces escapan. A veces simplemente se descuelgan. A veces no pueden soportarlo más.

   \*\*Una tercera propuesta, que la ciudad fuera gobernada por una selección de miembros respetables de la comunidad que prometiesen no darse aires ni traicionar la confianza pública a la menor ocasión, fue objeto inmediato de bromas de vodevil por toda la ciudad. [↑](#footnote-ref-1)
2. Es decir, oficialmente Glenda duerme en el viejo lecho de hierro; en la práctica, la mayor parte de su sueño transcurre en un enorme y vetusto sillón de la cocina nocturna, donde casi ha dominado el arte de sobrevivir sin echar ni una mísera cabezadita. Se han escurrido tantas migas, cucharas, pegotes de masa, libros y bebidas por los costados de los cojines de esa butaca que es bien posible que ya albergue una pequeña y floreciente civilización. [↑](#footnote-ref-2)
3. En términos estrictos, el doctor Hix, con equis, era hijo del señor y la señora Hicks, pero un hombre que lleva una túnica negra con símbolos siniestros bordados y tiene un anillo de calavera estaría loco, o mejor digamos que aún más loco, si dejara pasar la oportunidad de lucir una equis en el nombre. [↑](#footnote-ref-3)
4. El profesor egregio de Gramática y Estilo habría corregido la frase dejándola en «ella no era Ella», lo que habría provocado que el profesor de Lógica escupiese su bebida. [↑](#footnote-ref-4)
5. Contratar goteadores profesionales podría parecer una extravagancia para un centro como la Universidad Invisible. Nada más lejos de la verdad. Ningún mago tradicional digno de su sombrero puntiagudo podría trabajar a la luz de unas velas sin chorrillos, puras, lisas, cabría hasta decir que vírgenes. Daría una mala impresión. La ambientación se echaría a perder por completo. Y cuando eso pasaba, el infeliz mago trasteaba, como hace la gente en estos casos, con cerillas y clips doblados, para intentar conseguir esos bellos regueros y goterones de cera, como los quería la naturaleza. Sin embargo, esa clase de intentos nunca funcionan del todo, y terminan de manera invariable con cera por toda la alfombra y el mago prendiéndose fuego. El goteo de velas es, por decreto, trabajo para un goteador. [↑](#footnote-ref-5)
6. Originalmente Sociedad de Exploradores, hasta que lord Vetinari insistió enfáticamente en que la mayor parte de lugares «descubiertos» por los miembros de la sociedad ya tenían gente viviendo en ellos, que a esas alturas intentaba vender serpientes a los recién llegados. [↑](#footnote-ref-6)
7. Hay quienes dicen que no debe tomarse jerez a primera hora de la mañana. Se equivocan. [↑](#footnote-ref-7)
8. En pocas palabras, todo mago sabía que, con independencia de lo que se hiciera, algunos magos saldrían a hurtadillas para practicar magia rara y sucia en alguna cueva perdida. [↑](#footnote-ref-8)
9. Hix se había negado en redondo a llevar pantalones. Ningún mago oscuro que se despreciara soñaría en llevar jamás una prenda tan vulgar como unos pantalones, había declarado. Echaría a perder todo el efecto. [↑](#footnote-ref-9)
10. A decir verdad, el alzamiento de Juliet desde debajo del carro pasó relativamente desapercibido para todo el mundo salvo para un estudiante de Bellas Artes que quedó casi cegado por la luz del espectáculo y que muchos años más tarde pintó el cuadro conocido como Belleza Alzándose del Carro del Pudin de Guisantes Asistida por Querubines que Llevan Perritos Calientes y Empanadas. Casi todos lo consideraron una obra maestra, aunque nadie pudo nunca averiguar exactamente de qué demonios trataba. Pero era bello y, por tanto, cierto. [↑](#footnote-ref-10)
11. Pero te quedaba otro ojo, ¿no? Y ahora tenías pruebas irrefutables de que eras un tipo duro, sobre todo si te quedaba una de esas cicatrices que cruzan el ojo y bajan por la mejilla. Hazte con un parche negro y no tendrás que esperar a que te atiendan en un bar en tu vida. [↑](#footnote-ref-11)
12. UU referido a Unseen University (Universidad Invisible) en inglés. (N. del T.) [↑](#footnote-ref-12)
13. Los enanos no se complican la vida con las bebidas alcohólicas: cerveza, hidromiel, vino, jerez… talla única y grande. [↑](#footnote-ref-13)
14. En la Universidad Invisible no se llegaba a ninguna parte sin ser capaz de entender la inmensa cantidad de significados que podía transmitir la palabra «ook». [↑](#footnote-ref-14)
15. Ese diagrama estaba diseñado para trazar la tendencia de los magos, que empiezan pequeños y pálidos, a avanzar en su arte volviéndose más grandes y coléricamente rojos hasta que, al final, se hinchan y explotan en una nube de pomposidad. [↑](#footnote-ref-15)
16. Eso quizá no fuera verdad. Los magos tienden a pensar que falta mucho para la siguiente comida hasta el momento mismo en que la están consumiendo. [↑](#footnote-ref-16)
17. Se dice que, si quieres plantar cara a alguien, deberías imaginártelo desnudo. En el caso de la señora Panadizo estaría, como podría expresarlo Ponder Stibbons, contraindicado. [↑](#footnote-ref-17)
18. Al contrario de lo que suele creerse y desearse, la gente no suele acudir corriendo cuando oye un chillido. Los humanos no funcionan así. Los humanos miran a otros humanos y dicen: «¿Tú has oído un chillido?», porque el primer grito podría ser uno mismo gritando dentro de la propia cabeza o un caballo saliendo por la culata. [↑](#footnote-ref-18)
19. Otro motivo por el que podía llamárseles Caras era que aparecían toscos dibujos de las suyas en los carteles de la Guardia, con mensajes esperanzados para que la gente avisara a las autoridades si veía al sujeto deambulando por la ciudad. [↑](#footnote-ref-19)
20. Tal vez un arzobispo en una casa de afecto negociable tuviera más cara de pasmo que Huebo en aquel momento, pero la intensidad de dicho pasmo depende de a cuántos arzobispos se conoce. [↑](#footnote-ref-20)
21. Los policías tienen su forma particular de pronunciar la palabra «señor», como si en realidad quisieran decir «chusma». [↑](#footnote-ref-21)
22. Es decir, tramaba algo. [↑](#footnote-ref-22)
23. En su asiento, el maestro de la Música de la universidad buscó su libreta y anotó a toda velocidad: «Macarona Unum Est. Certes Macarona Est». No veía la hora de volver con el coro. [↑](#footnote-ref-23)
24. Esa impresión se vio algo modificada cuando constató que ninguno de los espectadores había intentado el más mínimo tejemaneje. [↑](#footnote-ref-24)
25. Según el Índice de la náusea aviar de Flechero, el mareo de pato ocupa el número cinco en la clasificación de «preferir la muerte». El nivel más alto de mareo es el que sufre la magnífica águila de cortinilla, capaz de vomitar sobre tres países a la vez. [↑](#footnote-ref-25)
26. La tradición manda que en tales ocasiones los héroes victoriosos rocíen a la multitud con botellas de champán. Eso no sucedió. Si un mago consigue descorchar una botella de champán, desde luego no lo hará con la intención de derramarla. [↑](#footnote-ref-26)
27. Que tenía la misma forma que la mayoría de los magos y se sentía doblemente en su elemento. [↑](#footnote-ref-27)